LOS REFUGIADOS ESPAÑOLES Y LA CULTURA MEXICANA

Actas de las jornadas celebradas en España y México para conmemorar el septuagésimo aniversario de La Casa de España en México (1938-2008)

Antonio Alatorre, Fernando Serrano Migallón, Javier Garciadiego, Clara E. Lida, James Valender, Adolfo Martínez Palomo, Alberto Gomis, Javier Puerto, José Elguero Bertolini, Ascensión Hernández de León-Portilla, Tatiana Aguilar-Álvarez Bay, Francisco Javier Dosil Mancilla, José Luis Reyna, Emilio Casares, Consuelo Carredano, Azucena López Cobo, Carlos Villanueva, Amelia de Paz, Arturo Souto Alabarce, Aurora Díez-Canedo, Juan Pérez de Ayala, Aurelio González, Gabriel Rojo, Guillermo Sheridan, Domingo Adame, Anthony Stanton

RESIDENCIA DE ESTUDIANTES | EL COLEGIO DE MÉXICO

LOS REFUGIADOS ESPAÑOLES Y LA CULTURA MEXICANA

LOS REFUGIADOS ESPAÑOLES Y LA CULTURA MEXICANA

Actas de las jornadas celebradas en España y México para conmemorar el septuagésimo aniversario de La Casa de España en México (1938-2008)

ANTONIO ALATORRE, FERNANDO SERRANO MIGALLÓN, JAVIER GARCIADIEGO, CLARA E. LIDA, JAMES VALENDER, ADOLFO MARTÍNEZ PALOMO, ALBERTO GOMIS, JAVIER PUERTO, JOSÉ ELGUERO BERTOLINI, ASCENSIÓN HERNÁNDEZ DE LEÓN-PORTILLA, TATIANA AGUILAR-ÁLVAREZ BAY, FRANCISCO JAVIER DOSIL MANCILLA, JOSÉ LUIS REYNA, EMILIO CASARES, CONSUELO CARREDANO, AZUCENA LÓPEZ COBO, CARLOS VILLANUEVA, AMELIA DE PAZ, ARTURO SOUTO ALABARCE, AURORA DÍEZ-CANEDO, JUAN PÉREZ DE AYALA, AURELIO GONZÁLEZ, GABRIEL ROJO, GUILLERMO SHERIDAN, DOMINGO ADAME, ANTHONY STANTON

Edición de
JAMES VALENDER y GABRIEL ROJO

Residencia de Estudiantes

EL COLEGIO DE MÉXICO

378.72
R3329

Los refugiados españoles y la cultura mexicana : actas de las jornadas celebradas en España y México para conmemorar el septuagésimo aniversario de La Casa de España en México (1938-2008) / Antonio Alatorre ... [*et al.*] ; edición de James Valender y Gabriel Rojo -- 1a. ed. -- México, D.F. : El Colegio de México, 2010.
495 p. ; 24 cm.

ISBN 978-607-462-143-3

1. La Casa de España en México -- Aniversarios, etc. -- Congresos. 2. La Casa de España en México -- Historia -- Congresos. 3. Españoles -- México -- Vida intelectual -- Siglo xx -- Congresos. 4. España -- Historia -- Guerra civil, 1936-1939 -- Refugiados -- México -- Congresos. I. Alatorre, Antonio, 1922-. II. Valender, James, ed. III. Rojo Leyva, Gabriel, coed.

Open access edition funded by the National Endowment for the Humanities/Andrew W. Mellon Foundation Humanities Open Book Program.

The text of this book is licensed under a Creative Commons Attribution-NonCommercial-NoDerivatives 4.0 International License:
https://creativecommons.org/licences/by-nc-nd/4.0/

Primera edición, 2010

DR © El Colegio de México, A.C.
Camino al Ajusco 20
Pedregal de Santa Teresa
10740 México, D.F.
www.colmex.mx

ISBN 978-607-462-143-3

Impreso en México

NOTA A LA EDICIÓN

La Casa de España fue una de las principales iniciativas en las que se concretó la ayuda que las autoridades mexicanas prestaron al pueblo español y al gobierno de la República en el trance de la guerra civil. En 1938, el gobierno del presidente Lázaro Cárdenas creó La Casa de España en México, institución destinada a acoger a un grupo de científicos e intelectuales que se vieron obligados a abandonar su país a consecuencia de la guerra. La historia de La Casa de España y su propia reconversión, en 1940, en El Colegio de México, hablan de los esfuerzos que se hicieron, desde las más altas instancias gubernamentales mexicanas, para favorecer la integración de los refugiados españoles en la vida intelectual del país.

La mayoría de los científicos e intelectuales que recalaron en La Casa habían mantenido una estrecha relación con la Residencia de Estudiantes o con alguno de los otros centros de la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, institución cuyo objetivo, desde su creación en 1907, fue modernizar la ciencia, el sistema educativo y, en última instancia, la sociedad españolas. El propio Alfonso Reyes, designado por el gobierno mexicano como presidente de La Casa de España y alma del proyecto junto con Daniel Cosío Villegas, formó parte de la Junta como miembro del Centro de Estudios Históricos, durante varios años de su vida en España, y fue asiduo visitante de la Residencia. No es extraño, por tanto, que ante la imposibilidad de que el proyecto de la Junta continuara —en principio, de manera temporal y, tras el desenlace de la guerra, definitivamente— en España, el gobierno mexicano decidiera trasplantar esa semilla para darle continuidad en este país, contribuyendo así a revitalizar la actividad cultural, intelectual y científica.

En noviembre de 2008, la Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales adscrita al Ministerio de Cultura, la Universidad de Alcalá de Henares, El Colegio de México y la Residencia de Estudiantes colaboraron en la organización de unas jornadas dedicadas a conmemorar el septuagésimo aniversario de la fundación de La Casa de España en México, que se celebraron en la Residencia de Estudiantes. El Colegio de México organizó unas segundas jornadas en su sede, en diciembre de ese año, con motivo del mismo aniversario. El presente volumen recoge las intervenciones de ambos seminarios en torno a la historia y los protagonistas de La Casa de España.

En los últimos años, El Colegio de México y la Residencia de Estudiantes han compartido numerosos proyectos dedicados al estudio de esa tradición intelectual de la que ambas instituciones proceden, así como a la reivindicación de las trayectorias de quienes el exilio había hurtado el justo reconocimiento a su labor. En esa tarea, El Colegio y la Residencia han colaborado con el intercambio de investigadores, con la integración del archivo histórico de El Colegio de México en el archivo de la Edad de Plata, con la coedición de diversas publicaciones —como, entre otras, las *Poesías completas* de José Moreno Villa— o con la organización y edición de las actas del ciclo "Los refugiados españoles y la cultura mexicana", celebrados alternativamente en México y en España. Todo ello no es sino muestra de la fraternidad entre ambas instituciones, fundada en una tradición intelectual y moral común que es la que celebramos con el aniversario de la creación de La Casa de España en México y que se prolongará con las próximas conmemoraciones de la fundación de El Colegio y de la Residencia.

El Colegio de México y la Residencia de Estudiantes quieren agradecer su colaboración a las instituciones y personas que hicieron posible la celebración de estas jornadas: a los participantes en las mismas, por sus valiosas aportaciones; a la Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales y a su presidenta, Soledad López, quien inmediatamente nos brindó su apoyo tras conocer el proyecto; a la Universidad de Alcalá de Henares y a su rector, Virgilio Zapatero, que, igualmente, se interesó en el homenaje desde el primer momento, y a James Valender y Gabriel Rojo, responsables de esta edición.

ÍNDICE

Prólogo
James Valender 13

I. UN TESTIMONIO

La Casa de España en México, mi casa
Antonio Alatorre 27

II. LA CASA DE ESPAÑA EN SU CONTEXTO HISTÓRICO

Defensa de la República española
por el gobierno mexicano
Fernando Serrano Migallón 39

La Casa en una nuez, o historia mínima
de La Casa de España
Javier Garciadiego 67

La Casa de España en México: 1938-2008
Clara E. Lida 99

La Casa de España en México y las humanidades
James Valender 111

III. CIENCIA

Médicos de La Casa de España
Adolfo Martínez Palomo 129

Los Bolívar, una nueva vida en México
Alberto Gomis 145

Los Giral, La Casa de España y el exilio mexicano
Javier Puerto 155

Los años españoles del profesor
Antonio Madinaveitia y Tabuyo (1890-1934)
José Elguero Bertolini 177

IV. FILOLOGÍA, FILOSOFÍA, SOCIOLOGÍA

Agustín Millares Carlo: su trabajo en La Casa de España
y El Colegio de México (1938-1959)
Ascensión Hernández de León-Portilla 197

En torno a una pedagogía del "tacto" en Joaquín Xirau
Tatiana Aguilar-Álvarez Bay 219

El exilio de María Zambrano en Morelia.
La gestación de la razón poética
Francisco Javier Dosil Mancilla 237

José Medina, La Casa de España y El Colegio de México
José Luis Reyna 261

V. MÚSICA, CRÍTICA MUSICAL Y MUSICOLOGÍA

En torno a Salazar
Emilio Casares 283

Adolfo Salazar y La Casa de España
Consuelo Carredano 291

Jesús Bal y Gay en La Casa de España en México
Azucena López Cobo 309

Jesús Bal y Gay en México: actividad periodística
Carlos Villanueva 331

VI. POESIA, LITERATURA, ARTES PLÁSTICAS

Domenchina, o el mito del exilio
Amelia de Paz 361

León Felipe y La Casa de España
Arturo Souto Alabarce 377

Enrique Díez-Canedo y La Casa de España en México
Aurora Díez-Canedo 383

Pedro Salinas y La Casa de España en México
James Valender 399

José Moreno Villa y La Casa de España en México
Juan Pérez de Ayala 415

VII. ALGUNAS PUBLICACIONES

Alfonso Reyes y sus *Capítulos de literatura española*: puente entre dos exilios
Aurelio González 427

Cartas al Ebro, de Benjamín Jarnés,
Gabriel Rojo 441

Miscelánea Julio Torri
Guillermo Sheridan 455

Itinerario del *Itinerario del autor dramático*, de Rodolfo Usigli
Domingo Adame 461

Textos y pretextos, de Xavier Villaurrutia
Anthony Stanton 483

PRÓLOGO

En el mes de julio de 1938, en un esfuerzo institucional por dar refugio a algunos de los numerosos intelectuales, artistas y científicos españoles cuyo trabajo había quedado interrumpido dos años antes por el estallido de la guerra civil, el general Lázaro Cárdenas, Presidente de México, firmó el decreto por medio del cual se creó La Casa de España en México. Administrada por un Patronato conformado por Eduardo Villaseñor (subsecretario de Hacienda), Gustavo Baz (rector de la Universidad de México), Enrique Arreguín (representante del Consejo Superior de Educación) y Daniel Cosío Villegas (historiador y cofundador del Fondo de Cultura Económica), y dirigida, a partir de abril de 1939, por el escritor y diplomático Alfonso Reyes, La Casa de España ofreció a un pequeño grupo de españoles el apoyo que necesitaban para poder salvarse de los peligros de la guerra y retomar sus trabajos en un ambiente de relativa tranquilidad. En un primer momento el asilo fue concebido como una medida provisional, introducida con la idea de que los refugiados volvieran a su país una vez terminado el conflicto. Pero cuando el desenlace de la guerra trajo no sólo la victoria de los ejércitos de Franco, sino también el forzoso exilio de aproximadamente 500 000 españoles identificados con la causa de la República, se tuvo que repensar el carácter de esta institución. Así, llevados por el deseo de asegurar la permanencia del proyecto (y preocupados también por los cambios que pudieran ocurrir en la vida política mexicana al acercarse el final del sexenio del presidente Cárdenas), en noviembre de 1940 Alfonso Reyes y Daniel Cosío Villegas consiguieron que La Casa de España se convirtiese en El Colegio de México.[1]

[1] Véase Clara Lida *La Casa de España en México*, México, El Colegio de México, 1988 (en colaboración con José Antonio Matesanz y Beatriz Morán), libro de consulta indispensable para cualquier investigador que se interese por este episodio de la historia hispanomexicana. De fecha más reciente son los trabajos, también muy instructivos, de Martí Soler Vinyes, *La Casa del éxodo. Los exiliados y su obra en La Casa de España y El Colegio de México (1938-1947)*, México, El Colegio de México, 1999 y de Alberto Enríquez Perea, *Alfonso Reyes en La Casa de España en México (1939 y 1940)*, México, El Colegio Nacional, 2005.

No se puede apreciar la especial trascendencia que adquirió esta pequeña casa de estudios sin tener presente la intensa vida intelectual, artística y científica que vivía España desde principios del siglo XX. Es bien conocida, desde luego, la obra de los numerosos pintores, músicos, filósofos, novelistas, cineastas y poetas que conformaban la comunidad artística de esa época, desde Manuel de Falla, Joaquín Sorolla y Miguel de Unamuno, hasta Joan Miró, Federico García Lorca y Luis Buñuel, pasando por una legión de artistas e intelectuales encabezada por figuras tan célebres como José Ortega y Gasset, Pablo Picasso y Juan Ramón Jiménez. Los años de la entreguerra coincidieron, en efecto, con una efervescencia artística como pocas veces se había visto en España. Para encontrar algo comparable, en variedad y riqueza, en la tradición española, habría que acudir a la obra de los escritores y artistas de los Siglos de Oro (por algo los historiadores de la cultura española de esa época suelen referirse a ella como una Edad de Plata). Pero lo que no siempre se recuerda es que, con la creación en 1907 de la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, por primera vez en España se estaba promoviendo también una verdadera cultura *científica*. Presidida desde su creación por el médico y biólogo Ramón y Cajal, Premio Nobel de Medicina en 1906, la Junta no sólo proporcionó becas y pensiones para que jóvenes investigadores españoles ampliaran estudios en el extranjero (en Francia, Alemania, Inglaterra y Estados Unidos...), sino que, además, creó diversas instituciones destinadas a promover la investigación en la propia España. Así, bajo el impulso del secretario de la Junta, José Castillejo, fueron apareciendo, uno tras otro, el Laboratorio de Mecánica Aplicada, el Laboratorio de Física General, el Instituto Cajal de Histología, el Instituto Nacional de Ciencias Físico-Naturales, el Seminario de Matemáticas y las Comisiones de Paleontología y Prehistoria, para mencionar sólo algunos de los más importantes centros creados en los primeros años de la Junta.[2]

[2] Sobre la historia de esta importante institución pueden consultarse los trabajos recogidos en José Manuel Sánchez Ron *et al.* (eds.), *El laboratorio de España. La Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas. 1907-1939*, Madrid, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales-Residencia de Estudiantes, 2007.

El estudio de las humanidades también tuvo un auge notable por aquellos mismos años, gracias sobre todo a dos instituciones creadas por la Junta en 1910: el Centro de Estudios Históricos y la Residencia de Estudiantes. El primero, presidido por Ramón Menéndez Pidal, se dedicaba a la investigación en cuatro campos principales: la filología, la arqueología, el arte y los estudios medievales. Con un personal que incluía a filólogos, musicólogos, arqueólogos e historiadores como Eduardo Martínez Torner, Tomás Navarro Tomás, Américo Castro, Pedro Salinas, Claudio Sánchez Albornoz y Manuel Gómez-Moreno, el Centro de Estudios Históricos consiguió en muy poco tiempo modernizar los estudios humanísticos, iniciando así una lenta pero profunda transformación del conocimiento que se tenía de la historia cultural del país. La Residencia de Estudiantes, por su parte, más que un simple albergue para alumnos universitarios, fue un proyecto de renovación educativa y cultural creado con el fin de poner en práctica algunas de las ideas centrales defendidas por el filósofo y pedagogo Francisco Giner de los Ríos, así como por la Institución Libre de Enseñanza que él ayudó a crear. Lo que se pretendía, antes que nada, era darles a los alumnos una formación que estuviera libre tanto de la influencia dogmática de la Iglesia como de los criterios, tan tradicionales como estériles, todavía defendidos por las universidades del país. Más allá de la mera acumulación de datos, había que inculcar en los estudiantes lo que Alberto Jiménez Fraud, el director de la Residencia, llamaba un "espíritu de colaboración, tolerancia e inteligente discernimiento".[3] Empeñada en cuidar la formación integral de los estudiantes, la Residencia fomentaba una convivencia cotidiana entre jóvenes abocados a los más diversos campos de estudio, a la vez que establecía vínculos con distinguidos representantes de la ciencia y la creación artística del momento, de Europa y de América. Así dieron conferencias en la Residencia no sólo intelectuales españoles como Ortega y Unamuno, sino también científicos como Marie Curie y Albert Einstein, arquitectos como Walter Gropius y LeCorbusier, artistas como Anton

[3] Alberto Jiménez Fraud, *Ocaso y restauración. Ensayo sobre la universidad española moderna*, México, El Colegio de México, 1948, p. 264.

Giulio Bragaglia y Alexander Calder, poetas como Max Jacob y Louis Aragon o músicos como Maurice Ravel y Francis Poulenc.

De esta manera, por medio de la Residencia de Estudiantes, la Junta para Ampliación de Estudios buscó promover, entre otras cosas, un diálogo constante entre la ciencia y las humanidades: si, por un lado, los científicos iban aprendiendo a relacionar su trabajo de modo más directo con las preocupaciones y necesidades de la sociedad moderna, los poetas y los artistas, por otro, iban descubriendo que el mundo de la ciencia les abría caminos inéditos para sus propias exploraciones de la experiencia humana. Así no nos debe sorprender encontrar a García Lorca, por ejemplo, hablando de "la emocionante lucha que sostienen los leucocitos en el ramaje aprisionado de las venas", en la famosa conferencia sobre "Don Luis de Góngora" que dictó en la Residencia de Estudiantes en 1926,[4] ni tampoco que haya dedicado "Reyerta", uno de los mejores poemas de su *Romancero gitano* (1928), a otro residente, el doctor Rafael Méndez, quien trabajaba entonces en el Laboratorio de Fisiología General en el sótano de la propia Residencia. Como tampoco debería sorprendernos encontrar que la persona responsable de dirigir dicho laboratorio fuera nada menos que el doctor Juan Negrín, quien durante la guerra civil llegaría a ser Presidente del Gobierno de la República. Fue, en fin, un vasto movimiento científico e intelectual el que durante los años 1907 a 1936 iba transformando la sociedad española, en un gran esfuerzo colectivo por sacar al país del retraso en el que llevaba ya más de tres siglos sumido. Y fue a algunos representantes de este movimiento, tan bruscamente detenido por la guerra civil, a quienes el Gobierno de México quiso amparar, en la medida de sus posibilidades, ofreciéndoles asilo por medio de La Casa de España.

Desde luego, no todos los representantes más destacados de esta Edad de Plata de la cultura española fueron a parar a La Casa de España. Algunos, por desgracia, no sobrevivieron a la guerra misma (éste fue el caso, como se sabe, de Federico García Lorca, Miguel de Unamuno y Antonio Machado). Tampoco todos los

[4] Federico García Lorca, *Conferencias I*, edición de Christopher Maurer, Madrid, Alianza, 1984, p. 105.

que salieron del país se dirigieron a México; Manuel de Falla, por ejemplo, se refugió en Argentina; Juan Ramón Jiménez, en Cuba, Estados Unidos y Puerto Rico; Juan Negrín, José Castillejo y Alberto Jiménez Fraud, en Inglaterra. Unos cuantos (Ramón Menéndez Pidal y Dámaso Alonso, por nombrar a sólo dos destacados miembros del Centro de Estudios Históricos) prefirieron quedarse en España. Pero más que la cantidad, importa subrayar la calidad de los españoles que llegaron a México por vía de La Casa. Porque en casi todos los casos fueron, en efecto, figuras de indudable relieve: intelectuales, científicos y artistas provistos de una formación muy amplia, familiarizados con los adelantos más recientes en su campo, deseosos de compartir sus conocimientos con la sociedad que los había acogido y dispuestos también a colaborar en la creación de nuevos centros de investigación a menudo similares a los que habían ayudado a impulsar y administrar en su propio país.

Entre los que recibieron el apoyo de La Casa había especialistas en los campos más diversos del conocimiento: por ejemplo, Ignacio Bolívar (naturalista), Cándido Bolívar (entomólogo), Pedro Carrasco (astrofísico), José Giral (químico), Antonio Madinaveitia (químico), Gonzalo Rodríguez Lafora (psiquiatra), Isaac Costero (anatomopatólogo), José Torre Blanco (ginecólogo), Luis Recaséns Siches (profesor de filosofía del derecho), José Gaos (filósofo), Joaquín Xirau (filósofo), María Zambrano (filósofa), Adolfo Salazar (musicólogo y crítico literario), Jesús Bal y Gay (musicólogo y filólogo), Agustín Millares Carlo (bibliógrafo y paleógrafo), Juan de la Encina (crítico de artes plásticas), Enrique Díez-Canedo (poeta y crítico literario), Juan José Domenchina (poeta y crítico literario), José Moreno Villa (pintor, poeta y ensayista) y León Felipe (poeta). Todas las personas mencionadas (y varias más) fueron miembros de La Casa de España. Pero la lista no se acaba allí. Es importante tener presentes también los numerosos refugiados españoles que recibieron ayuda de esta institución, sea en la forma de becas (por ejemplo, los historiadores Ramón Iglesias y José María Miquel i Vergés, así como los pintores Enrique Climent y Antonio Rodríguez Luna), de publicaciones (el novelista Benjamín Jarnés y el filósofo Juan David García

Bacca), o de invitaciones a dar cursos y conferencias (los oftamólogos Manuel Márquez y Manuel Rivas Cherif, los poetas y críticos Pedro Salinas y José Bergamín, el sociólogo José Medina Echavarría o el catedrático de la historia del derecho español José María Ots Capdequí). Conviene subrayar, finalmente, que en consonancia con el deseo de promover un diálogo entre los exiliados y sus anfitriones, se extendieron becas a varios jóvenes intelectuales mexicanos, que incluyen a los filósofos Leopoldo Zea y Juan Hernández Luna, como también al químico José Iriarte Guzmán. Por la misma razón en la lista de publicaciones de La Casa figuran importantes títulos no sólo de los españoles exiliados, sino también de escritores mexicanos tan notables como Alfonso Reyes, Julio Torri, Xavier Villaurrutia y Rodolfo Usigli.

La creación de La Casa de España fue un gesto ejemplar de solidaridad con la República española, de la que el gobierno de México ya había dado constantes muestras. Pero más allá de confirmar el invariable compromiso de México con un gobierno democráticamente elegido, fue también una medida estratégica destinada a traer beneficios a un país que, recién salido de un largo conflicto armado, buscaba consolidarse, económica y políticamente, bajo la presidencia de Lázaro Cárdenas. No hay que olvidar que ya desde los años veinte México también estaba impulsando programas sociales y educativos destinados a modernizar el país; de ahí el esfuerzo por prestar servicios médicos a grandes sectores de la población y la consiguiente construcción de hospitales y clínicas rurales; y de ahí también los programas de alfabetización, la creación de bibliotecas y de escuelas, así como el fomento de universidades y politécnicos. Por otra parte, la vida cultural de México estaba pasando por un momento de gran intensidad, gracias en no pequeña parte a las expectativas que la propia Revolución había ido despertando. En fin, no podía haber sido más oportuna la llegada a México de médicos, científicos y universitarios españoles comprometidos con la construcción de una sociedad moderna.

Cabe reconocer que regir y guiar La Casa de España no fue tarea fácil para sus directivos. Desde su creación misma, la institución enfrentó varios conflictos, en primer lugar por ofrecer a una veintena de investigadores condiciones de trabajo que pocos inte-

lectuales, fuesen españoles o mexicanos, disfrutaban entonces en México. Por otra parte, La Casa tampoco pudo sustraerse del todo a la xenofobia y a la hostilidad hacia los españoles promovidas en ciertos ámbitos por representantes tanto de la extrema derecha como de la extrema izquierda del escenario político mexicano. (Puesto que la revolución que el gobierno de Lázaro Cárdenas representaba tendía a reivindicar la cultura indígena a expensas de todo cuanto el país debía a su pasado hispánico, cierto recelo ante la llegada de los españoles era natural; como también era lógico, en vista del programa anticlerical del gobierno de la República española, que el sector más conservador de México temiera verse invadido de repente por agitadores de una ideología muy distinta de la suya). Pero como señaló Alfonso Reyes, en un breve balance informal redactado a finales de octubre de 1940, La Casa finalmente supo vencer tanto los obstáculos mismos como las envidias, los temores y las susceptibilidades en los que los obstáculos se originaban:

> Se acabó sola aquella guerrilla de envidias. Demostramos el movimiento andando. Se acabaron los recelos sobre el carácter que podrían tener nuestros trabajos en el orden social. Nos derramamos por la República en conferencias y cursillos. Conquistamos las plazas más reacias, que ahora se disputan nuestros catedráticos. Publicamos muchos libros. Ayudamos muchas investigaciones. Hicimos donaciones a Laboratorios y Bibliotecas científicas. Dimos todo un Laboratorio de Fisiología a la Universidad Nacional, que está para inaugurarse y ya mereció un importante auxilio de la Rockefeller. A la Facultad de Ciencias Químicas le hemos dado un Laboratorio bajo la dirección de [Antonio] Madinaveitia, que figuraba en su programa y que ellos no tenían medios de construir y montar. Al aproximarse el fin de la actual administración, el señor presidente Cárdenas, deseoso de que la Institución perdurara en sus labores culturales, salvara el tránsito y no se la volviera a mezclar con motivos políticos ni se discutiera más su valor nacional, aprobó el que se la llame en adelante *El Colegio de México*, y conservando la planta de colaboradores españoles que han dado buenas pruebas y a quienes de hecho se logró vincular a Universidades, Institutos

y Laboratorios, se ensanche a catedráticos, investigadores y estudiantes mexicanos, así como a otros investigadores extranjeros que están en el caso de los españoles; y que, constituida ya como lo está en Institución Civil de fines no lucrativos, por escritura pública se la desvincule del orden burocrático.[5]

En fin, si bien no fueron muy numerosos los miembros de La Casa de España, su legado para México llegó mucho más lejos de lo que hubiera podido imaginar cualquiera de los mexicanos que, con notable visión, empezaron a promover este proyecto hacia finales de 1936.

En julio de 2008 se cumplieron setenta años desde que La Casa de España se fundara. Para conmemorar dicha efemérides, en ambos lados del Atlántico se celebraron Jornadas en las que estudiosos de la historia y la cultura del siglo XX se reunieron para analizar diversos aspectos del desenvolvimiento de esta institución. Puesto que vino a ser una continuación y, a la vez, una transformación de La Casa de España, El Colegio de México mostró un interés muy especial en conmemorar la fecha. Así, a principios de octubre de 2008, El Colegio organizó unas primeras Jornadas, que fueron inauguradas por Su Alteza el Príncipe de Asturias, quien tuvo la deferencia de develar una placa que conmemoraba los setenta años de la creación de La Casa. En esa ocasión, por otra parte, la breve pero fecunda historia de La Casa fue recordada por profesores-investigadores de algunos de los Centros de Estudios que actualmente conforman El Colegio y que presentaron trabajos sobre temas de su especialización.[6] En el mes de noviembre de 2008 intervino otra institución estrechamente vinculada con esta historia, la Residencia de Estudiantes, hoy un lugar de memoria

[5] De una carta de Alfonso Reyes a José Loredo Aparicio, fechada el 31 de octubre de 1940. Recogida por Alberto Enríquez Perea, *op. cit.*, p. 354.

[6] Ponencias presentadas el 1 de octubre de 2009 en El Colegio de México: Clara E. Lida, "Fundación de La Casa de España"; Antonio Alatorre, "La Casa de España, mi casa"; Jorge Silva, "Aproximaciones sobre Gilgamesh". Ponencias presentadas el 2 de octubre: Lorenzo Meyer, "Setenta años de política en México"; Jaime José Serra Puche, "La apertura de la economía mexicana"; Gustavo Garza, "Problemas y retos de la ciudad de México", y José Luis Reyna, "José Medina y los orígenes de El Colegio de México".

que, a la vez que se dedica a la recuperación del legado de la Edad de Plata, continúa abriendo sus puertas a las ideas de vanguardia, propiciando el diálogo entre ciencia y arte e impulsando la investigación y la innovación. En este nuevo papel, la Residencia organizó una segunda tanda de Jornadas, generosamente apoyada por la Universidad de Alcalá de Henares y por la Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales. En estas segundas Jornadas, en las que participaron investigadores tanto de España como de México, se celebraron sesiones sobre lo que supuso la creación de la institución, pero también sobre el desempeño de algunos de sus miembros en los campos de la musicología, la ciencia y las humanidades.[7] Finalmente, en el mes de diciembre de 2008 El Colegio de México, por medio de su Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios (CELL), celebró unas terceras Jornadas para recordar la vida y obra de algunos de los principales intelectuales (filósofos, sociólogos, poetas, musicólogos, críticos de arte y de literatura) que fueron miembros de La Casa o que participaron en su creación o en sus actividades. En estas últimas Jornadas, nuevamente intervinieron especialistas tanto de España como de México.[8]

[7] Ponencias presentadas el 24 de noviembre de 2009 en la Residencia de Estudiantes: Clara E. Lida, "La Casa de España. Un refugio mexicano para los intelectuales republicanos exiliados" y Fernando Serrano Migallón, "Defensa de la República española por el gobierno mexicano (1936-1939)". Ponencias presentadas el 25 de noviembre. *Mesa sobre la música*: Emilio Casares, "En torno a Salazar: la música española en el exilio mexicano"; Carlos Villanueva, "Jesús Bal y Gay en México: actividad periodística". *Mesa sobre la ciencia*: Alberto Gomis, "Los Bolívar, una nueva vida en México"; Adolfo Martínez Palomo, "Médicos de La Casa de España"; José Elguero, "Los años españoles del profesor Antonio Madinaveitia y Tabuyo (1890-1939)"; Javier Puerto, "Los Giral, La Casa de España y el exilio mexicano". *Mesa sobre las humanidades*: James Valender, "La Casa de España y las humanidades"; Tatiana Aguilar Álvarez-Bay, "En torno a una pedagogía del 'tacto' en Joaquín Xirau"; y Javier Muguerza, "Los filósofos de La Casa de España". Por desgracia, al preparar la edición del presente libro, no hemos podido contar con el texto de la ponencia presentada por el profesor Javier Muguerza.

[8] Ponencias presentadas el 2 de diciembre de 2009 en El Colegio de México: *Conferencia inaugural*: Javier Garciadiego Dantán, "Lázaro Cárdenas, Alfonso Reyes, Daniel Cosío Villegas y La Casa de España en México". *Mesa sobre La Casa de España y la filosofía*: Tatiana Aguilar Álvarez-Bay, "En torno a una pedagogía del 'tacto' en Joaquín Xirau"; Francisco Javier Dosil Mancilla, "Sobre María Zambrano"; Andrés Lira, "Sobre José Gaos y Eugenio Ímaz". *Mesa sobre La Casa de España y la poesía*: Amelia de Paz, "Domenchina o el mito del exilio"; Arturo Souto Alabarce, "León Felipe y La Casa de España"; Anthony Stanton, "Sobre *Textos y pretextos* de

El presente libro recoge las ponencias presentadas en las tres Jornadas que versan explícitamente sobre La Casa de España o sobre las actividades que la propia Casa promoviera. Se agrupan en siete apartados, que si bien no se ajustan exactamente a la organización inicial de las mesas, sí corresponden a los principales focos de interés de los investigadores. El libro arranca con una hermosa evocación personal debida a Antonio Alatorre quien, como profesor de El Colegio de México, conoció en los años cuarenta a la mayor parte de quienes unos pocos años antes habían participado en la creación de La Casa de España. A continuación se abre una sección de trabajos destinados a analizar diversos aspectos de la historia de La Casa, así como a ubicar su fundación dentro del contexto político y social del día. La parte central del libro recoge, en cuatro apartados sucesivos, las ponencias presentadas sobre la trayectoria de los científicos, filósofos, musicólogos, poetas, críticos y filólogos; si bien la mayoría de estos trabajos se centran en la labor realizada durante el tiempo en que la figura estudiada había sido miembro de La Casa, a veces la perspectiva se abre para abarcar un horizonte más amplio, que incluye los años de su formación previa en España o de su experiencia posterior en México. Finalmente, cierran el volumen unas cinco ponencias que dedican su atención a otros tantos libros publicados por La Casa.

Quisiera aprovechar esta oportunidad para expresar mi más sincero agradecimiento a todos los que hicieron posible que estas Jornadas se celebrasen. En primerísimo lugar, a Alicia Gómez-Navarro, actual directora de la Residencia de Estudiantes, y a

Xavier Villaurrutia"; James Valender, "Pedro Salinas y La Casa de España". Ponencias presentadas el 3 de diciembre: *Mesa sobre ensayo, filología, musicología*: Ascensión Hernández de León-Portilla, "Agustín Millares Carlo y La Casa de España"; Azucena López Cobo, "Jesús Bal y Gay y La Casa de España"; Gabriel Rojo "Sobre *Cartas al Ebro* de Benjamín Jarnés". *Mesa sobre La Casa de España y los escritores mexicanos*: Domingo Adame, "Sobre *Itinerario del autor dramático*, de Rodolfo Usigli"; Aurelio González, "Sobre *Capítulos de literatura española (primera serie)*, de Alfonso Reyes"; Guillermo Sheridan, "Sobre *De fusilamientos*, de Julio Torri". *Mesa sobre la literatura y las artes*: Miriam Alzuri Milanés, "Juan de la Encina y La Casa de España"; Consuelo Carredano, "Adolfo Salazar y La Casa de España"; Aurora Díez-Canedo, "Enrique Díez-Canedo y La Casa de España", y Juan Pérez de Ayala, "José Moreno Villa y La Casa de España". Desafortunadamente, tampoco pudimos contar con el texto de las ponencias presentadas por los profesores Miriam Alzuri y Andrés Lira.

Javier Garciadiego, presidente de El Colegio de México, quienes han respaldado el proyecto desde su inicio con gran generosidad y entusiasmo; huelga decir que confiere un interés muy particular a las celebraciones el hecho de que ambas instituciones, una vez más, hayan unido sus fuerzas para estudiar un episodio de la historia de los dos países con el cual se sienten, tanto El Colegio como la Residencia, estrechamente vinculados. Mi agradecimiento también a la Universidad de Alcalá de Henares y a la Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales por el apoyo brindado a la celebración madrileña. Mi reconocimiento a los ponentes, algunos de los cuales tuvieron que atravesar el Atlántico para participar en las Jornadas, interrumpiendo una agenda de trabajo en muchos casos muy apretada; mi gratitud asimismo por la gentileza con que han preparado los textos de sus ponencias para su edición en el presente volumen. A Citlali Nares, la encargada del Archivo Histórico de El Colegio de México, por la amabilidad y la eficiencia con que me facilitó la consulta de numerosos documentos. A Gabriel Rojo Leyva, por su colaboración indispensable a la hora de preparar la edición de estas actas. A Ana Sofía Negri, por sus invaluables pesquisas bibliográficas. A la doctora María Águeda Méndez, en aquel momento coordinadora académica del CELL, mi agradecimiento por su ayuda constante en todos los aspectos de la organización de las terceras Jornadas, y muy particularmente por haber diseñado los hermosos programas y carteles. Desde luego, esta última Jornada tampoco hubiera sido posible sin el generoso y firme apoyo del entonces director del CELL, el doctor Aurelio González, quien, al igual que el doctor Javier Garciadiego, tuvo la amabilidad de participar también como ponente.

No cabe duda de que La Casa de España en México constituye uno de los capítulos más felices de la historia de la ayuda prestada a los refugiados españoles por el gobierno de Lázaro Cárdenas. Ojalá y el presente libro, que reúne los esfuerzos de muchas personas, contribuya a su mejor conocimiento.

JAMES VALENDER
El Colegio de México
Octubre de 2009

I.
UN TESTIMONIO

LA CASA DE ESPAÑA EN MÉXICO, MI CASA

ANTONIO ALATORRE

Cuando Aurelio González, director del Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios, me invitó hace dos o tres meses a hablar hoy sobre La Casa de España en México, inmediatamente acepté. Pero no me dijo que mi charla iba a tener el rótulo que hace unos días vi en el programa impreso: "conferencia magistral". El estruendoso adjetivo *magistral* no sólo hace pensar en un maestro rodeado de discípulos colgados de sus labios, ávidos de oír y asimilar sus lecciones, sino que, además, sugiere lo grande, lo magnífico, lo perfecto. Pues bien, en este mismo momento declaro que mi plática no va a ser una "conferencia magistral". Voy a hablar de manera completamente subjetiva, porque La Casa de España está clavada en mi memoria y en mi corazón. Bien visto, de lo que voy a hablar es *de mí*, porque esa Casa es mi casa. Para hablar de ella no me he documentado. No he hecho investigación alguna. Estoy muy lejos de poder presentar un esbozo histórico con fechas y demás requisitos. Ni siquiera soy capaz de hacer una lista de los españoles que fueron formalmente miembros de eso que se llamó primero "La Casa de España en México" y después "El Colegio de México".

Yo llegué a la capital de la República a comienzos de 1946 desde la muy provinciana Guadalajara de entonces. Tenía 23 años, y mi educación, hasta los 20, había sido seminarística, es decir, casi medieval. Dicho con otras palabras, era yo un leño en estado bruto, o casi bruto, pues había sido medio desbastado por Juan José Arreola en Guadalajara. De todos modos, mi bagaje intelectual de hombre moderno apenas comenzaba a formarse. ¡Y esto a la edad de 23 años! Pero lo que entonces sucedió fue algo ma-

ravilloso, algo que se diría dispuesto y tramado por los dioses olímpicos. Encontré casi de golpe a dos hombres que me recibieron, sonrientes y paternales, con los brazos abiertos: Alfonso Reyes y Daniel Cosío Villegas. Don Alfonso presidía El Colegio de México y don Daniel presidía el Fondo de Cultura Económica. Los dos, muy pocos años antes, con el beneplácito y la ayuda del presidente Lázaro Cárdenas, habían dado el ser a La Casa de España en México. Yo, después de salir de las tinieblas clericales, acababa de descubrir, gracias a Arreola, que mi vocación era la literatura. Pero El Colegio de México no contaba aún con un Centro de Estudios Literarios, de manera que no hubo allí lugar para mí. Donde sí hubo lugar fue en el Fondo de Cultura Económica.

El Fondo, en ese año de 1946, estaba en plena actividad. Era ya una casa editorial prestigiosa, y seguía acrecentando su prestigio gracias ciertamente a Cosío Villegas, hombre que sabía hacer las cosas con notable eficacia y rapidez, pero sobre todo gracias al Departamento Técnico que allí existía, incomparablemente superior al que pudiera tener cualquier otra editorial de México o de la América de habla española. Ese Departamento lo constituían seis o siete españoles republicanos, seis o siete de los que se desterraron voluntariamente y vinieron a México a raíz del triunfo de Franco. Ellos revisaban los originales y enderezaban lo necesario hasta dejarlos listos para la imprenta; ellos leían y corregían las galeradas que llegaban de la imprenta, y luego las primeras y segundas pruebas de los libros; ellos, en una palabra, *hacían* esos libros estupendos que llegaban a manos de la gente. Siento, retrospectivamente, uno como orgullito al pensar que yo fui el primer mexicano que formó parte de ese Departamento Técnico al que me llevó Cosío Villegas.

Trabajábamos de las 9 de la mañana a las 5 de la tarde, con un paréntesis de una hora y media en que comíamos, allí mismo, una comida casera muy decente, y teníamos un rato de sobremesa en que jugábamos dominó y conversábamos. De hecho, conversábamos siempre a lo largo de la jornada, pues, por ejemplo, uno de nosotros, al leer un original o unas pruebas, se topaba con algo de dudosa exactitud o de dudosa corrección gramatical, y lo con-

sultaba con los demás, y se armaba un pequeño debate sobre la cuestión hasta dejarla resuelta, a veces con la ayuda de los libros de consulta que había en la sala en que todos trabajábamos; o bien don Sindulfo de la Fuente, un anciano que había sido secretario de Manuel Azaña y había pertenecido al muy selecto grupo de intelectuales y bohemios que rodeaba a don Ramón del Valle-Inclán, se levantaba de pronto del asiento y decía: "Me estaba acordando de...", y esta mágica fórmula nos hacía suspender lo que estábamos haciendo, y él nos contaba algo que había sucedido en la farándula madrileña de 1928, pero especialmente algo gracioso que había dicho, o hecho, el legendario Valle-Inclán. Fuera de esto, lo que se hacía era trabajar y trabajar. No había dilaciones latosas en la labor editorial, porque en la planta baja del Fondo estaban los talleres de Gráfica Panamericana, gobernada por un español del exilio apellidado Polo, y cuyo linotipista más competente, curiosamente apellidado Cecilia, era también español del exilio.

Ahora bien, ni Cecilia, ni Polo, ni don Sindulfo, ni Joaquín Díez-Canedo, jefe del Departamento Técnico, ni mis otros compañeros de trabajo eran miembros de La Casa de España en México, como lo eran esos otros españoles que una y otra vez se descolgaban por el Fondo: José Gaos, Agustín Millares Carlo, Max Aub, don Pepe Moreno Villa... (y me detengo, para no abrumar a ustedes con mi lista). Pero estos otros españoles que iban, por ejemplo, a entregar los originales de un libro, o a revisar alguna cosa suya en proceso de edición, no nos trataban de arriba abajo, sino como iguales.

Supongo que con esto habrá quedado claro mi concepto de La Casa de España en México. No me importa cuántos y cuáles españoles tenían el título "legal" (digámoslo así) de moradores de ella. La nómina, o sea la lista oficial, tendría quizá menos de veinte nombres, pero mi lista abarca a muchos más. Todos ellos estaban haciendo una misma cosa, que era, para decirlo sumariamente, levantar el nivel cultural de su nueva patria. Alguien, no recuerdo quién, dijo que al generalísimo Franco debería erigírsele un monumento, puesto que gracias a él había caído sobre México esa lluvia de monedas de oro que eran los poetas, artistas e intelec-

tuales españoles del exilio. Se impone, según yo, la conveniencia de ensanchar el área semántica del término La Casa de España en México.

Tal como yo la concibo, esta casa era muy amplia y comprendía gran cantidad de estancias o mansiones. Y añado que, en sus comienzos, La Casa de España y el Fondo de Cultura eran en cierto modo una sola entidad, pues tenían como sede un mismo edificio, Pánuco 63. La fisión o separación había tenido lugar poco antes de mi llegada a México, cuando La Casa de España, llamada ya El Colegio de México, se trasladó a Sevilla 30. Todo esto quiere decir que a comienzos del año 1946, cuando comencé a trabajar en el Fondo, ya estaba yo en mi casa. Ya era uno de los moradores de La Casa de España en México.

Todo el mundo sabe lo que ha sido el Fondo de Cultura Económica, lo que ha sido El Colegio de México. No sé si todo el mundo sabe lo que fueron muchas otras cosas, por ejemplo el seminario de Filosofía de José Gaos, el seminario de Sociología de José Medina Echavarría, el seminario de Historia de Ramón Iglesia o el curso de educación musical de Adolfo Salazar. Algunos necesitarán tal vez un poco de investigación para tener noticia de ciertas revistas, como *Litoral*, que se hacían en España y continuaron aquí su vida, o de revistas fundadas aquí por los españoles, como *España Peregrina*, como *Las Españas*, o como *Romance*, que fue y sigue siendo una maravilla, incluso desde el punto de vista tipográfico, y en la cual colaboraron muchos mexicanos; o de revistas mexicanas, como *Letras de México*, o *Taller*, o *Cuadernos Americanos* y *El Hijo Pródigo*, en las cuales colaboraron muchos españoles. O editoriales como Séneca, que fue extraordinariamente activa. Merece un agradecido recuerdo la preciosa serie de libritos que se llamó "El Clavo Ardiendo", donde hay, entre otros opúsculos, uno de Heidegger traducido por Xavier Zubiri, uno de André Gide traducido por Xavier Villaurrutia, uno de Plotino traducido por Juan David García Bacca, uno de Kierkergaard traducido por Juan Gil-Albert y uno de Hölderlin traducido por Luis Cernuda. Pero la editorial Séneca se señaló muy especialmente por los cuatro volúmenes de la colección "Laberinto", impresos, según la advertencia inicial, "bajo la dirección

de José Bergamín y al cuidado tipográfico de Emilio Prados". Los cuatro son auténticas joyas, pero la más valiosa, según yo, es la esplendida "antología de la poesía moderna en lengua española" llamada *Laurel*, que en sus 1087 páginas contiene generosas selecciones de 25 poetas hispanoamericanos, comenzando con Rubén Darío, y 13 españoles, comenzando con Unamuno: 38 poetas, no separados por nacionalidad, sino revueltos unos con otros, sin más orden que el cronológico. Quienes organizaron esta memorable antología fueron dos españoles, Emilio Prados y Juan Gil-Albert, y dos mexicanos, Xavier Villaurrutia y Octavio Paz.

Muchas otras cosas se me agolpan en la memoria. Elijo dos, sin más razón que porque se refieren a música y teatro. Entre esos españoles que nos envió Franco había un compositor, Rodolfo Halffter, un historiador de la música, Adolfo Salazar, y un crítico musical, Jesús Bal y Gay. Estos tres, con la colaboración de Carlos Chávez y de otros músicos mexicanos, organizaron los llamados "Conciertos de los Lunes", que en una sala no grande ofrecían conciertos semanales de música de cámara. En ellos, si es que no me equivoco, se oyeron obras que nunca antes se habían oído en México, como la "Introducción y allegro" de Ravel y el concierto para clavecín de Manuel de Falla, interpretado por Rosita, la mujer de Bal y Gay, que fue la única discípula que tuvo el maestro granadino. También nos vino gente de teatro (recuerdo a Cipriano Rivas Cherif, recuerdo a Álvaro Custodio). Tengo grabada en la memoria la función que nos ofrecieron los españoles en 1947 en el Palacio de Bellas Artes para celebrar el cuarto centenario del nacimiento de Cervantes. Hubo seguramente algún discurso, pero eso se me escapa. Lo que recuerdo antes que nada es una gran bandera española, republicana, por supuesto, una bandera que yo no había visto sino en raras ocasiones: estaba acostumbrado a la bandera rojo, gualda y rojo, la que había dibujado muchos años atrás con mis lápices de colores, junto con las de todas las naciones del mundo. Tal vez por eso no me gustaba la republicana. Pero esa vez me fascinó. Bien desplegada, ocupaba gran parte del escenario, y, como estaba hecha de terciopelo, sus tres colores, el morado, el gualda y el rojo parecían vibrar a la luz de los reflectores. Se cantaron algunas de las canciones que men-

ciona Cervantes (musicalizadas por Adolfo Salazar) y, como fin de fiesta, se representaron maravillosamente dos de sus entremeses. (Y todos los actores eran españoles.)

★ ★ ★

En 1958 —hace medio siglo— fui invitado, inesperadamente, a participar en el segundo congreso de la Asociación Internacional de Literatura Comparada, que tuvo lugar en Chapel Hill, donde está la Universidad de North Carolina. Se había decidido que las comunicaciones o ponencias leídas en ese congreso versaran sobre un tema unificador: "literaturas del exilio". Como yo tenía tanto que decir sobre la literatura del exilio español en México, acepté con mucho gusto la extraña invitación. Las paginitas que escribí, intituladas "Literatura de la emigración republicana en México", seguramente no han tenido lectores, pues están encerradas en uno de esos volúmenes de *Actas* de congresos que tienen mucho de sarcófagos. Se me ocurre hacer un rápido resumen de lo que allí dije. Como en 1958 El Colegio de México acababa de publicar el hermoso libro de Vicente Llorens intitulado *Liberales y románticos*, sobre los españoles que en 1823 se refugiaron en Londres, huyendo de la represión absolutista de Fernando VII, comencé esbozando un paralelo entre los dos destierros. Las semejanzas son obvias, pero también las diferencias. La diferencia fundamental es que, en México, los emigrados encontraron un país de habla española (pese a ciertas divertidas anécdotas de las cuales parecería desprenderse otra cosa): un país que ofrecía, desde el primer momento, un campo listo para favorecer las actividades no sólo del escritor, sino también del médico, del arquitecto, del industrial. Por otra parte, en 1823, como dice Llorens, Inglaterra era prácticamente el único país que brindaba asilo a esos desterrados, mientras que en 1939 la emigración española se derramó por toda la América hispánica, aunque la porción más importante es la que vino a México. Además, en muchos casos, la emigración de 1939 acabó convirtiéndose en situación permanente y definitiva. En 1958, cuando yo hablaba en el congreso de Chapel Hill, ya habían muerto en México muchos de los refugiados que habían soñado con regresar a una España

liberada del fascismo: Enrique Díez-Canedo y Joaquín Xirau, Eugenio Ímaz y José Moreno Villa, y tantos más. Los hijos decidieron quedarse al lado de esas tumbas. Muchas familias de refugiados eran ya familias mexicanas en 1958.

Juan Larrea, espíritu visionario y casi místico, hizo revivir, a propósito de esta emigración, el mito secular del "feliz destino de Occidente". Escribiendo en 1946, recién terminada la espantosa Segunda Guerra Mundial, decía: "Sabemos positivamente *hoy en día* que la última década vivida corresponde al tránsito de un viejo a un nuevo mundo. Europa ha sido materialmente deshecha mientras que el continente americano, tal como fue vaticinado por sus poetas complementarios y mayores, Rubén Darío y Walt Whitman, se está incorporando al alba y en el alba. Paralelamente, la crónica decadencia española, en su postrer desesperado esfuerzo de salvación, ha arrojado su simiente, en encendida jaculatoria, al otro lado del océano. Aquí, cambiando de cuerpo, ha venido creadoramente el enjambre de sus poetas al frente de su pueblo peregrino". Y, refiriéndose a uno de esos poetas, Emilio Prados, añadía: "le bastó *sembrarse en esta nueva tierra* para sentirse poseído, al margen de su voluntad, por un intenso vivir: había penetrado en *otro destino*".

La exaltada prosa de Larrea quizá nos haga sonreír ahora, y seguramente no habrá ya quien comparta semejante visión histórica. Pero es innegable que en el fondo de esas ideas había un radical optimismo, y que ese optimismo caracterizó la actitud y las empresas de muchos de los españoles que vinieron a México. Además, bien visto, en 1946 Larrea parecía tener razón: España bien podía considerarse tierra agotada y colmena sin enjambre. También León Felipe parecía estar en lo justo al decir que la vieja España se había quedado sin la magia todopoderosa de la poesía: había expulsado a sus mayores poetas, a sus escritores más ilustres; los había borrado del mapa. Eran proscritos en sentido absoluto. Como Bartolomé José Gallardo en una ocasión famosa, muchos de ellos habían perdido sus libros y sus papeles; la obra realizada por ellos se declaró no existente; sus libros desaparecieron de los catálogos y de las librerías.

En la Casa que acogió a los desterrados vivieron poetas y pintores, críticos de literatura y de arte, filólogos y hombres de

ciencia, sociólogos e historiadores. Después, cada uno de ellos fue cayendo, exacto, en su sitio: cátedra universitaria, gabinete de investigación, círculo literario, casa editorial, redacción de periódico o revista. Cada cual prosiguió su trabajo, penetró en su nuevo destino y emprendió su nueva vida al lado del camarada y amigo mexicano. Aquí, sin embargo, es preciso añadir que no todos los mexicanos se portaron como amigos y camaradas. Recuerdo, por ejemplo, este incidente: Jesús Bal y Gay, cronista de música en un periódico, criticó una vez muy desfavorablemente la representación de una de las óperas más socorridas, quizá *La Bohème*, exigiendo, en nombre de los amantes de la música, mayor preparación y profesionalismo en los cantantes; y entonces, en la primera oportunidad, antes de un concierto de la Sinfónica de Bellas Artes, justamente cuando acababa de hacerse el silencio en la sala, apareció al borde del escenario la señora Fanny Anitúa, una cantante que en sus buenos tiempos había cosechado laureles en Europa, y lanzó, con voz estentórea, una perorata contra Bal y Gay, ese extranjero miserable que pagaba la hospitalidad que México le había dado insultando a los artistas mexicanos. Los incidentes de este tipo también deben contarse, por mucho que nos avergüencen.

Después de la sesión del congreso de Chapel Hill, estuve conversando con dos amigos: Marcel Bataillon, el gran hispanista francés, y Concha Zardoya, poetisa española. Concha, que no tenía noticias de lo que hacían en México sus compatriotas, me dijo que lo que leí la había conmovido hasta las lágrimas, y Bataillon, que sí estaba al corriente de las cosas, me dijo que no recordaba haber leído nada sobre un asunto de tal importancia. Si así es, me será lícito sentirme un poco ufano por haber sido el primero que rompió el silencio. Y si no fui el primero, fui uno de los primeros.

Por supuesto, en los cincuenta años transcurridos desde entonces han aparecido muchos estudios, seguramente buenos. Confieso no haber leído sino muy pocos. Por eso no sé si a alguien se le ha ocurrido la idea de calibrar con números, con estadísticas, la aportación de esos españoles a la cultura de México. Si se tomaran como términos de comparación los años 1935 y 1955, veríamos cómo, gracias a ellos, se multiplicaron las librerías, los teatros, las

galerías de arte, las casas editoriales. Y al decir casas editoriales pienso también en las traducciones de libros. En 1958 Buenos Aires seguía siendo el centro incontestable de la traducción de novelas, pero México se distinguía por la traducción de grandes libros de estudio. Mommsen, Ranke y Dilthey, John Locke, Werner Jaeger y Heidegger, Karl Mannheim y Edmund Husserl, Albert Beguin, Marcel Bataillon y Fernand Braudel estaban traducidos aquí, no en Buenos Aires, no en Madrid ni en Barcelona. Y en muy gran medida, esas traducciones se deben a españoles como Joaquín Xirau y José Gaos, pero sobre todo Wenceslao Roces y Eugenio Ímaz. (Añado, entre paréntesis, que el hecho de haber sido yo el traductor del *Erasmo y España* de Bataillon confirma mi calidad de miembro de La Casa de España en México.)

"El desterrado no suele complacerse en el paisaje ajeno", dice Llorens a propósito de los liberales que huyeron a Londres en 1823. Pero, aun en esto, la emigración española de 1939 es caso aparte. Ya es significativo que uno de los poemas más hermosos de Pedro Salinas deba su inspiración al mar de Puerto Rico. Verdad es que, en los primeros tiempos, la escritura de los refugiados no incluía lo mexicano. Y verdad es que Emilio Prados siguió siempre hundido en su sueño, clavado en su mágica evocación de la patria ("Cuando era primavera en España..."), o vagando, casi fantasmal, casi en éxtasis, por su *Jardín cerrado*. Pero la atención creadora al ambiente mexicano fue acentuándose con el paso del tiempo. Pienso en Enrique Díez-Canedo y sus *Epigramas americanos*, en Luis Cernuda y sus *Variaciones sobre tema mexicano*, en Francisco Giner y sus *Laureles de Oaxaca*...

Me detengo un poco en Moreno Villa y en Max Aub. Moreno Villa, pintor y poeta, fue desde muy pronto un gran observador del "exotismo", un gran catador de lo pintoresco y diferencial de México. Escribió con exquisito donaire sobre el habla, los ademanes y las reacciones de los mexicanos modernos, y sobre todo la arquitectura, la escultura y la pintura del México colonial; y, entre otras poesías de tema mexicano, escribió un canto a la deidad azteca Xochipilli, "portentoso dios de las flores, que usa careta". Por su parte, Max Aub, prolífico novelista y dramaturgo, evocó en múltiples formas a España y su guerra;

pero México le fue preocupando más y más. Sus últimos cuentos, para decirlo en jerga psicológica, son análisis del carácter mexicano puesto en contraste —o en choque— con el carácter español. Hasta se atrevió a hacer hablar en lenguaje mexicano a algunos de sus personajes, como había hecho Valle-Inclán en *Tirano Banderas*.

★ ★ ★

Podría seguir y seguir, pero temo estar pisando ya la raya de los 30 minutos. A algunos de los españoles que fueron profesores en El Colegio ni siquiera los he mencionado. A otros españoles los he mencionado muy de paso, pero no he podido dedicarles el espacio que hubiera querido. Son Agustín Millares Carlo, León Felipe y Adolfo Salazar, los cuales, junto con don Pepe Moreno Villa, fueron los que yo más quise, y los que correspondieron más visiblemente al cariño que yo les tuve. Me quedo con las ganas. Otra vez será. Por ahora, es todo.

II.
LA CASA DE ESPAÑA EN SU CONTEXTO HISTÓRICO

DEFENSA DE LA REPÚBLICA ESPAÑOLA POR EL GOBIERNO MEXICANO

FERNANDO SERRANO MIGALLÓN
Universidad Nacional Autónoma de México

Para quienes guardamos la memoria de la República española, de su exilio y de su convivencia con los mexicanos, el presente homenaje es un acto de mutua gratitud a la vez que el cumplimiento de un deber moral e histórico. Es motivo de profunda emoción, pero también ocasión para continuar el diálogo entre las dos naciones, lo mismo que entre las sucesivas generaciones de hijos de dos ramas de la memoria histórica española.

Así, antes de emprender cualquier reflexión, debo expresar el agradecimiento de quienes hemos venido desde México a participar en esta conmemoración; nuestro agradecimiento al Comité Organizador, a la Residencia de Estudiantes, a la Universidad de Alcalá, y a todos quienes han hecho posible este encuentro. Hoy, como pocas veces, nos toca seguir el ejemplo de María Zambrano al recibir el premio Cervantes y pronunciar lo que ella llamó la palabra luminosa de la ofrenda: Gracias.

Antecedentes. 1900-1931

La historia de España es un devenir de contrastes profundos. La metáfora del sol y la sombra en la plaza de toros se presta para resumir el ritmo con que el tiempo se ha ido desarrollando en la Península. Esplendor y derrota alternativos, apertura e introspección, arrebatándose el protagonismo de los hechos y sus consecuencias, delinean una historia de extremos no pocas veces violentos. Si en España ha habido un siglo de contradicción y de desencuentro, ese ha sido el siglo XX.

Cuando el nuevo siglo empieza, el país se encuentra sumido en una depresión profunda. Tras la pérdida de sus últimas colonias americanas, España contempla cómo su influencia en el mundo queda notablemente reducida. Por otra parte, la cauda de las culpas no resueltas produce un sistema político amorfo, indefinido y provisional que no alcanza a cristalizar en instituciones que den salida a los reclamos de una sociedad inconforme. Poco dotado para el gobierno, torturado y frívolo, el rey Alfonso XIII inicia su vida política, prácticamente, con la semana trágica de Barcelona en 1909. La neutralidad asumida por España durante la primera Guerra Mundial, si bien mitigó algunas de las presiones económicas que se ejercían entonces sobre el país, también sirvió para aislar a España del resto de Europa. Tras el desastre de Annual, que es como la memoria colectiva ha llamado a la caída de la comandancia militar de Melilla en 1921, España se encerró aún más en sí misma, agravando de esta manera la ya tambaleante situación de un monarca que no había logrado recuperarse, en realidad, de la huelga general de 1917.

Para una cúpula militar ávida de hacerse con el poder, el momento parecía entonces haber llegado: el momento de fincar las bases de un proyecto político de larga duración inspirado en el más rancio tradicionalismo. El paso, finalmente, lo dio Miguel Primo de Rivera, Capitán General de Cataluña, el 13 de septiembre de 1923, que fue la fecha en que las Cortes Generales habían sido convocadas para analizar la situación en Marruecos y, más concretamente, para afincar la responsabilidad del Ejército en el desastre de Annual. Como en una mala novela, todos los elementos cuadraban para que el rey pasara al último de los términos en el desempeño político. Y es que si el desastre de Annual era el motivo perfecto para el golpe militar, la difícil situación social del país servía como excelente caldo de cultivo.

Si bien es cierto que la economía española estaba pasando entonces por un proceso de incipiente industrialización, dicho proceso alentaba en los diversos sectores de la sociedad unos deseos de reforma social que la monarquía no había sabido leer, ni mucho menos solucionar con oportunidad. Para la burguesía ascendente se trataba de un ambiente caracterizado por la cons-

tante supresión de espacios políticos, mientras que para la sociedad en su conjunto era una coyuntura en que las tensiones nacionalistas y regionalistas se oponían a los desesperados intentos de la monarquía por mantener la unidad a ultranza. Todos estos conflictos se desarrollaron en el contexto de un sistema político que, si bien aspiraba a ser democrático, tenía que seguir siendo monárquico; de un sistema en que los partidos políticos carecían de representatividad, como también de capacidad para establecer con la Corona un diálogo que pudiera resultar benéfico para la sociedad civil.

Sobrevino así una dictadura que, si bien atacada por los cuatro costados, logró sostenerse durante algún tiempo, gracias a la complicidad de un rey que, el 15 de septiembre, nombró a Primo de Rivera Presidente del Gobierno en calidad de dictador militar. Paradójicamente, con esta medida, Alfonso XIII sepultó a la monarquía, tal vez sin tener plena conciencia de ello. Porque si bien comenzó en seguida en España un periodo de represión política, esta represión, muchas veces brutal, no haría sino aumentar las presiones para que se proclamara una República.

Durante los años de la dictadura (1923-1930), en términos generales, se experimentó cierto crecimiento económico, si bien algunas de las estadísticas que se manejaban entonces resultaban ficticias. Algunas cifras indican que, al inicio de la dictadura, 57% del total de la mano de obra se dedicaba a la agricultura y que el mismo rubro reportaba 45% al final del régimen; por otro lado el parque automovilístico se duplicó en el plazo de seis años. Sin embargo, el modelo económico seguido durante estos años trajo consigo consecuencias sociales poco deseables. Sobre todo, supuso un crecimiento desigual de la economía nacional, al convivir zonas de profunda depresión económica, como Extremadura, con zonas de gran desarrollo, como Cataluña. Esta desigualdad, agravada por el crecimiento demográfico, llevó a su vez a notables migraciones internas en la Península.

La dictadura de Primo de Rivera, como la de Franco años después (y en realidad como la mayoría de las dictaduras de la época) se apoyaba en dos pilares fundamentales: por un lado, un sindicalismo vertical, la Organización Corporativa Nacional

—inspirada en la Italia de Mussolini—; y por otro, un movimiento ideológico, profundamente conservador y católico, al que denominaron la Unión Patriótica. Para hacer funcional su proyecto económico, la dictadura se vio obligada a ejercer un control muy firme sobre los sindicatos que, a raíz de la penetración en España de doctrinas marxistas, habían ido adquiriendo fuerza en los años previos al golpe. De esta manera, organizaciones como la CNT y el Partido Comunista de España, fueron completamente prohibidos, mientras que la UGT y el PSOE se vieron sometidos a vigilancia y a un régimen de moderada tolerancia. Cabe agregar que, aunque al principio de la dictadura la alta burguesía catalana se había comprometido con Primo de Rivera, dicha alianza era endeble por naturaleza (la desconfianza a la hora de discutir temas regionales y nacionalistas era mutua) y terminó haciéndose pedazos ante la presión social ejercida por la región.

Mientras que el rey se fue retirando del espacio público, la dictadura fue entrando en decadencia, para finalmente sucumbir ante las fuerzas crecientes de una sociedad ávida de democracia y participación. Para la caída de la dictadura se conjuraron varios elementos, entre los cuales cobraron especial importancia la ruptura de los pactos que permitieron que la dictadura gobernara y la impopularidad creciente de un gobierno autoritario al que los intelectuales atacaban una y otra vez.

Desde un principio, los representantes de la opinión pública rechazaron tanto el golpe mismo como el régimen autoritario al que dio pie. En respuesta, la dictadura hostigó a hombres como Unamuno, Ortega y Gasset, Manuel Azaña, Blasco Ibáñez y Valle-Inclán. La medida, sin embargo, resultó contraproducente, ya que, en lugar de acallarlos, los transformó en voceros de la sociedad española que denunciaban al regimen desde dentro y fuera del país. La misma represión la sufrieron las universidades, particularmente la de Madrid y la de Barcelona. Desde luego, los intelectuales no perdieron la oportunidad de subrayar todo cuanto en estos ataques había de desprecio por la ciencia, la cultura, el arte y la opinión.

Por las mismas fechas surgía otra generación, más joven, de artistas e intelectuales que iniciaban sus carreras dentro de los

estrechos márgenes que el autoritarismo les concedía. Resguardados en la Junta para Ampliación de Estudios y en la Residencia de Estudiantes, reductos liberales dentro del ambiente conservador, estos jóvenes también alentaron deseos de un cambio profundo. Al ir trabajando con esta finalidad, al poco tiempo colaborarían estrechamente en el programa cultural de la República, al que, en algunos casos, también seguirían defendiendo y promoviendo desde el exilio.

La mayor parte de los intelectuales y artistas que alcanzaron la edad adulta en los años veinte eran jóvenes de la burguesía de provincias que se habían formado a la vera de los libros de Unamuno, en las rutas del krausismo y bajo la influencia de la literatura francesa y norteamericana. Llama la atención, por ejemplo, que Dalí, Buñuel y García Lorca fueran miembros de la Residencia y que sus obras —aunque no tanto las de Dalí— siguieran pautas ideológicas muy distintas de las del régimen de Primo de Rivera.

Es cierto que esta generación no asumió una postura política, públicamente, sino hasta la década de 1930. Sin embargo, su inconformidad con las normas estéticas que predominaban durante la dictadura dejaba ver también su insatisfacción con la forma en que muchas otras cosas se hacían entonces en España. La generación del 98 veía en la del 27 una notoria ausencia de compromiso político. Algunos, como Unamuno y Valle-Inclán, se lo reprochaban. Fueron injustos, porque, como ahora podemos apreciar, la creación artística y cultural de esta nueva generación no pudo mantenerse al margen de la gran efervescencia política y social de la época. Así García Lorca, por ejemplo: si bien en *Mariana Pineda* (1927) presentó un problema ético y político bajo el disfraz de un drama amoroso, pocos años después dirigiría la Barraca, el famoso grupo teatral estudiantil subvencionado por la República, y en el verano de 1936 habría de ser uno de los primeros intelectuales ejecutados por el fascismo franquista.

La denuncia reiterada una y otra vez por los intelectuales y por las organizaciones sociales, junto con la crisis económica que empezó a hacerse sentir en 1927, terminaron con el proyecto de la dictadura y determinaron, en 1930, la caída de Primo de Rivera,

quien de todos modos ya carecía del apoyo del Ejército. Desde luego, ya para entonces la figura del monarca tampoco resultó de gran utilidad para el dictador; de hecho, fueron las dudas del rey y no sus afirmaciones las que sellaron el destino del Directorio.

Presionado por los políticos de oposición agrupados en el Pacto de San Sebastián, en 1930 Alfonso XIII rompió el silencio: destituyó a Primo de Rivera e impuso, primero, a Dámaso Berenguer, y luego, a Juan Bautista Aznar Cabañas, cuyo gobierno no hizo más que aplazar por unos meses la caída de la monarquía y la victoria de la causa republicana en las elecciones municipales de 1931.

La proclamación de la República. 1931

Los errores y los excesos de la Corona, a los que hay que añadir los de la Dictadura, determinaron la posibilidad de que un proceso histórico de honda raigambre en la política española, el republicanismo, encontrara el momento ideal para su manifestación. Una vez derruida la dictadura, Alfonso XIII, ante la presión republicana, accedió a convocar a una ronda de elecciones para proveer a la maltrecha Corona de una nueva legitimidad mediante el reconocimiento popular democrático. De nuevo, una lectura poco atenta, y hasta distraída, de la realidad española, incidió negativamente en la visión del Rey. Y, en esta ocasión, incidió de manera definitiva.

La idea de una República en España no nace en el otoño de 1930; ni siquiera aparece por primera vez con el nacimiento de la Primera República. Se trata de un movimiento que comienza su itinerario, si bien marginal al principio, con las ideas ilustradas que llegaron a España con la invasión napoleónica. Pero si la Primera República resultó ser apenas una breve interrupción entre dos largos periodos de régimen monárquico, la Segunda constituyó una experiencia democrática que sólo pudo ser detenida por las armas, con el apoyo extranjero y con la disolución de todas las fuerzas de unificación que una sociedad requiere para mantener vivas sus instituciones. La República proclamada en

1931 constituye la experiencia democrática más intensa vivida por España. A pesar de su victimización y derrota, la Segunda República legó una herencia política e histórica, que se mantuvo viva, primero en el exilio y luego, otra vez, en la Península. Una herencia política de valores liberales, que nos lleva a ver en el régimen monárquico tan sólo un espacio político e histórico provisional, intercalado entre dos experiencias republicanas.

Los abusos cometidos por la dinastía reinante trajeron consigo la caída de Alfonso XIII y el ascenso de los republicanos. La República misma tomó impulso después de la reunión celebrada el 17 de agosto de 1930 en la que los principales actores políticos republicanos acordaron el Pacto de San Sebastián con el objetivo de instaurar una República lo más pronto posible. Si bien el Pacto no estableció los mecanismos claros y precisos para lograr este objetivo, en cambio sí constituyó un Comité Revolucionario encargado de coordinar los esfuerzos colectivos. En dicho comité estuvieron representadas todas las fuerzas republicanas: Alejandro Lerroux, del Partido Republicano Radical, representando a Alianza Republicana; Manuel Azaña, de Acción Republicana; Marcelino Domingo, Álvaro de Albornoz y Ángel Galarza, por el Partido Republicano Radical Socialista; Niceto Alcalá Zamora y Manuel Maura, de Derecha Liberal Republicana; Manuel Carrasco i Formiguera, por Acció Catalana; M. Mallol, por Acció Republicana de Catalunya; Jaime Aiguader, por Estat Catalá; Santiago Casares Quiroga, por la Organización Republicana Gallega Autónoma y, a título individual, Felipe Sánchez Román, Eduardo Ortega y Gasset e Indalecio Prieto. Posteriormente, se adherirían al Pacto el Partido Socialista Obrero Español (PSOE), la Unión General de Trabajadores (UGT) y la Confederación Nacional de Trabajadores (CNT), cuya actitud ante la dictadura había transitado de la colaboración a la oposición. El PSOE y la UGT fueron representados por Indalecio Prieto, Francisco Largo Caballero y Fernando de los Ríos. La UGT fue aún más lejos, comprometiéndose a organizar una huelga general en caso de ser necesario. A partir de la unión de los socialistas, y con el espectro ideológico ya completo, el Comité Republicano se convirtió en Gobierno Provisional de la República.

El Pacto de San Sebastián contemplaba un alzamiento destinado a derribar al gobierno de Berenguer y para ello se contaba con la ayuda de algunos sectores liberales y republicanos de la oficialidad media de las fuerzas armadas. La independencia de la CNT costaría, sin embargo, demasiado cara para las aspiraciones republicanas. El 12 de diciembre de 1930, en la Guarnición de Jaca, se sublevaron los capitanes Fermín Galán y Ángel García Hernández, justo tres días antes del momento acordado por el Gobierno Provisional. La marcha de los militares alzados duró poco: tratando de llegar a Huesca, fueron reducidos por las tropas del Gobierno. La detención de Galán y de García, sin embargo, no fue suficiente para apaciguar al Ejército. El 15 de diciembre, Ramón Franco tomó el aeródromo de Cuatro Vientos para cumplir con el Plan del Comité, pero al no encontrar apoyo alguno, tuvo que abandonar la empresa y exiliarse en Portugal. El día 17, Galán y García fueron fusilados. Previamente, el día 14, el gobierno había ordenado la detención de los líderes republicanos: Maura, Alcalá Zamora, Galarza, Albornoz y Casares; el día 18 Giral, Largo Caballero y Fernando de los Ríos se entregaron voluntariamente.

Berenguer se había hecho cargo del gobierno luego de que Primo de Rivera renunciara el 30 de enero de 1930. Llegó al Directorio con una Corona todavía más devaluada que aquella que había encontrado su antecesor. Contaba también con todavía menos perspicacia. Y es que tanto Berenguer como Alfonso XIII se permitieron el lujo de imaginarse una España donde nada había sucedido y cuyo encono podía aplacarse con unas cuantas reformas liberales. Desde luego, estaban equivocados. Ortega y Gasset lo señaló, al referirse a lo que llamó el "error Berenguer". De esta manera, para la opinión pública Galán y García se convirtieron en mártires de una lucha democrática.

En la primera convocatoria a elecciones, para realizarse el 1° de marzo de 1931, todos los partidos se abstuvieron y el rey ofreció uno de los espectáculos más confusos y ridículos de la historia de la Corona española. El monarca y el dictador acordaron disolver el gobierno y comenzar las consultas. Presionados a dar con una solución, recurrieron a un conservador de la oposición, Sánchez Guerra, para que formara un gobierno en el que podrían

incluirse republicanos (cabe señalar que dos de los republicanos mencionados se hallaban encarcelados entonces). Desde luego, este ofrecimiento fue rechazado, pero de todos modos fue interpretado como un reconocimiento tácito por parte de la Corona de la legitimidad de la causa republicana.

Para el 18 de febrero se había formado un nuevo gobierno presidido por el almirante Manuel Aznar y con Berenguer como Ministro de Guerra. En realidad, este gobierno sólo tuvo como objetivo organizar las elecciones a concejales municipales para el 12 de abril; a diputaciones provinciales para el 3 de mayo, y a parlamentarias generales para el 7 de mayo. Varios elementos incidieron para convertir estas elecciones en un auténtico plebiscito popular. Por un lado, la mayor presencia republicana en las grandes ciudades, donde la organización de los partidos era mejor y donde el caciquismo ejercía menos influencia. Por el otro, la oposición frontal entre dos grupos de partidos, más unificados los del sector republicano y menos los del monárquico, y el hecho de que el electorado tuvo que decidir entre estas dos opciones.

El 12 de abril de 1931 se celebró la segunda, y definitiva, ronda de elecciones municipales. Con una participación de 66.9% del electorado, de los 81 099 escaños en disputa, esparcidos en 9 259 municipios, los monárquicos obtuvieron 40 324; los de dudosa filiación política, 1 207; los comunistas, 67; los republicanos, 34 688. Si bien los republicanos no habían alcanzado la mayoría absoluta, tampoco se podía hablar de una derrota; en realidad, se trataba de un triunfo aplastante en el terreno político. Y es que la simple lista de los concejales obtenidos no refleja los votos vertidos, pues pone en igualdad de circunstancias los que fueron electos en zonas rurales con un bajísimo índice de votación y los electos en zonas urbanas de alta concentración demográfica. Es decir, mientras bastaban unos cientos de votos muy a menudo para elegir a un concejal monárquico, los concejales republicanos contaban con miles de votos. Así en las ciudades, la coalición republicana había obtenido 61.6% de los votos, frente a 27% de los monárquicos. Por otra parte, 41 de las 50 capitales de provincia habían votado por la República, como también lo habían hecho otras ciudades importantes como Alcoy, Elda, Manzanares, Peñarroya, Almadén,

Sabadell, Tarrasa, Irán, Jaca, Cartagena, Úbeda, Linares, Torrelavega, Béjar, Gijón, Mieres, Gandía, lo mismo que los centros de mayor influencia política y económica como Madrid, Barcelona, Bilbao y las cuencas mineras de Asturias, Vizcaya y Riotinto.

El Comité Republicano y el Gobierno Provisional aguardaban noticias en la casa de Maura. Una vez confirmados los resultados de las elecciones, publicaron una declaración en la que les concedieron carácter de plebiscito popular y exigieron a Alfonso de Borbón que se sometiera a la voluntad nacional. El pueblo vitoreó a la República y las calles de Madrid, Barcelona, Valencia, Zaragoza y Oviedo se encontraron repletas de un pueblo jubiloso y exultante. Mientras tanto, ante el silencio de los mandos, la policía y la Guardia Civil permanecieron silenciosas y expectantes.

Así amaneció el 14 de abril de 1931. Hacia las seis de la mañana, en Eibar, los concejales recién electos izaron la bandera roja, amarilla y morada y proclamaron la República española. Conforme el día avanzaba, en muchos municipios de la península fue presentándose la misma escena. Romanones, con mejores fuentes de información que el rey y más atento en su lectura, fue entrando en el convencimiento de que era posible un golpe de mano de los militares y que la única salida posible era que Alfonso XIII abandonara el territorio español lo más pronto posible. Y se lo hizo saber. El rey autorizó a su médico personal, Gregorio Marañón, y a Romanones para que se entrevistaran con Alcalá Zamora en casa de Marañón, a fin de ofrecer una solución de compromiso: la formación de un gobierno al amparo de una nueva constitución. Desde luego, Alcalá no sólo se opuso a la propuesta del rey, sino que exigió al monarca que abandonara el país "antes de ponerse el sol". Y, en efecto, ése fue el acuerdo al que se llegó: la salida inmediata del rey y la transmisión de los poderes para el día siguiente. De hecho, la transmisión de poderes ya había comenzado a ocurrir; a las 13:30 en Barcelona, el alcalde entregaba el poder a Lluis Companys y a los concejales catalanistas; como en Eibar, en el ayuntamiento de Barcelona se vio ondear la bandera tricolor; a las 15:30, la misma bandera ya estaba colocada en el Palacio de Comunicaciones y la red telegráfica operaba con autoridades republicanas; hacia las 16:30, la Puerta del Sol estaba repleta de manifestantes

que abarrotaban las calles desde Cibeles y Arenal hasta la Plaza de Oriente y había fiestas menores en Lavapiés y en Atocha; un testigo presencial recordaría más tarde que el espectáculo se parecía más a una fiesta popular que al inicio de una revolución.

Para las 17:00, la República había sido proclamada en Valencia, Sevilla, Zaragoza, San Sebastián, Huesca, La Coruña y Salamanca. Ya para entonces el Estado monárquico estaba completamente desarticulado y en el Palacio de Oriente Gabriel Maura presentó al rey un proyecto de abdicación, que más bien parecía una renuncia; todavía, antes de firmarla, Alfonso XIII intentó en vano formar un gobierno de coalición con Melquíades Álvarez. Al verse abandonado por Sanjurjo y contando sólo con el apoyo desaforado de De la Cierva y Cavalcanti (ellos sí dispuestos a sacar la tropa a la calle para reprimir los festejos), el rey finalmente aceptó firmar el documento que Romanones le ofrecía.

A las 18:30, el Gobierno Provisional acordó abandonar la casa de Miguel Maura y trasladarse a la Puerta del Sol. Allí era tal la muchedumbre que Maura, Largo Caballero y Alcalá Zamora no pudieron llegar sino hasta las 20:00. Abriéndose paso entre la multitud, llegaron por fin a la puerta del Palacio de Gobernación, donde una Guardia Civil vacilante trató de impedirles el paso. Maura entonces grita: "¡Paso al gobierno de la República!", y en el acto los guardias franquean el paso, hacen el saludo militar y presentan armas al Gobierno. Por la puerta de la calle Correo ingresaron Fernando de los Ríos, Lerroux y Casares. Sólo faltaba un capítulo de esa jornada para que la República fuera una realidad completa. Mientras el nuevo Gobierno ingresaba al Palacio de Gobernación, en otro Palacio, el de Oriente, Romanones coordinaba la salida del rey, quien, a las 20:15, y en compañía del duque de Miranda, abandonó el Palacio por la puerta del Campo del Moro. De Madrid condujo su auto hasta Cartagena, donde se subió al crucero *Príncipe Alfonso*, que luego lo desembarcó en Marsella. También bajo la coordinación de Romanones, la reina Victoria de Battemberg y sus hijos, acompañados por el almirante Rivera y el marqués de Hoyos, salieron al día siguiente por carretera hasta la estación del tren en Galapagar, donde lo abordaron con destino a Francia. El mismo día el Infante don Juan se

embarcó en un torpedero en el arsenal de La Carraca, en Cádiz, con rumbo a Gibraltar. Instalado el nuevo Gobierno y con el rey camino del exilio, nació la Segunda República española.

Relaciones entre España y México (1931-1936)

México era entonces una nación que salía de un largo conflicto armado que coincidía con la primera revolución social de la historia. En el ámbito internacional era un país que vivía aislado. Así como era firme el rechazo a los sucesivos gobiernos revolucionarios, también era constante el bloqueo permanente ejercido por varias naciones europeas, por no decir nada del reajuste introducido en la propia política nacional. De esta manera, México no pudo ingresar a la Sociedad de Naciones sino hasta septiembre de 1931.

Desde mucho antes del advenimiento de la República española, existían canales de diálogo entre México y España, canales que nacían de aspiraciones y problemas comunes y, sobre todo, de una honda y seria necesidad de autoconocimiento. Para decirlo con palabras de Arturo Souto Alabarce: "La pregunta: ¿Qué es España?, puede parecerle extraña a un francés, a un inglés, pero no a un mexicano, no a un hispanoamericano. Paralelos a los pensamientos que esta pregunta removía en Unamuno, en Valle-Inclán, en Azorín, en Ortega, en Azaña, los pensamientos de Sierra, de Vasconcelos, de Alfonso Caso, de Reyes, de Henríquez Ureña, de Ramos; y antes, si se cita a Galdós, a Menéndez y Pelayo, a Castelar, puede también citarse a Altamirano, a Ignacio Ramírez, a Martí, a Bello o a Sarmiento. El gran tema, pues, que para España propusieron los noventayochistas, forma la sustancia ideológica del ensayo español contemporáneo, y hay, de hecho, tantas respuestas como autores. La guerra —en esto como en todo— vino a hacer tabla rasa de muchas opiniones, de muchas teorías, de muchos prejuicios".[1]

[1] Arturo Souto Alabarce, "Letras" en *El exilio español en México. 1939-1982*, México, Fondo de Cultura Económica-Salvat, 1983, p. 390.

Desde mediados del siglo XIX se había celebrado entre México y España una serie de encuentros históricos, que se incrementaron en las décadas de 1920 y 1930. En otras palabras, no era tan desconocida España para México, ni viceversa, sino que, al contrario, existía un diálogo, las más de las veces personal e informal, entre miembros destacados de ambos países, aunque ello no se viera reflejado en una política oficial de mutuo acercamiento sino hasta el advenimiento de la República española.

Resulta peculiar que entre España y México se haya dado una historia similar de exilios, que ayudan a fomentar un diálogo privilegiado entre los dos países. En el caso de México, tenemos los exilios vividos por una larga cadena de liberales, progresistas y semiprogresistas, según su tiempo y circunstancias, como Sánchez Azcona, Riva Palacio, Bernardo y Alfonso Reyes, entre otros.

Los exilios mexicanos en España coinciden en el tiempo con el desarrollo político y social, y con la revolución intelectual correspondiente, que llevarán a la promulgación de la República. En el mismo año en que el español Francisco Giner de los Ríos, mientras permanecía encarcelado, concibe la creación de la Institución Libre de Enseñanza, el mexicano Riva Palacio, en España, busca allanar las diferencias que habían surgido entre los dos países a raíz del fusilamiento de Maximiliano en México. Pero Riva Palacio había estado en España aún antes, en tiempos de la publicación del *Libro rojo*, escrito con Payno, estableciendo con esta obra otra línea de diálogo que luego había de continuar Valle Arizpe: la novela colonialista. Desde luego, las fuentes del diálogo entre España y México no fueron cuestión únicamente de la coincidencia de tiempos y circunstancias: el diálogo fue también una idea fija y un propósito de algunos mexicanos y de algunos españoles.

Con la excepción de Martín Luis Guzmán, los mexicanos en tránsito por España participaron en la política peninsular de manera sutil. Así tanto Riva Palacio como Reyes, por ejemplo, observaron y opinaron. Y cabe señalar que casi todos los mexicanos que pasaron por España tuvieron convicciones republicanas y liberales. Aquellos años de exilios intermitentes de mexicanos en España dejaron huella en ambos países. Perea señala que Vicente Riva Palacio permaneció en España, con breves intervalos

pasados en México y Francia, los mismos diez años abarcados por el libro autobiográfico del padre Servando y los madrileños de Reyes. Festejó en Madrid y de manera fastuosa el cuarto centenario del descubrimiento de América. Pero sobre todo, al igual que Juan de Dios Peza, Amado Nervo, Francisco A. de Icaza, Luis G. Urbina, Alfonso Reyes o Martín Luis Guzmán, participó en la vida cultural hispana con tanta o más pasión que los nacidos en esa tierra. Y sobre todo, algo muy importante y que también es seña de identidad de las relaciones hispanoamericanas, participó *al lado de ellos*. De este modo, Alfonso Reyes fue secretario del Ateneo de Madrid; Rodolfo Reyes, presidente de la Sección de Ciencias Morales durante la República; Riva Palacio, presidente del Círculo de Bellas Artes en 1894; el propio general era vicepresidente de la Asociación de Escritores y Artistas en 1892, año del primer viaje a México de los realizados por Valle-Inclán.

Los promotores del asilo republicano en México pertenecieron fundamentalmente a dos generaciones claramente definidas dentro de la historia de la cultura en México: la del Ateneo de la Juventud y la de los Siete Sabios. A la primera pertenecieron entre otros los Caso y Alfonso Reyes; a la segunda, Cosío Villegas y los hermanos Martínez Báez. Es decir, la presencia de México en España, y el diálogo de sus intelectuales con sus pares españoles, se extendieron hasta la generación siguiente. En su correspondencia personal con Alfonso Reyes, concretamente en una carta fechada en Madrid el 30 de abril de 1930, Jaime Torres Bodet ofrece confirmación de lo mismo al comunicarle la siguiente noticia: "Mathilde Pomés, nuestra querida Mathilde, estuvo hace unos días en España. Vino también a Madrid, en donde le ofrecimos una comida Salinas, Marichalar, Bergamín, Fernández Almagro, Rafael Alberti, León Sánchez Cuesta y yo".[2]

Por otra parte, cuando el periodo armado de la Revolución mexicana había pasado, el gobierno cardenista introdujo a su discurso político un elemento nuevo que se percibía ya en los ambientes culturales y educativos de varios países de América

[2] Fernando Curiel (ed.), *Casi oficios. Cartas cruzadas entre Jaime Torres Bodet y Alfonso Reyes, 1922-1959*, México, El Colegio de México-El Colegio Nacional, 1994, p. 52.

Latina y que se había acentuado a partir de la Guerra Civil española. El elemento de la unidad natural de los países de habla española. A diferencia de las ideas panamericanas sustentadas por Estados Unidos, que identificaban la unidad de América con la sujeción formal de un área geográfica a las políticas de influencia norteamericana y que no hacía distinciones de carácter cultural histórico o de nivel de desarrollo, y a diferencia también de los ideales bolivarianos que a mediados del siglo XX se identificaban con formas utópicas y románticas de la unidad iberoamericana, el postulado hispanoamericano de Cárdenas se refería, más bien, a elementos culturales y de identidad histórica. La visión cardenista de la unidad hispanoamericana era incluyente por cuanto abarcaba a la España republicana, a Portugal y a todos los países de la América hispana y portuguesa. Además, se basaba en una nueva idea de la relación entre todos los países del continente, agrupados no ya en torno a una metrópoli sino a un país cuya maternidad histórica y lingüística no era cuestionada, pero que había superado ya la era de los reproches, los resentimientos y las distancias. Desde ese punto de vista, se trataba de una relación más madura que la simple imitación o añoranza del romanticismo decimonónico y, al mismo tiempo, de una relación más real que el desdén del liberalismo mexicano, que solía rayar en la leyenda negra de la colonia. La acción que derivaba de estos presupuestos intelectuales no suponía tan sólo un frente político común, es decir, no era simplemente eso, sino que concebía la región como una idea histórica y un futuro compartido. Éste es, pues, el hispanismo de intelectuales tan diferentes entre sí como Alfonso Reyes y Fernando Benítez, que se fortaleció con pensadores del propio exilio como José Manuel Gallegos Rocafull y José Gaos. Si bien sus posturas eran radicalmente distintas, sus conclusiones siguieron influyendo en el pensamiento mexicano hasta el final del siglo XX. Su obra es ya cultura viva, que se plasma en el pensamiento, tan diverso en el fondo y en la forma, de un Octavio Paz, de un Carlos Fuentes o de un Fernando Salmerón.

Tanto el gobierno mexicano como el republicano español descubrieron que la exportación al mundo de su lenguaje común propiciaba unas relaciones entre ambos países un poco más cálidas

que la simple cordialidad. Sobre todo, permitía contemplar la idea de universalidad tanto en la ideología como en los motivos de la lucha y prefiguraba, en cierta medida, un discurso político cercano al que tendrían los aliados frente a las potencias del Eje durante la segunda Guerra Mundial. No sólo Hugh Thomas, sino la mayoría de los historiadores han insistido en la idea de que la Guerra Civil española les sirvió a los fascistas como una especie de laboratorio en que hacían sus experimentos en vistas a una conflagración mucho más grande. Puede decirse que el contacto diplomático entre la República española y México encarnaba también un laboratorio ideológico en cuanto a la expresión de los ideales revolucionarios y de la defensa democrática.

La Guerra Civil. 1936-1939

Hablar de la Guerra Civil española es hablar de uno de los momentos más dramáticos en la historia tanto de ese país como de Europa y de las democracias occidentales. La derrota de la República supuso la destrucción, por la fuerza, del mayor intento democrático en la historia española. Representó asimismo un ensayo de lo que luego sería la segunda Guerra Mundial, al servir de laboratorio político y bélico para los fascismos en su quimérica carrera por dominar el mundo. En el fondo, la historia de la Guerra Civil es la narración de tres episodios paralelos y concomitantes. En primer lugar, es la historia de una sublevación militar, ilícita y anticonstitucional, contra un gobierno civil legítimamente elegido y contra un orden constitucional aceptado y respetado por el pueblo que lo había instaurado. En segundo lugar, es la de una revolución obrera, campesina y social producida por los hondos rezagos que la monarquía había heredado a la República y que ésta, en su corta duración, no había tenido tiempo ni oportunidad de resarcir. Y finalmente, es la de una conspiración internacional organizada con el objeto de permitir a las naciones fascistas ensayar sus instrumentos políticos y militares en España, todo ello con la aquiescencia complaciente y temerosa de las democracias europeas. El desenlace de estas tres historias fue la destrucción de

una democracia, el avance y posicionamiento de los estados fascistas y el exilio de una parte considerable del pueblo español.

Para mediados de 1936 la situación que enfrentaba la República española era difícil. La inquietud social, la polarización de las posturas políticas y un cada vez menor entendimiento entre las distintas fuerzas políticas que convivían dentro y fuera de las Cortes, minaban la capacidad del gobierno para establecer el orden y lograr soluciones eficientes y rápidas para los reclamos sociales y políticos. El 20 de marzo de 1936, el Congreso de los Diputados, a petición del PSOE, resolvió destituir a Niceto Alcalá Zamora como Presidente de la República, resolución que se hizo efectiva el 7 de abril siguiente. La destitución de Alcalá fue consecuencia de la decisión del mandatario de disolver las cortes en dos ocasiones durante su mandato. Aunque jurídicamente válida, en la esfera política esta medida contribuyó a sembrar todavía mayor confusión en la vida pública. El 10 de mayo siguiente, Manuel Azaña asumió la Presidencia y el día 12 Santiago Casares Quiroga, de Izquierda Republicana, la Presidencia del Gobierno. En este escenario de inestabilidad, la sublevación militar se iba gestando al compás del descontrol político y de la premura con que el gobierno trataba de darle solución.

El 12 de julio de 1936, el teniente de la Guardia de Asalto José del Castillo fue asesinado por miembros de la extrema derecha. La noche siguiente miembros del mismo cuerpo militar secuestraron en su domicilio al líder de la oposición monárquica, José Calvo Sotelo, lo llevaron a las afueras de Madrid; tras ejecutarlo de un tiro en la nuca, abandonaron su cadáver en un cementerio. Sin duda, la indignación que los hechos suscitaban proporcionó a los militares implicados en el alzamiento el pretexto que necesitaban para desencadenar la sublevación que venían aplazando desde el mes de mayo.

Al atardecer del 17 de julio de 1936, el Ejército de Marruecos se alzó contra el gobierno de la República. Si bien la resistencia de las autoridades leales a la República fue más ardua de vencer de lo se pensaba, en la mayoría de los casos los republicanos fueron sofocados en el acto. Para el día siguiente habían acontecido levantamientos en algunas ciudades de la Península,

en Canarias y Baleares y, aunque todo había sido planeado para lograr un golpe de Estado militar mediante la sublevación y la conquista del poder mediante la rendición pronta del gobierno, los focos de resistencia y las defecciones fueron tales que el levantamiento se convirtió pronto en el detonador de una revolución en el seno de la República y de una prolongada y cruenta guerra civil.

En torno a los sublevados se reunían algunos de los altos mandos del Ejército, carlistas, falangistas, monárquicos, organizaciones de extrema derecha, empresarios y terratenientes perjudicados por las políticas sociales de la República, todos ellos firmemente apoyados a su vez por la jerarquía católica. A los pocos días, se habían impuesto en Canarias, Galicia, León, Castilla La Vieja, Navarra, Álava, parte de Aragón, parte de Extremadura, Mallorca, Ibiza, Oviedo en Asturias, Sevilla, Córdoba, Granada y Cádiz, en Andalucía. En un primer momento el gobierno republicano tardó en reaccionar. La confianza en las instituciones y en su legitimidad democrática impidió que se formara una conciencia rápida de la gravedad del problema. Por otra parte, la sublevación no era el único —aunque sí el más importante— de los cuadros de violencia que el gobierno republicano debía enfrentar. Tenía que cargar, también, con la desorganización de los partidos, con las pretensiones de los autonomistas vascos y catalanes y, particularmente, con las presiones ejercidas por las organizaciones obreras. Éstas, aunque restaban movilidad al gobierno central, también contribuyeron con su esfuerzo a frenar la rebelión en Madrid, Barcelona, Valencia, Málaga, Bilbao y Gijón, entre otras ciudades donde las milicias se organizaron pronto.

En cuanto Madrid tuvo conocimiento de la rebelión, el gobierno de Santiago Casares presentó su dimisión. En la madrugada del día 18, le sustituyó Diego Martínez Barrio, presidente de las Cortes y miembro de Unión Republicana, Sin embargo, éste no llegó a tomar posesión del cargo, pues fue reemplazado al amanecer del día siguiente por José Giral Pereira, de Izquierda Republicana. Si bien el gobierno de Giral estaba compuesto sólo por republicanos, debió admitir en su seno a dos militares.

Casi al cumplirse un mes del alzamiento, ambos bandos habían comprendido que la sublevación implicaba una guerra de

mayores dimensiones y, mientras los militares negociaban ya el apoyo del fascismo internacional, el gobierno legítimo buscaba nuevas alianzas para hacer frente a los acontecimientos. El 3 de septiembre de 1936 fue necesario crear un nuevo gobierno, esta vez bajo la presidencia de Francisco Largo Caballero. Su gobierno quedó integrado no sólo por republicanos, socialistas y comunistas, sino también por cuatro ministros anarquistas, cuya inclusión en el gabinete respondía a la necesidad del gobierno de hacerse con este grupo. Aun cuando los anarquistas representaban una fuerza política inestable, cuyos principios chocaban frontalmente con la idea democrática de la República, constituían de todos modos una fuerza de movilización y combatividad que, en palabras de Julio Aróstegui, no podía ser desdeñada:

> Este hecho, políticamente insólito, tenía una explicación clara en aquellas circunstancias, puesto que un esfuerzo centralizado de guerra era irrealizable sin una fuerza de la importancia del anarcosindicalismo... Largo Caballero conseguía que todas las fuerzas significativas de la República tuvieran responsabilidad en un gobierno de "unidad antifascista".

Ayuda militar

Ambos bandos buscaron apoyo en los países que parecían más proclives a sus posturas. La diferencia estribaba en que si bien el gobierno republicano hacía uso del derecho internacional que le asistía para adquirir armas en el extranjero con las que defenderse y también para buscar las alianzas y los acuerdos internacionales que le convinieran, los alzados, ahora reunidos bajo el nombre de "nacionales", estaban al margen de toda ley y actuaban como corsarios y oportunistas. A la larga, lo que parecía una ventaja para el gobierno legítimo, resultó una amarga decepción. Y es que quienes estaban del lado de la Ley y de la Constitución veían cómo, con la excepción de apenas unos cuantos países amigos, como México y la Unión Soviética, las puertas se les iban cerrando, dejándolos aislados en la contienda. Los nacionales, en cambio, que actuaban

al margen de toda norma, obtenían rápidos y eficientes apoyos en la Alemania nazi y en la Italia fascista, todo con el contubernio silencioso del Comité Internacional de No Intervención.

Como Mario Ojeda y otros estudiosos del periodo pudieron probar a principios de esta década, el gesto más arriesgado y comprometido del gobierno de Cárdenas en ayuda de la República española consistió en suministrarle armas en un momento en que todos los demás países se negaban a hacerlo. Si siempre se supo de este apoyo, pensábamos que se trataba de un gesto simbólico, cuando en realidad, desde el principio de la contienda, nuestro gobierno puso al servicio de la República la producción de la Fábrica Nacional de Armamentos del Ejército Mexicano.

Las constancias que obran en las secretarías de la Defensa Nacional y de Relaciones Exteriores así como en el Archivo General de la Nación, demuestran que fueron enviadas todas las piezas de artillería disponibles en las bodegas del Ejército mexicano. Incluso se desmontaron unidades completas para llevarlas a España.

Siempre se supo que México había servido de intermediario para que la República española adquiriera armamento. Ahora ha quedado demostrado que México encubrió sus operaciones con la República española, haciéndolas pasar como acuerdos con otros países. Esta ayuda se la prestó México a lo largo del conflicto, convirtiéndose así, junto con la URSS, en el único proveedor de armamento para la República.

Mario Ojeda reconoce que no tenemos cifras exactas y definitivas para determinar el apoyo material que México prestó a la República y señala que autores como Hugh Thomas la valoran en dos millones de dólares, mientras que T. G. Powell, basándose en afirmaciones del propio Cárdenas, reconoció que la venta de armas de México a España sobrepasaba los 8 000 000 de pesos (unos 2 225 000 dólares de entonces), tan solo para el periodo de septiembre de 1936 a septiembre de 1937.

La decisión del Gobierno mexicano de vender armamento cuando todos los demás países se rehusaban a hacerlo, formaba parte de la política del general Cárdenas, que buscaba poner un ejemplo digno de ser imitado por otros países.

En estas primeras horas de la Guerra Civil, el gobierno republicano buscó ayuda militar del gobierno de León Blum en Francia con el fin de sofocar el levantamiento. Para justificar la legalidad de su petición, el Gobierno español invocó un acuerdo franco-español, firmado en 1935, mediante el cual se estipulaba en una cláusula secreta que España compraría armamento francés por el equivalente de 20 000 000 de francos. Aunque en un primer momento Francia pareció dispuesta a cumplir con sus obligaciones, el gabinete de Blum quedó dividido al respecto, y esto, junto con la presión ejercida por la prensa de derechas y por el gobierno británico, la hizo por fin abandonar sus compromisos.

Ante el incumplimiento de los franceses, Fernando de los Ríos, entonces embajador de España en Francia, se acercó al embajador de México, el coronel Adalberto Tejeda, para presentar una solicitud formal mediante la cual el gobierno mexicano compraría armas y municiones a Francia en nombre de la República española. La compra aparecería como efectuada por México, aunque en realidad su destino sería España. Sin consulta previa, Tejeda mandó un telegrama a la Secretaría de Relaciones Exteriores de México informando al canciller Hay de la solicitud urgente planteada por De los Ríos. A los pocos días llegó la respuesta. Tal como Ojeda señala, la Cancillería mexicana autorizaba la iniciativa sin reserva alguna, aunque con la condición de que no se suscitaran complicaciones internacionales de ningún tipo con el gobierno francés. El comunicado enfatizaba: "Bajo ninguna circunstancia debemos engañar a gobiernos amigos".

En agosto de 1936, el gobierno mexicano recibió, por medio de Tejeda, una petición del gobierno republicano, para repetir la operación en Bélgica o en el Reino Unido. Se buscaba adquirir de 10 a 12 bombarderos, 25 000 bombas, 1 500 ametralladoras y varios millones de cartuchos. En cuanto a la opción británica, el Reino Unido rehusó expedir licencias para la venta a México de una cantidad no especificada de rifles, ametralladoras y munición, por temor a que fuera reenviada a España. Por el lado belga, no conocemos con precisión el resultado.

De Francia, sabemos que la operación se realizó con éxito y se enviaron a España, al menos, 30 aviones de reconocimiento y

bombarderos, 15 aviones caza y 10 aviones de transporte y entrenamiento. Durante mucho tiempo se creía que ésta había sido la única operación de ayuda material a la República, pero hoy sabemos que México participó en más transacciones. El 15 de agosto, por ejemplo, con dinero de la República, el gobierno mexicano compró un viejo barco argelino de 1 700 toneladas, el *Berbère*, que estaba atracado en el puerto de Marsella. Rebautizado como *Jalisco*, el barco llevó armas de contrabando desde Francia hasta la República española. Ojeda menciona otra operación realizada en el puerto de Alicante, donde se introdujo un cargamento clandestino de 150 morteros de trinchera Brandt y 45 000 granadas de mortero. En otra ocasión el cargamento consistía en 50 cañones antiaéreos Oerlikon de 20 milímetros y 75 casquillos de proyectil.

Defensa diplomática

Consecuente con sus propias ideas revolucionarias, el gobierno de Cárdenas hizo lo posible porque las embajadas mexicanas y las diversas representaciones en el exterior funcionaran como centros de comunicación ideológica y como puntos de acuerdo. En este sentido, la acción diplomática difundía la imagen del gobierno mexicano como promotor de una corriente mundial en favor de las libertades en general y de la República española en particular.

Las relaciones exteriores de México debieron enfrentar, en más de una ocasión, oposiciones diversas. No puede decirse que, frente a la postura mexicana, existiera una política de obstaculización deliberada, sino más bien que se fue formando una oposición a raíz de la errónea política de No Intervención defendida por la Sociedad de Naciones, una política que derivaba, inmediatamente, en favor de la rebelión franquista, y a corto plazo, en favor de las naciones del Eje. La conformación, al menos aparente, de una política multilateral en pro de las posturas revolucionarias y liberales latinoamericanas, no entraba en el juego de las naciones de Europa que entonces comenzaban a batirse en España, pero sus efectos sí se oponían a las pretensiones mexicanas, por

considerarlas una extensión de los hechos sucedidos en España. Una de las formas en que se ejercía presión contra la política de México hacia España consistía en obstaculizar el traslado de los exiliados a América Latina. Esto ocurrió a lo largo de la Guerra Civil, pero se hizo especialmente notorio al principio del conflicto, cuando comenzaba el avance militar. De ahí el siguiente informe de Embajada fechado en Lisboa el 30 de septiembre de 1936 y firmado por Daniel Cosío Villegas:

> Principian presentarse Legación exiliados españoles partidarios Gobierno Madrid que encuentran natural idea México puede acogerlos especialmente porque países sudamericanos donde en otras condiciones emigrarían, han impuesto condiciones admisión equivalentes a prohibición absoluta. Como a medida extiéndase territorio ocupado militares peticiones serán muy numerosas quiero poner hechos conocimiento superioridad por si considera conveniente adoptar alguna resolución diversas ley migración.

Aproximadamente ocho meses después del estallido de la guerra, llegó a Ginebra Isidro Fabela, quien como embajador de México ante la Liga de las Naciones, defendió con pasión la causa de la República española, convencido de que, aunque "el destino fuera transitoriamente adverso a la causa del verdadero pueblo español, que con tanto denuedo y fe defendemos, todavía entonces y siempre, estaría convencido de que defendimos con el más puro desinterés un ideal que forzosamente triunfará en España".

México se oponía a que se sacara de la jurisdicción de la Liga el problema español y a que se aislara al gobierno de la República. Isidro Fabela fincó su posición en un pacto suscrito por México, aunque ya casi olvidado: "La convención sobre derechos y deberes de los Estados, para el caso de las guerras civiles, suscrita en la VI Conferencia Panamericana", celebrada en La Habana en 1928. España, que no suscribió esa convención, no podía pedir sus beneficios, pero las naciones americanas, incluyendo a Estados Unidos, sí la habían firmado; por lo mismo, para ser consecuen-

tes consigo mismos, debían haber secundado la posición mexicana. Pero los regímenes que gobernaban el continente no procedieron así, sino que aprobaron la creación del Comité de No Intervención. El representante español terminó por aceptar el proyecto del Comité de No Intervención, cometiendo así una falta técnica y política de alcances irreparables.

La Delegación mexicana se encontró ante el dilema de: votar a favor del comité, lo que sería transigir en los principios jurídicos; votar en contra, contradiciendo los deseos del gobierno que se trataba de ayudar, o abstenerse no asistiendo, lo que podría interpretarse como una muestra de debilidad. Se consultó telegráficamente al general Cárdenas, quien estuvo de acuerdo en la solución propuesta: se votó a favor, pero con reservas sobre el significado del voto mexicano. Fabela le escribió con posterioridad: "Es seguro que la presión de Inglaterra y Francia sobre el gobierno republicano ha de haber sido tremenda para obligarlo a aceptar semejantes resultados; es posible aun que las maniobras ejercidas contra las autoridades legítimas hayan llegado hasta las amenazas para conseguir su objeto".

El mes de septiembre de 1937, Fabela pronunció en Ginebra dos vibrantes discursos, en los que subrayaba la posición de México y defendía a España, condenando la intervención extranjera en la guerra y acusando a los miembros de la Liga de falta de valor para afrontar los problemas. Esas intervenciones hicieron que el general Cárdenas le dirigiera una carta abierta, publicada por las agencias internacionales, en la que expresa su "...simpatía por su actitud [la de Fabela] en la Asamblea de Ginebra, que refleja fielmente el pensamiento del gobierno y pueblo mexicanos, manifestando constantemente lo mismo en los congresos interamericanos que en el pacto de la Liga".

Al derrumbarse el frente republicano a principios de 1939, el éxodo de españoles hacia territorio francés se hizo interminable. Fabela telegrafió el 6 de febrero a la Secretaría de Relaciones, pidiendo autorización para ir con carácter particular a Perpignan, "pues deseo recoger personalmente dos niños de cuya educación encargarme y llevar víveres y ropa a los refugiados, que se hallan en situación deplorable".

Exilio. Segunda Guerra Mundial. 1939-1945

El asilo político concedido por México en favor de los republicanos españoles al final de la década de 1930 significó un esfuerzo diplomático de trascendencia continental. Una primera aproximación al tema nos daría la impresión de que fue un mecanismo establecido únicamente entre mexicanos y españoles. Sin embargo, si miramos más a fondo, vemos que el episodio involucró al gobierno de México, al gobierno republicano español, al gobierno francés de Vichy y a los gobiernos alemán e italiano. Desde luego, para México el fenómeno histórico del asilo republicano resultó especialmente significativo, pues fue la primera oportunidad que México tuvo de ejercer un papel activo en el mundo de las relaciones internacionales desde el cese de la revolución armada. Porque brindar asilo supuso, entre otras cosas, la celebración de pactos con más de un país iberoamericano, la delicada implementación de redes de información, así como la realización de acuerdos diplomáticos. Parte de esta historia transcurre tras bambalinas en las oficinas de la Secretaría de Relaciones Exteriores de México, lo mismo que en sus embajadas y legaciones, que sirven como instrumentos para la formulación de la política del gobierno, para la enunciación de su discurso de izquierda y para la creación y difusión de la imagen de México como país internacionalmente comprometido.

Tres son las constantes de la política mexicana que se reflejan en el ejercicio diplomático del asilo durante esa época. Primero, el apego a la legalidad constitucional y al marco jurídico internacional como normas de conducta y como discurso político; segundo, el empleo constante de un discurso ideológicamente revolucionario, que refleja la política social de la época, y tercero, el uso por primera vez de políticas duras para mantener el control de las legaciones y embajadas en medio de situaciones políticamente críticas.

Desde el comienzo del conflicto español y dadas las condiciones políticas y militares del momento, cinco naciones desempeñaron un papel preponderante en el desarrollo de los hechos. Por un lado, Italia y Alemania, en su carácter de promotores de la rebelión franquista y de la consecuente derrota del gobierno

legítimo; y por el otro, Estados Unidos que, al influir fuertemente en el Comité de No Intervención, mantuvo a salvo sus intereses —aunque este Comité, a la larga, supondría una notable ventaja para los rebeldes y para sus promotores internacionales. Desde otro punto de vista, Francia tuvo dos papeles sucesivos, ambos circunstanciales: primero como auxiliar en la ayuda a la República española, particularmente durante el gobierno de León Blum; y luego como país neutral, postura adoptada a partir de la presión ejercida sobre ella por Gran Bretaña.

Protección en los campos de concentración de Francia

En su carácter de país de refugio, México debió mediar en favor de los republicanos españoles ante los diferentes países involucrados. Desde luego, el trato con cada uno de ellos fue diferente. Antes de la segunda Guerra Mundial, Estados Unidos era un país amigo; posteriormente, se convirtió en un aliado. Antaño las relaciones de México con Alemania e Italia habían sido casi inexistentes; en los inicios de la conflagración mundial se volvieron delicadas y, finalmente, Alemania e Italia se perfilaron como enemigos de México. Con Francia México tuvo relaciones diplomáticas muy cordiales en los años anteriores a la guerra civil; estas relaciones se estrecharon durante el gobierno socialista de León Blum, para luego volverse frías y conflictivas, llegando incluso a romperse, bajo el mandato de Pétain a la cabeza del llamado Gobierno de Vichy.

Fue una consigna de la diplomacia mexicana de ese momento la necesidad de evitar la confrontación y de encontrar salidas diplomáticas al conflicto. Como consecuencia de ello, los representantes del gobierno mexicano trataban, por ejemplo, de obtener la cooperación de un país renuente como Estados Unidos o de conseguir de un gobierno sin dominio, como el de Pétain, su aquiescencia para la salida de los asilados y así vencer los obstáculos levantados por los fascistas. O también trataban de hacer respetar los derechos de los asilados, así como la propia institución del asilo.

Los gobiernos de Italia y de Alemania no habían sido benignos. Por lo mismo, conseguir que fueran tolerantes y respetuosos

del derecho de asilo fue un proceso tortuoso; el tema no podía ser tratado de modo directo, ya que, en estricto sentido jurídico, el conflicto sólo existía entre España, Francia y México; el hecho de que Alemania e Italia, los principales aliados de Franco, estuvieran en guerra con Francia y de que la mayor parte de Francia estaba ocupada por Alemania, significaba buscar apoyo en el gobierno colaboracionista francés y en terceros estados que prestaran su influencia para lograr una salida diplomática. Debe a esto agregarse que Alemania consideraba a los refugiados como sus propios prisioneros de guerra, disponiendo para ellos el mismo destino que asignaba a todos los demás prisioneros del régimen nazi, esto es, el trabajo forzoso primero y la muerte después. Ante estos hechos se hizo urgente resguardar a la población española refugiada, a cualquier costo, pues su permanencia en Francia significaba, en la mayoría de los casos, una muerte segura.

Protección a los dirigentes políticos perseguidos

La diplomacia mexicana encontró varios caminos para sortear las dificultades. Una de ellas consistió en apoyar a españoles reconocidos por el gobierno francés (y en consecuencia por el alemán) como líderes de la comunidad en el exilio. Este liderazgo era no sólo de tipo espontáneo, sino también formal; es decir, se trataba de líderes que estaban al frente de instituciones y que tenían facultades para actuar en territorio francés. Estas instituciones se manejaban autónomamente, pero en concordancia con las políticas que se diseñaban desde México. Así, el 15 de febrero de 1940, el Encargado de Negocios *ad interim* de la Embajada de México en Francia, Bernardo Reyes, comunicó al secretario de Relaciones Exteriores que se estaba realizando una investigación judicial contra el Servicio de Evacuación de Republicanos Españoles (SERE), que el gobierno francés consideraba un organismo ilegal por los nexos que tenía con el gobierno republicano. En dicho informe, Reyes recordó al secretario de Relaciones Exteriores que ese organismo dependía del ex Presidente del Consejo de Ministros de la República española, Juan Negrín, así como del ex Embajador de España en Londres, Pablo

de Azcárate, quien era entonces Presidente del propio SERE. Reyes agregó que el mismo Azcárate le había remitido un memorándum que sería la base para su defensa en los tribunales.

El SERE fue conformado, en una primera etapa, por dirigentes de partidos y uniones sindicales, de las cuales destacaron la UGT, dirigida por Amaro del Rosal; la CNT, representada por Mariano R. Vázquez, quien falleció en agosto de 1939; la FAI, representada por la célebre Federica Montseny; los partidos catalanes de Izquierda Republicana y Unión Republicana, presididos respectivamente por E. Maeza Medina y Manuel Torres Campañá; el PSOE, representado por Alejandro Otero; el PCE, representado por Alejandro Mije; la Esquerra Republicana de Cataluña, presidida por Jaime Ayguadé; la Acció Catalana Republicana, representado por Eduardo Regasol; y los vascos ANV, representado por José Olivares, y el PNV dirigido por Julio de Jáuregui.

Desde su creación el SERE perseguía varios objetivos principales. Por un lado, servía de enlace entre la política exterior de México y los asilados. Por otro, ayudaba a promover los valores y la imagen del México revolucionario, en un momento en que el país pugnaba por modernizarse e insertarse en el concierto mundial. Cabe agregar que organismos como el SERE y personalidades como Negrín y Azcárate facilitaron al gobierno mexicano una movilidad que en otras circunstancias no hubiera tenido. El SERE tenía personalidad jurídica propia y actuaba en su propio nombre, al mismo tiempo que permanecía bajo el auspicio de la bandera mexicana. La capacidad de acción de nuestra diplomacia se vio aumentada, ya que se contaba así con agentes que a la vez que no estaban sujetos a las rígidas reglas del derecho diplomático, le concedían al servicio diplomático mexicano numerosas seguridades derivadas de su carácter de asilados políticos.

Al insistir de nuevo en prestar su apoyo a la República española, al querer ahora salvar a quienes veían su dignidad, su libertad y aun su vida en peligro, el general Lázaro Cárdenas no hacía sino poner en práctica su sentido revolucionario de la vida, su respeto por el derecho y por la democracia. Así volvió a situar a México en el concierto de las naciones, después del aislamiento que el país había vivido durante la época armada de la Revolución.

LA CASA EN UNA NUEZ, O HISTORIA MÍNIMA DE LA CASA DE ESPAÑA*

JAVIER GARCIADIEGO
El Colegio de México

En homenaje a Alejandro Rossi: como Reyes, educador por medio de la escritura y la conversación

Generosidad creativa

La historia de La Casa de España fue breve, pero intensa. Un muy apretado resumen sostendría que fue una institución académica y cultural que surgió por un acto de generosidad que tenía aspiraciones limitadas y temporales, pero que, transformada a poco de nacida, terminó por convertirse en un riguroso centro de docencia e investigación. Más que eso, La Casa de España se convirtió en un hito y un mito, y por lo mismo en una institución legendaria dentro de la historia intelectual de México y España.

A mediados de 1936 estalló la Guerra Civil española, por lo que la educación, la investigación científica y las actividades culturales padecieron serios obstáculos para desenvolverse normalmente. A su vez, en México gobernaba el general Lázaro Cárdenas, cuya política exterior se distinguía por ser progresista y cuya administración se caracterizaba por los beneficios otorgados a los obreros, los campesinos y la población indígena.[1] Por lo mismo,

* El mismo texto aparece con el título "Alfonso Reyes y La Casa de España", en los *Cuadernos de la Cátedra Raúl Rangel Frías* de la Universidad Autónoma de Nuevo León.

[1] La bibliografía sobre la presidencia de Lázaro Cárdenas es abrumadora; entre los libros más reconocidos pueden consultarse a Arnaldo Córdova, *La política de masas del cardenismo*, México, Ediciones Era, 1974, y a Adolfo Gilly, *El cardenismo, una utopía*

para comenzar debe decirse que la creación de La Casa de España fue un mentís a quienes veían en Cárdenas a un político indigenista e hispanófobo, limitado a un horizonte localista. Al contrario, debe aceptarse que Cárdenas era un estadista con una clara visión de los asuntos internacionales. Tampoco era un gobernante ayuno de ideas culturales, y su proyecto para la educación superior mexicana fue congruente con su visión de país, como lo demuestra la creación del Instituto Politécnico Nacional en 1936, que fue fundado con el propósito de que los jóvenes de escasos recursos económicos cursaran "carreras" tecnológicas, estratégicas en aquellos tiempos en que el país iniciaba su industrialización.[2]

Esta perspectiva sobre el gobierno cardenista permite reconocer que La Casa de España tuvo un doble origen, aparentemente contrapuesto: como ejemplo de diplomacia humanitaria y como estrategia utilitaria en materia educativa. Su proceso fundacional no permite equívocos. Comenzó con Daniel Cosío Villegas, "encargado de negocios" mexicanos en Portugal,[3] quien tenía información contundente acerca del sombrío futuro del conflicto bélico en España. Dado que previó que la guerra sería sangrienta y prolongada,[4]

mexicana, México, Ediciones Cal y Arena, 1994. Véase también el serio análisis de Alicia Hernández, *La mecánica cardenista*, México, El Colegio de México (*Historia de la Revolución mexicana, periodo 1934-1940*, vol. 16), 1979. Recientemente apareció un breve adelanto de una obra muy esperada: Alan Knight, "Lázaro Cárdenas", en Will Fowler (coord.), *Gobernantes mexicanos. II: 1911-2000*, México, Fondo de Cultura Económica, 2008, pp. 179-208.

[2] Muchos vieron en la creación del Politécnico una respuesta a la Universidad Nacional, que amparándose en su autonomía había rechazado la filosofía socialista propuesta por Cárdenas. Acaba de aparecer una extensa historia conmemorativa de esta institución. Véase Max Calvillo Velasco y Lourdes R. Ramírez Palacios, *Setenta años de historia del Instituto Politécnico Nacional*, 4 tomos, México, Instituto Politécnico Nacional, 2006.

[3] Daniel Cosío Villegas, *Memorias*, México, Joaquín Mortiz, 1976, pp. 156-168, y *Daniel Cosío Villegas y su misión en Portugal, 1936-1937*, compilación, introducción y notas de Alberto Enríquez Perea, México, El Colegio de México, 1998. Véase también Enrique Krauze, *Daniel Cosío Villegas, una biografía intelectual*, México, Joaquín Mortiz, 1980.

[4] Desde finales de 1936 Cosío Villegas estaba convencido de que los franquistas estaban "triunfando" y de que "no pasará mucho tiempo sin que su victoria se consume". Véase la carta de Daniel Cosío Villegas a Luis Montes de Oca, director del Banco de México, del 16 de octubre de 1936, en Archivo Histórico de El Colegio de México, Subsección Daniel Cosío Villegas, Subserie Creación de La Casa de España, caja 1, expediente 2, foja 1 (en adelante AHCM).

pensó, acaso como resultado de sus conversaciones con el historiador medievalista Claudio Sánchez Albornoz, embajador español en Portugal, que México podría dar asilo temporal a algunos de los principales intelectuales españoles, para que continuaran aquí su labor hasta que concluyera la guerra y pudieran volver a su patria.[5]

Junto con la notable generosidad había otros ingredientes. Es incuestionable que Cosío Villegas deseaba que México se prestigiara con esa lección internacional de humanitarismo; por otro lado, desde un principio el astuto Cosío Villegas percibió el aspecto utilitario de su propuesta: de llegar tales intelectuales al país, "nos ayudarían —aseguró— a levantar el nivel de nuestra cultura". Era una oportunidad para contrarrestar el hecho de que el incipiente aparato científico y universitario mexicano hubiera sido severamente afectado durante el decenio de la violencia revolucionaria.[6] En cambio, sin dificultades lingüísticas México se beneficiaría enormemente si obraba en favor de los intelectuales españoles, tal como varias universidades angloamericanas se habían beneficiado poco antes —argumentó Cosío Villegas— al haber acogido a varios sabios judío-europeos "expulsados por el hitlerismo".[7] Cosío Villegas no propuso la creación de institución alguna; simplemente recomendó que algunos intelectuales y académicos españoles "desamparados" fueran incorporados a la Universidad Nacional como "gran refuerzo... por dos o tres años". Atinadamente argumentó que debía aprovecharse que Argentina no abriría sus puertas a los intelectuales españoles por razones ideológicas.[8] La oportunidad era única, irrepetible.

[5] José Luis Martín (coord.), *Claudio Sánchez-Albornoz. Embajador de España en Portugal (mayo-octubre de 1936)*, Salamanca, Fundación Sánchez-Albornoz, 1995.

[6] Véase Javier Garciadiego, *Rudos contra científicos. La Universidad Nacional durante la Revolución mexicana*, México, El Colegio de México-Universidad Nacional Autónoma de México, 1996.

[7] Carta de Daniel Cosío Villegas a Francisco J. Múgica del 30 de septiembre de 1936, en Clara Lida, *La Casa de España en México*, México, El Colegio de México (serie Jornadas, núm. 113), 1988, pp. 26-27. Esta obra de Clara Lida es el principal estudio existente sobre La Casa de España.

[8] Carta de Cosío Villegas a Montes de Oca citada en la nota 4.

El verdadero fundador

Es incuestionable que la idea original de La Casa de España provino de Cosío Villegas, aunque luego el presidente Cárdenas, estadista pragmático, la hizo suya, modificándola y ajustándola a la coyuntura nacional. Al transformarse de sugerencia de un intelectual improvisado como diplomático —Cosío Villegas— en decisión presidencial, la propuesta se hizo factible, pues sólo una invitación del máximo nivel gubernamental generaría certidumbre entre los intelectuales españoles seleccionados, y sólo una decisión de esa magnitud orillaría a los funcionarios y burócratas mexicanos a actuar en forma acorde y expedita. Hábilmente, para obtener el apoyo presidencial a su propuesta, Cosío Villegas se valió de varios políticos mexicanos altamente apreciados por Cárdenas, como Isidro Fabela, Luis Montes de Oca y el general Francisco J. Múgica; sobre todo utilizó la mediación de Eduardo Villaseñor, por entonces subsecretario de Hacienda.[9] El aval de Cárdenas se obtuvo a finales de 1936,[10] y Cosío Villegas dedicó los siguientes meses a resolver los aspectos concretos de su propuesta: obtener la anuencia del gobierno español, elaborar la lista de los intelectuales españoles seleccionados, hacerles llegar la invitación, convencerlos de aceptarla, arreglar el traslado a México y conseguir su acomodo en este país.

El proceso no fue fácil. Las mayores dificultades fueron, primero, la situación bélica de España, que dificultaba cualquier tipo de comunicación; también fue difícil elaborar la lista definitiva de los que debían ser invitados, pues Cosío Villegas no conocía suficientemente el sector intelectual español, por lo que fue asesorado

[9] Michoacano como Cárdenas, Eduardo Villaseñor fue poeta y escritor, aunque destacó como financiero. Al respecto afirmó que Cosío Villegas le solicitó "que se sometiera al presidente Cárdenas la idea de crear en México un centro de estudios, aprovechando a los intelectuales españoles cuya labor fue interrumpida por la guerra civil". Véase Eduardo Villaseñor, *Memorias-testimonios*, México, Fondo de Cultura Económica, 1974, p. 157.

[10] Carta de Luis Montes de Oca a Daniel Cosío Villegas del 29 de diciembre de 1936, en la que le dice que el presidente Cárdenas lo autorizaba "para arreglar todo lo que sea conveniente con relación a la venida de un grupo selecto de intelectuales españoles", en AHCM, Subsección DCV, Subserie Creación CE, c. 1, exp. 2, f. 3.

por colegas hasta ahora anónimos;[11] después, las dudas de algunos intelectuales españoles, quienes consideraron que aceptar la oferta mexicana era desertar de la lucha;[12] también fue complicado ubicarlos para hacerles llegar la invitación, y en varios casos fue peor que difícil.[13] Tampoco fue fácil convencer al gobierno republicano de prescindir de hombres que podrían rendirle buenos servicios en los ámbitos político, diplomático, educativo o cultural,[14] lo que seguramente explica el alto porcentaje de humanistas entre los autorizados oficialmente a viajar a México. Todo el proceso fue comprensiblemente difícil. Jamás vinieron algunos académicos marcados como invitados en los primeros listados, mientras que otros que no habían sido mencionados arribaron al poco tiempo. Consciente de que sería imposible convencer a todos los intelectuales que se deseaba traer, Cosío Villegas advirtió que los listados no eran rígidos.[15] En todo caso, resulta importante conocer los principales

[11] En la carta inicial de Cosío Villegas a Múgica, de finales de septiembre de 1936, se menciona a Claudio Sánchez Albornoz, su compañero de infortunio en Portugal; a Fernando de los Ríos, embajador español en Washington; al pedagogo Luis de Zulueta; a Gregorio Marañón; a Teófilo Hernando, y a Enrique Díez-Canedo, crítico literario muy conocedor de la literatura latinoamericana y de la poesía francesa. En una carta dos semanas posterior y dirigida a Luis Montes de Oca, Cosío Villegas repitió los nombres de Sánchez Albornoz, Díez-Canedo, de los Ríos y Zulueta, pero agregó los de Américo Castro y de Ramón Menéndez Pidal, el primero historiador y el segundo filólogo. De todos estos, sólo se radicó en México Enrique Díez-Canedo. Véase Clara Lida, pp. 32-33. Dos listas, una de mediados de octubre de 1936, y otra de finales de febrero de 1937 en AHCM, Subsección DCV, Subserie Creación CE, c. 1, exp. 2, ff. 1 y 9-13. De otra parte, Cosío Villegas reconoce haber sido apoyado por el director del Instituto de Cooperación Intelectual de París, y por José Castillejo, antiguo Secretario de la Junta para Ampliación de Estudios, quien desde el inicio de la guerra se radicó en Inglaterra. Véase AHCM, Subsección DCV, Subserie Creación CE, c. 1, exp. 2, f. 8.

[12] Entre otros, Ramón Menéndez Pidal, José Bergamín y Luis de Zulueta aseguraron querer resistir "hasta el último momento".

[13] Los nombres de varios intelectuales españoles invitados "de los que no se ha recibido hasta ahora una respuesta", en carta de Daniel Cosío Villegas a Eduardo Hay, secretario de Relaciones Exteriores, del 12 de noviembre de 1938, en AHCM, Subsección DCV, Subserie Gestiones Diplomáticas, c. 1, exp. 1, ff. 55-56.

[14] De entre la lista definitiva de los oficialmente invitados por el gobierno mexicano, fueron autorizados por el gobierno español para trasladarse a México los siguientes: Ramón Menéndez Pidal, Tomás Navarro Tomás, Claudio Sánchez Albornoz, Dámaso Alonso, José Fernández Montesinos, José Gaos, Joaquín Xirau, Pío del Río Hortega, Gonzalo Lafora, Teófilo Hernando, Enrique Díez-Canedo, Juan de la Encina, Adolfo Salazar y Jesús Bal y Gay. Cfr. Clara Lida, pp. 41-42.

[15] AHCM, Subsección DCV, Subserie Creación CE, c. 1, exp. 2, ff. 3 y 9-13.

criterios que se utilizaron para la elaboración de las listas. Según Cosío Villegas, tres características eran imprescindibles: valor académico, virtudes cívicas y que los conocimientos del intelectual en cuestión fueran "de positiva utilidad" para México.[16]

Mientras Cosío Villegas permanecía fuera del país, no podía agilizar ni supervisar los trámites que en México debían hacer un par de ministerios para obtener los recursos económicos necesarios y los imprescindibles visados.[17] Esto explica que el periodo de gestación haya durado casi dos años, pues el decreto que creaba La Casa de España en México, "para que sirva de centro de reunión y de trabajo a los profesores españoles que nuestro gobierno ha invitado"[18] se emitió en julio de 1938. En el decreto original de creación se le llamó inicialmente "Centro Español de Estudios", pero al hacerse público, a finales de agosto, ya se le dio el nombre definitivo,[19] el que la caracterizaría como una institución acogedora y familiar, adecuada a las condiciones de los españoles que se integrarían a ella, todos víctimas de la guerra, todos damnificados. Como quiera que fuese, nació con una naturaleza excluyente: sólo podían participar en ella los intelectuales españoles invitados por el gobierno mexicano.

En el anuncio de su creación se especificó que también se integrarían a ella tres intelectuales españoles que, por distintas razones, ya estaban en México: el poeta León Felipe, el crítico e historiador del arte José Moreno Villa y el jurista Luis Recaséns Siches, así como otros "que más tarde se invite", previsión que

[16] Cosío Villegas fue muy explícito en la segunda condición: no debía invitarse a gente de "conducta poco limpia", pues "para suciedad, con la nuestra basta". Muy probablemente Cosío se refería al doctor Gregorio Marañón, al que sugirió como prospecto en su primera lista, para posteriormente corregir, asegurando que "su conducta ha llegado a pasar el límite de la decencia".

[17] Carta de Daniel Cosío Villegas a Eduardo Hay del 5 de octubre de 1938, agradeciéndole las "diversas gestiones emprendidas por nuestras Misiones Diplomáticas en París y Londres para ultimar la invitación hecha... a varios intelectuales españoles". *Ibid.*, Subserie GD, c.1, exp. 1, ff. 54-56.

[18] La mejor antología documental sobre este tema fue hecha por Alberto Enríquez Perea, compilador, *Alfonso Reyes en La Casa de España en México, 1939 y 1940*, México, El Colegio Nacional, 2005 (en adelante *ARLC*). Un reciente y muy confiable estudio sobre toda la problemática del exilio intelectual español, es el de Fernando Serrano Migallón, *La inteligencia peregrina*, México, El Colegio de México, 2009.

[19] *Excelsior* (México), 20 de agosto de 1938.

permitía el crecimiento del núcleo original de académicos con el que se fundó La Casa,[20] pero conservando la exclusividad para españoles en problemas a causa de la violencia. Sin contar a estos tres —León Felipe estaba casado con una mexicana y el estallido de la guerra civil lo sorprendió en Panamá;[21] Moreno Villa había llegado gracias a la invitación y las gestiones de Genaro Estrada,[22] y Recaséns había sido invitado por el Instituto Hispano Mexicano de Intercambio Universitario—,[23] el primero en arribar a México fue José Gaos, profesor de filosofía y rector de la Universidad de Madrid hasta finales de 1936.[24]

[20] Desde un principio, al bosquejar las primeras listas de invitados, Cosío Villegas ya preveía que después tendrían que hacerse más invitaciones, pues "quedarán muchos... profesores" contra los que "la persecución será muchísimo mayor". Véase carta de Daniel Cosío Villegas a Luis Montes de Oca del 26 de febrero de 1937, en AHCM, Subsección DCV, Subserie Creación CE, c. 1, exp. 2, ff. 9-13.

[21] Véase Luis Rius, *León Felipe, poeta de barro: biografía*, México, Colección Málaga, 1968.

[22] Genaro Estrada fue un sinaloense dedicado a la diplomacia, la literatura, la crítica de arte y la bibliofilia. Para la invitación extendida a Moreno Villa, véase la autobiografía del malagueño, *Vida en claro*, México, El Colegio de México, 1944, pp. 243-259. Para una biografía de Estrada, véase Francisco Padilla Beltrán, *Genaro Estrada: la sabia virtud*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 2006. Los escritos de Estrada han sido compilados en *Obras completas*, 2 volúmenes, México, Siglo XXI Editores, 1988. Su hermosa y provechosa amistad con Alfonso Reyes está plenamente documentada en *Con leal franqueza. Correspondencia entre Alfonso Reyes y Genaro Estrada*, 3 volúmenes, estudio preliminar, compilación y notas de Serge I. Zaïtzeff, México, El Colegio Nacional, 1992-1993.

[23] Fundado en 1925 por el rector de la Universidad Nacional, don Alfonso Pruneda, su "principal mira" era "traer a México exponentes de la cultura española". Entre otros vinieron el político Fernando de los Ríos, el físico Blas Cabrera, el pedagogo Luis de Zulueta, los críticos literarios Américo Castro y Enrique Díez-Canedo; también apoyó el viaje de Luis Araquistain y, en 1937, el del jurista Recaséns Siches. Para una breve explicación de su naturaleza, objetivos y logros, véase *ARLC*, pp. 138-145. El director en turno alegó ante Reyes que el Instituto Hispano Mexicano debía ser visto como un "antecesor" de La Casa de España. Véase la carta de Alejandro Quijano a Alfonso Reyes del 10 de junio de 1939, en *ARLC*, p. 137.

[24] La joven historiadora Aurelia Valero prepara una biografía de Gaos como tesis doctoral para El Colegio de México. La extensa bibliografía de Gaos está siendo reunida por la UNAM en un ambicioso proyecto de *Obras completas*, que alcanzará los 19 volúmenes, faltando por aparecer los tomos 1, 15 y 18. La bibliografía sobre Gaos es muy extensa: entre sus principales estudiosos destacan José Luis Abellán, Alan Guy, Andrés Lira, Álvaro Matute, Alfonso Rangel Guerra, Teresa Rodríguez de Lecea, Alejandro Rossi, Fernando Salmerón, Vera Yamuni, Leopoldo Zea y Antonio Zirión. Véase también el conmovedor recuerdo —en ocasiones severo— de Ángeles Gaos, *Una tarde con mi padre*, Monterrey, Universidad Autónoma de Nuevo León, 1999.

Posteriormente llegó Enrique Díez-Canedo, ya conocido en México por una visita anterior —de 1932— y por ser el mayor especialista en literatura hispanoamericana que había en España.[25] Más tarde arribaron el crítico de arte Juan de la Encina, director del Museo de Arte Moderno;[26] el psiquiatra Gonzalo R. Lafora, cuya disciplina era poco conocida en México; el folklorista Jesús Bal y Gay;[27] el médico patólogo Isaac Costero, y el bibliógrafo canario y gran latinista Agustín Millares Carlo.[28] Este grupo lo completaron el musicólogo Adolfo Salazar[29] y la filósofa María Zambrano.[30] Según las cifras de un muy ocurrente historiador, a este primer grupo de miembros de La Casa debería llamársele "los doce apóstoles".[31] En otra ocasión los llamó "leones" y aseguró que llegaron a México "con muchísimas y muy valiosas experiencias".[32]

[25] Díez-Canedo destacó por su crítica literaria, sus traducciones y su poesía. En Madrid fue profesor de letras hispánicas en la Escuela de Idiomas y colaboró en el Centro de Estudios Históricos. Fue miembro de la Real Academia Española. Durante su breve exilio en México, pues murió en 1944, impartió clases en El Colegio de México y en la Universidad Nacional Autónoma de México. Véase *El exilio español en México, 1939-1982*, México, Fondo de Cultura Económica-Salvat, 1982, pp. 762-763. Está próximo a publicarse su epistolario con Alfonso Reyes, editado por su nieta Aurora Díez-Canedo.

[26] VV.AA., *Juan de la Encina y el arte de su tiempo, 1883-1963*, Madrid, Ministerio de Educación y Cultura, 1998.

[27] VV.AA., *Jesús Bal y Gay. Tientos y silencios, 1905-1993*, Madrid, Residencia de Estudiantes, 2005.

[28] Ascensión Hernández de León-Portilla, "Agustín Millares Carlo, polígrafo de España y América", en *Cuadernos Americanos*, México, núm. 47, año VIII, vol. 5, septiembre-octubre de 1994, pp. 76-100.

[29] La principal estudiosa de Salazar, Consuelo Carredano, acaba de editar un primer volumen de su correspondencia. Véase Adolfo Salazar, *Epistolario 1912-1958*, Madrid, Residencia de Estudiantes, 2008.

[30] María Zambrano permaneció poco tiempo en México, pues para 1940 ya se había radicado en Cuba. Véase su correspondencia con Alfonso Reyes, *Días de exilio, correspondencia entre María Zambrano y Alfonso Reyes, 1939-1959*, compilación, estudio preliminar y notas de Alberto Enríquez Perea, México, El Colegio de México-Taurus, 2005.

[31] En la memoria oral de El Colegio esta denominación ha sido atribuida a don Luis González y González. Véase Clara Lida, p. 136. Para una breve biografía de los principales españoles exiliados en México, véase *El exilio español en México, 1939-1982*, ed. cit. También debe ser consultado Martí Soler, *La casa del éxodo. Los exiliados y su obra en La Casa de España y El Colegio de México (1938-1947)*, México, El Colegio de México, 1999.

[32] Véase Luis González y González, "Historiadores del exilio", en *Obras*, vol. VI, México, El Colegio Nacional, 2002, pp. 361-370.

Primeros pasos

A La Casa de España no se le asignaron instalaciones, por lo que los recién llegados se reunían en un par de oficinas facilitadas por el Fondo de Cultura Económica, editorial dirigida por el propio Cosío Villegas.[33] La Casa de España tampoco tuvo programas docentes propios, y fue contemplada como una instancia limitada a "distribuir" a sus miembros "entre nuestros institutos universitarios".[34] Así, su obligación era impartir conferencias y cursos breves en la Universidad Nacional y en el Instituto Politécnico Nacional, así como en las instituciones de educación superior de provincia, siendo las más favorecidas la Universidad Nicolaíta, en Morelia, y las universidades de Guadalajara y Guanajuato.[35] Como era previsible por la calidad intelectual y la disposición al trabajo de los conferencistas, el resultado fue muy positivo.[36] Sin embargo, pronto se hizo necesario cierto tipo de directriz y coordinación.

[33] En el "Informe sobre La Casa de España en México", dirigido por Alfonso Reyes al presidente Lázaro Cárdenas, el 22 de marzo de 1939, se asegura que La Casa no poseía "oficina propia, ni local de sesiones para los patronos o de juntas para los profesores españoles contratados". Véase AHCM, Subsección DCV, Subserie Informes sobre La Casa de España, c. 2, exp. 2, ff. 1-4. Para lo relacionado con el Fondo de Cultura Económica, véanse las memorias de Cosío y la biografía que le hizo Enrique Krauze, ambas citadas en la nota 3. Véase también Víctor Díaz Arciniega, *Historia de la casa. Fondo de Cultura Económica, 1934-1994*, México, Fondo de Cultura Económica, 1994.

[34] Memorándum titulado "Antecedentes para la transformación de La Casa de España en México en Colegio de México", sin autor ni fecha, en AHCM, Subsección DCV, Subserie De La Casa a El Colegio, c. 3, exp. 2, ff. 1-4.

[35] La especial atención prestada a la Universidad Nicolaíta debe ser vista como una obvia deferencia al presidente Cárdenas, michoacano de cuna. Varios "informes de labores" que acreditan esta docencia itinerante, en *ARLC*, pp. 291-295, 312-314 y 324-330. Con el tiempo, Alfonso Reyes se mostró muy satisfecho de esa labor en las universidades de provincia, lo que implicaba un gran esfuerzo organizativo: "demostramos el movimiento andado. Se acabaron los recelos... Nos derramamos por la República en conferencias y cursillos. Conquistamos las plazas más reacias", las que terminaron "disputándose a nuestros catedráticos". Véase la carta de Alfonso Reyes a José Loredo Aparicio (Valparaíso, Chile) del 31 de octubre de 1940, en AHCM, Subsección Alfonso Reyes, Serie Corrrespondencia L-Q, c. 3, exp. 13, ff. 7-8. En una carta circular de Daniel Cosío Villegas a varias instituciones de educación superior, del 19 de octubre de 1938, les decía que "las instituciones de enseñanza superior de las provincias tienen derecho a participar de los beneficios" de La Casa. Véase AHCM, Subsección DCV, Subserie Creación CE, c. 1, exp. 3, ff. 1-8.

[36] Alfonso Reyes informó al licenciado Agustín Leñero, secretario particular del presidente Cárdenas, el 11 de enero de 1940, que a su llegada a La Casa las actividades

También se acordó que La Casa fuera dirigida por un Patronato conformado por Eduardo Villaseñor, como "representante del gobierno"; por el rector Gustavo Baz, representante de la Universidad Nacional; por el doctor Enrique Arreguín, del Consejo Superior de Educación, y por el propio Daniel Cosío Villegas, autor de la iniciativa, director del Fondo de Cultura Económica y quien era el único que en verdad se encargaba de las labores de La Casa.[37] Sin embargo, pronto acusó las debilidades de toda dirección colegiada, siempre de menor coherencia y eficacia. Para colmo, el Patronato estaba conformado por gente con extenuantes responsabilidades propias, lo que únicamente les permitía ejercer funciones "consultivas".

Para remediar la falta de liderazgo y de atención exclusiva, en abril de 1939, nueve meses después de creada se nombró como presidente de La Casa a Alfonso Reyes, quien hasta poco antes había estado comisionado en Brasil, pero ahora estaba próximo a quedar cesante por razones presupuestales.[38] La designación presidencial acababa sólo temporalmente con su angustia e incertidumbre, pues seguramente se advirtió a Reyes que el proyecto de La Casa era por breve tiempo. Así se explica que haya dicho a su amiga argentina Victoria Ocampo que su nombramiento lo iba a "acaparar por más de un año",[39] que era lo que faltaba del sexenio cardenista. Reyes se encontraba amenazado por la jubilación diplomática a una edad temprana —50 años— y sin oferta alguna de empleo en México; ni siquiera sabía dónde radicaría. Por un lado contaba con una invitación de la Universidad de

en provincia se limitaban a las ciudades de Morelia, Guadalajara y Guanajuato, pero que en pocos meses se habían extendido a Puebla, San Luis Potosí, Monterrey y Saltillo, y que confiaba que en 1940 llegarían "a otras capitales". Cfr. *ARLC*, pp. 339-340.

[37] Alfonso Reyes, *Diario*, cuaderno 7, 16 de marzo de 1939, en proceso de edición. Reyes consideraba a Cosío como el *factotum* de La Casa. Véase memorándum citado en la nota 34.

[38] Reyes había sido embajador en Brasil entre 1930 y 1935, pero en la segunda mitad de 1938 había vuelto a ese país para tratar de venderle petróleo, luego de que se estableciera un boicot internacional contra el petróleo mexicano, como represalia por la expropiación hecha por Cárdenas en marzo de ese año.

[39] Carta de Alfonso Reyes a Victoria Ocampo del 27 de abril de 1939, en *Cartas echadas. Correspondencia Alfonso Reyes/Victoria Ocampo (1927-1959)*, presentación y compilación Héctor Perea, México, Universidad Autónoma Metropolitana, 2009, p. 63.

Austin, institución que lo requería como profesor de literatura hispanoamericana. Sin embargo, además de que la docencia exclusiva no le atraía, estaba convencido de que lo que le ofrecían en Austin era "para llorar de aburrimiento, para descastarse, para acabarse en una miserable labor automática y sirviendo a intereses contrarios a los de nuestra cultura".[40] Según contó a su amigo y confidente permanente, Pedro Henríquez Ureña, el ofrecimiento era vitalicio y bien remunerado, pero no quiso desterrarse, "volverme pocho... volver la espalda a mi destino de mexicano".[41] También había la posibilidad de radicarse en Buenos Aires, donde podía conseguir empleo en alguna de las empresas editoriales cercanas a él —Sur y Losada, de Victoria Ocampo y Guillermo de Torre, respectivamente—,[42] pero el clima ideológico y político de Argentina no le resultaba agradable, como lo demuestran las amargas experiencias que tuvo durante su segunda embajada porteña, entre 1936 y 1937.[43]

Acaso la designación de Reyes fue resentida por Cosío Villegas como un desplazamiento, pero lo cierto es que en éste recaía la responsabilidad del Fondo de Cultura Económica. Para evitar potenciales reclamos y desavenencias, se dispuso que Cosío Villegas permaneciera en la nueva institución como Patrono Secretario, "por ser quien ha llevado las riendas..., conocer todos

[40] Alfonso Reyes, *Diario*, cuaderno 7, 2 de abril de 1939. Respecto a dicha invitación dijo a su amiga argentina que "aceptarla supone para mí enterrarme de por vida en un ambiente al que no estoy hecho, y que no concuerda mucho con mi sentimiento europeo y francés de la vida. Supone, además, entregarme a la enseñanza de cosas literarias y lingüísticas elementales, con sacrificio de mis letras y de mi temperamento. Pero es un último recurso: ¿cree usted que me seduce encerrarme en el pueblo de Austin, en Texas? Quiero tentar antes otra posibilidad". Carta de Alfonso Reyes a Victoria Ocampo del 15 de agosto de 1938, en *Cartas echadas*, p. 61.

[41] Carta de Alfonso Reyes a Pedro Henríquez Ureña del 22 de marzo de 1939, en Fernando Curiel, *El cielo no se abre. Semblanza documental de Alfonso Reyes*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1995, p. 209.

[42] En la carta citada en la nota 40, Reyes dijo también a Victoria Ocampo: "celebro el desarrollo de la Editorial Sur, con que hace tanto tiempo soñábamos, y le agradezco el haber pensado en mí desde el primer momento", p. 60.

[43] Véase Curiel, *El cielo no se abre*. Puede consultarse también *Alfonso Reyes y el llanto de España en Buenos Aires, 1936-1937*, compilación, introducción y notas de Alberto Enríquez Perea, México, El Colegio de México-Secretaría de Relaciones Exteriores, 1998.

sus antecedentes y haber mantenido el contacto con los profesores", pero era obvio que el gobierno deseaba tener al frente de la institución a alguien dedicado a ella exclusivamente, alguien que "intensificara la vida de La Casa".[44]

Si bien entre Reyes y Cosío habría algunos problemas por sus obvias diferencias de personalidad y por la distinta visión que cada uno de ellos tenía de las características que debía tener La Casa, en general la dupla resultó complementaria. Comprensiblemente, la relación entre ellos reflejó las vicisitudes del trabajo diario. Por ejemplo, Cosío reconocía como admirable cualidad de Reyes el dirigir La Casa con una autoridad imperceptible y con una cordialidad evidente. A su vez, Reyes reconocía que Cosío Villegas era imprescindible para La Casa: en una ocasión en que éste se ausentó, aunque brevemente, temió que la institución se derrumbaría. Sin embargo, hubo días en que el carácter de Cosío enfadó a Reyes, al grado de que en su *Diario* llegó a consignar que en ocasiones no lo ayudaba y que no se interesaba en iniciativas que no fueran suyas. Pese a todo, su colaboración se mantuvo hasta la muerte de Reyes, veinte años después de iniciada la aventura de construir La Casa, y su sucesor El Colegio de México.[45]

Las diferencias entre ellos tienen explicaciones biográficas e históricas. De joven, Reyes había estado involucrado en el intento de transformación de la cultura porfiriana, junto con sus compañeros del Ateneo de la Juventud.[46] Si bien es cierto que 1939 Reyes desconocía el ambiente y la situación de la educación superior nacional, como buen ateneísta estaba convencido de la

[44] Véase memorándum citado en la nota 34.

[45] Carta de Cosío Villegas a Reyes del 2 de diciembre de 1939; carta de Reyes a Cosío Villegas, del 5 de diciembre de 1939, en *Testimonios de una amistad. Correspondencia Alfonso Reyes-Daniel Cosío Villegas, 1922-1958*, compilación y notas de Alberto Enríquez Perea, México, El Colegio de México, 1999, pp. 70 y 72. Alfonso Reyes, *Diario*, cuaderno 7, 14 y 18 de junio de 1939.

[46] Juan Hernández Luna, coordinador, *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1962; José Rojas Garcidueñas, *El Ateneo de la Juventud y la Revolución*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1979, y Fernando Curiel, *Ateneo de la Juventud (A-Z)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2001. Sobre todo, debe consultarse a Susana Quintanilla, *Nosotros. La juventud del Ateneo de México*, México, Tusquets Editores, 2008.

necesidad de esforzarse en la difusión cultural y de introducir en el país la mayor dosis posible de cultura occidental. Por otra parte, Reyes estaba convencido de que la nueva institución debía privilegiar la investigación sobre la docencia, y prefería las obras de naturaleza cultural sobre aquellas que pertenecían a las disciplinas científicas, ya fueran 'duras' o sociales.

Por su parte, Daniel Cosío Villegas tenía una distinta trayectoria biográfica y una diferente experiencia histórica. Varios años más joven que Reyes —como diez—, su generación, conocida como "la de 1915", se distinguía por su afán de participar en la reconstrucción del México posrevolucionario.[47] Su visión de la educación era más instrumental que culturalista: debía ser práctica; debía ayudar a resolver los problemas del país. A diferencia de Reyes, Cosío Villegas conocía bien la estructura y las necesidades en educación superior;[48] además, tenía contactos con un buen número de políticos y funcionarios mexicanos, especialmente en los sectores educativo y financiero. Sobre todo, tenía una idea más precisa de las circunstancias y los problemas nacionales. Por si esto fuera poco, Cosío Villegas poseía una vocación administrativa de la que Reyes carecía. Sin lugar a dudas fueron complementarios, aunque tuvieran un diferente proyecto institucional.

Los afanes alfonsinos

Cuando Reyes fue nombrado presidente de La Casa por Lázaro Cárdenas ni siquiera conocía a la joven institución. Recuérdese que ésta había sido diseñada por Cosío Villegas y que La Casa había nacido mientras Reyes intentaba vender en Brasil petróleo nacionalizado. Paradójicamente, alguien había recomendado a Cosío Villegas que integrara a Reyes a La Casa un par de meses antes de que el presidente Cárdenas lo pusiera al frente de ella, argumentando que se encontraba "en disponibilidad en el servicio diplomático", por lo que podía servir como un consejero

[47] Enrique Krauze, *Caudillos culturales en la Revolución mexicana*, México, Siglo XXI Editores, 1976.

[48] En 1929 había sido Secretario General de la Universidad Nacional.

"eficaz".[49] Comoquiera que fuese, si bien Reyes tenía una buena opinión de Cosío Villegas[50] por su "cada vez mas firme" labor al frente del Fondo de Cultura Económica, y si ciertamente celebraba que estuvieran protegidos en México varios amigos españoles suyos, como Díez-Canedo, José Gaos, Juan de la Encina y Agustín Millares Carlo,[51] lo cierto es que hasta su regreso definitivo a México, en febrero de 1939, La Casa le parecía una "nebulosa" llena de "vaguedades". Así se explica que Reyes se haya preguntado, luego de su designación por Cárdenas: "¿Qué pitos toco yo?", en una institución "que no planeé ni concebí".[52]

La designación de Reyes no podía ser más atinada, pues conocía personalmente y era amigo de casi todos los intelectuales españoles ya integrados a la naciente institución. Recuérdese que Reyes había salido del país veinticinco años antes, en 1913, como empleado menor de la Legación huertista en Francia. El triunfo de los revolucionarios en México y el estallido de la Primera Guerra Mundial lo obligaron a dejar París un año después y a radicarse en España, donde vivió como exiliado político hasta 1920, cuando reingresó al servicio diplomático a la caída de Venustiano Carranza, permaneciendo en Madrid todavía por cuatro años, siendo luego destinado a Francia, Argentina y Brasil.[53] Para

[49] Carta de Pedro de Alba, subdirector de la Unión Panamericana, a Daniel Cosío Villegas, del 2 de febrero de 1939, en AHCM, Subsección DCV, Subserie Informes CE, c. 2, exp. 5, ff. 1-2.

[50] Consúltese *Testimonios de una amistad*, p. 31. La correspondencia conservada entre ambos comenzó a finales de 1922, cuando Reyes acusó recibo y felicitó calurosamente a Cosío Villegas por su libro *Miniaturas mexicanas*.

[51] Cartas de Alfonso Reyes a Pedro Henríquez Ureña, del 3 de mayo 1938 y del 21 de febrero de 1939, en Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes, *Epistolario íntimo, 1906-1946*, 3 tomos, recopilación de Juan Jacobo de Lara, Santo Domingo, Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, 1983, t. III, pp. 444 y 460. Reyes era amigo de Díez-Canedo desde sus años españoles, y lo había vuelto a frecuentar durante su segunda embajada en Buenos Aires, pues Díez-Canedo también era el representante de su país en Argentina. Véase *Alfonso Reyes y el llanto de España*. Respecto a su amistad con el latinista y bibliógrafo canario, véase *Contribuciones a la historia de España y México. Correspondencia entre Alfonso Reyes y Agustín Millares Carlo, 1919-1958*, compilación, presentación, bibliografía y notas de Alberto Enríquez Perea, México, El Colegio Nacional, 2005.

[52] Alfonso Reyes, *Diario*, cuaderno 7, 16 de marzo y 13 de junio de 1939.

[53] Véanse Javier Garciadiego, *Alfonso Reyes*, México, Planeta DeAgostini, 2002 (Colección Grandes Protagonistas de la Historia Mexicana), y Alicia Reyes, *Genio y figura de Alfonso Reyes*, Buenos Aires, Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1976.

1939 Reyes era ya uno de los mayores intelectuales del país, y sin lugar a dudas el más conocido en el extranjero, para lo que habían influido grandemente sus labores como diplomático.

Lo más importante era que Reyes conociera a muchos de aquellos españoles desde sus largos años de estancia en Madrid, entre 1914 y 1924. Así, el destino le permitía pagar la deuda moral que tenía con quienes lo habían ayudado a sobrevivir y sobrellevar su propio exilio.[54] Por eso la nueva responsabilidad le pareció "modesta pero hermosa".[55] Los españoles exiliados percibieron inmediatamente la naturaleza protectora de la designación en favor de Reyes hecha por Cárdenas: José Gaos, quien ya tenía varios meses en México, celebró "tan indicado nombramiento", por "la fraternidad" que desde hacía varios años tenía Reyes con "todos mis compatriotas de esta Casa".[56] Asimismo, el poeta Pedro Salinas le dijo que su designación era "la máxima garantía de que La Casa andará cada vez mejor", pues "nos conoce en lo más íntimo y sabrá comprender nuestros errores".[57]

Véase también Javier Garciadiego, "Alfonso Reyes. Cosmopolitismo diplomático y universalismo literario", en *Escritores en la diplomacia mexicana*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1998, pp. 191-222.

[54] Véanse mis ensayos "Alfonso Reyes en España", en *Los refugiados españoles y la cultura mexicana. Actas de las primeras jornadas, celebradas en la Residencia de Estudiantes en noviembre de 1994*, Madrid, El Colegio de México-Residencia de Estudiantes, 1998, pp. 55-66; "Alfonso Reyes, diplomático en España. Años cómodos pero insatisfactorios", en *Los refugiados españoles y la cultura mexicana. Actas de las segundas jornadas, celebradas en El Colegio de México en noviembre de 1996*, México, El Colegio de México-Residencia de Estudiantes, 1999, pp. 341-367; y "Destinos compartidos: Alfonso Reyes y los intelectuales republicanos emigrados a México", *Revista de Occidente*, Madrid, Fundación Ortega y Gasset, núm. 245, octubre 2001, pp. 68-74. Además consúltense Barbara Aponte, *Alfonso Reyes and Spain; his dialogue with Unamuno, Valle-Inclán, Ortega y Gasset, Jiménez y Gómez de la Serna*, Austin, University of Texas, 1972; Arturo Souto, "Reyes y los escritores españoles transterrados en México", en *Alfonso Reyes. Homenaje de la Facultad de Filosofía y Letras*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1981; y Héctor Perea, *España en la obra de Alfonso Reyes*, México, Fondo de Cultura Económica, 1990.

[55] Carta de Alfonso Reyes a Pedro Henríquez Ureña del 22 de marzo de 1939, en *Epistolario íntimo*, t. III, p. 462.

[56] Carta de José Gaos a Alfonso Reyes del 15 de abril de 1939, en *Itinerarios filosóficos. Correspondencia José Gaos/Alfonso Reyes, 1939-1959 y textos de José Gaos sobre Alfonso Reyes, 1942-1968*, compilación y notas de Alberto Enríquez Perea, México, El Colegio de México, 1999.

[57] Carta de Pedro Salinas a Alfonso Reyes del 21 de mayo de 1939, en AHCM, Subsección La Casa de España, Serie Correspondencia institucional y documentos de trabajo, c. 23, exp. 1, ff. 15 y 16.

Es incuestionable que Reyes era la persona ideal para dirigir La Casa, pues todo parece indicar que Cosío Villegas no simpatizó con varios de los españoles transterrados.[58] Además, como diplomático Reyes había apoyado denodadamente la lucha del gobierno republicano español y la respectiva política cardenista.[59] Si en términos de jerarquía administrativa su nombramiento era justificado, pues tenía rango de embajador y contaba con una apreciable experiencia diplomática, en lo relativo a la academia su designación estaba aún más justificada, pues Reyes tenía una cultura que trascendía las estrecheces y los recelos nacionalistas del México posrevolucionario: conocía las literaturas española, francesa, inglesa y sudamericana;[60] además, conocía personalmente a los principales escritores de los países en donde había tenido encargos diplomáticos.[61] Por si esto fuera poco, conocía la literatura clásica grecolatina. En pocas palabras, su lealtad política era incuestionable y era el mexicano de cultura "occidental" más plena y cabal.

Sin arredrarse por su nulo conocimiento del sector educativo mexicano, Reyes aceptó el nombramiento con un enorme entusiasmo. Inmediatamente escribió a su amigo y maestro Pedro Henríquez Ureña, asegurándole que procuraría dar "verdadera vida" a La Casa de España, "conservándole su carácter de centro universitario y de investigación científica". Además de saldar la

[58] De hecho, en su *Diario*, cuaderno 7, 18 de junio de 1939, Reyes consigna haber descubierto ciertas actitudes hispanófobas en Cosío Villegas. En efecto, lo acusa de padecer "un instintivo antiespañolismo en el fondo".

[59] Véase *Alfonso Reyes y el llanto de España.*

[60] Respecto a su conocimiento de la literatura española, véanse las obras de Aponte, Perea y Souto citadas en la nota 54; respecto a la literatura francesa, consúltese Paulette Patout, *Alfonso Reyes y Francia*, México, El Colegio de México, 1990.

[61] Desde un principio Reyes había concebido su encargo diplomático como una doble responsabilidad: la representación oficial gubernamental y la mediación literaria entre México y el país de su destino diplomático. Reyes fue incluso acusado de dedicar tiempo laboral a asuntos literarios. Varios ejemplos de esto en su expediente. Véase Archivo Histórico "Genaro Estrada", Secretaría de Relaciones Exteriores, Fondo de Concentraciones, 25-6-70 (I). Advertencias similares pueden encontrarse en varias cartas de su amigo Genaro Estrada; un ejemplo es la fechada el 26 de enero de 1926, en la que le dice que da "mucha mayor importancia a sus trabajos meramente literarios que a los más directamente relacionados con la gestión diplomática". Véase *Con leal franqueza*, vol. I, p. 359.

deuda moral que tenía con muchos españoles por el apoyo que le habían dado durante su exilio madrileño, y además de poder cumplir su viejo anhelo ateneísta de colaborar en beneficio de la cultura del país, Reyes también estaba feliz de haber sido incorporado al sector educativo, pues le daba una inmensa alegría "poder llamar a las cosas por su nombre, sin la cortapisa diplomática". En efecto, a sus cincuenta años Reyes descubrió un ámbito de la vida pública en el que disfrutó de enorme libertad.[62]

Ignorante de las presiones políticas que enfrentaría y de las rutinas administrativas que tendría que cumplir, Reyes estaba confiado de que su nuevo encargo no le iba a absorber "mucho tiempo".[63] De cualquier manera, desde un principio Reyes y La Casa de España tuvieron que enfrentar y resolver varios problemas graves: la falta de vinculación oficial de La Casa con el sistema educativo mexicano, pues dependía directamente del presidente del país;[64] la falta de instalaciones propias, lo que la obligó a alojarse en las pequeñas oficinas que le prestó el Fondo de Cultura Económica, aunque al principio esto favoreció el trabajo de los españoles exiliados, pues varios empezaron rápidamente a escribir y traducir para esta editorial;[65] las dificultades para que se le asignara y entregara el presupuesto, en tanto que no tenía una ubicación precisa en el aparato gubernamental; la incorporación de varios médicos que tenían más un carácter de profesionistas que de académicos, y las presiones de algunos políticos y milita-

[62] Carta de Alfonso Reyes a Pedro Henríquez Ureña del 22 de marzo de 1939, en Curiel, *El cielo no se abre*, pp. 210- 211.

[63] *Ibid.*, p. 210.

[64] Alfonso Reyes, *Diario*, cuaderno 7, 20 de marzo de 1939. En efecto, desde que se ofreció a Reyes la dirección de La Casa, se acordó que "tomará órdenes directamente del señor presidente Cárdenas, y directamente le someterá sus sugestiones". Véase Alfonso Reyes, "Informe sobre La Casa de España en México", 22 de marzo de 1939, en AHCM, Subsección DCV, Subserie Informes CE, c. 2, exp. 2, f. 3.

[65] Al principio su dependencia del Fondo de Cultura Económica pareció no molestar a Reyes, pues las consideraba "instituciones gemelas que nos repartimos entre Daniel [Cosío Villegas] y yo. Despachamos en oficinas contiguas, pasamos el día trabajando juntos". Carta de Alfonso Reyes a Pedro Henríquez Ureña del 2 de diciembre de 1939, en *Epistolario íntimo*, t. III, p. 465. En otra carta, firmada por todos los directivos del Fondo y dirigida a Alfonso Reyes el 3 de mayo de 1940, se reconoce que las relaciones entre ambas instituciones eran "íntimas y cordiales". Véase *Testimonios de una amistad*, p. 77.

res vinculados a personalidades como Manuel Azaña, Juan Negrín o Indalecio Prieto, los que recibieron claro apoyo de la oficina presidencial cardenista para que fueran incorporados a La Casa;[66] por último, y como se lo había advertido Pedro Salinas, Reyes tuvo que servir como mediador en muchos conflictos personales y políticos entre los españoles, conociendo así "su ropa sucia".[67] Fue de tal magnitud "el chismerío" entre ellos; fueron tantos sus pleitos, que un día, harto y desesperado, Reyes se permitió consignar en su *Diario* "¡Con razón perdieron éstos a la República!".[68]

Obviamente, sería un inmenso error creer que Reyes no simpatizó con sus viejos amigos una vez que éstos arribaron a México. Al contrario, su trato con ellos fue más que amistoso, y con algunos, hasta familiar. Su *Diario* refleja el cariño que se profesaron las familias Reyes y Díez-Canedo, y documenta el apoyo personal, más que institucional, que Reyes brindó a varios de ellos: recuérdese que José Gaos solía "merendar" todos los domingos en la casa de los Reyes. La amistad entre ambos era plena y cabal. Reyes llegó a reconocer que contaba con "pocas cosas mejores en este momento de mi vida que los diálogos con Gaos".[69]

[66] Ante el crecido número de médicos que fueron recomendados para La Casa, Reyes señaló la conveniencia de "salvaguardar carácter" de la institución, evitando "plétora médicos entre nuestros miembros". Respecto a los políticos, considérese que Manuel Rivas Cherif, cuñado de Azaña, y Felipe Sánchez Román, colaborador de Indalecio Prieto, fueron personalmente invitados por el presidente Cárdenas. Recuérdese también que el general Miaja solicitó la incorporación de cuatro ayudantes, a lo que Cárdenas accedió. Véase *ARLC*, pp. 75-76, 134, 194 y 205.

[67] Carta de Pedro Salinas a Alfonso Reyes del 9 de mayo de 1940, en Eric Bou, "Correspondencia Pedro Salinas-Alfonso Reyes", *Boletín de la Fundación Federico García Lorca*, Madrid, núm. 13-14, año VII, mayo 1993, pp. 149-151. En su *Diario* Reyes consigna dificultades con Gonzalo Lafora ("horrible exhibición de grosería y aun de falta de equilibrio mental") y con Recaséns Siches ("impertinencias" por sentirse insuficientemente "honrado"). Véase Cuaderno 7, 18 de junio y 1 de agosto de 1939. De hecho, Lafora terminó por ser desligado de La Casa. *Ibid.*, 3 de noviembre de 1939, y *ARLC*, pp. 265-266. Para la queja por la vanidad de Recaséns, véase también la carta de Alfonso Reyes a Daniel Cosío Villegas, sin fecha, en AHCM, Subsección DCV, Subserie Correspondencia Institucional, c. 3, exp. 49, f. 6.

[68] Alfonso Reyes, *Diario*, cuaderno 8, 16 de octubre de 1940.

[69] Alfonso Reyes, *Diario*, cuaderno 8, 7 de octubre de 1940.

Complicaciones mayores

Las peores dificultades enfrentadas por La Casa procedieron de los contextos políticos de España y México. Para comenzar, la derrota definitiva del bando republicano, a principios de 1939, hizo que la inicial invitación a unos cuantos intelectuales españoles se convirtiera en una urgente respuesta a una forzada y cuantiosa emigración. La docena original de integrantes pronto vio cómo aumentaban los miembros: a finales de mayo de 1939 La Casa tenía ya veinte elementos, destacando entre los nuevos colegas el poeta y secretario particular de Manuel Azaña, Juan José Domenchina; el sociólogo José Medina Echavarría, y Joaquín Xirau, filósofo y pedagogo.[70] A éstos tendrían que sumarse los que ya estaban en México "sin convite... pero de posible incorporación", como el astrofísico Pedro Carrasco; los que habían sido invitados pero aún no se incorporaban, como los pedagogos Domingo Barnés[71] y Juan Roura Parella, y los que eran vistos como "prospectos". Tres meses después, hacia agosto, los miembros eran casi cuarenta, habiéndose enriquecido con gente como el naturalista Ignacio Bolívar, el biólogo Fernando de Buen, el químico José Giral y el médico Manuel Márquez, e incluso con becarios como los historiadores José María Miquel i Vergés y Ramón Iglesia.[72]

[70] También se habían incorporado recientemente los químicos Antonio Madinaveitia y Francisco Giral, el fisiólogo Jaime Pi Suñer y el oftalmólogo y cuñado de Azaña, don Manuel Rivas Cherif. Véase *ARLC*, p. 94. Puede consultarse también el libro citado de Martí Soler, y el diccionario biográfico de la obra *El exilo español en México*. Para las obras de los dos científicos sociales, véase Adolfo Gurrieri, selección y estudio preliminar, *La obra de José Medina Echavarría*, Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1980, y Joaquín Xirau, *Obras completas*, 4 volúmenes, Barcelona, Fundación Caja Madrid y Editorial Anthropos, 1998-2000.

[71] *ARLC*, p. 96. En verdad, Barnés, "viejo amigo editor de *La Lectura*, falleció apenas llegado a México". Véase Alfonso Reyes, *Diario*, cuaderno 8, 11 de junio de 1940.

[72] *ARLC*, pp. 235 y 301-332. Respecto a Iglesia, véase Andrés Lira, "El hombre Ramón y otros papeles (nota sobre un expediente)", *Historia Mexicana*, vol. XLVI, núm. 4, abril-junio 1997, pp. 871-887. Consúltese también Álvaro Matute, "Ramón Iglesia: el factor humano y la crítica", en *Historiografía española y norteamericana sobre México. (Coloquios de análisis historiográfico)*, introducción, edición e índice de Álvaro Matute, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1992, pp. 99-104.

Sin embargo, el aspecto más preocupante consistía en que eran numerosísimas y, para colmo, crecientes, las solicitudes de nuevas incorporaciones. Como lo advirtió con pena Cosío Villegas, "todos los días sin excepción" se recibían "angustiosas" solicitudes de aceptación, con casos verdaderamente "urgentes".[73] Desgraciadamente tuvo que llegar el momento, ante las limitaciones presupuestales e institucionales, en que Reyes y Cosío Villegas acordaron, con el respaldo de la presidencia del país, que ya no hubiera más incorporaciones a La Casa.[74] En relación con este problema, Reyes mostró su doble personalidad: por un lado, la de dirigente máximo de una institución imposibilitada de recibir a más exiliados; por el otro, la de decidido simpatizante de la causa republicana, pues tan pronto sobrevino el triunfo de los franquistas Reyes escribió un muy sentido artículo, titulado significativamente "El llanto de España".[75]

Es innegable que la joven institución se vio rebasada, forzada a modificar su diseño original. La derrota republicana obligó a mayores erogaciones gubernamentales y a nuevas pruebas de humanitarismo, al tiempo que complicó el proceso de incorporación, pues era mucho mayor el número de intelectuales españoles deseosos de refugiarse en México que la capacidad del gobierno para seleccionarlos, ubicarlos, trasladarlos, acomodarlos y aprovecharlos debidamente. No sólo tenían que redoblar esfuerzos, sino que tenían que actuar rápidamente, pues muchos intelectuales españoles estaban pasando "situaciones dificilísimas".[76] Recuér-

[73] Carta de Daniel Cosío Villegas a J. B. Trend, de la Universidad de Cambridge, Inglaterra, 23 de febrero de 1939, en AHCM, Subsección DCV, Subserie Actividades de La Casa de España, c. 2, exp. 6, ff. 5-6.

[74] En su *Diario* Reyes consignó: "las cuentas dicen que no hay que convidar a más gente" (21 de junio de 1939). En efecto, ya para mediados de 1939 La Casa de España resolvió que su plantilla quedaba "cerrada por este año". Véase la carta de Alfonso Reyes a Daniel Cosío Villegas del 18 de agosto de 1939, en *Testimonios de una amistad*, p. 67.

[75] El artículo se lo solicitó Vicente Lombardo Toledano para la revista *Futuro*. Aunque fue revisado por Cosío Villegas y por Enrique Díez-Canedo, Reyes quedó muy insatisfecho, pues apareció "lleno de erratas y atrozmente mutilado". Véase Alfonso Reyes, *Diario*, cuaderno 7, 16 y 17 de marzo y 3 de abril de 1939.

[76] Véase la carta de Daniel Cosío Villegas a Luis Montes de Oca del 23 de febrero de 1939, en AHCM, Subsección DCV, Subserie Creación CE, c. 1, exp. 2, ff. 9-13.

dese que muchos tuvieron que ser rescatados de "campamentos de concentración" en Francia, lo que obligaba a una negociación con el gobierno francés,[77] y que otros tuvieron que ser buscados desde Inglaterra hasta el norte de África.

Por otra parte, Reyes era consciente de que incrementar el número de españoles refugiados en La Casa aumentaría los enojos y envidias de una parte del sector cultural y educativo mexicano.[78] De hecho, Reyes tuvo que dedicar buena parte de su tiempo a la defensa de La Casa contra varios "denuestos" e "infamias" de algunos intelectuales mexicanos,[79] los que sumados llegaron a ser una auténtica "guerrilla de envidias".[80]

Ante el crecido y creciente número de intelectuales y académicos que tuvo que cruzar entonces el Atlántico, La Casa de España se vio forzada a multiplicar sus servicios de intermediaria entre aquéllos y las principales instituciones mexicanas de educación superior y cultura.[81] Para resolver el asunto de las nuevas incorporaciones se llegó a pensar que algunos integrantes de La Casa fueran absorbidos definitivamente por alguna universidad de provincia.[82] La consecución de nuevas visas y recursos económicos trajo mayores preocupaciones. El propio Reyes confesó que pocas veces había tenido que laborar tan intensamente: la multiplicación de los refugiados le generó una "inmensa trabajera".[83]

[77] Sobre las vicisitudes padecidas por los españoles refugiados en Francia, y sobre los admirables esfuerzos de las autoridades mexicanas, véase el conmovedor testimonio *Misión de Luis I. Rodríguez en Francia. La protección de los refugiados españoles, julio a diciembre de 1940*, México, El Colegio de México-Secretaría de Relaciones Exteriores-Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, 2000.

[78] Alfonso Reyes, *Diario*, cuaderno 7, 27 de junio de 1939.

[79] Véase Alfonso Reyes, *Diario*, cuaderno 7, 5 y 13 de junio, 26 de julio de 1939.

[80] Carta de Alfonso Reyes a José Loredo Aparicio, citada en la nota 35.

[81] Véase Adolfo Martínez Palomo, "Médicos", en *Científicos y humanistas del exilio español en México*, México, Academia Mexicana de Ciencias, 2006, pp. 127-141.

[82] "Informe sobre La Casa...", de Alfonso Reyes, del 22 de marzo de 1939, en AHCM, Subsección DCV, Subserie Informes CE, c. 2, exp. 2, ff. 1-4. Véase también la carta de Daniel Cosío Villegas a Francisco Vera del 20 de marzo de 1939, en AHCM, Subsección DCV, Subserie Actividades CE, c. 2, exp. 7, f. 4.

[83] Véase Alfonso Reyes, *Diario*, cuaderno 7, 18 de abril de 1939. Considérese que dos meses después Reyes asentó en su *Diario*: "el exceso abrumador de trabajo me viene de las muchas personas que quieren entrar en La Casa... " (27 de junio de 1939). Confesó "nunca" haber tenido "más actividad", pero lo peor era que se trataba de un "inferior trabajo oficinesco" (19 de junio y 25 de septiembre de 1939).

El contexto político mexicano también incidió en la necesidad de diseñar cambios sustantivos: a finales de 1939 no sólo se habían agravado las condiciones en España sino que se acercaba el final de la presidencia de Lázaro Cárdenas, avizorándose, además, elecciones conflictivas.[84] Cualquiera que fuera el resultado de éstas, habría un cambio en la orientación política mexicana por el declive del proyecto reformista[85] y por el reciente estallido de la Segunda Guerra Mundial. Hombres avezados e imaginativos, Reyes y Cosío Villegas propusieron a Cárdenas que la institución se desligara del presidente y se convirtiera en una asociación civil, ajena a las presiones políticas.[86] Imposibilitada de seguir siendo un refugio temporal y exclusivo para intelectuales españoles, ahora tendría que convertirse en un centro educativo permanente y debería ensancharse, incorporando a investigadores mexicanos y a extranjeros no españoles.[87] En rigor, La Casa estaba obligada a cambiar hasta de nombre.[88] El objetivo era clarísimo: reducir la vulnerabilidad de una institución que había sido diseñada para ser temporal, incluso efímera, y que para colmo estaba personal, ideológica y políticamente identificada con el presidente saliente, quien fue el primero en entender y aceptar la necesidad del cambio, demostrando una vez más que era un gobernante realista. La transformación era obligada, inevitable; además era urgente, pues era muy conveniente hacerla todavía durante la presidencia de Cárdenas, que finalizaría el último día de noviembre de 1940.

[84] Para un análisis de las elecciones de 1940, que tuvieron como principales contendientes a Manuel Ávila Camacho y a Juan Andreu Almazán, véase Silvia González Marín, "Candidatos y campañas: la elección presidencial de 1940", en Georgette José (coord.), *Candidatos, campañas y elecciones presidenciales en México. De la República Restaurada al México de la alternancia: 1867-2006*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, en prensa.

[85] Recuérdese que desde finales de 1938 y principios de 1939 decayeron las decisiones progresistas, y sobre todo, que Cárdenas prefirió como sucesor al moderado Manuel Ávila Camacho sobre el progresista Francisco J. Múgica.

[86] Una semana antes de las elecciones, y con una evidente incertidumbre sobre sus resultados, Reyes confió a Pedro Henríquez Ureña: "estamos viendo nuestra institución a través del puente de las elecciones". Véase la carta de Alfonso Reyes a Pedro Henríquez Ureña del 25 de junio de 1940, en *Epistolario íntimo*, t. III, p. 471.

[87] Entre otros, Reyes deseaba incorporar a Ángel Rosenblat y a Karl Vossler, ambos filólogos.

[88] Al principio se pensó en rebautizarla como Junta de Estudios Superiores "o alguna cosa semejante". Véase *ARLC*, p. 296.

Escribo "muy activamente"

¿En verdad sólo dedicó Reyes los años de 1939 y 1940 al "inferior trabajo oficinesco", como tantas veces lo lamentó?[89] Su queja debería matizarse si se contempla el número de páginas literarias escritas en ese lapso. Resulta incuestionable que a lo largo de su carrera diplomática Reyes había aprendido a cuidar ciertas horas para dedicarlas a sus labores literarias. De hecho, dedicaba tanto tiempo a su trabajo de escritor que ello le había generado algunas llamadas de atención de las autoridades en la cancillería.[90] Si se revisan sus horarios de trabajo, la asiduidad literaria de Reyes sólo merece buenos adjetivos calificativos: admirable, conmovedora, ejemplar.

Para decirlo brevemente, sus trabajos como literato durante los dos años que duró La Casa de España fueron extenuantes: le quitaba horas al sueño; esquilmaba horas a la oficina, y los 'fines de semana' escribía "afanosamente".[91] Además de que nunca interrumpió la escritura de su obra poética, el simple inventario de las principales obras en prosa hechas por Reyes durante esos dos años permite afirmar que procedió como un escritor adiestrado a compaginar sus responsabilidades de funcionario público con su vocación literaria. Por ejemplo, al regresar definitivamente a México trabajó en la organización de un libro, a titularse *Capítulos de literatura española (primera serie)*, conformado por sus principales artículos sobre literatura española "clásica" elaborados entre 1915 y 1919, cuando fue colaborador de la Sección de Filología del Centro de Estudios Históricos de Madrid, encabezada por don Ramón Menéndez Pidal. Los temas del libro —el Arcipreste de Hita, Lope de Vega, Quevedo, Ruiz de Alarcón y Gracián— seguramente serían del agrado de los españoles que desde hacía meses estaban trabajando en La Casa, algunos de los cuales los conocían por haber sido parte también del equipo de Menéndez Pidal, como Díez-Canedo, Millares Carlo y Moreno Villa. Acaso pueda verse como premonitorio que este libro le

[89] Alfonso Reyes, *Diario*, cuaderno 7, 19 de junio y 25 de septiembre de 1939.
[90] Véase nota 61.
[91] Alfonso Reyes, *Diario*, cuaderno 8, 28 de abril de 1939.

había sido solicitado por Cosío Villegas antes de que se incorporara a La Casa de España.[92]

Además de escribir numerosos artículos para diversos periódicos y revistas (lo que Reyes llamaba "morralla"),[93] se puso a trabajar en un libro destinado a titularse *Páginas de historia*, que pensaba proponer para su publicación a la Editorial Porrúa.[94] También se puso a organizar "un volumen de notas europeas que tal vez llamaré *A lápiz*".[95] De otra parte, si bien pensó continuar la publicación de su periódico *Monterrey*,[96] pronto se dio cuenta que al radicarse en México perdía la razón de ser su legendario correo literario. Por si esto fuera poco, a mediados de 1939 estuvo trabajando en *Los siete sobre Deva*,[97] y casi simultáneamente comenzó la redacción de su célebre ensayo autobiográfico y memorialístico, *Pasado inmediato*, texto elaborado para conmemorar el Congreso de Estudiantes de 1910, en el que Reyes había representado a la Escuela de Jurisprudencia de Nuevo León.[98] Durante esos meses también estuvo "muy laborioso" en un libro antológico que pensaba titular *Entre el norte y el sur*,[99] y comenzó a preparar la segunda serie de sus *Capítulos de literatura española*, libro en el

[92] Alfonso Reyes, *Diario*, cuaderno 7, 17 y 20 de febrero, 18 y 23 de abril 1939.

[93] Para una bibliografía exhaustiva de Reyes, véase James Willis Robb, *Repertorio bibliográfico de Alfonso Reyes*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1974.

[94] Alfonso Reyes, *Diario*, cuaderno 7, 28 de junio, 4 de julio y 25 de septiembre de 1939.

[95] *Ibid.*, 4 de julio de 1939. *A lápiz* fue publicado por la Editorial Stylo en 1947; fue recogido posteriormente en *Obras completas*, vol. VIII.

[96] Alfonso Reyes, *Diario*, cuaderno 7, 4 y 6 de marzo de 1939. *Monterrey. Correo literario de Alfonso Reyes*, 14 números, Río de Janeiro-Buenos Aires, 1930-1937.

[97] Alfonso Reyes, *Diario*, cuaderno 7, 14 de mayo de 1939. *Los siete sobre Deva* fue publicado en 1942 en la colección Tezontle del Fondo de Cultura Económica y reapareció en el vol. XXI de sus *Obras completas*.

[98] *Ibid.*, 22 de agosto y 6 de septiembre de 1939. *Pasado inmediato* fue publicado, junto con otros ensayos, en 1941. Entre éstos destaca "El reverso de un libro", concluido en octubre de 1939, en donde recuerda las circunstancias en que elaboró los trabajos que conformaron *Capítulos de literatura española*. Véase el vol. XII de sus *Obras completas*. Para la participación de Reyes en el Congreso de Estudiantes, véase Garciadiego, *Rudos...*, p. 50.

[99] Alfonso Reyes, *Diario*, cuaderno 8, 20 de noviembre de 1939. Fue publicado con el título *Norte y sur* en 1944 por la Editorial Leyenda; posteriormente se publicó en el vol. IX de sus *Obras completas*.

que habría de incluir sus ensayos sobre esos temas —Calderón de la Barca, Ruiz de Alarcón, San Juan de la Cruz y Pérez Galdós, por ejemplo— escritos entre 1917 y 1943: aunque copiar sus viejos trabajos sobre literatura española del Siglo de Oro pudiera parecer una labor sencilla, Reyes aseguró que resultó "un lío eso de desenredar lo mío y lo ajeno en las reseñas anónimas de la *Revista de Filología Española*".[100]

Sobre todo, Reyes dedicó las últimas semanas de 1939 y las primeras de 1940 a escribir "todo el día" su "Fastos de Maratón", texto en memoria de su padre que planeaba utilizar como discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua y que habría de ser respondido por Enrique González Martínez.[101] También preparó durante ese tiempo su prólogo a la *Evolución política del pueblo mexicano*, de Justo Sierra.[102] Durante la primera mitad de 1940, y a pesar de que dedicó mucho tiempo a diseñar la institución en que habría de transformarse La Casa de España, Reyes pudo quedarse muchas veces "estudiando... encerrado en casa". Los principales textos en los que trabajó entonces fueron un ensayo titulado "La Ciencia de la Literatura", el que reconoce que se le "atascó un poco", y las *Memorias de cocina y bodega*, bosquejadas en esos días.[103]

El apreciable número de páginas publicadas entonces por Reyes se abultaría de considerar sus proyectos editoriales fallidos. Por ejemplo, durante esos dos años trabajó en un libro que debió haberse titulado *Orientaciones*, el que confió a un "falso editor"; también concibió un nuevo libro, *Analecta*, "con carácter de recuerdos". Afortunadamente esos escritos no se perdieron, sino que aparecieron tiempo después con otros títulos. Por ejemplo,

[100] Alfonso Reyes, *Diario*, cuaderno 8, 27 de noviembre y 2 de diciembre de 1939.

[101] El tema del discurso era un íntimo homenaje a su padre, pues siendo Reyes niño, su padre, destacadísimo militar, gustaba de explicarle esa antigua batalla. *Ibid.*, 26 de noviembre de 1939. La sesión de ingreso tuvo lugar el 19 de abril y se desarrolló en un ambiente "excelente y cordial". La parte medular de ese discurso la publicó en *Junta de sombras*, México, El Colegio Nacional, 1949, pp. 144-167. Posteriormente apareció en el vol. XVII de sus *Obras completas*.

[102] Alfonso Reyes, *Diario*, cuaderno 8, 21 de diciembre de 1939.

[103] *Ibid.*, 24 y 27 de mayo, 4 y 10 de junio, 1 de julio, 6 y 15 de septiembre de 1940. *Memorias de cocina y bodega* fue publicada en la colección Tezontle del Fondo de Cultura Económica en 1953 y después reapareció en el vol. XXV de sus *Obras completas*.

Orientaciones pasó a llamarse *Tentativas y orientaciones* y fue publicado en 1944. Asimismo, partes de *Analecta* se convirtieron en *Pasado inmediato y otros ensayos*, pero aún queda la duda de cuál fue el destino de sus *Páginas de historia.*[104] Considérese además que la vida intelectual de Reyes no se reducía a la literatura. Si bien nunca se había dedicado con asiduidad a la docencia, lo cierto es que era un conferenciante muy dotado, versátil y accesible, de un saber enciclopédico. Esto explica que desde mediados de septiembre comenzara a preparar un "cursillo" que debía impartir en la Facultad de Filosofía y Letras en enero y febrero del año siguiente, con el tema de "La crítica en la era ateniense".[105]

En síntesis, Reyes volvió a demostrar su capacidad para, simultáneamente, resolver los desafíos políticos y administrativos inherentes a su cargo y desarrollar su obra estrictamente literaria. Esto es, contó con la vocación y la estrategia necesarias para lograr que sus labores nunca fueran un rutinario trabajo burocrático.[106] De otra forma no se explicaría lo amplio y pródigo de su obra, pues ésta evidentemente pertenece a un escritor y lector de tiempo completo, incluyendo largas jornadas en las madrugadas de sus muchos insomnios.

Comoquiera que fuera, a mediados de 1940 su prioridad era garantizar la continuidad de La Casa, para lo que era obligado una reforma sustantiva. Afortunadamente, además de su resistencia para el trabajo literario, también asombra su sensibilidad y capacidad políticas. Como decía Cosío Villegas de su forma de dirigir La Casa —"autoridad que no se siente, cordialidad que sí se siente"—,[107] la principal virtud de la estrategia política de Reyes es que la aplicaba en forma imperceptible.

[104] En *Analecta* pensaba incluir "Reverso de un libro", "Memoria a la Facultad", "Pasado inmediato", "Soldados de plomo", "Historia natural de las Laranjeiras" y tal vez "Los sueños". Respecto a *Orientaciones*, véase su *Diario*, cuaderno 7, 11 de febrero, 28-30 de marzo, 24 de abril y 18 de octubre de 1939. Se publicó como *Tentativas y orientaciones*, México, Nuevo Mundo, 1944, y luego en el vol. XI de sus *Obras completas*.

[105] Alfonso Reyes, *Diario*, 18 y 25 de septiembre, 6 y 13 de octubre 1940. El curso fue publicado por El Colegio de México como libro en 1941, con el título *La crítica en la edad ateniense*, y después fue reproducido en el vol. XIII de sus *Obras completas*.

[106] Alfonso Reyes, *Diario*, cuaderno 7, 19 de junio y 25 de septiembre de 1939.

[107] Carta de Cosío Villegas a Alfonso Reyes del 2 de diciembre de 1939, en *Testimonios de una amistad*, p. 70.

La gran transformación

El proceso de cambio se prolongó casi un año, quedando constituido El Colegio de México entre septiembre y octubre de 1940. Sus miembros ya no serían exclusivamente españoles afectados por la Guerra Civil y contaría con propósitos educativos propios, sin obligación de colocar a sus miembros en labores temporales —y en ocasiones incluso extracurriculares— en otras instituciones educativas y culturales del país. Además, tendría instalaciones propias, estaría integrado al sistema educativo público del país y quedaría limitado "a cosas de tipo escolar o investigaciones científicas".[108] Sobre todo, ya no sería una institución vinculada al proyecto político del presidente Cárdenas. El obligado giro atemorizó a algunos de los españoles, que llegaron a elucubrar sobre la conveniencia y la posibilidad de que ellos administraran una institución propia, distinta a la de Cosío y Reyes. Al enterarse este último de dicha aspiración, exclamó que era una intriga "necia" y "ridícula".[109]

En rigor, más que de un cambio se trataba de una auténtica redefinición —"mudanza total"[110] la llamó Reyes—, pues se buscaba desligarla del gobierno y convertirla en una "asociación civil", para darle autonomía, aunque al mismo tiempo se buscaba integrarla cabalmente al sector educativo nacional.[111] De otra parte, sólo permanecerían los humanistas y los científicos sociales, quedando fuera los dedicados a las llamadas ciencias "duras" y los dedicados a la profesión médica.[112] También se decidió que se

[108] "Estoy muy atareado en la reorganización de El Colegio", le confió Alfonso Reyes a su amigo Martín Luis Guzmán el 22 de noviembre de 1940. Cfr. *Medias palabras. Correspondencia 1913-1959*, edición, prólogo, notas y apéndice de Fernando Curiel, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1991, p. 152.

[109] Alfonso Reyes, *Diario*, cuaderno 8, 16 de octubre y 27 de noviembre de 1940.

[110] *Ibid.*, 26 de octubre de 1940.

[111] Memorándum "Antecedentes para la transformación...", citado en la nota 34.

[112] Reyes afirmó claramente que en la nueva institución no tendrían cabida aquellos elementos "que habían comenzado a ejercer su profesión, por no ser verdaderos elementos académicos". Véase la carta de Alfonso Reyes a José Loredo Aparicio citada en nota 35. Ya desde finales de 1939 Reyes había informado al presidente Cárdenas de las quejas de los médicos mexicanos por la competencia laboral generada por los médicos españoles. En Alfonso Reyes, *Diario*, cuaderno 8, 10 de noviembre de 1939. Véase también *ARLC*, pp. 269-270.

incorporaran intelectuales de otras nacionalidades. Sin embargo, a pesar de los esfuerzos realizados, no fue posible atraer a los franceses Paul Rivet y Jules Romains, ni al dominicano Pedro Henríquez Ureña,[113] por lo que la institución siguió siendo étnica y culturalmente hispana, aunque en rigor los intelectuales españoles exiliados en México se habían "europeizado" gracias a las becas de la Junta para Ampliación de Estudios, por lo que no trajeron a México una cultura meramente nacional.[114] De cualquier modo, una característica compartida por La Casa y El Colegio fue el origen común de sus miembros. Si bien otros intelectuales españoles se radicaron en algunos países latinoamericanos o en Estados Unidos, trabajaron en forma aislada en diversas universidades, por lo que tuvieron un impacto menor, más diluido. En cambio, La Casa y El Colegio permitieron la concentración física de los intelectuales españoles, dándole una muy particular identidad a ambas instituciones, una personalidad muy característica, obteniendo como resultado una labor más eficiente y cohesionada.

Es incuestionable que los nuevos contextos exigieron que la institución a llamarse El Colegio de México buscara un sitio propio en la educación superior mexicana. Acertadamente, no se constituyó como una escuela universitaria típica, sino que optó por convertirse en una institución que sólo ofreciera posgrados y en la que su personal pudiera dedicarse más a la investigación que a la docencia. Así, sería complementaria y cubriría un espacio urgente de atender: la investigación y la enseñanza de alto nivel en humanidades y ciencias sociales, para lo que tuvo que desprenderse de los científicos "duros". Dado que tenía que limitarse a labores estrictamente educativas, también sufrieron el recorte los músicos, pintores y creadores literarios: el primero en abandonar La Casa fue el poeta León Felipe.[115] Si a los físicos, químicos,

[113] Los intentos por incorporar al célebre dominicano, en Beatriz Garza Cuarón, "La herencia filológica de Pedro Henríquez Ureña en El Colegio de México", *Revista Iberoamericana*, Pittsburg, Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, vol. LIV, núm. 142, enero-marzo 1988, pp. 321-330.

[114] Para la Junta para Ampliación de Estudios, véase el número monográfico del *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, segunda época, núm. 63-64, diciembre 2006.

[115] Véase Martí Soler, *op. cit.*, pp. 11-12. Respecto al pintor Antonio Rodríguez Luna, La Casa le concedió una beca a cambio de que hiciera una exposición, misma

biólogos o médicos se les encontró acomodo en la Universidad Nacional, en el Politécnico y hasta en el sistema hospitalario mexicano,[116] los escritores habrían de encontrar cobijo en diversas editoriales, ya fuera el Fondo de Cultura Económica o empresas creadas por ellos mismos, como la Editorial Séneca.[117] Considérese que desde un principio se vaticinó que los intelectuales españoles beneficiarían enormemente a la todavía pobre industria editorial mexicana.[118]

La transformación era obligada, pues se preveía la merma de apoyos económicos y políticos con la salida del presidente Cárdenas. Sus dos directivos estaban convencidos de que no había opciones a medias ni subterfugios posibles. Sabían perfectamente el riesgo que amenazaba a la institución; por eso Reyes señaló que lo más importante en esa coyuntura era "salvar el tránsito político".[119] Con todo, la transformación no acabó con los ideales originales, y El Colegio pudo seguir siendo una institución pequeña y altamente profesionalizada, integrada ya al sistema educativo nacional, pero sin duplicidades con otras instituciones, riesgo en todo caso menor pues no existían los pos-

que fue inaugurada en diciembre de 1940 y de la que Rodríguez Luna obsequió a la institución un cuadro a ser escogido por Alfonso Reyes. Véase AHCM, Subsección La Casa de España, Serie Correspondencia institucional y documentos de trabajo, c. 20, exp. 12, ff. 1, 2, 5 y 7.

[116] Para su incorporación al Politécnico, véase la obra citada en la nota 2. Para su integración a la Universidad Nacional, véase María Luisa Capella, *El exilio español y la UNAM*, México, Centro de Estudios sobre la Universidad, Universidad Nacional Autónoma de México, 1987. Véase también, *Cincuenta años del exilio español en la UNAM*, México, Coordinación de Difusión Cultural, Universidad Nacional Autónoma de México, 1991.

[117] En Díaz Arciniega, *op. cit.* Véase también su "Séneca, por ejemplo. Una casa para la resistencia, 1939-1947", en *Los refugiados españoles y la cultura mexicana. Actas de las segundas jornadas, celebradas en El Colegio de México en noviembre de 1996*, México, El Colegio de México-Residencia de Estudiantes, 1999, pp. 209-254. También debe consultarse el trabajo citado de Fernando Serrano Migallón, *La inteligencia peregrina.*

[118] Carta de Pedro de Alba, subdirector de la Unión Panamericana, a Daniel Cosío Villegas, 2 de febrero de 1939, en AHCM, Subsección DCV, Subserie Informes CE, c. 2, exp. 5, f. 1. De Alba le aseguró que con los españoles México podría convertirse "en un centro editorial de primera categoría".

[119] Carta de Alfonso Reyes a Pedro Henríquez Ureña, 25 de junio de 1940, en *Epistolario íntimo*, t. III, p. 471, y carta de Alfonso Reyes a José Loredo Aparicio, citada en la nota 35.

grados ni la investigación profesionalizada en humanidades y ciencias sociales.[120]

El impacto de La Casa fue profundo a pesar de su corta vida. Gracias a ella mejoraron la ciencia, la cultura y la educación superior mexicanas, que se volvieron más modernas y fueron adquiriendo mayores fundamentos y mejores raíces. Su impacto no puede ser minimizado. Trajo a México el nuevo pensamiento europeo, que estaba ausente desde que coincidieron la Primera Guerra Mundial y la nacionalista Revolución mexicana.[121] Los exiliados que colaboraron en La Casa de España no solamente introdujeron en México la obra de los principales intelectuales de la época, sino que permitieron el conocimiento de los autores "clásicos" de varias disciplinas, pues su labor de traducción fue tan intensa como su función docente: considérese que un par de años después de su llegada a México empezaron a aparecer traducciones de Husserl, Kant, Adam Smith, Hume, Vico, Cicerón y otros clásicos grecolatinos.[122] La modernización del conocimiento fue tan intensa, que hasta incluyó la secularización del latín y de la crítica de arte sacro.[123] También trajeron algunas carreras científicas poco practicadas aquí y profesionalizaron disciplinas humanísticas que en México solían ser practicadas por aficionados. Sobre todo, revirtieron el nacionalismo cultural impuesto por la Revolución mexicana. Gracias a los intelectuales españoles la cultura mexicana se hizo más cosmopolita.

[120] Para la historia de los institutos de investigación, véase VV.AA., *Las humanidades en México, 1950-1975*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1978.

[121] Acaso el intento anterior por traer al país lo más moderno del pensamiento occidental fue el del Ateneo de la Juventud, hacia 1910, aunque en términos literarios éste también fue el objetivo del grupo de Contemporáneos, a finales de los años veinte.

[122] Como ya se dijo, desde el momento de su llegada, comenzaron a colaborar en el Fondo de Cultura Económica, ya fuera coordinando colecciones o traduciendo grandes obras, tanto antiguas como modernas. Entre los colaboradores más importantes destacaron Josep Carner, José Gaos, Eugenio Ímaz, José Medina Echavarría, Manuel Pedroso y Joaquín Xirau. En Díaz Arciniega, *Historia de la casa...* Véase también Luis González, pp. 366-367. Para los títulos de las obras y los nombres de sus traductores, véase *Autores y traductores del exilio español en México*, México, Fondo de Cultura Económica, 1999.

[123] En este aspecto destacan las labores de Agustín Millares Carlo y de José Moreno Villa. Para un atinado alegato en favor de la obra de este último, véase Luis González, p. 367.

Aunque La Casa de España apenas duró escasos dos años, su memoria y su prestigio serán imperecederos. Se le recordará por sus motivos humanitarios y por sus frutos intelectuales. Sobre todo, dejó tres grandes lecciones: que la pertinencia de una institución depende de lo atinado y lo imaginativo de su proyecto fundacional; que la calidad de las instituciones no depende ni de su tamaño ni de su presupuesto, y que juntas, inteligencia, disciplina y vocación, son capaces de vencer los peores obstáculos. Dado que todos los miembros de La Casa habían sido miembros de alguno de los diversos esfuerzos vinculados a la Institución Libre de Enseñanza —la Junta para Ampliación de Estudios, la Residencia de Estudiantes o el Centro de Estudios Históricos, entre otros—, heredaron su "espíritu" y sus "principios": compromiso a ultranza con la labor docente y prioridad absoluta al rigor en los estudios e investigaciones de temas auténticamente académicos.[124] Hoy, a setenta años de distancia, La Casa sigue siendo aleccionadora. No requiere una historia mítica, broncínea: fue una institución con problemas reales y con aciertos concretos. Es preciso conocer ambos para obtener mejor provecho de su legado.

[124] Para todo lo relacionado con esta extraordinaria labor educativa española de entresiglos, véase Antonio Jiménez Landi, *La Institución Libre de Enseñanza y su ambiente*, cuatro volúmenes, Madrid, Editorial Complutense, 1996.

LA CASA DE ESPAÑA EN MÉXICO: 1938-2008*

CLARA E. LIDA
El Colegio de México

Podría parecer desconcertante que celebremos hoy los setenta años de una institución que sólo existió dos años, tres meses y ocho días, entre el 1 de julio de 1938 y el 8 de octubre de 1940. En realidad tal desconcierto no se debiera dar. Si bien es cierto que La Casa de España en México tuvo una vida muy corta, no sólo los logros de su labor hablan por sí solos, sino que una porción significativa de su legado intelectual continuó en el espíritu de su heredero, El Colegio de México, fundado al disolverse su predecesora, en octubre de 1940.

No podemos comprender el carácter excepcional de La Casa de España si no tomamos en cuenta el momento histórico que le tocó vivir. Éste se debe medir con el pulso de una época densa, acelerada y trágica, cuyos años estuvieron marcados por el levantamiento de militares facciosos contra una República constitucional y democrática a mediados de 1936; por los casi tres años de Guerra Civil española, hasta abril de 1939, y por la incubación y estallido en septiembre de 1939 de la Segunda Guerra Mundial. Todo esto enmarcado, en México, por la presidencia de Lázaro Cárdenas, de 1934 a 1940.

En México, la solidaridad con la Segunda República española se manifestó desde el primer momento en varios frentes de acción. Por una parte, desde el comienzo mismo de la guerra se

* Leído en la conmemoración de los setenta años de la fundación de La Casa de España en México, que tuvo lugar el 1 de octubre de 2008 en El Colegio de México. Este texto se publicó originalmente en el *Boletín Editorial*, El Colegio de México, núm. 135 (sept.-oct.), 2008, pp. 3-7.

dio apoyo material con pertrechos militares, alimentos, medicinas, etcétera. Por otra parte, México realizó una intensa lucha diplomática por la República en diversos foros internacionales, especialmente en la Sociedad de Naciones, defendiendo el gobierno legítimo de España, condenando no sólo el alzamiento militar, sino también la amplia intervención internacional de la Italia fascista y Alemania nazi y cuestionando la política de no intervención de Inglaterra y Francia, apoyada por Estados Unidos. En mayo de 1937 México dio otro paso en la solidaridad, al organizar la evacuación de unos 460 niños de las zonas de guerra y acogerlos en la ciudad de Morelia, donde se les dio cobijo y escuela.

Pero en lo que México no tuvo parangón fue en la política de ayuda humanitaria al concluir la Guerra Civil, luego de que la derrota de la República y la bárbara represión franquista obligaran a la salida masiva de españoles. La enorme magnitud de ese éxodo se puede medir con sólo pensar que de los 24 millones de personas que poblaban España, en 1936, cerca de 2% se había visto forzado a salir de su país por la guerra. Fuera de la vecina Francia, que de hecho recibió el gran alud de refugiados que cruzaban su frontera, México fue el segundo gran receptor de republicanos exiliados. En efecto, el país brindó asilo a hombres, mujeres, niños y ancianos, que en total sumaron unas 20 000 personas. Recordemos que el perfil ocupacional de quienes llegaron abarcó desde la *a* hasta la *z*, desde abogados y arquitectos hasta zapateros, desde albañiles y agricultores hasta zoólogos. Ahora bien, el grueso del exilio que llegó a México en su mayoría estuvo compuesto por trabajadores manuales y técnicos, empleados y profesionales cualificados, incluyendo numerosos maestros. En cambio, el contingente integrado por destacada gente de ciencias, artes y letras, era muy pequeño y no alcanzaba los dos centenares de personas.

En este contexto el gobierno mexicano creó La Casa de España con un objetivo fundamental: proveer un refugio a los destacados científicos, artistas e intelectuales republicanos amenazados, primero, por el terrible azote de la Guerra Civil española y, luego, por un azaroso destierro. El decreto de fundación emitido en julio de 1938 por Lázaro Cárdenas explicaba que, origi-

nalmente, la decisión de invitar a un grupo de académicos e intelectuales de ese país para que vinieran a México a proseguir sus trabajos interrumpidos por la guerra se había tomado "previo el conocimiento y la conformidad del Gobierno de la República española", ya que, en efecto, como veremos más adelante, Daniel Cosío Villegas se había trasladado a Valencia a mediados de 1937 para tratar el tema con altos funcionarios del gobierno.

A partir de la expedición del decreto presidencial, La Casa de España en México se definió como un centro de investigación y de creación cuya tarea sería la "cooperación internacional en el campo de la educación y la cultura superiores"; Cárdenas designó con nombre y apellido a los primeros invitados peninsulares y nombró un pequeño Patronato compuesto por Eduardo Villaseñor, subsecretario de Hacienda, en representación del Gobierno Federal, quien en caso de ausencia sería remplazado por Daniel Cosío Villegas; además nombró a los doctores Gustavo Baz, rector de la Universidad Nacional, y Enrique Arreguín, director del recientemente creado Instituto Politécnico Nacional y presidente del Consejo Nacional de la Investigación Científica de la Secretaría de Educación Pública, como los otros dos patronos. Cárdenas, además, dispuso que el gobierno federal diera un subsidio anual que garantizara las actividades de la institución, como pagar salarios modestos, pero dignos, y costear el traslado de los invitados y sus familias a México.

Ahora bien, si la figura de Lázaro Cárdenas dominó los orígenes jurídicos y materiales de este proceso, la gestión y desarrollo del proyecto cultural se debió a dos grandes hombres de letras mexicanos: Daniel Cosío Villegas y Alfonso Reyes. Cosío, economista e historiador por vocación, era el promotor cultural, dinámico e imaginativo, que en 1934 había fundado el Fondo de Cultura Económica. Don Daniel había llegado a Europa en 1936, como encargado de negocios de México en Portugal, donde trabó amistad con Claudio Sánchez Albornoz, a la sazón representante del gobierno español en Lisboa, y había podido calibrar con claridad las dificultades que enfrentaba la República. En 1937, Cosío se había trasladado a Valencia y desde allí formuló y le hizo llegar al presidente Cárdenas la propuesta de que se invitara a

México a un grupo de intelectuales que peligraban por la guerra, algunos de cuyos nombres él mismo sugería, tras consultarlos con un cercano círculo de amigos, como Gabriela Mistral, Enrique Díez-Canedo y otros intelectuales de talla.

Si Cosío Villegas fue quien diseñó el camino para crear la institución y darle su primer impulso, quien a partir de marzo de 1939 le dio el gran empuje cultural fue Alfonso Reyes, el humanista, el diplomático, el escritor, el hombre de talentos múltiples, que combinaba la simpatía en el trato con la indudable capacidad para sumar amigos. Reyes se había exiliado en España durante la Revolución mexicana y, entre 1914 y 1924, hecho allí su aprendizaje bajo la rigurosa dirección de los filólogos más destacados del Centro de Estudios Históricos de Madrid y trabado amistad con intelectuales diversos. Fue Reyes quien después de regresar de una delicada misión diplomática en Brasil para romper el bloqueo internacional contra el petróleo mexicano a raíz de la expropiación de 1938, recibió de Lázaro Cárdenas el nombramiento como presidente de La Casa, quedando Daniel Cosío Villegas como secretario.

Ellos dos, con el apoyo del pequeño pero activo Patronato, forjaron juntos el derrotero cultural de La Casa de España. Ellos fueron los que obtuvieron con esfuerzos titánicos los escasos recursos que conformaban el modesto presupuesto de una institución que, en medio de la frugalidad espartana, pronto se distinguió por su devoción ascética al trabajo, su ferviente rechazo de todo provincianismo, su dedicación exclusiva a las obligaciones profesionales contraídas, su repudio a los halagos públicos y su reverencia por el estudio silencioso y creador.

A partir de su fundación, La Casa —que, por cierto, no tenía sede propia y sólo ocupaba dos despachos que arrendaba al Banco Nacional Hipotecario para coordinar desde allí las labores— desarrolló sus actividades culturales y académicas con entusiasmo sin par. Por un lado, seleccionó para sí a los llamados miembros *residentes*, que serían remunerados por la institución y estarían dedicados por entero a ella. Estos fueron una treintena de los científicos, intelectuales y artistas exiliados más distinguidos, lo cual permitió que desde el comienzo La Casa se destacara

como un pequeño pero excepcional núcleo receptor, creador y emisor de alta cultura. Pero esto no fue todo, ya que, por otro lado, también ayudó a decenas de profesionales que no tenían cabida en ella, a ingresar a otras entidades educativas, técnicas y científicas del país. De esta manera, la institución no sólo se lanzó a una rica y exitosa actividad cultural y académica propia, sino que funcionó con humanidad y generosidad inigualables al actuar como un centro de selección y de irradiación de talento hacia diversas esferas de la vida profesional mexicana. La Casa facilitó a los recién llegados sus primeros pasos en instituciones tan diversas como la Universidad Nacional y las de los estados —Michoacán, Jalisco, Monterrey, San Luis Potosí—, el Instituto Politécnico Nacional, el de Bellas Artes, el de Antropología e Historia con su Escuela Nacional de Antropología, el Conservatorio Nacional, el Hospital General, el Instituto del Cáncer, el de Enfermedades Tropicales, la Secretaría de Asistencia Pública, el Hospital de Psiquiatría, entre muchos otros.

En la primavera de 1939, al comenzar el exilio masivo a raíz de la caída definitiva de la República, la institución de pronto se vio obligada a prestar atención a circunstancias muy apremiantes. En la medida de sus fuerzas, los directivos asumieron la tarea de elaborar listas y extender invitaciones a quienes, según las conveniencias y necesidades profesionales de la institución y del país, pudieran ser invitados y trasladados a México. Sin embargo, tampoco quisieron abstenerse de ayudar a aquellos que, aunque no podían pertenecer a La Casa, de todas maneras solicitaban sus buenos oficios para incorporarse de alguna forma a la vida profesional mexicana, o por lo menos, para lograr el visado para venir a México. Así, no debe sorprender que entre quienes llegaron con visados gestionados ante el gobierno mexicano por La Casa de España, hubiera un sinfín de profesionales no académicos como abogados, periodistas, médicos, políticos, arquitectos, farmacéuticos, ingenieros... En fin, siempre que estuvo en sus manos, los directivos de La Casa y su amplia red de colegas mexicanos se movilizaron para facilitar la llegada de quienes lo solicitaran.

Pero volvamos a quienes iban específicamente invitados para trabajar en La Casa y que conformaban un amplísimo abanico de

profesionales destacados, que reunía, por ejemplo, a químicos, neurólogos, entomólogos, astrónomos, histólogos, físicos de primerísima fila, junto a musicólogos, poetas, críticos de arte, filósofos, pintores, juristas, historiadores y sociólogos. Cabe aclarar que la mayoría de éstos eran ya figuras prestigiosas en sus respectivos campos, mucho más allá de las fronteras de su país, y que muchos de ellos habían sido catedráticos e, incluso, por mérito propio, rectores de universidades españolas.

Sólo para dar un ejemplo mínimo, veamos un somero perfil académico de algunos de los primeros invitados que llegaron a La Casa.

Luis Recaséns Siches era especialista en Filosofía del Derecho, profesor en la Universidad de Madrid y Vicepresidente del Instituto Internacional de Filosofía del Derecho. José Gaos, discípulo de José Ortega y Gasset, había sido rector de la Universidad de Madrid y en 1937 colaboró en la organización del Pabellón Español en la Feria de París, para el cual Picasso pintó su Guernica. Enrique Díez-Canedo, poeta y crítico literario, había hecho una especialidad del conocimiento de las letras hispanoamericanas, había sido director de la Escuela Central de Idiomas, miembro de la Academia de la Lengua y representante de la República en Uruguay y en Argentina. Ricardo Gutiérrez Abascal, mejor conocido por su seudónimo Juan de la Encina, era ya un reconocido crítico de arte moderno; había sido director del Museo de Arte Moderno, en Madrid, y era bien conocido por su abundante obra crítica sobre pintores del siglo XX. Gonzalo R. Lafora era psiquiatra y se había especializado en histopatología del sistema nervioso y descubierto una lesión cerebral que lleva su nombre: "alteración ganglionar de Lafora". Fundó el Laboratorio de Fisiología Cerebral en el Instituto Cajal de Madrid y fue director de la Clínica de Psiquiatría del Hospital Provincial de Madrid y presidente de la Academia Nacional de Medicina. Agustín Millares Carlo era catedrático de Paleografía, Diplomática y Latín medieval en la Universidad Central de Madrid; fue colaborador de Ramón Menéndez Pidal en el Centro de Estudios Históricos y director del Archivo-Biblioteca del Ayuntamiento de Madrid. Isaac Costero, discípulo del premio Nobel Santiago Ramón y Cajal, era oncó-

logo e histólogo, había tenido a su cargo el Laboratorio de Anatomía Patológica del Instituto del Cáncer, de Madrid; era patólogo de la Clínica Médica del Hospital General de Madrid y catedrático de Histología y Anatomía Patológica en la Universidad de Valladolid. Jesús Bal y Gay era un estudioso de la literatura y la música populares que en el Centro de Estudios Históricos de Madrid había iniciado novedosos estudios del folklore español. No me puedo extender más y mencionar los abundantes méritos de otros miembros como el conocido poeta León Felipe; el escritor, pintor y crítico de arte José Moreno Villa, o Adolfo Salazar, crítico e historiador de la música. Tampoco puedo hacer una relación detallada de los muchos otros que arribaron desde mediados de 1939, como los químicos Antonio Madinaveitia, José y Francisco Giral, los físicos Blas Cabrera y Pedro Carrasco, el historiador Pedro Bosch Gimpera, los investigadores médicos Antonio Trías, Wenceslao López Albo, Augusto Pi-Suñer, Manuel Márquez y Germán García, el astrónomo Honorato de Castro Bonell y los escritores Emilio Prados y Rafael Dieste. Podría seguir enumerándolos, pero lo significativo es mostrar que si por algo se distinguía La Casa de España era precisamente por la gran calidad de sus miembros y por la diversidad de sus actividades.

Sin temor a exagerar, podemos afirmar que en los escasos dos años de vida, su treintena de miembros ofrecieron cerca de doscientos cursos, cursillos y conferencias tan increíblemente variados como "La poesía y el arte de los siglos de oro", "La crisis del Estado moderno", "Cristianismo y filosofía", "Las formas en la música instrumental en el siglo XVIII", "La mecánica cuantista y sus aplicaciones a la astrofísica", "La entomología médica", "Funciones metabólicas de las glándulas endócrinas", y, ¿por qué no?, incluso sobre "Técnica de las autopsias". A este torbellino de temas hay que agregar una cantidad muy respetable de publicaciones del más alto nivel, que con el pie de imprenta de La Casa fueron apareciendo mes con mes hasta sumar unos cuarenta libros. Por si todo esto fuera poco, a pesar de la modestia de recursos, los directivos de La Casa de España, primero, y luego el de su heredero, El Colegio de México, se acercaron al Instituto Rockefeller para que apoyara la creación en la

Universidad Nacional de un laboratorio de Fisiología y otro de Química —como años antes lo había hecho en España con la Junta para Ampliación de Estudios. Se trataba de que los especialistas españoles a sueldo de La Casa, prosiguieran sus interrumpidas investigaciones científicas al lado de colegas mexicanos en laboratorios especializados. Agreguemos que ambos laboratorios fueron el origen de los que hoy continúan funcionando en la Universidad Nacional.

En el breve bienio de vida de La Casa de España, todo este cúmulo de actividades en México ofreció una imagen del intelectual de cuerpo entero dedicado a la docencia, a la investigación, a la formación de alumnos y continuadores en un contexto de gran austeridad y modestia de recursos. Sorprende cómo en poco más de dos años, La Casa de España en México obtuviera logros excepcionales con base sólo en el entusiasmo, la dedicación, la disciplina y el rigor intelectuales rara vez vistos. Sorprende también que entre todos se lograra aunar los quehaceres propios del mundo científico y académico mexicano y español con la mejor tradición cultural universalista, y plantar así las semillas que al cabo de dos años germinarían en la creación de El Colegio de México.

En efecto, en el otoño de 1940 La Casa de España tenía tras de sí un pasado exitoso, pero por delante un futuro incierto. Por una parte, ninguno de los logros que hemos visto había evitado que la institución y sus miembros sufrieran ataques diversos. Por el contrario, no faltaron en la prensa los comentarios xenófobos por el mero hecho de que quienes laboraban allí fueran españoles; tampoco faltó quien dijera que en La Casa se hacía política y no investigación, o que los sueldos que se pagaban eran descomunales. Ya a fines de 1939 Reyes reflexionaba sobre la posibilidad de transformar La Casa para apaciguar a ciertos sectores de la opinión pública mexicana, que se declaraban heridos por el hecho de que se hubiese creado una institución para socorrer a intelectuales españoles, olvidando a los mexicanos. Reyes reconocía que llamar a la institución "La Casa de España", podía haber sido una falta de "tacto" y que era preciso poner la institución "definitivamente en un sitio neutral y superior a las discusiones políticas en torno

al problema español que le dio origen" para asegurar su continuidad. Pero lo que resultaba más apremiante era librar a la institución de las circunstancias políticas mexicanas, pues ya estaba planteada la sucesión presidencial de 1940. La Casa dependía directamente de la Presidencia y aunque el Patronato podía estar seguro de la generosidad y buena voluntad de Lázaro Cárdenas, la incógnita sobre la actitud de su posible sucesor era inquietante. Para todos estaba claro que soplaban otros vientos, que la presidencia de Cárdenas tocaba a su fin, que atrás quedaba la guerra civil, en tanto comenzaba la guerra en Europa, como preludio de la mundial, y que las circunstancias exigían una transformación. Atrás iba quedando La Casa de España en México —La Casa, con mayúscula en el artículo, para enfatizar que lo era por antonomasia—, con poco más de dos años de actividad enormemente fructífera, de la cual todos podían sentirse justamente orgullosos. Pero las circunstancias exigían una transformación.

En 1940, La Casa instrumentó su propia metamorfosis con inteligencia y con decisión. Para empezar, se comenzó por conceder las tres primeras becas a estudiantes mexicanos para estudiar o investigar bajo la dirección de mentores españoles. Además, los directivos de La Casa, conscientes de que los escasos recursos económicos podrían menguar aún más, fueron reconcentrando sus esfuerzos hacia forjar un pequeño grupo dedicado a las humanidades y las ciencias sociales, a la vez que se iban desligando paulatinamente de aquellos miembros que por sus especialidades tuvieran cabida en otras instituciones del país.

Convertida en El Colegio de México —también con la mayúscula del artículo—, La Casa desapareció como tal para renacer con mayor permanencia, desligada de condiciones políticas circunstanciales y arraigada en un contexto vinculado a las nuevas realidades del país y del mundo. Esta mexicanización implicó su intención de conectarse más íntimamente al pulso de la nación sin renegar ni un ápice de su compromiso con lo mejor de una España entonces peregrina. Así, lo que desde el inicio fue para España ni más ni menos que una catástrofe cultural, intelectual y científica —por no decir material y, ante todo, humana—, para México, en cambio, fue, entre otras cosas, un triunfo ético. Y

para reducirnos al limitado contexto desde el cual hablamos, para este país fue un enriquecimiento cultural indudable gracias a la inteligencia solidaria de un grupo de mexicanos visionarios encabezados por el propio presidente Cárdenas y de un puñado de desterrados españoles acogidos con los brazos abiertos.

★ ★ ★

Al comenzar estas palabras dije que festejar los setenta años de una institución de vida tan breve era una paradoja solamente en apariencia. Si este aniversario necesitara de una justificación, todo lo anterior sería más que suficiente. La historia de una institución de altos estudios tan singular como La Casa de España, antecesora de El Colegio de México, es parte imprescindible de la historia de la cultura de México, pero también lo es de esa España desterrada que encontró cobijo en ella.

Concluyo, pues, señalando que al celebrar hoy la fundación de La Casa de España en México festejamos la historia de un caso ejemplar. Caso ejemplar, sin duda, es que el gobierno de un país con magros recursos, en uno de los esfuerzos de solidaridad internacional más excepcionales del siglo pasado, recibiera a decenas de miles de refugiados y, a la vez, creara un albergue intelectual para profesionales, académicos y artistas exiliados por la intolerancia y la barbarie. Caso ejemplar, también, es que gracias a la dedicación de una pléyade de mexicanos virtuosos, este refugio, que en sus comienzos se creía temporal, en poco más de dos años se perfilara como un austero, inteligente y laborioso centro cultural de actividad y rigor incomparables. Finalmente, caso no menos ejemplar es que a partir de octubre de 1940 estos esfuerzos concretados con fervor y devoción, aun en medio de la más absoluta modestia personal y material, dieran nacimiento a un excepcional centro de estudios superiores, El Colegio de México, que en 2010 cumplirá también 70 años.

Bibliografía recomendada

GONZÁLEZ, Luis, "La pasión del nido", *Historia Mexicana*, XXV, 4 (100), abr.-jul. 1976, pp. 530-598.

LIDA, Clara E., *Inmigración y exilio. Reflexiones sobre el caso español*, México, El Colegio de México-Siglo XXI Editores, 1997.

——, *Caleidoscopio del exilio*, México, El Colegio de México, 2009.

—— y Leonor GARCÍA MILLÉ, "Los españoles en México: de la guerra civil al franquismo, 1939-1950", en Clara E. LIDA (comp.), *España y México durante el primer franquismo. Rupturas formales, relaciones oficiosas*, México, El Colegio de México 2001.

——, José Antonio MATESANZ y Josefina Z. VÁZQUEZ, *La Casa de España y El Colegio de México: memoria* 1938-2000, México, El Colegio de México, 2000.

MATESANZ, José Antonio, *Las raíces del exilio. México ante la guerra civil española, 1936-1939*, México, El Colegio de México-Universidad Nacional Autónoma de México, 1999.

PLA BRUGAT, Dolores, *Los niños de Morelia. Un estudio sobre los primeros refugiados españoles en México*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1985 [2ª ed.: 1999].

——, *Els exiliats catalans. Un estudio de la emigración republicana española en México*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia-Orfeó Català de Mèxic-Libros del Umbral, 1999.

LA CASA DE ESPAÑA EN MÉXICO Y LAS HUMANIDADES

JAMES VALENDER
El Colegio de México

El 20 de agosto de 1938, en el diario *El Nacional*, apareció un artículo anónimo, seguramente redactado por algún representante del gobierno mexicano (*El Nacional*, se recordará, era órgano oficial de los sucesivos gobiernos del Partido de la Revolución Mexicana que administraba el país desde fines de los años 20). El artículo tenía que ver con el decreto publicado unas semanas antes en el que el Presidente de la República, general Lázaro Cardenas, había anunciado su determinación de dar asilo a algunos de los más afamados intelectuales y científicos españoles hechos náufragos por el estallido de la Guerra Civil española y, con esa finalidad, de crear una institución que los albergara, la que (después de algún titubeo) se llamaría La Casa de España en México. Más que simplemente difundir aquel decreto, el artículo tenía el evidente propósito de proporcionarle al público mexicano más información sobre la medida, a la vez que tranquilizar los ánimos de quienes habían expresado desconcierto e incluso preocupación ante la decisión tomada. De ahí el título del texto, que ya desde el principio daba una interpretación muy favorable a este importante episodio: "Vigorosa inyección a la cultura nacional".[1]

[1] Anónimo, "Vigorosa inyección a la cultura nacional", *El Nacional* (México, D.F.), 20 de agosto de 1938. Las citas que se reproducen a continuación provienen de esta fuente. La misma información se comunicó, pero de manera mucho más escueta, en otro artículo anónimo, publicado el mismo día en el diario *Excélsior*. Por lo demás, el presente ensayo se apoya en la abundante información proporcionada por Clara Lida y José Antonio Matesanz en su estudio pionero sobre *La Casa de España en México*, México, El Colegio de México, 1988; estudio luego recogido en Clara Lida, José Antonio Matesanz y Josefina Zoraida Vázquez, *La Casa de España*

Aunque lo anunciado en el artículo no iba a coincidir en todos los aspectos con lo que finalmente sería La Casa de España, el escrito nos ofrece un interesante testimonio de lo que, en un primer momento, fueron las metas perseguidas por los promotores de esta iniciativa. Y leyéndolo, creo que se puede apreciar la especial importancia que se daba a las humanidades en el amplio proyecto de rescate científico y cultural.

"Invitados por el gobierno mexicano, laborarán en nuestro país 17 españoles ilustres, destacados en la ciencia y el arte; mediante acuerdo girado por el señor presidente se funda en esta ciudad, para recibirlos, la 'Casa de España'". Después de este escueto señalamiento, en el que destaca la decisión de los mexicanos de extender la invitación a un total de diecisiete españoles (ni uno más, ni uno menos), el anónimo articulista luego ofrece una lista de los nombres de todos los escogidos. Los primeros en la lista eran todos miembros del famoso Centro de Estudios Históricos, de Madrid:

> Aceptando la invitación de México vendrán Ramón Menéndez Pidal, maestro en las disciplinas de la Filología románica y de la crítica literaria, es el fundador del Centro de Investigaciones Históricas, institución de renombre universal —donde trabaja nuestro gran escritor Alfonso Reyes— formando a discípulos muy distinguidos hoy maestros, como Tomás Navarro Tomás, autoridad en fonética, como también Claudio Sánchez Albornoz, historiador, especialista en asuntos medievales; y Dámaso Alonso y José Fernández Montesinos, eruditos y críticos literarios de primera fila, que han publicado muy sabias ediciones de los clásicos castellanos. Volviendo a don Ramón Menéndez Pidal, recordemos algunas de sus obras capitales como la *Gramática histórica* y *La España del Cid*.

en México y El Colegio de México. Memoria 1938-2000, México, El Colegio de México, 2000. También han sido de mucho provecho los importantes libros de Martí Soler Vinyes, *La casa del éxodo. Los exiliados y su obra en La Casa de España en México y El Colegio de México (1938-1947)*, México, El Colegio de México, 1999 y de Alberto Enríquez Perea, *Alfonso Reyes en la Casa de España en México (1939-1940)*, México, El Colegio Nacional, 2005.

La redacción de este párrafo resulta un poco ambigua, sobre todo en relación con los nombres de Tomás Navarro Tomás, Claudio Sánchez Albornoz, Dámaso Alonso y José Fernández Montesinos. De una lectura muy rápida del texto se podría deducir que estos nombres se mencionan sólo para darle al lector una idea de la importancia de la escuela filológica creada por Menéndez Pidal. Sin embargo, para que la lista de invitados alcance el total de diecisiete anunciado al principio, estos cuatro discípulos también tienen necesariamente que formar parte de esta iniciativa. Es decir, la lista de los españoles invitados a México fue encabezada no sólo por el fundador del Centro de Estudios Históricos, sino también por cuatro distinguidos colaboradores suyos. La especial relevancia que dicha institución evidentemente tenía para los mexicanos no necesita mayor comentario. Aunque sí conviene señalar que, al contrario de lo que se anuncia en el artículo, y muy a pesar de los deseos de los anfitriones, ni Menéndez Pidal ni ninguno de los otros filólogos mencionados llegaría a ser miembro de La Casa de España (si bien todo parece indicar que en algún momento Dámaso Alonso sí mostró interés en aceptar la invitación).

Después de colocar el Centro de Estudios Históricos firmemente a la cabeza de la lista, el articulista luego enumera los otros ilustres invitados. Así, en un segundo párrafo se refiere a dos figuras destacadas en el campo de la filosofía: "Se cuentan en el grupo que residirán en México D. José Gaos, rector de la Universidad de Madrid y D. Joaquín Xirau, decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Barcelona, que representan una fase del pensamiento filosófico español renovado por don José Ortega y Gasset y deriva del neocriticismo kantiano." Y es sólo en un tercer párrafo donde se mencionan algunas de las figuras científicas, no menos ilustres (por supuesto) que los humanistas ya mencionados, a quienes también se esperaba poder llevar a México: "El doctor Pío del Río Ortega [*sic*], histólogo, colaborador de Ramón y Cajal y director del Instituto del Cáncer, así como el doctor Teófilo Hernando, clínico distinguido, reflejan la ciencia médica española. Gustavo Lafora es un eminente psiquiatra y también hombre de letras de excelente estilo y fina sensibilidad." De los tres científicos mencionados aquí sólo Lafora

iría a México. Los dos filosófos, en cambio, sí disfrutarían de la protección y el respaldo que La Casa de España les ofreciera.

La breve (y algo inesperada) referencia que hace el autor del artículo a la fina sensibilidad artística del psiquiatra Gonzalo Rodríguez Lafora da fe de un interés en las humanidades que también queda reflejada en los otros nombres que completan la lista y que corresponden, sobre todo, a poetas, escritores y críticos (de arte, de música y de literatura). De ellos se habla, además (o al menos, así parece), con mayor conocimiento de causa que en el caso de los científicos. Así leemos, por ejemplo: "Enrique Díez-Canedo, verdadero amigo de México que conoce y admira, es poeta de delicada inspiración, ensayista de valía e historiador del arte. Juan de la Encina, otro de los literatos que forman la embajada intelectual, es también crítico de arte, que une a una amplia cultura, una visión personal, llena de originales atisbos. Adolfo Salazar y Jesús Bal y Gay han realizado muy importantes estudios sobre la música, abarcando en su curiosidad la majestad de lo clásico con las inquietudes modernas."

La lista se cierra con la mención de tres españoles que ya eran residentes en México (aunque, como se señala al final del artículo, en una especie de posdata, otro español invitado a formar parte de La Casa de España, el doctor José Gaos, también se encontraba en México). Los tres españoles ya residentes en el país eran: "León Felipe, el gran poeta, un poco nuestro, quizás mucho, un valor de elevada jerarquía en la lírica contemporánea; Luis Recaséns Siches, profesor de Derecho en nuestra Universidad y José Moreno Villa, poeta y pintor de fina calidad." Después de señalar quiénes eran los mexicanos que conformaban el Patronato de La Casa de España, el artículo termina con una importante aclaración sobre el tipo de compromiso que México contraía así con los españoles: "Con objeto de que la labor de los profesores e intelectuales españoles sea fructífera, para ellos y para el país, han sido invitados a permanecer en México por un plazo mínimo de un año, susceptible de prorrogarse por tiempo mayor. Este factor de tiempo y las circunstancias de que contarán con todos los elementos de trabajo, aseguran el éxito de una tarea de cooperación internacional en el campo de la educación y de la cultura superior."

Este artículo parece haber sido redactado, como ya se ha dicho, con el fin de disipar el miedo que el decreto presidencial había despertado en ciertos ámbitos mexicanos. El miedo, por ejemplo, de que a raíz de esta decisión de crear La Casa de España invadiesen el país hordas de españoles revoltosos que fueran no sólo a desplazar a los intelectuales mexicanos, sino también a entregarse a una labor de agitación política del todo nociva para la nación. Sentimientos de este calibre se habían expresado no sólo en la prensa de la derecha mexicana, sino también donde menos se esperaba, en la Universidad Nacional (un baluarte de la Revolución mexicana), donde, en un primer momento, surgió un movimiento que se oponía rotundamente a que los intelectuales españoles, por muy destacados que fuesen en su campo, recibieran una cátedra universitaria. Según un reportaje publicado en el diario *El Popular*,

> Un grupo de jovencitos, de la más pura extracción reaccionaria, miembros de unos supuestos "centros de estudio" sostenidos y dirigidos por jesuitas como Martínez Silva, se reunieron hace días con el director de la Facultad de Filosofía, Dr. Antonio Caso, para discutir el "caso" de los intelectuales españoles. Y resulta verdaderamente inexplicable el acuerdo tomado por nuestros "intelectuales" universitarios en esa sesión: se impedirá, por todos los medios posibles, que los intelectuales españoles reciban cátedras en la Universidad.[2]

[2] Véase César Ortiz, "La Casa de España y nuestros 'intelectuales'", *El Popular* (México, D.F.), 9 de septiembre de 1938. Por desgracia, el autor de este artículo, impulsado por su celo revolucionario, llegó a relacionar a dichos universitarios no sólo con el sector más conservador de la sociedad mexicana, sino incluso con el nazismo y "con la imbecilidad, con la barbarie, con los que bombardean ciudades abiertas y asesinan poetas". Esto, desde luego, fue una exageración absurda, que sólo sirvió para volver aún más difíciles las relaciones de los exiliados con sus anfitriones. La violencia del ataque se debía, sin duda, a la férrea resistencia que la Universidad Nacional llevaba ya tiempo ofreciendo a quienes en México querían someterla a los lineamientos de una educación socialista. El presidente Lázaro Cardenas ya había decidido tomar partido con la Universidad contra los defensores de la educación socialista, pero, a pesar de ello, las autoridades universitarias evidentemente temían que la llegada de los españoles pudiera ser aprovechada por quienes estaban a favor del cambio. El artículo de César Ortiz daría a entender que sus temores estaban bien fundados. Sea como fuere, y como se comprobará más adelante, la hostilidad de Antonio Caso no duró mucho; en 1939 y a instancias de La Casa de España, el mexicano

No fueron pocas las expresiones de hostilidad de esta índole, provenientes algunas de la derecha mexicana, otras de la izquierda. Y, si bien sería un error exagerar la magnitud del problema, tampoco podemos dejar de lado la presencia de esta hostilidad si queremos entender el extremo cuidado con que los promotores de La Casa de España tuvieron que proceder en todo momento. De ahí, por ejemplo, que el autor del artículo de *El Nacional* que venimos comentando empezara por subrayar que sumaban sólo diecisiete los españoles que se iban a acoger en La Casa de España; que destacara los méritos profesionales de cada uno de ellos, sin hacer mención alguna de la militancia política que tal o cual figura hubiera podido haber asumido; que explicara que la estancia en México de estos intelectuales españoles iba a ser provisional, mientras la guerra civil (se daba a entender) no les permitiera retomar su trabajo en su propio país; y que cerrara su escrito explicando que se trataba de "una tarea de cooperación internacional en el campo de la educación y de la cultura superior" en la cual México tenía aún más que ganar que los propios invitados.

Llama la atención el que en este mismo artículo se mencione al mexicano Alfonso Reyes como otro miembro del Centro de Estudios Históricos. Desde luego, hacía mucho que esto había dejado de ser cierto: en 1938 Reyes trabajaba como embajador de México ante la República argentina. Pero la mención de su nombre en el artículo es, desde luego, cualquier cosa menos un descuido. Al principio de su largo exilio en Madrid en los años 1914-1924, Reyes, en efecto, había trabajado bajo la dirección de Menéndez Pidal, y junto con filólogos como Tomás Navarro Tomás, Dámaso Alonso y Américo Castro, en el Centro de Estudios Históricos. Y si se le mencionaba ahora en el contexto de la propuesta de acoger en México a otros antiguos miembros de esa prestigiosa institución española, es sin duda alguna con el propó-

impartió un ciclo de conferencias sobre "Meyerson y la física", conferencias que al año siguiente fueron publicadas como libro dentro de las ediciones de la misma institución. Para una introducción general al problema, véanse Lourdes Márquez Morfín, "Los republicanos españoles en 1939: política, inmigración y hostilidad", *Cuadernos Hispanoamericanos* (Madrid), núm. 458 (agosto de 1988), pp. 127-150; y Guillermo Sheridan, "Refugachos. Escenas del exilio español en México", *Letras Libres* (México, D.F.), núm. 56 (agosto de 2003), pp. 18-27.

sito de comunicar la idea, ya no de una iniciativa enteramente nueva, sino (al contrario) de la continuación lógica de una cooperación intelectual que desde hacía tiempo se daba entre las dos naciones. Dicho proyecto de cooperación, promovido desde México por el Instituto Hispano-Mexicano de Intercambio Universitario, había facilitado, sobre todo, que científicos como Blas Cabrera, Pío del Río Hortega y Gustavo Pittaluga, ya desde los años 20, pasaran tiempo en México colaborando con sus colegas mexicanos. Pero el Centro de Estudios Históricos, desde luego, también se había incorporado al proyecto con entusiasmo, no sólo mandando investigadores españoles a México, sino también acogiendo en su seno a intelectuales mexicanos como Alfonso Reyes y Silvio Zavala cuando la oportunidad se presentara.[3] Es decir, una vez más resulta indiscutible la importancia que el articulista asigna al Centro de Estudios Históricos a la hora de pretender justificar la creación de La Casa de España.

Volviendo ahora a la historia de esta institución, vemos que la mención de Reyes en el anónimo artículo de *El Nacional* resultó ser profética. Si bien durante los primeros meses de su existencia La Casa de España fue administrada por su secretario, Daniel Cosío Villegas, en abril de 1939, y por decisión del propio presidente Cárdenas, Reyes fue nombrado presidente del Patronato de La Casa y, en cuanto tal, principal responsable de todas sus actividades. Huelga decir que ya para entonces la situación española había cambiado drásticamente con respecto a la que había prevalecido todavía en agosto de 1938. El día primero de abril, tras la rendición de Madrid, Franco había declarado su victoria y el fin de la guerra civil. Mientras tanto, ya desde finales de enero centenares de miles de republicanos habían atravesado los Pirineos a pie, sólo para ir a parar, sumidos en el más absoluto desamparo, en campos de concentración en el sur de Francia. La Casa de España fue inundada de repente de solicitudes de ayuda provenientes de profesores e intelectuales de prestigio, deseosos de

[3] Sobre el papel del Instituto Hispano-Mexicano de Intercambio Universitario como antecedente de La Casa de España, veáse el ensayo de Alfonso Reyes, "The 'Casa de España en México'", *Books Abroad* (Norman, Oklahoma), XIII, núm. 4 (otoño de 1939), pp. 414-417.

escapar de su vida precaria en Francia y de trasladarse a la seguridad que México les ofrecía. Si bien la propia Casa pudo acoger a poquísimos miembros más, su presidente, Alfonso Reyes, de todos modos parece haber prestado a cada una de estas solicitudes una atención meticulosa, orientando a cada corresponsal, poniéndole en contacto con quien mejor le pudiera prestar la ayuda que necesitaba.

Entre los intelectuales que sí ingresaron a La Casa de España en el año 1939, hubo varios científicos muy eminentes, pero también figuras importantes en el mundo de las ciencias sociales, la filosofía y la literatura, como los filósofos Joaquín Xirau y María Zambrano, el sociólogo José Medina Echavarría, y el poeta y crítico Juan José Domenchina (este último, por cierto, por expreso deseo del ex presidente de la República española, Manuel Azaña). También fueron admitidos, pero como becarios y no ya como miembros residentes, el historiador Ramón Iglesia, el pintor y arquitecto Mariano Rodríguez Orgaz y el historiador José María Miquel i Vergés. Por medio de la Legación mexicana en París, también se extendieron invitaciones a varias personas más que no pudieron aceptar por tener ya otros compromisos, como el poeta Carles Riba y el filólogo Ángel Valbuena Prat. Los intelectuales que conformaron esta nueva nómina ampliada se hallaron, desde luego, bajo una presión ideológica muy grande. No sólo debían mantener el mismo ritmo de trabajo iniciado en 1938, sino incluso, de ser posible, aumentarlo. Y esto por la sencilla razón de que, a raíz de la generosa decisión del presidente Cárdenas de abrir las puertas de su país a grupos más grandes de refugiados españoles, las fuerzas políticas opuestas a la política cardenista se estaban movilizando más que nunca. Por lo mismo, en cuanto proyecto personal del propio Presidente de la República, La Casa de España en México estaba bajo un escrutinio especialmente intenso. Cualquier paso en falso, cualquier señal de inercia o incompetencia podría resultar dañino para el gobierno de Cárdenas y, por ende, para su política de ayuda a los refugiados españoles en general. Para los que habían logrado trasladarse a México, pero también para todos aquellos que seguían en los campos a la espera de que el gobierno mexicano los rescatara.

Los miembros de La Casa de España respondieron al reto, entregándose a su trabajo con una dedicación notable. Preocupados por la imagen que el público mexicano pudiera formarse de ellos, muchos se apuntaron para dar conferencias y cursillos en la ciudad de México. En el Palacio de Bellas Artes, por ejemplo, y para limitarnos tan sólo a los representantes de las ciencias sociales y las humanidades, dieron conferencias: Enrique Díez-Canedo, en marzo, sobre "El teatro y sus enemigos"; Adolfo Salazar, en abril, sobre "Música y sociedad en el siglo XX"; María Zambrano, en junio, sobre "Pensamiento y poesía en la vida española"; en julio, Jesús Bal y Gay, con una conferencia titulada "De folklore musical con ejemplos españoles". En agosto el mexicano Antonio Caso expuso sobre "La filosofía de Meyerson"; Pedro Salinas, en septiembre, sobre "Lo barroco en la literatura española del Siglo de Oro"; y León Felipe, también en septiembre, sobre su propia poesía "El español del éxodo y del llanto", mientras que en el mes de noviembre José Moreno Villa presentó "Dos temas sobre pintura".[4]

Todo esto, repito, únicamente en lo que respecta a conferencias y cursos en el Palacio de Bellas Artes. En la Universidad Nacional, Juan de la Encina habló sobre Goya; Pedro Salinas dio un "Seminario de lectura y comentario de textos románticos", y Ramón Iglesia un cursillo sobre "Historia e interpretación del *Quijote*", entre otras muchas actividades auspiciadas por La Casa, que, por cierto, también se preocupó por llevar a sus miembros a provincia. Así, en la Universidad de Michoacán, en Morelia, los estudiantes pudieron asistir a numerosos cursos de filosofía de María Zambrano, que apenas llegada al país fue enviada a dicha universidad en una comisión especial; pero también pudieron seguir las clases de "Introducción a la filosofía", de José Gaos; las que versaron sobre "Directrices del arte moderno", de Juan de la Encina, aquellas otras de Enrique Díez-Canedo sobre "Figuras paralelas de la literatura española de los siglos XIX y XX", o también las de José Medina Echavarría sobre "Problemas fundamen-

[4] Para más información al respecto, véase Clara Lida y José Antonio Matesanz, *op.cit.*, pp. 93-94.

tales de la sociología". Y los miembros de La Casa de España (fueran éstos mismos u otros) también llevaron cursillos a otras universidades de provincia, sobre todo en Guanajuato, Saltillo y Monterrey. Por otra parte también fue importante la lista de publicaciones realizadas durante el año 1939 y que a veces recogían el texto de algunos de los cursos impartidos. Así, en este rubro cabe destacar libros como *El mundo histórico y poético de Goya*, de Juan de la Encina; *El teatro y sus enemigos*, de Enrique Díez-Canedo; *Música y sociedad en el siglo XX*, de Adolfo Salazar; *Locos, enanos, negros y niños palaciegos*, de José Moreno Villa; *Pensamiento y poesía en la vida española*, de María Zambrano, y *Español del éxodo y del llanto*, de León Felipe. Si recordamos que algunos de estos libros, como el de María Zambrano, por ejemplo, fueron escritos y publicados apenas un par de meses después de que sus autores hubieran desembarcado, tanta productividad no deja de sorprender.

Al comenzar la segunda Guerra Mundial en septiembre de 1939, la posibilidad de que los republicanos pudieran regresar pronto a su país se volvió todavía más remota. Pero si ya para principios de 1940 la supervivencia de La Casa de España empezó a verse muy insegura, fue también, y sobre todo, a raíz de vicisitudes en la vida política de México. El sexenio de Lázaro Cárdenas se aproximaba a su fin e, independientemente de quién fuese el elegido a sucederle en las elecciones de fin de año, todo parecía indicar que, en cuanto institución dedicada a dar refugio a distinguidos intelectuales del exilio español, La Casa de España tenía los días contados. Porque, en efecto, era difícil que cualquier gobierno mexicano siguiera manteniendo de manera indefinida a una institución conformada sólo por españoles, proporcionándoles además condiciones de trabajo muy superiores a los que disfrutaban los propios profesores e investigadores mexicanos. Alfonso Reyes parece haber sido uno de los primeros en darse cuenta de este problema y en querer tomar medidas para prevenir la desaparición de esta importante iniciativa cultural. Había que hacer unos cambios radicales, estaba convencido de ello, destinados sobre todo a convertir este centro en una institución mexicana: La Casa de España tenía que convertirse en El Colegio de México.

Aunque este cambio fue formalizado en septiembre de 1940, en realidad Reyes había fomentando la participación de mexicanos en las actividades de La Casa desde su nombramiento en abril de 1939: en la impartición de conferencias, pero también en la publicación de libros. De esta manera, si bien las publicaciones de La Casa habían incluido libros de dos intelectuales mexicanos: *Meyerson y la física moderna*, de Alfonso Caso, y *Capítulos de literatura española*, del propio Alfonso Reyes, ya en 1940 la participación de la intelectualidad mexicana resultó bastante más notoria, gracias a la publicación de libros de Genaro Estrada, *Bibliografía de Goya*; de Justo Sierra, *Evolución política del pueblo mexicano*; de Xavier Villaurrutia, *Textos y pretextos*; de Adolfo Menéndez Samará, *Fanatismo y misticismo*; de Samuel Ramos, *Hacia un nuevo humanismo*; de Julio Torri, *De fusilamientos*, y de Rodolfo Usigli, *Itinerario del autor dramático*. En una medida que seguramente sirvió para facilitar el profundo cambio institucional que hacía falta, todos estos libros aparecieron, a lo largo del año 1940, al lado de importantes publicaciones de Juan José Domenchina, *Poesías escogidas (1915-1939)*; de José Medina Echavarría, *Panorama de la sociología contemporánea*; de José Moreno Villa, *Cornucopia de México*; de Adolfo Salazar, *Las grandes estructuras de la música*, para no mencionar otras obras de relieve firmadas por españoles que no eran miembros de La Casa, como Benjamín Jarnés y Juan David García Bacca, autores (respectivamente) de *Cartas al Ebro* e *Invitación a filosofar*.

Dada la variedad de tipos de relación, o de contratación, resulta difícil decir exactamente cuántos españoles eran miembros de La Casa de España a la hora en que ésta se convirtió en El Colegio de México. (Sabemos, por ejemplo, que incluso había intelectuales cuyo nombre figuraba en el membrete de La Casa por el solo hecho de que el Patronato los había ayudado a colocarse en tal o cual institución mexicana y no porque hubieran sido contratados como miembros residentes de La Casa.) Sea como sea, si en un principio el cambio supuso una *apertura* para la institución, al abrir las puertas de La Casa a una mayor participación mexicana, también coincidió con una *reducción* en el personal contratado. El Patronato se preocupó cada vez más por colocar a los científicos en instituciones como la Universidad Nacional, el

Politécnico o el Hospital General, mientras que en el caso de los humanistas, se barajó la posibilidad de convertir algunos miembros residentes en becarios. Otros miembros quedaron desligados de la institución, a veces (como en el caso de León Felipe) por decisión propia. Lo curioso es que pese a todos estos cambios, pese a todos los nombres nuevos que entraron y salieron, el núcleo original se mantuvo más o menos intacto. Es decir, en el campo de las humanidades, que seguía contando con la representación más nutrida, destacaban, como en un principio, los nombres de Jesús Bal y Gay, Juan de la Encina, Enrique Díez-Canedo, José Gaos, Ramón Iglesia, José Medina Echavarría, Agustín Millares Carlo, José Moreno Villa, Adolfo Salazar y Joaquín Xirau.

¿Qué conclusión deberíamos sacar de esta preferencia por las humanidades que se expresó en La Casa de España desde su creación misma? En primer lugar, quizá convenga señalar que dicha preferencia tal vez fuese más aparente que real. Si al llegar a México los eminentes científicos españoles se incorporaron, tarde o temprano, a instituciones mexicanas, esto desde luego fue porque allí tenían las condiciones necesarias para retomar sus investigaciones. Pero no conviene olvidar que si pudieron contar, por ejemplo, con un Laboratorio de Estudios Médicos y Biológicos, fue porque la propia Casa de España había intervenido para conseguir una importante subvención de la Fundación Rockefeller que financiara su creación.[5] Y también porque se ofreció a pagar los sueldos de los científicos españoles mientras que durara el recelo de sus colegas mexicanos a admitirlos en sus respectivas instituciones. Pero hecha esta importante reserva, queda la pregunta: ¿qué fue lo que se pretendió con la creación de este centro de investigación en las ciencias sociales y las humanidades?

Seguramente, a la hora de colaborar en la creación de La Casa de España, cada promotor tenía su propia expectativa al

[5] Para más información sobre esta y otras iniciativas destinadas a ayudar a los científicos españoles a incorporarse a la vida académica de México, véase la selección de documentos reunidos por Alberto Enríquez Perea, *Exilio español y ciencia mexicana. Génesis del Instituto de Química y del Laboratorio de Estudios Médicos y Biológicos de la Universidad Nacional Autónoma de México (1939-1945)*, prólogo de Andrés Lira, presentaciones de Francisco Lara Ochoa y Juan Pedro Laclette, México, El Colegio de México-UNAM, 2000.

respecto, y por lo mismo sería sin duda muy arriesgado buscar en esta iniciativa un sólo sentido. Sin embargo, al revisar la breve historia de esta institución es difícil no ver en ella un intento por imitar, consciente o inconscientemente, lo que había sido el Centro de Estudios Históricos en Madrid, tal como dio a entender el anónimo artículo de agosto de 1938 citado al principio del presente trabajo. La propuesta de que esta institución fuera, ya no una casa, sino un centro de estudios, quedó fielmente reflejada, de hecho, en el decreto presidencial del primero de julio de 1938, en el que Lázaro Cárdenas anunció la creación, en efecto, de un "Centro Español de Estudios".[6] El nombre de "La Casa de España en México" tuvo sus defensores, aun cuando, como señalara en su momento Salvador Novo, dicho título parece haber servido entre algunos mexicanos como "el pararrayos de un complejo de inferioridad" nacional. Para evitar que sus compatriotas imaginasen que La Casa de España estuviera "dotada de alcobas, clima artificial y bodega de champaña, y destinada a dar la gran vida a un número misterioso de conspiradores izquierdistas", Novo sugirió que hubiera sido mucho mejor llamarla "Centro de Estudios Superiores".[7] Curiosamente, esta misma nomenclatura fue retomada tiempo después por Alfonso Reyes a la hora de plantear por primera vez la necesidad de un cambio de perfil institucional. Y si bien El Colegio de México terminó por imponerse como nombre de la nueva entidad, no por ello deja de ser significativo el interés de Reyes por ese otro título que tanto le recordaría, sin duda, el lugar donde había trabajado durante sus años madrileños. Y, desde luego, no debería sorprendernos descubrir que una de las primeras medidas tomadas por los directivos del flamante Colegio de México fue la creación en abril de 1941 de su propio Centro de Estudios Históricos. Iniciativa a la que seguiría la creación, en 1943, del Centro de Estudios Sociológicos, y en 1948, del Centro de Estudios Filológicos.

[6] Véase Lida y Matesanz, p. 42.

[7] Artículo recogido en Salvador Novo, *La vida en México durante el período presidencial de Lázaro Cárdenas*, México, Empresas Editoriales, 1972, p. 355. *Apud* Lida y Matesanz, p. 61.

¿Qué fue lo que Reyes tanto valoraba de su experiencia como miembro del Centro de Estudios Históricos? La dedicación a su trabajo que mostraban los investigadores, desde luego. Y el rigor y la excelencia de sus publicaciones. Pero era también algo que resulta más difícil poner en palabras. La idea de que un país podría transformarse mediante el cultivo de valores humanos que iban mucho más allá de la mera adquisición inmediata de tal o cual conocimiento, que suponían en el individuo no sólo la capacidad de contemplar y apreciar el mundo en todas sus formas, sino también el ejercicio diario de la tolerancia y del diálogo, del espíritu crítico y de la amistad. Toda una moral, en fin. Una moral que en última instancia remontaba al ejemplo de don Francisco Giner y de los miembros de la Institución Libre de Enseñanza y que Reyes había presenciado, no sólo en el Centro de Estudios Históricos, sino también en otras instituciones españolas creadas por la Junta para Ampliación de Estudios, como la Residencia de Estudiantes. Por eso quisiera terminar por referirme muy brevemente a la presencia en La Casa de España del sobrino nieto de uno de los fundadores de la Institución Libre de Enseñanza, Francisco Giner de los Ríos Morales.

No es éste un nombre que se suela citar en relación con La Casa de España en México. Y, en efecto, el joven Francisco Giner de los Ríos que llegó a México a los 22 años nunca fue miembro de dicha institución. Sin embargo, entró a trabajar como ayudante de Reyes, ocupándose de las publicaciones de La Casa. Más tarde, ya convertido en oficial mayor de El Colegio de México, fue responsable, entre otras cosas, de sentar las bases de lo que, con el tiempo, sería la Biblioteca Daniel Cosío Villegas. Parece que entre el presidente de La Casa y el joven español se estableció una simpatía profunda e inmediata. En unas notas escritas muchos años después, Giner recuerda cómo, en su primera entrevista,

> Reyes me habló de *su España nuestra*, de lo que había significado en su vida el ejemplo del *abuelo Giner*, de su devoción por todo lo que era Institución y Guadarrama, Residencia de Estudiantes, Cossío y los dos Jiménez, lo que él llamaba juanramonianamente —y era quizá de Alberto [Jiménez Fraud]— la *España posible*,

> que Alfonso tenía a orgullo haber sentido y compartido en su ausencia, obligada primero y luego oficial, de México. Me parece verle detrás de su mesa, en aquel despacho impersonal, que él llenaba de su luminosa, redonda y elástica persona, inteligencia toda los vivos ojos tristes y alegres a un tiempo, como tendidos a hermosura buscada y recogida.[8]

Si los que convivieron en la Residencia, lo mismo que los que trabajaron en el Centro de Estudios Históricos, habían soñado, en efecto, con una España posible, Alfonso Reyes, seguramente soñó con llevar ese mismo ideal a México. Allí en La Casa de España estaban, entre muchos otros, los viejos amigos de siempre, Enrique Díez-Canedo y José Moreno Villa, y allí estaban también algunos jóvenes, tan prometedores, como Francisco Giner. El México de 1940, desde luego, era un mundo muy diferente del Madrid de 1915 o de 1925. Pero esto no era impedimento para que Reyes, ayudado por algunos de sus colaboradores más cercanos, hiciera todo lo posible por instaurar un orden de rigor y de respeto, de armonía y de entendimiento mutuo, de "trabajo gustoso" (para usar la famosa frase acuñada por Juan Ramón Jiménez). Desde esas lejanas fechas, la institución ha cambiado mucho. Pero si se me permite una apreciación personal, diría que, más allá de sus diversos logros académicos, lo que singulariza a El Colegio de México como institución es cuanto todavía resta (y me gustaría pensar que no es poco) de esa antigua aspiración civilizadora que fue transplantada a México gracias a la cordial y dedicada cooperación entre un pequeño grupo de humanistas españoles y mexicanos.

[8] Véase Francisco Giner de los Ríos, *La rama viva y otros poemas. Antología: España 1932-1938. México 1939-1966. Con datos autobiográficos, notas críticas, cartas personales y una bibliografía completa*, Málaga, Litoral, 1987, pp. 20-21.

III.
CIENCIA

MÉDICOS DE LA CASA DE ESPAÑA

ADOLFO MARTÍNEZ PALOMO
Centro de Investigación y de Estudios Avanzados

¿Después de todo, qué, por qué no recordaros,
vosotros que conmigo compartisteis
la lluvia y el espanto?
De vuestra sencillez sabe esta agua,
de vuestra dignidad sabe este árbol.

PEDRO GARFIAS

La ciencia no se da fácilmente en España ni en México. El fenómeno de la incorporación y el desarrollo de los republicanos españoles en el ambiente científico mexicano obedeció a la feliz conjunción de factores políticos, sociales y culturales únicos, aún no suficientemente analizados para el caso de las ciencias médicas. Con el paso de los años, la labor de este grupo singular de profesionales ha adquirido mayor significado en la historia de la medicina mexicana.

Deseo hacer referencia a la contribución de refugiados españoles al desarrollo de las ciencias médicas en México, tomando como ejemplo la obra de los doctores José Torre Blanco, Isaac Costero, Dionisio Nieto y Rafael Méndez, y recordar con sus propias palabras algunas de las impresiones de su inserción al medio académico mexicano. Son éstas las figuras más representativas de la contribución española a la ciencia médica mexicana, por la solidez, la continuidad y los efectos benéficos de sus contribuciones en la obstetricia, la anatomía patológica, la psiquiatría y la farmacología mexicanas. Tuve la fortuna de tratar personalmente a los cuatro, a lo largo de muchos años. De Costero y de

Nieto recibí enseñanzas, estímulo y ejemplo. De Méndez y de Torre Blanco, recibí amistad y consejo.

Nuestros cuatro personajes, como muchos miles de refugiados españoles, encontraron en México un terreno propicio para el desarrollo de sus actividades profesionales. Una generación excepcional de mexicanos liberales, que habían curtido su espíritu en la infancia o en la adolescencia en tiempos de la Revolución, los recibió con los brazos abiertos. Había, entre los españoles que llegaban y los mexicanos que les brindaban la bienvenida, no sólo un lenguaje común, sino también valores y principios afines.

Uno de los protagonistas mexicanos, Manuel Martínez Báez, recordó así aquella época:

> Al triunfar la Revolución, cuando menguaron considerablemente o cesaron sus manifestaciones bélicas, y cuando se organizó una nueva administración pública, comenzaron a sentirse en México algo más que cambios importantes en el orden social o en el de la política; viejas ideas erróneas fueron sustituidas por otras nuevas y con el mito de la excelencia del régimen porfiriano se desvanecieron otros mitos, como el de la enorme riqueza de nuestra patria, el del bienestar general de nuestro pueblo y el del gran adelanto científico de nuestro país. México pudo entonces contemplarse a sí mismo; sin velos ni prejuicios, con los ojos bien abiertos y con la mente lúcida y ello trajo como consecuencia un ávido deseo de saber más de nosotros mismos, de conocernos mejor, que pronto se concretó en el propósito preciso de investigar a fondo y en detalle la verdad de nuestra vida.

Al llegar el grueso de los emigrados republicanos, la ciencia empezaba a despuntar en México: se creaba la Facultad de Ciencias de la Universidad Nacional Autónoma de México y el Instituto Politécnico Nacional. En esos años la medicina sufría un asombroso proceso de renovación, con la introducción de las especialidades médicas en el Hospital General, la reforma de la Facultad de Medicina y la creación del Instituto de Salubridad y de Enfermedades Tropicales, del Instituto de Cardiología, del Hospital de Enfermedades de la Nutrición y del Hospital Infantil.

Los médicos exiliados españoles llegaron a México en el momento más oportuno. A más de medio siglo de distancia, podemos afirmar, como lo ha hecho antes Hugo Aréchiga: "... difícilmente México pudo recibirlos mejor, ni ellos haber entregado más a México".

¿Qué justifica este nuevo recordatorio de la influencia de los emigrados españoles de 1939 en la medicina mexicana? Creo que el tema dista mucho de haber sido agotado. Me parece indispensable, para entender mejor esta moderna versión del "encuentro de dos mundos", realizar en el futuro un estudio comparativo del desarrollo de las ciencias médicas en España y en México durante la primera mitad del siglo. Por otro lado, gran parte de los análisis previos han tenido un enfoque estrictamente médico; faltan las contribuciones a la investigación en salud de disciplinas relacionadas, cultivadas también por exilados republicanos: la antropología (Juan Comas); la psicología (José Peinado, Federico Pascual del Roncal); la biología (Cándido Bolívar, Dionisio Peláez); la química (Francisco Giral, José Ignacio Bolívar); la historia (Germán Somolinos); ellos y otros más han tenido influencia en la medicina mexicana.

Por su importancia para los sistemas de atención a la salud, la contribución de los refugiados españoles a la formación de la industria farmacéutica mexicana debe ser también motivo de revisión; fueron ellos, con mucho, los que sentaron las bases de una industria nacional de medicamentos.

Tampoco ha recibido la atención que merece la labor de los exiliados en la divulgación científica mediante la elaboración, traducción o producción de muchos e importantes libros médicos de texto y de referencia, así como de publicaciones periódicas como *Ciencia*, *Anales del Ateneo Ramón y Cajal*, *Monterrey Médico*, *Acta Médica Hidalguense* y otras dedicadas a temas médicos. Queda también por revisar la obra de los investigadores de la "segunda generación", algunos todavía en plena actividad. Entre ellos recordemos a Ramón Álvarez Buylla, Carlos Méndez y Julio Muñoz en la fisiología; Salvador Armendares en la genética; Santiago Genovés en la antropología; Augusto Fernández-Guardiola en las neurociencias; Vicente Guarner en la cirugía; Sadí de Buen

en la patología ocular; Juan Somolinos en la investigación histórica y Juan Urrusti en la perinatología.

La información escrita sobre la influencia del exilio español en la investigación médica mexicana es rica en extensión y en calidad. El tema ha sido tratado anteriormente, con autoridad, por Somolinos (1965), Cueli (1982), Guarner (1988), Aréchiga (1991) y Fernández Guardiola (1992). Las vidas y las obras de los muchos profesionales españoles que contribuyeron a producir la época dorada de la medicina mexicana han quedado consignadas, si bien... "aún queda mucha tela de donde cortar".

José Torre Blanco, obstetra. Al llegar a México fue pronto contratado como profesor del Instituto Politécnico Nacional y se dedicó, además, a la práctica profesional privada. De su llegada al país que lo acogió y de su paso por La Casa de España dijo:

> Mentiría si dijera que mis primeras semanas en México son de grato recuerdo. La separación de los míos, la incertidumbre sobre mi porvenir no sólo mediato, sino inmediato, la lentitud con que siempre juzga el interesado de los trámites necesarios para resolver los problemas de cada día, el "tantito", el "ahorita", y nunca decir a nada que no, pero el que pasan días y semanas, y que cree uno que nunca llega lo que se espera, confiado en lo que la han prometido, es suficiente para poner a prueba la serenidad de cualquiera y sobre todo, del que llega en las condiciones de "derrota" en todos sentidos, como llegamos. Pero, a posteriori, todo se resolvió satisfactoriamente.
>
> Las gestiones que previamente había hecho aquí Indalecio Prieto ante el general Cárdenas, también fueron para mí decisivas. El caso es que a mediados de junio cobré tres quincenas de La Casa de España (750 pesos) y de ahora en adelante los 250 pesos de cada quincena. Fue entonces cuando vi más claras las cosas y decidí activar las gestiones para que vinieran mi mujer y mis hijos.
>
> Durante mi estancia en La Casa de España hube de realizar algunas labores que me encomendaron para justificar el sueldo que se nos otorgó, y, entre otras, estuve haciendo estudios gi-

necológicos en muchachitas menores, asiladas en distintos establecimientos de México.

Pensé que, por muchos motivos, mi deber era que ya que conseguía un puesto docente definitivo (en el Instituto Politécnico Nacional), mi obligación moral era dejar mi puesto en La Casa de España en beneficio de otro; pero, además, estaba seguro (tenía mis razones, porque sin buscarlo me estaban llevando ya clientes) de que el ejercicio profesional podía ofrecerme buenas perspectivas. Hablé con don Alfonso Reyes y con el profesor Daniel Cosío Villegas, y les pareció bien mi actitud.

El doctor José Torre Blanco estimó a tal grado su relación con el Instituto Politécnico Nacional, que decidió obtener el título de médico cirujano, por segunda vez, en la Escuela de Medicina del Instituto, después de 35 años de haberlo hecho en Madrid. Dedicó su segunda tesis profesional al general Cárdenas y escribió en ella:

Es preciso haber tenido que llegar a México en las condiciones de derrota física y moral en que llegamos los republicanos españoles, para valorar en su verdadera magnitud lo que México representa para nosotros. Gracias a México salimos de la situación de "parias" para recobrar la dignidad de ciudadanos de un país libre y acogedor, que incluso nos brindó carta de naturalización, con la que recobramos la patria perdida. No renegaré nunca de mi calidad de español, pero no a pesar de esto, sino precisamente por ello, me siento íntegramente mexicano.

Quiero recordar también, que a poco de llegar a México hubo alguna campaña en contra nuestra... pero la cosa no tuvo mayor importancia, ni se la dimos nunca, pues no pasaba de ser un hecho explicable y no nuevo. No sólo recuerdo cuando se trata de profesionales extranjeros, sino que recuerdo que en España he visto recibir de uñas, en una provincia, la llegada de algún médico de otra región española y hacerle la misma campaña. La campaña en contra nuestra aquí en México, que incluso trascendió a la prensa, fue como un relámpago que pasó rapidísimamente sin dejar huella, y no sólo eso, sino que, desde el

principio de nuestra estancia aquí, nuestros compañeros médicos, mexicanos en general, nos acogieron sin la menor suspicacia y, en muchos casos, hasta fraternalmente.

★ ★ ★

Los tres científicos españoles que comentamos a continuación, Costero, Méndez y Nieto, como muchos otros intelectuales republicanos, tuvieron como antecedente común haberse dedicado a la investigación científica gracias a la ayuda que recibieron de la Junta para Ampliación de Estudios. A la Junta debió Costero su preparación y su laboratorio en la Universidad de Valladolid. La Junta patrocinó la estancia de doce años de Méndez en la Residencia de Estudiantes de Madrid. Fue la Junta, también, quien envió a Nieto a Alemania para especializarse en psiquiatría.

ISAAC COSTERO, anatomopatólogo. Trabajó en el laboratorio de la Residencia de Estudiantes y en el Instituto Nacional del Cáncer; posteriormente obtuvo por oposiciones la cátedra de anatomía patológica de la Universidad de Valladolid. Fue uno de los doce primeros miembros residentes de La Casa de España en México y unos de los pocos residentes "especiales", por contar con autorización para colaborar con otras instituciones, en particular el Hospital General de México.

Para el doctor Francisco Giral, el más conocido de los químicos españoles refugiados en México, su amigo Isaac Costero fue "sin duda, el científico exiliado de más categoría, el que ha producido mayor obra original de calidad, el que ha formado verdadera escuela con mayor número de alumnos distinguidos y cuya obra ha tenido la máxima trascendencia en México".

Mi relación personal con don Isaac Costero se inició en los primeros años del Instituto Nacional de Cardiología, que también fueron los primeros míos. Siendo niños desarrollábamos en el Instituto, los fines de semana, incansables, ruidosos e imaginativos juegos y cometíamos no pocas tropelías con el impulso entusiasta y decidido de los hijos menores de Costero, Rafael y Mari Carmen, hoy destacados y respetados profesionales.

Las nunca cumplidas amenazas de castigo por parte de Costero, a quien llegábamos a perturbar su obligada siesta, permitían a nuestra mente infantil adivinar un aspecto esencial del maestro, que pudimos aquilatar en su verdadera magnitud al correr de los años: su natural bondad. Más tarde, conviví por más de un lustro con él y tuve el privilegio de poder colaborar en algunas de sus últimas producciones científicas.

Fue en la España previa al desencadenamiento de su gran convulsión interna y en el México de la posguerra donde la tenacidad y la inteligencia de Costero fincaron las bases de su producción científica. Terrenos ambos poco propicios, ahora y en aquel entonces, para la actividad científica creadora.

Sus primeros escarceos en el laboratorio clínico de los hermanos Muniesa en Zaragoza, le despertaron el interés por la histología y la fisiología. Pero fue en el laboratorio de Histología Normal y Patológica de la Residencia de Estudiantes, perteneciente a la Junta para Ampliación de Estudios en Madrid, donde afinó su vocación al lado de don Pío del Río Hortega, al que, con razón, llamó "mi principal fuente de aprendizaje".

Durante sus primeros años de investigador, su relación con la impar figura de don Santiago Ramón y Cajal fue indirecta, por medio de las enseñanzas de Del Río Hortega, quien a su vez trabajó con el más brillante discípulo de Cajal, Nicolás Achúcarro, muerto prematuramente. A cambio de la lejanía en el trato con el gran maestro, Costero convivió estrechamente nada menos que con dos candidatos frustrados al Premio Nobel de fisiología y medicina: Del Río Hortega, quien merecía ese honor por el descubrimiento de la microglía, elemento del sistema nervioso caracterizado por él y Fernando de Castro, quien hubiera debido compartir en 1938 el Premio Nobel con el belga Heymans por sus estudios sobre el cuerpo carotídeo de los mamíferos, estudios que continuaría con ahínco el propio Costero.

Tuvo así don Isaac la fortuna de compartir labor y experiencia con algunos de los pocos científicos de talla internacional del país en el que, según decía fray Jerónimo Feijóo, en el siglo XVIII: "Acá ni hombres ni mujeres quieren otra geometría que la que ha menester el sastre para tomar bien la medida".

Catedrático de anatomía patológica de la Universidad de Valladolid a los 27 años, Costero se vio obligado, al estallar la Guerra Civil española, a pasar a Francia después de que un providencial curso de verano en Santander lo salvó de ser aprehendido por las fuerzas alzadas contra el régimen legítimo. Durante su estancia en París, donde recibió la protección del profesor Clovis Vincent, en la Clínica de Neurocirugía del Hospital de la Piedad, fue invitado simultáneamente a incorporarse al Instituto Neurológico de Montreal, por el doctor Wilder Penfield, y a integrarse al Instituto de Cardiología de México, por el doctor Ignacio Chávez. Por fortuna para nosotros, decidió venir a México.

A partir de 1937 el doctor Isaac Costero inició en México una larga tarea en el Instituto Nacional de Cardiología. Analizó las bases fisiopatológicas del infarto del miocardio y de la arteriosclerosis. Estudió minuciosamente las lesiones cerebrales y cardiacas de la fiebre reumática y las alteraciones presentes en la miocarditis. Buscó afanosamente las bases histoquímicas de la hipertensión arterial sistemática y realizó su espléndida, generosa y fructífera labor de difusión y enseñanza de la anatomía patológica en México y en América Latina en general.

La variedad de temas de investigación que interesaron a Costero no eran reflejo de veleidad o inconstancia, sino resultado natural de su curiosidad científica y vastos conocimientos. La originalidad y el mérito de su enfoque personal radicó en emplear en toda investigación el concepto de la histofisiología. La interpretación de estructuras normales o neoplásicas del sistema cromafín o de la zona reflexogénica carotidea se basaron en el riguroso análisis de las imágenes obtenidas con variedad de técnicas, entre las que dominaban las de impregnación argéntica, siempre con el genuino interés de ahondar en el significado funcional reflejado estáticamente en sus preparaciones histológicas. Su deseo de progreso le estimuló a fomentar la creación de nuevos laboratorios con técnicas que ofrecen valioso concurso a las investigaciones en la patología experimental: la cinemicrofotografía, la histoquímica, el cultivo de tejidos y la microscopía electrónica.

Las reglas fundamentales del trabajo de investigación de don Isaac fueron la meticulosidad y la profundidad. Desde el análisis

pormenorizado de los antecedentes bibliográficos hasta la elaboración del manuscrito final, el orden, la disciplina y la constancia normaron su labor. Al investigar, Costero ilustraba otro de los afortunados pensamientos de Cajal: "Cuando un aragonés se decide a tener paciencia... ¡que le echen alemanes!"

Convencía a los escépticos y entusiasmaba a los tibios con el calor contagioso de su palabra y la ayuda eficaz de su extensa y metódicamente dispuesta colección de preparaciones histológicas, especímenes y diapositivas.

Interesado solamente, como siempre estuvo, en el avance de sus investigaciones y en la difusión de sus resultados, su sencillez y natural modestia le hacían dar más atención a la obra que al autor. Así, contribuciones fundamentales de Costero, como el concepto de nomicoplasia, según el cual, tanto en condiciones normales como patológicas, las células del tejido conjuntivo pueden mostrar tendencia hacia la simplificación estructural y funcional convirtiéndose en fibroblastos, ha pasado a la patología internacional en forma casi anónima. Esto pude constatarlo personalmente al recibir lecciones de patología en Canadá y oír, de boca de uno de mis maestros sajones, explicación detallada del concepto de nomicoplasia, sin que tuviera idea alguna dicho profesor del origen de la teoría en cuestión.

Costero enfrentó la indiferencia con buen humor y decisión. Venció con tenacidad y elegancia los obstáculos que se oponían a su formidable tarea docente y de investigación. La injusticia hirió más de una vez su fina sensibilidad, pero no llegó a modificar su natural afabilidad. La circunstancia mexicana de Costero se vio favorecida desde su inicio por la ayuda e impulso que le brindó un mexicano ejemplar, el doctor Ignacio Chávez, quien durante su infatigable labor como promotor de la ciencia dijo: "Estudia cuanto puedas, enseña cuanto sepas; no olvides que el que guarda avaramente su ciencia corre el riesgo de que se le pudran injustamente la ciencia y el alma". Pocos de los que recibieron directamente el benéfico impulso de Chávez compartieron tan generosamente su ciencia como Costero y en pocos como en él florecieron juntamente y con igual vigor ciencia y alma.

Costero fue discreto en su biografía titulada *Crónica de una vocación científica* al referirse a sus colegas mexicanos. Hizo, sin embargo dos excepciones. La primera, el doctor Ignacio Chávez:

> Debo decir que sin él como Director del Instituto de Cardiología mis actividades allí hubieran sido muy diferentes. Cuantas veces —pocas pero decisivas— se planteó —directa o indirectamente— la cuestión del fundamento científico de nuestros vehementes esfuerzos en el laboratorio, unas pocas palabras suyas, siempre justas, precisas, decisivas, bastaron para conseguir la indulgencia general.

La segunda excepción fue comentar sobre el doctor Manuel Martínez Báez:

> A él debo tanto, que no sabría cómo resumirlo. Baste decir que siendo la persona escogida por el Dr. Chávez para dirigir el laboratorio de Histopatología en el Instituto de Cardiología, fue el primero en apoyar la propuesta del Dr. Perrín a mi favor, cuando yo estaba en París ignorante todavía de lo que sucedía en México a favor de los españoles exiliados.

El honesto esfuerzo de sus discípulos por crear y compartir será el mejor homenaje a quien, con su vida, logró fecundar la tierra fértil de su país de adopción con la simiente del pensamiento científico español y crear en México nuevas verdades en el conocimiento de los padecimientos que afligen al hombre.

La obra de Costero, como la de sus otros colegas aquí recordados, sigue estando vigente y al alcance de todo aquel que desee consultar en internet sus artículos científicos más citados. A fines del año 2008, de la nutrida lista de publicaciones realizadas por don Isaac, la más citada fue:

Costero, I. y C.M. Pomerat. "Cultivation of neurons from the adult human cerebral and cerebellar cortex", *American Journal of Anatomy*, 89 (1951), pp. 405-417.

Isaac Costero

José Torre Blanco

Dionisio Nieto

Rafael Méndez

DIONISIO NIETO, psiquiatra. Era investigador del Instituto Cajal, en la Unidad de Investigaciones Psiquiátricas, que trabajaba en relación estrecha con la Clínica Psiquiátrica del Hospital General, en donde fue nombrado médico adjunto y profesor de la clínica. Tanto la unidad como la clínica habían sido fundadas por Nicolás Achúcarro y luego por don Pío del Río Hortega.

También se incorporó a su llegada a México a La Casa de España y por cuenta de ella trabajó en el Manicomio de La Castañeda. En su caso se llegó al acuerdo de que La Casa le pagara su sueldo durante seis meses; posteriormente la Secretaría de Asistencia Social se comprometió a incorporarlo a su nómina. Tanto Costero como Nieto formaron parte del laboratorio de fisiología, que estableció en México La Casa de España, con la colaboración de la Universidad Nacional y de la Fundación Rockefeller. En alguno de sus escritos Nieto comentó así su llegada a México:

> Ya comenzada la II Guerra Mundial, en diciembre de 1939 conseguí pasaje en un barco que llegaba hasta Santo Domingo. Allí estuve tres meses esperando que arreglaran los documentos para entrar a México. Y cuando eso sucedió, me trasladé a México.
>
> Contrariamente a lo que se podía pensar, el panorama de la ciencia en México no era desolador. Ya había en el campo de la medicina unos cuantos grupos de investigadores. Gracias a los colegas mexicanos, doctores Ignacio Chávez y Manuel Martínez Báez, quienes nos facilitaron la actividad médica y el desarrollo profesional en el exilio; ellos nos acogieron y nos ayudaron de manera incondicional. Algo realmente extraordinario.
>
> La Fundación Rockefeller nos concedió un donativo de 250 mil dólares para que [se] creara aquí un centro similar al Instituto Cajal de Madrid. Pusimos manos a la obra de inmediato, o sea, comenzamos a proyectar todo lo concerniente a la instalación de ese centro, que finalmente se ubicó en la antigua Escuela de Odontología. A fuerza de entusiasmo se habilitó un piso, se reconstruyó y comenzamos a trabajar a mediados del año 1941. Sólo hacía poco más de un año que yo había llegado a México. Esta fue la primera institución del país que se dedicó al estudio de la neurología y la psiquiatría.

El doctor Nieto desarrolló su labor de investigación en una época en la que su punto de vista sobre las bases biológicas de la enfermedades mentales era visto con suspicacia, cuando no con franca enemistad. Fueron particularmente visionarios sus trabajos sobre las alteraciones microscópicas del cerebro humano en la esquizofrenia. En el año 2009, el artículo científico más citado del doctor Nieto era:

Rosas N., Sotelo J. y D. Nieto, "ELISA in the diagnosis of neurocysticercosis", *Archives of Neurology*, 43 (1986), pp. 353-356.

RAFAEL MÉNDEZ, farmacólogo. Becario de la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas convivió en la Residencia de Estudiantes con García Lorca, Dalí, Moreno Villa, Buñuel y otros. El doctor Severo Ochoa fue su compañero de habitación. En 1935 ganó por oposición la cátedra de farmacología de la Facultad de Medicina de Sevilla y fue profesor de la misma especialidad en la Facultad de Medicina de la Universidad de Madrid. Colaboró estrechamente durante la Guerra Civil con su maestro Juan Negrín y ocupó los cargos de director general de Carabineros y de subsecretario de Gobernación.

El doctor Rafael Méndez no tuvo relación directa con La Casa de España, pues se integró a México varios años después, en 1946; sin embargo, su extraordinaria labor como investigador y maestro la realizó siempre cerca de sus colegas médicos españoles refugiados en México, en particular Isaac Costero, de quien fue vecino durante varias décadas en la residencia de investigadores del Instituto Nacional de Cardiología de México.

Don Rafael describió así su relación con el país que le dio abrigo:

> Desde que llegué a México me vi arropado cariñosamente por mis nuevos amigos mexicanos. A todos ellos les debo atenciones exquisitas e inolvidables. Cuando se abandona por la fuerza, no por decisión propia, y en circunstancias dramáticas, la tierra que le dio a uno el ser, se produce un vacío en el espíritu que es difícil de llenar, que la tristeza le hace a uno pensar que nunca se podrá satisfacer. Esto le ocurre a todos los desterrados sensi-

> bles. Pero en el correr del tiempo y por las favorables circunstancias con que se nos ha halagado a los desterrados españoles en México, se estructura un nuevo modo de reacción, se adquiere agudeza para la adaptación, surgen nuevos horizontes, se crean nuevos afectos y van mutando insensiblemente el carácter del hombre y el talante de su alma... Formamos parte de México en todos sus avatares, en sus penas y en sus alegrías, en sus gracias y en sus infortunios.

El artículo más citado recientemente, de los muchos publicados por el doctor Méndez, es:

Erlij, D. y R. Méndez, "The modification of digitalis intoxication by excluding adrenergic influences on the heart", *Journal of Pharmacology and Experimental Therapeutics*, 144 (1964), pp. 97-103.

★ ★ ★

Muchos hemos sido los mexicanos que tuvimos el privilegio de recibir las enseñanzas y el ejemplo de maestros republicanos exiliados: yo fui alumno de ellos en el Colegio Madrid, en la Facultad de Medicina, en el Hospital Español y en mi actividad como investigador. Pocos, muy pocos, de mis profesores españoles regresaron a España. De todos ellos guardo el mejor de los recuerdos: un código de valores en los que están incluidas la honestidad, la lealtad, la moderación, el decoro, la tolerancia, la conciencia inquebrantable del deber y la concordancia exacta entre los ideales y la forma de vida.

Referencias

ARÉCHIGA, Hugo, "La biomedicina", en *Cincuenta años del exilio español en la UNAM*, México, UNAM, 1991, pp. 135-140.

CASTILLEJO, José, *Guerra de ideas en España. Filosofía, política y educación*, Madrid, Revista de Occidente, 1976.

CHÁVEZ, Ignacio, "México en la cultura médica", en *México y la Cultura*, México, Secretaría de Educación Pública, 1946.

——, Comentario al trabajo "Veinticinco años de medicina española en México", *Gaceta Médica de México*, 95 (1965), pp. 658-660.

COSTERO, Isaac, *Crónica de una vocación científica*, México, Editores Asociados, 1977.

CUELI, José, "Ciencias médicas y biológicas", en *El Exilio Español en México 1939-1982*. México, Fondo de Cultura Económica, 1982, pp. 495-528.

DE GORTARI, Eli, *La ciencia en la historia de México*, México, Grijalvo, 1980.

FERNÁNDEZ GUARDIOLA, Augusto, "El exilio español y las investigaciones biomédicas en Iberoamérica", en *El destierro español en América. Un trasvase cultural*, Madrid, Instituto de Cooperación Iberoamericana, 1992.

GUARNER, Vicente, "La inmigración de médicos españoles de 1989 y la medicina en México", *Cuadernos Americanos*, Nueva Época, núm. 7 (1988), pp. 16-28.

MARTÍNEZ BÁEZ, Manuel, "La biología médica en México", *Revista de la Sociedad Mexicana de Historia Natural*, 22 (1961), pp. 185-215.

MARTÍNEZ PALOMO, Adolfo, "Médicos", en A. Bolívar Goyanes (coord.), *Científicos y humanistas del exilio español en México*, México, Academia Mexicana de Ciencias, 2006, pp.127-141.

——, "Cárdenas, la ciencia y el exilio español en México", *Letras Libres* (edición España), 61 (2006), pp. 26-33.

MÉNDEZ, Rafael, *Caminos inversos. Vivencias de ciencia y guerra*. México, Fondo de Cultura Económica, 1987.

NIETO, A., *La obra científica de Dionisio Nieto*. México, UNAM, 1990.

SOMOLINOS D'ARDOIS, Germán, "Veinticinco años de medicina española en México", *Gaceta Médica de México*, 95 (1965), pp. 647-657.

LOS BOLÍVAR, UNA NUEVA VIDA EN MÉXICO

ALBERTO GOMIS
Universidad de Alcalá de Henares

El presente relato no arranca en México, sino en un pequeño pueblo francés, Vernet-les-Bains, situado sobre una montaña a 650 metros de altitud en el departamento de los Pirineos Orientales, donde va a tener lugar el reencuentro de la familia Bolívar Goyanes al final de la Guerra Civil. En esa localidad del sur de Francia, donde se habían trasladado por motivos de seguridad, llevaban ya algún tiempo los siguientes miembros de la familia:

• Ignacio Bolívar que, a sus ochenta y ocho años de edad, había sido durante casi cinco décadas catedrático de Articulados en la Universidad de Madrid, director del Museo Nacional de Ciencias Naturales y presidente de la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas tras la muerte de Cajal. Además, era reconocido internacionalmente como una de las primeras autoridades en insectos y, tal vez, la primera en ortópteros.[1]

• La nuera de Ignacio Bolívar, Amelia Goyanes Echegoyen, con 34 años, mujer de su hijo Cándido,[2] e hija del afamado cirujano José Goyanes.

• Los cuatro hijos del matrimonio de Amelia y Cándido, y por tanto nietos de Ignacio Bolívar: José Ignacio, el mayor, nacido en 1924, había cumplido los 14 años en 1938; Amelia, que contaba 13 años; María Luisa, de 11, y Ana María, de 9 años.

[1] Alberto Gomis, "Ignacio Bolívar", *El Ateneo. Revista científica, literaria y artística*, cuarta época, XI (2002), pp. 15-24.

[2] Cándido Bolívar Pieltaín y Amelia Goyanes Echegoyen se casaron el 2 de enero de 1924.

Cándido Bolívar, en función de su cargo, secretario general de la Presidencia de la República, había permanecido fielmente al lado de Manuel Azaña durante toda la contienda. Fue en los primeros meses de 1939, al producirse la definitiva evacuación de las autoridades republicanas a Francia, cuando pudo reunirse con su familia en Vernet-les-Bains. Cumplía, por aquellos días, 42 años. A partir de ese momento, inicia gestiones para encontrar una nueva ubicación profesional fuera de España y para un tiempo indeterminado. A la vez que interesarse por la situación de su familia, lo hace —también— por Dionisio Peláez, un joven colaborador suyo que había terminado la licenciatura en Ciencias Naturales justo antes de empezar la guerra y que, durante ésta, había combatido en el Ejército republicano. Cándido había localizado a Peláez refugiado en el hospital del Convento Saint Louis en el sur de Francia, luego de haber pasado por uno de los campos de concentración donde se recluía a los republicanos que salían de España.

La primera oferta de trabajo les llega desde Turquía, para trabajar —ambos— como docentes en Estambul y Ankara, con el único compromiso de que, pasados dos años, deberían impartir las clases en turco y, hasta ese momento, en inglés.[3]

Muy pronto, sin embargo, le iba a llegar a Cándido Bolívar la invitación de México, y más concretamente de La Casa de España, para que se incorporara al Departamento de Salubridad Pública, para colaborar en las investigaciones asociadas a la lucha de las enfermedades parasitarias transmitidas por insectos, como el paludismo y la oncocercosis. Por algún medio, tal vez porque lo enviara el propio Cándido, su currículum había llegado a La Casa de España, la institución creada para canalizar la incorporación de profesores, científicos e intelectuales que tuvieron que abandonar España durante la Guerra Civil y tras la derrota republicana,[4] y cuyo 70 aniversario estamos celebrando. Dicho currículum era magnífico:

[3] Santos Casado y Alberto Gomis, "Cándido Bolívar (1897-1976). Avance para una biografía pendiente", *Boletín Institución Libre de Enseñanza* (Madrid), 2ª época, 31 (1998), pp. 51-67. Véanse pp. 59-60.

[4] *Ibid.*, p. 60.

Doctor en Ciencias por la Universidad de Madrid.

Conservador del Museo Nacional de Ciencias Naturales, de Madrid.

Catedrático de Zoología especial, 2° curso (Entomología) de la Universidad de Madrid.

Jefe de la Sección de Entomología del Museo Nacional de Ciencias Naturales de Madrid.

Consejero del C. Nacional de Cultura y vicepresidente del mismo.

Vocal de la Comisión Internacional de Nomenclatura Zoológica.

Representante de España en los Congresos Entomológicos de Zurich, Ithaca y París.

Secretario del VI Congreso Internacional de Entomología, Madrid.

Secretario general de la *Revista Española de Entomología*, Madrid.

Vocal de la Comisión Internacional de Congresos de Entomología.

Secretario primero de la Sociedad Española de Historia Natural, Madrid

Vocal del Consejo de Administración del Patrimonio Nacional.

Subsecretario de Instrucción Pública y Bellas Artes.

Vocal de la Junta de Parques Nacionales.

Vocal del patronato de la Universidad Autónoma de Barcelona.

Secretario General de la Presidencia de la República.

Representante de España en los Congresos Internacionales de Zoología de Budapest y Padua.[5]

A continuación de la enumeración de cargos y comisiones incluía un listado de trabajos publicados entre 1917 y 1935 en revistas de Madrid, El Cairo, París y Londres.

[5] Véase Martí Soler Vinyes, *La casa del éxodo. Los exiliados y su obra en La Casa de España y El Colegio de México*, México, El Colegio de México, 1999, p. 14.

La intermediación de La Casa de España con Cándido Bolívar, la llevó a cabo, en un primer momento, el secretario de la misma, Daniel Cosío Villegas, quien anuncia a Cándido, en telegrama fechado el 19 de abril de 1939: "Departamento Salubridad ofrecerle puesto investigador onchocercosis", también le asegura una retribución de 550 pesos mensuales. En la respuesta de Cándido, del día 24, el científico transmite algunas preocupaciones que tienen que ver, fundamentalmente, con el traslado de su familia que, según señala, estaba formada por su mujer, sus cuatro hijos y otros tres familiares, entre los que se incluía su padre. Aunque también se preocupa por Peláez, sobre el que interroga: ¿No sería posible ofrecer al señor Peláez un puesto de ayudante o auxiliar?

La contestación de La Casa de España, con fecha 16 de mayo, le llega del presidente de la misma, Alfonso Reyes, quien le transmite la aceptación del Departamento de Salubridad de incorporar a Peláez como su ayudante en dicho Departamento, así como la disposición de La Casa de España a facilitar el importe de los pasajes de su mujer e hijos y solucionar la recepción de su padre, a quien La Casa de España reconocería como decano y referencia de los científicos exiliados.[6]

Al emprender el viaje al país mexicano, Ignacio Bolívar es consciente de que, por su avanzada edad, sería difícil que regresara a su patria y de ahí que expresara a sus allegados el conocido: "Voy a morir con dignidad".[7] El 26 de julio de 1939, a bordo del vapor *Monterrey*, llega la familia Bolívar al puerto mexicano de Veracruz. Les acompaña Dionisio Peláez.

Poco después se instalaban en la ciudad de México, en el número 56 de la plaza de Río de Janeiro, en donde se formó una pequeña comunidad de familias de refugiados españoles, que ocuparon diferentes viviendas del inmueble. El matrimonio Cándido Bolívar-Amelia Goyanes vería aumentar el número de miembros de la familia en tierras mexicanas con el nacimiento de sus hijos

[6] Santos Casado y Alberto Gomis, art. cit., p. 60.

[7] El primero que me refirió este hecho fue el profesor Fernando Galán Gutiérrez (1909-1999). Véase Alberto Gomis, "Apéndice", en *Ignacio Bolívar y las Ciencias Naturales en España*, presentación y apéndice de Alberto Gomis Blanco, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1988, pp. 183-205. Véase especialmente p. 196.

Simón y Antonio. Todos los miembros de la familia, cada uno de acuerdo con su edad, se esfuerzan por integrarse al país que tan generosamente los ha acogido, al tiempo que, con los primeros matrimonios de los hijos mayores, la familia sigue incrementándose por el lado mexicano, hasta el punto de que todos los hijos se instalan definitivamente en México.

Repasaré a continuación, aunque sea brevemente, la labor desempeñada por cuatro miembros de la familia Bolívar en México, cada uno perteneciente a una generación distinta.

Ignacio Bolívar recibió pruebas inequívocas de la alta estima que se le tenía en todo el continente americano, como fueron el que la Sociedad Mexicana de Historia Natural le nombrara socio honorario y la Universidad Nacional de México profesor honorario y doctor *honoris causa*. Al cumplir, en 1940, los noventa años de edad recibió numerosas felicitaciones, entre las que no faltó la de La Casa de España, que él agradece, al cabo de unos días, lamentando no poder haberlo hecho antes por encontrarse enfermo.[8]

Sin embargo, ni lo avanzado de su edad, ni la ceguera que apenas le permitía distinguir las teclas de la máquina de escribir (su nieta María Luisa me comentó cómo hubo de colocarle unas letras de mayor tamaño sobre el teclado), fueron obstáculos para que en México prosiguiera sus trabajos científicos y, además, se comprometiera con el conjunto de exiliados españoles. Una prueba de esto último es su presencia, el 23 de diciembre de 1939, en la presidencia del almuerzo que se ofreció a Luis I. Rodríguez, con ocasión de su nombramiento como ministro de México en París y en el que, ante una nutrida presencia de diputados de la España republicana, Indalecio Prieto se refirió a Ignacio Bolívar como "la ciencia que se desborda de la Universidad, buscando más anchos cauces en plena naturaleza".[9]

Además, Ignacio Bolívar se implicó en la Unión de Profesores Universitarios Españoles en el Extranjero (UPUEE), de la que

[8] Véase Soler Vinyes, p. 60.

[9] Véase *Misión de Luis I. Rodríguez en Francia: la protección de los refugiados españoles, julio a diciembre de 1940*, prólogos de Rafael Segovia y Fernando Serrano, México, El Colegio de México-Secretaría de Relaciones Exteriores-Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, 2000, p. 74.

era presidente de la sección en México, la más numerosa y activa. En la presentación del *Boletín Informativo* que la sección publicó en agosto de 1943 señalaba cómo

> los universitarios españoles que hemos soportado, como simples ciudadanos, las amarguras de la emigración, comunes a todos los compatriotas desterrados, hemos sufrido, además, el inmenso dolor de abandonar nuestros centros y nuestros medios de trabajo, en la mayoría de los casos sin la esperanza de recuperarlos jamás.[10]

En efecto, en México y en torno a Bolívar se reunieron los más prestigiosos científicos de habla hispana del continente americano con el objeto de publicar una revista hispanoamericana donde tuvieran cabida trabajos de todas las disciplinas científicas. La nueva revista tomó el nombre de *Ciencia. Revista Hispanoamericana de Ciencias Puras y Aplicadas*, apareciendo su primer número con fecha 1 de marzo de 1940 y acreditándose muy rápidamente. En la presentación del primer número, el propio Ignacio Bolívar señalaba que la finalidad primordial de la revista era difundir el conocimiento de las ciencias físico-naturales y sus múltiples aplicaciones, "por considerarlas como una de las principales bases de la cultura pública".[11] Como integrantes de la redacción aparecían, en ese primer número, Cándido Bolívar Pieltaín, Isaac Costero y Francisco Giral. En el Consejo de Redacción figuraban un total de 88 investigadores, fundamentalmente exiliados españoles en países americanos, junto con investigadores nacidos en esos países. No obstante, también figuraban cuatro científicos exiliados en Francia, Blas Cabrera, Manuel Martínez Risco, Enrique Moles y A. Quintanilla, y uno en Inglaterra, Arturo Duperier, además del portugués Antonio de Barros Machado.

[10] Francisco Giral, *Ciencia española en el exilio (1939-1989). El exilio de los científicos españoles*, Barcelona, Anthropos-Centro de Investigaciones y Estudios Republicanos, 1994. Dentro del muy documentado libro del profesor Giral sobre el exilio, que él vivió en primera persona, el capítulo segundo lo dedica, precisamente, a comentar cómo se organizaron los profesores universitarios. Véanse pp. 21-25. La cita figura en la p. 22.

[11] Ignacio Bolívar, "Presentación", *Ciencia* (México), vol. I, núm. 1 (1 de marzo de 1940), p. 1.

En la presentación de los volúmenes III (1942), IV (1943) y V (1944) de *Ciencia*, Bolívar se dirige al lector dando cuenta de los trabajos aparecidos y de los apoyos recibidos que hacían posible la publicación. Precisamente en el último párrafo de la presentación del volumen quinto, que aparece fechado el 20 de junio de 1944, expresa el bello deseo de paz mundial y cooperación científica que reproducimos a continuación:

> Expresamos nuestra firme esperanza de que al redactar las líneas de presentación del próximo volumen de *Ciencia* la guerra brutal que destroza a la Humanidad haya terminado, y puedan los pueblos oprimidos recobrar su libertad, y los científicos de todas las naciones, que en la mayor parte de los casos son completamente ajenos a las causas determinantes de la contienda, comiencen a estimarse de nuevo y cooperen en la reconstrucción del Mundo.[12]

Luego del fallecimiento de Ignacio Bolívar, ocurrido el 19 de noviembre de 1944, el físico Blas Cabrera, que llevaba en México desde 1942, fue nombrado director de la revista. En el Consejo de Redacción, Bibiano F. Osorio Tafall sustituye a Costero. Dos años más tarde, al producirse el fallecimiento de Cabrera, Cándido Bolívar pasa a ser el director, sustituyéndolo Honorato de Castro en la redacción.

Cándido Bolívar, del que pasamos a ocuparnos ahora, fue sin duda "el incansable animador de *Ciencia*".[13] Por ello, no debe sorprender el que al alcanzar la revista el volumen veinticinco otros colectivos les dedicaran, tanto a la revista como a él, merecidos homenajes. Sus hijos, fundamentalmente Antonio y María Luisa, por tanto nietos de Ignacio Bolívar, me han comentado muchas veces cómo en casa todos ayudaban a corregir pruebas de la revista y hacían entre todos las tareas de la secretaría de la misma. Antonio Bolívar Goyanes, con quien tuve la fortuna de

[12] Ignacio Bolívar, "Presentación", *Ciencia* (México), vol. V (1944), p. 2.

[13] Así lo califica Enrique Beltrán en su trabajo "La revista *Ciencia* en su jubileo de plata", *Revista de la Sociedad Mexicana de Historia Natural* (México), 29 (1968), pp. 301-305. La cita en la p. 301.

compartir mesa en este mismo foro el 29 de mayo de 1998, con ocasión de la sesión que se dedicó a su padre,[14] se ha convertido en uno de los más calificados profesionales de la edición en México. No hace muchos años la familia Bolívar donó una colección completa de la revista *Ciencia* a la Residencia de Estudiantes.

Después de dejar instalada a su familia, Cándido Bolívar se desplazó al sur del país, a las montañas y selvas del estado de Chiapas, donde se encontraban las regiones más afectadas por la oncocercosis. Allí pasó seis meses y aprovechó la circunstancia para comenzar las recolecciones entomológicas en suelo mexicano.

Más tarde se incorporó al Instituto de Salubridad y Enfermedades Tropicales en la ciudad de México, y de allí pasó, en 1941, a la Escuela Nacional de Ciencias Biológicas del Instituto Politécnico Nacional, donde fue profesor de Entomología, adscrito al Departamento de Biología, y donde desempeñó una vasta labor. En el Politécnico llegó a dirigir el Laboratorio de Entomología General y la revista *Anales de la Escuela Nacional de Ciencias Biológicas* entre 1943 y 1956.

Durante los dos primeros años de estancia en México, y como miembro de La Casa de España, colaboró en los cursillos que La Casa organizaba con profesores españoles en diversas universidades del país. Hasta 1956 fue, además, profesor de paleontología en la Escuela Normal Superior de la ciudad de México, y también profesor de zoología tanto en la Academia Hispano-Mexicana como en el Colegio Luis Vives.[15]

Su discípulo Jerzy Rzedowski ha señalado cómo "El desbordante entusiasmo, el incasable interés por explorar y descubrir la diversidad de la naturaleza, la devoción al trabajo de campo, son algunos de los rasgos de la personalidad de Cándido Bolívar, que el maestro supo transmitir a numerosas generaciones de discípulos".[16]

[14] La mesa redonda llevó por título "Cándido Bolívar (1897-1976) y la ciencia del exilio". Intervinieron en ella Antonio Bolívar Goyanes, Alberto Gomis y Jerzy Rzedowski (Residencia de Estudiantes, 29 de mayo de 1998).

[15] Jerzy Rzedowski, "Biografía. Cándido Bolívar y Pieltain" *Anales de la Escuela Nacional de Ciencias Biológicas*, núm. 17 (1970), pp. V-XII. Véase p. VII.

[16] *Ibid.*, p. VIII.

José Ignacio Bolívar Goyanes, el mayor de los hijos de Cándido, llegó a México con apenas 15 años. Cursó estudios universitarios de química en la UNAM, titulándose en 1946. Siguió estudios de especialización en química de las proteínas y electroforesis en la Facultad de Medicina de la Universidad de Harvard, donde obtuvo el diploma en 1947, y también se especializó en físicoquímica biológica en Boston.[17]

José Ignacio Bolívar ejerció una notable carrera científica, fundamentalmente en la rama de la química. Fue miembro del consejo editorial de la revista *Ciencia* desde 1945, año en el que, con 21 años, publicó su primer trabajo, con el título de "Nueva forma de clasificación periódica de los elementos".

Nombrado presidente de la Federación Latinoamericana de la Industria Farmacéutica en 1965, al año siguiente ocupó la dirección de los laboratorios Zapata, donde introdujo técnicas para producir comercialmente por primera vez en México sueros contra la difteria y el tétanos. En 1965 creo la *Revista de la Sociedad Química de México*, que dirigió hasta 1975. Igualmente, dirigió entre 1966 y 1974 la *Revista Iberoamericana de Educación Química*. En 1967 la Sociedad Química de México le concedió el Premio Nacional de la especialidad. Murió en 1992, en la ciudad de Cuernavaca.

Francisco Bolívar Zapata, nieto de Cándido y bisnieto de Ignacio, nació en marzo de 1948 en la ciudad de México. Siguió estudios en la Universidad Nacional Autónoma de México, doctorándose en bioquímica. Entró a formar parte del Centro de Investigación de Ingeniería Genética y Biotecnología (actualmente Instituto de Biotecnología) de esta misma Universidad, realizando estudios sobre Biología Molecular y Biotecnología. Ha llegado a ser uno de los investigadores más destacados en el desarrollo de técnicas para el manejo y caracterización del material genético de las células.

Sus estudios han contribuido de forma muy significativa al diseño, construcción y caracterización de vehículos moleculares para la clonación y expresión del ácido desoxirribonucleico (ADN).

[17] Francisco Giral, *op. cit.*, p. 125.

En 1977 participó en la producción de proteínas humanas en bacterias, como la insulina y la somatostatina, mediante técnicas de ingeniería genética.

Miembro de la Junta de Gobierno de la UNAM, también es miembro del Consejo Consultivo de Ciencias de la Presidencia de la República. Entre los numerosos premios recibidos destaca el Premio Príncipe de Asturias de Investigación Científica y Técnica de 1991.

Conclusión

Los logros científicos, y el ejemplo humano, de los Bolívar fue silenciado en España durante mucho tiempo. Sin embargo, la serie de estudios rigurosos que desde hace casi un cuarto de siglo se han venido publicando, así como la celebración de reuniones científicas, como la conmemoración del 70° aniversario de la creación de La Casa de España en México, promovida por la Residencia de Estudiantes, han colaborado en la valoración cabal de los Bolívar y del conjunto de los exiliados españoles y, también, de las instituciones que les apoyaron con mayor empeño, como lo hizo La Casa de España. La concesión del Premio Príncipe de Asturias en Ciencias Sociales, en el año 2001, a El Colegio de México, continuador desde 1940 de La Casa de España, ha contribuido también al conocimiento de la ejemplar y magna obra que llevaron a cabo estos hombres, con el generoso concurso de aquellas prestigiosas instituciones mexicanas.

LOS GIRAL, LA CASA DE ESPAÑA Y EL EXILIO MEXICANO

JAVIER PUERTO
Universidad Complutense de Madrid

El exilio científico en México

Fue el más abundante y ha sido tal vez el mejor estudiado. Es bien conocida, y ha sido agradecida de manera sentida y oficial, la labor del presidente mexicano Lázaro Cárdenas del Río (1891-1970), quien se solidarizó con el gobierno republicano en activo. Durante el exilio extendió su apoyo al gobierno republicano expatriado y ayudó, como nadie, a los exiliados de toda índole y condición.

Con respecto a los intelectuales y científicos, a Daniel Cosío Villegas (1896-1976), encargado de negocios en Portugal, se le ocurrió la idea de acogerlos para que continuaran su labor mientras se luchaba contra el fascismo. Fue comisionado a Valencia y, entre enero y julio de 1937, elaboró listas de posibles invitados con base en informes pedidos a dos instituciones encargadas de ayudar a los intelectuales sacudidos por la guerra: por un lado, al Instituto de Cooperación Intelectual de París y, por otro, a la Junta de Cultura Española creada por la República; su idea la secundó el director de La Casa de España, Alfonso Reyes Ochoa (1889-1959), y la asumió el propio Presidente de la República.

La llegada de refugiados se inició en 1938 con la creación de La Casa de España en México, "para que sirva de centro de reunión y de trabajo". Uno de los primeros miembros de La Casa de España fue el poeta y farmacéutico León Felipe. En 1940 esa institución cambió su nombre por el de El Colegio de México.

Al poco tiempo de su derrota, los republicanos empezaron a organizarse para mitigar sus efectos. A mediados de marzo de 1939, Juan Negrín creó el SERE (Servicio de Evacuación de los Republicanos Españoles), mientras que en México, y con fondos llevados a México en el yate *Vita*, Indalecio Prieto fundó la JARE (Junta de Ayuda a los Republicanos Españoles). En México se estableció también una delegación del SERE, el CTARE (Comité Técnico de Ayuda a los Republicanos Españoles). La sola enunciación de estas entidades ya habla de las dificultades y disensiones que surgieron entre los propios republicanos y que persistirían a lo largo del exilio.[1]

Las dos instituciones ayudaron a todos los republicanos, científicos o no, si bien los científicos, nada más iniciarse el exilio, fundaron en el París de 1939 la UPUEE (Unión de Profesores Universitarios Españoles en el Exilio). Su primer director fue el higienista y microbiólogo Gustavo Pittaluga,[2] catedrático de Parasitología, fundador y primer director de la Escuela Nacional de Sanidad. Exiliado en Cuba, fue profesor de enfermedades tropicales en la Universidad de La Habana. Fue allí donde, en 1943, se celebró la primera reunión de la UPUEE,[3] si bien se decidió trasladar la sede a México, por ser éste el país con más exiliados y en donde mejor habían sido recibidos. La presidencia pasó al naturalista Ignacio Bolívar,[4] ya muy anciano, a quien se le atribuye la legendaria contestación a la pregunta de por qué había decidido exiliarse a su edad: "Para morir con dignidad". A su fallecimiento, ocupó la presidencia Manuel Márquez, médico, catedrático y prestigioso discípulo de Cajal.[5]

[1] Ángel Herrerín López, *El dinero del exilio. Indalecio Prieto y las pugnas de posguerra (1939-1947)*, Salamanca, Siglo XXI, 2007.

[2] Silvestre Martín Gómez, *Vida y obra de Don Gustavo Pittaluga Fattorini*, tesis doctoral inédita, dirigida por José Luis Peset, Madrid, Universidad Complutense, 1987.

[3] José Cobos Bueno, Antonio Pulgarín Guerrero y Cristina Parapeto Sierra, "Reunión de la Unión de Profesores en el Extranjero (UPUEE), La Habana, 22 de septiembre a 3 de octubre 1942", *Abaco*, 2ª época, núm. 42 (2004), 61-74.

[4] Véase la "Presentación" de Alberto Gomis, en su *Ignacio Bolívar y las ciencias naturales en España*, Madrid, CSIC, 1998.

[5] Josep Lluís Barona, "Los científicos españoles exiliados en México", en *Los refugiados españoles y la cultura mexicana*, Actas de las primeras jornadas, Madrid, Residencia de Estudiantes-El Colegio de México, 1998, p. 97-113.

El principal empeño de los científicos exiliados consistió en seguir fieles a su vocación científica. Con este propósito, en 1940, crearon *Ciencia. Revista Hispanoamericana de Ciencias Puras y Aplicadas*, que siguió publicándose hasta 1975, convirtiéndose así en el principal portavoz de la ciencia exiliada, trabajasen los autores en el lugar que fuere.[6] Sus fundadores fueron los naturalistas Ignacio Bolívar Urrutia, catedrático jubilado de Entomología, y su hijo Cándido Bolívar Pieltaín, catedrático de Zoografía de Articulados, junto al bioquímico Francisco Giral. Del primer número de la revista se mandaron unos quinientos ejemplares a España, a donde la mayoría de los exiliados, por cierto, siguieron mandando sus trabajos. Esos ejemplares fueron muy bien recibidos, pero desde el número tres se prohibió la difusión de la revista.[7]

Fue muy evidente desde un principio el interés de las autoridades mexicanas por averiguar la situación de los intelectuales republicanos, y muy especialmente la de los científicos. A finales de enero de 1939, muy próxima ya la derrota de la República, recurrieron a la Unión de Profesores Universitarios Españoles en el Exilio. El médico mexicano Salvador Zubirán fue comisionado por el presidente Cárdenas para entrevistarse en París con intelectuales españoles y extender su ayuda a algunos de los científicos concentrados en los campos franceses. De esta manera las autoridades mexicanas pretendieron llevar a cabo una generosa operación que fuese provechosa tanto para los vencidos republicanos como para el pueblo mexicano.

Si bien para la opinión pública en general los exiliados más famosos son los escritores, resulta curioso observar que entre los

[6] Francisco Giral, *Ciencia española en el exilio (1939-1989). El exilio de los científicos españoles*, Barcelona, Anthropos, 1994, pp. 38-47; Rafael Aleixandre, Juan Antonio Micó y Amparo Soler, "La contribución científica del exilio a través de la revista *Ciencia*", en Josep Lluís Barona (comp.), *Ciencia, salud pública y exilio*, Valencia, Seminari d'Estudis sobre la Ciencia, 2003, pp. 71-91; Miguel Ángel Puig-Samper, "La revista *Ciencia* y las primeras actividades de los científicos españoles en el exilio", en Agustín Sánchez Andrés y Silvia Figueroa Zamudio (coords.) *De Madrid a México. El exilio español y su impacto sobre el pensamiento, la ciencia y el sistema educativo mexicano*, México-Madrid, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo-Comunidad de Madrid, 2001 (se puede consultar libremente en Internet).

[7] Ernesto García Camarero, "La ciencia española en el exilio de 1939", en José Luis Abellán (ed.), *El exilio español de 1936*, tomo V, Madrid, Taurus, 1978, p. 8.

exiliados fueron mucho más numerosos los médicos y científicos. Aunque no hubo tantos farmacéuticos, muchos de los que se exiliaron siguen todavía hoy insuficientemente conocidos.[8]

Al llegar a México, los médicos se encontraron con la necesidad de revalidar sus títulos, pero no contaban con los papeles correspondientes para hacerlo. En México la revalidación se hizo por medio del Ateneo Santiago Ramón y Cajal, que fue un comité presidido por el doctor Manuel Márquez, que había sido decano de la Facultad de Medicina de la universidad madrileña, catedrático de Oftalmología y colaborador de Cajal; por el doctor Manuel Rivas Cherif, que había sido auxiliar suyo en la cátedra; y por un grupo de destacados médicos mexicanos. Todo fue posible, por otra parte, gracias a la gestión directa del presidente Cárdenas.[9]

En México se instalaron al menos ciento cuarenta y un médicos, ochenta y tres ingenieros, veintinueve farmacéuticos, diecinueve arquitectos, dieciocho químicos, dieciséis licenciados en ciencias exactas y otros doce en ciencias naturales.[10] Entre ellos, destacaron José Giral Pereira y Francisco Giral González.

José Giral Pereira (Santiago de Cuba, 1879-México, 1962)[11]

Antes de salir al exilio, el doctor José Giral había logrado excelentes resultados en el ámbito profesional y político. Licenciado en

[8] Luis Enrique Otero Carvajal, "La destrucción de la ciencia en España. Una esperanza frustrada: la depuración de la universidad por el franquismo", en Javier Puerto (dir.), *Historia, medicina y ciencia en tiempos de la II República*, Madrid, Fundación de Ciencias de la Salud-Residencia de Estudiantes, 2007, pp. 81-165.

[9] Francisco Giral, *Ciencia española en el exilio*, p. 18.

[10] María Magdalena Ordóñez Alonso, "Los científicos del exilio español en México: un perfil". En <*http://clio.rediris.es/articulos/cientificos.htm*>.

[11] Véanse los siguientes trabajos: Francisco Giral, *Homenaje a Don José Giral: acto celebrado en el Ateneo Español de México*, México, Acción Republicana Democrática Española, 1963; Francisco Giral, *Vida y obra de José Giral Pereira*, México, UNAM, 2004; Javier Puerto, *Giral, el domador de tormentas. La sombra de Manuel Azaña*, Madrid, Corona Borealis, 2003; Javier Puerto, "José Giral (1879, Santiago de Cuba-1962, México)", *El Ateneo. Revista Científica, Literaria y Artística*, cuarta época, XI (2002), 75-84 y Javier Puerto, "José Giral Pereira, farmacéutico, químico y doble Presidente del Gobierno republicano", en Javier Puerto (dir.), *Historia, medicina y ciencia en tiempos de la II República*, Madrid, Fundación de Ciencias de la Salud-Residencia de Estudiantes, 2007, pp. 179-197.

Farmacia (1900) y en Químicas (1901), y doctor en Químicas (1902) y en Farmacia (1904), desde este último año había sido profesor auxiliar de Farmacia de la Universidad Central, donde contó con la protección de José Rodríguez Carracido (1856-1928).

Catedrático de Química Orgánica de la Facultad de Ciencias de Salamanca (1905), en 1906 viajó a París para ampliar conocimientos. Abrió una botica junto a la Plaza Mayor (1914), obtuvo el puesto de farmacéutico titular de Salamanca, creó la Sociedad Química Salmantina, dedicada a la obtención de gelatinas y explotación de la digital, y fue nombrado vicepresidente del Colegio Oficial de Farmacéuticos de la provincia (1917).

En 1920 adquirió en Madrid una farmacia en la calle Atocha. Obtuvo trabajo como jefe de la Sección Química del Instituto de Oceanografía, dirigido por Odón de Buen, además de ganar el puesto de farmacéutico titular de Madrid. Fue vicepresidente y presidente honorario del Centro Farmacéutico Nacional (1921-1923-1932) y presidente del Colegio Oficial de Farmacéuticos de la provincia.

En 1927 ganó por oposición la cátedra de Química Biológica del doctorado, en sustitución de Rodríguez Carracido. Fue presidente de la Sección de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales del Ateneo de Madrid (1930); consejero de Estado (1931); rector de la Universidad Complutense de Madrid (1931); académico de la Real Academia de Medicina (1935) y, desde su creación (1932), de la Real Academia de Farmacia.

En el ámbito político ocupó puestos aún más importantes. Sus inquietudes reformistas y republicanas las empezó a manifestar durante sus años de estudiante en la Unión Escolar. Fue uno de los pocos catedráticos que abandonaron el claustro cuando el gobierno conservador de Eduardo Dato destituyó a Unamuno (1914); sufrió varias detenciones, una durante la huelga revolucionaria de 1917.

En la rebotica de su farmacia de la calle Atocha (1920) y en colaboración con Martí Jara y Manuel Azaña, creó Acción Republicana. Fue detenido al menos en siete ocasiones. En 1926 participó en la creación de Alianza Republicana (que unía a Acción Republicana con el Partido Federal, con el Partido Radical y con el Partido Republicano Catalán). Volvió a ser detenido en

1930. Fue diputado por Cáceres en las Cortes Constituyentes (1931), jefe del Grupo Parlamentario de Alianza Republicana durante las discusiones de la Constitución y del Estatuto de Cataluña. Fue nombrado ministro de Marina (1931-1932) y consejero nacional de Izquierda Republicana (1933). Participó en el pacto del Frente Popular (1935). Fue nombrado ministro de Marina, de nuevo, en 1936.

El 18 de julio de 1936, aceptó la presidencia del gobierno y en dicho papel se opuso al golpe de estado autoritario-fascista. Fue ministro sin cartera durante toda la contienda, aunque durante un corto periodo en el gobierno del doctor Juan Negrín pasó a ser ministro de Estado. Su principal responsabilidad fue el canje de prisioneros.

Tras la caída de Cataluña a principios de 1939, José Giral acompañó a Manuel Azaña en el exilio y permaneció a su lado hasta que éste dimitió como Presidente de la República. A partir de ese momento buscó reunirse con su familia y preparar su exilio en México.

Junto con su hijo, Francisco, visitó en París al embajador de México, Narciso Bassols. A este abogado, político e ideólogo mexicano, que tanto colaboró en la tarea de llevar a exiliados españoles a México, los dos le pidieron trabajo en La Casa de España. El 28 de abril las autoridades de La Casa contestaron afirmativamente, aunque, al parecer, la respuesta no les llegó a los interesados. En mayo, toda la familia Giral pagó de su bolsillo un pasaje en el *Flandre*.

El 9 de mayo de 1939 un telegrama anunció que los Giral habían zarpado para México. El doctor José Puche, antiguo rector de la Universidad de Valencia, miembro del CTARE, escribió entonces a Daniel Cosío Villegas, secretario de La Casa de España, para avisarle que llegarían el día 28 a Veracruz. El mismo Presidente de la República mexicana, a instancias de Indalecio Prieto, envió otro telegrama a Alfonso Reyes, presidente de La Casa de España, en donde dio cuenta de la gran calidad técnica de los Giral y recomendó su contratación. Alfonso Reyes le contestó a Prieto que si los Giral habían hecho este viaje, fue justamente por el acuerdo que ya existía entre La Casa de España y los Giral. Los

invitados no tardaron en llegar a su destino y, como es lógico, dada su categoría profesional y política, su entrada en México fue saludada por las más altas instancias, quienes, además, les reembolsaron todos los gastos realizados.

Francisco Giral González (Salamanca, 1911-México, 2002)[12]

El doctor Francisco Giral nació en Salamanca durante la estancia de sus padres en aquella ciudad. Siguió los pasos de su padre, en lo científico lo mismo que en lo político. Después de hacer el bachillerato en el Instituto Escuela, estudió Farmacia y Ciencias Químicas en la Universidad Central, en donde se doctoró en 1933[13] y 1935.[14]

[12] Datos sobre la vida de Francisco Giral González pueden consultarse, entre otros, en J. Kravzov, *Nuestros maestros*, UNAM, México, 1996, t. I, pp. 97-100; en José Martín Juárez Sánchez, Asociación de Egresados de la Facultad de Química de la Universidad Nacional Autónoma de México, A.C. <*www.aefq.org/emeritos/Francisco Giral*>; en el libro del propio Giral, *Ciencia española en el exilio* (ed. cit.); en *Comentarios químico-farmacéuticos a la historia española en América*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1982; en Andoni Garritz, "Francisco Giral González: un verdadero maestro", *Journal of the Mexican Chemical Society*, vol. 46, núm. 002 (2002), 193-195; en María Fernanda Mancebo, "Tengo un hijo combatiendo en la zona centro-sur: los Giral", *Cuadernos Republicanos*, núm. 5 (2004), pp. 85-102; y en María Fernanda Mancebo, "Los Giral", *Ábaco*, 2ª época, núm. 42 (2004), 157-172.

[13] Francisco Giral González, *Derivados del 2-Metil-Naftaleno*, Madrid, Universidad Central, Facultad de Farmacia, leída el 4 de noviembre de 1933. En la introducción a su tesis el autor indica que había intentado realizar su investigación, sin éxito, sobre la digital. Por consejo del premio Nobel Richard Willstätter se había inclinado por este otro tema más sencillo, que estudió bajo la dirección de Antonio Madinaveitia. El tribunal, presidido por Obdulio Fernández, el propio director, Rafael Folch, César González y Manuel Martínez Pacheco, sólo calificó la tesis con la mención *sobresaliente*, acaso por el tema y también por el apresuramiento en la presentación, repleta de dibujos hechos a mano. La investigación fue realizada en el Instituto Nacional de Física en Química, en el laboratorio dirigido por Antonio Madinaveitia; de hecho, fue la primera en hacerse enteramente allí. Lo confirma el mismo Francisco Giral en *50 años de investigación en Física y Química en el Edificio Rockefeller de Madrid. 1932-1982*, Madrid, CSIC, 1982, pp. 39-42.

[14] Francisco Giral González, *Sobre los liocromos característicos del grupo de bacterias fluorescentes*, Madrid: tesis leída el 5 de enero de 1935 y publicada en *Anales de la Sociedad Española de Física y Química*, 1936, año XXXIV, tomo 34, pp. 667-693 (viene firmada durante su estancia en Heidelberg). El "padrino" de esta tesis, en palabras del propio Francisco Giral, fue el químico Ignacio Ribas, quien después de la guerra fue instalado en Santiago, donde fue sometido al ostracismo.

Durante su época universitaria Francisco Giral dedicó mucho tiempo a la creación de la Federación Universitaria Escolar (FUE), de la que llegó a ser directivo, junto con Antonio María Sbert. Fue también representante en Farmacia y Químicas. Según recuerda, al crear la FUE contaron con la ayuda del catedrático Luis Jiménez de Asúa, a pesar de que ellos no eran ni socialistas, ni comunistas, ni tenían filiación religiosa.[15] En 1929 fue detenido, junto con su padre, y fue encarcelado en la Cárcel Modelo.

En su educación influyeron Francisco Barnés —que luego había de convertirse en su suegro— y Miguel Catalán.[16] En su vocación científica, fueron importantes, en primer lugar, su padre,[17] en segundo lugar, el citado Catalán, y en tercer lugar, Enrique Moles y Antonio Madinaveitia. Catedrático de Química Orgánica en la Facultad de Farmacia de Madrid y en los laboratorios de la Junta para Ampliación de Estudios, Madinaveitia fue su director de tesis y luego compañero en el exilio mexicano, donde fundó el Instituto de Química en el año 1941.

Provisto de una beca de la Junta para la Construcción de la Ciudad Universitaria,[18] Francisco Giral cursó el postdoctorado en Heidelberg (Alemania), en el Instituto de Química del Káiser —ahora Instituto Max Planck—, donde estudió bajo el profesor Richard Kuhn (Premio Nobel de química en 1933). Llegó a dicho instituto por consejo de otro Premio Nobel de química, de 1915, Richard Willstätter.[19] Con Kuhn, Francisco Giral publicó varios trabajos y consolidó su formación científica. También pasó por la Universidad de Munich.

Francisco Giral estuvo en contacto con los más destacados profesionales de su materia, tanto en España como en Europa y de

[15] Francisco Giral, *Vida y obra de José Giral Pereira*, México, UNAM, 2004, pp. 114-117.

[16] Francisco Giral nos deja un recuerdo extenso de su formación, en *op.cit.*, pp. 99-105.

[17] Francisco Giral recrea sus conversaciones con su padre, en *op.cit.*, pp. 134-136.

[18] Francisco Giral explica cómo en su época la beca la cobraban en oro, circunstancia que antes de la República les pasaba sólo a los becados militares, facilitándose así unas estancias más desahogadas.

[19] Según nos cuenta Francisco Giral (*op. cit.*, 138), Willstätter había sido maestro de Antonio Madinaveitia; posteriormente fue separado del claustro por su condición de judío y fue por eso por lo que a Giral le recomendó estudiar con Kuhn.

esa manera consiguió obtener por oposición la Cátedra de Química Orgánica Aplicada a la Farmacia de la Facultad de Farmacia de Santiago de Compostela (febrero de 1936). Se instaló en la ciudad durante unos pocos meses, que fueron sin embargo suficientes para que llegase hasta su casa Juan Abelló a ofrecerle la dirección de su nueva fábrica de alcaloides. No aceptó la propuesta, pero, en cambio, sí convenció a Abelló a donar una beca a sus alumnos.[20] En noviembre de 1936 fue destituido de su puesto por la Junta de Burgos, lo cual era previsible dada su filiación política.

En julio de 1936 el general Castelló, ministro de la Guerra, le nombró director del Centro de Estudios y Experiencias "La Marañosa", en Madrid. En 1937 fue nombrado director de la Fábrica de Pólvoras, con talleres en Medina de Segura (Murcia) y Cocentaina (Alicante). Luego se le nombró subsecretario de Armamento del ministerio de Defensa Nacional y director de la Fábrica 19 de la Subsecretaría de Armamento de Cocentaina.[21]

En septiembre de 1937 fue el miembro más joven de una delegación científica nombrada para representar al gobierno republicano en varios congresos parisinos. Uno coincidió con la inauguracion del Palais de la Découverte, en cuya preparación habían participado los Curie. Francisco Giral había de recordar la deferencia con que se les trató entonces, así como el respeto mostrado hacia los científicos españoles, principalmente hacia Blas Cabrera, Enrique Moles, Antonio Madinaveitia y el biólogo Antonio Zulueta.[22]

Acabada la contienda, gracias a la ayuda de un diputado de Izquierda Republicana, Antonio Pérez Torreblanca, masón como él, Francisco Giral logró salir de España por Alicante. En Francia le encerraron en el durísimo campo de concentración de Argelés, de donde su padre intentó, en balde, sacarlo. Su suegro, Francisco Barnés, miembro de Izquierda Republicana y también ministro

[20] *Ibid.*, p. 156

[21] Expediente de Francisco Giral, Currículum 1939. Fondo antiguo. Sección personal. Archivo Histórico de El Colegio de México. Se consultó la copia digital del Archivo Histórico que se conserva en la Residencia de Estudiantes.

[22] Franciso Giral, "Un republicano reflexiona sobre el *Guernica*", *El País*, 4 de enero de 1981.

durante la República, tuvo más éxito: consiguió un pase del jefe de policía de Carcassone y de esa manera Giral hijo pudo reunirse con el resto de su familia en París.

Al hablar de su traslado a México, en sus entrevistas, lo mismo que en los artículos que publica, Francisco Giral considera decisiva la mediación realizada por el doctor Zubirán. Ciertamente fue decisiva, pero también fueron importantes la visita que él y su padre le hicieron al embajador mexicano en París, así como las presiones ejercidas desde México por el doctor Puche, por Indalecio Prieto y, por su conducto, por el mismo Presidente de la República.

Además de los evidentes méritos científicos que reunían, la postura política de los dos Giral, como también la del suegro de Francisco Giral, les hicieron dignos de la mayor protección. Acaso en ese contexto se entienda mejor la invitación que se les extendiera a que se hiciesen miembros de La Casa de España: una invitación algo excepcional, ya que en la mayoría de los casos los invitados eran escritores o intelectuales.

Las actividades del exilio

José Giral apenas acababa de llegar a México, cuando Alfonso Reyes le buscó un acomodo en el Instituto Politécnico Nacional (IPN), donde impartió un curso de Química Biológica y otro de Bromatología destinado a las trabajadoras sociales. Por otra parte, dictó varias conferencias tanto en la Universidad Michoacana, en Morelia, como en la UNAM. Fue también autor del libro *Fermentos*.

El contrato de La Casa de España le obligaba a dar un curso anual, o de dos semestres, en el IPN, así como dos cursillos de cinco conferencias en dos universidades de provincia. También conllevaba el compromiso de no viajar fuera del país. Don José se puso a revalidar sus títulos de químico y farmacéutico con la intención de ejercer libremente en el país y no tardó en conseguir autorización para explicar un curso de Química Orgánica en el Instituto Juan Ruiz de Alarcón.

En el año 1940 sus clases de química biológica en el IPN quedaron inscritas en la carrera de Medicina Rural de la Escuela

de Ciencias Biológicas. Al aumentar el número de alumnos de la carrera, José Giral se vio obligado a repartirlos en grupos de mañana y tarde.

Se comprometió a impartir cinco conferencias en la Universidad de Guanajuato, mientras que en el Distrito Federal siguió con sus clases de Bromatología para las trabajadoras sociales e impartió diez conferencias sobre fermentos en la Escuela de Medicina.

Cuando en 1940 La Casa de España se transformó en El Colegio de México, esta nueva institución, dedicada por entero a las humanidades, mantuvo todos sus compromisos contractuales con José Giral, lo cual éste agradeció mucho.

En esas fechas, y al margen de sus tareas docentes, Giral seguía empeñado en la fabricación industrial de medicamentos, un interés que ya había desarrollado en Madrid. Se puso a sintetizar antipalúdicos, a analizar algunos alimentos mexicanos y a efectuar una investigación básica sobre vitaminas y aminoácidos.

En 1941 fue nombrado director del Laboratorio de Investigaciones Químicas de la Escuela de Ciencias Biológicas, perteneciente al IPN. Allí se dedicó a la preparación del argirol (vitelinato de plata), un compuesto orgánico descubierto en 1902 por el norteamericano Albert Coombs Barnes y empleado como antiséptico tópico. Ese año volvió a dar un ciclo de conferencias en la Universidad Michoacana, recibió el título de profesor honorario de esa universidad, impartió otro ciclo de conferencias en la Universidad de Nuevo León, en Monterrey, y fue nombrado presidente de la Comisión Científica para la Alimentación Mexicana.

En 1942 tuvo que restringir sus actividades exclusivamente a aquellas señaladas en su contrato con El Colegio de México. Por lo mismo, se vio obligado a dejar su puesto en la JARE como también sus clases en el Instituto Ruiz de Alarcón.

En 1943 la Sociedad Mexicana de Historia Natural le encargó el discurso inaugural de sus sesiones. Disertó sobre la significación biológica del agua y sus componentes.

En abril de ese año sufrió un grave accidente en su laboratorio al intentar preparar medicamentos antipalúdicos. En la prensa, concretamente en el periódico *Excélsior* de la ciudad de México, le acusaron de preparar explosivos (repitiendo así, aunque

sin saberlo, la denuncia que se le había hecho en Salamanca, cuando en 1917 un accidente muy similar le había sucedido). La endémica falta de presupuestos le impidió realizar una correcta reparación de los desperfectos, lo que, unido a la escasez de instrumental científico y los bajos sueldos de los investigadores, supuso el punto final de este primer laboratorio en la Escuela de Ciencias Biológicas.

A partir de 1945, debido a la vocación humanística, más que científica, de El Colegio de México, Giral sufrió una reducción salarial del cincuenta por ciento, de la que se enteró a la vuelta de un viaje a Puerto Rico. En vista de otra notable reducción anterior y de la exigencia de una dedicación exclusiva a las tareas señaladas por El Colegio, este nuevo recorte salarial supuso, en realidad, un despido.

En esa época se volvió tensa la relación de Giral con los directivos de El Colegio de México. Tanto Daniel Cosío Villegas como Alfonso Reyes le pidieron que explicara por qué no había aceptado una plaza de profesor de tiempo completo en el IPN. Giral contestó que si bien las autoridades del IPN le ofrecieron el puesto de director del Departamento de Bioquímica, el nombramiento finalmente fue para un tal señor Hope, "cuyo único título de superioridad era su condición de nativo de la República de México". El señor Hope le había ofrecido una jornada intensiva, desde las ocho de la mañana hasta las dos de la tarde, imposible de cumplir —aducía el propio Giral— con su salud y a sus años.

Dadas estas circunstancias, José Giral permaneció un año (1944) en la Universidad de Nuevo León, en Monterrey, apartado de su familia. También trabajó en una empresa particular. Luego aceptó una interinidad en la Escuela de Salubridad.

Justamente cuando su carrera profesional se le volvía complicada, de repente, el 31 de agosto de 1945, Giral fue nombrado Presidente del Gobierno de la República en el exilio y se trasladó a París.[23]

[23] Expediente de José Giral Pereira, Fondo antiguo. Sección personal. Archivo Histórico de El Colegio de México. Se consultó la copia digital del Archivo Histórico que se conserva en la Residencia de Estudiantes.

Este cargo le duró hasta 1947, fecha en que dimitió. Ya de regeso en México, y a los sesenta y ocho años, consiguió un nombramiento de profesor de tiempo completo en la Escuela Nacional de Ciencias Químicas de la Universidad Nacional Autónoma de México. Continuó en dicho puesto hasta su fallecimiento en 1962, a la edad de ochenta y tres años.

El reconocimiento científico le llegó en la forma de un aluvión de doctorados *honoris causa* otorgados por diversas universidades latinoamericanas. En México contó con reconocimientos de las universidades de Michoacán (Morelia), Nuevo León (Monterrey), Guanajuato y Guadalajara; en el Caribe, de las de La Habana y de Puerto Rico; en Centro América, de la de Panamá; en América del Sur, de la Central de Venezuela (Caracas), de la Nacional de Colombia (Bogotá) y de la Nacional Mayor de San Marcos (Lima).

Actividades políticas en el exilio de José Giral

Desde 1939 José Giral participó, junto con Indalecio Prieto, Félix Gordón Ordás y Sebastián Pozas, en la formación de la Junta de Ayuda a los Republicanos Españoles, de cuya directiva dimitió en tres ocasiones, la última a raíz de las presiones ya mencionadas, ejercidas por El Colegio de México.

Giral presidió la Unión de Profesores Universitarios Españoles en el Exilio, tomando el relevo a personajes tan destacados como Ignacio Bolívar, Manuel Márquez y Rafael Altamira. Su continuador fue José Puche.

Giral colaboró en la formación de la Acción Republicana Española (ARE), una agrupación que, tras reuniones en La Habana y Nueva York, se esforzó por unir las distintas tendencias republicanas. En la junta directiva se encontraban, entre otros, Diego Martínez Barrio, José Giral, Álvaro de Albornoz, Roberto Castrovido, el general Pozas, Roca y Félix Gordón y Ordás. Giral y Albornoz se opusieron a pactar con otros partidos que se habían incorporado al Frente Popular. Pero al dejar fuera al PSOE y al PC,

la vida del nuevo partido fue corta y los distintos grupos republicanos buscaron nuevas alianzas.

En 1945 las Cortes republicanas pudieron reunirse en México, gracias al privilegio de extraterritorialidad que les fue concedido por el gobierno mexicano. Si bien en enero las Cortes fracasaron por falta de quórum, en agosto resultó electo Giral en oposición a Negrín.[24] Giral, que intentó formar un gobierno en el exilio de amplia base partidaria, se dedicó a denunciar la ilegalidad del franquismo y a pedir a las grandes potencias su extrañamiento diplomático.

En febrero de 1946 el gobierno en el exilio se instaló en París, si bien fue en México donde empezaron a publicar la *Gaceta Oficial de la República*. En París se editó un semanario, que fue una especie de boletín para la emigración.

Giral siempre quería una vuelta a la legalidad republicana; no deseaba que se realizara un plebiscito sobre el modelo de Estado que se pretendía instaurar, sino que buscaba la vuelta a la legalidad y las elecciones libres. En la Asamblea General de la ONU celebrada el 14 de diciembre de 1946 le explicó a la opinión pública mundial que sólo había dos formas de lograr esta vuelta a la legalidad: o la violencia o la presión internacional, que se podía ejercer con especial fuerza en un momento como aquél en que los aliados acababan de celebrar su victoria sobre el fascismo. Antes incluso de que se supiera la respuesta de la comunidad internacional, en España el régimen franquista, representado sobre todo por el almirante Carrero Blanco, promovió un movimiento de odio hacia Giral, que estalló en una gran manifestación celebrada el 8 de diciembre en la Plaza de la Armería del Palacio Real, la llamada entonces Plaza de Oriente. Los textos de algunas de las pancartas ofensivas que se exhibieron entonces fueron recogi-

[24] En *Vida y obra de José Giral Pereira* (ed. cit., p. 211) Francisco Giral recuerda su propia reacción ante esta contienda entre Negrín y su padre: "pienso irme a casa porque tengo mucho trabajo pendiente, sin suciedades políticas. Pero...espera un momento. Es tu padre ese viejo zorro diabético. El gitano [Negrín] viene bien armado: tiene dinero, mucho dinero. Un gitano con dinero es muy peligroso. Y el zorro es un zorro simpático, un zorro que no ha hecho mal a nadie, un zorro noble, generoso, un zorro de vida ejemplar en todos los aspectos... ¡un zorro que es mi padre!

"Decido quedarme. El zorro puede ser la salvación de la República, el gitano no."

dos por el historiador Rafael Abella. También encontraron eco en la obra del novelista franquista Fernando Vizcaíno Casas, una figura que evidentemente no fue partidaria de Giral. Finalmente, fueron recopilados por el historiador de la literatura Julio Rodríguez Puértolas, a cuya edición nos remitimos.[25]

En ese momento el gobierno de Giral consiguió que los países que eran miembros de la ONU retiraran su embajadores de España. También se aprobó una declaración de la ONU que afirmaba que el gobierno franquista se había impuesto por la fuerza al pueblo español, contando para ello con el apoyo de las fuerzas del Eje. El gobierno de Franco había devuelto el favor a Italia y a Alemania durante la segunda Guerra Mundial, razón por la cual no se le consideraba un régimen digno del pueblo español y se le impedía su participación en asuntos internacionales. Se recomendaba el establecimiento de un gobierno respetuoso de la libertad de expresión, de cultos y de reunión, para lo que debían realizarse elecciones libres.

En enero de 1947 los socialistas se retiraron del Gobierno republicano, obligando así a Giral a ceder su puesto a Rodolfo Llopis. Giral dimitió, pero no abdicó, ni mucho menos, a sus ideales. Nunca dejó de luchar a favor de la República y en contra del totalitarismo.

En agosto de 1943 Giral asistió a una reunión de profesores universitarios en La Habana, en donde se denunció el carácter faccioso del régimen franquista y se reivindicó la legitimidad de la República para hacerle frente. Giral fue designado para trasladar esa actitud a las diferentes organizaciones políticas. De allí salió el pacto

[25] Véanse Rafael Abella, *Por el imperio hacia Dios. Crónica de una postguerra (1939-1955)*, Barcelona, Planeta, 1978; Fernando Vizcaíno Casas, *La España de la postguerra, 1939-1953*, Barcelona, 1975; y Julio Rodríguez Puértolas, *Historia de la literatura fascista española*, Madrid, Akal, 2008. Ofrezco estas tres fuentes, aun sabiendo que la obra de un novelista, desde luego, no tiene el mismo valor como fuente histórica que el relato de un historiador. En Rodríguez Puértolas (*op. cit.*, pp. 287-288) los dicterios contra Giral rezan así: "Ved a Besteiro, un señor / que no es malo...¡que es peor! / Aquí está Álvarez Vayo / que habla más que un papagayo; / todas las cancillerías / se ríen de sus tonterías. / Y Giral el boticario, / gran criminal honorario". Tal vez porque se opuso al golpe militar, porque armó al pueblo, porque bajo su gobierno comenzó la época del terror en el bando republicano y porque nunca abdicó de sus ideales y siempre apareció sereno, sus enemigos le forjaron una aureola de sanguinario. La leyenda, desde luego es absurda.

para la restauración de la República española. Firmado en el Teatro Hidalgo de México, tras un acto de homenaje al asesinado presidente de la Generalitat, Lluís Companys, el pacto unió a diversos partidos republicanos en la llamada Junta Española de Liberación.[26]

Hasta el final de su vida Giral continuó con su labor científica. Su última publicación, de hecho, data de 1958, cuatro años antes de su fallecimiento.

De José Giral afirmó su hijo: "el reciente catedrático salmantino de química se sentirá cada vez más influido por el republicanismo francés con su claro sentido laico y agnóstico [...] al mismo tiempo sentirá una gran atracción por mejorar las condiciones de vida de los obreros y de los campesinos." En una de las pocas cartas publicadas por Francisco Giral, el propio José Giral escribe: "mi gran ilusión fue un gran partido republicano, de intelectuales, humanistas, liberales, progresistas."[27]

Por eso, su ejemplo resulta tan atractivo y tan excepcional.

Francisco Giral en el exilio

Si la actividad política y científica realizada por José Giral en México fue la de un hombre que quiso mantenerse fiel a sus principios, la de su hijo Francisco, pese a la dureza de la experiencia sobrellevada, marcó un período de plenitud en su vida.

En 1939, y con la ayuda de Alfonso Reyes, Francisco Giral empezó su labor como químico en los Laboratorios Hormona, a la vez que en su filial Triarsan. En estos laboratorios realizó, por primera vez en México, la fabricación industrial del neosalvarsán, así como de diversos medicamentos sintéticos como el prontosil rojo y la síntesis de hormonas sexuales. El mismo año entró como asesor técnico de Petróleos Mexicanos (Pemex).[28]

[26] Véase Juan Bautista Climent, *El pacto para restaurar la República española. Entrevistas a Diego Martínez Barrio, Indalecio Prieto, Álvaro Albornoz y Antonio María Sbert, miembros de la Junta Española de Liberación*, México, Ediciones de América, 1944.

[27] Francisco Giral, *Vida y obra de José Giral Pereira*, pp. 48, 200.

[28] Francisco Giral González, "Conmemoración Oficial de los 50 años del exilio español en México". Palabras leídas durante la comida ofrecida por el Presi-

Entre 1941 y 1947 Francisco Giral desempeñó el cargo de director del Laboratorio de Antipalúdicos Sintéticos, en el Instituto de Salubridad y Enfermedades Tropicales. Se le encargó que colaborara con su padre en la elaboración de medicamentos, proyecto que tuvo el resultado explosivo antes comentado.

Como docente, Francisco Giral empezó, en 1940, como profesor en la Escuela de Ciencias Químicas de la UNAM, en donde impartió un curso de alcaloides y glucósidos en el posgrado. También desarrolló actividades docentes en la Universidad de Guadalajara. Entre 1941 y 1945 estuvo trabajando, como su padre, en el IPN, en la Escuela Nacional de Ciencias Biológicas, en donde impartió la cátedra de Química Orgánica.

De 1949 a 1955 Francisco Giral fue gerente y director técnico de Química Schering Mexicana y luego director fundador del Laboratorio de Investigación de la Industria Nacional Químico Farmacéutica.[29]

En la década de los sesenta organizó un seminario interfacultativo entre el Departamento de Farmacología de la Facultad de Medicina, encabezado por Ramón Pérez Cirera, y el Departamento de Química Farmacéutica de la Facultad de Química, coordinado por él mismo. Este seminario, que duró veinte años, facilitó reuniones entre médicos farmacólogos y químico farmacéuticos, en las que éstos fueron enfocando los medicamentos desde diversos ángulos. Por ese seminario desfilaron la mayoría de los médicos exiliados: José Puche, Rafael Méndez, Dionisio Nieto, Ramón Álvarez Buylla, Carlos Méndez...[30]

En 1965 Francisco Giral se incorporó, como profesor de tiempo completo, a la Escuela de Ciencias Químicas de la UNAM.

dente de la República, en la Residencia Oficial de los Pinos, el 21 de noviembre de 1989. En ellas, al referirse a los mexicanos que más habían ayudado al exilio español, Giral hizo mención especial de "don Jesús Silva Herzog, economista, político, maestro universitario y artífice de la nacionalización petrolera". Véase <*www.posgrado.unam.mx/publicaciones/omnia/anteriores/17/02.pdf*> y también María Fernanda Mancebo, "Tengo un hijo combatiendo...", *art. cit.*, pp. 3-4.

[29] Véase Santiago Capella, José Antonio Chamizo, Julián Garrita y Andoni Garrita, "La huella en México de los químicos del exilio español". En <*www.joseantoniochamizo.com/pdf/0301_21.pdf*>.

[30] Francisco Giral, *Ciencia española en el exilio*, pp. 235-236.

Los retornos

Cuando murió Francisco Franco, el 20 de noviembre de 1975, y se puso en marcha la transición democrática, Francisco Giral era ministro delegado del último gobierno de la República en el exilio, el de Fernando Valera Aparicio (que duró de febrero de 1971 a junio de 1977).

Los republicanos no desempeñaron papel alguno en la transición. Habían vivido demasiados años fuera de contacto con los antifranquistas del interior, que se hallaban agrupados en torno a algún partido de clase (fundamentalmente el PCE), algún sindicato (principalmente CCOO) o que se identificaban con posturas radicales trotskistas, maoístas o anarquistas de nuevo cuño. Es decir, las fuerzas de oposición del interior de España eran una realidad que los exiliados apenas conocían. Su participación en la transición democrática consistió en disolver las instituciones republicanas a partir de las primeras elecciones democráticas, aceptar la monarquía de origen franquista y contribuir a la reconciliación, aunque sin renunciar nunca a sus partidos (cuya participación en las primeras elecciones no fue permitida), ni mucho menos a sus ideales. Francisco Giral continuó militando en Acción Republicana Democrática Española (ARDE).[31]

Por otra parte, el profesor Giral creyó llegado el momento de reclamar la cátedra de Química Orgánica que no pudo ocupar a causa de la Guerra Civil, cosa que hizo, en sus palabras, "para dar testimonio de la universidad del exilio". Antes de reclamarla, sin embargo, solicitó "consejo y permiso" a los catedráticos que habían sufrido el exilio interior (por afinidad republicana, consultó con Antón Oncea, Adolfo Miaja y Alberto Chalmeta).[32]

En julio de 1976 Francisco Giral participó en una conferencia celebrada en el Colegio de Médicos de Madrid, invitado por la Delegación Centro de la Asociación Nacional de Químicos, en donde se le pidió que regresara a su cátedra.[33]

[31] Luis Méndez Asensio, "Francisco Giral: pasado y presente de la República", *Tiempo de Historia*, núm. 62 (1980).

[32] Francisco Giral, *Ciencia española en el exilio*, p. 52.

[33] *El País*, 10 de julio de 1976.

Superados los problemas burocráticos, durante un corto tiempo recobró su condición de catedrático de Química Orgánica, no en Santiago de Compostela, sino en Salamanca, de donde era decano de la Facultad de Farmacia Alfonso Domínguez Gil Hurlé, uno de los farmacéuticos hospitalarios y tecnólogos del medicamento más brillantes de la actualidad. Absolutamente alejado de la política, Giral mantuvo una relación fluida con el profesor español, que casi no había oído hablar de la República; de esta manera Domínguez Gil llegó a admirar no sólo las cualidades profesionales del republicano, sino el hondísimo patriotismo de la comunidad de exiliados de la que Giral formaba parte.[34]

En Salamanca, al pronunciar el discurso de apertura del curso 1980-1981, Francisco Giral intentó resumir su postura ideológica en aquel momento: "los universitarios del exilio no deseamos reclamar nada con violencia material ni con violencia espiritual, seguiremos clamando con esclarecida dialéctica, sin agresiones, con tolerancia recíproca, por la firmeza de nuestras ideas en torno a la formación de mejores universitarios, de mejores ciudadanos dotados de voluntades firmes, inteligencias claras y corazones nobles".[35] Ese año Francisco Giral participó también en el Ateneo Científico, Literario y Artístico de Madrid, en un homenaje a quien fue su presidente, Manuel Azaña.[36]

Entre las diversas actividades que Francisco Giral realizó tras su retorno a su patria ingrata, cabe destacar su generosa labor como memorialista del exilio. Sin sus trabajos, y sobre todo sin su libro sobre la ciencia española en el exilio, habría sido mucho más complicado recobrar la memoria de quienes fueron cruentamente expatriados y, sobre todo, hubiera resultado mucho más difícil darnos cuenta de cómo los investigadores y los docentes retomaron sus proyectos, cómo sirvieron al desarrollo de las nuevas patrias que los acogieron y cómo mantuvieron vivos sus ideales de

[34] Entrevista a Alfonso Domínguez Gil Hurlé, *La Nueva España, Diario independiente de Asturias*, 3 de agosto de 2008

[35] Francisco Giral, *Comentarios químico-farmacéuticos a la historia española en América. Discurso pronunciado en la inauguración del curso académico 1980 a 1981*, Salamanca, Ediciones de la Universidad de Salamanca, 1980.

[36] *El País*, 30 de enero de 1980.

libertad, democracia y república.[37] En este mismo contexto, no conviene olvidar tampoco el esfuerzo de Augusto Pérez Vitoria, amigo de Giral (aunque en su trabajo Pérez Vitoria se ciñera más a una reivindicación de su maestro Moles), ni la labor de esa "aula de cultura científica" en la que estuvo implicado F. González de Posada, ni tampoco la amplísima labor de José Luis Abellán.

Acabada su estancia española por jubilación, Francisco Giral regresó a México, su otra patria, en donde volvió a ser recibido magníficamente. La Universidad Nacional Autónoma de México le nombró profesor emérito y doctor *honoris causa*. El doctorado *honoris causa* lo recibió de las universidades de La Habana, Lima, Caracas, São Paulo y Granada, aunque en este último caso lo recibió en nombre de la *universidad del exilio*. Recibió los premios nacionales "Leopoldo Río de Loza", en ciencias farmacéuticas; "Andrés Manuel del Río" en ciencias químicas, de la Sociedad Química de México, y "Martín de la Cruz", del sector sanitario. Fue miembro correspondiente de la Academia de Ciencias Farmacéuticas de México, de la Academia de Ciencias Exactas Físicas y Naturales de la República argentina, de la Sociedad Química del Perú, de la Asociación de Química y Farmacia del Uruguay y de la Real Academia de Medicina de Catalunya.

En México Francisco Giral dirigió unas doscientas tesis de licenciatura, maestría y doctorado; escribió unos cien artículos científicos sobre fotoquímica, esteroides, medicamentos antipalúdicos, vitaminas, química de grasas animales y vegetales, química de insectos y otros doscientos de difusión y divulgación, sobre enseñanza de la química, productos naturales, alimentos e historia de la química y la farmacia. También fue autor de una docena de libros. Dejó una pléyade de alumnos y una de las últimas tesis dirigidas por él fue la de su nieta Ángela López Giral.[38]

No debo acabar este artículo sin volver a mencionar la extraordinaria biografía que Francisco Giral escribió de su padre

[37] Además de su libro ya citado sobre el tema, conviene recordar otro: Francisco Giral, *Ciencia española en el exilio (1939-1988)*, Madrid, Amigos de la Cultura Científica, 1989.

[38] Andoni Garritz, "Francisco Giral González: un verdadero maestro", *Journal of the Mexican Chemical Society*, vol. 46 (2002), 193-195.

José. La excepcionalidad del libro no se debe tanto a su valor documental (que sí lo tiene, a pesar de que faltan algunos documentos que, según tengo entendido, el autor reservaba para edición aparte, cuando le sorprendió la muerte), cuanto al ejemplo moral que ofrece. La obra es un auténtico monumento al amor filial, en el mejor sentido del concepto. No se sabe, a lo largo de todas las páginas, si el autor habla de su padre o de sí mismo y esto se debe a una auténtica compenetración del autor con la obra científica, política y ética de su progenitor. Cabe agregar que esta compenetración no se efectúa desde un sentimentalismo flojo, exento de crítica —véanse si no las durísimas líneas escritas acerca de la época en que el padre se presentó y resultó elegido presidente del Gobierno en el exilio— sino desde la asunción de un punto de vista que el hijo compartía con el padre al enfocar asuntos tanto profesionales como más ampliamente humanos. La obra del hijo absuelve absolutamente al padre de todos los errores que cometió. Y la sinceridad de su actitud convence, porque, desde luego, una postura ética tan firme es imposible de mantener y transmitir si el autor no la siente en lo más hondo.

Con toda probabilidad esta biografía nunca será popular. Entre otras cosas, porque el personaje era republicano y el republicanismo ya no está de moda; pero también porque la lectura, hay que confesarlo, no siempre resulta amena. Sin embargo, el libro es un auténtico monumento que el autor redacta en homenaje a su padre y a toda una generación de republicanos, burgueses, liberales, movidos por inquietudes sociales y regidos por unos principios éticos de orden universal. Hombres admirables, todos ellos, y dignos de nuestra consideración e imitación.

LOS AÑOS ESPAÑOLES DEL PROFESOR ANTONIO MADINAVEITIA Y TABUYO (1890-1934)

José Elguero Bertolini
Consejo Superior de Investigaciones Científicas

Voy a hablarles de los años españoles de Antonio Madinaveitia. He elegido ese periodo de su vida, porque la información de la que dispongo de los años mexicanos de Madinaveitia es muy escasa. Lo que pretendo esencialmente es recordar ciertos rasgos del origen familiar de Antonio Madinaveitia y a continuación describir algunos de sus trabajos de investigación, aunque de manera sucinta ya que imagino que soy el único químico en este acto.

La figura 1 resume el árbol genealógico de la familia Madinaveitia. Antonio Madinaveitia se casó con Welly Jurgenson y tuvieron cinco hijos, algunos de los cuales residen en México y otros en Inglaterra.

Antonio Madinaveitia era el hijo de un médico muy célebre en los años anteriores a la Guerra Civil, Juan Madinaveitia Ortiz de Zárate, del cual les quisiera contar algunas cosas (figura 2).

Juan Madinaveitia (figura 3) estuvo ligado profesionalmente con personas muy representativas de los años de los que estamos hablando. Fue jefe de medicina general del hospital de Madrid adscrito a la Facultad de Medicina, y como se ilustra en la figura 2 tuvo contactos con muchas de las personalidades de su tiempo como Giner, Cajal, Simarro, Castillejo, Marañón, Rodríguez Lafora, Calandre, Juan Ramón Jiménez, Indalecio Prieto y Achúcarro, quien, a su vez, tenía buenas relaciones con lo mejor en psicología y en psiquiatría de aquella época en Europa. Falleció en Barcelona en 1938.

Juan Madinaveitia, a quien Marañón definió como un santo laico, fue uno de los fundadores del Club Alpino Español, el CAE.

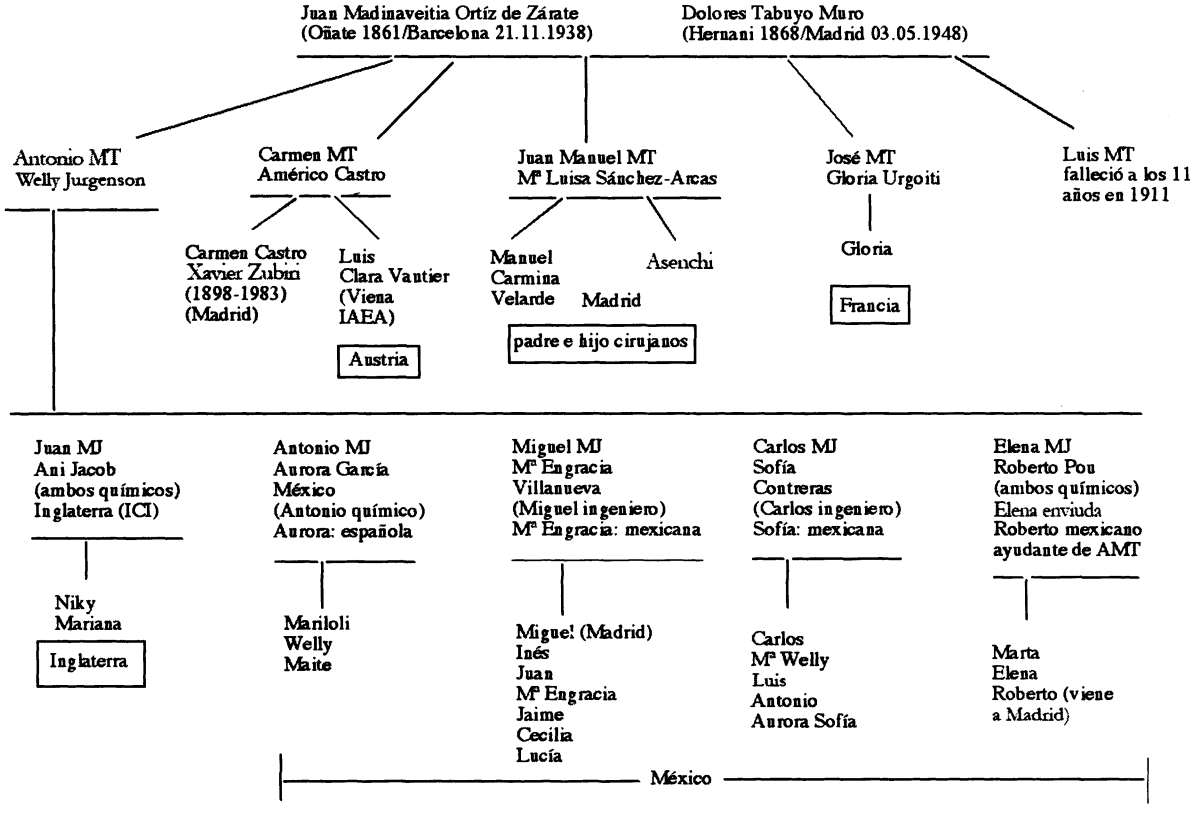


Figura 1. Árbol genealógico de la familia Madinaveitia.

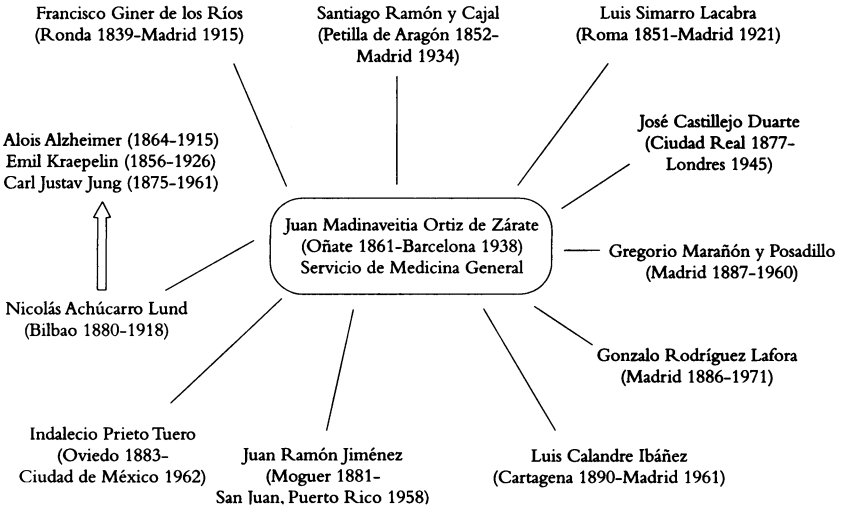


Figura 2. El mundo de Juan Madinaveitia Ortiz de Zárate.

Es bien sabido que en la tradición de aquella época, el descubrimiento de la naturaleza y el progreso de la ciencia estaban íntimamente ligados. Es una característica también de La Residencia. La Sierra de Madrid está llena de fuentes y refugios que nos recuerdan aún hoy quiénes fueron estas personas y esa Institución.

He aquí algunas frases extraídas de la biografía de Indalecio Prieto (Octavio Cabezas, *Indalecio Prieto, socialista y español*, Madrid, Algaba Ediciones, 2005): página 59: "se celebra en Madrid (14-16 abril 1906) el 1° Congreso del PSOE en el que se funda la FNJS. Siguen los disturbios entre republicanos y socialistas y al inicio de 1907 la Juventud Socialista, en un intento de apaciguar los ánimos, organiza ciclos de conferencias en las que participan personalidades de los distintos ámbitos. El doctor Madinaveitia da una de ellas junto al líder republicano Melquíades Álvarez". Página 67: "Todos intentan convencer a Prieto para que se lance a la acción política; el único que lo convence es Madinaveitia, argumentando que no saldría vencedor pero que sólo él era capaz de aglutinar las diferentes tendencias. Se equivoca, Prieto sale elegido y el 1° de mayo de 1911 Prieto toma posesión como diputado pero antes toma habla en un mitin. Lo arropan todos, entre ellos Juan Madinaveitia."

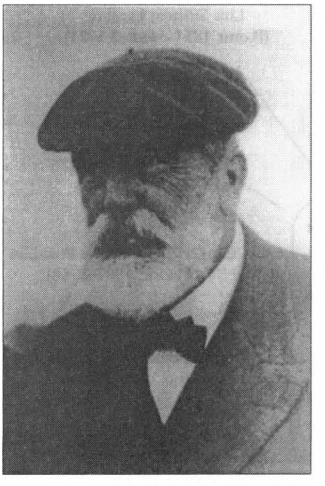


Figura 3. Juan Madinaveitia Ortiz de Zárate.

Fue pues Juan Madinaveitia el que introdujo a Prieto en el Partido Socialista Obrero Español. Él entonces era militante de un partido nacionalista vasco, pero luego cuando volvió a Madrid ya ingresó en el PSOE. También en los epistolarios de Castillejo (David Castillejo, *Epistolario de José Castillejo*, tres tomos, Madrid, Castalia, 1997-1999) se encuentran frecuentes alusiones a Madinaveitia padre; en particular se sabe que fue el médico personal de Castillejo y de Giner.

Entre los mejores amigos de Madinaveitia se encuentra Luis Simarro, uno de los médicos españoles más importantes. Vivían en la misma manzana en dos casas adyacentes de la calle General Oráa. Cuenta Assumpciò Vidal Parellada (*Luis Simarro y su tiempo*, Madrid, C.S.I.C., 2007): "Simarro, persona de claro talante empírico, siempre fue un apasionado del trabajo de laboratorio y no dudó en crear uno, de carácter modesto, en su primera vivienda madrileña del Arco de Santamaría. Tras edificar la casa de General Oráa, junto al palacete de Lázaro Galdiano, instaló en ella la gran biblioteca que poseía. En los bajos de su casa y de la contigua del doctor Madinaveitia establecieron un magnifico laboratorio privado del que pudieron beneficiarse N. Achúcarro, G. Rodríguez Lafora y Luis Calandre". De hecho, Juan Madinaveitia estuvo presente en los últimos momentos de Luis Simarro y fue nombrado albacea testamentario por éste.

El cuadro del pintor Sorolla de la figura 4 se encuentra en el museo Sorolla de Madrid; en él puede verse a Simarro rodeado de sus discípulos. El primero es Achúcarro y el segundo, el de la bata marrón clara, es Juan Madinaveitia. Es un cuadro que se presentó en la Residencia de Estudiantes, en la exposición sobre la investigación científica, hace un par de años. Los cuadros de investigadores en su trabajo son muy poco frecuentes y éste en concreto es un cuadro realmente excepcional: pueden apreciarse

los reactivos, como el cromato potásico, los distintos tintes y todas esas cosas que tanto nos gustan a los químicos.

En la figura 5 dos fotos, una antigua y otra reciente, de la casa de Juan Madinaveitia en la calle General Oráa de Madrid. La de la izquierda era la de Madinaveitia y a su derecha estaba la casa de Simarro. Es lamentable, pero hoy día no hay ninguna placa, nada en esos dos edificios que recuerde a Madinaveitia o a Simarro. La casa primera depende de la Comunidad de Madrid,

Figura 4. Cuadro de Joaquín Sorolla.

Figura 5. Casa de Juan Madinaveitia en General Oráa.

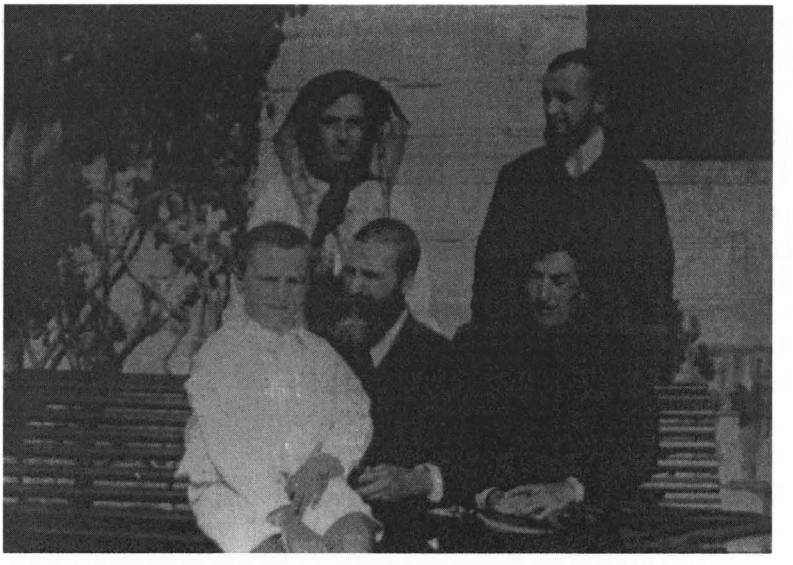


Figura 6. La familia Madinaveitia.

es una dependencia de Sanidad, y la segunda casa es un "aparthotel", pero si entra uno en el portal, nada indica que eran las casas personales de Simarro y de Madinaveitia y que en el sótano estaban los célebres laboratorios.

La figura 6 es una foto de Juan con su esposa Dolores, y sus hijos Antonio, Carmen y el pequeño Luis. Antonio es el de arriba a la derecha.

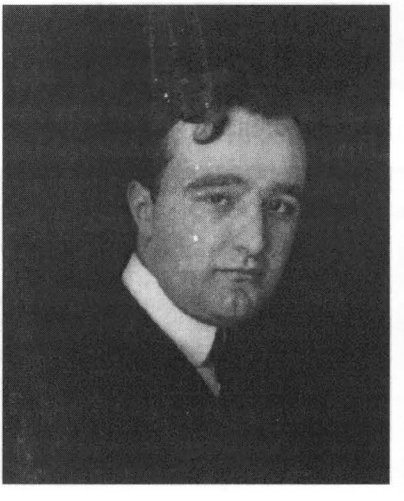


Figura 7. Antonio Madinaveitia.

La figura 7 es una de las pocas fotos que hemos podido encontrar de Madinaveitia joven. Antonio Madinaveitia hizo su tesis doctoral en Suiza, en el Politécnico de Zürich, con Richard Willstätter, premio Nobel de Química, y cuando Willstätter se fue de Suiza a Berlín, al recién creado "Kaiser-Wilhelm-Institut für Chemie", Madinaveitia lo siguió y trabajó algún tiempo allí con él.

Figura 8. Richard Willstätter.

Willstätter (figura 8) tuvo una vida trágica, era un judío-alemán que en 1938 tuvo que exiliarse en Suiza, donde falleció en 1942.

Aún hoy, Richard Willstätter es un químico muy conocido, todas las fórmulas de la figura 9 están relacionadas con él; llevó a cabo la síntesis de la atropina, de la cocaína, de las antocianinas, de la clorofila, la parte del heme de la hemoglobina, e incluso algunos compuestos sencillos que están representados abajo a la derecha. Realizó la primera síntesis de un producto que hoy día es un producto muy importante en química, el COT. Era uno de los grandes químicos de su generación y Madinaveitia siguió muy ligado a él.

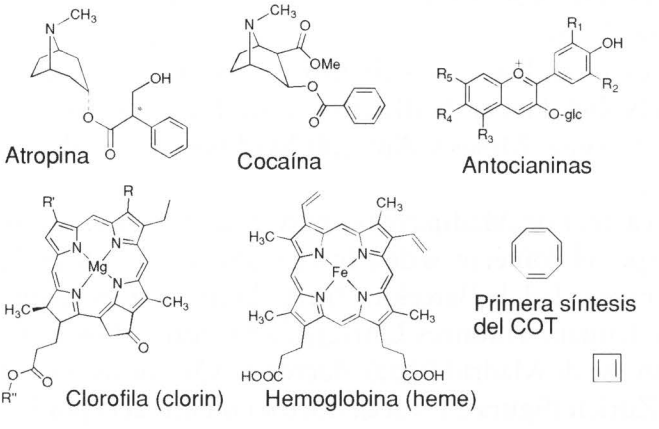


Figura 9. La química de Richard Willstätter.

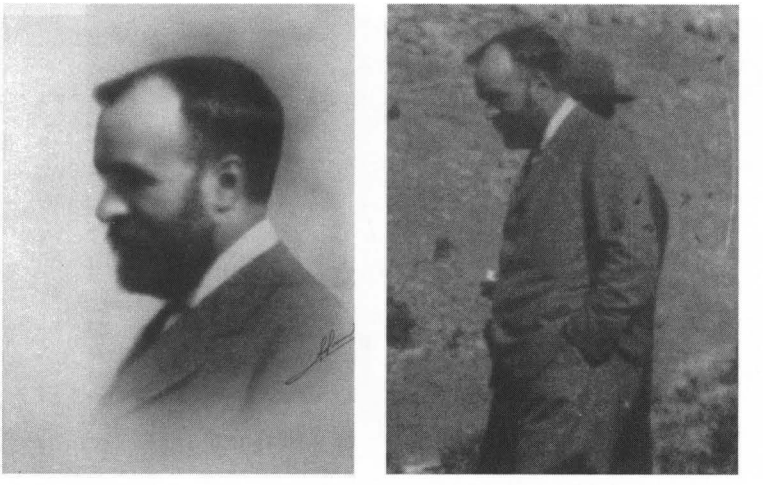


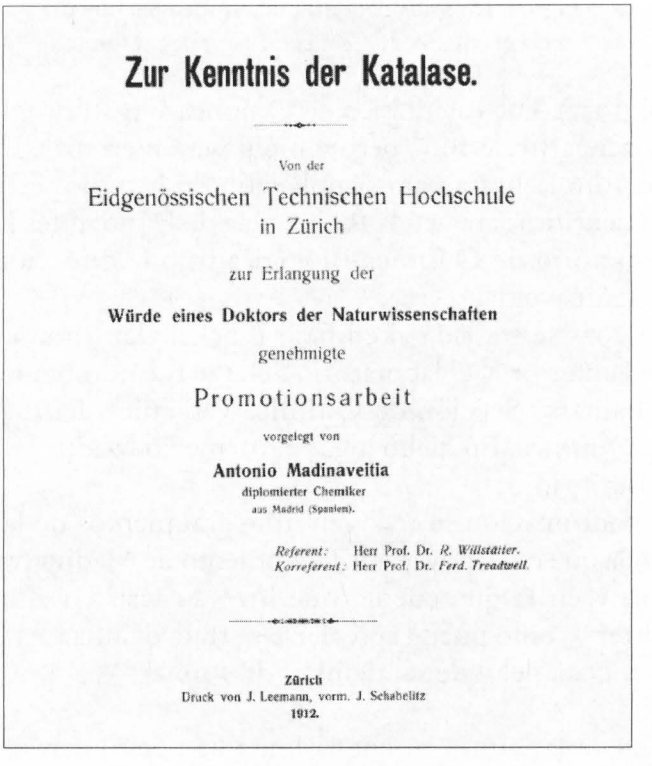
Figura 10. Hacia los 35 años de edad.

La figura 10 son dos fotos de Madinaveitia en los años veinticinco. La figura 11 es una foto muy célebre que corresponde a la preparación del Congreso Internacional de Química que tuvo lugar en Madrid en el año 1934. Los congresos internacionales de química de la IUPAC se interrumpieron después de la primera guerra mundial y el siguiente que tuvo lugar fue el de Madrid, es decir que entre los años 1920 y 1934 no hubo congresos. Para preparar el congreso de Madrid se reunieron en 1933 una serie de científicos españoles y extranjeros en Santander, en la entonces Universidad de Verano, y que hoy se conoce como Universidad Menéndez Pelayo.

En esta foto hay varios científicos extranjeros, entre ellos tres premios Nobel, Haber, Willstätter y Von Euler y entre los españoles están Enrique Moles y Antonio Madinaveitia, ambos en la última fila.

La carrera de Madinaveitia muy resumida fue así: ingeniero químico por el Politécnico de Zürich (1910), licenciado en Farmacia por la Universidad de Barcelona (1913), licenciado en Químicas por la que se llamaba entonces Universidad Central, hoy Universidad Complutense de Madrid (1922), doctor en Químicas por el Politécnico de Zürich (figura 12, 1912), doctor en Farmacia por la Universidad Central (1913), doctor en Químicas también por la Universidad

Figura 11.



Zur Kenntnis der Katalase.

Von der

Eidgenössischen Technischen Hochschule
in Zürich

zur Erlangung der

Würde eines Doktors der Naturwissenschaften

genehmigte

Promotionsarbeit

vorgelegt von

Antonio Madinaveitia
diplomierter Chemiker
aus Madrid (Spanien).

Referent: Herr Prof. Dr. *R. Willstätter.*
Korreferent: Herr Prof. Dr. *Ferd. Treadwell.*

Zürich
Druck von J. Leemann, vorm. J. Schabelitz
1912.

Figura 12. Portada de la tesis de Antonio Madinaveitia.

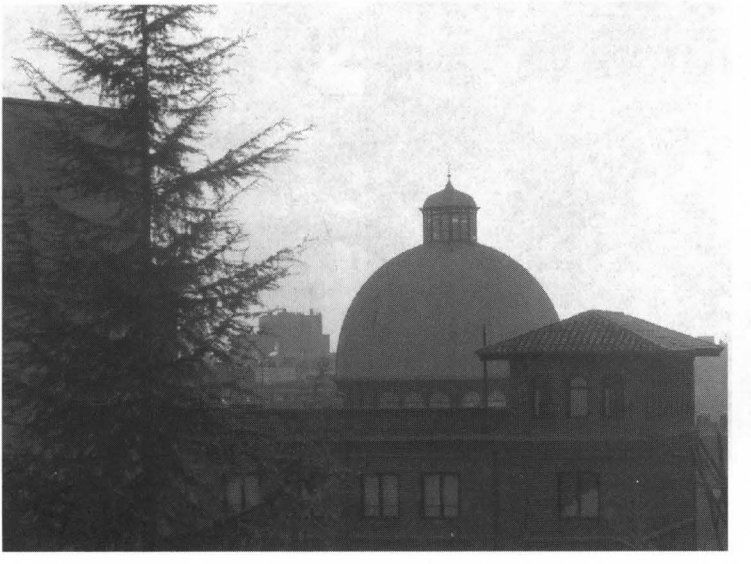


Figura 13. La Residencia de estudiantes hoy día con el Museo de Ciencias Naturales al fondo.

Central (1922). Fue catedrático de Química Orgánica aplicada a la Farmacia a partir de 1916, pero tomó posesión en 1925.

En 1916 la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas crea en la Residencia de Estudiantes (figura 13) un Laboratorio de Química Biológica bajo la dirección de Antonio Madinaveitia.

En 1925 se traslada al edificio Rockefeller (figura 14), muy cerca del anterior, y el laboratorio del que fue nombrado director pasó a llamarse Sección de Química Orgánica del Instituto de Física y Química. En dicho lugar permaneció Madinaveitia desde 1932 hasta 1939.

A continuación se recogen unos fragmentos de la carta de Cajal en la que éste apoya el nombramiento de Madinaveitia como director, y en la que cuenta que hizo su tesis en Zürich, con Willstätter. Como puede apreciarse se trata de una carta bastante elogiosa. Data del 7 de septiembre de 1916:

> Una de las ramas en que la Junta ha puesto más empeño en desarrollar ha sido la de los estudiantes de Química [...] Se han

dado éstos cuenta del valor de los estudios químicos y piden trabajos prácticos en mayor número de los que los centros oficiales pueden atender [...] Ha sido en los [Laboratorios] de la Junta colaborador asiduo durante varios años D. Antonio Madinaveitia y Tabuyo. Hizo su preparación en Zurich, al lado del profesor Willstätter, el cual, estimando ya en mucho su valer y su cooperación, quiso llevarlo consigo, ofreciéndole un puesto al trasladarse a su nuevo Laboratorio de Berlín.

A partir de determinado momento, hacia 1929, la actividad investigadora de Madinaveitia decae. No sólo la guerra, tampoco los años que la precedieron fueron propicios a la investigación. En aquella España que yo conocí pero que apenas recuerdo, había mucha tensión. En los años 1936-1939, fue decano de la Facultad de Farmacia de Madrid, y como pueden comprender no fueron años normales. Dejó de publicar, científicamente se ocupó de su Facultad, por tanto lo que escribió Pedro Laín Entralgo sobre la personalidad de Madinaveitia "Un hombre a quien nada logró apartar de su tarea de hacer ciencia" no es del todo cierto.

Entre sus alumnos más conocidos, he destacado dos (figura 15), Ignacio Ribas Marqués, quien hizo su tesis con él en el Rockefeller y que luego fue durante muchos años catedrático de Química Orgánica en Santiago de Compostela, donde falleció, y Francisco Giral González, nacido en Salamanca en 1911, y fallecido en la ciudad de México en 2002.

En cuanto a su vida en México, haré sólo un pequeño resumen. Antonio Madinaveitia llegó a este país en 1939 invitado por

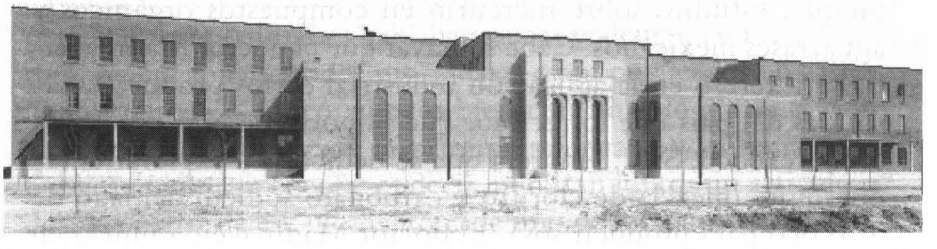


Figura 14. Instituto de Física y Química.

Figura 15. Ignacio Ribas Marqués y Francisco Giral González.

La Casa de España (después El Colegio de México), fundada por Alfonso Reyes y Daniel Cosío con el fin de recibir a los intelectuales del exilio. Auspiciado por esta institución impartió conferencias en varias universidades del interior de la República, entre las que destacan San Luis Potosí y Morelia. Se integró a la Escuela Nacional de Ciencias Químicas, donde presentó tres conferencias ese mismo año. Los temas tratados en ellas fueron: Farmacoquímica, Humectantes y Detergentes y Reacciones en cadena. Con apoyo de La Casa de España y la fundación Rockefeller participó en la creación y consolidación del Instituto de Química de la Universidad Nacional, en donde formó a personalidades muy destacadas de la química mexicana de la segunda mitad del siglo XX, todas ellas miembros del mismo Instituto. Entre los estudios que realizó ahí destacan aquéllos sobre la composición de los lagos salobres del centro de México, la hidrogenación catalítica de quinonas, la polimerización del antraceno, estudios sobre papilonáceas silvestres, estudios sobre el pulque, estudios sobre mercurio en compuestos orgánicos y aguarrases mexicanos. Cabe subrayar que el doctor Madinaveitia se interesó en la aplicación industrial de los productos naturales del país que lo recibió. Fue importante el proyecto de Sosa Texcoco, S.A., empresa que se dedicaría a explotar el tequesquite (mezcla de cloruro y carbonato sódico) del lago de Texcoco para producir sosa. El doctor Madinaveitia murió en la ciudad de México en 1974.

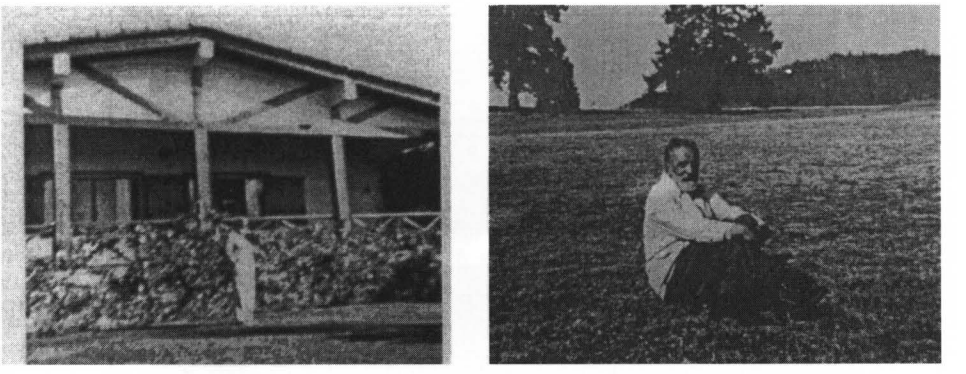


Figura 16. Dos fotos de los años mexicanos de Antonio Madinaveitia.

Como puede apreciarse, su actividad en México fue muy diferente de la que tuvo en España. Su primera publicación ("Bioquímica del agave") es de 1940 y su última ("Don Blas Cabrera Felipe") de 1945. En total ocho publicaciones, muy pocas para un hombre tan joven (tenía entre 50 y 55 años) y tan extraordinariamente brillante.

Como ilustración de su época mexicana dos fotos, una su casa en Cuernavaca (enero de 1956), que recuerda la casa de su padre en San Sebastián, con las vigas aparentes en la fachada, y un recuerdo de sus muchas excursiones por México en busca de recursos naturales.

En España publicó 38 trabajos (figura 17) y varios libros. Algunos corresponden a sus tesis; es notable la *Síntesis de medicamentos orgánicos* que publicó con el profesor Fourneau de París. Fourneau fue un químico muy célebre, creador de una empresa farmacéutica; del libro se hicieron sucesivas ediciones, siendo uno de los textos clásicos hasta la guerra. Las publicaciones de Madinaveitia tienen algunas características curiosas. Aunque él era perfectamente trilingüe, hablaba francés y alemán con toda soltura, prácticamente todos sus trabajos están publicados en castellano y él como único autor o bien con un solo alumno. Son alumnos que a partir de la primera publicación ya continúan publicando por su cuenta, es decir, publican juntos un artículo o dos, y a partir de ese momento cada uno de los alumnos de Madinaveitia ya publica sin que el maestro firme los trabajos.

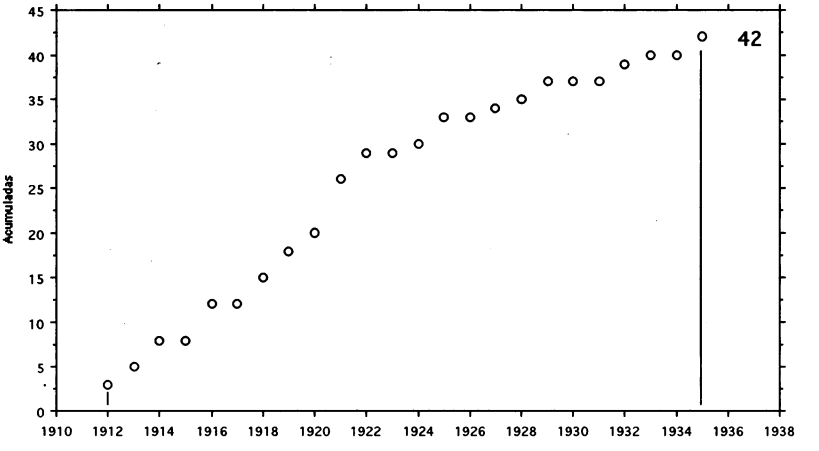


Figura 17. Las 42 publicaciones de Antonio Madinaveitia (entre los 22 y los 45 años de edad).

Lo que destaca de Madinaveitia como científico es lo adelantado que estuvo a su tiempo. Madinaveitia inició muchísimos temas de investigación que en la época en que los empezó eran realmente novedosos, no sólo en España sino en el mundo entero.

Le han criticado algunos autores, diciendo que abordó demasiados temas. Pero claro, como él no podía imaginar que en el año 1936 todo se iba a parar, inició muchas líneas de investigación que se interrumpieron y en las que no continúo nunca más, si bien todas ellas eran realmente muy prometedoras.

Me gustaría destacar algunas de ellas; por ejemplo, empezó a hacer fotoquímica en el año 1932, y aunque la fotoquímica es muy antigua (la ley de Grotthuss-Draper es de 1820), en España se interrumpió por la guerra, y hubo que esperar hasta los años setenta para verla reaparecer en el propio Instituto Rockefeller (rebautizado Rocasolano). Es decir, hubo casi 40 años de interrupción en lo que hacía Madinaveitia que, por aquel entonces, era realmente muy original. Él hacía fotoquímica usando luz solar, no fuentes artificiales, y lo hacía en las terrazas del Rocasolano (figura 18), que continúan hoy como en la época en la que Madinaveitia ponía sus reacciones a la luz del sol.

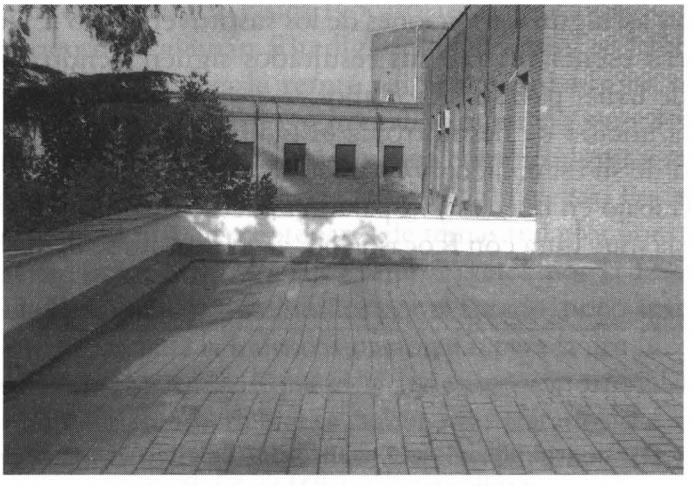


Figura 18. La terraza del Instituto de Química-Física "Antonio de Gregorio Rocasolano".

También trabajó en co-cristales y enlaces de hidrógeno, algo realmente novedoso, porque la noción de enlaces de hidrógeno es de los años 1919-1920 y hay trabajos de Madinaveitia de 1916.

A nosotros, la única manera que se nos ocurrió de rendir homenaje a Madinaveitia fue volver a retomar algunos de sus trabajos con las técnicas disponibles hoy, que nada tienen que ver con las que él tenía, para, en cierta manera, completar algunos aspectos que él dejó sin acabar.

Hicimos un trabajo sobre los co-cristales (figura 19), que publicamos citándole.

Los químicos tenemos una base de datos que se llama *Science Citation Index* que nos permite saber quién ha sido citado. Yo la fui a consultar hace un par de años y en aquel momento no había ninguna referencia a Madinaveitia, porque Madinaveitia desgraciadamente ha sido voluntariamente olvidado. Por lo menos, aunque sea una iniciativa modesta, nosotros hemos vuelto a publicar trabajos en el que se citan los suyos, unos sobre co-cristales (figura 19) y otro sobre un producto natural que se llama plumbagina, sobre el cual publicamos también un artículo (figura 20). En el artículo original de Madinaveitia hay, claro está, pequeños errores porque los métodos analíticos eran muy rudimentarios en su

época, y así algunas posiciones de los sustituyentes no son correctas, pero esencialmente sus resultados siguen siendo válidos a pesar de haber pasado tantos años.

La noción de desmotropía es también una de las ideas que él trajo de su estancia con Willstätter.

Trabajó en micelas y —paradojas de la vida— tuvo una controversia muy dura con Rocasolano, y su Instituto se llama hoy día

Issue in Honor of Prof. Irina Beletskaya ARKIVOC 2008 (iv) 33-46

Oxalic acid/phenols and oxalic acid/cholesterol co-crystals: a solid state ^{13}C CPMAS NMR study

Concepción López,*[a] Rosa M. Claramunt,[a] and José Elguero[b]

[a] *Departamento de Química Orgánica y Bio-Orgánica, Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED), Facultad de Ciencias, Senda del Rey 9, 28040 Madrid, Spain*
[b] *Instituto de Química Médica (CSIC), Juan de la Cierva 3, 28006, Madrid, Spain*
E-mail: clopez@ccia.uned.es

Dedicated to Professor Irina Beletskaya on the occasion of her 75th anniversary

Abstract
The structures of the crystals obtained by mixing oxalic acid (**1**) and five hydroxy derivatives, phenol (**2a**), *p*-cresol (**2b**), hydroquinone (**2c**), β-naphthol (**2d**), and cholesterol (**2e**) have been studied by ^{13}C CPMAS NMR. It has been proved that they are co-crystals of defined stoichiometry (oxalic/hydroxy derivative) 1:2 (**1**/**2a**, **1**/**2b**, **1**/**2e**), 2:2 (**1**/**2c**), and 1:4 (**1**/**2d**).

Keywords: Co-crystals, NMR, CPMAS, oxalic acid, phenols, cholesterol

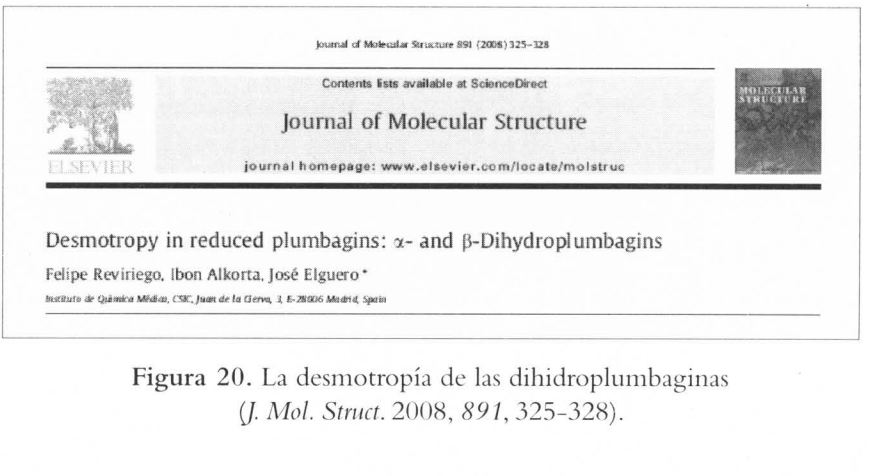
Introduction

In 1916 Antonio Madinaveitia published two papers in the Spanish journal *Anales de Química* (*Productos de adición del ácido oxálico* and *Sobre la separación de la colesterina y la isocolesterina.*) where he discussed the structure of the compounds that are formed when oxalic acid (**1**) is mixed with phenols or cholesterol (C-hydroxy compounds **2**).[1,2] These papers were really in advance to Madinaveitia's time since they involve two fundamental concepts: hydrogen bonds and co-crystals. The concept of hydrogen bonding was introduced by Huggins and by

Figura 19. Publicación sobre co-cristales (*ARKIVOC* 2008, *iv*, 33-46).

"Instituto de Química-Física Rocasolano". Rocasolano publicó que un científico alemán (Bredig, de Heidelberg) se había equivocado y Madinaveitia le refutó, diciendo que el que se había equivocado era Rocasolano, que el alemán tenía razón. Esto molestó mucho a Rocasolano, quien luego escribió algunos artículos en la postguerra muy injuriosos sobre Madinaveitia. Por ejemplo uno de 1940: "Entre los centenares de temas tratados por una pléyade de investigadores oficiales improvisados por la Institución [Libre de Enseñanza] y retribuidos por el Estado, poco aprovechable se encuentra para la industria nacional o para la producción del campo, etcétera; asuntos que si la investigación oficial hubiera estado bien orientada debieran haber sido tratados. La realidad ofrece el contraste de que precisamente son personas que vivieron fuera del radio de la Institución quienes han prestado al país tales servicios de orden científico. Realmente es de éxito más fácil y de más lucimiento investigar por regiones donde la imaginación actúa libremente, que estudiar asuntos para deducir consecuencias que el rigor de la práctica industrial o agrícola admita o rechace; de donde se deduce que investigar exclusivamente sobre temas teóricos, más que amor a la ciencia pura, pudiera ser una habilidad".

También trabajó en catálisis y eso era algo muy original en aquel momento, publicó tres o cuatro trabajos sobre catálisis de los años 1912-1925. Lo que destaca es la curiosidad de utilizar metales que no habían sido estudiados hasta entonces. Él trabajó


Journal of Molecular Structure 891 (2008) 325–328

Contents lists available at ScienceDirect

Journal of Molecular Structure

journal homepage: www.elsevier.com/locate/molstruc

Desmotropy in reduced plumbagins: α- and β-Dihydroplumbagins

Felipe Reviriego, Ibon Alkorta, José Elguero *

Instituto de Química Médica, CSIC, Juan de la Cierva, 3, E-28006 Madrid, Spain

Figura 20. La desmotropía de las dihidroplumbaginas (*J. Mol. Struct.* 2008, *891*, 325-328).

con rutenio, rodio e iridio, y fue una de las primeras personas a las que se les ocurrió explorar la tabla periódica en busca de la actividad catalítica de metales aún sin ensayar. Es curioso señalar que, al día de hoy, las reacciones que estudió Madinaveitia siguen siendo mal conocidas.

Como colofón de todo lo expuesto se puede concluir que Madinaveitia fue un adelantado a su tiempo y que fue una verdadera tragedia lo que le ocurrió (creo que la palabra tragedia está plenamente justificada en estas circunstancias). Tragedia porque de los científicos españoles cuya tarea fue interrumpida por la guerra, algunos se quedaron aquí, como Catalán y Moles, otros volvieron como Severo Ochoa, y como Cabrera. Madinaveitia no volvió y en España se hizo todo lo posible para que fuese olvidado, y se consiguió, ya lo creo que se consiguió. Espero que hayamos contribuido algo, aunque sea demasiado poco, a que su nombre vuelva a ser conocido. La Real Sociedad Española de Química tiene la intención de crear unos premios que lleven su nombre, con lo cual se conseguirá en cierta medida reparar una injusticia, pero depende de todos nosotros, españoles y mexicanos, que hagamos un esfuerzo para que no se le vuelva a olvidar. Se merece nuestro respeto y nuestra admiración.

IV.
FILOLOGÍA, FILOSOFÍA, SOCIOLOGÍA

AGUSTÍN MILLARES CARLO: SU TRABAJO EN LA CASA DE ESPAÑA Y EL COLEGIO DE MÉXICO (1938-1959)

ASCENSIÓN HERNÁNDEZ DE LEÓN-PORTILLA
Universidad Nacional Autónoma de México

Introducción

Agustín Millares Carlo (1893-1980), como muchas figuras del siglo XX, fue arrastrado por los acontecimientos históricos de su siglo y tuvo que emigrar de Europa a América. Pasó sus ochenta y siete años en dos mundos y cuatro moradas: la primera fue Las Palmas de Gran Canaria, su tierra natal, donde se formó como bachiller y como enamorado de los legajos del Archivo de Notarías, de la mano de su padre, notario en aquella ciudad. A los dieciséis, se trasladó a Madrid, su segunda morada. Allí se inscribió en las facultades de Filosofía y Letras y Derecho y pasó casi tres décadas de su vida. Conoció a los grandes maestros que estaban forjando la Edad de Plata, los de la generación del 98, y los más jóvenes de la generación de 1914, la suya propia. Con ellos se relacionó en la Universidad, en el Ateneo y en el Centro de Estudios Históricos, dirigido por Ramón Menéndez Pidal (1869-1967), en donde tenían presencia algunos mexicanos que después serían sus amigos, como Alfonso Reyes y Silvio Zavala. Muy joven, en 1929, ganó la cátedra de Paleografía en la Universidad Central y en 1934 fue elegido miembro de la Academia de la Historia, para ocupar la silla del conde de la Viñaza. Durante aquellos años publicó mucho, ganó premios, alcanzó prestigio y formó una familia.

En 1938 tuvo que dejar su país. México fue su tercera morada durante veintiún años. Aquí enriqueció su vida con el mundo americano y con un trabajo continuado e intenso y llegó a ser uno

de los humanistas más famosos entre los profesores españoles que se instalaron en esta tierra, que se transterraron, como decía José Gaos. En plena madurez, a los 66 años, marchó a Venezuela, país donde vivió quince años, hasta 1974. Una vez más, Millares emprendió un nuevo camino e hizo morada en Maracaibo, en la Universidad de Zulia. Una morada en la que su morador, como siempre, fue tenido como figura nacional en el campo de las humanidades. Al final de su vida regresó a su tierra, Las Palmas, donde recuperó su identidad de grancanario y formó más discípulos. Millares mostró siempre una capacidad de adaptación que sorprende: en las cuatro moradas se entregó a los hombres y culturas que en ellas habitaban; en las cuatro dejó un legado para la posteridad. En este breve ensayo trataré de perfilar su vida en México y sus tareas docentes y de investigación en La Casa de España, pronto transformada en El Colegio de México, tareas que realizó conjuntamente con más tareas en la Universidad Nacional.[1]

Millares llegó a México a mediados de 1938 después de vivir una breve etapa de exilio en Francia desde finales de 1936, casi desde que abandonó la capital de España. Salió de Madrid rumbo a Valencia una noche de noviembre de 1936 en un coche del Ministerio de Educación, en compañía de Juan Comas (1900-1979) y Wenceslao Roces (1897-1992). Años después Juan Comas recordaba con tristeza aquel viaje lleno de incertidumbre y angustia.[2] En aquellos días era director general de Archivos y Bibliotecas, cargo que aceptó cuando muchos intelectuales tuvieron que dar un sesgo político a sus vidas y ejercer funciones ajenas a su trabajo para apoyar física y moralmente a la República. Durante su exilio en Francia —finales de 1936 hasta mediados de 1938— se trasladó con su familia a Hendaya, donde estuvo en contacto con las universidades de Valencia y Barcelona, a las que acudía de vez en cuando. Pero en realidad, su estancia en Francia, en medio de

[1] Para reconstruir su labor en El Colegio es esencial la correspondencia de Alfonso Reyes con varios personajes importantes del momento, como se verá a lo largo del presente artículo. Las cartas de Reyes son una fuente de primera magnitud en la que se registra la vida académica de México en las décadas de 1940 y 1950. Debemos a Alberto Enríquez Perea su publicación, hecha con fidelidad y esmero.

[2] El relato de Juan Comas lo escuchó en varias ocasiones la autora de este ensayo.

la tragedia que vivía y del futuro que se avizoraba, tuvo su lado consolador: Millares pudo hacer consultas en dos bibliotecas de París, la Nacional y la Mazarina, en búsqueda de datos acerca de códices visigóticos, el trabajo que le apasionó toda su vida y que no pudo ver impreso.[3] También acudió a la Escuela de Paleografía de Chartres como profesor invitado. En realidad, los meses pasados en Francia fueron los últimos de esperanza de un posible regreso a su patria y a su vida universitaria.

Un hecho inesperado vino a truncar los últimos momentos de su estancia en Francia. En julio de 1938 murió su esposa Paula Bravo, con la que tenía una relación de cariño y armonía. Don Agustín quedó "sentimentalmente roto y con las manos vacías", cuenta su biógrafo José Antonio Moreiro.[4] Fue entonces cuando su paisano Juan Negrín le nombró vicecónsul de España en México y miembro del recién fundado Servicio de Evacuación de los Republicanos Españoles, SERE, dirigido por el doctor José Puche (1896-1979). Con sus cuatro hijos y su cuñada Mercedes embarcaron en el vapor *Le Havre* a Nueva York y desde esa ciudad llegaron en autobús a México. Aquí empezó a reconstruir paso a paso su vida y a conectarse con los pocos miembros universitarios que, invitados por Cárdenas, habían llegado en 1938 para dar vida a una nueva institución académica de altos vuelos: La Casa de España.[5]

[3] Al ingresar a la Academia de la Historia en 1934, Millares eligió como tema de su discurso *Los códices visigóticos de la Catedral toledana. Cuestiones cronológicas y de procedencia*. Fue publicado el año siguiente en Madrid por la editorial Hernando. Con este trabajo se ganó un lugar como medievalista. Su primer ensayo sobre este tema data de 1925 y se intitula "De paleografía visigótica: a propósito del Codex Tuletanus", *Revista de Filología Hispánica* (Madrid), vol. XII (1925), pp. 252-270. Bibliografía completa en José Antonio Moreiro, *Agustín Millares Carlo: el hombre y el sabio*, Las Palmas, Gobierno de las Islas Canarias, 1989.

[4] José Antonio Moreiro, *ibid.*, p. 157.

[5] El primero que llegó, en 1938, invitado por La Casa fue José Gaos (1900-1969), quien había sido rector de la Universidad de Madrid. En este mismo año llegaron José María Ots Capdequí, jurista e historiador; Enrique Díez-Canedo (1879-1944), crítico de literatura hispanoamericana; Juan de la Encina (1890-1963), crítico de arte; el psiquiatra Gonzalo Lafora (1886-1971) y Jesús Bal y Gay (1905-1993), musicólogo. La Casa incorporó a tres que ya estaban en México: León Felipe (1884-1968), Luis Recaséns Siches (1905-1975) y José Moreno Villa (1887-1955). Véase Clara E. Lida, José Antonio Matesanz y Josefina Zoraida Vázquez, *La Casa de España y El Colegio de México. Memoria, 1938-2000*, México, El Colegio de México, 2000, pp. 45-56. En adelante citaré como *La Casa de España*.

Ciertamente, el profesor canario llegaba a México cargado de tristezas, pero también de remedios para ellas: grandes proyectos.

Las primeras tareas: 1939

En su nueva tierra y con su nombramiento de vicecónsul, Millares retoma de inmediato sus antiguos trabajos. Y lo hace recabando información para aumentar un libro suyo que había sido premiado en 1932, su *Ensayo de una bio-bibliografía de escritores naturales de las Islas Canarias (siglos XVI, XVII y XVIII)*.[6] Quería enriquecer un trabajo ya de suyo muy extenso, 716 páginas. Y quería enriquecerlo con información referente a José de Anchieta (1534-1597), jesuita canario que escribió la primera gramática de una lengua de América del sur, del guaraní.[7] En el tema podemos ver su nuevo enfoque académico: retomar algo de su tierra que lo unía al mundo americano, al mundo que pisaba. Y para ello escribe a un viejo amigo de Madrid, Alfonso Reyes (1889-1959), que estaba en Brasil en misión diplomática. Le pide fotostática de las poesías de Anchieta que se conservan manuscritas en el Instituto Histórico de Río de Janeiro y asimismo otros datos acerca de su paisano canario.[8] Un mes después, el 28 de noviembre de 1938, Alfonso Reyes le contesta: le proporciona sus encargos y le envía su apoyo y su amistad. La carta termina con una frase que es un deseo pero también una profecía: "Que mi tierra sea para ustedes lo que España fue para mí en horas aciagas y alegres". Este fue el primer diálogo de Millares con Reyes en tierras americanas y el principio de una larga amistad que se reanudó plenamente en marzo de 1939, cuando Reyes fue designado presidente de La Casa de España.

[6] El trabajo había sido premiado por la Biblioteca Nacional de Madrid en 1932 y salió publicado en ese mismo año por la editorial Tipografía de Archivos.

[7] Joseph de Anchieta, *Arte de grammatica da lingoa mais vsada na costa do Brasil*, Coimbra, Antonio de Mariz, 1595.

[8] Carta del 28 de octubre de 1938. Véase Alberto Enríquez Perea (comp.), *Contribuciones a la historia de España y México. Correspondencia entre Alfonso Reyes y Agustín Millares Carlo. 1919-1958*, México, El Colegio Nacional, 2005, p. 31. En adelante citaré como *Contribuciones...*

Mientras, en el invierno de 1938, Millares entra en contacto con dos figuras clave para su futuro: José Gaos, que había sido catedrático de Paleografía en la Universidad de Madrid desde 1929, y Daniel Cosío Villegas (1898- 1976), el diplomático mexicano que cambió la historia del exilio español, el que supo mostrar a Cárdenas el valor de los españoles de la Edad de Plata, que a finales de la guerra estaban en busca de morada. Gaos escribe a Cosío, presidente del Patronato de la recién fundada Casa de España, y en diciembre de 1938 Cosío se entrevista con Millares y le hace tres importantes ofrecimientos: ser miembro de La Casa de España, gestionar clases de latín y paleografía en la Facultad de Filosofía y Letras, y abrirle las puertas del Archivo General de la Nación.[9] Un día antes de la Navidad de 1938, Millares agradece a Cosío sus ofrecimientos y le promete empezar el programa de trabajo pasadas las fiestas navideñas.[10]

Al empezar el año de 1939, Millares tenía asegurada la entrada al mundo académico mexicano, entrada que se consolidó cuando Alfonso Reyes fue nombrado presidente de La Casa de España en marzo de ese mismo año. Dos meses después, Millares exponía un extenso proyecto al literato admirado, ahora amigo cercano.[11] El proyecto consistía en un Catálogo general de los libros españoles de los siglos XVI y XVII, aprovechando la bibliografía de los escritores canarios ya publicada y la que sobre la imprenta en Barcelona traía manuscrita en cuatro volúmenes. Y sobre todo, aprovechando los fondos de la Biblioteca Nacional de México y de otras bibliotecas del Distrito Federal. Un proyecto de tal envergadura nos muestra la capacidad de trabajo de Millares que, además, estaba de tiempo completo en el Consulado de España, y nos muestra también el entusiasmo ante la riqueza bibliográfica del país que lo acogía. Por un momento se olvidó

[9] Carta de Cosío Villegas a Millares del 17 de noviembre de 1938. *Apud* Alberto Enríquez Perea, "Presentación" a *Contribuciones...*, p. 7. La fundación de La Casa de España se hizo por decreto del presidente Lázaro Cárdenas en julio de 1938. En la fundación fue determinante la acción de Daniel Cosío Villegas, diplomático en Lisboa, que había estado en España durante la guerra civil. Véase *La Casa de España*, pp. 37 y ss.

[10] Alberto Enríquez Perea, *ibid.*, pp. 7 y 8.

[11] Carta a Alfonso Reyes del 14 de mayo de 1939, en *Contribuciones...*, pp. 39-41.

de sus múltiples intereses y se concentró en el mundo del libro, una de sus pasiones desde que era joven. Y para facilitar todo, le dice a Reyes que no se preocupe del dinero, que su trabajo se hará con pocos recursos, sólo sueldos para los auxiliares y gastos de viaje.

Además del proyecto bibliográfico, la carta de presentación de Millares ante Reyes incluía el plan de reedición de una *Gramática* latina y una *Antología* latina, ambas obras publicadas en España. Su deseo fue prontamente satisfecho y ambos libros fueron reeditados en 1941.[12] La reedición de estos libros era muy necesaria para la clase y el seminario de latín que planeaba dar en la Facultad de Filosofía y que empezó a impartir en el segundo semestre de 1939, bajo los auspicios de La Casa.[13] También en ese semestre formalizó un curso de paleografía, "eminentemente práctico [...] incluyendo nociones de diplomática como cronología, forma externa, estudios de formularios, etc."[14]

Un proyecto más hay que recordar en este año de 1939: la catalogación de la sala de teología de la Biblioteca Nacional. Hay una carta fechada el 16 de octubre de 1939 en la que Reyes le pide al rector de la UNAM, Gustavo Baz, que "durante las vacaciones, el miembro de esta Casa, profesor Millares Carlo, está dispuesto a trabajar en la catalogación de esta sala. Nosotros —le dice— proporcionaríamos el mozo para el correo de libros y un ayudante para su trabajo".[15] Pocos días después, Gustavo Baz le contesta a

[12] La primera edición de la *Gramática*, hecha en Madrid, es de 1935. La de la *Antología* se hizo en Valencia en plena guerra, en 1937. La edición mexicana tiene pie de imprenta de El Colegio de México. Más información en José Antonio Moreiro, *op. cit.* pp. 116 y 397-398. También en Alberto Enríquez Perea, "Bibliografía" en *Contribuciones...*, pp. 42-43.

[13] En los primeros años La Casa no tenía sede propia y sus profesores fueron acomodados en diversas instituciones académicas, entre ellas la Universidad Nacional. Este acomodo aparece en las cartas que cruzaron Alfonso Reyes y el entonces rector de la UNAM, Gustavo Baz (1894-1987), publicadas por Alberto Enríquez Perea con el título de *Inteligencia española en México. Correspondencia Alfonso Reyes / Gustavo Baz (1939-1958)*, México, Fundación Histórica Tavera-El Colegio de México, 2001. En adelante se cita como *Inteligencia...*

[14] Alberto Enríquez Perea, *Contribuciones...*, p. 47.

[15] Véase *Inteligencia...*, p. 94.

Reyes que las autoridades de la Biblioteca han acogido el ofrecimiento y que don Agustín, "por su trato caballeroso y cordial, ha despertado grandes simpatías en la Institución".[16]

El gran proyecto de 1940

El año de 1939 fue de trabajo angustioso y arduo: había que abrirse camino en el mundo académico del nuevo país, trazar cursos y programas que encajaran bien con la enseñanza universitaria y mostrar una competencia en temas que atrajeran la atención de los estudiantes mexicanos. Para 1940 ya eran muchos los profesores españoles que habían llegado a México al terminar la guerra el 1 de abril de 1939 y que esperaban encontrar un contrato de trabajo duradero y amable en la Universidad Nacional, en el Politécnico o en universidades de provincia, algunas muy reconocidas.

En estas circunstancias, Millares le propone a Reyes, en carta de 29 de octubre de 1939, un plan de trabajo para 1940 verdaderamente extenso, con varias líneas de docencia e investigación, diríamos hoy, aunque él lo denomina simplemente "un plan triple": cursos en la Universidad, trabajos de investigación y publicaciones. Los cursos en la Universidad eran varios: uno de lengua latina para toda clase de alumnos; dos seminarios monográficos sobre autores latinos concretos y un curso de paleografía de los siglos XVI y XVII. En este curso colaboraba el profesor Federico Gómez de Orozco. Respecto de los trabajos de investigación, ofrecía don Agustín tres proyectos: la catalogación de la sala de teología de la Biblioteca Nacional; el examen y catalogación de la Biblioteca Pública de Morelia, y la investigación del Archivo de Protocolos Notariales guardados en las oficinas del Distrito Federal. Finalmente, en el apartado de publicaciones ofrecía la edición ya citada de la *Gramática* y la *Antología* latinas, y el comienzo de nuevas obras: una referente a fray Alonso de la Veracruz y un tratado de paleogr fía. Verdaderamente, cualquiera que lea el programa pensará que era demasiado am-

[16] *Ibid.*, pp. 95 y 96.

bicioso y así lo sintió él. En la misma carta hay un párrafo muy elocuente al respecto:

> Nada cuanto arriba se propone es ilusorio. Si el volumen de trabajo es grande, todo el problema para su realización estriba en una ordenación lógica y rígida del trabajo. ¿Gastos? Casi ninguno. Unos ficheros, una máquina de escribir y a ser posible y como máxima aspiración una Leica, hoy poderoso auxiliar de estas tareas por lo mucho que las abrevia y simplifica.[17]

En sus palabras se adivina el entusiasmo como motor de su disciplina de trabajo. Él sabe vender su proyecto, no pide casi nada de presupuesto, todo entra en su sueldo, que por esa fecha era de alrededor de 500 pesos mensuales. Además, piensa hacerlo él solo con su máquina de escribir y una cámara de fotos. Y después de esto podemos preguntarnos: ¿qué logró de lo prometido? Simplificando la mucha materia que se contiene en las cartas de los años siguientes y los informes de trabajo dirigidos a Reyes, podemos decir que logró mucho de lo ofrecido.

Logró dar las clases de latín y paleografía con un programa atrayente y completo. En sus seminarios logró preparar un grupo de latinistas que hoy son maestros de generaciones de maestros. Logró trabajar intensamente en la sala de teología de la Biblioteca Nacional con su sobrino Jorge Hernández Millares. Tan intensamente que en un informe de 1940 dice que tienen elaboradas 1120 fichas con descripciones minuciosas de obras.[18] Pero un año después, en junio de 1941, ya se habla de millares de fichas en una carta que Reyes le escribe en tono confidencial y que quizá su autor, el propio Reyes, nunca pensó que sería publicada:

> El director de la Biblioteca Nacional, don José Vasconcelos, contestando a mi pregunta, me dice que podemos mandarle los millares de fichas de teología que usted levantó, a reserva de que ellos continúen el trabajo cuando buenamente puedan, pues no

[17] *Contribuciones...*, p. 57.
[18] *Ibid.*, p. 63.

> se me disimula que la Biblioteca es el antro de la pobreza. En tales condiciones, no parece aconsejable el que nos desprendamos de estas fichas para que caigan en el olvido. Si a usted le parece, las conserva todavía en su poder o las deposita en El Colegio de México. Yo me encargo de no hacerle caso a mi amigo José Vasconcelos.[19]

Otro logro a corto plazo fue el de la Biblioteca de Morelia. En carta de Reyes a Millares del 30 de agosto de 1939 le pregunta qué día puede ir a Morelia para entrar en contacto con el rector de la Universidad, don Natalio Vázquez Pallares, a concretar el proyecto de catalogación de los libros del antiguo convento agustino de Tiripetío.[20] Dos años después, en 1941, volvió a Morelia para tomar nota de algunos de los libros que procedían de Tiripetío y que habían ido a parar al Museo Michoacano. Por fin en 1942 realizó el trabajo, según el informe oficial que dirigió a Reyes a principios de 1943. En él le dice que ha encontrado ejemplares de libros excepcionales, como la Biblia Políglota Complutense y la Chrónica Mundi o Crónica de Nuremberg, de 1493. Otra noticia buena que le da es que encontró y transcribió el testamento de don Antonio Huitziméngari, hijo del último gobernante del reino de Michoacán y maestro de la lengua purépecha de fray Alonso de la Veracruz, formado en Tiripetío. También le informa que encontró en el Museo un lote de libros antiguos en mal estado que trató de catalogar lo mejor que pudo. Termina su informe pidiéndole a Reyes que apoye una exposición en la ciudad de México y un catálogo de estos libros tan valiosos y tan olvidados.[21] Finalmente, respecto del tercer proyecto del año 40,

[19] Carta del 6 de junio de 1941. *Contribuciones...*, p. 99.

[20] *Ibid.*, p. 51. El convento y Colegio de Tiripetío fue fundado hacia 1538 por los agustinos para educar a los jóvenes purépechas que se formaban en humanidades, en el *trivium* y *cuatrivium*. Allí enseñaron fray Alonso de la Veracruz y fray Diego de Chávez, dos agustinos destacados del siglo XVI. Como consecuencia de las Leyes de Reforma, los libros acumulados en Tiripetío y en el cercano convento de Cuitzeo, fueron trasladados al Museo Michoacano, creado por el doctor Nicolás León, figura destacada del siglo XIX y principios del XX.

[21] La carta a Reyes con el citado informe está fechada el 17 de febrero de 1943. *Ibid.*, pp. 118-120.

el estudio de los protocolos notariales, Millares lo llevó a cabo a lo largo de varios años con ayuda de José Ignacio Mantecón, como pronto se verá.

El Centro de Estudios Históricos y el Centro de Estudios Filológicos

El 16 de octubre de 1940, La Casa de España en México cambió de estructura y se transformó en El Colegio de México. La Casa había quedado chica porque su destino había sobrepasado la idea para la que fue creada: dar una morada a los profesores de la España peregrina.[22] Pronto esos profesores de múltiples disciplinas científicas y humanísticas se multiplicaron y, con ellos, se mezclaron los mexicanos destacados. Unos y otros aparecían dando cursos y conferencias por los centros culturales de la ciudad de México: La Universidad, el Instituto Politécnico, el Palacio de Bellas Artes e inclusive universidades de provincia, en especial las de Morelia, Guanajuato y San Luis Potosí. Los pasos y trámites que se dieron para cambiar la estructura de La Casa están documentados punto por punto en la correspondencia de Reyes reunida por Alberto Enríquez Perea en un volumen titulado *Alfonso Reyes en La Casa de España en México (1939 y 1940)*, publicado en 2005. Una amplia "Presentación" abre el citado volumen con un ensayo en el que se reconstruye el proceso del cambio y los protagonistas que en él intervinieron.[23] La Casa era ya, de hecho, una universidad con intensa actividad.

El cambio era necesario y Reyes se lo hizo saber a Millares, avisándole que su contrato, como cada año, terminaba el 31 de diciembre. Sin embargo, le pedía el programa de trabajo para el año próximo. Millares se lo envía y muy amplio; además de sus

[22] Sobre esta transformación existe un memorandum de Reyes al Secretario de Hacienda en el que le hace varias propuestas, de acuerdo con el sentir de la opinión pública. Entre ellas, que la institución acoja a profesores mexicanos, que cambie su nombre al de Centro de Estudios Superiores y que deje de ser dependencia del Ejecutivo y pase a ser una asociación civil. El memorándum se reproduce en carta de Reyes a Gustavo Baz, del 27 de noviembre de 1939. Véase *Inteligencia...*, p. 99.

[23] Sobre este tema puede también consultarse *La Casa de España*, pp. 93-98.

cursos, le presenta un proyecto de elaboración de un índice analítico de las colecciones documentales de historia de América. Lo expone detalladamente y le dice que cuenta con la colaboración de dos investigadores: Juan Vicens (1895-1958) y José Ignacio Mantecón (1902-1980).[24] Reyes le contesta que se ponga en contacto con Silvio Zavala. Un nuevo personaje entra en el entorno cercano de Millares, personaje bien conocido de él, ya que ambos habían trabajado juntos en el Centro de Estudios Históricos de Madrid.

Precisamente en una carta de Silvio Zavala dirigida a Reyes en diciembre de 1940, aparece ya Millares como miembro del futuro Centro de Estudios Históricos de El Colegio. En la carta, Zavala le dice a Reyes que, después de varias reuniones con colegas, le envía unas páginas con un proyecto de Instituto de Investigaciones Históricas y que en él tendrá un papel —aún no definido— el señor Millares.[25]

El Centro se hace realidad bajo la dirección de Zavala en 1941 con un proyecto académico ambicioso orientado, según Clara E. Lida, a "cultivar con profundidad la historia de Hispanoamérica con énfasis especial en la de México. El Centro recogió la inquietud nacionalista predominante en el país en esos momentos, que en múltiples ocasiones tomó la forma de una arrobada curiosidad por sí mismo".[26] Pero, más allá del nacionalismo, en el Centro se puso en marcha un programa de estudios en el que, con nuevos métodos e instrumentos, se profundizaba en la indagación del dato y en la reflexión sobre los hechos. En este contexto tanto el saber paleográfico de Millares como sus cursos de latín resultaban valiosos para el que quería investigar en cualquier tema histórico, clásico, medieval o novohispano, relacionado con documentos de archivo.

[24] Carta del 17 de enero de 1941. *Contribuciones...*, pp. 85-92.

[25] Carta de Silvio Zavala a Alfonso Reyes del 16 de diciembre de 1940. En Alberto Enríquez Perea (comp.), *Fronteras conquistadas. Correspondencia Alfonso Reyes / Silvio Zavala 1937-1958*, México, El Colegio de México, 1998, p. 65.

[26] *La Casa de España*, p. 179. Informa esta autora que en 1945 El Colegio tuvo una sede propia en la calle de Sevilla 30. Antes funcionó en las oficinas del Fondo de Cultura y en la Secretaría de Hacienda. Las clases de historia se impartían en la Escuela Nacional de Antropología e Historia.

El curso comenzó en enero de 1941 con cinco profesores, número que aumentó a siete en 1942: Agustín Millares Carlo, latín y paleografía; Juan B. Iguíniz (1881-1972), bibliografía; Ramón Iglesia (1905-1948), historiografía y conquista de América; José Carner (1884-1970), historia general de la cultura europea; Concepción Muedra, instituciones medievales españolas y archivología; Silvio Zavala, instituciones coloniales de España en América; y José María Miquel i Vergés (1904-1964), independencia de América con énfasis en la de México.[27] De los siete, cinco eran españoles.[28] Este dato confirma, una vez más, la importancia que tuvo para el exilio la fundación de La Casa de España como morada vital. Para la propia España, la importancia era aún mayor porque muchos de los cursos que allí se dieron tocaban temas de la historia española, lo cual propiciaba la creación de un espacio de comprensión y acercamiento de España y México, en aquellos años alejados por un profundo corte en las relaciones diplomáticas.

"El núcleo fundamental y básico del profesorado del Centro lo formaron quienes se dedicaron a él casi exclusivamente: Zavala, Altamira, Iglesia, Muedra, Millares, Miranda y Gaos", afirma Clara Lida en su estudio ya citado.[29] Pero en realidad, todos los que enseñaron en El Centro innovaron en sus cursos con propuestas y puntos de vista nuevos en las disciplinas humanísticas básicas. Respecto de los cursos de Millares, Lida afirma "que tuvo a su cargo algunas de las materias técnicas y metodológicas más importantes en la formación de colonialistas: la paleografía y el latín, campos en los que su erudita formación resultó fundamental".[30] La opinión es acertada, aunque debe extenderse no sólo a los colonialistas sino también a los historiadores en general y desde luego a los filólogos formados en el Centro de Estudios Filológicos que se abrió en 1947 bajo la dirección de Raimundo Lida (1908-1967), en el que Millares también dejó huella. Pero, además, sus materias no sólo eran técnicas y metodológicas, ya que a tra-

[27] Informe sobre el Centro de Investigaciones Históricas, en *Fronteras conquistadas*, p. 315.

[28] Más tarde se incorporaron al centro José Miranda (1903-1967) y José Gaos.

[29] *Op. cit.*, p. 186.

[30] *Ibid.*, p. 189.

vés de ellas enseñaba a sus alumnos el humanismo de las culturas clásica y medieval.

De su trabajo en los primeros años del Centro de Estudios Históricos tenemos el propio testimonio de don Agustín en una carta dirigida a Reyes en 1942. En ella dice que ha concentrado sus esfuerzos en la paleografía de los siglos XVI y XVII y que el grupo de alumnos es bueno. En cuanto al latín, afirma que quiere dar una hora más a la semana para que se pueda ver a fondo la gramática. En resumen, afirma, "mi experiencia es satisfactoria y abrigo la esperanza de que de nuestro Centro saldrá un grupo bien preparado de futuros historiadores".[31]

Como ya se adelantó, en 1947 El Colegio fundó un Centro de Estudios Filológicos bajo la dirección de Raimundo Lida. Desde antes, Alfonso Reyes y algunos miembros de El Colegio, como Enrique Díez-Canedo, planteaban la posibilidad de un centro de estudios literarios y filológicos al estilo del que se había fundado en Buenos Aires en 1923 bajo la inspiración del Centro de Estudios Históricos de Madrid. Para dirigir el nuevo Centro se pensó en Pedro Henríquez Ureña (1884-1946), admirado literato y filólogo dominicano con mucha proyección en América. Al morir Ureña, Reyes entró en contacto con Amado Alonso, quien había dirigido el Instituto de Filología de Buenos Aires, aunque en aquellos momentos enseñaba en la Universidad de Harvard. Finalmente la responsabilidad de dirigir el nuevo centro cayó en Raimundo Lida, discípulo de Amado Alonso y de gran prestigio como lingüista y literato, quien en 1948 organizó y puso en marcha el Centro de Estudios Filológicos. Lida preparó un programa de docencia y de investigación muy extenso y reanudó la publicación de la *Revista de Filología Hispánica*, que con él se cambió de Buenos Aires a México, donde se ha editado desde entonces bajo el título de *Nueva Revista de Filología Hispánica*.[32]

Millares estuvo presente en todas estas tareas, que no le eran ajenas. Por una parte, había trabajado en el Centro de Estudios Históricos de Madrid con Menéndez Pidal, quien en 1924 le

[31] *Contribuciones...* p. 103.

[32] La historia del Centro puede consultarse *La Casa de España*, pp. 243-275.

encargó la dirección del recién creado Instituto de Filología de Buenos Aires durante casi un año. Conocía a Amado Alonso, formado también en Madrid y exiliado como él. En suma, el nuevo Centro arrancaba de una tradición que le era familiar a Millares pues, en cierto grado, en ella se había formado. Por otra parte, el Millares latinista era esencial para la preparación de los nuevos filólogos y así lo dejó consignado Antonio Alatorre, al recordar el quehacer de sus maestros en aquellos primeros años del Instituto:

> Algunos de los cursos fueron muy comunes y corrientes [...] Pero otros estuvieron muy por encima del nivel común y corriente, porque quienes los dieron eran entusiastas. Un entusiasta: Millares Carlo, que dio clases de latín y de paleografía. Yo no asistí a las primeras (porque ya sabía latín), pero me consta que eran tan animadas como las de paleografía; aprender paleografía con Millares era una aventura emocionante, un viaje de descubrimientos.[33]

Las palabras de Alatorre nos confirman el lado humano del profesor que sabía dar vida a la materia que explicaba y sabía transmitir a sus alumnos el gusto y la pasión por lo que estudiaba. Era el profesor que se entregaba a su asignatura con saber y sentir. El testimonio coincide con el de otro de sus alumnos, Antonio Gómez Robledo, quien recordaba que en sus clases de latín Millares recreaba los hechos históricos de los textos clásicos y así, un día, al terminar la traducción del libro IV de la *Eneida*, Millares recreó llorando la muerte de Dido.[34]

Años de fecundidad: libros y más libros

En suma, en estos años de trabajo en los centros de Estudios Históricos y Filológicos, don Agustín produjo mucho y variado. En realidad, uno de los rasgos más marcados de su quehacer era el de

[33] Véase el "Testimonio de Antonio Alatorre", en *ibid.*, p. 254.

[34] Testimonio recogido por la autora de este ensayo el 7 de octubre de 1986. Publicado en "Agustín Millares Carlo, polígrafo de España y América", *Cuadernos Americanos* (México), nueva época, vol. 47 (1994), p. 25.

sus múltiples intereses por varias disciplinas, lo cual lo hizo ser un polígrafo al estilo de su admirado Menéndez Pelayo y de su maestro Menéndez Pidal. Este rasgo lleva en sí otro: la fecundidad de su pluma. Desde sus años de estudiante en Madrid publicó mucho, y no sólo libros sino múltiples ensayos en revistas y periódicos. Puede decirse que su bibliografía es impresionante, como puede verse en la obra que le dedicó hace unos años José Antonio Moreiro.[35] Una gran parte de esa obra la hizo en México y está reseñada por Alberto Enríquez Perea en el volumen ya citado que recoge la correspondencia entre Alfonso Reyes y Millares Carlo.

Es necesario, sin embargo, hacer algunos comentarios sobre ella. En primer lugar hay que destacar que la obra escrita es el logro de sus grandes proyectos que se describieron en páginas anteriores; en segundo, que es parte inseparable de sus tareas docentes en El Colegio y en la Universidad Nacional, a la cual don Agustín estuvo también muy ligado e incluso hay que recordar que, a partir de 1954, fue nombrado profesor de tiempo completo en la Facultad de Filosofía y Letras. El nombramiento implicaba pedir licencia en El Colegio, aunque Millares siguió "unido moralmente" a esta casa que le acogió a su llegada.[36]

Ya vimos que las primeras publicaciones fueron reediciones de la *Gramática* y la *Antología* latinas que había editado en Madrid. Pero Millares, como muchos de sus compañeros de exilio, al pisar tierra mexicana, se interesó por la historia de México. En su proyecto de 1940 ya incluye un estudio de los protocolos de los archivos notariales de la ciudad de México, estudio que poco a poco realizó con su amigo José Ignacio Mantecón. Juntos elaboraron un artículo en 1944 sobre el "Archivo de notarías"[37] y un año después estaba terminado su *Índice de extractos de los protocolos del Archivo de Notarías de Mexico D. F. (Siglo XVI)*, que fue publicado por El Colegio de México en dos volúmenes, de 470

[35] En la ya citada obra de José Antonio Moreiro la bibliografía se extiende a lo largo de 112 páginas.

[36] Carta a Alfonso Reyes del 29 de julio de 1954. *Contribuciones...*, p. 195.

[37] El artículo se publicó en la *Revista de Historia de América* (México), núm.17 (junio de 1944), pp. 69-118. Comentarios en Alberto Enríquez Perea, "Presentación" a *Contribuciones...*, p. 56

y 395 páginas. Esta obra fue un punto de partida para la investigación en el campo de la archivología, que ambos siguieron cultivando en diversos ensayos hasta elaborar el *Repertorio bibliográfico de los archivos mexicanos y de los europeos y norteamericanos de interés para México*, publicado en 1959 por la Biblioteca Nacional, otro volumen de casi 400 páginas y modelo en su género.

En relación con estos tratados que abrían nuevos horizontes en el campo de la archivología, Millares y Mantecón prepararon un texto de estudio para facilitar la lectura de los manuscritos. Me refiero al *Álbum de paleografía hispanoamericana*, en tres volúmenes, uno de índole teórica y los otros dos de lectura de láminas. El *Álbum* es una obra fundamental, instrumento imprescindible para el estudio de documentos novohispanos. No existe otra obra de esta índole. Sigue teniendo vigencia absoluta. En realidad, el *Álbum* es el equivalente mexicano del *Tratado de paleografía española* (Madrid, Hernando, 1932), obra también en tres volúmenes.[38] Por estos y otros estudios de paleografía, Millares es considerado uno de los mejores paleógrafos de Europa, junto con el francés Jean Mallon.

Uno de sus intereses más fuertes y perdurables fue el saber acerca de los libros, las bibliotecas y los bibliógrafos. En varios de sus proyectos habla de crear un Instituto de Bibliografía Mexicana, cuestión que aborda con fuerza en una carta a Alfonso Reyes escrita en marzo de 1943.[39] No lo consiguió, pero sus publicaciones en este campo abrieron camino. Es más, ese mismo año sacó a la luz con su amigo Mantecón el *Ensayo de una bibliografía de bibliografías mexicanas. La imprenta, el libro y las bibliotecas*, publicado por el departamento del Distrito Federal. Otro dato: entre los años de 1944 y 1961 sacó miles de fichas en la sección bibliográfica en la *Revista de Historia de América*. Digna de recordar es su biografía de Juan José de Eguiara y Eguren (1696-1763), publicada por el Fondo de Cultura en 1944. Y digna de recordar

[38] El *Tratado* marcó un hito en los estudios paleográficos y se volvió a reeditar, puesto al día por su discípulo José Manuel Ruiz Asensio, en 1983. En realidad, parte de su contenido proviene de un libro anterior, *Paleografía española. Ensayo de una historia de la escritura en España desde el siglo VIII al XVII* (Barcelona, Labor, 1929).

[39] Véase *Contribuciones...*, p. 122.

también es su edición y puesta al día de la obra de Joaquín García Icazbalceta (1825-1894), que vio la luz en 1870, *Bibliografía mexicana del siglo XVI*, Fondo de Cultura Económica, 1954. Gracias a su enorme cantidad de datos y anotaciones hoy podemos tener completa y revivida la obra del famoso historiador del siglo XIX.

El interés por la historia de México llevó a Millares a incursionar en un campo nuevo para él: el de los historiadores y cronistas de México. Muy pronto, para 1942, tenía lista la traducción del extenso libro de fray Bartolomé de las Casas, *De unico vocationis modo omnium gentium ad veram religiones. Del único modo de atraer a todos los pueblos a la verdadera religión*, manuscrito inédito conservado en la Biblioteca Pública de Oaxaca, publicado por el Fondo de Cultura Económica con una "Introducción" de Lewis Hanke. Con él se abrió una nueva colección del Fondo, la Biblioteca Americana de Obras Latinas. Dentro de esta colección y en colaboración con Hanke, Millares publicó la *Historia de las Indias* (México, Fondo de Cultura Económica, 1951), también de Las Casas. Tradujo y editó asimismo las *Décadas del Nuevo Mundo* de Pedro Mártir de Anglería (México, Secretaría de Educación Pública, 1945). Importante es, en este contexto, el conjunto de publicaciones acerca de fuentes para el estudio del gran debate que surgió en el siglo XVI sobre la legalidad de la conquista. Entre ellas recordaré el *Cuerpo de documentos del siglo XVI sobre los derechos de España en las Indias y en Filipinas*, descubiertos y anotados por Lewis Hanke (México, Fondo de Cultura Económica, 1943), así como los tratados de dos profesores salmantinos que en la Junta de Burgos de 1512 levantaron su voz en defensa de los naturales americanos: *De las islas del mar océano*, de Juan López de Palacios Rubios, y *Del dominio de los reyes de España sobre los indios*, de Fray Matías de Paz. Traducidos del latín por Millares, ambos fueron publicados con una introducción de Silvio Zavala por el Fondo de Cultura en 1954. Un título más completa este conjunto: la edición facsimilar y estudio de las *Leyes Nuevas de Indias* (México, Gráfica Panamericana, 1952).

Al recordar estas obras, algunas traducidas del latín, hay que hacer alusión a un campo más en el que Millares abrió brecha: el del latín novohispano o, como hoy se dice, el neolatín. En la

actualidad este campo ocupa a muchos investigadores que encuentran en él no solo datos para la historia de México sino una fuente de creatividad del pensamiento novohispano.

Y al hablar del latín viene a la memoria otra aportación más, verdaderamente genial de Millares: los autores clásicos en versión original con traducción fiel al español y dentro de una colección mexicana. En 1944 salía el primer volumen de la Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana. Diseñada como una serie bilingüe, en ella se presentarían los textos clásicos apegados a las normas filológicas de la modernidad, con un prólogo sobre el autor y la obra. El proyecto era ambicioso y pocos centros académicos del mundo habían logrado una empresa de tal naturaleza. El hecho de que se lograra en la Universidad Nacional es un indicador del clima académico que se vivía en la ciudad de México en la década de 1940. Era un "momento feliz" en palabras de Eduardo García Máynez, director de la Facultad de Filosofía y Letras:

> Deseo recordar que entre 1937 y 1940 llegaron de España muchos y muy distinguidos intelectuales para los que el doctor Gaos inventó el calificativo feliz de transterrados [...]. Lo que entonces se hizo, difícilmente habría podido lograrse sin su ayuda. Aquellos años fueron un momento feliz de nuestra Facultad, pues los azares de la historia hicieron que entre sus profesores figuraran, junto a los más notables entre los mexicanos, varios de los mejores de las universidades de Madrid y Barcelona.[40]

En realidad, el proyecto fue presentado a Alfonso Reyes en carta firmada por Millares el 29 de marzo de 1943, según un plan ideado por él y por Juan David García Bacca (1901-1992).[41] La idea era que El Colegio patrocinara traducciones de los clásicos y algo se hizo. Por una parte, en 1944, salió una segunda edición de las *Cuestiones académicas* (El Colegio de México, 1944), de Ci-

[40] Eduardo García Máynez, "Breve historia del Centro de Estudios Filosóficos", *Dianoia* (México), vol. 12 (1966), p. 240.

[41] Carta del 29 de marzo de 1943. Véase *Contribuciones...*, p. 122.

cerón, que Millares había publicado en Madrid en 1919; y, por la otra, una edición de su versión de otra obra de Cicerón, *De los deberes* (El Colegio de México, 1945). Ambas ediciones contaron, por cierto, con prólogo de Juan David García Bacca. Pero finalmente, el proyecto se logró en la Universidad.

Don Agustín colaboró en la Bibliotheca desde el primer año de su fundación, 1944, con una traducción de *La conjuración de Catilina*, de Salustio. Al año siguiente, 1945, publicó otro volumen con *La Guerra de Yugurta. Fragmentos de historia y Cartas a César sobre el gobierno de la República.* Poco después, en 1947, sacó otros dos volúmenes, *Vidas de los ilustres capitanes* de Cornelio Nepote, y más tarde, en 1955, *Desde la fundación de la ciudad*, de Tito Livio. En esta tarea de impulsar la colección bilingüe estuvo acompañado de varios colegas transterrados, latinistas como él: Juan David García Bacca, José Manuel Gallegos Rocafull (1899-1963) y Domingo Tirado Benedí (1898-1971). El proyecto fue comunitario, mexicano-español, aunque Millares imaginó y puso nombre a la colección, una vez que él y García Bacca conquistaron el corazón de Eduardo García Máynez.[42] La Bibliotheca se consolidó con latinistas mexicanos, algunos de ellos discípulos de Millares y hoy maestros de maestros, como Rubén Bonifaz Nuño, Germán Viveros, Roberto Heredia y Tarsicio Herrera, figuras destacadas de la Universidad Nacional.

En sus traducciones tanto de los autores latinos como de los cronistas novohispanos que escribieron en latín, Millares tuvo saber y sutileza, al decir de Elsa Cecilia Frost. Destaca esta autora que sus traducciones están acompañadas de numerosas notas en las que explica con paciencia y rigor problemas lingüísticos; destaca su cuidado de leer bien el texto, así como su buen oído y sensibilidad. Piensa ella que fue un traductor excepcional:

> Uno de aquellos pocos que son capaces de ir más allá de las palabras del texto para entregarnos el mundo del que nació. Pero

[42] Véase Ascensión Hernández de León Portilla, "Clasicistas", en *Científicos y humanistas del exilio español en México* (México, Academia Mexicana de Ciencias, 2006), p. 69. Cabe añadir que, desde 1944 hasta 1955, de veintidós volúmenes publicados, dieciséis fueron elaborados por españoles.

> me atrevo a decir que, más allá que sus traducciones mismas, lo que debiéramos aceptar como su mayor legado es su manera de acercarse a un original: con una gran preparación y un gran interés y también con humildad y paciencia.[43]

Para Millares, su proyecto como latinista acabó en México. Al marchar a Venezuela se dedicó profundamente a la historia de ese país. Pero, poco antes de marcharse, en una carta a Alfonso Reyes le invita a participar en un *Anuario de Estudios Clásicos* próximo a publicarse por el Instituto de Filología Clásica de la UNAM. Millares firma como director y le ruega que colabore. Vemos, pues, que al final de su estancia en México, pudo corresponder con el hombre que tanto le había ayudado a lo largo de su vida en México, una vida llena de proyectos y logros, de venturas y desventuras, pero siempre vivida con esperanza.

Sus últimos años. Su legado

En 1953, don Agustín viajó a España acompañado de una de sus hijas y de su nieto con la idea de reintegrarse a su cátedra de Paleografía en la entonces Universidad Central. En carta a Reyes del 23 de marzo de aquel año le cuenta brevemente el fracaso de su intento y su proyecto de regresar a México, proyecto que fue muy bien recibido en El Colegio.[44] Volvió así a su vida mexicana. Pero en 1959 decidió pasar un sabático en la Universidad de Zulia, en Maracaibo, y lo que iba a ser un sabático se convirtió en una larga estadía de quince años. Se volcó en la historia de Venezuela, a través de libros y documentos de bibliotecas y archivos y dejó una huella profunda.[45]

Sin embargo, el destino quiso que en 1975 se le hiciera un homenaje en su tierra y Millares llegó a su isla para quedarse. El

[43] Elsa Cecilia Frost, "De la humildad y el esplendor de la traducción: don Agustín Millares Carlo (1893-1978)", *Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad* (Zamora, Michoacán), vol.14, núm. 56 (otoño de 1993), pp. 9-25.

[44] Carta incluida en *Contribuciones...*, p. 185.

[45] Véase José Antonio Moreiro, *op. cit.*, pp. 229-282.

"viejo profesor de latín"[46] tuvo arrestos para iniciar un plan cultural y para arreglar sus papeles sobre los códices visigóticos, la pasión de su vida. Con él llevó toda su experiencia del mundo americano, un inmenso saber acumulado en bibliotecas y archivos, en clases y pasillos. Su vida fue un ir y venir entre dos mundos y tres culturas hermanas y hermanadas por los libros. En ese peregrinar sin descanso vivió los acontecimientos vertebrales del siglo XX: el renacer cultural español de la Edad de Plata, la guerra civil, el esplendor cultural posrevolucionario mexicano. En todos estos aconteceres fue siempre el mismo: el maestro generoso, el investigador sin descanso, el hispanista que se vuelve americanista. Si se hubiera quedado en España, hubiera visto publicada su obra sobre los códices visigóticos.[47] Pero su destino estaba en América, donde supo construir un espacio común a varios países de una lengua común. Hombres como él han ayudado a forjar la historia de nuestra centuria y a enriquecer nuestra cultura compartida en las orillas del Atlántico.

[46] Así le gustaba llamarse. Lo cuenta su discípulo venezolano Lino Vaz Araujo en *Agustín Millares Carlo. Testimonios para una biografía*, Maracaibo, Universidad de Zulia, 1968, p. 32.

[47] Cuando Millares regresó a Las Palmas, llevó consigo cinco carpetas verdes con sus papeles sobre los dichos códices. Años después, en 1999, y con el patrocinio de la Universidad de Educación a Distancia y el Gobierno de Las Canarias, sus discípulos terminaron el trabajo y lo publicaron en dos volúmenes bajo el título de *Corpus de Códices visigóticos*. Se hizo una presentación del corpus en la Biblioteca Nacional de México. Véase Ascensión Hernández de León-Portilla, "Agustín Millares Carlo, codicólogo", *Boletín Millares Carlo* (Las Palmas de Gran Canaria), vol. 20 (2001), pp. 51-58.

Referencias bibliográficas

ENRÍQUEZ PEREA, Alberto (comp.). *Fronteras conquistadas. Correspondencia Alfonso Reyes/Silvio Zavala*, México, El Colegio de México, 1998.

———. *Inteligencia española en México. Correspondencia Alfonso Reyes/Gustavo Baz (1939-1958)*, México, Fundación Histórica Tavera-El Colegio de México, 2001.

———. *Alfonso Reyes en La Casa de España en México (1939 y 1940)*, México, El Colegio Nacional, 2005.

———. *Contribuciones a la historia de España y México. Correspondencia entre Alfonso Reyes y Agustín Millares Carlo 1919-1958*, México, El Colegio Nacional, 2005.

———. *Días de exilio. Correspondencia entre María Zambrano y Alfonso Reyes, 1939-1959 y textos de María Zambrano sobre Alfonso Reyes, 1960-1989*, México, Taurus-El Colegio de México, 2005.

———. "Presentación" a *Contribuciones a la historia de España y México. Correspondencia entre Alfonso Reyes y Agustín Millares Carlo*, México, El Colegio Nacional, 2005.

HERNÁNDEZ DE LEÓN-PORTILLA, Ascensión. "Filólogos españoles en la UNAM", en José Luis Abellán y Antonio Monclús (coords.), *El pensamiento español contemporáneo y la idea de América*, Barcelona, Anthropos, 1989, v. I, pp. 225-242.

———. "Agustín Millares Carlo, polígrafo de España y América", *Cuadernos Americanos*, nueva época, México, UNAM, 1994, pp. 76-102.

———. "Agustín Millares Carlo, codicólogo". *Boletín Millares Carlo*, Las Palmas de Gran Canaria, Centro asociado a la UNED, 2001, v. 20, pp. 51-58.

———. "Clasicistas", en Antonio Bolívar Goyanes (coord.), *Científicos y humanistas del exilio español en México*, México, Academia Mexicana de Ciencias, 2006, pp. 63-74.

LIDA, Clara E., José Antonio MATESANZ y Josefina Zoraida VÁZQUEZ. *La Casa de España y El Colegio de México. Memoria, 1938-2000*, México, El Colegio de México, 2000.

MANTECÓN, Matilde. "Indice biobliográfico del exilio español en México", en *El exilio español en México*, México, Fondo de Cultura Económica y Editorial Salvat, 1982.

MOREIRO, José Antonio. *Agustín Millares Carlo: el hombre y el sabio*, Gobierno de las Islas Canarias, 1989.

VAZ ARAUJO, Lino. *Agustín Millares Carlo. Testimonios para una biografía*, Maracaibo, Universidad de Zulia, 1968.

EN TORNO A UNA PEDAGOGÍA DEL "TACTO" EN JOAQUÍN XIRAU

TATIANA AGUILAR-ÁLVAREZ BAY
Universidad Nacional Autónoma de México

En el ensayo "Por una senda clara" Joaquín Xirau relata su paso por la frontera francesa en enero de 1939.[1] Será éste el primer hito del camino que lo trae a México, en agosto de este mismo año, después de unos meses en París, donde imparte conferencias en la Sorbona.[2] Sale de España con un grupo del que forma parte Antonio Machado, quien viaja en compañía de su madre y de su hermano. Xirau se transforma así en un testigo de excepción de los últimos días de Machado. El penoso trayecto le permite elaborar un luminoso retrato, que sorprende por la calidad de su atención y el rigor de su registro. Entre otras anécdotas y pormenores, rescata la imagen del poeta absorto en la visión del campo durante las escalas del viaje: "Machado se sentaba con frecuencia

[1] "Por una senda clara" se publica en *Diálogos*, núm. 112 (julio-agosto de 1983) y posteriormente en las *Obras completas* de Joaquín Xirau, que consta de cuatro volúmenes, en el espacio reservado a los "Prólogos".

[2] La relación de Xirau con círculos filosóficos franceses se remonta a 1937, año en que fue representante de España en los congresos Internacional de Estética e Internacional de Filosofía —también denominado Congreso Descartes— que transcurren de modo paralelo en París. Esto le permite visitar el célebre "Pabellón de España" en la Exposición Internacional, obra de Sert y donde se exhibe, como se sabe, el *Guernica* de Picasso. En esta ocasión le ofrecen clases en la Sorbona, que rechaza porque no quiere abandonar España en plena guerra; la misma respuesta recibe México en un primer momento. Xirau sólo consiente en salir de su país cuando la derrota republicana es inminente. Conservamos una carta donde esta voluntad de permanecer en España alcanza un alto dramatismo: "[...] dejar España en aquellos momentos me hubiera parecido algo análogo a abandonar a mi padre en trance de muerte por enfermedad contagiosa. No por entusiasmo frívolo, sino por fidelidad profunda a los sufrimientos de nuestro pueblo creí mi deber no aceptar para mí ningún privilegio personal" (carta del 19 de marzo de 1939).

en el borde del camino para descansar y miraba en su torno. Miraba con melancolía la delicadeza del paisaje. Ya en el caserío, se pasaba las horas al pie de la ventana y lo seguía mirando. Lo mejor de su poesía había surgido de la comunión con el campo. [...] Lo acariciaba con los ojos".[3] Así, podemos imaginar que mientras Machado se sume en la contemplación del paisaje, el propio Xirau se concentra en esa figura inolvidable. En efecto, el cultivo de la atención explica la proximidad de Xirau con el entorno y con quienes le rodean. Esta actitud puede examinarse desde perspectivas distintas; en lo que sigue me interesa destacar sus repercusiones en el ámbito de la educación que es quizá la actividad por la que se sintió más fuertemente atraído.[4] Así parece indicarlo en carta que dirige a Alfonso Reyes, fechada en París el 19 de marzo de 1939, donde acepta la invitación que le extiende el gobierno mexicano a formar parte de La Casa de España:

> Ahora bien: como usted sabrá mi vocación filosófica se ha orientado siempre en el sentido de la educación y la formación espiritual de la juventud. He escrito algunas cosas. Tenía papeles —que he perdido por desgracia en el viaje— para escribir muchas más. Pero mi tarea fundamental era de tipo oral y se orientaba hacia la formación de un núcleo espiritual que fuese la base de un renacimiento sólido de mi país. De ahí que mi Seminario filosófico fuese al mismo tiempo, y por razón esencial, de pedagogía.[5]

[3] *Obras completas I*, Madrid, Anthropos-Fundación Caja Madrid, 1999, "Prólogos", pp. lv-lvi. En lo que sigue cito en el texto a partir de esta edición con las siglas OC seguida del número de tomo y la página.

[4] Es importante señalar que la faceta pedagógica tan señalada en Xirau corresponde a las exigencias del momento. Como señala Edgar Llinás Álvarez, en mayor o menor medida, en ese momento la filosofía se entendió en España principalmente como actividad educativa: "No cabe duda de que el medio cultural en que le tocó vivir a J. Xirau imponía la pedagogía como un programa filosófico. El momento histórico requería educadores como Ortega, como Gaos y como Xirau" ("Joaquín Xirau y la pedagogía como programa filosófico", *Cuadernos Americanos*, núm. 6, 1978, 80). Este impulso se lleva al extremo en la pasión republicana por la educación y por la cultura.

[5] Archivo Histórico de El Colegio de México. Ex. 1. Casa de España, caja 26. En adelante este archivo se cita con sus siglas AHCM.

Antes de exponer sus ideas educativas, es necesario repasar, así sea de forma general, la trayectoria docente de Joaquín Xirau, sobre todo, en esta ocasión, su actividad en La Casa de España y posteriormente en El Colegio de México.[6]

Joaquín Xirau Palau nace en Figueras en 1894 y muere en la ciudad de México en 1946. Estudia filosofía y derecho en la Universidad de Barcelona y se doctora en las mismas disciplinas en la Universidad de Madrid, donde se acerca a Manuel B. Cossío, a quien considera su principal maestro. Después de una temporada fuera de Cataluña, en la Universidad de Salamanca y luego en la de Zaragoza, vuelve a Barcelona en 1928. A partir de 1933 y hasta 1939 es decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Barcelona, donde participa en la reforma por la que se obtiene la autonomía universitaria, y también en la fundación del Seminario de Pedagogía de esta Universidad y de la *Revista de Psicología y Pedagogía*, de los que es director. En el Archivo Histórico de El Colegio de México se conserva una carta de Joaquín Xirau del 16 de junio de 1938, a propósito de un intercambio de libros, que da cuenta del clima que impera en la Facultad que dirige. En medio de circunstancias adversas se impone entre maestros y alumnos el trabajo entusiasta y riguroso. Tras agradecer las palabras de apoyo de su corresponsal, Xirau relata un suceso reciente que ilustra acerca del ánimo con que enfrenta las dificultades del momento:

> Procuramos continuar con nuestra labor espiritual en medio de las adversidades. Hace unos días leyó y defendió una tesis doctoral sobre "Nausica" Carles Riba. Fue una fiesta del espíritu. Entre la exposición de Riba y la discusión del Tribunal duró unas cuatro horas. Cinco minutos antes de empezar el acto tuvimos uno de esos estúpidos bombardeos [...]. A pesar de ello la sala se llenó de público selecto y se desarrolló con plena serenidad.[7]

[6] En lo que se refiere a las tareas que desempeña Joaquín Xirau en México me baso fundamentalmente en el material que se conserva en el AHCM. Agradezco a Citlali Nares, jefa de dicho archivo, por su buena disposición y eficacia.

[7] AHCM. Ex. 1. Casa de España, caja 26.

Este mismo ambiente se traslada a los cursos que Xirau imparte en la ciudad de México, según se recoge en testimonios de sus discípulos. Otro de los rasgos de su actividad docente es la proximidad con sus alumnos. Con los más cercanos integra un Seminario, lo mismo en Barcelona que en México. En el grupo que se reúne en su casa de Barcelona destacan Joseph Calsamiglia, Jordi Maragall, Eduardo Nicol y Juan David García Bacca. Como otros tantos intelectuales españoles, Xirau encuentra en el ofrecimiento de La Casa de España la solución para continuar con sus actividades de docencia e investigación. Pero le preocupa también el futuro de sus discípulos, cuya "vida espiritual" intenta rescatar, como consta en las cartas que se conservan en el Archivo Histórico de El Colegio de México.[8]

Según consta en los informes que anualmente dirige a Alfonso Reyes, en México se le asignan tareas docentes tanto en La Casa de España como en la Universidad Nacional Autónoma de México. En la Facultad de Filosofía y Letras, imparte el curso de Historia de la Filosofía Moderna, que va desde Hegel hasta el pensamiento contemporáneo. El programa anual se divide en dos semestres que corresponden a la filosofía moderna y contemporánea, respectivamente. Aparecen en el primer semestre los principales autores del idealismo alemán, el pensamiento posthegeliano, el espiritualismo francés, la escuela escocesa, Fourier, Kierkegaard y Emerson, entre otros. En el segundo, se revisan diversas corrientes del pensamiento contemporáneo, por ejemplo, la filosofía de la vida de Nietzsche y Dilthey, Bergson, el krausismo, clasificado como modalidad del idealismo en España, la

[8] Resulta elocuente en este sentido la gestión que efectúa por vía epistolar para conseguir el traslado a México de su discípula Nuria Folch, que es también su asistente en el Seminario de Filosofía y Pedagogía: "Le hablaba también al Sr. Cosío de unos planes de colaboración [...] en uno de ellos le proponía la ida para colaborar conmigo de mi discípula y colaboradora la Sra. Nuria Folch. Era encargada de curso en Barcelona y llevaba con actividad y eficacia todo el mecanismo de mi Seminario de Filosofía y Pedagogía en el cual teníamos ya ¡más de 10,000 libros y más de 150 revistas! Bastaría para ella una remuneración muy módica, como corresponde a su edad, lo justo para que no se muriera de hambre con su marido y su chiquilla de 6 años. [...] De otra parte salvaríamos su vida espiritual y llegaría a ser lo que hubiese sido en España pues es persona de especial distinción y vocación..." Véase la carta del 4 de junio de 1939. *Loc. cit.* Finalmente se rechaza su petición por razones de presupuesto.

filosofía de la acción y la fenomenología. Además de este curso general, tiene a su cargo un curso monográfico anual, por ejemplo el de 1942 sobre Filosofía de la Existencia. Los cursos se acompañan de la discusión de textos fundamentales de la historia de la filosofía: *Metafísica* de Aristóteles, *Crítica de la razón pura* de Kant, las *Ideas* de Husserl, y *Ser y tiempo* de Heidegger.[9] A la vista de este repertorio de materias, se vuelve patente que el tono cordial que Joaquín Xirau imprime a sus cursos, así como el toque personal de sus exposiciones, van de la mano de la formación estricta en la técnica filosófica. Joseph Calsamiglia y Jordi Maragall describen este aspecto de su magisterio: "Todos sus alumnos vivimos de algún modo manifestaciones de ambos aspectos: exaltación, fervor, promoción de vocaciones, proclamación de valores espirituales y vitales, por un lado, y trabajo metódico, rigor de investigación, lectura atenta y pausada de los clásicos de filosofía, por otro. [...] Pero siempre era el mismo Xirau. Podía hablar apasionadamente del rigor y rigurosamente de la pasión".[10]

Así, desde su llegada a México imparte regularmente el curso de Historia de la Filosofía Moderna y Contemporánea para los alumnos de licenciatura de Filosofía de la Facultad de Filosofía y Letras, y un curso monográfico para los de doctorado de tipo especulativo.[11]

Por otra parte, Joaquín Xirau dirige un seminario en El Colegio de México, que según consta en informes a la presidencia de esta institución, en 1945 se divide en dos secciones, la de metafísica y la de cultura hispánica, tema del que Xirau se ocupa al llegar a México y en cuyo amplio espectro incluye, entre otros autores, a Juan Luis Vives, Francisco de Vitoria y Bartolomé de las Casas.[12] Entre los alumnos del seminario —de inscripción restringida— se cuentan algunos de los discípulos mexicanos de

[9] Véanse la carta del 15 de enero de 1942; los programas para 1942; la carta del 16 de julio de 1942; la carta del 15 de enero de 1942; y la carta del 2 de diciembre de 1943. *Loc. cit.*

[10] José M. Calsamiglia y Jordi Maragall, "Semblanza de Joaquín Xirau", *Ínsula*, 234 (1966), p. 5.

[11] AHCM. Ex. 1. Casa de España.

[12] Véase la lista de trabajos en la Facultad de Filosofía y Letras en 1943 y la carta con el informe de actividades de 1945. *Loc. cit.*

Xirau. Así, en la 1ª sección, la de metafísica, se registran entre otros William Johnson, Ramón Xirau, Jacqueline Pivert, Emilio Uranga y Bernabé Navarro; y algunos de los integrantes de la segunda sección, la dedicada al humanismo español, son Huguette Balzola, Enrique Cruz, Ramón Xirau, Emilio Uranga y Manuel Durán.[13]

Aunque no se puede hacer aquí un repertorio de los testimonios de los discípulos de Xirau, añado una muestra breve y representativa de ellos para no quedarnos con una seca relación de nombres. Por ejemplo, el discurso de Emilio Uranga leído en el Aula Magna de la Facultad de Filosofía y Letras poco después de la muerte del filósofo y que se incluye en los "Prólogos" de las *Obras completas*. De forma significativa Uranga se refiere al tacto como cualidad distintiva del maestro, y además explica con precisión el alcance de esta facultad, que no es sólo un elemento de su teoría pedagógica, sino también una práctica de la que es experto:

> Es el único maestro de quien puedo decir sin restricciones, que un joven jamás lo sorprendía. Su agilidad, más que adolescente, no se paraba nunca. Hasta donde yo alcanzaba a ver, creyendo que palpaba pura y privadísima intimidad, me alcanzaba él, y se deslizaba insensiblemente hacia lo que yo juzgaba simples trasfondos personales. En una palabra, el ánimo de sus discípulos le era transparente, nada se le ocultaba, dialogaba adecuadamente con ellos porque poseía el exquisito tacto para instalarse en el meollo mismo de la persona.[14]

Xirau dejó huella indeleble también en Bernabé Navarro, según nos relata Guillermo Hurtado al final de su reseña de las *Obras completas*: "[...] me hablaba con veneración de J. Xirau y de su seminario. Navarro guardó durante medio siglo los apuntes que tomó en dichas reuniones y que luego redactó y mecanografió con cuidado y esmero. Poco antes de morir, Navarro me regaló una copia

[13] Véase la carta con el informe de actividades de 1945 y la carta del 23 de febrero de 1945. *Loc. cit.*

[14] Emilio Uranga, "*In memoriam* Joaquín Xirau", en OC, I, p. xxxviii.

de esas notas. [...] quería que yo también recibiera, aunque fuera de manera indirecta y a la distancia, algo de su magisterio".[15]

El extenso y riguroso artículo de William D. Johnson sobre los fines y el método en la filosofía de Xirau, incluye una evocación conmovida del maestro, que además ilustra acerca del clima que éste sabía crear en su seminario: "El autor, así como los demás que formamos parte del seminario del Dr. Xirau, sabemos y nos acordamos de que constantemente teníamos la impresión de estar al borde de un gran descubrimiento, de algo inefable y último que se cernía un poco más allá de nuestro alcance y que, sin embargo, nos llamaba y al llamarnos, nos orientaba".[16] En el estudio que así concluye se encuentra, por cierto, una excelente introducción sobre la epistemología de Xirau que se articula en las relaciones valor y ser, y conciencia y objeto.

Añado por último un fragmento de la página dedicada a Joaquín Xirau en *Dulcinea encantada* de Angelina Muñiz-Huberman. De diferente procedencia que los anteriores, este testimonio —en realidad, habría que llamarlo más bien invención, como indica la autora— trae la figura de Xirau hacia otro de los espacios que le es propio: el universo medieval del que se encuentran múltiples alusiones en el libro de Muñiz-Huberman. Este universo fue estudiado por el propio Xirau en su monografía sobre Ramón Llull. La protagonista cuenta que de niña recibe con asombro agradecido la dádiva que el filósofo le ofrece y la conserva por mucho tiempo: "Y, ¿te acuerdas de quién te regaló esa pulsera bordada con hilos de seda, que decía 'Cuernavaca' y que guardaste tantos, tantos años? Claro que me acuerdo: me la regaló Joaquín Xirau. Y me sorprendió muchísimo, porque yo solamente estaba viendo cómo entrelazaba los hilos el hombre que la tejía y nunca pensé en tener la pulsera. Y, de pronto, la pulsera estaba en mi mano. Regalo de filósofo. Extraordinaria cosa".[17] La escena está situada en el Jardín Borda de Cuernavaca y en el orden de

[15] En *Dianoia* (México), vol. XLV, núm. 46 (mayo 2001), p. 165.

[16] William D. Johnson, "Método y fines de la filosofía de Joaquín Xirau", *Cuadernos Americanos*, vol. 28, núm. 4 (julio-agosto 1946), pp. 119-138.

[17] Angelina Muñiz-Huberman, *Dulcinea encantada*, México, Joaquín Mortiz, 1992, pp. 40-41.

los sueños que, al decir de la protagonista, es donde suceden las cosas importantes. Además, éste es uno de los contados episodios en que aparece un nombre real, por lo que el de Xirau se suma a los de gente de otras épocas, como Amadís y muchos otros caballeros legendarios, o a la serie de autores citados a lo largo del libro, como Guzmán de Alfarache, y el propio Llull. De este modo, el personaje se reviste de un ropaje mítico que no resta contundencia a su aparición. El episodio se puede entender como momento de iniciación, pues el regalo que proviene del filósofo parece ser un vaticinio de las futuras incursiones de la protagonista en la filosofía, la mística y las letras.

Quede aquí este recuento de recuerdos que por su emoción nos devuelven una imagen íntima de Xirau acorde con su pensamiento, donde la experiencia vital se antepone a las abstracciones.

De este modo, la intensa labor de investigación y enseñanza iniciada en España no se interrumpe durante los años de exilio. A esto se suma su labor como traductor, a la que debemos la versión al español de la primera parte de esa obra monumental que es la *Paideia* de Werner Jaeger, publicada en 1942 por el Fondo de Cultura y que ha instruido y deleitado a varias generaciones de estudiantes.[18] Al llegar a México Xirau repitió y se repitió un lema: "No quiero vivir entre paréntesis". No consideraba esta etapa como intermedio más o menos largo. La determinación de participar en un proyecto que se considera propio se cumple, como se ha visto, en la labor de Xirau como universitario y educador; se muestra también en los trabajos que realiza en México. Al hablar de la relación de Joaquín Xirau con La Casa de España es obligado recordar que dos de sus libros fundamentales se editan como parte de su programa de trabajo para esta institución; en 1940, *Amor y mundo*,[19] síntesis de su pensamiento, y en 1946, *Manuel B. Cossío y la educación en España*, ambos ya bajo el sello de El Colegio de México. Sin dejar de lado *Amor y mundo*, sobre

[18] El registro completo de las traducciones se Xirau se encuentra en OC, I, p. xxix.

[19] Recientemente se tradujo al alemán: Joaquín Xirau, *Liebe und Welt*, Nachwort Charlotte Frei, Aus dem Spanischen übersetz von Charlotte Frei, Freiburg/München, Verlag Karl Alber, 2007.

todo su sección final titulada "Perspectivas morales y pedagógicas", reviso aquí principalmente el libro sobre Cossío, por su importancia en lo que toca a la filosofía de la educación. Con el tiempo, este estudio, escrito al hilo del recuerdo de un curso de Cossío, se transforma en referencia obligada sobre el tema.[20] El libro consta de dos partes, la primera es introductoria y trata del krausismo, la segunda consiste en el estudio detallado de la figura y obra de Cossío.

No es posible ofrecer en esta ocasión un panorama completo del pensamiento de Xirau, por eso en este trabajo sólo se acotan algunas de sus ideas pedagógicas,[21] señaladamente la noción de "tacto", entendido como habilidad distintiva del educador. Esta actitud se traduce, a mi entender, en el cultivo de la atención, por la que se logra la apertura al mundo prescrita por la tradición institucionista, de un lado, y por la que se establece el contacto con los otros, de acuerdo con la primacía que Xirau concede al amor en el ámbito educativo.

Dicho sumariamente: en el modelo cuyas bases teóricas esclarece Xirau, resulta fundamental la actitud que se denomina "tacto". Como punto de partida, es importante señalar que en el tacto se mezclan elementos éticos y estéticos en tanto conducta que compendia una serie de compartimentos que son expresión de una disposición moral pero también de un determinado estilo. Así el criterio estético opera como intuición que advierte acerca de la acción acertada. Xirau se extiende sobre este punto en su semblanza de Cossío:

[20] Por su profundidad e interés, Guillermo Hurtado aconseja que su lectura se prescriba en la asignatura de Filosofía de la Educación; se aprovecharía así este legado educativo que llega a México con el exilio. "En *Manuel B. Cossío y la educación en España*, J. Xirau plasma de manera brillante y generosa el espíritu de la Institución Libre de Enseñanza y, en particular, el de Manuel B. Cossío. Este legado educativo, que por encima de todo es un legado moral, o mejor dicho, espiritual, desembarcó en México con el exilio español, iluminando no sólo las aulas universitarias, sino los salones de clase de los colegios primarios y secundarios en los que enseñaron maestros españoles. [...] Pienso que un libro como el de J. Xirau sobre Cossío debería ser lectura obligatoria en nuestros cursos de filosofía de la educación" (*art. cit.*, p. 163).

[21] En México se ha ocupado de este tema María Rosa Palazón, "Pedagogía y vida. Posibles sugerencias para México de la filosofía de la educación en Joaquín Xirau", <*http://www.posgrado.unam.mx/publicaciones/omnia/anteriores/17/10.pdf*>.

> Así, el tacto es una de las cualidades que [Cossío] más altamente estimaba. Es el arte de la acción, la estética aplicada a los problemas de la conducta. No es reserva, ni disimulo, ni hipocresía. [...]. No es tampoco transacción, debilidad, o flojedad de carácter. A veces es incluso todo lo contrario. El mayor tacto puede exigir la más enérgica resolución y lleva siempre consigo la mayor franqueza. Es una facultad difícil de adquirir. Cossío lo poseía por naturaleza y lo cultivaba con primor (*OC*, II, p. 69).

El tacto es cosa de oficio manual, en la medida en que se entiende como relativo al arte o la estética, y asunto cordial porque el "tacto" es la regla de la relación con los otros, privilegiadamente de la que se establece entre el maestro y el discípulo. Es conocida la tradición institucionista de este modelo educativo, pero sus antecedentes se remontan, como es claro, al estilo socrático. En efecto, la mayéutica es central para Xirau; sin embargo, esta idea de aprendizaje requiere ser matizada, ya que el descubrimiento de la verdad se traduce en este proyecto educativo en el descubrimiento de sí mismo en tanto que ser libre. ¿Cómo se conjugan entonces el polo de espontaneidad, de desarrollo ajeno a cualquier forma de coacción, a que remite el "sí mismo", con el reconocimiento de pautas que regulan el desarrollo? Para responder a esta pregunta, se apela a la "autoeducación", actividad que concierne tanto al maestro como al discípulo. Así, el educador se empeña en que el educando pase a ser el protagonista del aprendizaje. Según expone Xirau, las propuestas pedagógicas de Cossío van en esta línea. Se trata de una serie de prácticas que no se limitan a hacer más amigable la enseñanza, sino que buscan fomentar procedimientos que exigen resolución e iniciativa. Por ejemplo, en la enseñanza de la historia da preferencia a los relatos y no a la exposición sistemática. Además Cossío señala que en estas narraciones se debe acentuar el papel de los pueblos, no tanto el de los héroes, para evitar consideraciones individualistas. Mediante estos ejercicios de manera paulatina se pondrán de manifiesto las relaciones entre acontecimientos diversos. Al describir este proceso, Xirau se refiere a la "contemplación", la "visión" y la "mirada", lo que confirma la preponderancia que tiene el "ver"

para Cossío (véase OC, II, p. 151). Más elocuente resulta quizá el rechazo de Cossío de la copia de láminas en el aprendizaje del dibujo, que es usual en la época. Como explica Xirau, se privilegia el dibujo directo porque obliga a formarse una idea sin más respaldo que la propia visión, mientras que la copia se apoya en la síntesis ajena (*ibid.*, p. 154). De manera semejante, en la enseñanza del arte, la más desarrollada por el propio Cossío, las lecciones se traducen en la invitación a la mirada; sólo en un segundo momento se recurre a los libros u otras fuentes de información.

Por otra parte, en este camino hacia la autoeducación es necesario considerar el concepto de "ideal", que también es clave para Xirau. El ideal no se confunde con un esquema uniforme: remite más bien a la figura de sí mismo que se concibe de acuerdo con determinadas aptitudes e inclinaciones; en este sentido se trata de una noción afín a la de "vocación" de Ortega y Gasset. El seguimiento de la propia individualidad, descubierta en la forma del ideal, se presenta en *Amor y mundo* como un nuevo sentido del deber: "Imperfecto es en mí todo lo que tiende a disminuir mi propia individualidad, a perturbar mi ley autónoma, a desdibujar mi personalidad y mi carácter" (OC, I, pp. 251-252). En tal propuesta se advierte con claridad la presencia del romanticismo, cuyos expositores entienden la vida como elaboración artística que se lleva a cabo a través de la expresión de sí mismo. Además, la moral y el deber están ligados a la idea del "genio", elemento puro y verdadero que subyace en cada uno y que es preciso obedecer. A lo anterior se añade que, de acuerdo con los presupuestos filosóficos de Xirau, la vida no debe librarse a un mero fluir, sino que corresponde al hombre conformarla al ideal. De este modo, la perspectiva individual entra en combinación con el logro de lo humano que el ideal representa.[22] Aparece así el entramado de vida y valor que será una de los motivos de la

[22] Esta articulación entre sujeto y objeto es central en la rectificación de la filosofía de la conciencia que lleva a cabo Xirau, como señala pertinentemente Emilio Uranga (*op. cit.*, p. xxxix): "Alguna vez definió su filosofía como idealismo objetivo, es decir, una persona detrás del mundo pero creando siempre objetos con plena validez universal. Ni puras cosas, ni pura conciencia, sino cosas hechas por y para la conciencia".

especulación de Xirau, situada en la línea de San Agustín y Max Scheller, por mencionar sólo dos fuentes entre las muchas que pueden rastrearse en su obra. En este sentido, el amor no se identifica con una actitud benévola, sino que incita al desarrollo personal, a eso que en el vocabulario de Xirau se denomina la "plenitud vital". Como explica José Luis Abellán, el amor así entendido es una forma de conciencia, a la que corresponden cuatro notas: la abundancia espiritual, la revelación del valor, la ilusión por transfigurar la vida y la fusión. Y la educación es un tipo de actividad donde tales notas se cumplen especialmente, como también señala Abellán. La abundancia redunda de forma espontánea en el discípulo; al intervenir en el descubrimiento de la vocación, el maestro orienta hacia la revelación de los valores; como en la *Vita Nuova* del Dante, la revelación del valor ofrece nuevas perspectivas del educando y por ello "es creadora de vida renovada, ya que la conciencia amorosa organiza todas las realidades de modo distinto";[23] y, por último, por la fusión el amor puede ponerse en el lugar del otro sin suplantarlo.

Una vez establecida la orientación educativa general de este proyecto, que consiste, como se dijo, en fomentar la autonomía, queda por esclarecer el tipo de intervención del educador en tal proceso. Para tratar este problema Xirau se refiere a dos grandes tendencias pedagógicas, tanto en *Amor y mundo* como en *Cossío y la educación en España*. De un lado, encontramos el conocido "dejar ser" de Rousseau; desde esta óptica, el maestro se transforma en espectador de la libre o natural irrupción del ser del discípulo. De otro, la educación disciplinaria por la que se impone una forma en el educando y que niega la independencia de la personalidad sobre la que se ejerce. En uno y otro casos se cancela el tipo de intercambio propuesto por el modelo educativo de Xirau, ya que la mera asistencia al proceso de desarrollo del otro no es una forma de comunicación, ni tampoco lo es la acción unilateral del educador, respecto a la cual el educando se reduce a materia pasiva.

[23] Véase José Luis Abellán, "Las ideas pedagógicas de Joaquín Xirau", *Ínsula*, 234 (1966), p. 5.

Al hilo de esta discusión acerca de la función del educador, Xirau recurre una vez más al "tacto", entendido como intervención sabia en el desarrollo del educando. Como en materia educativa no se dispone de preceptivas, esta actividad, por su misma naturaleza, exige dar respuestas adecuadas a las circunstancias particulares, esto es, al aquí y al ahora. Gracias al "tacto" se encuentra la norma de conducta precisa para las distintas situaciones que se presentan en el intercambio con el discípulo. De modo que el logro fundamental de un maestro consistiría en suscitar en el alumno el impulso de actuar por sí mismo.

Como ya se dijo, no es momento de ocuparse del tema de forma exhaustiva; sin embargo, se pueden sugerir las formas que el "tacto" adopta en el proceso educativo. La mediación justa, en la doble acepción del término: precisa y apegada a la justicia, requiere ante todo que se deje un espacio libre entre educador y educando. Con la paradoja de que para dejar libre este espacio es necesario mantenerse cerca, en un vínculo no absorbente. Así, en la idea de "tacto" subyace la de "atención": se trata de un tipo de atención que suele darse por supuesta pero que no es la usual.

Desde esta óptica se puede entender la sentencia de Llull que Xirau transforma en divisa: "El amor ha sido creado para pensar". Este pensar no coincide exactamente con las largas cavilaciones, aunque en alguna ocasión pueda incluirlas; se parece más, a mi modo de ver, al impulso por el que la atención se apodera, de golpe, de la exigencia precisa que se presenta en el intercambio personal. Hablo de impulso y de rapidez para resaltar el aspecto paradójico de la sentencia luliana. Un amor que piensa es un amor que alienta, no que teoriza. Por ello, no admite las respuestas estereotipadas, ni los intercambios oficiosos. Si en otros campos, como puede ser la aproximación a la naturaleza que se encamina al estudio científico o la adquisición de la cultura, el trato directo resulta indispensable, con mayor razón el intercambio educativo exige el mutuo acercamiento que propicia la atención. Así se realiza uno de los propósitos educativos fundamentales para Cossío, que consiste en fomentar la apertura al mundo en todos sus aspectos.

Las anteriores consideraciones acerca de la atención ayudan a esclarecer la apuesta de Xirau por la palabra hablada. La con-

versación no tiene sustituto cuando la actividad educativa incluye la cordial acogida de los otros. Como se dijo, la educación es arte para el que no se dispone de instructivos y cuyos recursos principales son la atención y la palabra. Las resonancias del tema son amplísimas, no sólo por lo que toca a la tradición socrática, también en el ámbito hispánico, por ejemplo a través de *Juan de Mairena*, por mencionar una figura de la larga serie de evocaciones del magisterio a que da lugar la discusión en torno a educación en España. La función de la conversación en el desarrollo personal es también un tema decisivo en el romanticismo, cuya huella se reconoce, como se dijo, en este modelo educativo. Como muestra recordemos un ensayo de Kleist, cuya extensión —es muy breve— contrasta con lo mucho que parece haber pensado en el tema. Se titula "Sobre la reflexión (una paradoja)" y caracteriza las intervenciones en la conversación como expresión de un espíritu en acuerdo consigo mismo. Con esto no se alude ni a la corrección que se espera de la gente instruida ni a la erudición desplegada. Se trata de algo mucho más inmediato, que puede compararse con la certeza del tiro en un arquero experto. Con trazo rápido y por medio de dramatizaciones, Kleist señala que el espíritu se desarrolla en la actividad y no en la reflexión, al igual que el pensamiento adquiere forma en la conversación. De modo que la conquista de sí aparece como condición previa tanto de la acción como de la palabra, cosa que se pierde de vista cuando no se considera la unidad de la vida: "Quien no tiene abrazada la vida como uno de esos luchadores, y multiplicando sus miembros, después de todos los lances del combate, después de todas las resistencias, presiones, fintas y reacciones: ése no conseguirá imponer nada en una conversación; y por descontado mucho menos en una batalla".[24] El ejemplo muestra la diversidad de elementos que se ponen en juego al hablar de la educación por medio de la

[24] Heinrich von Kleist, *Sobre el teatro de marionetas y otros ensayos de arte y filosofía*, prólogo, traducción y notas de Jorge Riechmann, Madrid, Hiperión, 2005, p. 84. Al respecto resulta también esclarecedor su ensayo "Sobre la elaboración paulatina del pensamiento a medida que se habla", análisis sobre la actividad que se despliega en la conversación como requisito para descubrir el rumbo del propio discurso y también su intención.

palabra. Por ello, permite avizorar la complejidad que se esconde en una propuesta a primera vista sencilla.

Ahora bien, del examen de la atención desde la perspectiva del educador es necesario pasar al del papel que ésta desempeña en el desarrollo del educando. Como se ha dicho, en esta propuesta buena parte del esfuerzo del educador se dirige al fomento de la atención, en la forma que Cossío denomina "ver". Con esos apuntes podría elaborarse una luminosa antología para la que aquí no disponemos de espacio, pero como muestra cito por extenso unas líneas sobre la importancia de este ejercicio de ver en todos los ámbitos del conocimiento:

> Tres cuartas partes, y aún es poco, de lo que llega a saber un hombre, no lo aprende en los libros, sino viendo las cosas, quiero decir, *sabiendo verlas*. [...] La diferencia entre un hombre culto y un hombre inculto reside tan sólo en el hecho de que éste pasa a la vera de las cosas sin darse cuenta de ellas, las mira pero no las ve, pasa por ellas "como sobre ascuas, no las entiende ni alcanza a comprender su sentido, mientras que aquél, aleccionado por un largo ejercicio [...] se interesa por cuanto se pone a su alcance, busca, inquiere, se maravilla y penetra con mirada afanosa en la entraña misma de la realidad. Ve lo que mira, es decir, lo entiende". Sólo quien es capaz de ver personalmente algo, puede decir en verdad que lo ha comprendido (*OC*, II, 127).

La atención no se lanza sobre las cosas como el animal a su presa para impedir que escape: el "querer atrapar" resulta contraproducente para el aprendizaje porque invade el espacio libre que permite la visión. Al respecto, resultan sorprendentes las coincidencias entre el modo como entiende el "ver" Cossío y la idea de atención creadora de la filósofa Simone Weil, quien insiste en que el progreso escolar requiere una disposición interior adecuada. "La atención consiste en suspender el pensamiento, en dejarlo disponible, vacío y penetrable al objeto, manteniendo próximos, pero en un nivel inferior y sin contacto con él, los diversos conocimientos adquiridos que deban ser utilizados. [...] Y sobre todo, la mente debe estar vacía, a la espera, sin buscar nada, pero

dispuesta a recibir en su verdad desnuda el objeto que va a penetrar en ella".[25]

Se trata, en última instancia, de mirar con verdadero interés al otro, si la cosa se considera desde la óptica del educador, para lograr que el así considerado se interese en sí mismo, esto es, que descubra sus aspiraciones y las siga. En palabras de Xirau: "El educador influye por su mera presencia. Penetra, mediante el amor, en la más íntima aspiración que informa la vida del educando e interviene en ella, no para constreñirla, sino para favorecer su gradual elevación a la plena conciencia de sí mismo" (*OC*, II, 101). En esta línea se sitúa también el lugar que el juego ocupa en la pedagogía de Cossío y que Xirau suscribe. En nuestros días hemos oído hablar hasta el cansancio de esta necesidad de jugar para aprender; sin embargo, no era moneda corriente a principios del siglo pasado. Además, el imperativo del juego no se menciona aquí de forma vaga, como suele ocurrir, sino que se integra a un programa educativo completo. A mi entender, el juego se privilegia porque conjuga el comportamiento espontáneo con el seguimiento de reglas. Se encuentran así los medios para la consecución de planes ideados personalmente. El maestro no sustituye al educando, principalmente en esta primera fase de búsqueda de parámetros para la acción. En palabras de Xirau: "No se proscribe la regla. Pero toca a cada cual hallarla y apreciarla, así como buscar el mejor camino para su aplicación. El agente no se limita a ejecutar, según patrones hechos de antemano, obras cuyo plan se le entrega concluido, sino que a él mismo incumbe proyectarlas para llevarlas a cabo según las concibe y proyecta" (*OC*, II, 124). En este proceso se hace necesario el arte de saber esperar que caracteriza a la atención, pues resulta más fácil dar instrucciones que acompañar en las distintas fases del aprendizaje sin perder el ánimo ante inicios muchas veces torpes o de plano fallidos. El maestro participa en esta serie de ensayos más o menos afortunados como en un juego de progresivas conquistas, de modo que el educando prosiga en su empeño.

[25] Simone Weil, "Reflexiones sobre el buen uso de los estudios escolares", en *A la espera de Dios*, tr. María Tabuyo y Agustín López, prólogo de Carlos Ortega, 3ª ed., Madrid, Trotta, 2000, pp. 70-71.

Para completar lo dicho acerca del juego, cabe añadir que Xirau lo compara con el ocio, entendido a la manera de la escuela clásica. Una vez más se insiste así en esa especie de suspensión del ánimo que permite centrar la atención, interesarse en las cosas, sin sucumbir a la apatía, ni a la urgencia de los requerimientos inmediatos. Entre otras cosas, el juego ayuda a comprender las exigencias internas a que obedece el desarrollo personal, que sólo se descubren al prestarles atención. Así, el juego aparece como imperio sobre la necesidad, por lo que se vuelve una de las condiciones de la conversación, como también señala Xirau: "Sólo cuando nos es dable sustraernos a las necesidades imperiosas de la vida es posible consagrarse a la conversación y al diálogo, hallar en sí mismo la propia esencia intransferible, poner en común aquello que hay de común en la comunión y por la comunión alcanzar la plenitud del juego libre" (*OC*, II, 84).

No quiero terminar este breve recuento de los principios de la filosofía de la educación de Joaquín Xirau, sin destacar la línea de conducta que prescribe en lo que se refiere a las cuestiones de orden material. El punto puede parecer menor, pero a la vista del talento que se desperdicia y del tiempo que se pierde cuando no se dispone del consejo oportuno sobre asuntos prácticos, me parece importante anotarlo. Además, sirve para contrastar la falsa impresión de idealismo que puede producir la propuesta aquí esbozada. Xirau señala que las preocupaciones de gran alcance, en su caso fundamentalmente el proyecto de renovar la cultura española mediante la reforma educativa, no impiden prestar atención al sinfín de gestiones que son necesarias para llevar a término una empresa de investigación. En este aspecto Xirau vuelve nuevamente al ejemplo de Cossío, atento siempre a los menores detalles.[26] En el maestro que alecciona acerca del conjunto de pequeños menesteres que exige la vida profesional, se reconoce, una vez más, esa forma de atención que se denomina "tacto".

[26] José Ángel Valente destaca este mismo aspecto de la tradición educativa institucionista en "La naranja y el cosmos", *Las palabras de la tribu*, Madrid, Siglo XXI de España, 1971, pp. 199-209.

> Cossío se preocupaba de todas estas cosas y daba consejos llenos de tino y de buen sentido. Así, me aconsejó sin vacilar, por ejemplo, que hiciera el doctorado de derecho —cuando otros miraban con altanería estos trámites burocráticos—, que no vacilara en presentarme a unas oposiciones para cátedra de un instituto de provincias. Recuerdo una reconvención entre irónica y severa que me hizo una vez porque le mandé una carta y me olvidé de poner mi dirección al pie... Y con todo hacía lo mismo. Su consejo era minucioso, práctico, paternal... (*OC*, II, 68).

Se puede concluir con el repaso de lo dicho sobre las distintas tendencias educativas a que alude Xirau. En el caso de la educación disciplinaria el educador impone un modelo sin dejar que el educando participe. De acuerdo con Rousseau, en cambio, se anula la participación del educador. En la propuesta de Xirau no se elude el problema que representa la oposición entre el que conduce o dirige y el conducido, máxime cuando el motivo de la conducción es precisamente favorecer el desarrollo de la libertad. La respuesta se encuentra, como se apuntó, en el *eros*. Ahora bien, este amor responde a una cierta dialéctica, pues la atención consiste en que el protagonismo recaiga en el sujeto que así es atendido, en el sentido amplio de recibir respuesta. Sin esta clase de atención que combina el interés y la renuncia al control, difícilmente se puede actuar con "tacto", la actitud más necesaria para el educador al decir de Xirau. Esto nos remite a una afirmación que se repite en los escritos pedagógicos del autor: "el maestro educa con su mera presencia". Entre los muchos significados que podrían darse a la frase, me parece que esa "mera presencia" alude a este paradójico retirarse sin suprimir la proximidad, sin deslindarse del otro, a esta visión sin violencia que se llama atención.

EL EXILIO DE MARÍA ZAMBRANO EN MORELIA. LA GESTACIÓN DE LA RAZÓN POÉTICA

FRANCISCO JAVIER DOSIL MANCILLA
Universidad Michoacana

Introducción

Referirse a los nueve meses de estancia en Morelia de María Zambrano debería ser tarea sencilla.[1] Contamos con información suficiente y variada, como la correspondencia que intercambió con un nutrido grupo de amigos,[2] sus escritos, muy útiles para conocer sus zozobras intelectuales, y diversos estudios que nos despejan parte del camino.[3] Sin embargo, hay algo importante, pero difícil de precisar, que se resiste. Tenemos claro que la simple descripción de su paso por Morelia no basta para entender este periodo crucial en su pensamiento; actuaríamos como aquellos naturalistas decimonónicos que para descubrir la vida destazaban plantas y animales. Pero sería también un fracaso

[1] Esta investigación se realizó con apoyos del Conacyt (Proyecto SNI/2008/91186) y de la Coordinación de la Investigación Científica/Universidad Michoacana. También quiero expresar mi agradecimiento a los doctores Luis Cervantes y Enrique Sotomayor (†), ex alumnos de María Zambrano en Morelia, por los valiosos recuerdos que generosamente pusieron a mi alcance.

[2] Buena parte de esta correspondencia puede consultarse en James Valender *et al.*, *Homenaje a María Zambrano*, México, El Colegio de México, 1998. Las cartas que intercambió con Alfonso Reyes están recogidas en Alberto Enríquez Perea (ed.), *Días de exilio. Correspondencia entre María Zambrano y Alfonso Reyes 1939-1959*, México, Taurus y El Colegio de México, 2005. Para su relación con José Lezama Lima véase Javier Fornieles (ed.), *Correspondencia entre José Lezama Lima y María Zambrano y entre María Zambrano y María Luisa Bautista*, Sevilla, Editorial Renacimiento y Junta de Andalucía, 2006.

[3] Los manuscritos se encuentran en el Archivo de la Fundación María Zambrano (en adelante AFMZ). En cuanto a los estudios previos, quisiera destacar los siguientes: Anthony Stanton, "Alfonso Reyes y María Zambrano: una relación epistolar", en Valender *et al.*, *op. cit.*, pp. 93-141; Gerardo Sánchez Díaz, "Un exilio fecundo: María Zambrano en la

quedarse atrapados en la escritura de María, hipnotizados por su voz sibilina, tentación a la que es tan fácil sucumbir.

Morelia apareció en el camino de la filósofa malagueña en un momento crítico, cuando las diferentes opciones de exilio que contemplaba con su marido no acababan de concretarse y su vida en París se hacía insostenible. La ciudad surgió de forma inesperada, como un islote en medio del océano que les salvó de un naufragio inminente. Pero una isla significa también cautiverio, renuncia, soledad, delirio; fue así como la sintió María Zambrano. Atrapada en unos límites estrechos, alejada de sus seres más queridos, profundamente afectada por los acontecimientos de la guerra y el fracaso del proyecto republicano, la filósofa se rebela. "Todo lo que nos aprisiona, nos fuerza a liberarnos", escribiría poco después. De esta rebelión-revelación saldrán a la luz obras esenciales de su pensamiento, como "San Juan de la Cruz (de la 'noche obscura' a la más clara mística)" o su libro *Filosofía y poesía.*

María Zambrano y La Casa de España en México

María Zambrano arribó a Morelia (Michoacán) la noche del 3 de abril de 1939, acompañada de su marido Alfonso Rodríguez Aldave, con una invitación de La Casa de España para impartir clases en la Universidad Michoacana. El matrimonio había llegado a la ciudad de México sólo nueve días antes —el 24 de marzo—, tras una fatigosa travesía que partió de Francia y que hizo escala en Nueva York y La Habana. De este modo irrumpió la capital

Universidad Michoacana", en Antolín Sánchez Cuervo, Agustín Sánchez Andrés y Gerardo Sánchez Díaz (coords.). *María Zambrano. Pensamiento y exilio*, Morelia, Comunidad de Madrid y Universidad Michoacana, 2004, pp. 111-124; Francisco Javier Dosil Mancilla, "La sombra de un destino. El exilio de María Zambrano en Morelia", en Jesús Moreno Sanz (ed.), *María Zambrano 1904-1991. De la razón cívica a la razón poética*, Madrid, Residencia de Estudiantes, 2004, pp. 111-138; Agustín Sánchez Andrés, "La primera estancia de María Zambrano en México", *Metapolítica*, vol. 8, marzo/abril 2004, pp. 58-66; Alberto Enríquez Perea, "Estudio preliminar", *op. cit.*, pp. 21-151; Laura Mariateresa Durante, "El primer exilio de María Zambrano: la búsqueda de la soledad", en Manuel Aznar Soler (ed.), *Escritores, editoriales y revistas del exilio republicano de 1939*, Sevilla, Renacimiento, 2006, pp. 59-66.

michoacana en la vida de la filósofa malagueña, como parte de un destino no buscado y desde luego inesperado.

La invitación de La Casa de España llegó a través de una escueta nota telegráfica fechada el 20 de febrero de 1939, dirigida a la Legación Mexicana en París a nombre de Narciso Bassols. Decía así: "Favor entregar a María Zambrano giro telegráfico trescientos dólares enviado nombre usted Gracias Casa de España México".[4] La noticia fue recibida con muy grata sorpresa, más cuando su vida en París resultaba crítica. "Nuestra situación es desesperada, no valen metáforas", escribía su esposo unos días antes.[5] No exageraba. Las múltiples gestiones que habían realizado en el último mes para encauzar su exilio habían sido un fracaso. Como muchos exiliados, pusieron su atención en países que ya habían visitado, en los que contaban con amigos que podían apoyarlos en momentos tan difíciles. Chile se presentaba como un destino casi imposible por "el desinterés de su Gobierno",[6] aunque no dejaron de considerarlo como una opción. La alternativa era Cuba. En París contaban con el apoyo de la doctora Flora Díaz Parrado, funcionaria de la Embajada de la isla en Francia, a quien habían conocido tres años antes en tierras de Neruda, y en La Habana tenían el respaldo de políticos y académicos con cierta influencia, como Félix Lizaso, Manuel Bisbé, Antonio Sánchez Bustamante Montoro, José Lezama Lima y sobre todo José María Chacón y Calvo, escritor y diplomático que se había expresado a favor de la causa republicana (se encontraba en España cuando estalló la Guerra Civil, pero tuvo que regresar a La Habana poco después). Sin embargo, Cuba ofrecía oportunidades muy limitadas por la escasez de espacios académicos (sólo contaba con una Universidad, en la capital), de tal modo que, como muchos otros profesores españoles, la contemplaban como un destino temporal, un puente hacia otros lugares de exilio.

[4] "Carta telegráfica nocturna", Casa de España, Distrito Federal, 20 de febrero de 1939. Archivo Histórico de El Colegio de México (en adelante AHCM), Fondo antiguo, Caja 26, Carp. 17, Exp. María Zambrano.

[5] Carta de Alfonso Rodríguez Aldave a José María Chacón y Calvo, París, 16 de febrero de 1939, reproducida en José María Chacón y Calvo, *Diario íntimo de la Revolución Española*, La Habana, Instituto de Literatura y Lingüística, 2006, p. 201.

[6] Carta de Gabriela Mistral a María Zambrano, Niza, 19 de febrero de 1939. AFMZ, Caja 19, m. 13.

Así las cosas, el principal plan que barajaba el matrimonio hasta ese momento —todavía impreciso ante la falta de recursos para llevarlo a cabo— consistía en viajar a Cuba, donde pasarían uno o dos meses con familiares de su marido, que vivían en Matanzas, impartiendo cursillos y conferencias en la Universidad y en instituciones culturales, para después trasladarse a América del Norte,[7] quizá pensando en Estados Unidos, donde residían algunos amigos, como Fernando de los Ríos, embajador español en Washington. La reciente oportunidad de viajar a México resolvía razonablemente sus expectativas, ya que le permitiría visitar brevemente Nueva York y Cuba; además en México podrían reunirse con otros exiliados y, llegado el caso, planear tranquilamente un nuevo traslado. Había otro interés que María confesaría mucho después: le atraía la posibilidad de "conocer directamente a los dioses mexicanos, no por libros".[8]

Aunque el telegrama lleva fecha de febrero de 1939, parece que el nombre de nuestra filósofa estaba en la mente de Daniel Cosío Villegas desde mucho antes. Se ha señalado que en julio de 1937, durante su estancia en Valencia en el seno de la "operación inteligencia", el que sería secretario de La Casa de España, dejó una invitación a su nombre; Zambrano no habría podido recogerla personalmente por encontrarse en Santiago de Chile, donde su esposo había sido nombrado secretario de la Embajada de la República y ella encargada cultural.[9] Aun tomando esta información con cierta cautela, pues parece que el matrimonio había regresado a España unas semanas antes, el 19 de junio de 1937, todo parece indicar que, en efecto, Cosío le hizo llegar en fechas tan tempranas una invitación para dictar unas conferencias

[7] Carta de Rodríguez Aldave a Chacón y Calvo, París, 16 de febrero de 1939, en Chacón y Calvo, *op. cit.*, p. 201.

[8] Entrevista de José Miguel Ullán a María Zambrano, Ginebra, s/f.

[9] Esta información está sustentada en declaraciones de la propia María Zambrano. En una entrevista realizada por Radio Nacional de España (4 de enero de 1985) señala que cuando llegó de Chile se encontró en su casa con la invitación de Cosío. En el mismo sentido se pronuncia en otra entrevista realizada por José Miguel Ullán (Ginebra, s/f). En otra ocasión escribió que la invitación era para dar conferencias en México y que, como ella no estaba, Cosío la dejó con León Felipe, véase María Zambrano, *Las palabras del regreso (artículos periodísticos, 1985-1990)*, Salamanca, Amarú Ediciones, pp. 141-142.

en México. El compromiso de María Zambrano con la República era bien conocido en España; probablemente un amigo común —quizá León Felipe, íntimo compañero de su padre y uno de los primeros invitados de La Casa de España— lo puso en conocimiento de Cosío, informándole además de su meritoria, si bien incipiente, trayectoria intelectual. La filósofa rechazó el ofrecimiento pues era su deseo mantenerse en España; no en vano acababa de regresar de Chile con su esposo para ponerse al servicio de la causa republicana. "Volvimos porque no podíamos estar lejos de España", dijo en cierta ocasión.[10]

En febrero de 1939 la situación era muy distinta. La derrota del bando republicano era inminente, miles de ciudadanos cruzaban la frontera y muchos otros habían sido ya encerrados en campos franceses de refugiados. La Casa de España, que había nacido para dar acogida provisional a un grupo selecto de intelectuales españoles y reforzar el mundo académico mexicano, debió adaptarse a la nueva realidad y atender la demanda urgente de cientos de profesores desterrados; fue entonces cuando asumió la presidencia Alfonso Reyes y quedó definitivamente conformado su Patronato. El país había quedado devastado por una guerra fratricida y las autoridades franquistas iniciaban su violenta política de represión. María Zambrano había perdido a su padre —falleció el 29 de octubre de 1938—, y la esperanza republicana a la que ambos se habían entregado era ya un sueño del pasado. El 25 de enero, el mismo día en que capitula Barcelona, huye a Francia con su familia. La causa estaba perdida y sólo quedaba buscar un refugio seguro al otro lado del Atlántico.

La invitación de la Universidad Michoacana

Mientras el matrimonio contemplaba con impotencia el ocaso de la República, al otro lado del océano, en México, sucedían dos hechos que determinarían su suerte unos meses más tarde. Uno

[10] Datos tomados de las dos entrevistas mencionadas; en ambas señala su deseo de permanecer en España. A la pregunta de un periodista de por qué vuelven si la guerra está perdida, la pareja respondió: "Por eso".

de ellos consistió en la creación de La Casa de España, el 20 de agosto de 1938, por iniciativa presidencial. El otro, sin ninguna conexión, fue el fallecimiento tres meses antes, en accidente de carretera, de Aníbal Ponce, pedagogo marxista argentino que llevaba nueve meses exiliado en Morelia, en cuya universidad impartía las materias de filosofía.

El deceso de Ponce dejó un importante vacío en el plantel académico de la Universidad Michoacana que era urgente cubrir con profesores de fuera, pues no había en la ciudad docentes bien preparados en el ramo. Unos días después, el entonces rector de esta Universidad, José Gallegos del Río, recibió de La Casa de España un listado de profesores españoles que podrían dictar cursos breves en Morelia.[11] La selección de maestros tuvo muy en cuenta esta demanda, de tal manera que se insistió en la importancia de contar con la colaboración de José Gaos y Luis Recaséns, dos destacados discípulos de Ortega y Gasset.[12] En septiembre de 1938, Recaséns impartió diez conferencias en la Universidad Michoacana sobre el tema "La sociedad y el derecho en la vida humana", y en octubre Gaos se ocupó de un curso sobre "Filosofía de la filosofía". En los siguientes meses, ambos filósofos siguieron dictando cursillos en Morelia.

El envío de profesores españoles a universidades de provincia para dar conferencias fue una práctica común de la institución presidida por Reyes; se trataba de beneficiar con su magisterio los espacios académicos que más lo necesitaban, en coherencia con el principio revolucionario de descentralizar la cultura e incentivar el desarrollo de los estados. La Universidad Michoacana recibió en este sentido un trato particularmente favorable, por el hecho de que el presidente Lázaro Cárdenas era natural de Michoacán, había sido gobernador de este estado y estaba convencido de la necesidad de impulsarlo. Otros refugiados españoles que desfilaron por las

[11] Carta de Daniel Cosío Villegas a José Gallegos del Río, Ciudad de México, 19 de octubre de 1938. AHCM, Fondo: Alfonso Reyes, Sección: Instituciones Educativas y Culturales, Carp. 11, Exp. Universidad Michoacana, 1938.

[12] Carta de Cosío a Gallegos del Río, Morelia, 24 de enero de 1939. AHCM, Fondo: Alfonso Reyes, Sección: Instituciones Educativas y Culturales, Carp. 12, Exp. Universidad Michoacana, 1939.

aulas michoacanas durante los primeros meses de 1939 fueron Isaac Costero, José Giral, Enrique Díez-Canedo, León Felipe, etc.

El lugar privilegiado de la Universidad Michoacana en la agenda presidencial se acentuó a partir de marzo de 1939, al asumir la rectoría Natalio Vázquez Pallares. Este jurista de 26 años, comunista acérrimo, había liderado unos meses antes los movimientos estudiantiles que lograron deponer al rector anterior. Su compromiso consistía en llevar a cabo una reforma universitaria que permitiese implantar de hecho la educación socialista, acatando de este modo los principios del vigente espíritu revolucionario. La nueva Ley Orgánica que recogía esta reforma, redactada por los propios estudiantes, fue aprobada por el Gobierno del Estado el 13 de marzo, es decir, tres semanas antes de la llegada de María Zambrano a Morelia. Hacía hincapié en la necesidad de mejorar la calidad de la enseñanza, ceder a los alumnos un mayor protagonismo en el gobierno de la Universidad y adaptar los planes de estudio a la realidad del país.[13] De este modo, la Universidad Michoacana abanderaba un movimiento que se esperaba que con el tiempo se fuera extendiendo a otras universidades mexicanas.

Con el joven comunista al frente de la rectoría, se redoblaron los compromisos de la Presidencia con la casa de estudios. En la primera semana de marzo de 1939, Vázquez Pallares se reunió en Morelia con el doctor Enrique Arreguín Vélez, representante de la Secretaría de Educación Pública en el patronato de La Casa de España, ex rector de la Universidad Michoacana y hombre de confianza de Lázaro Cárdenas (estaba a cargo del Consejo Nacional de Enseñanza Superior y de la Investigación Científica), con el propósito de incorporar varios profesores exiliados al cuerpo docente, con carácter de tiempo completo. La reunión continuó unos días después en la ciudad de México, en presencia de Daniel Cosío Villegas; entonces se acordó el traslado a Morelia de tres docentes españoles. Fue en este momento cuando surgió por primera vez el nombre de María Zambrano como candidata para impartir las materias de filosofía. Vale la pena transcribir la carta

[13] Raúl Arreola Cortés, *Historia de la Universidad Michoacana*, Morelia, Universidad Michoacana, 1984, p. 1000.

que da cuenta de este encuentro, dirigida por Cosío al rector con fecha del 21 de marzo de 1939:

> De acuerdo con las conversaciones que mi compañero de Patronato el Dr. Arreguín celebró con usted en Morelia hace algo más de dos semanas, con la conversación que los tres tuvimos en mis oficinas hace unos días, quisiera formalizar la sugestión que ha hecho el Patronato de La Casa de España para que la Universidad a su digno cargo acoja a tres profesores universitarios españoles de los muchos que como consecuencia del desenlace de la guerra civil en España se han dirigido al Patronato en demanda urgente de ayuda, aprovechando la ocasión casi única de asegurarse en condiciones excepcionales los servicios de profesores de primer orden.
>
> Habíamos propuesto a usted, pensando en el problema de un profesor residente de Filosofía que creó la desaparición del Dr. Aníbal Ponce, que se contrataran los servicios de la señora María Zambrano, Doctora en Filosofía de la Universidad de Madrid, Profesora Auxiliar de la misma y substituta en varias ocasiones del Profesor Titular don José Ortega y Gasset. Usted se sirvió aceptar esa sugestión y sólo me quedaría informarle que habiéndole situado el Patronato de La Casa de España los gastos de viaje necesarios, viene ya en camino y que, por consiguiente, dentro de breves días debieran estar concluidos los arreglos necesarios para recibirla y que principiara su trabajo en esa Universidad.[14]

La carta nos plantea dos reflexiones. ¿Conocía María Zambrano, en el momento de embarcar en Francia, el destino que le esperaba en México? Aparentemente no, ya que las primeras conversaciones para proponerla para la cátedra en Morelia, a juzgar por la misiva, no tuvieron lugar hasta principios de marzo y la resolución definitiva se acordó en la semana anterior a su llegada a México. Es probable que en el transcurso del viaje se le informara del resultado de las negociaciones; en cualquier

[14] Carta de Cosío a Natalio Vázquez Pallares, Ciudad de México, 21 de marzo de 1939. AHCM, Fondo antiguo, Caja 26, Carp. 17, Exp. M. Zambrano.

caso, cuando Alfonso Reyes, en su despacho de La Casa de España, le notificó su lugar de destino, la filósofa no debió de sorprenderse, pues cuando menos ya se lo habían sugerido sus compañeros cubanos, que conocían el fallecimiento de Ponce —el fatal accidente había acontecido en un viaje a la isla para impartir unas conferencias— y la vacante de Morelia. Así lo confirman las siguientes palabras de su esposo, escritas poco después de instalarse en la capital michoacana: "La cátedra de María, como ustedes suponían —se dirige a Chacón y Calvo—, era la que había ejercido el desdichado Aníbal Ponce y por ese motivo tenía que venir a Morelia".[15]

La segunda reflexión se refiere a la imagen que tenían de María Zambrano los responsables de tramitar la invitación. Su pensamiento era conocido en México por un grupo de jóvenes intelectuales responsables de la revista *Taller*, como Octavio Paz, con quien había coincidido en el II Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura, celebrado en Valencia en julio de 1937. Fuera de este círculo, su nombre no decía nada. No hay que olvidar que su perfil académico en 1939, con 34 años de edad, era todavía discreto. En 1931 había comenzado una tesis doctoral sobre Spinoza que nunca llegó a terminar, a pesar de que a menudo figura en los documentos como doctora. Era profesora auxiliar de Metafísica en la Universidad Central y había publicado dos libros de proyección limitada, *Horizonte del liberalismo* (1930) y *Los intelectuales en el drama de España* (1937), y diversos artículos en revistas como *Cruz y Raya*, *Hora de España* y *Revista de Occidente*. Es cierto que esta breve descripción no hace justicia a su notable presencia en la vida cultural española de preguerra. Su círculo de amistades incluía lo más granado del pensamiento español, desde los grandes maestros, como Miguel de Unamuno y Antonio Machado, hasta los jóvenes intelectuales que asistían a la tertulia que organizaba los domingos en su casa de Madrid (José Bergamín, Rafael Dieste, Maruja Mallo, Rosa Chacel, Miguel Hernández, Camilo José

[15] Carta de Rodríguez Aldave a Chacón y Calvo, Morelia, 4 de mayo de 1939, en Chacón y Calvo, *op. cit.*, p. 203.

Cela, Luis Rosales, Federico García Lorca, Luis Cernuda, etc.). Pero si nos atenemos al ámbito académico, su principal carta de presentación durante los primeros años de exilio fue su condición de discípula de Ortega y Gasset, de cuyo pensamiento, por otra parte, ya había comenzado a distanciarse.

Se ha interpretado su traslado a Morelia —en lugar de quedarse en la ciudad de México, corazón cultural y académico del país, donde residían la mayor parte de los profesores españoles— como una muestra de cierta discriminación. "Sus colegas no le dieron su verdadero sitio entre nosotros", llegó a decir Francisco Giner. En efecto, las condiciones de su exilio no pueden compararse con las de otros filósofos como José Gaos, Luis Recaséns o Joaquín Xirau, que gozaron de unos privilegios —incluyendo la remuneración y la contratación regular por la propia Casa de España— que estuvieron limitados a un grupo selecto de profesores exiliados reconocidos como miembros residentes.[16] Aunque sobre el papel María Zambrano tuvo esta misma categoría, en realidad sólo disfrutó de los beneficios de los miembros especiales, pues su salario dependió íntegramente de la Universidad Michoacana;[17] La Casa se limitó a actuar como intermediaria, costearle los pasajes, invitarla a dictar unas conferencias remuneradas y publicarle un libro.

La filósofa ya había padecido antes cierta marginación al desenvolverse en un ámbito, el intelectual, dominado por hombres. En Madrid, por ejemplo, nunca fue invitada a asistir a las tertulias de la *Revista de Occidente* a pesar de sus estrechos vínculos con Ortega y Gasset.[18] No obstante, para el asunto que nos ocupa hay que tener en cuenta algunas consideraciones. En primer lugar, como ya hemos visto, su nombre había figurado

[16] Hay que reconocer que académicamente la trayectoria de Zambrano no podía compararse en 1939 con las de estos filósofos. Joaquín Xirau (1895-1946) había sido decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Barcelona y José Gaos (1900-1969) rector de la Universidad de Madrid. El más joven de los tres, Luis Recaséns (1903-1977), gozaba de gran prestigio como profesor en la Universidad de Madrid y vicepresidente del Instituto Internacional de Filosofía del Derecho.

[17] Clara E. Lida, *La Casa de España en México*, México, El Colegio de México, 1988, p. 137.

[18] Juan Carlos Marset, *María Zambrano. I. Los años de formación*, Sevilla, Fundación José Manuel Lara, 2004, p. 347.

en las primeras listas de invitados pero prefirió quedarse en España; cuando en febrero de 1939 se planteó de nuevo su traslado, resultaba urgente encontrar un lugar seguro que le permitiera retomar sus actividades académicas, algo que pudo hacer satisfactoriamente en Morelia. Además, la cátedra que ocupó la filósofa había pertenecido a un intelectual del prestigio de Aníbal Ponce, por lo cual su incorporación generó grandes expectativas en la Universidad.

Finalmente, es probable que la invitación a Morelia surgiera a propuesta de alguno de sus compañeros de exilio, quizá Luis Recaséns o León Felipe,[19] que habían formado parte del primer grupo de invitados de La Casa y gozaban de cierto prestigio en México. Ambos habían participado en eventos académicos en la capital michoacana y conocían la demanda de su Universidad y la situación crítica de la filósofa en Francia. El poeta zamorano había residido en dos ocasiones anteriores en México y su esposa, Berta Gamboa, era mexicana; su amistad con la filósofa se remonta a 1920, cuando se conocieron con motivo de la presentación del primer libro del poeta en la Universidad Popular Segoviana.[20] Recaséns era, al igual que Zambrano, miembro de la escuela de Madrid formada por los discípulos de Ortega.

La vida académica en Morelia

Morelia cuenta con una fisonomía que a María Zambrano bien podría haberle recordado Segovia, escenario de remembranzas familiares entrañables, de su primer gran amor, de sus encuentros con Antonio Machado y de la revelación de su pasión por la filosofía. Es una ciudad recoleta, de vida apacible, colonial, con calles empedradas y atravesada por un acueducto. Sin embargo, la impresión que generó en el matrimonio fue muy distinta:

[19] Julia Castillo sugiere el nombre del poeta zamorano mientras que Sebastián Fenoy se inclina por Recaséns. Véase Julia Castillo, "Cronología de María Zambrano", *Anthropos*, núms. 70-71, 1987, p. 77, y Jesús Moreno Sanz y Sebastián Fenoy, "Cronología y geografía del exilio", *Archipiélago*, núm. 59, diciembre 2003, p. 12.

[20] Juan Carlos Marset, *op. cit.*, pp. 309-310.

> Morelia es una pequeña población de unos 40,000 habitantes, pero de vida extremadamente muerta. No nos tratamos con nadie, y si no fuera por los periódicos y el cine podríamos decir que no estábamos viviendo en el siglo XX. Estamos contentos, pues se nos han arreglado las cosas rápidamente y a la medida de nuestros deseos, pero lo estaríamos mucho más si consiguiéramos tener todo esto en la capital, esto es, en México, y a ello tienden todos nuestros esfuerzos.[21]

Para mayor desagrado, la recepción, en un principio cordial, enseguida se vio empañada por unos comentarios del rector en los que daba por supuestas su militancia comunista y su adscripción a la filosofía marxista:

> ... el Sr. Rector me habló con gran cordialidad acerca de la condición revolucionaria de la Universidad de Morelia donde yo iba a encontrarme muy bien, ya que a él se le había dicho que yo había sido militante del partido comunista. Como esto no es cierto, así se lo manifesté, pero se trataría de un equívoco si ello no fuera, al parecer, un ingrediente de la buena acogida que tuvo la idea de traerme. A continuación me dijo el Sr. Rector que el art. III de la Constitución prescribe la educación socialista y que a él hay que ajustarse; que en México no existe la libertad de cátedra y que quienes la defienden es con la finalidad de eludir el mandato constitucional y que el profesor no tiene libertad de elegir una postura ideológica y política.[22]

El señalado artículo, que prohibía la libertad de cátedra por considerarla "una forma de burlar y sustraerse a la orientación educativa postulada por el Estado",[23] chocaba de frente con los postulados de la Institución Libre de Enseñanza defendidos por

[21] Carta de Rodríguez Aldave a Chacón y Calvo, Morelia, 4 de mayo de 1939, en Chacón y Calvo, *op. cit.*, p. 204.

[22] Carta de Zambrano a Cosío, 4 de abril de 1939. AHCM, Fondo antiguo, Caja 26, Carp. 17, Exp. M. Zambrano. En la transcripción de las cartas he corregido algunos errores de acentuación.

[23] Pablo G. Macías, *Aula nobilis. Monografía del Colegio Primitivo y Nacional de San Nicolás de Hidalgo*, México, Vanguardia Nicolaíta, 1940, p. 103.

la mayor parte de los profesores exiliados. Se trataba, sin embargo, de una cuestión de principios que en la práctica no merecía demasiada atención, como pudo comprobar la filósofa poco después. El mismo rector ironizaba sobre este asunto en una conversación con el escritor alemán Ludwig Renn: "Naturalmente que no hay aquí maestros que sean realmente marxistas, y tal vez en este momento haya apenas uno que haya leído algo sobre Marx".[24] Cuatro años después, el filósofo español Juan David García Bacca viviría esta misma polémica con Vázquez Pallares (ahora funcionario del Gobierno del Estado), esta vez con graves consecuencias ya que provocó la expulsión de la Universidad Michoacana de los profesores exiliados y de las autoridades académicas.[25]

María Zambrano asumió sus compromisos docentes nada más arribar a Morelia. Tenía una carga académica de doce horas a la semana repartidas en las materias de Psicología, Sociología, Ética y Estética, Lógica e Historia de la Filosofía, correspondientes al nivel de Bachillerato (se impartía en el Colegio de San Nicolás de Hidalgo), pues ninguna de las carreras profesionales contaba con asignaturas propiamente filosóficas. Sus clases consistían en conferencias magistrales apoyadas por lo general en el pensamiento de Ortega y Gasset; en ocasiones los alumnos debían preparar algún tema específico de filosofía a partir de lecturas sugeridas por la maestra.[26] En Historia de la Filosofía reservaba una hora semanal a la lectura de obras filosóficas (*Los seis grandes temas de la metafísica occidental* de Heinz Heimsoeth y la *Introducción a la teoría de la ciencia* de Fichte) y en Sociología dedicaba una hora a la "Historia de las doctrinas socialistas".[27] Las

[24] Ludwig Renn, *Morelia. Una ciudad universitaria de México*, Morelia, Universidad Michoacana, 1991, p. 47.

[25] Véase Gerardo Sánchez Díaz, "El magisterio de Juan David García Bacca en la Universidad Michoacana, 1942-1943", en Claudia González Gómez y Gerardo Sánchez Díaz (coords.), *Exilios en México. Siglo XX*, Morelia, Universidad Michoacana, 2008, pp. 171-201.

[26] Información facilitada por varios ex alumnos suyos en diversas entrevistas realizadas en Morelia: Rubén Ascencio (6 de mayo de 2004), Enrique Sotomayor (13 de mayo de 2004) y Luis Cervantes (15 de mayo de 2004).

[27] Carta de Zambrano a Cosío, Morelia, 21 de abril de 1939. AHCM, Fondo Antiguo, Caja 26, Carp. 17, Exp. M. Zambrano. Ambos libros habían sido editados poco antes por Revista de Occidente.

clases finalizaron a principios de octubre. En los días siguientes dictó dos cursillos extraordinarios: uno de Psicología (seis lecciones) y otro de Filosofía Moderna (diez lecciones) en el que ofreció un panorama del pensamiento occidental desde Scoto y Occam hasta Hegel.[28]

Su salario mensual ascendía a 450 pesos, que se completaba con el de su marido, que también impartía clases —de Historia Universal Moderna, en el Colegio de San Nicolás y en la Escuela Normal— y se ocupaba de la dirección de la revista de la Universidad.[29] "Económicamente salimos bastante bien librados", escribió a un amigo.[30]

No resultó fácil ganarse el respeto de los estudiantes nicolaítas. Nada más llegar se encontró con "cierto ambiente de indisciplina y no muy buenas maneras",[31] probablemente relacionado con las disputas políticas exacerbadas por la reforma educativa y la expulsión del anterior rector.[32] Además, la formación de los alumnos era escasa, por lo que tenía que detenerse en cuestiones elementales. La filosofa, no obstante, quedó muy satisfecha de la progresión de los estudiantes y de su cambio de actitud, como señaló a Reyes poco después del inicio del curso: "Los alumnos siguen muy interesados y muy atentos; hay un orden perfecto en mis clases y un gran deseo; son muy inteligentes algunos".[33]

[28] Véase dos cartas de Zambrano a Reyes, del 2 y 9 de octubre de 1939. AHCM, Fondo Antiguo, Caja 26, Carp. 17, Exp. M. Zambrano.

[29] Su marido consiguió las clases gracias a la intervención de Alfonso Reyes. Además contaba con cierta experiencia en el mundo de la edición, pues en noviembre de 1938 había fundado la editorial Labra, que publicó un discurso de Prim y antologías de Gabriela Mistral, Pablo Neruda, Nicolás Guillén y Alfonso Reyes. Véase Carta de Rodríguez Aldave a Chacón y Calvo, París, 16 de febrero de 1939, en Chacón y Calvo, *op. cit.*, p. 198.

[30] Carta de Rodríguez Aldave a Chacón y Calvo, Morelia, 4 de mayo de 1939, en Chacón y Calvo, *op. cit.*, p. 204.

[31] Carta de Zambrano a Cosío, Morelia, 21 de abril de 1939. AHCM, Fondo antiguo, Caja 26, Carp. 17, Exp. M. Zambrano.

[32] Esta hostilidad de los estudiantes determinó varios años después la renuncia a la misma cátedra del profesor español Marcelino Méndez. Entrevista a Adolfo Sánchez Vázquez realizada por Teresa Rodríguez de Lecea, s.f.

[33] Carta de Zambrano a Reyes, 5 de mayo de 1939. AHCM, Fondo antiguo, Caja 26, Carp. 17, Exp. M. Zambrano.

La rutina académica se interrumpía cada cierto tiempo con la llegada a Morelia de profesores españoles que acudían a impartir algún cursillo o conferencia. El 8 de mayo, con motivo de la conmemoración del aniversario del Colegio de San Nicolás de Hidalgo, llegaron a la ciudad el presidente y el secretario de La Casa de España y varios maestros exiliados: Juan de la Encina, Adolfo Salazar, Jesús Bal y Gay, Agustín Millares, Enrique Díez-Canedo, Isaac Costero y Recaséns. Como parte de los actos realizaron un viaje al pueblo de Pátzcuaro, primera sede de la Universidad Michoacana, que medio siglo después recordaría con estas palabras:

> En una tarde preciosa, estábamos en la orilla del lago de Pascuaro [*sic*], sentados un poco más arriba, dispersos, un grupo de españoles salvados en su vocación y en su libertad por el que ya se llamaba Colegio de México. Don Alfonso [Reyes] apareció un poco más tarde con discreción, casi sin ser notado. Debía yo estar muy triste, lloraba mi corazón, y desde lejos, atravesando una distancia y no precisamente en una vía asfaltada, sino entre riscos, agarrándose quizá a alguna zarza o a alguna rama, apareció ante mí don Alfonso y me dijo estas palabras: "María, donde quiera que hoy esté una persona, está llorando". Era la verdad, me trajo la verdad universal que me tocaba el corazón.[34]

En junio se encontró de nuevo con varios compañeros de exilio —quizá también con Emilio Prados, que acababa de llegar al país—, esta vez en la ciudad de México, a donde asistió invitada por La Casa, aprovechando las vacaciones de verano, para dictar tres conferencias con el título "Pensamiento y poesía en la vida española" (los días 12, 14 y 21). La revista *Taller* publicó una elogiosa reseña de las mismas, que fueron además recogidas en un libro.[35]

[34] María Zambrano, "Entre violetas y volcanes", *Diario* 16 (Suplemento semanal), Madrid, 13 de mayo de 1989.

[35] Anónimo, "Tarjetas", *Taller, Poesía y Crítica*, año I, núm. 4, México, julio de 1939, p. 57.

Su producción intelectual en Morelia

Los nueve meses en Morelia fueron decisivos en el pensamiento de María Zambrano; no creo que desagradara a la autora, tan fiel a la máxima unamuniana de "discurrir por metáforas", contemplarlos como un verdadero alumbramiento, una catarsis en su sentido de liberación suscitada por una experiencia vital profunda. Conviene tener presente la fuerte tensión emocional que había acumulado en los tres últimos años: los trágicos acontecimientos de la guerra, el desmoronamiento del sueño republicano, el fallecimiento de su padre y poco después de Antonio Machado, la dramática suerte de muchos amigos —Lorca asesinado, Miguel Hernández en prisión...—, la situación crítica en París de su madre y su hermana (sería torturada por la Gestapo), etc. Habría que añadir otros muchos sucesos de su vida personal que apenas había podido asimilar, como la ruptura definitiva con su primo Miguel Pizarro, su boda con Alfonso, los nueve meses en Chile... y, como telón de fondo, un destierro que como en tantos casos ponía punto final a su vida anterior y la lanzaba a un futuro incierto.

En esta situación, Morelia surgió como un apeadero, una plataforma desde la que inicia la recapitulación de esta sucesión de tragedias, todavía vivas e imposibles de digerir; su interior se rebela y emerge con rabia en forma de angustia y de tristeza que, como en otras ocasiones de su vida, tiende a somatizar; de hecho, la fragilidad de su salud será una constante durante estos nueve meses.[36] Como una reacción natural a esta situación de crisis, la filósofa encuentra un refugio en la escritura, agarra la pluma y en un estado casi febril redacta textos que serán decisivos en la trayectoria de su pensamiento y en la historia de la filosofía. "Me siguen naciendo proyectos que ya le comunicaré según estén maduros; en cuanto saco mis papeles, nacen como hongos en matorral", escribía a Reyes mes y medio después de su llegada.[37]

[36] Su enfermedad será un tema recurrente en su correspondencia de estos meses. Es probable que haya sido tratada a distancia por el psiquiatra español Gonzalo Rodríguez Lafora, en cuyo archivo, depositado en el CSIC (Madrid), se encuentra un sobre de carta vacío enviado por María Zambrano desde Morelia.

[37] Carta de Zambrano a Reyes, Morelia, 17 de mayo de 1939. AHCM, Fondo Antiguo, Caja 26, Carp. 17, Exp. M. Zambrano.

Obra	*Descripción*
Pensamiento y poesía en la vida española, México, La Casa de España, 1939.	Conferencias que impartió en la ciudad de México en junio. Salió a la luz en octubre.
Filosofía y poesía, Morelia, Universidad Michoacana, 1939.	Comienza su redacción en España con el título *Filosofía, poesía y tragedia*; para julio de 1939 ya la tenía muy avanzada. Su edición se inició a principios de octubre.
"San Juan de la Cruz (de la 'noche obscura' a la más clara mística)", *Sur* 63, pp. 43-60, diciembre 1939.	Inició este artículo en Barcelona en diciembre de 1938 y lo terminó en Morelia el 16 de julio; por este motivo lo llamaba "el salto".
"Poesía y filosofía", *Taller* 4, pp. 5-14, julio 1939.	1er capítulo del libro *Filosofía y poesía*. Entregado en mayo.
"Nietzsche o la soledad enamorada", *Rev. Univ. Mich.* 16, pp. 23-27, julio 1939.	Uno de los primeros textos sobre Nietzsche en México, alusión velada a sus propias vivencias en Morelia.
"Descartes y Husserl", *Taller* 6, pp. 59-62, noviembre 1939.	Reseña del libro homónimo de Francisco Romero.
Manual de ética (o *Los problemas fundamentales de la ética*).	Concibe su redacción a principios de mayo. Fue aprobado para publicarse por La Casa de España, aunque figuró también en la lista de obras de próxima aparición de la Univ. Michoacana. En marzo de 1940 dictó cinco conferencias en la Escuela Libre de La Habana con el título "Los orígenes de la ética".
Don Miguel de Unamuno y su obra (*Unamuno*, Barcelona, Debate, 2003).	Propuso su publicación a La Casa de España. La redactó entre 1939 y 1942, permaneció inédito hasta 2003. Publicó partes en revistas ("Sobre Unamuno", *Nuestra España*, 4, pp. 21-27, enero 1940; "Unamuno y su tiempo", *Univ. La Habana*, 46-48, pp. 52-82, enero-junio 1943). En abril de 1940 dictó en Puerto Rico un ciclo de conferencias con el título "Don Miguel de Unamuno y su obra".

Obra	*Descripción*
Breve historia de la mujer (la mujer ante la sociedad y el estado)	Propuso su publicación a La Casa de España. En marzo de 1940 dictó en la Institución Hispanocubana de Cultura (La Habana) un ciclo de conferencias con el título "La mujer y sus formas de expresión en Occidente".
El estoicismo como fenómeno de crisis histórica	Al menos desde el verano de 1938 abrigaba este proyecto. Propuso su publicación a La Casa de España con el título *Séneca o la resignación*. Para noviembre debía de llevarlo bastante avanzado. En enero de 1940 dio un ciclo de conferencias en la Univ. de La Habana con el título "Séneca y el estoicismo". En 1944 publicó *El pensamiento vivo de Séneca*.
Filosofía y cristianismo	Invitación de la editorial Losada, a través de Francisco Romero, en septiembre de 1939. Inicia su redacción en Morelia y la continúa en La Habana y Roma. Se convertiría en *El hombre y lo divino* (México, 1955).
"Figuras del mundo hispánico. El poeta Antonio Machado"	Manuscrito fechado en Morelia, octubre de 1939.
"Nombres que quedan. Flaubert y Nietzsche"	Manuscrito fechado en Morelia, octubre de 1939.

La obra de Zambrano en Morelia consta de dos libros, tres artículos y una reseña bibliográfica; además dejó al menos siete textos manuscritos en diferentes grados de avance. En el cuadro anterior se recoge una relación de estos escritos con una breve descripción; en este ensayo nos limitaremos a ofrecer una reflexión general en torno a los mismos.[38] Figuran textos que ha-

[38] Ofrecemos una descripción más amplia de estas obras en Dosil Mancilla, *op. cit.*, pp. 127-133. Para mayor información recomendamos los estudios de Mercedes Gómez Blesa que figuran en las siguientes ediciones de las obras de María Zambrano: *Unamuno*, Barcelona, Debate, 2003, pp. 9-25, y *Pensamiento y poesía en la vida española*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2004, pp. 11-83.

bía iniciado en España y otros en los que seguiría trabajando en los años siguientes. Entre los primeros se encuentra "San Juan de la Cruz (de la 'noche obscura' a la más clara mística)", que había comenzado a escribir en Barcelona; por haber sido elaborado entre los dos continentes lo llamaba cariñosamente "el salto".[39] Otro manuscrito que traía en la maleta se convertiría tres meses después en su libro *Filosofía y poesía*. En una nota de su archivo personal puede leerse: "Hoy hace 11 años salí de España. Y la misma noche escribí en un papel como éste, [una serie] de notas que sirvieron para *Filosofía y poesía* y que tengo. Hoy al sentir este tiempo sale de mis labios una palabra: 'Gracias' y enseguida '¡Qué horror!' Si pudiera hacer poesía".[40] Entre los segundos quisiéramos destacar un libro que propuso para su publicación a la editorial Losada, en septiembre de 1939, con el título *Filosofía y cristianismo*, en el que seguiría trabajando en los años siguientes, en Cuba y Roma, hasta convertirse en *El hombre y lo divino* (México, 1955). También figuran diversos manuscritos que presentó como conferencias varios meses después en La Habana y en Puerto Rico, que fueron clave en la buena acogida que tuvo su pensamiento en estos países.

La bibliografía que dispuso para la elaboración de estos trabajos fue muy limitada; prácticamente se redujo a una colección de la *Revista de Occidente* y algunas obras clásicas. En realidad, los textos son fruto de profundas reflexiones derivadas de lecturas anteriores de los místicos españoles, Spinoza, Plotino, Louis Massignon, Nietzsche, la literatura sufí, etc. y de conversaciones que mantuvo en los últimos años con Antonio Machado, Unamuno, Ortega y Gasset, Miguel Hernández, Emilio Prados... Pareciera que en la soledad, María reanudara diálogos bruscamente interrumpidos por la guerra y el exilio, y a partir de estos fuese trazando el camino por el que discurriría su pensamiento en los años siguientes. Morelia fue el lugar donde logró cristalizar el singular proyecto de unir filosofía y poesía; se trataba, es cierto, de una idea que inquietaba a la filósofa desde hacía varios meses, pero no

[39] Entrevista a María Zambrano, Radio Nacional de España, 26 de junio de 1981.

[40] AFMZ, Caja 15, Carp. 473.

fue hasta su llegada a esta ciudad cuando pudo verter estas ideas en un texto. De este modo surgió *Filosofía y poesía*, que tres décadas después reconocería como "lo más esencial de mi modesta obra".[41] El libro se nutre de las conversaciones que mantuvo en Barcelona con Prados[42] y de la situación de crisis que reorientó el rumbo de la filosofía, en su caso arrimándola a la fuerza creadora de la voz poética. En este sentido, la obra lleva ya inscrita la marca del exilio.

Morelia fue el escenario de esta dolorosa gestación, un pliegue en el destino caracterizado por la soledad y la angustia pero también por haber alumbrado un nuevo camino a su pensamiento. No es extraño que el rechazo que le provocó la ciudad durante estos meses, con el tiempo se fuese convirtiendo en un sentimiento de gratitud,[43] por un proceso similar al que le llevaría a escribir mucho tiempo después "Amo mi exilio". Las siguientes palabras expresan bien esta contradicción sólo aparente: "Lo de México fue maravilloso pero también fue terrible [...]. El mismo día que cayó Madrid yo estaba en la Universidad de Morelia, capital de Michoacán, explicando la diferencia entre el sujeto y el objeto en Filosofía".[44]

El traslado a La Habana

Durante todos estos meses, María Zambrano abrigó la esperanza de cambiar su lugar de exilio. Contemplaba con particular interés Chile, donde su esposo pretendía crear una editorial e iniciarse en diversos negocios.[45] Después de múltiples intentos frustrados

[41] Carta de Zambrano a Camilo José Cela, La Piece, 16 de mayo de 1970. Archivo de la Fundación Camilo José Cela, Fondo: Correspondencia, s/cat.

[42] En el libro, María Zambrano señala su deuda con *Cuerpo perseguido*, un libro inédito de Prados.

[43] Véase por ejemplo el lugar destacado que dedicó a Morelia en su discurso de recepción del Premio Cervantes.

[44] Entrevista realizada por Radio Nacional de España, 4 de enero de 1985.

[45] Carta de Alfonso Rodríguez Aldave a Emilio Prados, Morelia, 10 de julio de 1939, reproducida en Francisco Chica, "Un cielo sin reposo. Emilio Prados y María Zambrano", en Valender *et al.*, *op. cit.*, p. 201.

para trasladarse a este país, buscando apoyo en algunos compañeros chilenos, como Gabriela Mistral, la abogada feminista Elena Caffarena o Pablo Neruda, recurrieron a la Junta de Cultura Española, presidida por sus amigos José Bergamín, José Carner y Juan Larrea, con la siguiente respuesta: "... sobre el asunto del éxodo a Chile hice las posibles exploraciones; pero hallo un criterio cerrado y negativo. Parece que es imposible en estos momentos abrir la mano para cambiar de lugar a quienes tienen resuelto su problema".[46]

Ante esta situación, decidieron emplear las vacaciones de invierno para viajar a Cuba, con invitaciones para dictar conferencias del Instituto Cubano de Altos Estudios y de la Universidad de La Habana.[47] El viaje ya estaba decidido en octubre, pero los cursos extraordinarios que impartió en Morelia y unos imprevistos con el visado demoraron el embarque hasta el día de Navidad.[48] La isla poseía notables atractivos: había algo en su luz, en la brisa, en el rumor del mar que le recordaban su infancia en Andalucía;[49] además la esperaban con los brazos abiertos los familiares de su esposo y diversos amigos: Manuel Altolaguirre, Concha Méndez, Álvaro de Albornoz, su hija Concha, Gustavo Pittaluga, Chacón y Calvo, José Lezama Lima... Por otra parte, La Habana resultaba estratégica para tantear otros posibles destinos.

Las expectativas se cumplieron con creces, sus conferencias despertaron un gran interés y enseguida le surgieron nuevos compromisos académicos que dilataron su estancia en el Caribe, desatendiendo sus clases en Morelia, que comenzaron a mediados de enero.[50] Por este motivo recibió el 2 de febrero un telegrama del secretario de La Casa de España, con la amenaza de rescindir

[46] Carta de José Carner a Zambrano, Ciudad de México, 16 de diciembre de 1939. AFMZ, caja 19, s/cat.

[47] Carta de Zambrano a Lezama, Morelia, 27 de octubre de 1939, reproducida en Fornielles, *op. cit.*, pp. 89-91.

[48] Dosil Mancilla, *op. cit.*, p. 134.

[49] Carta de Zambrano a Lezama, Roma, 1 de enero de 1956, en Fornielles, *op. cit.*, pp. 119-121.

[50] Carta de Zambrano a Reyes, La Habana, 18 de enero de 1940. AHCM, Fondo Antiguo, Caja 26, Carp. 17, Exp. M. Zambrano.

su contrato si no regresaba a la mayor brevedad.[51] Esta fue su respuesta:

> Lamento muchísimo no poder regresar inmediatamente a Morelia. Como ya dije en carta al Sr. presidente de La Casa de España, don Alfonso Reyes, estoy enferma; tengo fiebre a diario y un gran agotamiento que no me permite hacerme cargo de los numerosos cursos que hay que dar en la Universidad de Morelia, mientras no me encuentre más repuesta.
>
> Me habla en su cable de "contrato". Me interesa dejar aclarado que no he firmado ninguno, ni en la Universidad, ni, como usted sabe, con La Casa de España. Le será fácil comprender que me interese dejar claro esto; no quiero aparecer como cancelando un contrato de cuyas seguridades no he disfrutado. Si la Universidad de Morelia, en vista de esta situación mía, decide prescindir de mis servicios, le agradecería mucho la molestia de comunicármelo.[52]

Se puede razonar y buscar "culpables" para explicar este turbio desenlace: su delicado estado de salud, que la había mantenido durante semanas postrada y sin poder escribir;[53] la actitud inflexible de Cosío, que puso en evidencia "aquella indiferencia [suya] a la sensibilidad ajena", como escribiría Octavio Paz[54] —en manos de Reyes, que se encontraba de viaje, el asunto sin duda habría seguido otros cauces más sensatos—; la supuesta urgencia de las autoridades académicas, cuando en realidad tardaron más de un año en encontrar un sustituto para su cátedra.[55] Todas estas observaciones son ciertas, pero omiten algo esencial: la firme

[51] El telegrama dice así: "Comunicamos universidad morelia cursos iniciados desde 16 enero stop su licencia rebasada desde 19 stop considera cancelacion contrato caso no regresar inmediatamente stop ruegole informarme // Cosío". AHCM, Fondo Antiguo, Caja 26, Carp. 17, Exp. M. Zambrano.

[52] Carta de Zambrano a Cosío, La Habana, 4 de febrero de 1940. AHCM, Fondo Antiguo, Caja 26, Carp. 17, Exp. M. Zambrano.

[53] Véase, por ejemplo, la carta de Zambrano a Reyes, Morelia, 3 de junio de 1939. AHCM, Fondo Antiguo, Caja 26, Carp. 17, Exp. M. Zambrano.

[54] Octavio Paz, "Una voz que venía de lejos", en Valender *et al.*, *op. cit.*, p. 24.

[55] Véase Dosil Mancilla, *op. cit.*, p. 136.

intención de la filósofa de marcharse de Morelia. En los últimos meses su estancia en la ciudad se había hecho más agradable: contaba con buenas condiciones para concentrarse en la escritura, los alumnos estaban muy contentos con sus clases y en ocasiones se reunía con jóvenes profesores en una pequeña tertulia en el Café La Soledad; también las autoridades universitarias estaban satisfechas con su desempeño y ya contaban con su participación en los actos de conmemoración del IV centenario de la fundación del Colegio de San Nicolás, con un curso sobre "El Amor".[56] Pues bien, ni en los mejores momentos la filósofa malagueña —mucho menos su marido— abandonó la idea de trasladarse a otro país tan pronto surgiera una oportunidad. Prueba de ello son las siguientes palabras en las que Rodríguez Aldave expone el plan completo que se derivaba de su viaje a Cuba:

> En cuanto a lo que nos dice puedo informarle que no tenemos ninguna prisa en llegar a Chile, o sea que tenemos de tiempo hasta primeros de abril para llegar a Santiago y que en consecuencia nuestros planes son los siguientes: llegar a esa a fines de diciembre, pasar las navidades con nuestros familiares —mi hermano y tíos que viven en Itabo-Matanzas— y podemos permanecer entre ustedes los meses de enero y febrero y si necesario fuere hasta mediados de marzo. Así que contando con eso y teniendo presente el nuevo presupuesto vea la forma de aprovecharnos y ayudarnos.[57]

En definitiva, parece que el matrimonio abandonó Morelia con el equipaje completo y sin intención de regresar, si bien optó por la discreción para no cerrar del todo las puertas de la Universidad Michoacana. Aunque el plan de trasladarse a Chile no se concretó, probablemente esperaba que Cuba le sirviera de atalaya

[56] Gerardo Sánchez Díaz, "Las voces del exilio español en Morelia. Científicos y humanistas en la Universidad Michoacana, 1938-1943", en Agustín Sánchez Andrés y Silvia Figueroa Zamudio (coords.), *De Madrid a México. El exilio español y su impacto sobre el pensamiento, la ciencia y el sistema educativo mexicano*, Morelia, Universidad Michoacana y Comunidad de Madrid, 2001, pp. 277-328.

[57] Carta de Rodríguez Aldave a Chacón y Calvo, Morelia 18 de octubre de 1939, en Chacón y Calvo, *op. cit.*, pp. 207-208.

desde la cual divisar otros posibles lugares de exilio. Una vez en la isla comprobó que podría sobrevivir sin muchas dificultades impartiendo cursos allí y en Puerto Rico, al menos hasta que surgiera alguna opción mejor. Prefirió este incierto horizonte en compañía de amigos a la vida tranquila pero aislada de Morelia. No sospechaba que La Habana iba a convertirse en el principal escenario de su vida durante los trece años siguientes.[58]

[58] Véase Francisco Javier Dosil Mancilla, "El exilio en Cuba de María Zambrano", en Sánchez Cuervo *et al.*, *op. cit.*, pp. 125-172.

JOSÉ MEDINA, LA CASA DE ESPAÑA Y EL COLEGIO DE MÉXICO

José Luis Reyna
El Colegio de México

Breve introducción

La intención de este trabajo es trazar una semblanza intelectual del sociólogo español José Medina Echavarría (1903-1977) durante su estancia en México. Se trata, básicamente, de seguir su paso por La Casa de España y El Colegio de México, en un periodo que va desde el año 1939, cuando llega Medina a México, hasta 1946, cuando decide abandonar nuestro país en busca de nuevos derroteros.

La Casa de España fue fundada en 1938, por iniciativa de Daniel Cosío Villegas, en un esfuerzo por acoger, sin ambages, a los perseguidos españoles que huían de su país como consecuencia de una cruenta guerra civil. La Casa contó, para ello, con el apoyo incondicional del gobierno encabezado por el general Lázaro Cárdenas. En términos más específicos el proyecto consitió en invitar a un grupo de intelectuales españoles con el fin de que continuaran sus trabajos académicos mientras concluía la Guerra Civil en España. El gobierno que surgió de este conflicto, sin embargo, se prolongó hasta 1975, año en que muere el dictador Francisco Franco: un largo periodo de oscuridad. Por tanto, un buen número de los exilados permaneció en nuestro país por décadas. En pocas palabras, hicieron de México su segunda patria.

Dos años después de que La Casa fuera inaugurada, surgió El Colegio de México. Era octubre de 1940 y el general Cárdenas estaba por concluir su sexenio. Al poco tiempo El Colegio de México se convirtió en una institución de educación superior de

reconocida excelencia académica, en buena medida gracias a la participación de los trasterrados españoles. Desde su arribo a nuestro país, Medina colaboró incansablemente, con conferencias, cursos, investigaciones y la publicación de artículos y libros; contribuyó también a la formación de estudiantes.

Pese a que Medina es una pieza central para entender el desarrollo de la sociología como disciplina científica, en México su trabajo no es muy conocido. Conviene tener presente, por otra parte, que su influencia rebasa las fronteras de nuestro país. A su salida de México se dirigió por unos cuantos meses a Colombia y de ahí a Puerto Rico, donde permaneció seis años. En 1952 aceptó una invitación a trabajar en la Comisión Económica para América Latina (Cepal), organismo internacional creado por la Organización de las Naciones Unidas en 1948. Distinguidos economistas participaron en el diseño de esta novedosa institución. Baste mencionar los nombres de Raúl Prebisch, Celso Furtado y Aníbal Pinto, entre otros. Medina se integró a la Cepal como corrector de textos, un puesto que desde luego no correspondía a su trayectoria intelectual. Su talento, sin embargo, no tardó mucho en aflorar. A principios de los años cincuenta ya era un sociólogo maduro y erudito. En poco tiempo retomó su propio trabajo sociológico, llegando a contribuir, de manera significativa, a la conformación de un pensamiento social en México y en América Latina cuya vigencia perdura hasta el día de hoy. Santiago de Chile fue (y es) la sede de la Cepal. En esta ciudad decidió pasar el resto de sus días. En suma, se trata de un personaje cuya aportación resulta fundamental para entender el desarrollo de las ciencias sociales en Hispanoamérica.

La formación académica de Medina

Como queda insinuado líneas arriba, este trabajo parte de la idea de que Medina es la piedra angular de la sociología en México y en América Latina. Su contribución al desarrollo de la disciplina permite entender y elaborar mejor aquellas teorías relacionadas con el desarrollo económico y el cambio social. Habría que re-

conocer, además, que es en México donde Medina se consolida como sociólogo y como pensador social. Su formación original fue en derecho. Lo estudió en España, entre 1920 y 1926, en las universidades de Valencia y Madrid. Cuando terminó los cursos de esa carrera, a los 23 años, empezó un largo periplo que lo habría de llevar años después a Hispanoamérica. En 1926 fue nombrado miembro de la Universidad de París. Fue entonces cuando empezó a alejarse del derecho. Cuando llegó a Francia, tanto la École Sociologique como Émile Durkheim (1858-1917) eran los emblemas de una pujante escuela sociológica francesa, en la que influían Augusto Compte (1798-1857) y la tradición positivista. De hecho, fue sobre todo la pasión de los positivistas por el rigor de la prueba empírica lo que condujo a Durkheim a escribir su obra magna *El suicidio.* La comprobación factual de los hechos también atrajo enormemente a Medina. Para él, la teoría y la comprobación de los hechos por la vía del método científico hacían de esta obra un modelo de investigación casi perfecto, un paradigma a seguir para todo investigador.

Tan importante fue la influencia de la escuela francesa en la formación de Medina, que a partir de la mitad de los años veinte éste inició una larga reflexión con el fin de identificar el objeto de la sociología, al igual que lo hacían las diversas corrientes de pensamiento de la sociología francesa. Para él, la problemática del objeto de estudio de la disciplina fue un dilema y, a la par, una interminable discusión. Tal vez lo que se acercaría más al objeto de análisis de la sociología, a su juicio, era "el hombre en sociedad".

Para Medina, la sociología tenía que ser una ciencia independiente. Tenía que descansar en sus propias teorías, que a su vez debían ser elaboradas a partir de la investigación y la confirmación empírica. No le era concebible que la disciplina fuera incapaz de desarrollar sus propios métodos de pesquisa; muy al contrario, su vigor tenía que apoyarse en las reglas de la comprobación del hecho. Este conjunto de atributos disciplinarios conducía a Medina a una posición que, a lo largo de su vida, sería irreductible y que consistía en despreciar, como regla indeclinable, la especulación y la charlatanería, como solía decir con tanta frecuencia. Para él, los fenómenos sociales eran hechos y como

tales debían explicarse y analizarse: su aspiración, como la de Durkheim, era hacer de la sociología una ciencia dura en la que el rigor teórico y metodológico fuera la condición necesaria y suficiente para que se pudiera ejercer como tal. En una palabra, proponía hacer de la sociología una disciplina capaz de explicar los fenómenos sociales.

La sociología para Medina era una práctica científica. A lo largo de su trayectoria como investigador y pensador jamás se apartó de este principio. A los 27 años, ya con este bagaje de conocimientos y convicciones en su haber, elaboró una tesis de doctorado para la Universidad Central de Madrid. Si bien el tema que escogió tenía todavía un dejo de su formación como abogado, la estructura de su trabajo doctoral estaba estrechamente vinculada con la ciencia. El tema que desarrolló fue "La representación profesional en las Asambleas Legislativas". En 1930 obtuvo el grado. Es muy probable que, con esta tesis, Medina haya deseado culminar el ciclo académico y profesional de su formación original, aunque en el momento de doctorarse era innegable que se le había incubado el "germen" de la sociología.

Ya con su grado bajo el brazo, y con la juventud en todo su esplendor, Medina continuó su periplo académico impulsado por una desmedida ambición por el conocimiento. Así, entre 1931 y 1932 fue nombrado lector de la Universidad de Marburgo, en Alemania. Allí fue donde tuvo sus primeros contactos con la sociología de ese país, muy desarrollada por cierto. Puede decirse que si la sociología francesa lo sedujo, la alemana lo deslumbró. Y ambas lo formaron. En este país se familiarizó con el historicismo de Dilthey, mientras que también le llamaron poderosamente la atención los planteamientos de Mannheim, Simmel, Toennies y de los hermanos Weber: Alfred y Max. Como se detallará un poco más adelante, fue Max Weber quien influyó más en su quehacer intelectual y científico.

Uno de sus hallazgos en Alemania tuvo que ver con la forma de hacer los planteamientos teóricos y temáticos de la sociología. Éstos abarcaban muchos ángulos de análisis: en pocas palabras, era una sociología dotada de un alto grado de pluralidad. Los análisis de los científicos sociales alemanes eran interdisciplinarios

o, si se quiere, integrales. Combinaban la política con la economía, sin dejar fuera las relaciones sociales y la cultura. Los famosos escritos de Max Weber sobre los "tipos ideales" de dominación, el poder, la legitimidad y la autoridad, atrajeron la atención de Medina. En ellos estaban presentes la historia, la política, las relaciones sociales y la economía.

En cuestiones metodológicas, Medina hizo suya la concepción de tipo ideal de Weber y la usó en muchas de sus investigaciones. El tipo ideal, que según Weber es irreal por definición, subraya los rasgos de un fenómeno y gracias a ello permite al investigador aprehenderlos y someterlos a su análisis. En su libro *Consideraciones sociológicas del desarrollo económico*, publicado por la Cepal en 1963, Medina hace gala del uso del tipo ideal como herramienta metodológica. Dicho sea de paso, este libro fue pionero porque, al integrar los aspectos políticos y sociales en el proceso de desarrollo económico, tomó como unidad de análisis la región latinoamericana. La obra constituye, asimismo, un testimonio de la formación europea del autor.

Medina fue un científico meticuloso. Sus trabajos de investigación se distinguen por la precisión en el uso de conceptos. Sus hipótesis, por la forma escrupulosa en que han sido elaboradas. Como profesor fue exigente. Como investigador, riguroso. Sin incurrir en ninguna exageración, desde muy joven Medina aplicaba a sus análisis y a sus investigaciones la visión y la experiencia de un hombre universal. Y es que leía no sólo estudios en el campo de las ciencias sociales, sino literatura de todo tipo. Con frecuencia decía: "quien sólo lee sociología, ni sociólogo es".

Medina y La Casa de España

La breve semblanza anterior tiene como propósito presentarle al lector al Medina que se integra, en 1939, a La Casa de España, semilla de El Colegio de México. La Guerra Civil española lo echó de su país como a tantos otros que iniciaron entonces un peregrinar de varios lustros. Medina no perdió el tiempo. A su llegada a México le fueron solicitadas diversas tareas intelectuales.

Una de ellas consistió en impartir un ciclo de conferencias en la Universidad de Morelia. De acuerdo con el propio Medina, las conferencias le resultaban difíciles porque se le pedía tratar "alguno de los problemas que presenta en la actualidad la construcción sociológica... para insistir con rigor en determinados temas fundamentales". Sin embargo, nadie mejor que él para hacer un diagnóstico de la sociología y manejar con rigor algunas de sus áreas temáticas. Medina impartió las conferencias y con base en este material escribió un libro que, en mi opinión, resulta fundamental para la disciplina sociológica: *Sociología. Teoría y técnica.* Este trabajo fue publicado por el Fondo de Cultura Económica en 1941, editorial dirigida en ese entonces por Daniel Cosío Villegas, quien a la vez era secretario de La Casa.

En esta obra, que no ha perdido vigencia desde su publicación, Medina estableció lo que para él eran los principios del quehacer sociológico. Veía en la sociología una disciplina que, con frecuencia, no se apegaba al rigor que toda ciencia exige. Incluso en algún lugar de su obra afirmó que "de todas las ciencias sociales, la sociología siempre ha sido la más castigada por la improvisación y ésta es la que importa cortar de raíz en los medios juveniles". Su intención, como lo atestigua el establecimiento del Centro de Estudios Sociales en 1943, ya en El Colegio de México, era la formación de jóvenes apegados al rigor de la investigación.

Don José, en uno de los libros publicados por La Casa en 1940, titulado *Panorama de la sociología contemporánea* (reeditado por El Colegio de México en 2008), ofrece un diagnóstico de las tendencias y corrientes de la sociología mundial. Repasa el pensamiento de sus fundadores, reconoce al francés Augusto Compte como el verdadero fundador de la sociología, y examina el estado actual de la disciplina en Francia, Alemania, Inglaterra, Estados Unidos e Italia. Para esa época, principios de los años cuarenta, era difícil encontrar una obra que reuniera, en un solo texto, tantas facetas de una disciplina.

Además de miembro de La Casa de España, Medina fue profesor de asignatura de la cátedra de Sociología en la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional Autónoma de México. Transcurría el año de 1940. La clase se ofrecía a las 7 de la ma-

ñana; los lunes, miércoles y viernes. La erudición del profesor queda fielmente reflejada en la bibliografía en que don José basó su curso. La pluralidad de textos era la de un curso de teoría a nivel de doctorado. El curso se dividió en cuarenta y cuatro sesiones. Alrededor de once semanas. Las lecturas se acercaron a ciento cincuenta títulos. Cada sesión tenía su bibliografía correspondiente, que abarcaba a autores europeos, anglosajones, latinoamericanos y españoles. Se pueden contar siete ejes temáticos. Algunas referencias bibliográficas eran de 1938 y 1939, es decir, la información de Medina era muy actualizada. El único autor mexicano citado en la bibliografía era Alfonso Caso, quien acababa de publicar un libro titulado *Sociología*. No se trataba de un curso como cualquier otro. Sus clases formaban parte de ese proyecto ambicioso que él mismo se había propuesto: aprender y difundir el conocimiento. Un proyecto de largo aliento y que no culminó sino con su muerte.[1]

Todavía como miembro de La Casa de España, don José emprendió otro proyecto de largo alcance, animado por su colega y amigo Cosío Villegas. Este proyecto marcaría un hito decisivo en la historia de la sociología en general y de la iberoamericana en particular. Y es que su pasión por la sociología lo llevó a traducir del alemán al español una de las obras más importantes de Max Weber, *Economía y sociedad*. Fue la primera traducción a otro idioma de este fundamental trabajo sociológico (fue anterior incluso a la versión inglesa realizada en Estados Unidos por Gerth y Mills). Se trataba de una especie de homenaje suyo a Weber, de quien tanto había aprendido.

Alrededor de cinco años tardó Medina en preparar su versión del voluminoso libro, que finalmente apareció en 1944, bajo el sello editorial del Fondo de Cultura Económica. En poco tiempo la traducción se convirtió en lectura obligada en las principales universidades de Hispanoamérica. Para la misma editorial Medina también tradujo obras de autores como Mannheim y Durkheim, por mencionar tan sólo algunos ejemplos.

[1] Véase José Medina Echavarría, *Cátedra de sociología*, México, La Casa de España en México, s.f. [1939]. El documento puede consultarse en la Biblioteca Daniel Cosío Villegas de El Colegio de México. Número de catálogo: CE/301.07 m4912Xc.

Puede decirse que España, para su infortunio, perdió a un gran sociólogo. México, por fortuna, lo ganó.

Medina y El Colegio de México

Medina tuvo una vida personal azarosa, que compensó con una vida académica pletórica de éxitos. A los 36 años, edad que tenía a su arribo a México, ya contaba con un envidiable equipaje de conocimientos filosóficos, sociológicos, metodológicos y jurídicos. Ya era un científico formado. Por eso le resultó difícil impartir el ciclo de conferencias en Morelia: porque el panorama que le ofrecía la sociología mexicana era sumamente escuálido. Por otra parte, como refugiado acogido a la generosidad de este país, le resultaba difícil señalar el escaso rigor con que la sociología solía ser practicada aquí. Sus criterios eran otros: provenían de la escuela francesa, de la alemana e, incluso, aunque menos desarrollada, de la española.

Por diversas razones, que en este artículo no se discutirán, en octubre de 1940 La Casa de España dio vida a una nueva institución: El Colegio de México. Alfonso Reyes (1889-1959) fue el primer presidente de esta institución y Daniel Cosío Villegas su primer secretario general. La nueva institución se orientó exclusivamente al estudio de las ciencias sociales y las humanidades, de modo que los investigadores en el campo de las ciencias duras (química y medicina, por ejemplo) fueron acogidos por la Universidad Nacional. Definido el carácter institucional de El Colegio, se procedió a instrumentar el proyecto. Así, en 1941, menos de un año después de la creación de El Colegio, fue fundado el Centro de Estudios Históricos. Su primer director fue el historiador Silvio Zavala, quien desde un principio le imprimió una sólida orientación hacia la investigación. La importancia de este Centro radica en que fue el primer organismo creado por El Colegio en que la docencia se daba la mano con la investigación rigurosa.

Fiel a su preocupación por formar jóvenes aptos para hacer investigación científica, don José, por su parte, empezó a colaborar en la creación de un Centro de Estudios Sociales que, pese a

su corta vida, iba a dejar una huella indeleble en la historia de nuestra institución. Como director de dicho Centro, Medina no soportaba, como se ha dicho, ni la improvisación ni la charlatanería. En una palabra, una de las grandes preocupaciones de don José era la formación sólida, teórica y empíricamente hablando, de los estudiantes que pasaban por sus cátedras. Su obsesión era que las nuevas generaciones tuvieran el bagaje necesario para que, en el momento de incursionar en la investigación, la docencia o el trabajo profesional en general, pudieran cumplir con las exigencias de manera cabal.

La presencia de Medina fue uno de los ingredientes más importantes para que se pudiera inaugurar, en 1943, el segundo Centro en El Colegio: el de Estudios Sociales. Aunque el Centro formó una sola generación de estudiantes, pues sus puertas se cerraron en 1946, su creación tuvo un impacto fundamental en las ciencias sociales mexicanas. Marcó un antes y un después en lo que se refiere a hacer, reflexionar y pensar en torno a las ciencias sociales.

En la creación del Centro influyó, por otra parte, una preocupación existencial muy particular de Medina: la crisis mundial y las amenazas a la razón que esta crisis suponía. En sus palabras: "todos mis coetáneos hemos vivido dos guerras mundiales y algunos, como los españoles, una guerra civil por añadidura. Hemos 'sobrevivido', pues, a una serie de experiencias atroces y muchas incomprensibles. Sobrevivirlas no supone recordarlas a título personal, sino extraer de ellas su sentido objetivo".[2]

Coincidiendo con la creación de este Centro, El Colegio lanzó su primera colección editorial: las "Jornadas", que a la fecha siguen publicándose. El primer número de esta colección fue un libro del propio Medina titulado *Prefacio para el estudio de la guerra*. Pese a las circunstancias adversas de su propia biografía, al escribir su libro el autor no se permitió refugiarse en su propia subjetividad y menos aún abandonar el rigor que la tarea académica implicaba. Al contrario, Medina enfrentó el tema sin dejar que

[2] José Medina Echavarría, "Razón de la sociología", en *Estudios Sociológicos*, vol. 4, núm. 10 (enero-abril de 1986), p. 39.

su propia experiencia personal afectara ni el planteamiento conceptual ni la conclusión a la que los datos lo llevaban. El quehacer sociológico tenía que ser una relación equilibrada entre teoría y datos: ésta era la saludable obsesión que impulsaba a Medina en sus esfuerzos por entender y, sobre todo, explicar los fenómenos sociales que estudiaba.

Medina insistía en otro punto de importancia fundamental para él: no aceptaba ni la especulación disfrazada de teoría sin base que la sustente, ni la acumulación de datos sin una base teórica. Aquí puede intuirse un legado de Augusto Compte: la sociología es una ciencia teórico-empírica, una ciencia total, "síntesis y cumbre de todas las ciencias, en una articulación de perspectivas y su respectiva constatación".

Para Medina hacer ciencia con rigor tenía que ver inevitablemente con la cuestión metodológica. En otras palabras, el método científico era el puente por donde la teoría se aproximaba a la realidad, mientras que la realidad (los datos, los hechos), usando el mismo camino, regresaba a una teoría cualitativamente transformada, porque en este momento ya había adquirido un rango explicativo.

Medina, pensador acostumbrado a desenvolverse en un ambiente plural, aceptó de inmediato que esta pluralidad de pensamiento fuese la premisa de la que partiría la creación de su Centro. En el diseño del Centro de Estudios Sociales participaron tanto el presidente de El Colegio, Alfonso Reyes, como el secretario, Cosío Villegas, quien estaba familiarizado con la problemática sociológica. El nuevo Centro, que tuvo como una de sus fuentes de inspiración un Centro de Estudios Multidisciplinarios que Cosío había conocido en uno de sus viajes a la Universidad de Chicago, es el antecesor del actual Centro de Estudios Sociológicos de El Colegio. Una comparación sugiere que aquél tuvo un carácter más diversificado. Por razones que escapan al objetivo del presente trabajo, el Centro de Medina cerró sus puertas en 1946. Según Víctor Urquidi, presidente de El Colegio por casi veinte años (1966-1985), don José "perdió algo de interés en El Colegio y Alfonso Reyes no tuvo en mente la conformación de una segunda generación de estudiantes".

No obstante su corto periodo de vida, el Centro de Medina formó una generación de estudiantes mexicanos y latinoamericanos que se vieron beneficiados con una formación de altísima calidad, inusual para aquella época en que apenas se iniciaban los trabajos que combinaban la investigación y la docencia sobre bases multidisciplinarias.

Como se mencionó antes, el Centro de don José inauguró la colección de libros llamados "Jornadas", cuyos contenidos se nutrían de investigaciones que, muchas veces, fueron realizadas en el propio Centro por especialistas vinculados con El Colegio. A la fecha, se han publicado alrededor de doscientos títulos en esta colección. Aproximadamente sesenta se produjeron en la época en que Medina dirigió el Centro.

La fundación del Centro de Estudios Sociales significó un primer paso en el esfuerzo por darles a las ciencias sociales, y en particular a la sociología, un estatus propio en México. A partir de ese momento la sociología empezó a deslindarse y a cobrar una relativa autonomía frente al derecho, disciplina en la que hasta entonces había encontrado cobijo en México y América Latina. La creación del Centro coincidió, por otra parte, con una de las épocas más productivas en la trayectoria de Medina como pensador. La sociología, que también empezaba a practicarse en la Universidad Nacional, en el Instituto de Investigaciones Sociales, empezó a perfilarse como una disciplina en sí misma. Tan fue así que en 1951 la UNAM creó su Escuela Nacional de Ciencias Políticas, una de cuyas carreras era justamente la licenciatura en sociología.

El objetivo principal del Centro de Medina era simple y, a la vez, complejo: analizar los problemas sociales de México. Transcurría la primera mitad de los años cuarenta. Si el mundo sufría las consecuencias devastadoras de la Segunda Guerra Mundial (1939-1945), le tocaba a la sociología explicar esta crisis. Ante la incertidumbre que vivía el mundo, Medina no dejó de buscar explicaciones académicas que sirvieran para comprender los problemas, tanto nacionales como internacionales, del momento.

Cuando don José era director del Centro de Estudios Sociales, no existía antecedente alguno, al menos en América Latina

y en España, para una institución semejante. El Centro, en consecuencia, fue un acto fundacional, que se convirtió en poco tiempo en un verdadero proyecto intelectual. Cabe anotar que Cosío tenía una visión pragmática del Centro; su intención era que los egresados desarrollaran trabajos dentro de la administración pública. Medina, en contraste, mantuvo una postura más académica. Le importaba mucho más generar el conocimiento, que luego pudiera aplicarse a las tareas, en primer lugar, de las instituciones de educación superior y, en un segundo lugar, de la administración pública. A don José no le preocupaba mucho el destino profesional de los egresados. Le preocupaba más que lo aprendido fuera aplicado. El Colegio en esa época todavía no expedía títulos profesionales. Puede decirse, sin embargo, que los egresados de esa generación obtenían un grado equivalente al de maestría, cuando menos. Tal vez fueran las diferencias que surgieron al respecto entre Cosío y Medina las que hicieran que Medina perdiera un poco el interés en El Colegio y abandonara México en 1946, para seguir su periplo que lo llevaría unos cuantos meses a Colombia y media docena de años a Puerto Rico.

La primera y única generación del Centro de Medina estuvo conformada por dieciocho estudiantes, reclutados por Medina y Cosío. Todos gozaron de una beca modesta, pero suficiente para lanzarse a esta particular aventura del conocimiento. Un egresado de esa generación todavía viene a trabajar todas las semanas al Centro de Estudios Históricos: el profesor Moisés González Navarro.

Una mirada al currículo académico del Centro permite tener una idea más precisa de su esencia y su propósito. Para empezar, los cursos eran semestrales. Las disciplinas sobre las que descansaba el programa de estudios eran la sociología, la economía y la ciencia política. Es decir, había una pluralidad disciplinaria. Medina se encargó de la parte sociológica y en ella prestó atención especial a autores como Weber y Durkheim, sin descuidar las diversas corrientes que nutrían la disciplina. La discusión se daba en torno a la teoría y al método. La responsabilidad del área económica recayó en manos de un joven profesor que regresaba de Inglaterra, de The London School of Economics: Víctor Urquidi.

Colaboraron con él otros dos economistas, Javier Márquez y Josué Sáenz. En la impartición de los cursos de ciencia política destacó la participación de Manuel Pedroso.

Además de las teorías sociales, se estudiaron diversas teorías del Estado y de la historia. Hubo un curso de ideas políticas a cargo de Mario de la Cueva. Participaron también Vicente Herrero y Antonio Martínez Báez. Por cierto, este último impartió un curso de Teoría de la democracia: principios e instituciones. Medina creyó pertinente que se integrara al programa una temática como ésta, pese a que el México de esa época no tenía nada de democrático.

El programa del Centro también abarcó lo que podría llamarse el área técnica. Hubo cursos de antropología, de demografía (cuyo titular fue un pionero de esta disciplina en México, Gilberto Loyo) y de estadística. No faltaron diversos cursos de filosofía, algunos de ellos impartidos por Leopoldo Zea, en ese momento becario de José Gaos. Se creó un curso sobre la cultura iberoamericana, que descansó en la sapiencia de un joven llamado Agustín Yáñez, y no faltó, por supuesto, la participación del mismo Cosío, que dictó distintos cursos a lo largo del programa.

Esta sucinta exposición permite afirmar que los diseñadores del programa del Centro de Estudios Sociales de El Colegio de México defendían una visión universalista de la enseñanza, concebida como una forma de generar el conocimiento. Tenían la intuición de que la formación de profesores debía ser lo suficientemente sólida para que éstos pudieran abordar diversos problemas sociales, en un sentido amplio del término. En otras palabras, el programa fue innovador, puesto que el proceso de aprendizaje equipó a los integrantes de esa privilegiada generación con un arsenal muy grande de conocimientos. Es decir, el éxito del programa radicó sobre todo en la formación de verdaderos profesionales de las ciencias sociales, capaces de transmitir y generar conocimiento. De profesionales cuyo magisterio sigue guiando el programa del actual Centro de Estudios Sociológicos.

El tiempo ha pasado y difícilmente puede encontrarse un ejemplo académico comparable con ese proyecto intelectual que emprendió El Colegio de México y cuyo responsable principal

fue Medina Echavarría. En México, hoy día, existen un sinfín de posgrados. Muchos de ellos de indudable excelencia. Sin embargo, y sin restarle méritos a su desempeño, es posible aventurar que casi ninguno tiene el alcance de miras que tuvo ese programa desarrollado hace más de sesenta años. No sólo se cubrió un programa; se intentó, desde la academia, ofrecer soluciones y explicaciones a las problemáticas de la época. Ése es el mérito que tuvo el Centro de Estudios Sociales, cuando menos visto desde la perspectiva institucional. Ése fue el logro de un intelectual responsable, que se comprometió con el descubrimiento y la generación de conocimiento.

Don José se fue de México en 1946. Su ausencia dejó un hueco difícil de llenar. Pero dejó también un legado que ha servido para construir una ciencia social mexicana que intenta aproximarse a los problemas y encontrarles su explicación. En pocas palabras, su desempeño en La Casa de España y en El Colegio de México representó un parteaguas en cuanto a la formación de estudiantes y en cuanto a los métodos empleados para emprender la investigación.

Puede decirse, sin duda alguna, que Medina contribuyó de manera más que significativa a modelar una institución de excelencia como es El Colegio de México. Es uno de sus cimientos intelectuales, junto con Cosío Villegas, Gaos, Miranda, Reyes, Urquidi y tantos más. Es muy probable que este artículo no tenga el rigor que Medina habría deseado: lo digo porque al final de cuentas este documento se limita a brindar una serie de reflexiones personales en reconocimiento a su labor y a su persona. Peco, por lo tanto, de una subjetividad que Medina no habría tolerado. Porque Medina entendió a plenitud el difícil arte de investigar, entender y transmitir lo que se sabe. Si yo le hubiese presentado este documento, él me habría "mandado a freír patatas". Nunca fue mezquino, ya que compartía con todos la difícil tarea que se llama generar y transmitir el conocimiento. Como alguna vez lo expresó Víctor Urquidi, cuando supo de su muerte: "Ni qué decir que Pepe Medina nos ampliaba el horizonte con su enorme sabiduría".

Éste fue el Medina que, con su presencia, privilegió a La Casa de España y a El Colegio de México. Su generosidad intelectual

la ejerció también en el Fondo de Cultura Económica y en la Universidad Nacional Autónoma de México. Fueron escasos seis años los que permaneció con nosotros; sin embargo, su presencia, sin tapujos, puede considerarse sempiterna. Don José nació en España, y murió en América Latina. Jamás dejó de pensar en su país. A España, sus conflictos le hicieron perder mentes brillantes, en particular la de don José. México y América Latina fueron los que se beneficiaron de lo que perdió España. Medina fue un personaje que, por su forma de ser, reformó el quehacer académico mexicano y, a la postre, se volvió un emblema académico para la región latinoamericana.

Se ha mencionado en estas líneas que su vida fue un periplo interminable. Se ha mencionado también que su obsesión era encontrar el objeto de estudio de la sociología, disciplina que siguió ejerciendo hasta el fin de sus días. La explicación que puede ofrecerse al respecto es que, en tanto intelectual desterrado, no tuvo la oportunidad de desarrollarse profesionalmente en su propia patria. El dictador Francisco Franco se encargó de ello. Les cerró a él y a tantos otros el camino conducente a la vida académica, a la reflexión y al análisis. En consecuencia, Medina no tuvo más remedio que desarrollar su vocación en otras tierras. México, insisto, fue uno de los países que se beneficiaron de ese talento, gracias al alcance de miras del presidente Lázaro Cárdenas y de Cosío Villegas.

Medina, junto con muchos más, quedó desvinculado de la historia de su generación, del proceso sociopolítico de su país, de su problemática, de sus avatares, de sus luchas y sus logros. Padecieron el azote cruel de la dictadura, a punto tal que tuvieron que adoptar por necesidad, y no por deseo propio, una segunda patria. Qué bueno que Medina haya escogido a México y a Chile como países donde retomar su trabajo. Agreguemos al nombre de Medina los de Recaséns Siches, Francisco Ayala, Arboleya, Lisaguirre, Maravall, Ollero, Caro Baroja, Francisco Murillo, Tierno Galván, José Gaos y José Miranda, entre otros. Abandonaron todos ellos su tierra para desarrollar en otras las investigaciones que el régimen dictatorial les impidió llevar a cabo en España. Por eso es bienvenida esa corriente de jóvenes académicos espa-

ñoles que andan en busca de sus raíces sociológicas, históricas y políticas: ellos quieren, con razón, encontrar sus referentes académicos ancestrales. Un camino para entender varias generaciones de pensamiento que se perdieron ahí, aunque se hayan ganado en otra parte.

Una referencia indispensable si queremos entender nuestro ejercicio cotidiano en las ciencias sociales es la obra de José Medina Echavarría. No reconocerlo sería cometer una injusticia. Las ciencias sociales mexicanas, lo mismo que la sociología latinoamericana en general, fueron impulsadas de manera significante por este creador singular. Para emplear la expresión acuñada por otro intelectual español de apellido Arboleya, Medina formó parte de un grupo de científicos sociales desterrados que fueron "sociólogos sin sociedad". Lo que no sabían estos sociólogos era que en esta región encontrarían otras sociedades que, en alguna medida iban a suplir aquélla que perdieron a raíz de la Guerra Civil. Estas sociedades no sólo los acogieron sino que Medina y sus colegas hicieron de ellas el objeto de su estudio. Sin ellos, no se habrían dado los pasos que redefinieron el trabajo académico e intelectual cotidiano de nuestras ciencias sociales al día de hoy. El exilio español supuso un extraordinario beneficio para México. Sin menospreciar a tantos pensadores mexicanos y españoles que acometieron, como él, la misma tarea, me parece que Medina constituye algo así como el paradigma del investigador dedicado a conocer con rigor la realidad circundante. Sirvan estas líneas para rendirle tributo a un pensador excelso: don José.

Una nota final

Aprovecho la oportunidad de esta publicación para decir que tuve el enorme privilegio de conocer a don José Medina Echavarría. Al proseguir su largo periplo existencial, como ya se ha anotado, llegó a Santiago de Chile, a trabajar en la Cepal, a principios de los años cincuenta. Unos cuantos años después, en 1957, la UNESCO lo nombró director de la Facultad Latinoamericana

de Ciencias Sociales (Flacso). Cabe subrayar que tanto la Cepal como la UNESCO eran instituciones dependientes de las Naciones Unidas.

Pasaron unos cuantos meses y el programa curricular que ofrecía la Flacso quedó terminado. Así, en 1958 la Flacso inició su actividad al lanzar la convocatoria para todos aquellos estudiantes interesados en estudiar una maestría en sociología. El programa tenía una duración de dos años. Su enfoque era multidisciplinario y orientado a la investigación. La condición para obtener el grado era entregar una tesis, al final del cuarto y último semestre, que tuviera una hipótesis y los datos que la hicieran plausible (o no). De nuevo, el método como condición necesaria para desarrollar la tesis. De nuevo, el rigor para acometer la investigación.

Mientras cursaba sociología en la Escuela de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, a mitad de los años sesenta fui seleccionado para estudiar la maestría ofrecida por la Flacso. Medina se había encargado tan sólo de echar a andar la institución. Cabe anotar que su legado, de todos modos, se dejó sentir. Las exigencias académicas de cada curso significaban sudor y sangre. Cuando llegué, Medina tenía cinco años de haber regresado a la Cepal, específicamente al Instituto Latinoamericano de Planificación Económica y Social, dependiente de aquélla.

Concluidos mis estudios de maestría, recibí una invitación insólita del profesor Fernando Henrique Cardoso, que en ese momento vivía exiliado en Chile. Cardoso había sido su alumno en un curso dictado durante el semestre anterior titulado "Sociología del desarrollo". Era muy notoria la influencia de Medina en el contenido de la materia. Por mi parte, fui becario de investigación de Cardoso, un sociólogo ya exitosamente formado y yo uno en ciernes. Sin embargo, tuvimos algo en común: nuestro jefe era don José. Este hecho me permitió conocer a Medina en persona, como profesor, no en el aula, sino en el pasillo, en su cubículo o en la cafetería; incluso algunas veces en su casa santiaguina. En esos momentos compartidos con él, predominaba la conversación sobre los libros recientemente publicados o sobre la situación en América Latina. Medina recordaba con agrado su

estancia mexicana y tal vez esa fue la razón para que me llamara, siempre con Gurrieri y Faletto, a la conversación informal, que era espontánea y más productiva que en el aula, como a veces suele ser. Confieso que mi gusto por la obra de Weber fue inculcada por don José. Esas conversaciones me convirtieron, si no en un adicto, al menos en un seguidor infatigable de la obra del sociólogo alemán.

Enzo Faletto, su discípulo más dilecto, fue el puente entre Medina y yo. Faletto era miembro de ese ILPES conformado también por Gurrieri, Weffort, Torres Rivas, Filgueiras, entre otros. Prebisch, Pinto, Quijano, Sunkel, Paz, eran otros personajes que deambulaban por los pasillos de la institución.

En esa época no supe estrictamente con quién trataba. Sin embargo, el tiempo se encargó de poner las cosas, y sobre todo al maestro, en su lugar. Cuando se me acabó la beca con el profesor Cardoso, me integré a El Colegio, a invitación de Víctor Urquidi. De esta manera, El Colegio ha sido mi sede institucional desde hace más de cuarenta años. Esta sede la valoré más cuando supe bien a bien que don José había estado en ella. Saberlo ha contribuido, en buena medida, al entrañable compromiso institucional que he contraído con El Colegio, como también a la enorme gratitud que, por sus enseñanzas, siento hacia Medina.

Aclaro que no soy "el objeto de estudio" de este trabajo. Si me he tomado la licencia de anotar algunos datos autobiográficos es porque me permiten entender más a don José, porque me permiten apreciar mejor el conocimiento que exudaba cada vez que tenía uno algún intercambio con él.

Don José era un maestro nato. Siempre con un cigarrillo en la boca; cuando se consumía, lo reemplazaba por otro. Llamaban la atención su mesura y la sencillez con la que podía exponer los argumentos más complejos. Era cordial y afable. No quiero extenderme en los calificativos. Permítaseme decir que si hay un humanista del siglo XX, esa distinción tendría que ofrecérsele a Medina Echavarría.

Curiosamente no es muy conocido en Hispanoamérica. Noto que entre las jóvenes generaciones españolas hay cierta inquietud por buscar a sus antepasados intelectuales y eso ha con-

ducido a que en España Medina se haya convertido en una especie de redescubrimiento. Qué bien. Su legado está vigente. Su talante para, a partir de un conocimiento del pasado y del presente, formular un diagnóstico del futuro, lo hace un científico social fuera de serie.

Habría que subrayar su honestidad intelectual. Tenía convicciones sólidas. Sus ideas tenían el efecto de sugerir otras. Su erudición le permitía hablar de casi cualquier tema. Creo que Medina, el que se consolidó en Santiago de Chile, tenía la utopía de que América Latina dejara de ser parte del capitalismo periférico y se integrase al capitalismo central, para emplear términos de corte cepalino.

Adolfo Gurrieri, uno de los mejores conocedores de la obra de Medina, escribió que

> la primera parte de su obra está dedicada a los problemas metodológicos [agregaría yo que el mejor ejemplo al respecto es el libro *Sociología. Teoría y técnica*]. Con el tiempo esa obra va adquiriendo un carácter más sustantivo, hasta culminar en el tratamiento de las cuestiones más alucinantes de la organización sociopolítica presente y futura. A pesar de que Hispanoamérica era predominantemente autoritaria, con algunas excepciones, no es fortuito que su interés por la democracia haya sido más que un objeto de estudio una utopía que no llegó a ver a plenitud en su país ni en la región que lo acogió.

Tal vez el mejor reconocimiento que puede hacérsele a un distinguido miembro de La Casa de España y de El Colegio de México es estudiarlo, desmenuzar su erudición y continuar su obra que, por donde se vea, siempre tendrá zonas nuevas que explorar.

Bibliografía general

ALARCÓN, Víctor, *Notas sobre la obra de José Medina Echavarría. Los caminos de una vocación*, tesis de licenciatura presentada en la UNAM, México, 1991.

AUTORES VARIOS, *Medina Echavarría y la sociología latinoamericana*, Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1982.

GURRIERI, Adolfo (comp.), *La obra de José Medina Echavarría*, Madrid, Ediciones Cultura Hispánica del Instituto de Cooperación Iberoamericana, 1980.

LIDA, Clara, José Antonio MATESANZ y Josefina VÁZQUEZ, *La Casa de España y El Colegio de México*, México, El Colegio de México, 2000.

LIRA, Andrés, "José Gaos y José Medina Echavarría, la vocación intelectual", *Estudios Sociológicos*, vol. 4, núm. 10 (enero-abril de 1986), pp. 11-27.

MEDINA ECHAVARRÍA, José, *Sociología. Teoría y técnica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1941.

———. *La sociología como ciencia social concreta*, Madrid, Ediciones Cultura Hispánica del Instituto de Cooperación Iberoamericana, 1980.

———. *Panorama de la sociología contemporánea*, México, El Colegio de México, 2008.

REYNA, José Luis, "Científicos sociales", en *Científicos y humanistas del exilio español en México*, México, Academia Mexicana de Ciencias, 2006, pp. 49-62.

RIBES LEIVA, Alberto J., "La sociología de José Medina Echavarría (1903-1977) en el centenario de su nacimiento: teoría sociológica, divulgación y sociología del desarrollo" (s.f., ni casa editorial).

URQUIDI, Víctor, "José Medina Echavarría. Un recuerdo", *Estudios Sociológicos*, vol. 4, núm. 10 (enero-abril de 1986), pp. 5-10.

V.
MÚSICA, CRÍTICA MUSICAL Y MUSICOLOGÍA

EN TORNO A SALAZAR

EMILIO CASARES
Universidad Complutense de Madrid

Adolfo de Salazar es una de las más grandes personalidades de la cultura española de la primera mitad del siglo XX. Por ello no es fácil dictar un "En torno a Salazar", en el breve tiempo disponible.

El día 28 de septiembre de 1958 fallecía en México, acogido por la familia del filántropo Carlos Prieto, Adolfo de Salazar Palacios. Como tantos otros intelectuales españoles concluía de esta manera su duro exilio.

En toda Europa se sabía de él. En Oxford, Cambridge o Harvard, a donde había sido invitado como profesor, tenían sus libros, y en toda Hispanoamérica se leían las numerosas obras editadas en Argentina y México.

Un magnífico artículo de Enrique Franco y otro de Joaquín Rodrigo, fueron los únicos comentarios en España a la muerte de este humanista, incomprensiblemente olvidado desde entonces.

Salazar había iniciado un artículo del año 1947, después de la muerte de Falla, con estos versos: "Ay de mí que en tierra ajena, / suspiro sin alegría, / cuándo me veré en la mía". Nunca pudo hacerlo. En una carta leída por mí en los meses en los que tuve el honor de catalogar sus fondos y su inmensa biblioteca, confesaba la conmoción que le produjo sobrevolar España, camino de Italia, donde asistía a un congreso. Confesaba con amargura que no pudo contener las lágrimas.

Adolfo Salazar fue un hombre polifacético: crítico, compositor, musicólogo, esteta, ensayista... Había abandonado España, a poco de iniciarse la contienda, enviado por el gobierno repu-

blicano a Washington. Las recientes investigaciones de la doctora Consuelo Carredano nos han permitido conocer el periplo de su marcha. Enviado primeramente a Valencia como Rodolfo Halffter, Salvador Bacarisse, Julián Bautista, como tantos otros republicanos, viajó desde allí a Barcelona y de la ciudad condal a París. Las siguientes etapas fueron Cuba, Puerto Rico y de ahí a Washington. En Cuba había recibido la invitación de dirigirse a ese lugar.

Desde su llegada a la capital azteca en 1939, comenzó una intensa actividad, similar a la que mantuvo en España, y se convirtió en uno de los mayores revulsivos de la actividad musical de su nueva patria. Los exiliados más duros le acusaron de haberse inhibido en la guerra española, pero él ya había escrito unas significativas palabras, durante su estancia en Cuba, cuando acompañó a Lorca: "No quiero decir que sea indiferente a la marcha política del mundo, pero de la esfera elevada y serena de las ideas a la lucha por la imposición de determinados ideales hay una larga distancia que yo, abstraído en otro orden de actividades intelectuales, no he franqueado nunca", y añadía, "soy republicano por convicción, liberal por inclinación y demócrata por extracción".

Definir a Salazar como una de las grandes personalidades de ese magnífico momento cultural español que se genera a partir de los años veinte, puede parecer excesivo, pero es de justicia. He citado una frase del crítico y escritor Arconada en la que señalaba que "Falla y Salazar son los auténticos sostenedores de la restauración musical de los años veinte y treinta; uno desde la praxis y el otro desde la inteligencia crítica", que era tanto como convertirlos en los dos principales valedores de esa época tan genial de la música española. Es triste pensar que hasta que, hace un año, se puso el nombre de Adolfo Salazar al conservatorio madrileño de la calle Ferraz, nadie se acordó de este madrileño. Creo no exagerar si añado que con ningún otro miembro de nuestra clase intelectual se ha producido una situación paralela de olvido e injusticia.

Quizá lo más importante que se puede decir de Salazar es que es imposible entender lo que sucede en España en el ámbito musical desde el año 1918, en que comienza a escribir, hasta el

inicio de la Guerra Civil, sin su persona. Para mí es claro que las personalidades de Falla y Salazar, junto con la presencia de esos dos personajes centrales que son Stravinski y Debussy, se ciernen sobre el momento y son los grandes impulsores del hacer, el pensar y el discurrir de la música española.

Fue su actividad de crítico la que más ha transcendido, de su compleja personalidad, y desde luego la que tuvo más importancia en aquellos años. Él mismo señalará que le hubiese gustado pasar a la historia pintado con un "soplillo en la mano, alentando el brasero musical español hasta convertirlo en una hoguera de entusiasmo", y realmente lo hizo.

Su incorporación al periódico *El Sol* en el año 1918 fue determinante en este sentido. Pero Salazar estuvo además presente en muchos otros lugares: presidente del Ateneo, secretario de la Sociedad Nacional de Música —sociedad mítica por donde penetró la vanguardia musical europea—, secretario del Consejo Nacional de Música en la República, miembro de múltiples sociedades internacionales, etcétera. No menos importante fue su amistad y el respeto con que fue mirado por toda la intelectualidad española del momento.

La composición es la vocación originaria de Salazar, y no voy a pararme en ella. Compuso unas treinta obras; hubo dos famosas, los *Preludios* y el cuarteto *Rubaiyat*, tan admirado por Falla, a los que habría que añadir su gran obra sinfónica *Paisajes*. Pero Salazar se convence en el año 1918 de que su presencia es más necesaria en el campo de la lucha, del pensamiento, y abandona la composición, aunque, en realidad, lo seguirá haciendo excepcionalmente. Pero, y esto es importante, nos encontramos ante un crítico y un pensador que es músico profundo, y que se mantiene al día en todas las corrientes de la música contemporánea.

En unas sentidas pinceladas autobiográficas que se conservan en su archivo, escritas a máquina para una conferencia que dio en el Ateneo Español de México, decía: "Yo que provengo de una extracción social humilde, no pude permitirme el lujo de hacerme doctor en algo, ni siquiera abogado, a lo que todo buen español está obligado; de las enseñanzas de mis padres pasé al Ateneo".

Salazar está afirmando que se ha hecho a sí mismo y testimonio de ello será esa magnífica biblioteca de más de diez mil volúmenes que fueron leídos en su mayoría por él como demuestran las anotaciones a lápiz en casi todos ellos.

Bal y Gay, con quien convivió en México, señalará: "el periódico y el libro fueron los dos instrumentos imprescindibles para él, como la pluma o la máquina de escribir", y Enrique Sureña lo definía como "ágil cabeza filosófica nutrida y ejercitada dialécticamente en vastísima lectura". Su amiga Cécile Jacqué me recordaba cómo Salazar pasaba días retirado y dedicado a la lectura, sin contacto con nadie, y que cuando venía a su casa hablaba sin parar —era un conversador muy cotizado en los centros intelectuales mexicanos—, sin duda liberándose de esos días monacales.

Salazar se convierte desde los años veinte en el profeta que predica el cambio de la música española. El púlpito será el diario *El Sol*, en el que, por cierto, escribió no sólo de música, sino de otros muchos asuntos, literatura, política, y fue autor de numerosos editoriales.

Definir la crítica salazariana y su método me llevaría mucho tiempo; de hecho he escrito varios artículos sobre ello. Salazar abomina de la crítica vacía, llena de adjetivos y busca sentar las bases ideológicas del concierto, de lo que allí se oye y de cómo se ha resuelto. Es muy importante recordar que en *El Sol* preparaba frecuentemente los conciertos con informaciones previas, y la crítica posterior era una confirmación de cómo el intérprete había solventado los temas presentados. La crítica de Salazar no era sólo sobre la interpretación, sino también sobre la música oída. En todas ellas quedaba patente la postura de un Salazar que no se limitaba a ser testigo de lo que sucedía, sino que, por el contrario, aportaba su visión sobre las músicas que se habían oído, especialmente si eran nuevas o un estreno.

La acción de Salazar en *El Sol* será más compleja aún. Era, en realidad, una ventana a todo lo que sucedía en Europa. Comenta los discos y las partituras de la nueva música que llegan al periódico, los acontecimientos de la música europea, se ocupa de los grandes protagonistas.

¿Cuáles son las tesis conductoras de la crítica de Salazar? Ataque a los vicios nacionales, lo que él denomina "españolería rusticana", es decir, la música unida a un nacionalismo trasnochado. Asunción y defensa de las estéticas de vanguardia, que entonces eran el impresionismo y el neoclasicismo. Él no acaba de entender en aquellos años la Escuela de Viena. Presentación de Falla —el Falla del *Concerto* y del *Retablo*—, y también de Debussy, Stravinski y Ravel, todos por cierto amigos personales suyos, como los grandes modelos. Defensa de la nueva generación de jóvenes representada por Ernesto Halffter, con una cierta parcialidad que le trajo malas consecuencias. Salazar valora a toda la Generación del 27, pero da una importancia sin duda desmedida a Ernesto. Finalmente, búsqueda de la elevación de la música a arte de primera en un país en el que la música nunca tuvo prestigio. Hoy sabemos que la música ocupó un lugar único en los años 20 y 30 y ello se debe, en buena parte, a la acción de Salazar. De hecho los grandes protagonistas intelectuales del momento fueron muy afines a la música, desde el propio Azaña, que hace crítica musical, hasta todos los poetas del veintisiete, vecinos de la música. Incluso alguno de ellos, como Gerardo Diego, bastante buen pianista, o como García Lorca, con una segunda vocación musical a su espalda. La misión de Salazar, por tanto, fue estimuladora, correctora, y su magisterio fue aceptado —a pesar de todos los malos entendidos— incluso por los enemigos de Salazar.

La labor de crítico no agota la actividad de Salazar. Hay una segunda muy importante, que es la de musicólogo. Salazar publicó una veintena de libros. Si bien algunos de ellos son sólo colecciones de sus artículos de crítica periodística, otros son producto de su profesión de musicólogo: *La música actual en Europa y sus problemas* (1935), *Hazlitt el egoísta* (1935), *Andrómeda* (1921), *Música y músicos de hoy* (1928), *Sinfonía y ballet* (1929) y un libro que es fundamental, *La música contemporánea en España* (1930), que le produjo grandes enemistades, pero que fue la primera reflexión sobre la música española de su tiempo, contestando a un libro paralelo del francés Henry Collet, *L'essor de la musique espagnole au XXe siècle.* En España dejó también su mejor libro, hoy bastante olvidado,

que es *El siglo romántico* (1936), una de las visiones más profundas y originales del romanticismo musical europeo.

Toda la actividad salazariana se fue a pique cuando estalla la Guerra Civil. Los músicos de la República se dedicaron a defender el poder legítimo. Se fueron con el gobierno a Valencia, de ahí a Barcelona y por fin al exilio. Sin hacer una estadística completa recordemos la marcha de Julián Bautista, Gustavo Pittaluga y Jaume Pahissa a Argentina; Adolfo Salazar, Rodolfo Halffter, Rosita Ascot, Jesús Bal y Gay, Otto Mayer Serra, Baltasar Samper, Simón Tapia Colman y una banda entera de músicos de Madrid a México; Juan Gols a Venezuela; Vicente Salas Viu a Chile, donde funda esa revista maravillosa que es la *Revista Musical Chilena*; Pablo Casals y Casal Chapí a Puerto Rico y Uruguay; Salvador Bacarisse a Francia, y Roberto Gerhard a Inglaterra.

Es difícil escribir una página más hermosa y más trascendente. La llegada de estos músicos a América conmovió la música hispana. El exilio de los músicos españoles en América es, como he escrito, una de las circunstancias que han permitido la reactivación de la música y la musicología de América Latina y, desde luego, en algunas naciones como México, ha sido totalmente determinante.

Con permiso de los mexicanos aquí presentes, es muy difícil entender el México musical desde el cuarenta al cincuenta y ocho sin la presencia de estos personajes que he citado. El peso de Rodolfo Halffter o de Salazar fue determinante para el cambio y la modernización de la música mexicana.

En marzo de 1939 llegaba Adolfo Salazar a México. A los pocos días fue recibido en el Ateneo Mexicano por Alfonso Reyes, quien presidía La Casa de España. Reyes le dará la bienvenida y afirmará: "no es extraño entre nosotros puesto que a través de sus obras nos era ya de sobra conocido". En efecto, Salazar tenía muchas conexiones previas con México gracias a Eduardo Villaseñor, Daniel Cosío Villegas y otros muchos amigos.

La enorme actividad que desarrolló en México fue fundamental en dos campos, la crítica y la musicología. Salazar comenzó a trabajar en *El Universal*, pero pasó inmediatamente a todos los grandes periódicos mexicanos.

No podemos decir que la crítica comience entonces en México, pero con él adquiere una dimensión distinta. En México se reproducirán los cánones que hemos visto en Madrid. Amplias críticas, ensayos, entrevistas, disputas... Salazar se unirá a otro gran provocador y músico, Carlos Chávez, a quien ya conocía mucho antes. En México se repitió el mismo problema que en Madrid con Ernesto Halffter. Salazar será acusado de demasiado apego a Chávez, pero lo cierto es que, entre ambos, lograron introducir definitivamente a México en la vanguardia, y potenciar la poderosísima escuela musical mexicana de los años cuarenta y cincuenta.

No menos importante fue su labor musicológica. Esta labor no decae sino que se incrementa en México. Allí nacen las mejores obras del Salazar musicólogo: *Las grandes estructuras de la música* (1940), *La rosa de los vientos en la música europea* (1940), *Conceptos fundamentales en la historia de la música* (1955), *Forma y expresión* (1941) y esa obra magna que es *La música en la sociedad europea* (1942-1946), editada en cuatro tomos, justamente en México, muy desigual y confusa a veces, pero llena de intuiciones.

Los grandes amigos que él había dejado en España, concretamente los buenos servicios de Regino Sainz de la Maza, le permitieron recuperar su enorme biblioteca y sus archivos, conservados hoy con cuidado en el fondo Salazar, propiedad de Carlos Prieto. El número 30 de la calle Niza fue el laboratorio del que salió toda su portentosa actividad musicológica citada antes.

A partir del año 1958 se había apoderado de Salazar, perdidas quizá sus últimas esperanzas de regresar a España, una gran melancolía. Comenzará a sufrir una parálisis progresiva que había comenzado tres años antes, que hace que en el año 1957 la familia de Carlos Prieto lo instale en su finca de San Angel Inn, al lado de su propia casa, donde será cuidado con mimo, hasta que le llegó la muerte.

Examinado hoy el destino de este hombre en su patria, condenado al más absoluto de los olvidos, podemos comprender la situación anímica de Salazar.

ADOLFO SALAZAR Y LA CASA DE ESPAÑA

CONSUELO CARREDANO
Universidad Nacional Autónoma de México

En 1998 El Colegio de México conmemoró dos aniversarios relevantes: los sesenta años de la fundación de La Casa de España y el centenario del nacimiento de Daniel Cosío Villegas, uno de sus fundadores. Para quien estudia la obra de Adolfo Salazar (Madrid, 1890-ciudad de México, 1958) no pasará inadvertido que ahora, diez años después, junto a los setenta de la fundación de La Casa se cumplen cincuenta de la muerte del ilustre musicólogo español, miembro de esta institución desde su llegada al país.

Hay quienes piensan que no hay olvidos injustos y que cualquier autor cuya obra encierre algún mérito tendrá, en una u otra forma, la atención que merece. Pero no siempre ocurre así. Existe un enorme patrimonio cultural que corre el riesgo, si no de desvanecerse, cuando menos de quedar en el rincón del olvido: ésta ha sido en parte la historia de Salazar. Hace ya tiempo que la musicología española viene revalorando su obra; pero en México hasta hace poco permanecía casi en la sombra. La situación, no obstante, ha empezado a cambiar: este año ha sido objeto de varios homenajes. A la mesa redonda organizada por el Cenidim y al acierto del Cuarteto Latinoamericano —que en su temporada de conciertos en México incluyó su excelente *Rubaiyat*— hay que sumar ahora el interés del Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios de El Colegio de México por incluirlo entre los temas a desarrollar en estas Jornadas.[1] El hecho de intentar devolver a

[1] En abril de 2008 la Universidad Complutense de Madrid y la Universidad

Salazar el lugar que le corresponde en la cultura hispanomexicana no debe ser visto, pues, sino como un acto de merecida justicia.

La obra histórico-musical y crítica de Salazar se cuenta entre las más ambiciosas que haya dado en nuestra lengua una sola persona: ésta es una gran verdad. Como lo es también el hecho de que lo más jugoso de su trabajo lo realizó durante el exilio mexicano. A diferencia de lo que ocurrió con otros miembros fundadores, La Casa de España y El Colegio de México constituyeron el único marco académico en que desarrolló sus casi veinte años de vida en este país. Al cobijo de ambas instituciones realizó tareas docentes y de investigación, y retomó su antiguo oficio de crítico musical al publicar en *Excélsior*, *El Universal* y después en *Novedades*, así como en cerca de una veintena de revistas culturales. Su hoja curricular revela un sinnúmero de conferencias en instituciones de educación superior y foros de divulgación, cursos en facultades y escuelas de música, colaboraciones en programas de radio y televisión. Mucho más significativa, desde luego, sería su obra bibliográfica producida a lo largo de estos años y publicada bajo el sello de la misma Casa de España, El Colegio de México, el Fondo de Cultura Económica y otras editoriales, trabajos desde luego realizados en tanto miembro permanente que fue de esta casa.[2]

Pero su enorme legado no incluye sólo esta clase de trabajos. Salazar pisó también con bastante fortuna los terrenos de la prosa y la poesía, cultivó profusamente la crítica literaria, fue comentarista de las artes plásticas, el cine y de temas tan diversos que en España comprendían incluso las editoriales de contenido político y social. Son pocos quienes recuerdan ahora que su primera vocación fue la de compositor. Sus obras ubicadas en ámbitos camerísticos y orquestales responden a las ideas estéticas que él

de Valladolid, en colaboración con la Residencia de Estudiantes, convocaron al Congreso Internacional "Adolfo Salazar y la cultura de su tiempo". La publicación del *Epistolario 1912-1958* de Adolfo Salazar (en edición de Consuelo Carredano, Madrid, Residencia de Estudiantes-Fundación Scherzo-INAEM, 2008) se inscribe también en el marco de las celebraciones, a las que habría que sumar el *dossier* dedicado a Salazar en la revista madrileña *Scherzo* (XXIII, núm. 229, abril, 2008).

[2] Aunque por razones de espacio me limitaré sólo a revisar sus actividades en el ámbito de La Casa de España.

mismo propagaba en España, y adquirieron en su juventud cierta notoriedad: no fueron pocos los intérpretes y grupos que se interesaron por ellas.[3] Aun así, el conjunto es más bien breve y después de 1931 prácticamente abandonó la composición para volver a ella sólo excepcionalmente durante su vida mexicana.

Referirse, así fuera brevemente, a la vasta herencia intelectual de Salazar y a su importante acción cultural es tarea que excedería con mucho los límites de este trabajo. Por esa razón, me limitaré a destacar aquí algunos aspectos poco conocidos del último trayecto de su vida en España y de sus primeros contactos epistolares, ya desde Washington, con Daniel Cosío Villegas y otras personalidades de la cultura mexicana como Alfonso Reyes, Eduardo Villaseñor o el compositor Carlos Chávez, a quienes acudió en busca de ayuda.[4] Por último, me propongo resumir los aspectos más destacables de su relación con La Casa de España y la labor profesional desarrollada por él en el breve lapso en que la institución operó con ese nombre.

La documentación que he utilizado para escribir este texto resulta por demás abundante y rica en contenidos. Buena parte de la misma proviene del Archivo Histórico de El Colegio de México y del Fondo Carlos Chávez del Archivo General de la Nación, y abarca un periodo de nueve meses, es decir, desde que se formalizó la invitación del gobierno mexicano a Salazar en el verano del 38, hasta su llegada a la ciudad de México en la primavera del año siguiente.

[3] Especialmente por su ya citado cuarteto *Rubaiyat*, interpretado en varios países europeos por el Cuarteto Flonzaley, el Zimmer, Vandelle, Hispania, Roth y otros.

[4] Salazar no conocía personalmente a Villaseñor ni a Chávez. Todo indica que fue Gustavo Pittaluga quien, a su paso por La Habana, le sugirió contactar con el músico mexicano y que Alfonso Reyes le proporcionó las señas del primero. Salazar había conocido a Reyes en Madrid en los años 10. Muy probablemente por su amistad con él, Henríquez Ureña publicó en la Editorial Cultura el primer libro de Salazar: *Andrómeda* (1922). He explorado algunos aspectos de esa relación en "Crónica de un encuentro musical", *La llama doble. Crónica de un encuentro musical*, Madrid, Instituto de México en España, 2001, pp. 9-22; y algunos aspectos de su relación con el compositor mexicano en "Carlos Chávez en la obra de Adolfo Salazar", en Yael Bitrán y Ricardo Miranda (eds.), *Diálogo de resplandores: Carlos Chávez y Silvestre Revueltas*, México, Conaculta, 2003 (Col. Ríos y Raíces), pp. 159-173.

El camino del exilio

Siempre se supo que Salazar desembarcó en Veracruz el 9 de marzo de 1939.[5] Sin embargo, por mucho tiempo ignoramos la fecha exacta en la que se marchó de España; se creía que había ocurrido poco después de conocerse la muerte de Federico García Lorca. Aunque para nadie era un secreto cuán amigos eran Lorca y Salazar, ninguna pista nos hacía pensar que la infausta noticia hubiese precipitado su salida. Sólo el hecho de que su diaria columna musical en *El Sol* dejara de aparecer días después del asesinato del poeta, es decir, tras 18 años de labor ininterrumpida, parecía reforzar tan extendida hipótesis.[6]

Lorca y Salazar se habían conocido en los días en que este último —convertido ya en el más influyente crítico musical de Madrid— se dejaba seducir por la poesía y era asiduo a la Residencia de Estudiantes, donde se alojaba Lorca. Por esos años el nombre de Salazar aparecía regularmente en las revistas literarias y frecuentaba los círculos de escritores y poetas a la par que los musicales. A nadie debió extrañarle que fuese precisamente nuestro crítico quien, por esos días, rompiera la primera lanza por el joven poeta al publicar en *El Sol* un largo comentario a su primer libro de poemas.[7] Por lo demás, Salazar y Lorca emprendieron

[5] Varios diarios de la capital dieron la bienvenida al musicólogo. Por lo demás, el Archivo Histórico de El Colegio de México conserva el telegrama que Salazar envió a Cosío Villegas desde Veracruz el mismo día de su llegada.

[6] El 17 de abril de 1918 vio la luz la primera de las colaboraciones musicales de Salazar en *El Sol*. En su larga colaboración en el periódico reseñó a diario, o casi a diario, la actividad musical de Madrid y revisó un sinnúmero de aspectos de la música europea y española. Su extenso bagaje cultural se reflejó en una crítica que abarcó todos los temas musicales imaginables: conciertos, intérpretes, ópera, orquestas, ediciones musicales, producción de discos, concursos, políticas musicales, enseñanza, educación del público, cultura teatral. A esto se suma la reflexión sobre aspectos teóricos de la música, sobre variadas épocas, obras y compositores históricos, la relación música y sociedad, los medios mecánicos de divulgación, la tecnología aplicada a la música... En el mismo diario Salazar publicó abundante crítica literaria y reseña de libros. Sobre la crítica de Salazar en España pueden consultarse Consuelo Carredano, "Adolfo Salazar en España. Primeras incursiones en la crítica musical: la *Revista Musical Hispano-Americana*", *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, México, UNAM, 2004, pp. 119-144; y "El ensayo musical en la España de Ortega y Gasset. Adolfo Salazar y *El Sol*", *Pauta*, México, núm. 104 (octubre-diciembre de 2007), pp. 55-93.

[7] Véase Adolfo Salazar, "Un poeta nuevo", *El Sol*, 30 de julio de 1921.

algunos proyectos compartidos y siguieron frecuentándose; incluso llegaron a coincidir en La Habana durante el primer viaje de Salazar a Cuba y juntos hicieron el viaje de regreso a España.

Todavía en los meses anteriores al alzamiento militar, Salazar seguía muy unido a Lorca, entonces instalado en Madrid en una casa frente a la suya. Él mismo recuerda cómo siguió de cerca la gestación de *La Casa de Bernarda Alba* y atestiguó la euforia que le invadía a Lorca en ese momento de fervor político y compromiso con las causas sociales y las izquierdas: "Cada vez que terminaba una escena —recordaba Salazar— venía corriendo, inflamado de entusiasmo. 'Ni una gota de poesía —exclamaba—. ¡Realidad, realismo puro!'. Era tal su frenesí —continúa el crítico— que estaba dispuesto a leer la obra al primero que quisiera escucharla. Nunca había visto a Federico tan contento con algo suyo. Parecía un niño".[8]

Aun así, ninguno era ajeno a la amenaza que se cernía sobre todos. Desde primeros de junio no pasó un solo día sin que la situación política en España se agravara. El mismo Lorca parecía convencido de la necesidad de mostrarse más cauteloso con sus declaraciones. Aunque había tenido la precaución de responder por escrito a las preguntas que el caricaturista Luis Bagaría le hiciera en una entrevista para *El Sol*, Lorca se arrepintió de algunas de ellas y se apresuró a pedirle a Salazar que eliminara ciertos párrafos que podrían resultar comprometedores.[9]

Desaparecido Lorca, se pierde todo rastro de Salazar. Su correspondencia es escasa y sólo permite reconstruir parcialmente su itinerario, aunque —suponemos— no debió ser muy distinto

[8] Adolfo Salazar, "La casa de Bernarda Alba", *Carteles* (La Habana), 10 de abril de 1938, pp. 30-31.

[9] Carta sin fechar de Lorca a Salazar, pero que bien podría inferirse escribió Lorca en los primeros días de junio. Por lo demás, el poeta concedió a Luis Bagaría su última entrevista, que apareció en *El Sol* el 10 de junio de 1936, con el título "Diálogos de un caricaturista salvaje". Una de las preguntas planteaba a Lorca cuál de las opciones consideraba más factible para España: el advenimiento del fascismo o el del comunismo. Lorca dio sus respuestas por escrito. Después de entregado el texto, la respuesta comprometedora fue eliminada, probablemente por intervención de Salazar. Un borrador de la entrevista se conserva en el Archivo de la Fundación Federico García Lorca de Madrid y ha sido recogida en Federico García Lorca, *Obras completas III. Prosa*, edición de Miguel García-Posada, Madrid, Galaxia Gutenberg, Círculo de Lectores, 1999, pp. 634-640.

del de otros intelectuales republicanos (pensemos en Moreno Villa o en Luis Buñuel, por ejemplo): primero, una residencia temporal en Valencia —lo que en su caso comprueba la carta que en marzo del 37 Salazar envió a Luis Cernuda desde aquella ciudad—;[10] después, el traslado a París y desde ahí hacia otras capitales europeas para hacer propaganda cultural en favor de la República; por último, el exilio en México, previo paso por Estados Unidos. Ya establecido en la capital mexicana, Salazar confiaría a su amigo y protegido Ernesto Halffter cuánto había temido por su vida en aquellos días.[11]

No le faltaban razones. Todos lo identificaban con las izquierdas liberales y, en cierto modo, anticlericales. Si bien no participaba activamente en política, había ocupado en 1931 un polémico cargo en la Primera Junta Nacional de Música de la República, experiencia que le había reportado demasiados sinsabores y no pocas enemistades con gente de derechas y de izquierdas.[12] A esto

[10] La carta fue recogida por James Valender en su edición de Luis Cernuda, *Epistolario (1924-1963)*, Madrid, Residencia de Estudiantes, 2003, p. 227.

[11] Carta núm. 346, de Adolfo Salazar a Alicia y Ernesto Halffter, México, D. F., 29 de marzo, 1940, en Salazar, *Epistolario 1912-1958*, ed. cit., pp. 478-480. En adelante, se hace referencia a este libro como *Epistolario*, seguido de la página que se cita.

[12] La primera Junta Nacional de Música y Teatros Líricos, cuyas bases se redactaron a partir de un proyecto de Salazar, quedó constituida por Óscar Esplá (presidente), Amadeo Vives (vicepresidente) y Adolfo Salazar (secretario). El decreto de creación fue desplegado por el Gobierno provisional de la República el 21 de julio de 1931 y publicado en la *Gaceta* oficial del día 22. Fue un documento suscrito por el Presidente de la República, Niceto Alcalá Zamora y Torres, y por el ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, Marcelino Domingo y Sanjuán. Pese a todos sus esfuerzos, la actuación de Salazar en la Junta se distinguió más por sus aportes teóricos que por los resultados concretos y, en realidad, escasos, de un proyecto que acabó por asfixiarse por el peso excesivo de sus tareas. Para Salazar, la cuestión central consistía en "poner la música a resguardo", mediante una entidad permanente que se mantuviera al margen de zarandeos políticos y que asumiera una gran cantidad de compromisos: desde la defensa y recuperación del patrimonio musical tanto culto como popular, la organización y reorganización del teatro lírico nacional, la creación de una orquesta nacional de conciertos, hasta la institucionalización de los concursos nacionales para fomento de la composición musical y un amplio proyecto editorial. Véase Consuelo Carredano, "Capítulo IX. En la turbulencia política", *Adolfo Salazar. Pensamiento estético y acción cultural (1914-1937)*, tesis para obtener el grado de doctora en Musicología, Universidad Complutense de Madrid, 2006, pp. 351 ss. Las disposiciones legales de la Junta pueden consultarse en Emilio Casares (ed.), *La música en la Generación del 27. Homenaje a Lorca (1915-1936)*, Madrid, Ministerio de Cultura-INAEM, 1986, pp. 256-264.

habría que agregar una tardía designación en el gobierno de Manuel Azaña como delegado del Teatro de la Ópera y del Conservatorio, aunque es cierto que de esta última gestión no tuvo tiempo para ofrecer resultados.

★ ★ ★

Hasta conseguir, tras no pocos esfuerzos, la invitación para establecerse en México, Salazar vivió momentos de verdadera angustia. Desde La Habana, su primera estación en América —pasó ahí algunos meses dictando cursos y conferencias—, el "periodista nómada" preguntaba a Carlos Chávez qué probabilidades tendría de encontrar "algún trabajo de cierta fijeza" para vivir un tiempo en México mientras se solucionaban las cosas en España. "Dentro del periodismo —sabe usted— podría aceptar no importa qué clase de trabajo, de cierta importancia, ya que como creo que usted sabe mi vida en España era la de periodista y que dentro de *El Sol* hice todo cuanto puede hacerse en un periódico, desde la confección hasta los editoriales".[13]

En efecto, terminados sus compromisos en La Habana y Puerto Rico y en vista de que la situación en España no tenía visos de arreglarse a corto plazo, Salazar se vio forzado a prolongar su estancia en América. Al parecer, exploró primero con Alfonso Reyes, entonces embajador en Argentina, la posibilidad de establecerse una temporada ahí. Traía consigo los manuscritos de algunos trabajos que, pensaba, podría publicar en Buenos Aires. Pero Reyes terminaba su misión diplomática y disponía todo para volver a México. Chávez tampoco le daba muchas esperanzas. Otros amigos le aconsejan escribir a Eduardo Villaseñor, a la sazón subsecretario de Hacienda. Aunque Reyes le había prevenido sobre las circunstancias difíciles en México y la improbabilidad de hallar en aquel momento una situación brillante, Salazar se justificaba:

[13] Carta núm. 272, de Adolfo Salazar a Carlos Chávez, La Habana, 15 de enero de 1938, *Epistolario*, pp. 330-331.

> ...cuando se sale de un país en guerra civil todas las situaciones, por modestas que sean, parecen brillantes y yo no tengo ambición ni vanidad ni pretensión alguna. Me daría por muy satisfecho con encontrar no importa qué clase de trabajo de pluma que me permitiese vivir modestamente y me diese ocasión de conocer a fondo a los músicos, escritores y artistas —al pueblo también— de esa República.[14]

A mediados de julio, mientras dicta, por recomendación de Pedro Salinas, un largo curso de música española en Middlebury, recibe una buena noticia: ha sido incluido en la lista de intelectuales invitados por Cárdenas al país. Su carta había llegado a manos de Villaseñor en un momento oportuno, cuando por encargo del Presidente se ocupaba de gestionar lo necesario para que fuera a trabajar a La Casa de España un grupo importante de intelectuales españoles: "gracias a ello pude incluirlo a usted" —le dice complacido.[15]

No obstante, varias razones le impedirían viajar de inmediato, de acuerdo con lo que explica a Daniel Cosío Villegas en sus primeras comunicaciones. Hacía un tiempo que trabajaba y se alojaba en la Embajada española en Washington. Aunque no desempeñaba propiamente un cargo oficial, el embajador Fernando de los Ríos le había solicitado sustituir temporalmente al agregado cultural José Fernández Montesinos. Es decir, que no podía ni debía abandonar su puesto por lealtad al embajador y por elemental sentido de disciplina patriótica en momentos tan difíciles para el gobierno legítimo. Por lo demás, Salazar había sabido aprovechar muy bien sus ratos libres consultando documentación para sus investigaciones en la fascinante Biblioteca del Congreso. Y ambas razones parecían justificar sobradamente que quisiera retrasar su viaje algunas semanas, que a la postre se convertirían en meses.

Seguramente las autoridades de La Casa habrían entendido mejor sus argumentos de haberlos expuesto con franqueza desde

[14] Carta núm. 281, de Adolfo Salazar a Eduardo Villaseñor, Middlebury, Vermont, 7 de julio de 1938, *Epistolario*, pp. 344-345.

[15] Carta núm. 283, de Eduardo Villaseñor a Adolfo Salazar, 20 de julio de 1938, México, D. F., *Epistolario*, pp. 347-348.

el primer momento. Pero esperó varias semanas antes de responder al secretario y darle al menos una fecha aproximada en que podría viajar.[16] Como lo hiciera con otros intelectuales españoles, Daniel Cosío Villegas se había puesto en contacto con él tan pronto la invitación se hizo oficial. Le hablaba de lo bien que se había recibido en México la noticia de su inminente arribo. Pero sus palabras parecían ocultar otra realidad. A Reyes y a Cosío —esto ha sido suficientemente comentado—, les preocupaba la forma en que los intelectuales mexicanos podrían recibir a sus pares españoles. ¿Qué recepción se daría a un José Gaos, a un Gonzalo Lafora, a un Juan de la Encina?: "También nos parecía dudosa la acogida que podría recibir Adolfo Salazar —escribe Cosío en sus *Memorias*—, tanto por carecer de títulos académicos, como por practicar la crítica y la historia musical, oficios que se conocían poco aquí, pero que reclamaría más de un aficionado en cuanto apareciera el punto de comparación de Salazar".[17]

La respuesta afirmativa de nuestro crítico, pero sobre todo los jugosos planes de trabajo que le proponía en su carta, tranquilizan a Cosío, que ya empezaba a dudar de su decisión: "le confieso —replica el secretario de La Casa— que alguna preocupación tenía yo de su silencio".[18] En realidad, el agregado Montesinos también había sido invitado a integrarse a La Casa de España y de su aceptación, aún no confirmada, dependía el que Salazar pudiese o no abandonar la Embajada. "Usted sabe —explicaba a Cosío— que le estoy muy obligado [a don Fernando], aparte de razones de cariño, por agradecimiento a su generosidad conmigo trayéndome aquí a un puesto de confianza". En efecto, a Salazar se le

[16] Salazar dice a Cosío estar dispuesto a trasladarse a México en cuanto se le indique, sólo que de ser posible querría no tener que hacerlo hasta los primeros días de diciembre, con lo cual tendría tiempo suficiente para establecerse y hablar con las autoridades de La Casa antes del inicio del curso escolar, que en ese tiempo empezaba con el año. Véase Carta núm. 282, de Adolfo Salazar a Daniel Cosío Villegas, Washington, 2 de octubre de 1938, *Epistolario*, pp. 356-358.

[17] Daniel Cosío Villegas, *Memorias*, 2ª ed., México, Joaquín Mortiz, 1977, pp. 175-176. Citado en Clara E. Lida, *La Casa de España en México*, México, El Colegio de México, 1992 (Col. Jornadas, 113).

[18] Carta núm. 289, de Daniel Cosío Villegas a Adolfo Salazar, México, D. F., 10 de octubre de 1938, *Epistolario*, pp. 359-361.

había confiado la elaboración de un proyecto para el Pabellón Español en la Feria Mundial de Nueva York a celebrarse en abril del 39 y no podía desvincularse de éste tan fácilmente. Pero no era ajeno al perjuicio que ese "retraso involuntario" podría provocarle: "me imagino cuánta gente desearía una suerte semejante a la que yo he tenido con ustedes" —le dice temeroso de que la "fuerza de alguna presión" quisiera aprovechar la vacante que él dejaba.[19]

Aunque Cosío se mostraba comprensivo, no esperaba en modo alguno, según le advierte, que decidiera quedarse en Washington con el carácter de agregado cultural permanente. Le recuerda su compromiso contraído con el gobierno mexicano y en particular con La Casa de España y hace votos para que don Fernando encuentre pronto, "de ser necesario", un sustituto permanente:

> Considere que en las condiciones actuales sobrarían personas eficientes y leales a quienes ayudar. Y puesto que usted deja, por un trabajo permanente, un hueco que otro puede llenar, me animo a pensar que aun cuando don Fernando tuviera, como creo que lo tiene, el deseo de retenerlo, las circunstancias imponen descartar desde ahora esa solución.[20]

Pero Salazar no ve posibilidad de viajar antes de la primavera. Una nota manuscrita de Fernando de los Ríos a Cosío en la misma carta confirma lo dicho por el crítico: "Le ruego con el mayor encarecimiento que considere bien fundadas las razones que aduce nuestro muy amigo señor Salazar y no me prive de su cooperación durante los meses que indica. Agradecidísimo así por esto como por cuanto hace en pro de la España intelectual...".[21] Con todo, el toque de atención de Cosío no entorpece la comunicación; acaso la vuelve más intensa y cercana. El secretario de

[19] Carta núm. 290, de Adolfo Salazar a Daniel Cosío Villegas, Embajada de España, Washington, 2 de noviembre de 1938, *Epistolario*, pp. 361-364.

[20] Carta núm. 291, de Daniel Cosío Villegas a Adolfo Salazar, México, D. F., 8 de noviembre de 1938, *Epistolario*, pp. 364-367.

[21] Carta núm. 292, de Adolfo Salazar a Daniel Cosío Villegas, Embajada de España, Washington, 21 de noviembre, 1938, *Epistolario*, pp. 367-369.

La Casa le informa: ya se encuentran en México Moreno Villa, León Felipe, Recaséns, Gaos, Díez-Canedo, Juan de la Encina, Gonzalo Lafora y Jesús Bal y Gay. Los cuatro primeros han aparecido en público: "Juan de la Encina lo hará en la segunda semana de noviembre y un poco más tarde, Canedo. Don Pío del Río Hortega vendrá en febrero; otras invitaciones están aún pendientes".[22]

Con los baúles listos

La intensa actividad en Washington acaba por agobiar a Salazar; cada vez dispone de menos tiempo libre para investigar y la biblioteca se ha convertido para él en un paraíso perdido, según confía a Jesús Bal. Desea llegar a México cuanto antes y pide a su amigo que no deje de escribirle para saber lo que ocurre ahí:

> ¿Cómo se vive? ¿Cada cual en su casa o en casas de huéspedes? ¿Hay silencio y soledad para trabajar a gusto? ¿Hay bibliotecas con obras de referencia?
>
> Dé usted recuerdos a esos buenos amigos conocidos y aun a los que todavía no conozco personalmente, pero a los que estoy tan agradecido por su atención en llevarme ahí. Quién sabe si podremos entre todos reconstruir en México una isla netamente española, que tan buena cosa sería para España y para México.[23]

Sus vacilaciones comenzaban a despertar suspicacias ya no tanto en las autoridades como en los corrillos de La Casa. Pero él parecía tenerlo claro: "naturalmente estoy aquí muy bien y hay unas posibilidades de trabajo (si pudiera aprovecharlas) —escribe a Pedro Salinas [...]. Pero también me sugestiona enormemente lo de México, y puesto que está hecha la invitación, quiero acep-

[22] Como indica Clara E. Lida en su citado trabajo, la idea era que todos los recién llegados hiciesen una presentación pública con el fin de que se supiese, por ellos mismos, cuáles eran sus actividades y su trabajo en España.

[23] Carta núm. 293, de Adolfo Salazar a Jesús Bal y Gay, Washington, 30 de noviembre de 1938, *Epistolario*, pp. 370-373.

tarla, ya que además lo que he de hacer allí me gusta mucho". No obstante, le dice sentirse algo presionado por Cosío, que le sugiere ofrecer "cuatro o cinco conferencias de presentación en México, otras cinco o seis en Guadalajara, luego el cursillo de cuatro en otros sitios, luego... Me aterró un tanto este jaleo de conferencias —se queja con su amigo—, y le di a entender que haría todas las que desearan dejándome tiempos para prepararlas, porque no las puedo hacer *à la minute*, y, además, que el curso largo tiene por lo menos veinte lecciones".[24]

A mediados de enero de 1939 dice tener todo arreglado. Sólo le inquietan las noticias que llegan de España. Han llamado a filas a los hombres útiles hasta los 45 años y, para servicios auxiliares, a los comprendidos entre los 45 y 50: todo el personal de la Embajada quedaba incluido en dicha llamada y ese mismo problema se presentaría a los miembros de La Casa de España —le explica a Cosío. Si de acuerdo con las órdenes del gobierno los funcionarios de carrera diplomática quedaban "movilizados en sus cargos", bien podría conseguirse, pensaba Salazar, algo similar para los miembros residentes, tomando en cuenta lo que España perdería con la destrucción de esos hombres: mucho más seguramente que lo que podría ganar "haciéndoles correr semejante riesgo".[25] Cosío lo tranquiliza. Antes de proceder a las invitaciones oficiales, el Gobierno mexicano había consultado con su homólogo español las posibles contingencias que podrían surgir; una de ellas, el servicio militar, por lo que agrega: "Estoy enteramente seguro que mi gobierno así se lo haría presente al de España en caso de que algunos de los miembros residentes de nuestra Casa fueran llamados con ese motivo o con cualquier otro antes de cumplirse el compromiso de un año del que se ha hablado".[26]

Cosío se refería también a un plan de publicaciones:

[24] Carta núm. 295, de Adolfo Salazar a Pedro Salinas, Washington, 22 de diciembre de 1938, *Epistolario*, pp. 374-378.

[25] Carta núm. 297, de Adolfo Salazar a Daniel Cosío Villegas, Washington, 14 de enero de 1939, *Epistolario*, pp. 379-380.

[26] Carta núm. 298, de Daniel Cosío Villegas a Adolfo Salazar, México, D. F., 18 de enero de 1939, *Epistolario*, pp. 380-382.

> Hemos estado conversando, los miembros residentes de La Casa y yo, sobre la conveniencia, me atrevería a decir necesidad, de planear cuanto antes una serie de publicaciones. Una de ellas la compondrían aquellos libros que representaran contribuciones originales de los autores; otra, una colección que podría llamarse serie didáctica, compuesta de manuales sencillos, claros, breves, que expusieran a un lector no iniciado la historia y estado actual de una disciplina o de un aspecto particular de ella. No puedo imaginar la respuesta que pueda encontrar en usted una idea de esta naturaleza, pero si se la platico desde ahora es porque puede surgir la necesidad de que quiera usted contar con algún material de libros que sea necesario consultar en la Biblioteca del Congreso, o adquirirlo en ésa. En suma, por una razón de previsión.

Salazar responde a vuelta de correo; las cosas se han solucionado y ya podrá darse de baja en la Embajada el 1° de febrero. Sólo le inquieta que la preparación de sus conferencias marche tan lentamente a causa del exceso de trabajo y a que el clima de Washington le es poco propicio: "tengo hipotensión y en niveles tan bajos no *carburo* en la medida normal". Pero ha resuelto marcharse a Nueva York el día 3 o 4 de febrero para recoger algunos datos en libros antiguos cuya consulta no le será fácil después y en los primeros de marzo llegar a la ciudad de México. Desde la urbe de hierro se propone enviar su "abultado" equipaje por "el American Express", a fin de evitar complicaciones de aduana y en razón de que pensaba detenerse unos días en La Habana. También aprovecharía esos días en Nueva York para ocuparse del equipo de grabación:

> Nada me cuesta estudiarlo de cerca, si usted y Bal lo creen oportuno, e informar en detalle a ustedes. Ya le digo que desde los primeros días de febrero estoy ya completamente a su disposición y trabajando para esa Casa. (No sé aún mi dirección en New York. Se la comunicaré oportunamente).[27]

[27] Carta núm. 299, de Adolfo Salazar a Daniel Cosío Villegas, 24 de enero de 1939, *Epistolario*, pp. 382-385.

Salazar se muestra muy interesado por las ediciones que planea hacer La Casa. Es lo que hubiera querido hacer en España desde hace mucho tiempo, le dice a Cosío: "Me parece no sólo un propósito excelente sino indispensable, que dejaría constancia firme de nuestro paso por México, aunque no fuese sino por eso solo". En su última carta desde Estados Unidos, el 26 de febrero, sin falso pudor, le escribe convencido a Cosío: "Los títulos de las obras que puedo ofrecer para la primera serie de publicaciones de La Casa de España hay 'plentiful of them'. Tengo conmigo material suficiente para entretener algún tiempo al impresor mexicano. Ojalá me quisiera publicar la mitad de lo que llevo". Y es evidente que no mintió.

Las labores en La Casa de España

Creo advertir que no hemos valorado lo suficiente las consecuencias que trajo a la vida de Salazar la invitación a formar parte de La Casa de España ni lo que supuso su permanencia vitalicia en El Colegio de México. Aunque algunas tareas que asumió aquí eran las mismas que venía desempeñando en España, La Casa primero y El Colegio después le proporcionaron un marco académico estable a su actividad profesional y actuaron como el revulsivo que necesitaba para configurar una obra histórica personal y de gran aliento: sin duda lo generado en México en materia bibliográfica es superior en cantidad y alcance a lo producido por Salazar en España.[28] Desde Washington, cuando intercambiaba con Cosío puntos de vista y esbozaba proyectos para desarrollar en México, en realidad Salazar trazaba ya una ruta académica distinta, encauzada hacia las labores de historiador de la música, algo a lo que aspiró en España y que probablemente habría realizado de no haber tenido un cúmulo

[28] La bibliografía española de Salazar deriva prácticamente de su trabajo hemerográfico: al menos tres de sus primeros libros son recopilaciones de artículos aparecidos en diarios y revistas: el ya citado *Andrómeda; Música y músicos de hoy. (Ensayos sobre la música actual)*, Madrid, Editorial Mundo Latino, 1928; y *La música actual en Europa y sus problemas*, Madrid, Yagües, 1935.

de obligaciones.[29] En primer lugar, el trabajo que le permitía ganarse la vida: un puesto como funcionario en la madrileña oficina de Correos y Telégrafos. Por lo demás, su vocación de compositor —verdadera puerta de acceso a la música— y su intensa labor como crítico musical y literario, así como su participación en un sinnúmero de sociedades, comisiones locales, congresos internacionales y otros proyectos de difusión, acabarían por consumir el resto de su tiempo. En México, su dedicación al trabajo intelectual sería absoluta: era lo que se dice un trabajador compulsivo, una "auténtica máquina de escribir", de acuerdo con su colega Jesús Bal y Gay.[30] Ese esmero con que las autoridades de La Casa instaban a los miembros a hacer su máximo esfuerzo, lejos de apremiarlo, en su caso constituyó un estímulo más. El mismo Bal recordaba el febril ritmo de trabajo de su amigo:

> En México tenía que escribir sin respiro alguno. ¡Había que sobrevivir! Escribía libros en una lucha despiadada contra el tiempo. Era necesario —imprescindible— escribir y escribir. Hasta la angustia. Así salieron tantos libros en aquellos tiempos de México. Quizás salía un libro por mes. Algo agotador y apremiante. Así vivió y sufrió Adolfo Salazar.[31]

El 19 de abril de 1939, Salazar hizo su primera aparición pública en la Sala de Conferencias del Palacio de Bellas Artes.[32] Dos meses después ofrecía en el mismo recinto su largo ciclo

[29] Al parecer, en algún momento Salazar se propuso estudiar la carrera de historia. A Manuel de Falla llegó incluso a comentarle que se había matriculado en la universidad con esa intención.

[30] Escojo entre opiniones similares de quienes le trataron la de Jesús Bal y Gay: "Era asombroso —no es exageración— lo que llegó a escribir en aquellos años. Cualquiera podría decir: ¡Bueno, habrá tardado treinta años!... ¡No! Yo lo he visto y lo he vivido. A pesar de lo mucho que escribía, le quedaba todavía tiempo para salir a pasear, y para venir a cenar la tortilla de patatas a nuestra casa. A Adolfo Salazar le encantaba la tortilla de patatas que hacía Rosita, así que... Tengo que hacer constatar que cuando citaba en sus libros tantos nombres, pudo haberse equivocado, pero inventado, ¡no! Teníamos trato diario, o casi diario, con él". Jesús Bal y Gay y Rosa García Ascot, *Nuestros trabajos y nuestros días*, Madrid, Fundación Banco Exterior, 1990 (Colección Memorias de la Música Española), p. 131.

[31] *Ibid.*, p. 133.

[32] Con una conferencia titulada "Perspectivas hacia el pasado".

"Música y sociedad en el siglo XX", con tal éxito de audiencia que hubo necesidad de cambiar de sede para acoger al numeroso público. Para entonces alternaba ya sus compromisos como miembro de La Casa de España con sus críticas musicales en *Excélsior*, que pronto dejaría para marcharse a *El Universal*.[33] Satisfecho, Salazar escribía a su amigo Ernesto Halffter a Lisboa: "Tengo mucho trabajo en universidades del interior de la República y en la capital dos cursos pequeños y uno largo de 32 lecciones de historia de la música en el Conservatorio".[34] Aunque la moneda está baja —le explica a su amigo— "pagan lo suficiente para vivir con cierta independencia y comodidad".[35]

A Pedro Salinas le pinta también un buen panorama: "Sus consejos y su aliento para que viniera aquí han resultado plenamente justificados. No puedo estar, en efecto, más contento ni más agradecido". Y agrega: "Le escribo el 19 de julio. Había pensado hacerlo el 29 del pasado, día de verbena: se me pasó la ocasión. No hay aquí verbenas sino musicología, pero nunca había trabajado tan bien y tan contento: 15 ó 20 cuartillas al día: total: que ni Menéndez y Pelayo".[36] El balance de su primer año es sorprendente y el patronato de La Casa no duda en extenderle un nuevo contrato cuyo término se fija al 31 de diciembre de

[33] Aunque, para garantizar un alto rendimiento, los miembros residentes de La Casa de España debían sujetarse a una normatividad establecida: la exclusividad de sus labores. Como hace ver Clara E. Lida, esta exclusividad fue total: los miembros residentes (calidad a la que se suscribía Salazar) "no debían aceptar compromisos de ninguna especie que distrajeran sus actividades, en forma permanente o transitoria, poniéndolas al servicio de otros centros sociales, educativos, científicos, médicos o industriales, sean privados u oficiales, fuera de aquellos en que La Casa misma los vincule y radique. En todo caso, todo trabajo ajeno debía ser objeto de consulta y aprobación previas del patronato". No obstante, tales prescripciones no comprendían la libertad para publicar libros, traducciones o artículos en periódicos y revistas. Véase Clara E. Lida, *op. cit.*, p. 125.

[34] El catálogo de actividades de La Casa da noticia de su conferencia "Las grandes estructuras de la música", impartida en mayo del 39, en Guadalajara; más tarde la repetiría en Guanajuato y Puebla. Véase Clara E. Lida, José Antonio Matesanz y Josefina Zoraida Vázquez, *La Casa de España y El Colegio de México. Memoria: 1938-2000*, México, El Colegio de México, 2000, p. 95.

[35] Carta núm. 308, de Adolfo Salazar a Alicia y E. Halffter, México, D. F., 1 de abril de 1939, *Epistolario*, pp. 400-405.

[36] Carta núm. 326, de Adolfo Salazar a Pedro Salinas, México, D. F., 19 de julio de 1939, *Epistolario*, pp. 423-424.

1940.[37] El "musicólogo en destierro" había encontrado un lugar amable para vivir.[38] ¿Qué más se podía pedir, dadas las circunstancias?

Como indica Clara Lida, durante todo el año de 1939 el ritmo de trabajo de los exiliados continuó, si cabe, con mayor intensidad que el año anterior. Fue el caso de Salazar. A finales de octubre notificaba a Reyes la conclusión del curso sobre "La música en la sociedad europea", que venía desarrollando para estudiantes de tercer año de Historia de la Música en el Conservatorio.[39] Poco después de dar a edición *Música y sociedad en el siglo XX* (1939), incluido entre los primeros títulos con los que La Casa inauguró sus publicaciones, Salazar entregó a Cosío *Las grandes estructuras de la música* (1940) y propuso a Reyes otros títulos.[40] No le oculta, sin embargo, su disgusto por la lentitud con la que ve aparecer sus publicaciones. Pero Reyes se encarga de aplacarlo: "No se impaciente usted, que todo se hará. Como no somos una casa editora propiamente, no le extrañe la involuntaria demora en la publicación de su libro".[41]

[37] En realidad el reglamento de La Casa establecía que los contratos para todos se hicieran por el plazo de un año, susceptible de ser renovado.

[38] La frase la tomo de una carta que Salazar escribe a Carlos Chávez desde Middlebury College el 7 de julio de 1938, *Epistolario*, p. 342.

[39] A partir de entonces empezó a revisar para su edición esa primera serie de conferencias, que más tarde integrarían los cuatro volúmenes de *La música en la sociedad europea*, aparecida con el sello de El Colegio de México entre 1942 y 1944. El propio Salazar justificaba la conveniencia de publicarlo: "creo que este volumen sería de importancia en nuestra edición —escribe a Reyes— porque no existe ninguno en su género en castellano que aborde la materia con mayor empeño y seriedad de propósito, al paso que su lectura es fácil y constituye una verdadera Historia de la Música hecha viva merced al auxilio de los discos gramofónicos que se detallan minuciosamente". Carta núm. 351, de Adolfo Salazar a Alfonso Reyes, México, D. F., 27 de octubre de 1939, *Epistolario*, pp. 454-457.

[40] Salazar mencionaba entonces su propósito de preparar un libro sobre instrumentos medievales españoles, que a la larga se redujo a un estudio sobre el laúd, la vihuela y la guitarra. Véanse: "Andrés Segovia y la guitarra. Inmortalidad de los tópicos. Laúd, vihuela y guitarra. Un boceto de historia: I. La antigüedad oriental", *Excélsior*, México, 4 de marzo de 1940; "Sinopsis de historia instrumental. Laúd, vihuela y guitarra. II. De la Edad Media al Renacimiento", *Excélsior*, México, 11 de marzo de 1940; "Vihuela, laúd y guitarra. III. El Renacimiento en España. La guitarra en Europa. La época moderna", *Excélsior*, México, 18 de marzo de 1940; "El laúd, la vihuela y la guitarra (notas)", *Nuestra Música*, año I, núm. 4, México, septiembre-octubre de 1946, pp. 228-250 (reimpresión facsimilar, México, Cenidim, 1992).

[41] Carta núm. 371, de Alfonso Reyes a Adolfo Salazar, México, D. F., 5 de marzo de 1940, *Epistolario*, p. 476.

Si alguna dificultad encontró el inquieto Salazar para desarrollar su labor fue el no disponer desde el primer momento de su biblioteca y archivo de trabajo. Aunque se había hecho enviar algunos libros, éstos no le llegaban con celeridad. En aquellos momentos, los envíos postales a México desde España estaban prohibidos y el tener que enviar las cosas primero a Lisboa y, desde ahí, a México, era complicado y costaba demasiado dinero. Por lo demás, los esfuerzos para llevar a México a su madre, a quien estaba muy unido y constituía su única familia, habían resultado infructuosos. A principios de 1940, al cumplirse su primer año en el país, recibe un duro golpe: su madre ha muerto en Madrid y, con ella, la esperanza de recuperar su vida pasada. Las cartas que Salazar envía a sus amigos tras conocer la noticia reflejan toda la amargura de esos días. Pero el tiempo y el trabajo se encargarían de sanar las heridas. Lejos de sumirse en la depresión, solicitó se le concediese de inmediato la calidad de inmigrante definitivo y retomó sus actividades con espíritu renovado.

Semanas después de que La Casa de España se convirtiera en la institución que hoy conocemos, escribía resignado a su viejo amigo el compositor catalán Gustavo Durán:

> Tengo todo el día por mío para trabajar. Libros no me faltan, aun cuando eche de menos, como a personas queridas, los que había estado coleccionando en Madrid desde la edad de dieciséis años.
>
> Te gustaría mi casa: una gran habitación a la americana, con los indispensables servicios (de varia índole). Un enorme ventanal al sudoeste lleno de sol, con un horizonte espléndido de nubes y de montañas. Apenas salgo; únicamente para ir a algún concierto o al cine. He llenado la habitación según mi mal gusto barroco, que conoces, de cachivaches, libros, sillones, tapicitos del país, máscaras, telas bordadas, un armónium (no tengo dinero para traer un piano, que habría de ser «minix» porque otro no cabe), plantas de grandes hojas y rosas frescas. Y tan contento, dentro de lo posible. Veo a tres o cuatro viejos amigos españoles y otros tantos nuevos amigos mexicanos. Y se acabó mi historia.[42]

[42] Carta núm. 397, de Adolfo Salazar a Gustavo Durán, México, D. F., 19 de noviembre de 1940, *Epistolario*, pp. 500-501.

JESÚS BAL Y GAY EN LA CASA DE ESPAÑA EN MÉXICO

AZUCENA LÓPEZ COBO
Universidad de Málaga

Introducción

El compositor y musicólogo Jesús Bal y Gay entra a México por la frontera noreste de Nuevo Laredo, procedente de Nueva York, a donde había llegado por vía marítima desde Gran Bretaña a fines de octubre de 1938. Había sido invitado expresamente por el Presidente de la República, Lázaro Cárdenas, para formar parte de La Casa de España, institución fundada algunos meses antes.

Aunque la invitación no se cursó oficialmente hasta julio, el proceso oficioso comenzó un año atrás, como tendremos ocasión de ver. Asegura Clara Lida que Daniel Cosío Villegas —"promotor dinámico e imaginativo" de la institución[1]— rehizo la lista de invitados hasta tres veces.[2] Y aunque no especifica en qué momento incluyó a Jesús Bal y Gay, todo indica que debió de ser bien pronto.

Una cuestión suscitada por Daniel Cosío y alimentada posteriormente por diversos estudios, deja todavía sin resolver la inexplicable presencia del musicólogo entre los primeros nombres de ese listado, sobre todo teniendo en cuenta su juventud y, en consecuencia, que la guerra le hubiera sorprendido en el periodo final de su proceso formativo, es decir, cuando aún no se había consolidado como musicólogo y mucho menos como compositor:

[1] Clara Lida, "Presentación" en Clara E. Lida, José Antonio Matesanz y Josefina Zoraida Vázquez, *La Casa de España y El Colegio de México. Memoria 1938-2000*, México, El Colegio de México, 2000, p. 22. En adelante se cita como *La Casa de España*.

[2] *Ibid.*, p. 38.

> Bal y Gay era poco conocido en España misma, y del todo desconocido en México. Se le invitó porque en el famoso Centro de Estudios Históricos de Madrid había iniciado unos estudios novedosos de folklore español, pues los hacía combinando la apreciación literaria con la musical. Supusimos que siendo el nuestro tan rico y tan poco explorado bajo ese doble ángulo, podía abrirse pronto camino en México.[3]

La explicación de Cosío parece no convencer del todo y los estudios más recientes sobre la vida y la obra de Bal tratan de encontrar razones de mayor peso.[4] Cierto es que Bal llevaba más de cinco años trabajando sobre el origen literario y musical del folklore español y que se esperaba de él que abriera una línea similar para conocer el origen de la música popular mexicana. Pero esto no fue lo único que pesó en la decisión de Cosío. Ciertamente no parece que una sola razón justifique la presencia de Bal en ese listado inicial, sino más bien un conjunto de circunstancias que llevaron su nombre y su persona a La Casa de España en México. A lo largo de estas páginas apuntaré algunas de ellas de modo que arrojen luz sobre el asunto, al mismo tiempo que trataré de seguir la actividad que llevó a cabo durante su vinculación contractual con La Casa de España, primero, y con El Colegio de México, después (1938-1941).

Nombres propios para un largo viaje: López Suárez, Ramón Menéndez Pidal, Alberto Jiménez Fraud y J. B. Trend

Jesús Bal había nacido en la ciudad de Lugo el 23 de junio en 1905 en el seno de una familia acomodada. Su interés por la música, sin precedentes en la familia, se despertó mientras —escondido— seguía las clases de solfeo y piano impartidas sin mucho éxito a

[3] Daniel Cosío Villegas, *Memorias*, México, Joaquín Mortiz, 1976, p. 169.

[4] Véanse *La Casa de España*, p. 55; Carlos Villanueva, "Cronología" en *Tientos y silencios. Jesús Bal y Gay (1905-1993)*, Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2005, pp. 35-109, y Consuelo Carredano, "Donde las olas los llevaron", en *ibid.*, pp. 369-371.

su hermana por una profesora. Ésta le enseñó los rudimentos musicales y otros profesores de la ciudad le instruyeron en armonía y contrapunto. En 1919 se examinó como alumno libre en el Conservatorio de Madrid y aprobó los tres primeros cursos de piano. Realizó sus estudios de bachillerato en Lugo y en el otoño de 1922 se trasladó a la capital española con el fin de prepararse para ingresar en la carrera de ingeniería —naval o agrícola, no se decidía—, proyecto que abandonó en 1924 para matricularse finalmente en medicina.

Los dos primeros años de estancia en la capital española fueron cruciales para su futuro. Al principio se interesó a partes iguales por la literatura y la música. Entró en contacto con lo mejor de la intelectualidad madrileña al frecuentar la Residencia de Estudiantes de la mano de los residentes Luis, José y Carlos Pimentel, gallegos como él. Leía compulsivamente a los simbolistas y a Juan Ramón Jiménez, en una evolución estética que le llevará del modernismo a la poesía pura. Ejemplo de esta evolución serán sus reseñas y poemas para revistas gallegas de corte vanguardista como *Ronsel*, *Alfar* y *Nós*, y su colaboración en la revista portuguesa *Descobrimento*.[5] Sus incursiones literarias, si bien no le lle-

[5] Jesús Bal formó parte del grupo fundacional de la revista *Ronsel* junto a Evaristo Correa Calderón. Su firma aparece en los seis números de vida de esta publicación entre mayo y noviembre de 1924. Son críticas musicales "Ricardo Wagner" (núm.1, mayo de 1924, p. 9) y "Trilátero" (núm. 2, junio de 1924, pp. 17-18). Escribe tres artículos de la sección "Perspectivas musicales": "Preceptiva y posición" (núm. 4, pp. 8-10), "Fenómenos biológicos" (núm. 5, pp. 10-12) y "Patología del aficionado" (núm. 6, octubre-noviembre de 1924, pp. 14-16). En dos ocasiones escribe como crítico literario: la reseña a la novela de Evaristo Correa Calderón, *El milano y la rosa* en el número 4, y el poemario de Auguste-Pierre Garnier, *Le soir marin* en el siguiente número. Tradujo del francés y anotó dos poemas de René-Albert Fleury: "Lo que hay que saber" y "Tristeza mal rimada" en la sección "Poetas de Francia" (núm. 3, p. 10). En *Alfar* publicó "Canción del molinero" y "Carnaval" (núm. 48, marzo de 1925, p. 27 y núm. 57, de abril de 1926, pp. 16-17). En *Nós* sale su poema "Estatua" (núm. 91, julio de 1931, p. 2.), el artículo "O momento actual da música galega" (15 de mayo de 1926, pp. 2-4) y la partitura titulada "Epifanía (De sete pezas pra canto e piano)" (15 de enero de 1932, pp. 2-3). La revista *Descobrimento* incluye sus "Naturalezas mortas", "Jazz noctámbulos" y "Madrigales sin obxecto" (Lisboa, otoño de 1931). El punto culminante de su carrera como escritor lo alcanzó cuando Álvaro de las Casas incluyó su poema "Cartón" en la *Antología de la lírica gallega*, Madrid, Iberoamericana de Publicaciones, 1928. Véase Azucena López Cobo, "La pasión secreta de Jesús Bal y Gay", en *Tientos y silencios. Jesús Bal y Gay (1905-1993)*, pp. 233-265.

varon a ser el poeta que quizá en algún momento soñó, hicieron las veces de laboratorio en el que aprendió a moldear el lenguaje, un instrumento que le resultaría muy útil en sus posteriores ensayos, artículos y reseñas.

En 1924 publicó su primer ensayo *Hacia el ballet gallego*, que le valió un cierto reconocimiento como galleguista dentro y fuera de su tierra. Con él bajo el brazo llegó a la Residencia de Estudiantes en octubre de 1925.

Juan López Suárez, médico de la familia en Lugo y, a su vez, muy cercano al círculo de la Residencia, intermedió para que Bal ingresara en la institución y, posteriormente, para que orientara sus intereses hacia las artes, abandonando definitivamente la medicina. En 1928, Bal se incorpora a la Sección de Música del Centro de Estudios Históricos para trabajar junto a Eduardo Martínez Torner, en el estudio de los orígenes del folklore español. La elaboración del *Cancionero gallego* le ocupará de 1928 a 1932, con una interrupción en 1931, momento en que Ramón Menéndez Pidal le encargará la recopilación de material folklórico en tierras extremeñas. Terminada su tarea en el *Cancionero gallego*, seguirá trabajando en 1933 con Martínez Torner en un nuevo proyecto, el *Cancionero de Melide*. Pero las diferencias entre ambos comenzarán a ser tan evidentes que Menéndez Pidal tendrá que mediar y aconsejará a Bal cambiar el rumbo de sus investigaciones. A partir de este momento se centrará en el estudio de la música española antigua.

Estos primeros años en la Residencia son de una actividad frenética intelectualmente hablando. Se ve casi a diario con los hermanos Halffter, Adolfo Salazar, Gustavo Durán y con cierta frecuencia con Federico García Lorca y Rafael Alberti. Son años en los que estrecha lazos con Alberto Jiménez Fraud —director de la institución—, con José Moreno Villa —en el que siempre verá una referencia intelectual y personal—, conoce y admira a Juan Ramón Jiménez y escucha con verdadera devoción las conferencias de José Ortega y Gasset, a quien lee asiduamente en los folletones del periódico *El Sol*.

Pero además, se relaciona con residentes extranjeros que frecuentaban la institución. Entre ellos, el musicólogo alemán Curt Sachs o los hispanistas ingleses John Brande Trend y Edward

Wilson (por entonces becado por Cambridge para estudiar las *Soledades* de Góngora y con quien algunas tardes tocaba a cuatro manos piezas en el piano del salón).

Esta constante actividad que generan el arte y la musicología en el día a día de Bal, unido a la propia ebullición que fue el Madrid de las primeras décadas del siglo XX, dan sus frutos generacionales. En el semillero que fue la Residencia, nace el 29 de noviembre de 1930 el *Grupo de los Ocho*, cuya estética, en palabras de Gustavo Pittaluga, se basaba en la "musicalidad pura, sin literatura, sin filosofía, sin golpes de destino, sin física, sin metafísica". Se inspirarán en la formalidad compositiva y reclamarán como maestros a Igor Stravinski y a Manuel de Falla. El grupo lo formaban, además de Jesús Bal y Gustavo Pittaluga, Salvador Bacarisse, Julián Bautista, Ernesto y Rodolfo Halffter, Juan José Mantecón y la que más tarde sería su esposa, la pianista y discípula de Manuel de Falla, Rosa García Ascot.

Mientras tanto, sus investigaciones en el Centro de Estudios Históricos comienzan a dar resultados. En 1935 las imprentas de la Residencia dan a luz las *Treinta canciones de Lope de Vega* en homenaje al poeta en su tercer centenario. Se trataba de un trabajo de investigación musicológica en edición y transcripción de Bal, respaldado por textos de Menéndez Pidal y de Juan Ramón Jiménez. La publicación no tardaría en darle algunos réditos.[6] Uno de ellos le llevará a Cambridge, el otro —quizá de manera indirecta— a México.

El 16 de abril, Bal recibe un telegrama de J. B. Trend que le invita a Cambridge como lector de español. La respuesta debe ser inmediata. Bal acepta y un día después Trend le escribe para justificar su urgencia:

[6] El musicólogo alemán Curt Sachs acusó recibo de un ejemplar del libro en los siguientes términos: "Admiro en él el trabajo paciente, concienzudo y crítico, tanto como la belleza de su exterior, que hace las glorias de la imprenta española". Carta de Curt Sachs del 30 de abril de 1935 conservada en el archivo de Jesús Bal y Gay en la Residencia de Estudiantes (signatura BAL 3/219/1. En adelante estos documentos sólo se citarán por su signatura). Agradezco a la Residencia de Estudiantes, a su directora Alicia Gómez-Navarro y al director del Centro de Documentación, Miguel Jiménez Aleixandre que me hayan facilitado cuantos documentos he precisado de sus archivos y biblioteca para la elaboración de este trabajo.

Mi querido Bal:

Apenas puedo expresar lo contento que estoy de oír que acepta y puede venir a Cambridge como lector el próximo octubre. El hombre que habíamos invitado ha fallado en el último momento y me llena de alegría la perspectiva de contar con un ¡"residente" como amigo!

La Junta de la facultad se reúne el día 29 y no tengo duda de que le elegirán a propuesta mía.[7]

Trend se encontraba en una situación delicada al haberle fallado el primer candidato para el puesto de lector. En el plazo de trece días debía elegir un nuevo aspirante, conseguir su aceptación y acordar con la institución de procedencia los términos de la vinculación. Parece lógico pensar que, ante esta perspectiva, Trend recurriera a sus amigos de la Junta para Ampliación de Estudios para que le dieran el nombre de algún posible candidato.

La recomendación de Bal para el puesto de lector no pudo ser más oportuna: para él, porque podría ampliar su campo de estudio al análisis comparativo de la música antigua en Europa; para el Centro de Estudios Históricos y para la Junta para Ampliación de Estudios, porque enviaba a un prometedor musicólogo a terminar de formarse en una de las universidades más prestigiosas, a expensas de la institución de destino y como síntoma de las buenas relaciones entre ellas; y para la universidad de Cambridge y para el propio Trend, porque salvaban de manera satisfactoria el imprevisto de haberse quedado de repente sin lector de español.

El acuerdo parecía convenir a todos. Sólo hubo que superar un escollo: el de las credenciales académicas. Cuando en breve nota del día 20 de abril, Trend solicita a Bal sus títulos,[8] éste sólo pudo enviarle referencias académicas, ya que carecía por completo de diplomas. Hasta donde nos cuentan los papeles conservados, no parece que Trend tuviera grandes problemas para convencer a la Junta de la facultad. De hecho, en carta de 26 de abril escribe a Bal: "Gracias por su carta con las calificaciones académicas. No

[7] BAL 3/253/5/1.
[8] BAL 3/253/6.

creo que haya ninguna dificultad con su elección".[9] Pero ésta se retrasó hasta el mes de mayo:

> Mi querido Bal,
>
> Muchas gracias por su carta. En realidad la elección no tuvo lugar en la última reunión debido a la ausencia del nuevo profesor de francés; pero le adelanto que no habrá dificultades en elegirle cuando la Junta se reúna el próximo 27 de mayo.[10]

En cualquier caso, Trend contaba con que su candidato tenía el apoyo del director del Centro de Estudios Históricos, Ramón Menéndez Pidal y del director de la Residencia de Estudiantes, Alberto Jiménez Fraud; además de tres publicaciones que eran una garantía de seriedad en su trabajo: *Hacia el ballet gallego* (1924), el *Cancionero de Melide*, junto a Martínez Torner (1933), y *Treinta canciones de Lope de Vega* (1935). A últimos de septiembre de 1935, Jesús Bal y Rosa García Ascot llegan a Cambridge. El compromiso adquirido por Bal suponía:

1°. Realizar tareas de apoyo a los profesores de español en las clases prácticas de pronunciación. Se trataba, según especifica Trend, de clases al estilo de los Cursos de Verano para estudiantes del Centro de Estudios Históricos. Esto es, "en las que un alumno lee unas cuantas líneas de un libro y un maestro o maestra —siempre en español— corrige su pronunciación y entonación [...] La razón de ser del lector es que el alumno lea inteligentemente, pronuncie correctamente y sea capaz de responder en español a las preguntas que se le hagan".[11]

2°. Impartir cinco o seis cursos prácticos a la semana de lectura de textos, conversación y pronunciación.

3°. Dar una o dos veces por semana conferencias sobre temas de historia o literatura —"Not music, I'm afraid!" decía específicamente.[12]

[9] BAL 3/253/8.

[10] Carta mecanografiada de J. B. Trend a Jesús Bal del 14 de mayo de 1935. BAL 3/253/9.

[11] Cartas de 17 y 23 de abril de 1935. BAL 3/253/11 y 3/253/7/1.

[12] BAL 3/253/11.

Trend adjuntaba en esa misma carta el listado elaborado para ese año, pero tenía entera libertad para elegir sus propios temas de conferencia: "hombres de Estado, desde Fernán González hasta Azaña!, o españoles representativos o españoles eminentes [...] o de cualquier otra cosa que usted quiera. El objetivo prioritario es que los alumnos puedan oír el sonido del lenguaje español, hablado cuidadosamente (y no demasiado deprisa!) por una persona cultivada"; "limpio y bonito como el que usted emplearía en una conferencia".[13]

Además de estas tareas como lector de español, Bal diseñó para sí el ambicioso proyecto de estudiar música antigua y culta europea, así como establecer análisis comparativos entre la música europea y la española.[14] Para ello siguió en 1936 un curso de "Historia de la música" con el profesor Edward Joseph Dent y, en noviembre de 1937, cursos de paleografía y tonalidad medieval con el profesor alemán Johannes Wolf, que sustituyó a Dent en su año sabático. De estos cursos se conservan anotaciones y apuntes en el archivo de Bal en la Residencia de Estudiantes.[15]

Nada más llegar a Cambridge, Bal recibe, una tras otra, numerosas invitaciones a impartir conferencias sobre folklore español en diversas universidades, siempre por intermediación del profesor Trend: el 6 de octubre en el Spanish Club de la Universidad de Oxford; el 17 en la Anglo-Spanish Society, cuya presidencia de honor correspondía al embajador Ramón Pérez de Ayala; el día 18 el Spanish Club de la Taylor Institution de la Universidad de Oxford lo reclama para una charla destinada a un público formado por estudiantes de español sobre música y folklore. El 22 de ese mismo mes de octubre recibe invitación del

[13] *Loc. cit.*

[14] Así lo asegura él mismo en el *curriculum vitae* manuscrito que entregó a La Casa de España a su llegada a México y que se conserva en el Archivo de El Colegio de México (signatura: La Casa de España Caja 2, expediente 10, pp. 37-38. Las páginas no aparecen numeradas en el archivo. Las identifico siguiendo una numeración secuencial, desde la primera a la última. En adelante, los documentos de este archivo se citarán como sigue: LCE/2/10/37-38). Agradezco a James Valender, profesor de El Colegio de México, que para este trabajo me proporcionara copia de los documentos de este expediente.

[15] Las notas de tonalidad medieval de Wolf corresponden a BAL 27/2.

Departamento de Español del Institute of Hispanic Studies en Liverpool, en nombre de Allison Peers. En todas las ocasiones Bal acepta y diseña un procedimiento que en adelante será habitual en él: consistía en una breve intervención teórica ilustrada al piano por Rosa García Ascot. Este proceder garantizaba el éxito ante el auditorio, tanto por la soltura de Bal en la materia como por la maestría de García Ascot al piano. Dos al precio de uno.

La vida de los Bal en Gran Bretaña se escalonó también de conciertos ofrecidos por la propia García Ascot. De entre los muchos, destaco el recital de piano junto a la soprano Ena Mitchel brindado en beneficio de los niños de la Guerra Civil española el 23 de abril de 1937 en la Masonic Hall de Cambridge y reseñado en la *Cambridge Review* el 30 de abril; el celebrado el viernes 5 de julio con motivo de la semana de mayo de la Cambridge University Musical Society, para el que seleccionó "Noche en los jardines de España" de Falla y del que se dio noticia en el *Cambridge Daily News* el viernes siguiente; el ofrecido el 30 de noviembre en Leeds, cuyo repertorio fueron piezas de música española desde el siglo XVI (Antonio Soler) hasta el siglo XX (Granados y Falla), según la noticia ofrecida en el *Yorkshire Evening Post* del 1 de diciembre, concierto que repitió para un auditorio privado el 26 de enero del siguiente año (*Yorkshire Evening Post*, 29 de enero de 1938).

Pero también hubo ocasión para disfrutar del repertorio de conciertos y recitales que ofrecía la ciudad, como el propio Bal reconoce: "no perdí concierto o recital de los muchos que Cambridge podía ofrecernos a cargo de los máximos virtuosos y agrupaciones de cámara europeos".[16] Abundaron también las visitas al British Museum y, en los periodos vacacionales, los viajes a una España cada vez más sumida en la incertidumbre política y civil.

[16] "Puntos de mi vida profesional. II". BAL 26/48/8. Este texto se publicó por vez primera en el catálogo editado como acompañamiento de la exposición que celebró el centenario de Jesús Bal y Gay en Lugo, Santiago de Compostela y Madrid, entre los meses de noviembre de 2005 y mayo de 2006. Véase Javier Arias Bal, "La memoria documental de Jesús Bal y Gay", *Tientos y silencios. Jesús Bal y Gay (1905-1993)*, ed. cit., pp. 415-469.

Les sorprende el levantamiento militar de vacaciones en Lugo, de donde regresan rápidamente gracias a las diligentes gestiones del consulado inglés, a instancias del profesor Trend. Para entonces, Trend se había convertido en un amigo muy cercano de la pareja.

Ya en Gran Bretaña, el lectorado tocaba a su fin. Es entonces cuando Bal tiene conocimiento de la creación de La Casa de España en México por medio de Ángel Establier, entonces funcionario del Instituto de Cooperación Intelectual de la Sociedad de Naciones y director de El Colegio de España en la Ciudad Universitaria de París:

> En 1938 [*sic*], creo que ya iniciado el verano, recibí por conducto de Ángel Establier, director del Instituto de España [*sic*] de la Ciudad Universitaria de París una invitación a formar parte de La Casa de España en México, entidad creada por iniciativa del Presidente de aquel país, general Lázaro Cárdenas, para que un grupo de intelectuales españoles pudieran dedicarse a sus labores habituales, que la guerra civil hacía imposibles.[17]

Es evidente que la memoria falla a Bal, porque la invitación debió llegarle en la primavera de 1937 y no en el verano de 1938. Su archivo conserva una carta fechada el 14 de junio de 1937, enviada por la Secretaria del International (Advisory) Folk Dance Council en Londres, Maud Karpeles, en la que anuncia a Bal que tratará de localizar en la biblioteca de la Cecil Sharp House el libro sobre melodía folklórica que necesita para sus investigaciones y que se lo remitirá temporalmente para su consulta al consulado británico en México. Y concluía:

> Le pido disculpas por haber tardado tanto en enviarle esta información.
>
> Me agradaría mucho volverle a ver una vez más si usted regresa a la ciudad y dispone de tiempo. Y me gustaría presen-

[17] *Ibid.*, pp. 459-460.

tarle al Dr. Walter, que está muy interesado en la música española. Se marcha en agosto a Canadá (Toronto), donde me temo que no sea un vecino muy cercano.
Sinceramente
Maud Karpeles[18]

Por lo tanto, hacia junio de 1937, Bal tenía la casi seguridad de ir a México. Por otro lado, Bal y Establier habían coincidido en la Residencia de Estudiantes allá por los años veinte, poco antes de que éste se marchara a París con una pensión de la Junta para Ampliación de Estudios concedida en 1924, para ampliar sus estudios de biología en el Instituto Pasteur. Posteriormente, cuando fue nombrado primer director de El Colegio de España en París en 1932, Establier recurrió en varias ocasiones a Bal como asesor del programa musical y a Rosita como invitada a dar conciertos en la institución.[19] En 1935, y esta vez en calidad de funcionario del Instituto de Cooperación Intelectual, Establier escribe a Bal para recordarle una invitación que el director del Instituto, señor Rossi, le había formulado personalmente unas semanas antes, tras conocerlo durante un viaje por España. La invitación consistía en que Bal preparara un estudio sobre la música y la canción popular españolas para el segundo volumen de *Musique et chansons populaires*. A este respecto dice Establier: "en lo que se refiere a música popular española es preciso contar siempre contigo". La invitación, reiterada por el propio director vía postal, decía explícitamente:

Creo que estará de acuerdo conmigo en que sería lamentable que en el segundo y último volumen no apareciera un estudio especial consagrado a este tema en España. Ahora bien, como este segundo volumen debe aparecer el 10 de julio como muy tarde, su trabajo tendría que llegarnos antes del 25 de junio.[20]

[18] BAL/2/135/1. El libro solicitado era Hans Meersmann, *Grundlagen einer Musicalischen Volksliedforschung*, Leipzig, Kistner, 1931.
[19] BAL 2/197/1.
[20] Carta del 5 de junio de 1935. BAL 2/217/1.

Bal apenas tuvo dos semanas para entregar un ensayo de 20 páginas mecanografiadas, pero así lo hizo según consta en su correspondencia. A Rossi el estudio le pareció acertado, aunque demasiado sintético, como consecuencia, tal vez, del escaso tiempo para su preparación. Como el volumen parecía retrasarse por otros motivos, escribe de nuevo a Bal, el 2 de agosto, solicitándole una nueva versión ampliada. El volumen, en cambio, no parece haber visto la luz.[21]

Sea como fuere, Bal era en 1935, para los responsables del Instituto de Cooperación Intelectual, una referencia obligada. Esto parece justificar por sí solo que cuando Cosío se dirigió a la institución, Establier y Rossi consideraran el nombre de Bal imprescindible para formar parte del proyecto intelectual mexicano.[22] Pero si Establier fue quien puso sobre aviso a Bal respecto a la creación de La Casa de España en México, fue sin embargo Cosío Villegas quien confirmó la gestión. Así lo recuerda Bal en su texto "Puntos de mi vida profesional. II", antes citado:

> Poco después fue a verme a Cambridge el economista mexicano Daniel Cosío Villegas —uno de los organizadores del naciente organismo y al mismo tiempo del hoy próspero Fondo de Cultura Económica— con objeto de ratificarme la invitación que Establier me había trasmitido.[23]

Por esos días, además del apoyo y la amistad de J. B. Trend, los Bal también contaron con la orientación y el consejo de Alberto

[21] En carta de 2 de agosto de 1935 Rossi acusa recibo del ensayo. BAL 2/217/2.

[22] Cabe recordar que para la elaboración de su listado de invitados, Daniel Cosío contó con cuatro apoyos: los informes facilitados por el Instituto de Cooperación Intelectual con sede en París, el asesoramiento de Gabriela Mistral, por entonces secretaria del Instituto en Chile, y los informes de la Junta de Cultura Española, creada por el gobierno republicano para dar salida a los intelectuales españoles con problemas a consecuencia de la guerra civil. Cosío contó, por último, con la ayuda directa de José Giral (Ministro de Estado del gobierno Negrín), al que visitó en Valencia en el verano de 1937. Véase *La Casa de España*, pp. 38-39.

[23] BAL 26/48/10. "Antes de regresar a México donde [Cosío] quería estar a tiempo de recibir y acomodar a los invitados españoles, viajó por Europa, consciente de que sería la última oportunidad antes de que se abatiese sobre ella la misma tragedia que asolaba España". En *La Casa de España*, p. 41.

Jiménez Fraud quien, instalado en Londres, los animó a marcharse a México y les facilitó direcciones fundamentales en el continente americano. La invitación oficial llegaría por medio de Gustavo Luders de Negri, cónsul general de México en Londres.[24]

Bal y Rosita comienzan sus preparativos para trasladarse a México. Sin embargo, el riesgo de que uno de los hermanos de Rosita sea llamado a filas obliga a la familia de ésta a permanecer en Europa. La pianista opta entonces por quedarse y recibir clases de la discípula de Fauré, Nadia Boulanger. Esto mantendrá al matrimonio separado algunos meses.

El 20 de octubre Bal está en Nueva York. Envía una nota de saludo al embajador español Fernando de los Ríos, cuya respuesta se conserva en el archivo del compositor.[25] Aprovecha las horas que pasa en la ciudad para encontrarse con un viejo amigo del Centro de Estudios Históricos, Homero Serís, filólogo cervantista, discípulo de Menéndez Pidal y secretario de la *Revista de Filología Española*. Serís por entonces era profesor en la Universidad de Carolina del Norte:

> Después de la conversación que sostuvimos ayer en Nueva York, le escribo estas líneas [...] para comunicarle algunas nuevas ideas que se me han ocurrido respecto al título y publicaciones de la institución que van ustedes a fundar en esa ciudad.
>
> Además del título de *Instituto de Investigaciones Hispánicas*, de que le hablé, podrá pensarse en el de *Casa de la Cultura Española*, ya que parece que desean llamarla *Casa de España* o algo parecido. *Casa de la Cultura Española* me parece más expresivo y exacto. [...] Como publicaciones, además de las de más aliento

[24] La correspondencia sobre los trámites administrativos que se realizaron entre la Secretaría de Relaciones Exteriores de México (secretario Eduardo Hay), el Consulado General de México en Londres (cónsul Gustavo Luders de Negri), la Secretaría de Hacienda y Crédito Público (secretario Eduardo Suárez), la Delegación Fiscal mexicana en París y Daniel Cosío entre el 14 de julio y el 4 de octubre de 1938 se conserva en el expediente mexicano de Jesús Bal y Gay (LCE 2/10/1 a 8).

[25] "Querido amigo:/Recibí su atenta del 20 de octubre escrita en Nueva York; le agradecí vivamente su recuerdo al que correspondo con estas líneas. / Muy cordialmente su buen amigo / Fernando de los Ríos". Carta mecanografiada con firma autógrafa fechada el 25 de noviembre de 1938 en cuartilla con membrete impreso de la Embajada de España en Washington. BAL 2/209/1.

> e individuales, podría publicarse una colectiva, al estilo de la revista *Madrid* de que hablamos, que podría titularse *Cultura Española*, y que podría ser mensual. De ella se podrían hacer tiradas aparte de los distintos artículos o trabajos. ¿Qué le parece a usted? Someta usted a sus compañeros estas ideas, como cosa suya, si es que las acepta usted.[26]

Según se desprende de esta carta, Bal llegaba a La Casa de México con la intención de participar en la recuperación y continuidad de los trabajos interrumpidos del Centro de Estudios Históricos. Algo de esto parece traslucirse en la carta que Jiménez Fraud envía a Bal el 4 de diciembre:

> No puede imaginar usted, mi querido Bal, cuánto he agradecido su carta y el apoyo moral que con ella me ha prestado. Todo lo que dice usted del "espíritu de la casa" me confirma en la fe callada pero profunda de que no se perderán nuestros esfuerzos, los de todos nosotros la gran familia espiritual y que aunque no podamos (al menos yo) recoger ya ninguna satisfacción en lo que me quede de vida, mi esperanza va más allá, a un tiempo en que la historia (ya ve usted, todavía creo en ella) apreciará la limpieza de nuestras intenciones y la dirección de nuestros procedimientos. Amén.[27]

Pero las expectativas de Bal no parecerán cumplirse en México.

En La Casa de España

El 29 de octubre de 1938 el periódico *El Nacional* de México anuncia: "Ya llegó el intelectual J. Bal y Gay. Otro valor ibero". El artículo resalta como aspecto relevante su especialidad en música popular española y su interés por poner en marcha una línea de investigación sobre el folklore autóctono.

[26] BAL 3/232/1.
[27] BAL 2/132/4.

Pero las dos tareas que Bal trae entre manos desde el otro lado del Atlántico son, por un lado, la edición de las *Canciones y villancicos del siglo XVI*, para cuya trascripción y anotación había visitado frecuentemente el British Museum de Londres y que casi tiene terminado. Por otro, la recopilación y estudio para su publicación de la obra conocida como *Cancionero de Upsala*[28] o *Cancionero de Calabria*: una serie de villancicos de diversos autores recopilados en Venecia en 1556 y cuyo único ejemplar se conservaba en la Biblioteca de la Universidad de Uppsala (Suecia).

Pero además, Bal ha adquirido en Gran Bretaña experiencia como conferenciante y ha ampliado sus conocimientos musicológicos.[29] Por eso, sus primeras colaboraciones en La Casa de España serán las conferencias tituladas "De folklore musical, con ejemplos de España" que dictará en Guanajuato entre los días 24 a 27 de abril de 1939.[30]

Pero hasta ese momento, Bal se va adaptando a su nueva vida: se instala en la calle Edison, se reencuentra con amigos de Madrid, cofundadores de La Casa de España (José Moreno Villa, Enrique Díez-Canedo, Juan de la Encina, Gonzalo Rodríguez Lafora, Isaac Costero Tudanca), conoce a León Felipe y a María Zambrano, acude a los numerosos homenajes y recepciones que por esos días se ofrecieron a los exiliados, pone en orden su documentación civil que le había sido retenida en la frontera y organiza con Alberto Jiménez Fraud y J. B. Trend el traslado de Rosa García Ascot a México. El 6 de abril de 1939 Rosita desembarca en Veracruz del *War-Line-Mexico* sin tocar, como había solicitado expresamente Bal a Trend, "ningún puerto español en la zona italo-alemana".[31]

[28] Si bien en español es tan correcto escribir "Uppsala" como "Upsala", en la edición de El Colegio de México se optó por "Upsala", no sólo en la portada sino en todos los pasajes donde se cita.

[29] Su ensayo "Fuenllana and the transcription of Spanish Lute-Music" (*Acta Musicologica*, vol. XI (1939), International Musicological Society, pp. 16-27) acerca de la ejecución de las obras de Fuenllana para canto y vihuela se conserva en el expediente del musicólogo en el Archivo Histórico de El Colegio de México, LCE 2/13.

[30] BAL 26/48/12 y LCE 2/10/17.

[31] La correspondencia triangular que de noviembre de 1938 a marzo de 1939 se establece entre Bal en México, Trend en Cambridge y García Ascot en París,

Bal entonces parece recobrar ánimos para el trabajo. Aunque en el mes de enero había dado su conformidad al programa de conferencias que debía impartir y también había aprobado con Enrique Díez-Canedo el plan de publicaciones,[32] no es sino hasta abril cuando su actividad comienza a ser verdaderamente productiva. Por esas fechas e instado por Bal, Reyes solicita a diferentes organismos ciertos documentos de trabajo que Bal precisa. Uno de ellos, la copia fotostática del *Cancionero de Upsala*.[33] Los otros son ciertos papeles personales que Bal había dejado en Madrid. En carta de 5 de junio de 1939, Reyes insta a Eduardo Villaseñor (subsecretario de Hacienda del gobierno mexicano) a que realice las gestiones oportunas para que el embajador francés en Madrid se ponga en contacto con Walter Voser (c/Lista, 56, 4° centro derecha) y le reclame "un paquete que obra en su poder y que contiene todos los papeles de trabajo del Musicólogo y Folklorista español don Jesús Bal y Gay".[34] Es muy probable que fueran las

muestra el papel que el hispanista desempeñó en la reunión de la pareja (BAL 3/253/12 a 3/254/20). Después de convencer a Bal para que el viaje lo realizara su esposa sola sin la compañía de toda la familia de ésta, y de persuadir a la pianista para que no regresase a Cambridge en lugar de viajar a México, por evidentes razones de seguridad (las hostilidades diplomáticas entre Gran Bretaña y Alemania comenzaban su escalada: el 31 de marzo Gran Bretaña garantizó su apoyo a Polonia), Trend llevó a cabo numerosas gestiones para obtener información sobre los diversos barcos franceses, holandeses y americanos que zarpaban rumbo a Nueva York y México. Finalmente, ratifica en sendas cartas a Bal y Rosa la compra del billete y la reserva de cabina para el *Manhattan*, un barco de la compañía United States Lines que salió del puerto francés de Le Havre el 23 de marzo de 1939 por la tarde-noche (BAL 3/254/19e). Aunque las cartas no especifican el destino de este buque, parece lógico que fuera algún puerto norteamericano, probablemente Nueva York y, desde allí, a Veracruz en el *War-Line-Mexico*, como documenta con precisión el archivo de El Colegio de México (LCE 2/10/19 y 2/11/7-8, que sin embargo, evidencian un error taquigráfico al estar fechados el 1 de abril de 1930, en lugar de 1939).

[32] Ambas cartas, de enero y febrero, se conservan en el Archivo Histórico de El Colegio de México, no así el programa de conferencias ni la citada relación de publicaciones. LCE 2/10/16-18.

[33] No se conserva la carta de Alfonso Reyes a Alex Nelson, Conserveur de la Biblioteca de la Universidad de Uppsala del 12 de mayo de 1939, pero sí la respuesta del 6 de junio. LCE 2/10/21.

[34] LCE 2/10/20. Pocos datos se tienen sobre este individuo y, en cualquier caso, se desconoce la relación que pudo mantener con Bal. Walter Voser Scheider (Badem, Suiza 1910) vivió durante la guerra en Madrid. En 1941 se casó con Clotilde Saiz y López Valdemoro, matrimonio del que nacieron Walter y Ana María Voser Saiz.

notas que Bal había tomado sobre el cancionero en Madrid hacia 1933, cuando comenzaba a trabajar sobre la música española de los siglos XVI y XVII. No ha quedado constancia de que Bal recuperara estos papeles; sí en cambio, de haber recibido la copia del *Cancionero de Upsala*.[35]

El año de 1939 Bal lo dedica casi íntegramente a terminar su edición de *Romances y villancicos del siglo XVI* que publicará en el mes de diciembre con prólogo del compositor y director de orquesta mexicano Carlos Chávez y que presentará en el Salón de Actos del Palacio de Bellas Artes de la ciudad, el 28 de marzo de 1940, con la compañía vocal de Irma González. En febrero de 1939 escribirá para Consuelo y José Moreno Villa su pieza "Epitalamio en sol", con motivo de su reciente boda. Dedicará buena parte del segundo semestre de ese año a trabajar en el *Cancionero de Upsala* y, desde el 4 de septiembre, iniciará sus colaboraciones en el periódico *El Universal*.

En octubre elabora el programa de trabajo para La Casa de España correspondiente al siguiente año, en el que, además de las publicaciones que tiene en curso, se compromete a realizar dos series de conferencias, una en la ciudad de México y otra en provincia. Cumple con ambas promesas. Los días 24, 26 y 28 de julio de 1940 ofrece en el Palacio de Bellas Artes tres ponencias sobre folklore musical. A partir del 20 de agosto y hasta el 10 de octubre imparte el curso "Introducción a la polifonía clásica" en el Conservatorio Nacional. El 21 de septiembre pronuncia la conferencia "Lo español en la música popular mexicana", en San Miguel Allende (Guanajuato).

La mayor parte del trabajo de 1940 lo ocupa en la preparación del grupo vocal Cantores Clásicos Mexicanos, que reúne a comienzos de año y con los que ensaya casi a diario, hasta su presentación pública en diciembre. Es ahora cuando parece interesarse en el estudio del folklore mexicano. Dedica por ello algún tiempo a investigar en archivos y bibliotecas acerca de la estructura y las características estilísticas del corrido. El primer producto

[35] Bal primero recurrió a la intermediación de Trend para tratar de conseguir una copia del cancionero. BAL 3/254/19f y 20.

de esta investigación será un artículo incluido en el número 1 del *Boletín del Instituto Mexicano de Musicología y Folklore*, correspondiente al mes de enero.[36] En mayo entrega a imprenta su trascripción del *Cancionero de Upsala*, salvo las anotaciones y el prólogo. A petición de Alfonso Reyes, Bal cuidará la impresión del cancionero que, a falta de los textos citados, quedó listo para salir a la calle en diciembre de 1940.

Pero los constantes retrasos de Bal en la entrega de un prólogo que finalmente no redactó y de las anotaciones que no terminó hasta tres años después, provocaron que el libro no saliera sino en 1944 y después de muchos reclamos por parte de La Casa de España. El abandono del proyecto por parte de Bal representó para Reyes un duro golpe, ya que vio cómo se posponía una y otra vez un trabajo que tantos recursos económicos y humanos había supuesto para una institución que cada día veía más difícil justificar políticamente su creación con fondos mexicanos y su existencia para la gloria de la cultura española.

La amistad de Igor Stravinski y Carlos Chávez

1940 fue un año clave para Bal. Para algunos, su habitual indolencia se acentuó por motivos injustificables, su ritmo de trabajo era inestable y dependiente de su estado de ánimo, comenzaba un proyecto con entusiasmo para ir poco a poco abandonándolo a su suerte sin completar los compromisos que había adquirido. Esto, que si tiene algo de cierto parece exagerado, no justifica en cambio la ruptura de Bal con La Casa de España. Hay que tener en cuenta, además, otros factores que llevaron al musicólogo a distanciarse progresivamente de ella.

El más visible es la responsabilidad que recayó sobre Bal cuando la familia de su esposa se instaló en México procedente

[36] Su intención era continuar la investigación a lo largo de 1941: en diciembre de 1940, Alfonso Reyes envía a Bal para que la apruebe la programación correspondiente al siguiente año. Entre otros se encuentran los siguientes puntos: "1°. Investigaciones sobre el corrido mexicano. / 2° Investigaciones de archivo polifónico de México en los siglos XVI y XVII." LCE 2/11/35.

de París. Esto supuso numerosas dificultades económicas que llevaron a Bal a buscar otras fuentes de ingreso, a diversificar sus intereses laborales y a rebajar considerablemente la intensidad de su trabajo tanto en la investigación musicológica como en el resto de actividades para La Casa de España. Una de esas nuevas fuentes de ingreso fue la Oficina de Propaganda Británica, para la que trabajó al menos hasta 1947.

Pero a razones de tipo económico y familiares, hay que añadir otras de índole profesional. En 1940 visita México Igor Stravinski para dirigir algunas piezas suyas que la Orquesta Sinfónica interpreta en el Palacio de Bellas Artes. La amistad entre los dos matrimonios, Bal y Stravinski, será de gran productividad creativa. La proximidad intelectual y estética del admirado Stravinski anima a Bal a componer de nuevo, tarea que había abandonado en 1930. Por otro lado, la amistad con Carlos Chávez, que por entonces ya gozaba de gran prestigio y autoridad en el panorama musical mexicano, le abrirá las puertas de las instituciones musicales del país. Chávez le encargará la composición de piezas que estrenará casi inmediatamente la Orquesta Sinfónica que dirige, lo que se convirtió en un verdadero estímulo para la composición. Pero además, le animó a escribir crítica musical en la prensa nacional (*El Universal*) y, posteriormente, cuando lo nombraron primer director del Instituto Nacional de Bellas Artes (sueño que vio hecho realidad en 1947), nombró a Bal director del Departamento de Investigaciones Musicales. En resumidas cuentas, la coincidencia con Stravinski y Chávez hacia 1940 fue el apoyo que Bal necesitaba para afianzarse como compositor y como crítico en México.

Por último, y como razón menos evidente, pero sin duda de gran peso para Bal, está el hecho de que La Casa de España dejara de existir como institución fundamentalmente de investigación y difusión de la cultura española, para pasar a convertirse poco a poco en una institución mexicana, El Colegio de México.[37]

[37] El expediente de Bal en El Colegio de México conserva la circular que con fecha 25 de octubre de 1940 Reyes envió a los miembros de La Casa de España anunciando la desaparición de la institución y la creación de El Colegio de México. LCE 2/11/30.

¿Dónde quedaban los sueños de rehabilitación del Centro de Estudios Históricos de Madrid que Bal traía consigo al cruzar el Atlántico? ¿Dónde el "espíritu de la casa" que había visto como una promesa de esplendor a su llegada? Su interés por la institución decayó y ni siquiera sus compromisos personales con Reyes, con Cosío y consigo mismo fueron acicate suficiente para rematar los trabajos emprendidos.

Todavía en noviembre de 1940, Alfonso Reyes solicita de Bal que complete su programación para el siguiente año con datos y fechas que hagan el programa de trabajo más concreto. Reyes instaba a Bal a que, además, tratara de dar algunas conferencias, tal como había hecho el año anterior. Pero las actividades del musicólogo durante 1941 debieron reducirse notablemente respecto al pasado, sin contar con que el *Cancionero de Upsala* seguía sin salir. En carta de 3 de diciembre, Daniel Cosío reclama una vez más el prólogo y las notas al cancionero.[38] Pero Bal, no sólo no los terminó, sino que tres meses después se negó a devolver a petición de Reyes la copia del cancionero facilitada por la universidad sueca:

> Mi querido amigo:
>
> Ha llovido desde que no nos vemos, y lo peor es que para desmantelarnos y encharcar el suelo. Entre las muchas cosas absurdas que tengo que hacer para ver cómo acabamos lentamente con esto, se me ofrece rogarle que entregue usted al portador de esa carta la copia fotostática del *Cancionero de Upsala*, puesto que no podría yo pedirle ya a usted otra cosa.[39]

A lo que Bal contestó casi cuatro meses más tarde:

> Mi querido amigo:
>
> El único inconveniente que tengo para devolver ahora mismo la copia fotostática del *Cancionero de Upsala* es que *todavía*[40] no están terminadas las notas que preparo para su edición.

[38] LCE 2/12/3
[39] LCE 2/12/4.
[40] El subrayado es de Bal.

> Este *todavía* se debe a razones de trabajo mío particular con que sobrevivir —sin el apoyo económico que hasta el 1° de enero el Colegio tuvo a bien proporcionarme y que siempre agradeceré profundamente— a las perentorias necesidades de cada día.[41]

El expediente de Bal en el Archivo Histórico de El Colegio de México no recoge la renovación de contrato para el año de 1941. Sí, en cambio, algunas cartas y diversas notas de prensa que reflejan la relación contractual hasta el 1 de enero de 1942.[42] Por el propio Bal sabemos que la relación entre El Colegio de México y el musicólogo se prolongó hasta el 31 de diciembre de 1941, momento en que fue revocado.

Si bien para entonces los intereses de Bal en México se habían ampliado más allá del círculo de los exiliados españoles,[43] jamás acabó de instalarse del todo en el país de acogida. Dicen los que conocieron a la pareja que siempre tenían preparada la maleta de regreso. Habían llegado a un país que les ofrecía continuar con su vida cuando la circunstancia en la que ésta se había desarrollado había cambiado. Bal llegó a México con la esperanza de reproducir en La Casa de España una España que había quedado atrás definitivamente, no sólo en el espacio, sino sobre todo en el tiempo. Éste fue su drama particular —quizá también el de otros muchos exiliados—, pero fue un drama jalonado de actividad creativa. Nunca Bal fue tan productivo como en los años que vivió en México.

[41] Carta manuscrita de Jesús Bal y Gay del 26 de marzo de 1942. LCE 2/12/5.

[42] En concreto la carta mecanografiada del 19 de noviembre de 1940 (LCE 2/11/33-34) cuya continuación está en la carpeta siguiente (LCE 2/12/1-2). También el recorte de prensa de *El Nacional* que anunciaba en su edición del 6 de octubre de 1941 que "El Colegio de México ha organizado un curso de 'Estilografía musical', a cargo de Jesús Bal y Gay, que se impartirá en la Facultad de Música de la Universidad Nacional de México, Marsella 25. A las 19:00 h. tendrá lugar la segunda conferencia que tratará de 'La música de tecla en la España del siglo dieciséis'". LCE 2/13/16.

[43] Consuelo Carredano, *loc. cit.*

JESÚS BAL Y GAY EN MÉXICO: ACTIVIDAD PERIODÍSTICA

CARLOS VILLANUEVA
Universidad de Santiago de Compostela

Bal y Gay parsimonioso,
trabajando y escribiendo
todo te vas consumiendo.
¿Por qué no sales del pozo,
investigante acucioso
buscando lo que no sabes,
y te vas como las aves,
con su canto no aprendido,
de Bellas Artes huido,
calavera, aunque no acabes?[1]

Uno mismo difícilmente puede enmendar su propia trayectoria o el parecer de los demás cuando ya lo inmortalizan en una "coplita" como la de Salvador Moreno. De hecho, los rasgos de timidez, parsimonia, flema británica, y hasta cierta pereza a la hora de componer, acompañaron a Jesús Bal y Gay en todos los relatos biográficos anteriores al catálogo de la exposición *Tientos y silencios*,[2] recurriéndose a esos tópicos para explicar peripecias, amparar situaciones y justificar comportamientos en los que era pertinente presentar a Bal con el reloj atrasado. Fue, quizá, consecuencia de su proximidad a Salazar,[3] fueron los vacíos exis-

[1] Salvador Moreno, "Calavera", recogida en Ricardo Miranda, *Detener el tiempo. Escritos musicales de Salvador Moreno*, México, INBA, 1996, p. 95, por gentileza de Consuelo Carredano.

[2] Carlos Villanueva (ed.), *Jesús Bal y Gay. Tientos y silencios (1905-1993)*, Madrid, Residencia de Estudiantes y Universidad de Santiago, 2005.

[3] "Enemigo de las prisas, dudo mucho que trabajar contra reloj como solía hacerlo su amigo [Adolfo Salazar] le ayudase a Bal a hacer mejor su labor. Y, sin

tentes sobre su trayectoria familiar y personal en México,[4] o cierta rémora narrativa posterior, sin fuentes directas y sin otra documentación mejor a la que acudir: con referencias a Bal cargadas de tópicos, repitiendo sus propios comentarios y chascarrillos en sus desafortunadas "memorias" (*Nuestros trabajos y nuestros días*) o a partir de entrevistas hagiográficas y escasamente contrastadas.[5] La consecuencia, ya irremediable, es una serie de relatos sobre el matrimonio Bal, anteriores a 2005 (y que, por tanto, se hicieron a partir de las "memorias"), que alcanzaron amplia divulgación y que siguen citándose como referente: en especial la voz del *Diccionario de la música española e hispanoamericana*,[6] o las actas de las *Xornadas sobre Bal y Gay*.[7] En todo caso, Jesús Bal, al no permitir

embargo, durante el prolongado exilio tuvo periodos de trabajo de gran intensidad". Consuelo Carredano, "Donde las olas los llevaron... Una reflexión en torno a la obra de Jesús Bal en México", en *Jesús Bal y Gay. Tientos y silencios*, p. 385.

[4] Conocemos alguno de esos vacíos laborales por la correspondencia familiar. Así, Rosa Ascot, en carta fechada en 1943, le traza a Carmen Falla un esbozo de la situación familiar, comentando el trabajo de Jesús en la Propaganda Aliada: "Nosotros por acá vamos tirandillo de esta vida, lo mejor posible dadas las circunstancias actuales.Todos los chicos están trabajando y entre todos atienden a nuestro sostenimiento. Estamos ya muy viejos: bien es verdad que el 3 de este mes cumplió mi marido 83 años. Y yo voy con mis 73 a cuestas y atiendo a todo lo de la casa./ Blandino se dedica a decorar y amueblar, haciendo unos diseños de mucho gusto; tiene bastante suerte porque trabaja mucho, y Miguel trabaja con él. Felipe y Jesús están en la propaganda aliada, y Rosita tiene bastantes lecciones y saca muy buenos discípulos". Carta de Rosa Ascot a Carmen Falla, 6 de julio de 1943, Fondo Bal, Residencia de Estudiantes, 4/295.

[5] Como las firmadas por Juan Bautista Varela de Vega, Antón F. Buxán, Rafael Torres Luna, Antonio D. Olano, Francisco Ribera Cela, entre otros. Supone una excepción la entrevista/encuesta, realizada a Jesús por el compositor Enrique X. Macías para su artículo "Recuperar a un gran músico para Galicia. Jesús Bal y Gay" (*El Pueblo Gallego*,Vigo, 24 de abril de 1978), en la que Bal se muestra más "afinado" con sus propios documentos, diálogo que he transcrito y comentado en Carlos Villanueva, "El encuentro epistolar entre dos músicos gallegos. Jesús Bal y Enrique Macías", en Celsa Alonso *et al.* (eds.), *Delantera de paraíso. Estudios en homenaje a Luis G. Iberni*, Madrid, ICCMU, 2009, p. 645.

[6] X. M. Carreira, "Bal y Gay", en Emilio Casares Rodicio, Ismael Fernández de la Cuesta y José López-Calo (eds.), *Diccionario de la música española e hispanoamericana*, Madrid, Fundación Autor-Sociedad General de Autores y Editores, 2002, t. 2, pp. 69-72.

[7] Muy flaco favor le hizo a Bal la serie de estudios presentados en aquel simposio (supuestamente un homenaje) celebrado en Lugo en 2003: VV.AA., *Xornadas sobre Bal y Gay*, Lugo, Xunta de Galicia, 2003, con los poco matizados estudios de,

en vida el acceso a sus fondos documentales y al no desmentir o matizar las muchas divagaciones y silencios por él mismo suscitados, participó sin pretenderlo en su propio *reality show*: escondiendo datos, maquillándolos y dándoles la orientación, interpretación y dimensión que creyó oportuno. Fue, de todos modos, la línea de relato, más periodística que académica, que circuló hasta la apertura del Fondo Bal de la Residencia.

Cerrando esas notas de carácter con las que arrancábamos, tanto en España como en Inglaterra o en México, nos consta que Bal tuvo, en efecto, fases de intensa actividad laboral y, en todo caso, ahí está para confirmarlo su amplia producción musicológica, ensayística o periodística, mezclada con sus compromisos familiares (atendiendo a la familia de Rosita, como un *pater familias*, también en el exilio mexicano), la necesidad de pluriempleo, la escasez de medios, con momentos de verdadera pobreza etc., complementos argumentales a los que tendremos que acudir en ocasiones para poder explicar sus silencios, los enfados, su decisión de aceptar la crítica de *El Universal*, o su falta de formalidad a la hora de cerrar sus compromisos editoriales.

Como bien indica Clara E. Lida,[8] Bal llegaba a México y era aceptado entre los elegidos de La Casa de España sin un *curriculum vitae* impresionante, muy joven y con mucho por hacer; tenía 33 años. Daniel Cosío explicaba el interés por él en sus *Memorias*:

> Bal era poco conocido en España misma, y del todo desconocido en México. Se le invitó porque en el famoso Centro de Estudios Históricos de Madrid había iniciado unos estudios novedosos del folklore español. Pues los hacía combinando la apreciación literaria con la musical. Supusimos que siendo el nuestro tan rico

entre otros, J. López-Calo, sobre Bal musicólogo; de J. B. Varela de Vega, sobre Bal en México (extracto de sus conversaciones con Jesús, grabadas en 1984, que luego publicaría por entregas en el verano de 1993 en *El Progreso* de Lugo); de J. Suárez Pajares, con su habitual hostigamiento a Salazar; o de X. M. Carreira con todo un fantasioso guión policiaco sobre las posibles actividades oscuras del "espía" Bal y Gay que le habrían permitido comprar el piso madrileño del Paseo de la Habana a su regreso a España.

[8] Clara E. Lida, José Antonio Matesanz y Josefina Z. Vázquez, *La Casa de España y el Colegio de México. Memoria 1938-2000*, México, El Colegio de México, 2000.

y tan poco explorado bajo ese doble ángulo, podía abrirse pronto camino en México.[9]

En realidad esta labor comparatista tan novedosa, a la que alude Cosío, la venía desarrollando en el Centro de Estudios Históricos Eduardo M. Torner y no Jesús Bal, quien, desde su ruptura laboral con Torner, en 1932, y por encargo de Ramón Menéndez Pidal, investigaba únicamente en el campo de la polifonía renacentista, mostrando sus frutos en las *Treinta canciones de Lope de Vega*, los *Romances y Villancicos españoles del siglo XVI* o el propio *Cancionero de Upsala*.[10] Habrá, pues, que documentar otras razones. El propio Bal manifestó en varias ocasiones la sorpresa por su presencia en el listado del presidente Cárdenas, deslizando como posibles "refuerzos" su fuerte amistad con Jiménez Fraud (director de la Residencia), con Genaro Estrada y con J. B. Trend (amigo de los dos anteriores y del propio Cosío), que movió los hilos desde Londres y París en 1938, cuando se concretaba la selecta lista de invitados. De hecho, Bal tampoco se consideraba un refugiado político (siempre se propone como "exiliado voluntario"), estatus que rechazó tras pisar suelo mexicano: él reivindica en todo momento que es un invitado del Presidente por motivos intelectuales y que su pasaporte está legalmente expedido por las autoridades españolas legítimas.[11] De cualquier modo, estos extremos y matices, ahora colaterales en este trabajo, habrá que documentarlos *in situ*.

Dejando a un lado su actividad en La Casa y posteriormente en El Colegio de México, suficientemente tratada por Clara E. Lida, por Consuelo Carredano, o por mí mismo,[12] y de cara al

[9] Daniel Cosío, *Memorias*, cit. por Clara E. Lida, *La Casa de España y el Colegio de México*, p. 55.

[10] La ruptura de Torner y Bal puede seguirse con detalle en Carlos Villanueva, "El Cancionero que fue y el que pudo haber sido", en Eduardo Martínez Torner y Jesús Bal y Gay, *Cancionero gallego*, 2ª ed., La Coruña, Fundación Barrié de la Maza, 2007, pp. 11 y ss. En cualquier caso, el propio Cosío alude, más adelante, al rotundo éxito de las conferencias de Bal, en México, D.F. y Guanajuato, sobre folklore comparado, lo que no resta un grano de profesionalidad a la tarea con que arranca Bal en México.

[11] Clara E. Lida, *La Casa de España y El Colegio de México*, p. 56.

[12] Aunque quedó mal cerrado el tema en lo referente a los motivos de su exclusión de El Colegio de México en diciembre de 1941, con ocasión de su desencuentro con Alfonso Reyes y Daniel Cosío por la mala gestión y retraso en la entrega

tema que tenemos entre manos, es relevante su encuentro con Carlos Chávez, que consigue rodearse de los músicos españoles que van llegando; lo comenta Bal y Gay:

> El primer músico que llegó a México era yo, y, naturalmente, el maestro Chávez se encargó de mí. Me saludó, me invitó varias veces a su casa, y me enredó en la crítica musical, cosa que no había hecho jamás. Yo no sospeché ni presentí lo que podría pasar, que si no otra cosa hubiera hecho.[13]

Es, ésta de Bal, una reflexión escrita en 1983 "con mano cansada" que no deberá contradecir ni empañar la brillantez, vitalidad y consecuencias positivas, para Jesús y para la cultura mexicana, que tuvo el encuentro de Chávez con los músicos españoles que fueron llegando. Siguiendo el formato del equipo orteguiano de acción social acuñado en España por Falla y Salazar, dio como resultado la creación de *Nuestra Música* y la incorporación en el INBA de alguno de sus miembros.[14] En todo caso,

de *El Cancionero de Upsala*. Además de la proverbial lentitud de Bal para cerrar sus compromisos (que será en él una constante), y además de las razones de uno y otro signo que se esgrimen: exclusividad, eficacia, morosidad, etc. (véanse las cartas de Alfonso Reyes y de Cosío en el expediente Bal de El Colegio de México), hemos de buscar y documentar otros motivos de índole personal. Por ejemplo, la necesidad de sacar adelante a su nutrida familia (especialmente preocupante hasta 1943) y la imposibilidad de subsistir con la beca que disfrutaba en El Colegio en 1941, lo que le obligó a emprender otras tareas, entre ellas, desde 1940, la crítica en *El Universal*, en 1943 su trabajo para la Propaganda Aliada, o desde 1945 sus crónicas desde *Radio Universidad*, por no mencionar sus tareas de importación y distribución de material de pintura, que luego cristalizará, en 1955, en la Galería Diana, o bien la impartición de clases de música en colegios del Distrito Federal.

[13] Jesús Bal y Rosa G. Ascot, *Nuestros trabajos y nuestros días*, edición de Antonio F. Buxán, Madrid, Fundación Banco Exterior, 1990, p. 128.

[14] Siguiendo el epistolario de Salazar y de Falla, la muy documentada tesis doctoral de Consuelo Carredano sobre el crítico madrileño, y trabajos propios y ajenos, he analizado este equipo madrileño, su ideario, su desarrollo, su contexto y sus derivaciones (tal como funcionó en la franquicia mexicana de Carlos Chávez o en la cubana de Alejo Carpentier), en "Adolfo Salazar y la crítica musical. Las otras orillas", *Simposio Adolfo Salazar*, Madrid, Universidad Complutense ICCMU, en prensa, y en "La música española y Alejo Carpentier", *Actas del Seminario Internacional Alejo Carpentier y España*, Santiago, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Santiago, 2005, p. 811. Coincide la llegada de los españoles exiliados con la etapa culminante en la vida de Chávez de la gestación y materialización del INBA, como relata Gloria Carmona, *Carlos Chávez. Escritos periodísticos (1940-1949)*, México, El Colegio Nacional, 2000, pp. xi-xxiii.

al menos durante dos décadas, este eje de la relación entre músicos españoles exiliados y mexicanos se vertebra en torno a Chávez como líder,[15] ocupando los demás el papel y la tarea correspondiente: el de Bal y Gay fue el de portavoz del grupo, como indica Rodolfo Halffter en un recordatorio de Falla:

> Jesús Bal y Gay, otro de nuestros portavoces, con palabras certeras, ha concretado así nuestro juicio sobre Falla: "Un místico y un clásico se hermanan en Falla para darnos una obra tan ardiente como equilibrada. La perfección formal de su música está lograda en el crisol de una apasionada clarividencia, tan alejada del rapto ciego de entusiasmo como del frío razonamiento dubitativo".[16]

Con todos los matices y cuidados, tendremos que revisar ese otro papel en el equipo de Chávez que interpretó Bal y Gay, quien —como indica Consuelo Carredano— "formó parte de su círculo de amigos y colaboradores más cercanos. Ofreció charlas y conferencias de divulgación en el marco de los conciertos de la Sinfónica, así como en numerosos programas radiofónicos. Desde su columna 'Crónicas musicales', en *El Universal*, prestó especial atención a las actuaciones de Chávez y de su orquesta cubriendo todas las temporadas de conciertos, como lo haría también con cuanta manifestación musical importante había en la ciudad. De acuerdo con el propio Bal, fue Chávez quien le animó a escribir en el periódico

[15] Javier Suárez evalúa equivocadamente el papel de Salazar en su postulación y promoción de Chávez: "Pero este renacimiento [el que Salazar esperaba de Ernesto Halffter] —nos dice— nunca se produjo y esto generó, en la visión de Salazar, una profunda decepción, una frustración que focalizó, de algún modo, culpando a Ernesto Halffter, alejándose de los músicos españoles —incluso de los exiliados— y convirtiéndose en espectador, alentador, ideólogo y, por momentos, adalid de la renovación musical mexicana como valido de Carlos Chávez, quien, en gran medida, remplazaría a Halffter en el imaginario de Salazar". Chávez, en la designación de roles, que él mismo reparte, hará de Falla, no de Ernesto. Véase Javier Suárez Pajares, "Jesús Bal y Gay en el problema de su generación", *Xornadas...*, *op. cit.*, p. 141.

[16] Rodolfo Halffter, "Manuel de Falla y los compositores del Grupo de Madrid", en Emilio Casares (ed.), *La música en la Generación del 27. Homenaje a Lorca (1915-1939)*, Madrid, Ministerio de Cultura, 1986, p. 42. Es también muy útil la monografía de Xochiquetzal Ruiz, *Rodolfo Halffter*, México, CENIDIM, 1990.

cuando, en 1939, una serie de malos entendidos obligaron a Salazar a renunciar a su puesto en *El Universal* a finales de agosto. Días después, el 4 de septiembre, apareció la primera crítica de Bal".[17]

La portavocía y representación de un equipo y, ¡cómo no!, su dependencia/servidumbre de Chávez es algo que aparece de manera especialmente descarnada, como veremos, en las polémicas en prensa, algo que el propio Bal trató de sacudirse: "Llegaron mis oponentes a la cuestión personal, pero nunca se dieron cuenta de la diferencia existente entre juzgar a Bach o Beethoven y hacerlo con Carlos Chávez. Mis alabanzas a Chávez no eran fruto de un 'partidismo' o un 'PARTIDO' o una religión. Fueron resultado de su encomiable y extraordinaria labor, que nunca será suficientemente reconocida".[18]

Hemos leído en varias ocasiones, tanto en cita directa de Bal como en entrevistas, que su incursión como crítico musical de *El Universal* era tarea novedosa para él, lo que en absoluto es cierto, dado que sus siete años de crítico/cronista musical de *El Pueblo Gallego*, de Vigo, de 1925 a 1932, le dieron un gran prestigio entre la intelectualidad galleguista que preparaba la llegada de la República y de la autonomía, acercando a Galicia a los parámetros nacionalistas de Cataluña o del País Vasco, militancia e ideario al que Bal no quiso volver a referirse nunca más, por lo que, entre otros enseres, enterró su anterior trabajo de crítico, pero que está ahí: brillante, influyente y reconocido en su momento.[19]

[17] Véase Consuelo Carredano, "Donde las olas los llevaron...", p. 389. Salazar venía publicando sus críticas desde junio de ese mismo año.

[18] *Nuestros trabajos y nuestros días... op. cit.*, p. 138.

[19] En Galicia y entre la intelectualidad no se conoció para nada la labor musicológica o compositiva de Bal de antes o después del exilio; se siguió valorando su labor periodística en *El Pueblo Gallego* y en otros medios de prestigio (*Nos*, *Alfar*, *Seminario de Estudios Galegos*, etc.). Ha estudiado en profundidad este tema Rosa María Fernández, *Bal y Gay. O seu pensamento antes de 1933*, Sada, Ediciós do Castro, 2005. Se conserva en el Fondo Bal de la Residencia de Estudiantes la carpeta de *El Pueblo Gallego* (Vigo) [100 docs. 1925-30]. El primer recorte refiere la incorporación a *El Pueblo Gallego* de un nuevo colaborador "uno de los jóvenes de más valía intelectual de la nueva generación de escritores gallegos. Con esta nueva aportación *El Pueblo Gallego* refuerza el acervo de su ideario galleguista, elaborado por los escritores y artistas más insignes e independientes de la región" (*El Pueblo Gallego*, 26 de abril de 1925). Paradójicamente, Bal se deshizo de sus colaboraciones en prensa de contenido más político: República, galleguismo, lengua, etc., recuperados y estudiados por Rosa María Fernández.

En realidad, la crítica de conciertos no era tarea vocacional para él, que se declaraba más cronista y divulgador en el sentido orteguiano del compromiso social. En varias ocasiones reitera el esnobismo de los críticos, su ignorancia y petulancia, distanciándose del gremio;[20] lamentaba igualmente la esclavitud de tener que escribir a toda prisa, y el estar expuesto a comentarios y confrontaciones no deseadas. El utilitarismo y el hastío hacia la crítica lo expone con rotundidad Rodolfo Halffter, que también la ejerció; transcribo unos párrafos que bien podría firmar el propio Bal:

> Mis relaciones de amistad con los compositores e intérpretes mexicanos más destacados —Chávez, Sandi, Moncayo, Galindo, Herrera de la Fuente, Limantur, García Mora entre otros— mi decisión "quijotesca" de defender sus intereses artísticos, los cuales, en definitiva, son los intereses de la música mexicana, y esa inclinación que siente todo ser humano de meterse donde no le llaman (¡metiche!), me llevaron a ejercer, temporalmente, el oficio de periodista musical [...] Y que conste: en el párrafo anterior he usado deliberadamente el término de periodista musical y no el de crítico musical. Nunca me he considerado un crítico musical. Carezco de dotes para ejercer esa profesión y, también, de la necesaria dosis de pedantería. [...] ¿Qué por qué, entonces, me dediqué al periodismo musical? La respuesta es sencilla: para hacer política. Política musical, se entiende. Y en efecto: todos mis artículos publicados en México, tenían la misma finalidad política: la difusión de los ideales del "chavismo" y la defensa de Carlos Chávez, el más grande compositor de América, cuando, hace unos años, era tratado con vilipendio en su propia tierra. En mis escritos de entonces fui más "chavista" que Chávez. Y de ello no me arrepiento, pues el "chavismo" sigue siendo una bandera.[21]

[20] Paradójicamente, en 1960 le reconocen sus méritos periodísticos. Y es que, con motivo de sus actividades en el campo de la música, "que han sido especialmente relevantes en el año 1960", el presidente de la Unión Mexicana de Cronistas de Teatro y Música "acordó concederle un diploma alusivo, que constituye el más abierto reconocimiento a sus extraordinarios méritos de su profesión". Se le entregará la acreditación el 10 de febrero (carta de Miguel Bueno a Jesús Bal, de 8 de diciembre de 1960, Fondo Bal, 1/ 32).

[21] Xochiquetzal Ruiz, *Rodolfo Halffter*, pp. 37 y 38.

A esto podríamos añadir una razón más, que Bal acostumbraba colocar al lado del ejercicio de la crítica: "En México hice de todo, porque había que comer [...] Tuve que hacer de todo", insiste más adelante.[22] En todo caso, Jesús, siempre distanciándose de lo que no le agrada, habla de los críticos como si él no hubiese ejercido de tal. Lo vemos en su relación con Igor Stravinski:

> hombre difícil, reacio a aceptar o a admitir nuevas amistades y en posesión del mínimo coeficiente imaginable de posible convivencia con personas poco inteligentes y vanidosas, así como "cronistas" musicales pedantes [...] trabó una fuerte amistad conmigo, y esta amistad va a durar hasta el fallecimiento de Igor.[23]

El desinterés de Bal por la crítica, y más en concreto por sus críticas, tal vez se resuma de la mejor manera posible en este párrafo de Antón F. Buxán —que nos remite al tiempo en que trabajaba con Jesús en la preparación de *Nuestros trabajos y nuestros días*—, a la vez que explica que sólo hallemos en el Fondo Bal de la Residencia un tercio de las críticas de *El Universal* de México (las escritas de 1947 a 1950): "Una tarde Jesús Bal salió del salón de su casa y se adentró en el pasillo. Apareció con unas carpetas de color verde descolorido y tintes amarillentos debido seguramente a la luz del sol y a los años. Contenían los artículos de *El Universal* de México. Y me los regaló".[24]

En cualquier caso, no resulta casual ni premeditado que a la pregunta formulada por Enrique X. Macías en la encuesta antes aludida, de si le gusta realmente la enseñanza a un músico como Bal y Gay, éste responda relacionándolo directamente con su actividad "didáctica" en *El Universal* o en Radio Universidad:

> Genéricamente, es la música lo que me gusta. A ella he servido siempre, asumiendo en cada situación la tarea que consideré posible, no utópica, y que más podía favorecerla, habida cuenta,

[22] *Nuestros trabajos y nuestros días*, pp. 121 y 122.

[23] *Ibid.*, p. 120.

[24] *Ibid.*, p. 213, nota 9. Esos dos álbumes (críticas de 1939 a 1946) se hallan hoy depositados en el domicilio de Euloxio F. Albalat, hijo de Antón F. Buxán.

> por supuesto, mis dotes o capacidades. Por tanto, sin tener vocación para la enseñanza, me sentí muy satisfecho por los resultados de mis cursos de apreciación y del sesgo didáctico que imprimí a las emisiones musicales de *Radio Universidad*. Con ello contribuí a aumentar el número de aficionados a la música y a que la escuchasen inteligentemente, lo cual redundaría no sólo en beneficio de ellos, sino en beneficio de la música misma. También ejercí en México la crítica musical: en el diario *El Universal* publiqué un artículo semanal a lo largo de aquellos años, y lo hice pensando en servir a la Música, con mayúscula, desde un medio de gran difusión. No para lucir mis más o menos profundos conocimientos en la materia. Sólo a los pedantes y vanidosos puede atraerlos el ejercicio regular de la crítica; para mí significó, en muchas casos, horas de aburrimiento, de asco, aunque también, a veces, grandes satisfacciones.[25]

Las contribuciones de Bal en prensa y radio durante su estancia en México son muy variadas y podemos seguirlas detalladamente gracias al legado depositado en la Residencia. Cubre esa franja de contenidos que va desde temas de sociología, estética, repertorio, artistas de referencia, papel del crítico, del creador, del director de orquesta, géneros etc.; hasta crítica puntual, pura y dura: estrenos, comentarios sobre la Sinfónica de Chávez, de otros autores mexicanos, presentación de libros, o lo que se le va ocurriendo. Indudablemente, su papel de portavoz de la facción provanguardia en la que milita se va orientando hacia los asuntos que considera de interés, del único interés en realidad posible para él: los autores de la vanguardia europea (Stravinski, Falla, Ravel, Debussy, Bartók, Hindemith, Poulenc, Prokofiev...), los colegas de *Nuestra Música*, el antirromanticismo declarado (menos descarnado que en el caso de Salazar, pero notable en declaraciones sobre ciertos autores, sobre el público de la ópera, los divos, el sentimentalismo o la programación), o bien sobre la educación necesaria de aquella notable masa de asistentes a los conciertos: una militancia

[25] Carlos Villanueva, "El encuentro epistolar entre dos músicos gallegos", pp. 658-659.

que le ocasionará serios disgustos. No comprendemos hoy esas grandes cantidades de papel prensa en que Bal podía escribir en primera o tercera página de un periódico tan notable como *El Universal*, con un artículo equivalente a tres páginas dactilografiadas, o cómo podía mantener viva una polémica durante meses.

De los diversos medios para los que escribió —allí donde lo llamasen, nos dice— destacan los diez años de *El Universal*, las crónicas de Radio Universidad, los artículos de *Nuestra Música*, sus aportaciones en *Carnet Musical* o en la *Revista de la Universidad*, sin olvidar las innumerables notas al programa del ciclo de conciertos de la UNAM, de los *Lunes Musicales* o de innumerables publicaciones que conserva en sus carpetas. Así, en el Fondo Bal se guardan, de su etapa mexicana y ordenados cronológicamente, recortes de los siguientes medios: *Boletín de Juventudes Musicales*; *Carnet Musical* (39 artículos, de 1960 a 1963); *Cuadernos Americanos*; *Excélsior*; *Noticias Gráficas*; *Novedades*; *Nuestra Música*; *Tribuna Israelita*; *El Universal* (163 recortes, de 1947 a 1950; los restantes —de 1939 a 1947, cerca de 300 artículos más—, se hallan en el fondo Antón Buxán de La Coruña); además de los borradores de las colaboraciones en *Revista de la Universidad* y de las *Crónicas de Radio Universidad*. Se conserva, igualmente, abundante material de prensa mexicana, de lo que se escribió sobre Bal: reseñas de sus publicaciones, de las polémicas, comentarios de sus obras, críticas de sus estrenos, etc. Muy abundante también en el Fondo Bal es la revista de prensa, desde 1965 a 1993, en periódicos gallegos y madrileños que se encargaron de recordar que Bal seguía activo y trabajando en diferentes proyectos, con aportaciones de mayor o menor calado: de Enrique Franco, J. B. Varela de Vega, Antón Buxán, Tomás Marco, Miguel A. Coria, Enrique X. Macías, Antonio D. Olano, Juan M. Gallego Tato, Juan Soto, José Trapero Pardo, entre otros.

Nuestra Música

Un repaso de la actividad de esta prestigiosa revista, que daba nombre al grupo que se conformó en torno a Carlos Chávez, y más en concreto la aportación de Jesús Bal, nos permitirá sintetizar su credo

estético y su orientación en lo relativo a la crítica musical. El editorial del primer número arranca, en una línea próxima al ideario del *Grupo de los 8* de Madrid, al que Rodolfo Halffter había pertenecido y del que Rosita García Ascot había sido la pianista oficial. El autor de ese editorial posiblemente es el mismo Halffter:

> Como nuestros temperamentos creadores son distintos —lo cual consideramos un hecho afortunado—, no cabe la adopción de una postura estética general. Ni la institución de un credo obligatorio. No constituimos, pues, una escuela. Tampoco lo pretendemos. [Los promotores de la revista también expresaban la intención de] impulsar —en la medida de nuestras fuerzas— la corriente renovadora del ambiente musical mexicano. Queremos contribuir decididamente —como compositores, como organizadores y como críticos— al desarrollo musical de México [...] Pretendemos, además, que *Nuestra Música* refleje la realidad musical mexicana, enfocada —claro está— desde nuestro particular punto de vista. [26]

En este editorial se anuncian los *Conciertos de los lunes* y se postulan unas directrices que se siguieron fielmente: contribuir a la música mexicana y a la de todo el mundo, dar a conocer la obra de los componentes de *Nuestra Música* y de los maestros, mexicanos o no, contemporáneos o no, "que más se identifiquen con lo que en música gustamos y consideramos mejor".[27] Precisamente, el primer lunes, 11 de marzo de 1946, le correspondió a Bal la organización de la sesión, ofreciendo en el programa: *Sonata para dos clarinetes*, de Francis Poulenc; *Cuatro preludios para piano solo*, de Carlos Chávez; *Melodías para canto y piano*, de Teresa Prieto; *Tres piezas para canto y piano*, de Jesús Bal y Gay; *Divertimento para vientos*, también de Bal, y el *Concerto*, de Manuel de Falla.

En aquel mismo número figuraba una larga recensión de Bal y Gay titulada "Un libro sobre Falla";[28] en cuatro columnas traza

[26] *Nuestra Música*, año I, núm. 1 (1946), pp. 5 y ss.

[27] *Ibid.*, p. 38.

[28] Se trata del libro de Roland-Manuel, *Manuel de Falla*, en traducción de Vicente Salas Viu, Buenos Aires, Losada, 1945.

Bal los puntos básicos del gaditano a través de la pluma de Roland-Manuel.

En el número 3 escribe Bal sobre "Rodolfo Halffter",[29] colega de equipo y seguramente de intereses, pero no demasiado presente en la memoria afectiva de Bal. Entre ambos, como ocurrió con otros exiliados, como es el caso de Otto Mayer-Serra, hubo fricciones de tipo meramente político que afectaron a lo estético en el caso de este último, como veremos. De todos modos, resulta significativo el recuerdo negativo, a modo de último recado político, que doña Emilia Salas, esposa de Rodolfo, dedica a Jesús en el documental *Bal y Gay. Abriendo la ventana ignorada*, recordando que el matrimonio Halffter nunca perdonó que Salazar y Bal se hubiesen ido de España en plena contienda, eludiendo responsabilidades: "¡pues éramos republicanos!".[30]

En el número 14 de la revista, Bal presenta un enjundioso artículo sobre "Fuenllana y la transcripción de la música de los vihuelistas"; este artículo —dice Bal en nota— escrito en Cambridge, y publicado en *Acta Musicologica* X, se lo dedica a la memoria de Johannes Wolf, quien fuera su maestro de paleografía y consejero en los años de lector en la universidad inglesa.[31]

En el número 15 dedica Bal una recensión a "Un nuevo diccionario de la música", y que no es otra cosa que un ataque frontal a Otto Mayer-Serra, con quien venía sosteniendo públicas fricciones: "Es lástima —dice Jesús— que la editorial Leyenda —cuyas ediciones la honran y honran a México— haya echado un borrón en su catálogo con esta obra de Otto Mayer. No hay duda de que su buena fe se vio sorprendida por el desaprensivo autor, que hasta ahora no ha hecho más que abusar de la comprensible candidez de algunos editores legos en materias musicales y de la ignorancia de otros que, si bien especializados más

[29] *Nuestra Música*, año I, núm. 3 (1946), pp. 141-146.

[30] Documental realizado con ocasión de la exposición *Tientos y silencios* (2005). TVE, dirección de Manuel Lombao. Tal vez también doña Emilia leyó con disgusto el libro de Jesús y Rosita *Nuestros trabajos y nuestros días*, que tan mal sentó en los círculos intelectuales mexicanos, como nos recuerda Consuelo Carredano, "Donde las olas los llevaron...", p. 365.

[31] *Nuestra Música*, año IV, núm. 14 (1949), pp. 180-197.

o menos en estas cuestiones, no podían juzgar de la calidad de los escritos de aquél, dado lo inexplorado de los temas por él tratados".[32]

Tras un largo artículo sobre Frédéric Chopin,[33] en el número 16, cuyos materiales revertirán posteriormente en la tan celebrada monografía del Fondo de Cultura, y tras la recensión de *La música*, de Adolfo Salazar,[34] Bal escribirá en números siguientes sobre Carlos Chávez, analizando en profundidad dos de sus obras capitales: *La Sinfonía de Antígona*[35] y *La hija de Cólquide*,[36] con elogiosos y detallados estudios de la que considerará pieza clave de la composición iberoamericana. En el número 21 hace una larga reflexión sobre la tan esperada "Reaparición de Carlos Chávez como director de orquesta";[37] finalmente, cierra la serie, en el número 22, con un revelador ensayo sobre André Gide.[38]

[32] *Nuestra Música*, año IV, núm. 15 (1949), p. 220. La obra reseñada era *Breve diccionario de la música* (Leyenda, México, 1948) de Otto Mayer-Serra. En la recensión Bal llega a cuestionar el que firme Serra de segundo apellido ("el habérselo apropiado indica ya intenciones muy sospechosas"), ataca su orientación científica y el contenido de un libro anterior de Otto Mayer, *Panorama de la música hispanoamericana*, para lo cual se apoya en la crítica negativa que le había hecho Francisco Curt Lange, concluyendo que Mayer investiga por correspondencia. Otto Mayer-Serra le devolverá el "detalle", atacándolo duramente en la polémica de 1950 de *El Universal*, que supuso la expulsión de Bal y Gay del diario mexicano. En *Nuestros trabajos y nuestros días* vuelve Jesús a recordar, algo más atemperado aunque siempre distante, al músico germano-catalán, que de nuevo reaparece en una de las entrevistas de Varela de Vega, "Jesús Bal en el recuerdo" (V), *El Progreso* de Lugo, 18 de agosto de 1993.

[33] *Nuestra Música*, año IV, núm. 16 (1949), pp. 267-289.

[34] *Nuestra Música*, año V, núm. 19 (1950), pp. 311-313.

[35] Jesús Bal y Gay, "La *Sinfonía de Antígona*", *Nuestra Música*, año V, núm. 17 (1950), pp. 5-17.

[36] Jesús Bal y Gay, "*La hija de Cólquide* de Carlos Chávez", *Nuestra Música*, año V, núm. 19 (1950), pp. 207-216.

[37] Jesús Bal y Gay, "Reaparición de Carlos Chávez como director de orquesta", *Nuestra Música*, año VI, núm. 21 (1951), pp. 42-44. Tras cuatro años de ausencia —consecuencia de "criminales maniobras", dice Bal— reapareció Chávez. Bal venía reiterando este tema, el de la valía de Chávez como director y como autor, que mezclado con las guerras internas de intereses existentes entre facciones, alentados por polémicas anteriores (como la de 1943 que comentamos), derivaría en la explosión de su última polémica, de 1950, en *El Universal*, en la que se le echa en cara su servilismo hacia Carlos Chávez, entre otras "menudencias".

[38] Jesús Bal y Gay, "La lección de André Gide", *Nuestra Música*, año VI, núm. 22 (1951), pp. 76-99.

Las polémicas

El natural retraído y en apariencia tímido de Bal y Gay no se corresponde con su enorme determinación y agresividad para defender las posiciones desde una trinchera amiga; eran las virtudes del soldado orteguiano que atesoraba, poniendo en práctica las artes salazarianas aprendidas en su larga estancia en la Residencia de Estudiantes, desde donde redacta enjundiosas crónicas y alimenta intensas polémicas, empleando una metodología que luego trasladó a México.[39]

La primera de las polémicas registrada a poco de llegar a México viene a ser un arreglo de cuentas con Eduardo Martínez Torner, su compañero de investigaciones folklóricas en el Centro de Estudios Históricos de Madrid[40] y en aquel momento exiliado en Londres. Ya instalado en México, en 1940, Bal publica *Romances y villancicos españoles del siglo XVI*, un trabajo sobre música renacentista española, prologado por Carlos Chávez; era éste el primer título dentro del plan de trabajo previsto por La Casa de España. Se trataba de una antología de piezas de vihuelistas y polifonistas españoles arregladas para voz y piano que el propio Bal, con la soprano Irma González, presentó con éxito en conferencias-concierto en diversas localidades del país. En enero de 1941, Florentino Martínez Torner,[41] hermano de Eduardo y exi-

[39] El interés de Bal por borrar del relato cualquier huella que quedara de su pasado galleguista/republicano le llevó a eliminar toda referencia a la recepción de su obra de juventud *Hacia el ballet gallego*, que junto con su brillante y lúcida participación en medios como *Ronsel*, *Alfar* o *Nós*, le llevó directamente a la crónica musical y cultural de *El Pueblo Gallego*, uno de los periódicos punteros de Galicia en la Dictadura y la República, desde donde mantuvo intensas polémicas de las que fue adquiriendo oficio y madurez. Véanse para este asunto los trabajos de Luis Costa, "Del folklorismo a la vanguardia" o "Simón del desierto", en *Tientos y silencios*, *op. cit.*, p. 223; y el de Rosa María Fernández, *Bal y Gay. O seu pensamento antes de 1933*, Sada, Ediciós do Castro, 2005, donde desarrolla esta faceta polemista que Bal quiere hacer pasar como inédita cuando comienza su labor crítica en *El Universal* de México.

[40] De esta colaboración mantenida de 1928 a 1932 saldrá el famoso *Cancionero gallego*. Hago aquí una síntesis del relato de esta polémica incluido en mi estudio sobre Torner y Bal en Carlos Villanueva, "El Cancionero que fue y el que pudo haber sido", *op. cit.*, pp. 31 y ss.

[41] Según información de Consuelo Carredano, Florentino M. Torner había publicado en México "Una romería en Asturias", en *Anuario de la Sociedad Folklórica*

liado en México como Bal, publica en "cartas al director" del diario *Excélsior* del D. F. una escueta nota indicando que el recién publicado libro de Bal, *Romances y villancicos*, venía a ser un plagio de otro anterior de su hermano Eduardo ya publicado en España: se refería a *Colección de vihuelistas españoles del siglo XVI*, de 1923.[42] Por lo contundente, nos limitamos a reproducir la respuesta de Bal en el mismo medio:

> En la sección "Cosmópolis" del diario *Excélsior* apareció hace días la noticia de que un señor Martínez Torner afirma que mi colección de *Romances y villancicos españoles del siglo XVI* —publicada hace un año por La Casa de España— se debe en su mayor parte a un trabajo presentado hace varios años por un hermano suyo. A este respecto me interesa hacer constar:
>
> 1. Mi libro no es otra cosa que una edición moderna de textos literarios y musicales del siglo XVI. Aunque el señor Mar-

Mexicana (1938-40), vol. I, pp. 187-193; Florentino vivió en México de la docencia y de las traducciones en prestigiosas editoriales mexicanas. Nos ha interesado mucho la peripecia del hermano de Eduardo, personaje muy conocido y valorado dentro de los proyectos de la Institución Libre de Enseñanza, miembro del equipo de las Misiones Pedagógicas, funcionario del Ministerio de Instrucción Pública y destacado activista en favor de la República en el seno del Partido Socialista. Exiliado desde 1939, fue cofundador del *Ateneo Español*; murió en México en 1969 sin haber podido ver cumplido su sueño de regresar a España. Véase Juaco López Álvarez "Florentino Martínez Torner, reseña biográfica", *Dos estudios geográficos y etnográficos sobre Asturias*. Gijón, 2005. También en la web <*www.vivirasturias.com*> (consulta 27 de diciembre de 2007) y en el periódico digital de *La Nueva España*, en artículo de Víctor Guerra, "Música y masonería a propósito de Torner".

[42] Eduardo M. Torner (estudio y transcripción de), *Colección de vihuelistas españoles del siglo XVI. Narváez. El delfín de la música, 1538*, Madrid, Orfeo Tracio (s.f.) [1923]. Habla Torner de Narváez y de *El delfín de la música* y señala características de los seis libros. Nos consta que Bal había trabajado y analizado este libro minuciosamente, copiando íntegramente para su análisis el prólogo (BAL 14/ 48), si bien es cierto que nada tienen que ver una y otra obras, ni el resultado de la transcripción, salvo la coincidencia teórica que apuntaba Torner en su prólogo: "No creemos necesario encomiar el valor artístico de la música de estos maestros españoles del siglo XVI, pues basta leer las composiciones contenidas en este cuaderno para cerciorarse de ello y desechar la idea, comúnmente admitida, de que estas obras sólo pueden tener hoy un valor arqueológico, documental, para la historia de la música. Encierran, además, los libros de los vihuelistas un considerable valor folklórico, puesto que en algunos casos recogen temas musicales populares en aquella época, alguno de los cuales aún vive en la tradición".

tínez Torner hubiese publicado antes que yo esas mismas músicas, tildarme de plagiario por hacer ahora esta edición sería tan ridículo como llamárselo a Alfonso Reyes o Pedro Salinas, editores —cada uno por su parte— del *Poema del Cid*, monumento cuya edición más autorizada se debe, años antes, a Menéndez Pidal.

2. No es éste el caso, sin embargo. La mayor parte de mi colección no ha sido editada nunca por el señor Martínez Torner y aquellas piezas en que nuestras respectivas publicaciones coinciden no encierran ni dos compases que puedan calificarse de idénticos. Esto último se debe a que jamás compartí el criterio fantasista del señor Torner en achaques de paleografía musical, hecho que conocen —mejor que ese señor su hermano que tan a la ligera habla— los directores del Centro de Estudios Históricos, de Madrid, a cuya sección de Folklore y Musicología pertenecíamos el señor Torner y yo.

Mil gracias anticipadas, señor director, por la inserción de estas líneas, y queda de usted atento s.s.

Jesús Bal.[43]

La segunda refriega que analizamos tiene lugar en 1943 en las páginas del diario *El Universal*, donde Bal escribía ya sus críticas desde 1939.[44] Así la presenta Bal años más tarde: "He tenido que oponerme a los partidarios de éste [Manuel M. Ponce] a raíz de una crítica mía con motivo del estreno del *Concierto para violín y orquesta*, de Manuel Ponce. El concierto fue interpretado por el gran violinista Henryk Szeryng, que terminó interviniendo en la polémica demasiado larga, casi interminable. Toda ella a través de la prensa".[45]

El artículo de Bal se titulaba "Ninguna obra es perfecta si carece de sinceridad" (*El Universal*, 9 de septiembre de 1943) y desarrollaba una vieja tesis orteguiana aplicada ahora a la falta de

[43] Carta de Bal al director de *Excélsior*, 16 de enero de 1941, Fondo Bal, 3/ 290.

[44] Antón F. Buxán, en *Nuestros trabajos y nuestros días*, *op. cit.*, p. 257, recoge en detalle toda la documentación de la polémica. Este derroche de información es debido, como indiqué, a que Bal le regaló al periodista coruñés dos tomos de críticas de *El Universal*, precisamente de los años de la polémica. Evitaremos, por parciales y ligeros, los comentarios y acotaciones de Antón Buxán a las sucesivas intervenciones.

[45] *Nuestros trabajos y nuestros días*, p. 129.

sinceridad de Ponce en su concierto recién estrenado.[46] Quizá fue escrito con la mente y la escritura puestas en aquel artículo de Falla de *La Tribuna*, de 1916, en el que defendía bravamente a Stravinski, que se presentaba en Madrid con los ballets rusos:

> Sé perfectamente que para cuantos se ocupan en Madrid del movimiento artístico europeo ese nombre es conocido y, hasta para muchos, admirado. Pero la masa anónima que forma lo que llamaríamos el gran público ¿sabe hasta qué punto tiene importancia para nosotros que un artista de la altura eminente de Stravinski venga a renovar nuestra viciada atmósfera musical con el aire recio o sutil, pero siempre fresco y limpio, de su arte? ¿Sabe Madrid que tiene como huésped a uno de los más grandes artistas de Europa? ¿Sabe, en fin, desentenderse de los que le digan que el arte de este compositor sirve más para desorientar que para conducir por el camino de la verdad?... Porque la obra de Stravinski está impregnada de *sinceridad*, de esa *sinceridad* valiente y bravía del que dice lo que siente, sin temor a lo que digan los que no piensan o sienten como él.[47]

El guante lanzado por Bal no era baladí, dado el marco de soterrado enfrentamiento que existía entre la facción de Ponce y la de Chávez, a la que Bal representaba. Seis días más tarde, el 15 de septiembre, Ponce le replica:

> En el caso concreto de mi *Concierto para violín*, el señor Bal y Gay asegura que reniego de un don melódico y un sentido natural de la música que poseo (¡muchas gracias!) porque me alejo de la

[46] Años más tarde se justifica Bal así: "Manuel Ponce —ignoro las verdaderas causas— utiliza un lenguaje armónico que se salía del que era habitual en todas sus obras anteriores. Taché esta diferencia de lenguaje de falta de sinceridad, porque no era producto de la evolución ni de la afirmación de estilo, sino —probablemente— de un afán de modernización que no encajaba en el rompecabezas de la propia obra. Todo esto, desde luego, con la máxima corrección en la exposición y en la intención". *Nuestros trabajos y nuestros días*, p. 138.

[47] Manuel de Falla, "El gran músico de nuestro tiempo: Igor Stravinski", *La Tribuna*, 5 de agosto de 1916; recogido en Manuel de Falla, *Escritos sobre música y músicos*, Madrid, Espasa-Calpe (Colección Austral, núm. 950), 1950, p. 26. Las cursivas son mías.

> ingenuidad y diatonismo que caracterizan mis ensayos de juventud. Igual cargo debería hacerse a Carlos Chávez quien no sólo se ha alejado de la sencillez y sinceridad de sus *Cantos mexicanos* y otras obras juveniles, sino que anda por la estratosfera del modernismo en un *Concierto para piano*, tan admirado por el crítico hispano [...] "Cosas pasajeras son estas de los críticos —solía decirme el maestro Paul Dukas— que a fin de cuentas en asuntos artísticos no hay sino un solo juez: el tiempo".

El 23 del mismo mes, Bal se enroca con un largo artículo —"El maestro Ponce y la sinceridad de su concierto"— retomando y replicando varias ideas del compositor mexicano: le sorprende la excesiva importancia que Ponce da a sus juicios; glosa el concepto de "sinceridad", como lo hiciera Falla al aplicarlo al Stravinski de *El pájaro de fuego* y *Pulcinella*; o se lamenta de lo improcedente de irrumpir con el nombre de Chávez en la polémica:

> Su alusión a la obra de Carlos Chávez —le dice Bal— sirve sólo para demostrar que es incapaz de ver en ella lo que aún los más encarnizados enemigos del autor de *Antígona* reconocen: un caso de estilo inquebrantable, de adecuación perfecta del idioma a las ideas...

A finales de septiembre surgen replicantes: don Antonio Pallarés ("De la sinceridad en el arte", 28 de septiembre de 1943), el doctor don Antonio Brambilla ("Metáforas criticables", 2 de octubre de 1943) y el violinista Henryk Szeryng, intérprete de la obra en su estreno, a los que Bal responde en bloque ("Algo más acerca de la sinceridad en la música", 6 de octubre de 1943), con cortesía pero tratando de dirigir a Ponce sus dardos, como si de mensajeros del *popular compositor*[48] se tratase:

> Cuando creía que mi último artículo acerca del *Concierto para violín y orquesta*, del maestro Manuel M. Ponce, iba a suscitar una nueva rectificación del *popular compositor*, he aquí que éste se nos esfuma

[48] Subrayo las palabras de Bal porque, desde ahora, se dirigirá a Ponce como *popular maestro, popular autor* o bien como el *autor de Estrellita*, técnica salazariana muy apropiada para descalificar al contrincante.

y en su lugar aparecen tres paladines, abogados, o amigos, o lo que el lector quiera: el violinista Henryk Szeryng, el licenciado Eduardo Pallares y el doctor Antonio Brambila. Cada cual a su manera pretende defender la obra del cargo de insincera que yo le hice.

Tras nuevas intervenciones de los implicados, el maestro Ponce ("Invitación al Sr. Bal y Gay", 17 de enero de 1944) da un salto cuantitativo, al invitar al *crítico español* a un debate público en el que explique ante expertos músicos el significado del concepto "sinceridad", referido a su *Concierto para violín*:

> Un grupo de distinguidos músicos mexicanos —entre los que se cuentan los maestros Luis G. Saloma, Luis Moctezuma, José Rolón, Joaquín Amparán, J. Jesús Estrada, Juan D. Tercero, Pedro Michica, Aurelio Fuentes, Pablo Castellanos— me han sugerido la idea de proponer al señor Bal y Gay, crítico musical de *El Universal*, que en sesión pública explique y demuestre técnicamente en qué consiste la insinceridad de mi *Concierto para violín y orquesta*, ya que su rotunda afirmación de que dicha obra nació muerta "por haber sido concebida en plena insinceridad" lo obliga, por elemental ética de escritor y crítico, a probar sus aseveraciones.
>
> [...] Si el señor Bal y Gay acepta la atenta invitación que se le hace, podría fijar fecha y hora para la pública demostración de que se trata, de acuerdo con la Secretaría del Conservatorio Nacional de Música o bien con la de la Escuela Nacional de Música de la Universidad Nacional y en este caso —me dicen mis estimables colegas— podremos darnos cuenta, en el terreno de la música, de lo que puede ser en realidad la insinceridad de una obra musical. Si en cambio el citado *crítico español* rechaza la invitación objeto de estas líneas, tanto los músicos como el público de México podrían darle el calificativo que merece toda persona incapaz de demostrar sus asertos y que pretende que se le crea "bajo su palabra de honor".[49]

[49] He subrayado el término *crítico español* empleado por Ponce, porque, al lado del concepto de *honor* y cierto trasunto de dignidad nacional que trasciende de su escrito, empieza a recordar a ciertas polémicas en prensa que Clara E. Lida califica

El 19 de enero ("Ante una invitación") Bal, haciendo una síntesis de todos sus argumentos anteriores rebaja su estimación hacia Ponce indicando que: "Aunque las canas del maestro Ponce me merezcan un cierto respeto, no son, no deben ser, lo suficiente para que yo olvide un elemental sentimiento de dignidad..." Había llegado el momento de encender el ventilador y despejar la mesa de papeles, tras cuatro largos meses de batalla, "una polémica demasiado larga, casi interminable", en palabras de Bal.[50]

La madre de las polémicas, y la que aun los músicos mexicanos más "maduros" recordaban cuando se les preguntaba por Jesús Bal y Gay, es la ocasionada tras el levantamiento de un sector del público de ópera del Bellas Artes. Tiene lugar en 1950, con ocasión del grave altercado en el que, en plena representación de *Tosca*, al grito de "mueran los gachupines" y previo reparto de panfletos, se ataca públicamente la línea crítica de los escritos de Bal, quien supuestamente había insultado desde *El Universal* al pueblo mexicano, reclamándose para él sanciones y la expulsión del periódico. Esto último se consiguió merced a la presión ejercida sobre el director por los "amotinados". Las coacciones políticas contra Bal fueron amortiguadas merced a la postura tajante, solidaria y resuelta de los miembros del INBA hacia su compañero, encabezados por Carlos Chávez, quienes, por medio de un largo anuncio en *El Universal*, defendieron la profesionalidad e independencia de Bal, desmontando (o tratando de desmontar) los argumentos difamatorios que se habían usado, al tiempo que se señalaba una persecución encubierta y de matiz político contra los miembros del INBA.[51]

En un informe o anuncio publicado en *El Universal* el 14 de junio de 1950 con el título de "El INBA de la Secretaría de Educación

de "xenófobas" cuando se refiere al tema de los ataques a los intelectuales españoles de La Casa y El Colegio, prejuicio que ya aparecerá abiertamente y sin escudo en polémicas posteriores, como la que analizamos. Véase Clara E. Lida, J. A. Matesanz y J. Z. Vázquez, *La Casa de España y el Colegio de México*.

[50] *Nuestros trabajos y nuestros días*, p. 129.

[51] Este escrito, de 16 de junio de 1950, es un documento base para entender puntualmente la compleja y rica situación musical de la capital mexicana en aquellos años (*El Universal*, 14 de junio de 1950, Fondo Bal, 9/11).

Pública informa acerca de su relación con Ópera Nacional, A.C.", se llegó a comentar dicha polémica en los siguientes términos:

> La arenga fuera de programa de la señora Anitúa durante la función de Opera del sábado pasado, la formación allí mismo, mediante la distribución de volantes que a ello invitaban, de una especie de partido político-musical militante con cuerpo de oradores, escritores etc., que se llamarían "Defensores de la Ópera"; la publicación que en los diarios de hoy hace ese partido de un desplegado en que pide a este Instituto que castigue al señor Bal y Gay y haga público su castigo; y finalmente, la petición que en ese mismo desplegado se hace al INBA de que "de una vez por todas se liquide esa persecución que por gente del Instituto se ha venido haciendo contra la Ópera Nacional", son manifestaciones flagrantes, coherentes y obviamente coordinadas de una campaña de tipo político encaminada a desorientar a la opinión pública y a fomentar un clima de animadversión contra el órgano técnico del gobierno, dependiente de la Secretaría de Educación Pública, cuyas tareas, claramente definidas en su ley constitutiva y en su reglamento, son de una magnitud nacional y de una importancia cultural y educativa que trasciende con mucho la mezquindad de perder su tiempo o dedicar sus energías en "perseguir" ni estorbar las actividades artísticas de la iniciativa privada que, en el caso específico de la Ópera Nacional, ejerce su acción sobre una clase y sobre un número de abonados y concurrentes tan limitado por su ilimitada capacidad económica, como por la posibilidad, o la necesidad, de que el Estado le imparta una cultura artística que es obligación del Instituto Nacional de Bellas Artes difundir entre el considerable resto de los 25 millones de habitantes de México que no cuentan entre los cuatro mil abonados de la Ópera Nacional, A.C.

Alega el comunicado que todo obedece a una campaña política que asume el disfraz actual: el ataque a un refugiado naturalizado mexicano según las leyes y atacado como "extranjero pernicioso"; sus argumentos aviesos, difamatorios, se revuelven contra ellos y resultan deleznables por atacar a un organismo mexi-

cano. Entra en otros temas puntuales sobre la orquesta, sobre el aparcamiento que se realiza, el uso de las salas de ensayo, y que en realidad la Ópera Nacional está siendo ayudada con un aumento de 25 000 pesos, más los 50 000 que ya recibían. El resultado final de esas gestiones, dice el comunicado del INBA, "será oportuna y próximamente dado a conocer. En cualquier sentido —fusión, colaboración o coexistencia como hasta ahora— en que se resuelva, el INSTITUTO NACIONAL DE BELLAS ARTES, después de haber aclarado y analizado una situación y unos hechos que personas interesadas y de mente política se empeñan en obscurecer, declara enfáticamente y por única vez, que la conciencia de su misión, su carácter de órgano del Estado, el respeto a la iniciativa privada y a las personas, la condición profesional y técnica de sus funcionarios, y su sujeción al acuerdo del C. Secretario de Educación para el desarrollo de sus labores, colocan al INBA muy por encima de las maniobras que le atribuyen quienes hacen de desarrollarlas y envenenar el ambiente, un triste modo de vivir. México, D. F. a 13 de junio de 1950". Firman el comunicado el director del Instituto Nacional de Bellas Artes, Carlos Chávez, Luis Sandi, Salvador Novo, Enrique Yáñez, Julio Prieto y Leonor Llach.

La defensa desde el INBA no iba descaminada al apuntar una "persecución encubierta" contra los miembros del INBA y su creador, pero tampoco está de más, al repasar la serie de artículos de Bal que precedieron al motín,[52] comprobar cómo en su sistemática y apasionada defensa de Carlos Chávez, de sus programacio-

[52] Todos ellos publicados en *El Universal*: "La hija de Cólquide", 12 de enero de 1950 (disco de Carlos Chávez); "El problema de la ópera en México", 9 de febrero de 1950 (a raíz del revuelo provocado con el proyecto de fusión de Ópera Nacional y Ópera de Bellas Artes); "Música para México", 2 de marzo de 1950; "Meditaciones sobre nuestra vida musical", 9, 16, 23 y 30 de marzo, 6, 13, 20 y 27 de abril y 4 de mayo de 1950 (sigue creciendo el tono agresivo de Bal, quien habla ya abiertamente de la campaña contra Chávez, el público, la programación etc., que va caldeando el ambiente); "Meditaciones sobre nuestra música. Libertad de crítica", 11 de mayo de 1950 (ante los ataques públicos a su persona, pide Bal que no se meta nadie en su vida privada); "Meditaciones sobre nuestra música. La responsabilidad del intérprete", 18 de mayo de 1950 (el verdadero artista); "Meditaciones sobre nuestra música. La provincia y su ejemplo", 25 de mayo de 1950 (la capital y la música, el público); "¿Qué es la ópera? La actitud del público", 8 de junio de 1950, crítica que provoca finalmente el altercado.

nes o de sus proyectos (en la radicalización de sus ataques al "aburguesado" público de la ópera y otros conceptos "antirrománticos" de vieja escuela salazariana, aplicados ahora al banco de pruebas mexicano), se esconde el material inflamable en el que prendió la llama.[53]

El periódico de Bal, fuertemente presionado, le dio la baja de la peor manera posible; Bal lo cuenta a la distancia:

> Entonces, esto era por la noche de un día de semana y al día siguiente el periódico —"mi periódico"— publicaba en primera plana un "suelto" diciendo que yo había dejado de pertenecer al periódico por haber ofendido al público mexicano. —"Tuvo usted un desliz ¡Qué lástima que no lo hubiera evitado! Pero no se preocupe, porque estas cosas pasan aquí con frecuencia y Vd. volverá a *El Universal* —No, señor, yo jamás volveré a *El Universal.* En ese momento cerré diez años de trabajo en el periódico.[54]

[53] Esta fue una de las frases de Bal que la prensa adversa resaltó: "Aplaudir como locos a una soprano o a un tenor porque dieron una nota aguda —tan aguda, en algunos casos, que el compositor, consciente de las limitaciones humanas no se atrevió a escribir— es revelar que se ha ido al teatro con el mismo espíritu con que se va a la feria a ver al hombre de cuatro brazos, la mujer con barbas o el ayunador profesional. No van al teatro con un claro espíritu filarmónico, sino con el turbio complejo de lo teratológico". En Bal y Gay, "¿Qué es la ópera? La actitud del público", *El Universal*, 8 de junio de 1950.

[54] *Nuestros trabajos y nuestros días*, ed. cit., p. 129. La oportunista nota de *El Universal* a la que alude Bal no tiene desperdicio: "Con motivo del movimiento de protesta que hubo anoche en la función de Ópera del Bellas Artes contra el *refugiado español* Bal y Gay, quien en un artículo publicado el 8 del presente mes trató despectivamente al público y a la afición de dicho espectáculo, *El Universal*, no porque acate la primera exigencia que se le presente, sino porque reconoce la razón de dicha protesta, procede en estas líneas a dar una explicación y poner el remedio./ [...] Cuando, como en este caso, las pasiones personales y los juicios llevan al colaborador más allá de lo debido, allá él, que cargue con las consecuencias. Por consiguiente, este periódico no puede seguir publicando los escritos de un colaborador que provoca las iras de los compatriotas, a quien hacen el cargo de que, además de *pagar con una injuria la hospitalidad recibida*, corresponde indignamente al Instituto de Bellas Artes que le da el sustento para que viva, con la traición de arrancarle las malas voluntades de aquellos a quienes, si no halaga, a lo cual nadie le obliga, al menos debería dejar en paz con sus aficiones, su preparación y sus posibilidades./ [...] En la protesta que surgió anoche durante la función de ópera, se pidió para el refugiado Bal y Gay que sea destituido del Instituto de Bellas Artes, *donde cobra por no se sabe qué*, así como que se le aplique el artículo 33. Nada sabemos qué oponer a tales propósitos si el tantas veces mencionado *español* se los ha ganado voluntariamente, pues lo que él ha

Conocemos por "Pizzicati", en *Claridades* (18 de junio de 1950), detalles y nombres que Bal no dio; por ejemplo, el nombre de periodistas que participaron y opinaron: Pin, en *El Nacional*; Jesús Guisa y Azevedo, en *Novedades*; Rubén Salazar, en *Excélsior*, Carlos Puig, Cirino Pérez Aguirre, y otros, que dicen que Bal es mexicano por adopción. También comenta "Pizzicati" los pormenores de los panfletos y escritos arrojados o que circulaban por los pasillos contra el "extranjero que debiera agradecer la hospitalidad de México... todos eran de reprobación para quien de esa manera opina del público melómano mexicano. Colocándose en un plan de 'magíster' y de sabelotodo, para colocar a los mexicanos en el otro ángulo: el de ignorantes". Añade que Fanny Anitúa se dirigió al público pidiendo la expulsión de los cargos de Bal, con el aplauso generalizado de los asistentes. Con este motivo se funda la "Sociedad de defensores de la ópera", presidida por el doctor Luis Morales Bolaños.

Sorprende la presencia en la polémica de Otto Mayer-Serra entre los periodistas "insurgentes"; lo comenta el periodista de *Claridades*:

> Los ataques del "batutero" Otto Mayer-Serra contra el musicólogo Jesús Bal y Gay, con motivo del sonado "balygayazo", han sido censurados por todos sus colegas de la prensa. Estiman éstos que no era el momento más elegante para esgrimir contra el caído inquinas personales. Tan desenfrenado ha sido el de otras veces simpático Otto Mayer-Serra, que sus artículos parecían escritos para un vespertino dominical que no es *Claridades*.[55]

Un año más tarde aún se mantenían vivos algunos rescoldos de la polémica, quizá porque persistían las tensiones y los intereses musicales que la provocaron. Jesús Bal sale a la palestra, en carta enviada al director de *Excelsior*, para dar respuesta al crítico del periódico; eran los últimos coletazos de la polémica del año

escrito ha salido de su propia iniciativa, la cual ya no tendrá ocasión de espigar en las páginas de *El Universal*, el que, como tantas veces ha demostrado, siempre estará al lado de los suyos". (Las cursivas son mías).

[55] "Pizzicati", *Claridades*, 25 de junio de 1950.

anterior; el escrito está fechado el 23 de abril de 1951 y se titula "Bal y Gay no desprecia a los mexicanos".[56]

> Bal y Gay no desprecia a los mexicanos, señor director de *Excélsior*: con verdadera sorpresa he leído en ese diario de su digna dirección una frase del cronista musical "Junius" que dice textualmente "Bal y Gay profesa por el público de México el más soberano de los desprecios". Con esa afirmación viene a sumarse tardía e inesperadamente ese señor a quienes el pasado mes de junio se valieron de igual calumnia para encubrir todo un atentado —que sentó funesto precedente— contra la libertad de opinión. Lo siento por él. La verdad es que en nada de cuanto llevo escrito para la prensa se podrá encontrar una sola frase que signifique el desprecio por el público de México. Y por si eso fuera poco, mi actitud de compositor que entrega sus obras para que se ejecuten en público revela que lejos de despreciar a ese público me interesa su fallo.

Bal siempre valoró de manera especial su papel de compositor de cierto éxito, lo que le permitía superar el tópico del crítico como un compositor fracasado, y esa evaluación del profesional ante polémicas como la que hemos relatado; una idea que formula en sus escritos en distintas ocasiones y que expone aquí claramente al compositor Enrique Macías, refiriéndose al éxito de su *Serenata para cuerdas* (1941-1942):

> Imagínese usted, amigo Macías, mi situación —y mi desconfianza— en el momento de aquel estreno: el público filarmónico de México me conocía sobradamente por mis actividades musicológicas y mi crítica semanal de conciertos en uno de los principales diarios de aquella ciudad; eso, por supuesto, en vez de poner al público en mi favor, era natural que lo pusiese en contra mía como compositor, por la creencia general y más o menos bien fundada de que los críticos y los musicólogos suelen ser compositores fracasados o instrumentistas que no lograron

[56] Fondo Bal, C5. 2/2.

dar la talla como concertistas; pues bien, con ese *handicap* perfectamente explicable, el público recibió la obra con verdadero entusiasmo.[57]

En el año 1952 se gesta una nueva polémica que, en sus contenidos, argumentos y estilo, podemos considerarla continuación de la de 1950, aunque, quizá por el cansancio de la precedente, no alcanzó tan alto clamor. En esta ocasión, tras un comentario de Bal en *Radio Universidad* sobre la manera tan peculiar de dirigir que tenía Sergiu Celibidache, el representante de Conciertos Daniel (entidad patrocinadora de la Filarmónica), Enrique Delhumeau, en el entreacto del concierto del maestro rumano y dirigiéndose al público, llamó a Bal "asalariado del Instituto Nacional de Bellas Artes y que tiene a su cargo comentar por radio los conciertos de la Orquesta Sinfónica Nacional". Este nuevo *casus belli*, repleto de tonos xenófobos, además de reavivar los restos de la polémica reciente, guarda relación con la incombustible firma Conciertos Daniel y con la orientación "clasista" de sus conciertos, tema ya abordado por Consuelo Carredano en sus enjundiosos trabajos sobre Adolfo Salazar, también beligerante contra la programación de la filial de Daniel de la calle de los Madrazo de Madrid.[58]

Resulta curioso observar cómo la prensa gallega, y en particular la lucense, prefirió ver en estas polémicas un ejemplo de la valentía, la gallardía y la categoría humana de nuestro crítico Bal y Gay, tal vez por el tono épico que Antón Buxán y Jesús Bal imprimieron al guión de *Nuestros trabajos y nuestros días*, al renunciar a la tarea de proporcionar a estos asuntos la contextualización

[57] Carlos Villanueva, "El encuentro epistolar entre dos músicos gallegos", p. 645 (pregunta 32 del cuestionario de E. Macías). *La Serenata* fue compuesta entre julio de 1941 y julio de 1942, estrenándose al año siguiente, con la Sinfónica y Carlos Chávez al frente; alcanzó un notable éxito y entró inmediatamente en el repertorio de la orquesta. Es aquella obra señera con la que Bal se reencuentra con el público lucense, que lo homenajea en 1973; la interpretación estuvo a cargo de Frübeck de Burgos con la Orquesta Nacional de España; véase Javier Arias Bal, "El catálogo musical del archivo Jesús Bal y Gay", en *Jesús Bal y Gay. Tientos y silencios*, p. 135.

[58] He tratado también este tema con ocasión de las polémicas entre Salazar y Subirá en "Adolfo Salazar y la crítica musical. Las otras orillas", art. cit.

y la objetividad que se merecían.[59] Teniendo tan a mano la documentación correspondiente, es una lástima que hayan procedido así.

★ ★ ★

Mis predecesores en los estudios sobre la crítica musical de los exiliados españoles en México, Consuelo Carredano y Emilio Casares, me dieron el marco y trazaron las directrices para poder repasar con cierto distanciamiento el personaje de Bal y Gay musicógrafo y crítico en México; los soberbios estudios de Clara E. Lida y sus colaboradores sobre La Casa de España, El Colegio de México y la alargada sombra de los intelectuales españoles en el exilio pusieron con notable serenidad el contexto tan necesario para poder situar a personajes, como Bal, que tienden a "salir borrosos" en la foto. Finalmente, la Residencia de Estudiantes y El Colegio de México nos reunieron y nos regalaron el debate para poder prolongar una reflexión sobre el 70° aniversario de La Casa de España, lo que nos ha permitido conocernos mejor e ir diluyendo las tensiones que la propia interpretación de la historia deja residualmente. De esta manera nos hallamos obligados, de una vez por todas, a juramentarnos para que estas investigaciones nunca vuelvan a hacerse por separado.

[59] "Como periodista musical su espíritu valeroso e independiente, [era] ciertamente insensible a criterios de imagen o modas. Sus duras críticas a la interpretación por Celibidache en la *Sinfonía Pastoral*, o la concepción musical de Alexis Weissenberg resultan excelentes ejemplos". Véase X. M. Carreira, "Bal y Gay", en *Diccionario de la música española e hispanoamericana*.

VI.
POESÍA, LITERATURA, ARTES PLÁSTICAS

DOMENCHINA, O EL MITO DEL EXILIO

Amelia de Paz
Madrid, España

Venía para acá pensando en la suerte que he tenido con que me haya tocado hablarles a estas horas de digestión y somnolencia. Ahora que nadie nos escucha, me gustaría poner el contrapunto a algunas de las afirmaciones que se han hecho esta mañana, y la semana pasada en el congreso de Madrid.[1] Mi disertación versará sobre un poeta español poco conocido que —al igual que otras figuras que estamos abordando estos días— vino a México en 1939 al amparo de esta casa, y aquí produjo lo mejor de su obra. Antes, esbozaré algunas consideraciones propedéuticas sobre el exilio español, suscitadas por su caso. Debo aclarar que mi interés por Juan José Domenchina fue desde el primer momento estrictamente filológico. Mi trabajo se desenvuelve en el marco de la denominada crítica textual: ediciones, variantes, exégesis lingüística. Cuestiones de hermenéutica, pues, y a partir de ellas, modestos ejercicios de estimativa. Filología pura y dura, sin otras pretensiones. Quiero decir con esto que, por lo que concierne a mis intereses profesionales, en el fondo tanto daba que Domenchina hubiese padecido las vicisitudes del destierro como que no hubiera salido nunca de Madrid. Se trataba de un poeta del siglo XX, pero podía haberlo sido del siglo I antes de Cristo o del XVI: mi disposición espiritual hacia él no es otra que la que tengo hacia Virgilio o Garcilaso. Disculpen estas confidencias personales. Las creo necesarias para que entiendan la dis-

[1] "70 aniversario de La Casa de España en México", Residencia de Estudiantes (Madrid), 24 y 25 de noviembre de 2008.

tancia —y también la extrañeza— con que observo la militancia imperante en los estudios del exilio republicano español. Me pregunto —no es licencia retórica— si ustedes las compartirán conmigo. Pertenezco a una generación nacida cuando muchas de las personas de este drama ya habían muerto, empezando por el propio Domenchina. Aún alcancé a conocer, en Madrid, a principios de los noventa, a su viuda, Ernestina de Champourcin, gracias a su longevidad cuasi nestoriana. Conservo de su trato recuerdos entrañables. Pero su tiempo no era el mío. Hoy lo es todavía menos. Cuando se estudia una época relativamente cercana, con valores y referencias en parte vigentes, no es difícil padecer el espejismo de identificarse con ella y hacer propias las causas de sus protagonistas. Pero eso es una forma de proyección vicaria, deleznable, a mi juicio, desde un punto de vista intelectual. El tiempo de los exiliados republicanos españoles no es el nuestro. No lo es ni en el caso de quienes, como quizá más de uno entre ustedes, poseen vínculos familiares o de discipulado con ellos. Ni siquiera lo es en el de los posibles supervivientes, por cruel que resulte. Considero que, por respeto a su memoria, al rigor histórico y a nosotros mismos, es lo primero que conviene tener en cuenta.

Sobre el llamado exilio republicano español del 39 se han dicho muchas cosas. Lo bastante como para que el concepto sea hoy extremadamente confuso y arduo de desentrañar. En el título de mi intervención lo denomino "mito", porque creo que reúne, contaminadas, las acepciones vulgares del término: "historia ficticia o personaje literario o artístico que condensa alguna realidad humana de significación universal"; "persona o cosa rodeada de extraordinaria estima"; "persona o cosa a las que se atribuyen cualidades o excelencias que no tienen, o bien una realidad de la que carecen" (*DRAE*). Es tal la fascinación que el enunciado "exilio republicano español" ejerce, que hasta el significado más técnico del vocablo "mito" ("narración maravillosa situada fuera del tiempo histórico y protagonizada por personajes de carácter divino o heroico") no queda lejos de su órbita semántica, si juzgamos por la reverencia supersticiosa con que se suele proceder ante él. De todo ello me interesa destacar ahora el elemento numinoso

e ilusorio, común a las cuatro definiciones: de suceso histórico real en el que se vieron implicados seres humanos de carne y hueso, el exilio se ha elevado a categoría trascendente. Nos hallamos ante un *ídolo*, en sentido antropológico y baconiano. En ese punto, la creencia se impone al entendimiento como un muro infranqueable: el ensueño suplanta al examen desapasionado. Afrontamos el exilio como quien profesa un credo. Tal es, a mi entender, el estadio precientífico en que se produce nuestra labor. (Al hacer estas observaciones debo advertir que mi intención no es desmitificadora, sino descriptiva: como todo mito, pienso que el del exilio cumple una función y que solo se desactivará cuando el medio en que ha prosperado cambie, u otro mito más vigoroso venga a sustituirlo).

Sabemos mucho del exilio español. Tal vez incluso demasiado. Tanto, que conculcamos de buena fe su deliberado mutismo ontológico. El vacío —la mudez insondable de la ausencia que define al exilio— se resuelve en cháchara. A menudo me digo si no sería más piadoso —y desde luego más saludable— dejar en el silencio muchas de las insignificancias que a diario exhumamos, magnificándolas. Son, en términos semióticos, un ruido. La necrofilia erudita nos puede. Y nos hace perder el norte de las jerarquías. El exilio goza de un prestigio que se tiende a hacer extensivo indiscriminadamente a la actividad de todo el que de un modo u otro resultó tocado por él. El exilio es, en sí mismo, un grado. Entre los refugiados españoles en México, todos podemos aducir nombres cuyo mayor mérito, si no el único, consiste en haber sufrido la expatriación. Nadie hablaría hoy de ellos si hubieran permanecido en España tras la Guerra Civil, de la misma suerte que no se mienta a otros ni más ni menos estimables que quedaron allá. La excelencia del destierro es uno de los axiomas del mito. Otro es su exclusivismo ostentoso. Se ha dicho, por ejemplo —cabe suponer que con buena conciencia—, que el Colegio que hoy nos convoca surgió del "encuentro de lo mejor de México y lo mejor de España".[2] La frase es de Clara Lida, en

[2] Clara E. Lida, José Antonio Matesanz, Josefina Zoraida Vázquez, *La Casa de España y El Colegio de México. Memoria 1938-2000*, México, El Colegio de México, 2000, p. 21. En adelante se cita como: *La Casa de España*.

el prefacio del que probablemente sea el estudio global más exhaustivo que existe acerca de esta institución, y desde luego ajeno al registro inflamado de otros.[3] Bien. Por lo que toca a México, no me corresponde a mí opinar. Pero en lo que concierne al lado español es de justicia poner en evidencia la hipérbole, al menos en lo que atañe a las humanidades: ¿lo mejor de un país donde, entre otros, quedaron historiadores como Carande, Jesús Pabón, Valdeavellano, Domínguez Ortiz, Vicens Vives, Maravall o Caro Baroja, artífices del idioma como Azorín o D'Ors, politólogos como Díez del Corral, latinistas como Tovar, arabistas como Asín Palacios y Emilio García Gómez, romanistas como Martín de Riquer, Rafael Lapesa o Dámaso Alonso? Este último parece ser que en un primer momento aceptó la invitación de La Casa de España, pero el hecho es que no pasó a integrar su plantilla (sólo más adelante vendría al Colegio de México fugazmente, en calidad de visitante, al igual que otros, entre ellos el propio Lapesa, quien estuvo aquí dos veces en los años sesenta).[4] Sus trayectorias son por sí elocuentes. No son las únicas. Casi es descortesía recordar ante este auditorio que el peso pesado a cuya medida se diseñó La Casa, don Ramón Menéndez Pidal, nunca llegó a pisar estas tierras y murió centenario en su residencia madrileña (cosa que algunos no le perdonaron, ni aquí ni allí). Eso, a pesar de que —como significativa excepción— el sueldo que aquí se le ofreció casi doblaba el de los restantes invitados, y a pesar también de que La Casa de España nacía como réplica de su amado Centro de Estudios Históricos.[5]

[3] Sin ir más lejos, el volumen colectivo *El exilio español en México (1939-1982)*, publicado por el Fondo de Cultura Económica en 1982.

[4] *La Casa de España*, pp. 67, 77 y 264. AAVV, *Studia hispanica in honorem R. Lapesa*, vol. III, Editorial Gredos/Cátedra-Seminario Ménendez Pidal, Madrid 1975, p. 11. Que don Dámaso aceptara en algún momento la invitación de La Casa de España no se desprende, sin embargo, de modo incontrovertible de su expediente conservado en el Archivo Histórico de El Colegio de México, donde en cambio se atestigua su negativa en primera instancia por motivos de salud. Véase AHCM, sec. "La Casa de España", caja 1, exp. "Dámaso Alonso", docs. 2-8. La noticia procederá acaso de una carta remitida por José Gorostiza al embajador Tejada el 27 de enero de 1939 (*ibid.*, doc. 16), pero parece ser desmentida por la posterior misiva de Cosío a Eduardo Hay del 18 de octubre del mismo año (*ibid.*, doc. 17).

[5] "La remuneración mensual que se ofrece, salvo la del doctor Ramón Menéndez Pidal que es de $1 000.00, es de $ 600.00 a partir de la fecha de salida. Por

Todos los esfuerzos por atraerlo resultaron vanos. Pero es que tampoco se adscribieron a ella otras personalidades de primera magnitud como Sánchez-Albornoz, Teófilo Hernando, García Morente, Américo Castro, Montesinos o Navarro Tomás, cuyos nombres aparecen en los proyectos iniciales concebidos por Cosío Villegas, y que sin embargo eligieron otros destinos.[6] En ello incidiremos luego. Tampoco Marañón vino a México, ni Laín, ni Zubiri, ni Rodríguez-Moñino, ni Madariaga, ni Eugenio Asensio, ni Juan Ramón Jiménez.[7] Ni "el hombre malo de Itzea". No pretendo levantar el catastro de ausencias: son más de las que aquí podría consignar, aun sin tener en cuenta a las jóvenes pro-

cuenta de México serán también los gastos de viaje de ida y vuelta, incluyendo a los familiares directos conforme a la clasificación de la ley del Servicio Exterior. Conviene explicar que los sueldos que se señalan constituyen una base decorosa de vida en México y podrán ser bonificados atendiendo a condiciones personales concretas" (Eduardo Villaseñor, *ap. La Casa de España*, p. 102). La oferta a Menéndez Pidal se realiza por vía diplomática en agosto de 1938; su negativa, alegando "motivos de salud y otros", en septiembre (AHCM, sec. "Alfonso Reyes", caja 8, exp. "Menéndez Pidal", docs. 1 y 6).

[6] Claudio Sánchez-Albornoz rehúsa por motivos familiares y crematísticos (AHCM, sec. "Alfonso Reyes", caja 9, exp. "Sánchez-Albornoz", doc. 5); Teófilo Hernando, igualmente por razones familiares y anímicas (AHCM, sec. "Alfonso Reyes", caja 7, exp. 31, doc. 13); Américo Castro da prioridad a otro reclamo, de la Universidad de Texas (AHCM, sec. "La Casa de España", caja 5, exp. 16, docs. 1-7); José Fernández Montesinos pospone *sine die* la aceptación (AHCM, sec. "Alfonso Reyes", caja 6, exp. 50, docs. 1-3), y declina asimismo la cátedra que se le ofrece en 1948 (AHCM, sec. "La Casa de España", caja 17, exp. 2, doc. 3); Tomás Navarro Tomás declara —a prudente distancia— su adhesión al proyecto mexicano: "El nombramiento de profesor que espontánea y rápidamente me ha concedido Columbia University me ha traído a Nueva York. Quiero manifestar a usted sin embargo mi deseo de que me considere estrechamente unido a su empresa cultural y en la más sincera disposición para dedicarle toda la atención que de mi parte pudiera necesitarse" (carta a D. Cosío del 10 de marzo de 1939, AHCM, sec. "La Casa de España", caja 24, exp. "Navarro Tomás", doc. 6).

[7] La afirmación, naturalmente, se refiere a viajes institucionales y en los años inmediatamente posteriores a la creación de La Casa de España. En rigor, Antonio Rodríguez-Moñino sí estuvo en México: en fecha tardía (hacia 1965 o 1966) asistió a la Convención de Profesores de Lenguas Modernas de Monterrey, como prolongación de su gira por diversas universidades estadounidenses (véase Rafael Rodríguez-Moñino Soriano, *La vida y obra del bibliófilo y bibliógrafo extremeño D. Antonio Rodríguez-Moñino*, Mérida, Editora Regional de Extremadura, 2000, p. 331). Juan Ramón Jiménez, por su parte, conoció "el norte de Méjico y Estados Unidos, donde me casé" (J. R. Jiménez, *Guerra en España (1936-1953)*. Introducción, organización y notas de Ángel Crespo, Barcelona, Seix Barral, 1985, p. 102).

mesas que pronto empezaron a dar sus frutos.[8] De muchos de los nombres que menciono se conserva el testimonio explícito de sus filias y fobias; hoy son de dominio público.[9] Otras no divulgadas, como las que Antonio Machado confió a Domenchina durante la guerra en su cobijo de Rocafort, sorprenderían probablemente a más de uno.[10] ¿Lo mejor de un país donde quedó nada menos que Ortega? ¿Habría suscrito José Gaos tal aserto? "Yo me llevo la canción", pontificó con petulancia cierto vate zamorano aquí afincado, desvelando no sé qué turbio instinto rapaz, y la presunción hizo más fortuna que su tardía palinodia.[11] Lo de menos es

[8] También en esas generaciones sucesivas las nóminas son cada vez más extensas dentro que fuera de España, por razones puramente demográficas: un número circunscrito de exiliados, por abundante que sea, no puede proliferar en la progresión que el resto del país. Ya Julián Marías lo advirtió en los años cincuenta: "La idea, tan difundida ahora, de una España apagada, tétrica, inerte, es absolutamente falsa. [...] La mayoría de los escritos extranjeros, incluso de hispanistas, y de emigrados españoles, con excepciones contadísimas, daban por nula culturalmente a España, la consideraban desaparecida. En un ensayo de 1951 mostré cómo la emigración republicana era todavía más numerosa e importante de lo que sus partidarios decían, y que su alejamiento de España había sido una gravísima pérdida: pero que, como no podía ser menos, España seguía en Europa, y el número de los cultivadores de las disciplinas científicas, filosóficas, históricas, literarias o artísticas residentes en España era mucho mayor que el de los exiliados, y lo sería cada vez más, ya que la emigración intelectual no podía reproducirse como la nación entera" (Julián Marías, *España inteligible. Razón histórica de las Españas*, Madrid, Alianza Editorial, 2006 [1ª ed., 1985], p. 373).

[9] La bibliografía, como es notorio, es variada y dispersa. De algunas de las opiniones menos aireadas se hace eco Henry Kamen en los capítulos VII a X de su síntesis *Los desheredados. España y la huella del exilio*, Madrid, Aguilar, 2007.

[10] Juan José Domenchina: "Antonio Machado (retrato)" (ms. 22.273 Biblioteca Nacional de Madrid). Se trata de un ensayo inédito, de 1942, cuya transcripción puede verse en nuestra tesis doctoral *Juan José Domenchina. Estudio y nuevos textos*, Universidad Complutense de Madrid, 2003, vol. III, pp. 2605-2654.

[11] León Felipe, *Ganarás la luz (biografía, poesía y destino)*, México, Ediciones Cuadernos Americanos, 1943, p. 37. La retractación, en su prólogo de 1958 al poemario de la bilbaína Ángela Figuera Aymerich *Belleza cruel:* "Fue este un triste reparto caprichoso que yo hice, entonces, dolorido, para consolarme. Ahora estoy avergonzado. Yo no me llevé la canción. *Nosotros* no nos llevamos la canción. Tal vez era lo único que no nos podíamos llevar: la canción, la canción *de la tierra*, la canción que nace *de la tierra*, la canción *inalienable de la tierra*. Y nosotros, los españoles del éxodo y del viento... ¡ya no teníamos *tierra*! Vosotros os quedasteis con todo: con la tierra y la canción. Nuestro debió haber sido el salmo, el salmo del desierto, que vive sin tierra, bajo el llanto, y que sin garfios ni raíces se prende, se agarra, anhelante, de la luz y del viento". *Ap.* Á. Figuera Aymerich, *Obras completas*. Nota preliminar de Julio Figuera. Introducción y bibliografía de Roberta Quance, Madrid, Ediciones Hiperión, 1986, p. 205.

que Gerardo Diego, Vicente Aleixandre o el propio Alonso —por mencionar solo a algunos de los poetas de mayor edad— siguieran en la afónica España.

Han pasado setenta años. Quizá vaya siendo hora de bajar un poco el diapasón. Sin duda este país tiene motivos fundados para enorgullecerse de sus adquisiciones. Nadie se las discute. Fueron el resultado de esfuerzos, incertidumbres y amarguras sin número, como revelan las *Memorias* de Daniel Cosío, dechado de sensatez y ponderación de juicio acerca de personas y hechos.[12] Y fueron tales triunfos el saldo positivo de un ambicioso plan malogrado: traer a la flor del Centro de Estudios Históricos. Pocos y prominentes. Y no con carácter vitalicio. "Recordará usted que el culto [*sic*] mejor y más fuerte de la lista primitiva lo componían los principales Miembros del Centro de Estudios Históricos: Menéndez Pidal, Dámaso Alonso, Fernández Montesinos, Navarro Tomás y Sánchez Albornoz. A ninguno de ellos conseguimos", se duele Cosío en 1939, en carta a Gabriela Mistral.[13] Motivo, sin duda, de reflexión: lo cierto es que pudiendo elegir —todos ellos estaban en condiciones de hacerlo—, al México de Cárdenas habían antepuesto la Argentina de los dictadores, los campus estadounidenses, la España franquista. Sobre el papel, La Casa de España en México nacía con el objeto de tutelar "a cinco o diez de los más eminentes españoles que como consecuencia del triunfo militar no podrán hacer por muchos años su vida en España" —son palabras asimismo de Cosío, en la temprana fecha de septiembre de 1936.[14] La realidad, sin embargo, es que no pocos de quienes habían abandonado España durante la guerra regresaron a partir de 1939, cuando el "triunfo militar" se con-

[12] Daniel Cosío Villegas, *Memorias*, México, Editorial Joaquín Mortiz, 1976, pp. 181-182.

[13] *Ap.* Clara E. Lida, José Antonio Matesanz, Josefina Zoraida Vázquez, *De "La Casa de España" a "El Colegio de México"*, México, El Colegio de México, 1998, p. 33.

[14] "Para seguir siendo congruentes con nuestra anterior actitud, debe escogerse un hecho que no tenga ninguna significación política, sino humanitaria, desinteresada. He pensado cuál podría ser esta y no encuentro mejor que invitar a cinco o diez de los más eminentes españoles que como consecuencia del triunfo militar no podrán hacer por muchos años su vida en España" (carta desde Lisboa a Francisco J. Múgica, del 30 de septiembre de 1936, *ap. La Casa de España*, p. 32).

sumó. Ese fracaso de origen es tabú en la historiografía de esta casa —se suele encubrir con evasivas—, pero no lo era para sus fundadores: ni Cosío ni Reyes se engañaron nunca al respecto. Sabían de la desproporción entre sus expectativas y sus logros, y albergaban dudas, por diferentes razones, sobre la solvencia e idoneidad de quienes vinieron a cubrir tales huecos.[15]

Juan José Domenchina fue uno de ellos. Su caso, desprovisto de los caireles que adornan a otros, nos ilustra sobre algunos de los aspectos más crudos que caracterizan la huida de la inteligencia española a México. Dos de esas facetas se imponen al resto: una, que en buena medida se trató, como acabo de señalar, de una captación de suplentes; dos, que pese al interés de sus patronos —en especial de Cosío— por mantenerla en el limbo de la presunta pureza intelectual de miras, prevaleció en ella el componente político. Cabe conjeturar si para más de uno el elemento disuasor ante la mano tendida por La Casa de España no sería precisamente alguno de tales factores, y en concreto el sectarismo político que se iba instalando en sus arrabales.[16]

[15] "Gaos no era precisamente un hombre de trato suave o diplomático, sino más bien de pensamiento y de palabra directos. Y estaba Gonzalo Lafora, médico, pero siquiatra, es decir, de una especialidad poco menos que desconocida en México. También nos preocupaba Juan de la Encina, tanto por su temperamento secón como porque su especialidad en la pintura moderna lo llevaría sin remedio a juzgar los murales de Diego y de Orozco, considerados entonces como un patrimonio nacional intocable. También nos parecía dudosa la acogida que podría recibir Adolfo Salazar, tanto por carecer de títulos académicos, como por practicar la crítica y la historia musical, oficios que se conocían poco aquí [...] Enrique Díez-Canedo carecía también de título académico y su actividad principal, la crítica teatral, no había llegado a ser en México una especialidad reconocida, además de ejercerse habitualmente en los diarios, lo cual hacía necesario conectarlo con alguno de los nuestros, cosa nada sencilla. [...] Pepe Moreno Villa [...], con una ubicación intelectual poco clara, que no se ajustaba a los cánones conocidos aquí, pues su carrera profesional era la de archivólogo, que no pensaba ejercer aquí. Bal y Gay era poco conocido en España misma, y del todo desconocido en México" (Daniel Cosío Villegas, *Memorias*, pp. 175-176).

[16] Ese sería al menos el sentir de Ramón Menéndez Pidal, según su biógrafo Joaquín Pérez Villanueva: "El 20 de abril [de 1937, desde Cuba, Menéndez Pidal] escribe a Marañón sin referirse concretamente a cuestiones políticas ni a la marcha de la guerra, pero anunciando que no irá a México, donde hay demasiados españoles de un solo bando" (J. Pérez Villanueva, *Ramón Menéndez Pidal. Su vida y su tiempo.* Prólogo de Rafael Lapesa, Madrid, Espasa-Calpe, 1991, p. 351). Observación curiosa, para fecha tan temprana. Podría explicar ese reticente "y otros" que acompaña a los

Examinando la vida y la obra de Juan José Domenchina tal hipótesis surge por sí sola. Solemos ver el exilio español en bloque, como un todo monolítico donde unas partes transfieren a otras sus esencias, y el conjunto queda investido con el poder santificador del mito a que antes me refería. Pero sobre la base común que permite identificar a ese grupo humano como exiliados —todos se vieron compelidos a abandonar la patria—, el resto es variedad —la irreductible variedad de lo existente—, cuando no discrepancias y hasta incompatibilidades. Domenchina personifica por antonomasia ese conflicto y sus consecuencias. Siendo, como es, de los españoles acogidos en México el que con mayor entrega consagró el resto de sus días a la especulación poética sobre el fenómeno del destierro, falta incluso en los repertorios dedicados monográficamente al asunto. Curiosamente, con él no ha funcionado el carisma del exilio: nadie parece acordarse de su persona, ni aquí ni allá. (A ninguno de ustedes se le escapará que el hecho de que hoy estemos hablando de él es absolutamente excepcional). Llegó a México a últimos de mayo del 39 por pura beneficencia de La Casa de España, con cuarenta y un años, cinco familiares y deshecho por la guerra.[17] No venía de servir en el frente militar, pero sí de extenuarse, hasta última hora, en el propagandístico. Antes de la guerra había sido secretario de Manuel Azaña y, por escasos meses, delegado del gobierno en el Instituto del Libro Español. Su amistad con Azaña, dieciocho años mayor que él, databa de comienzos de los años veinte, cuando Domenchina colaboró en *La Pluma*; en 1925, secundando el proyecto político azañista, fue socio fundador de Acción Republicana. Su extracción burguesa —hijo de un ingeniero de caminos, había nacido y residía en la madrileña calle de Serrano— lo sitúa cómodamente en la elite del Barrio de Salamanca que rige los destinos intelectuales y políticos de la nación. El decenio siguiente ve consolidarse su personalidad literaria: con siete poemarios publicados, dos no-

"motivos de salud" por los que al año siguiente don Ramón declina el llamamiento de La Casa de España (cf. *supra*, nota 5).

[17] Salvo que se precise otra fuente, los datos biográficos que siguen proceden de la "Cronología vital y editorial de JJD", apéndice I de Amelia de Paz, *Juan José Domenchina. Estudio y nuevos textos*, vol. III, pp. 3042-3102.

velas y más de un centenar de artículos, Domenchina se labra un nombre en los mentideros madrileños. La contundencia crítica de su *alter ego* "Gerardo Rivera" despierta pasiones encontradas. Enero de 1936, con la aparición en Signo de sus *Poesías completas (1915-1934)*, marca la cúspide de su controvertida fama: se le tributan a un tiempo banquetes de homenaje y protestas colectivas. Unos y otras están a punto de ser escombros: estalla la guerra y ese mundo de seguridades y lides versallescas se desmorona. Domenchina, como otros, es evacuado por el Quinto Regimiento a Valencia. Allí —más tarde en Barcelona, cuando el cariz de la contienda parece irreversible— asume la jefatura del Servicio Español de Información, órgano de la Subsecretaría de Propaganda del Ministerio de Estado. El *Boletín*, en varias lenguas, que el Servicio imprime febrilmente acredita el empeño con que Domenchina se empleó en su cometido, y permite inferir por qué apenas escribió poesía esos años. Su suplemento literario es hoy una rareza bibliográfica. Domenchina permanece al lado de Azaña hasta la derrota final; como medida de urgencia es nombrado "Secretario de Embajada de primera clase agregado al Gabinete Diplomático de S. E. el Presidente de la República", dignidad rimbombante que solo contiene humo (y miedo a quedar desvalido).[18] Sus itinerarios se separan en Perelada a últimos de enero del 39. Pasa a Francia con los suyos en febrero y subsiste gracias al auxilio de amigos franceses. El llamamiento de Alfonso Reyes le llega a finales de abril, colmando de alivio y gratitud al destinatario. A punto de embarcar para América, reitera su agradecimiento a Reyes: "Sólo puedo repetirle que en la situación más difícil de mi vida he encontrado en usted, que nada me debe, lo que no pude hallar en otros, que se dicen incondicionales y obligadísimos amigos míos".[19] En su epistolario, Azaña se apunta el tanto: "He obtenido del presidente Cárdenas un puesto, también en La Casa de España, para Domenchina, que ha estado tres meses en Toulouse, con su familia, pasando las penas derramadas"

[18] *Curriculum vitae* de JJD (AHCM, sec. "La Casa de España", caja 6, expediente "Juan José Domenchina", nº 26, doc. 26).

[19] JJD, carta a Alfonso Reyes desde Saint-Naizare, 15 de mayo de 1939 (exp. JJD de la Capilla Alfonsina).

—comenta en su memorable "Carta a Ángel Ossorio".[20] Su correspondencia con el propio Domenchina informa igualmente de sus gestiones. Una misiva de Reyes al embajador de los Estados Unidos de América, si no es fórmula protocolaria, confirma que Domenchina tenía, en efecto, buenas aldabas: su elección como miembro de La Casa de España se había producido, literalmente, "por invitación especial del señor Presidente Cárdenas".[21] Algo de ello hubo de haber, y de modo determinante, cuando un fiel amigo de Domenchina adscrito a La Casa desde octubre del 38, Ricardo Gutiérrez Abascal, que llevaba tiempo presionando en su favor ante Cosío, da por imposible el nombramiento —por razones de presupuesto y cupo— escasas fechas antes de producirse.[22] En sus cartas a Domenchina, no se cansa de insistir paternalmente para que este toque la tecla diplomática por medio de Azaña, pues "eso es lo menos que ese buen señor puede hacer por usted."[23] Y así sería. Todo apunta a que la dedocracia ineluctable, y no las necesidades efectivas de La Casa de España, había obrado el milagro. La designación tenía lugar además en el momento en que la institución encaraba un reto de identidad: no descender de la caza de talentos a la caridad pública. Su programa optimista, que implícitamente había contado con la victoria de los republicanos —y por tanto con la provisionalidad del socorro mexicano—, se veía trastrocado por la derrota de aquellos. De solicitante selectiva, La Casa había pasado a ser solicitada por aspirantes de perfil diverso y patrimonio arruinado. En ese panorama, Domenchina, que carecía de cualificación científica y aborrecía la enseñanza, era invitado para desempeñar una labor docente, no por sus méritos literarios —que sólo relajando mucho el criterio podían tener cabida en el organigrama de La Casa—, sino por su observancia política. En conformidad, al reseñar en su ficha de admisión las actividades a que piensa dedicarse en México, junto

[20] Manuel Azaña, "Carta a Ángel Ossorio", *ap. Memorias de guerra, 1936-1939*, Barcelona, Grijalbo Mondadori, 1996, p. 426.

[21] Carta a Josephus Daniels, del 21 de junio de 1940 (exp. JJD del AHCM, nº 25, doc. 27).

[22] Ms. 22.269/154 BNM.

[23] *Loc. cit.*

con la reedición de sus obras, da cancha a los trabajos de contenido político, desvirtuando la ejecutoria libresca de "Gerardo Rivera": una biografía de Azaña que lleva preparando "hace ya seis años" es su carta de presentación.[24] (Nunca, por cierto, volvió a saberse de ella, como no sea que el autor aprovechara más adelante los materiales reunidos en una semblanza que editó la Universidad de La Habana a principios de los cincuenta, de la que habían ofrecido sendos anticipos *La Vanguardia* y *Romance*).[25] Declara también su intención de dar a las prensas sus memorias "Pasión y muerte de la República española": andanada contra tirios y troyanos que tampoco llegaría a ver la luz bajo el sello de La Casa de España —lo que nada tiene de raro, considerando que alguno de los troyanos pertenecía a la propia Casa—, y cuya temprana difusión en un diario mexicano envenenó irreversiblemente la relación de Domenchina con sus compatriotas exiliados.[26] Basta asomarse a ellas y al efecto que causaron para comprobar que la colonia española distó de ser la Arcadia que nos han pintado. "Dos Españas [...], y siempre dos en cada parte, por mucho que se la fragmente", como diría don Ramón Menéndez Pidal.[27]

Con tales antecedentes, la vinculación de Domenchina a La Casa resultó sinuosa y problemática. Una sola publicación constatable: las madrugadoras *Poesías escogidas (1915-1939)*, que no hacían sino reproducir con escasas variaciones las susodichas *Poesías completas* del 36.[28] A la altura de 1940, constituían una obra trasnochada: presentaban ante el público mexicano al ingenio versátil que Domenchina definitivamente había dejado de ser tras el

[24] *Curriculum vitae, ap.* exp. JJD del AHCM, nº 26, doc. 29.

[25] JJD, "Un entendimiento ejemplar: don Manuel Azaña, escritor y político", *La Vanguardia*, 27 de diciembre de 1938 a 7 de enero de 1939 (reimpreso y ampliado en *Universidad de La Habana*, núms. 100-103 (1952), pp. 238-272); id., "Azaña, escritor y político", *Romance*, nº 18 (15 de noviembre de 1940), pp. 1, 3 y 14.

[26] JJD, "Pasión y muerte de la República española", *Hoy*, 5 de octubre de 1940 a 29 de marzo de 1941.

[27] Ramón Menéndez Pidal, en carta a Américo Castro: "Usted no cree en las dos Españas por ser demasiado iguales entre sí, pero dos son, por desgracia, y siempre dos en cada parte, por mucho que se la fragmente. Aquí tenemos la mitad de la mitad enfrente una de la otra, lo mismo que entre los exiliados" (*ap.* J. Pérez Villanueva, *Ramón Menéndez Pidal. Su vida y su tiempo*, p. 469).

[28] *Poesías escogidas (1915-1939)*, México, La Casa de España en México, 1940.

abismo de la guerra. Como novedad, incluyen un puñado de décimas y sonetos —alguno muy hermoso— del último sexenio.[29] No sabemos si las traducciones que en los primeros cuarenta firmó para el Fondo de Cultura Económica han de contabilizarse también como parte de su compromiso:[30] es posible que sí, al igual que su *Antología de la poesía española contemporánea (1900-1936)*, apalabrada con La Casa en octubre de 1939 e impresa por Atlante dos años después.[31] Fuera de ello, todo son promesas, expectativas incumplidas, dilaciones y nebulosas. La conversión de La Casa de España en El Colegio de México pilla a contrapié a un Domenchina sin credenciales académicas: la rescisión de su contrato a finales de 1940, atestiguada por su expediente del Colegio, supone un varapalo. Domenchina atraviesa la peor época de su vida, incapaz de superar la depresión que lo atenaza desde su salida de España. Es consciente de haber defraudado la confianza depositada en él.[32] Solicita una prórroga, que le es denegada.[33] Se ofrece incluso al odioso menester de dar clases o conferencias, "superados ya los escrúpulos que me indecidieron un día".[34] No parece que fuera admitido. En mayor sintonía con sus capacidades, durante el semestre anterior había sido comisionado para proseguir en Nueva York, junto a Federico de Onís, sus trabajos de investigación crítica, pero el traslado nunca llega a efectuarse.[35] Pasan los años. Providencialmente, Domenchina sigue percibiendo el subsidio de El Colegio de México, y deshaciéndose en bien ganados elogios hacia sus benefactores. El epistolario cruzado con Alfonso Reyes hasta el final de su vida prueba un afecto sincero, más allá de los requilorios formales. Se le hacen otros encargos, que hue-

[29] Núms. 369-379 de JJD, *Obra poética* (vol. II), ed. de Amelia de Paz, Madrid, Editorial Castalia-Comunidad de Madrid, 1995, pp. 11-16.

[30] Son la *Historia de Europa, desde las invasiones al siglo XVI* de Henri Pirenne, y *El hombre y lo sagrado* de Roger Caillois, ambas publicadas en 1942. En 1960, póstuma, apareció asimismo en el FCE su versión de Marcel Raymond, *De Baudelaire al surrealismo*.

[31] AHCM, exp. JJD, nº 25, doc. 15.

[32] Carta a Reyes del 12 de diciembre de 1940 (exp. JJD del AHCM, nº 25, docs. 33-34).

[33] *Loc. cit.*

[34] *Loc. cit.*

[35] Exp. JJD del AHCM, nº 25, docs. 22-29.

len a pretextos para mantenerlo en nómina.[36] El Colegio se las arregla para seguir remunerando a un pupilo que da más largas que frutos. O eso parece. Aunque ¿por qué no se publicó nunca su excelente ensayo sobre la poesía de Enrique González Martínez, prometido a La Casa en 1939 y concluido en enero de 1944, del que nos consta su existencia material? En carta a Cosío de diciembre del 43, Domenchina da cuenta de su contenido, de su extensión, de los plazos previstos de redacción y entrega al Colegio de México —inminentes, y cumplidos con un retraso de apenas dos semanas—; en mayo de 1944 se menciona en *Pasión de sombra* como obra de próxima aparición, pero ahí quedó todo.[37] ¿Sigue en algún cajón del Colegio? ¿Por qué no salió tampoco su "Concepto español de la poesía", del año anterior, asimismo anunciado en *Pasión de sombra* y cuyo original también se conserva?[38] ¿Y esa proyectada monografía sobre literatura mexicana contemporánea —de la que no tenemos otra noticia— que dejó rastro en su expediente?[39] ¿Qué pasó con la empresa de mayor aliento que acometió —la edición ampliada hasta 1950 de su *Antología de la poesía española contemporánea*—, que le supuso incontables desvelos y cartearse con medio mundo?[40] Pocos esfuerzos comparables de confraternización con la otra orilla se llevaron a cabo desde el exilio. El opúsculo que publicó por entregas *Mañana* en el verano de 1950 —"La actual poesía española en España"— constituye las virutas de aquella carpintería, pero ¿dónde han ido a parar los cuantiosos materiales reunidos durante dos décadas, de que da fe el imponente epistolario generado por su acopio?[41]

[36] Cf. exp. JJD del AHCM, nº 25, doc. 40.

[37] La carta a Cosío figura en el expediente domenchiniano del AHCM (nº 25, doc. 50).

[38] Ms. 22.262/1 BNM. Transcrito en Amelia de Paz, *Juan José Domenchina. Estudio y nuevos textos*, vol. III, pp. 2655-2718.

[39] "Ha trabajado en una antología de poesía moderna española (que ha entregado ya) y prepara un ensayo sobre el poeta mexicano Enrique González Martínez y una monografía sobre la literatura mexicana contemporánea" (exp. JJD del AHCM, nº 25, doc. 16).

[40] Una selección de ese epistolario puede verse en Amelia de Paz, *Juan José Domenchina. Estudio y nuevos textos*, apéndice II.

[41] JJD, "La actual poesía española en España" (I-VI), *Mañana*, 19 de agosto a 23 de septiembre de 1950.

¿Qué relación guarda con la antología el nonato *Poesía española contemporánea*, del que Domenchina esperaba en 1954 que fuera "digno de aparecer dedicado a El Colegio de México"?[42] Nada sabemos de su paradero, pero en carta de ese año a Reyes, el autor lo denomina "libro" y afirma estar "*desrizándolo*, poniéndolo en román paladino, y quitándole la vieja acerbidad de 'Gerardo Rivera'".[43] La etapa mexicana del Domenchina crítico es una larga serie de *ubi sunt* todavía por desentrañar.

Entretanto, el poeta ha llegado a su madurez: en medio de los afanes del existir cotidiano, Domenchina, inconsolable, en el fondo sólo vive para sus versos. Los títulos se suceden inexorables, reincidiendo en un único motivo: *Destierro* (1942), *Pasión de sombra* (1944), *Tres elegías jubilares* (1946), *Exul umbra* (1948), *Perpetuo arraigo* (1949), *La sombra desterrada* (1950), *Nueve sonetos y tres romances* (1952), *El extrañado* (1958). Su soliloquio lírico se convierte en una consecución portentosa, inimaginable cuando Domenchina llegó a México. Es así como una empresa frustrada —la de hacer de un semiadvenedizo un miembro institucionalmente válido— había dado pie a una obra enorme, lograda a contrapelo, ajena a cualquier expectativa, que señorea indiferencia y olvido. A la liberalidad de La Casa de España se debe. Puede decirse que con Domenchina acertaron por las razones equivocadas. Que el poeta nunca se plegara al corsé profesoral ni se adaptase a este generoso país al que debía la supervivencia no sé si será lo mejor que pudo suceder, pero es lo que sucedió.

No pretendo arrojar un jarro de agua fría sobre esta docta institución, y menos en su aniversario. No olvido que ésta es la casa de mi admirado Raimundo Lida, por no evocar a los vivos. Él fue el eslabón que permitió, un decenio más tarde, que por vía argentina el viejo y díscolo Centro de Estudios Históricos prendiera finalmente en México. Ése es el feliz desenlace de la historia, o mejor dicho, el comienzo. Cosío se había salido al cabo con la suya. La perseverancia ganaba la partida. Conmemoramos así una simbiosis que resultó benéfica para todos, y sus promotores

[42] JJD, carta a Alfonso Reyes del 28 de agosto de 1954: exp. JJD de la Capilla Alfonsina (original mecanoscrito); ms. 22.269/238 BNM (calco).

[43] *Loc. cit.*

merecen encomio y gratitud. También ecuanimidad. Dios, dice el libro de Job (35:13), no escucha falsedades. No precisa de ellas. Nosotros, los tristes mortales, tal vez sí, pero solo hasta cierto punto. Cerremos esta larga fase autorreferencial y retrospectiva. La hora de la complacencia narcisista ha pasado. Sabemos hacer cosas mejores, y debemos hacerlas. Muchas gracias.

LEÓN FELIPE Y LA CASA DE ESPAÑA

ARTURO SOUTO ALABARCE
Universidad Nacional Autónoma de México

Uno de los tres primeros invitados a La Casa de España fue León Felipe, quien casi de inmediato se convirtió en la voz poética del exilio en México. Voz alta, ronca, desaforada, que todavía, cuarenta años después, conmueve a favor o en contra. Como a toda poesía de contenido ético, no le faltan críticos severos. Son, sin embargo, poemas resultantes de una sincera desesperación a los que nadie puede hacerse el sordo. Más allá de diferencias de gusto o sensibilidad poética, su calidad humana sigue superando objeciones de perfección formal. Por eso, en su momento, le abrió sin reparos la puerta La Casa de España en México. Generosa recepción que a muchos de los más destacados intelectuales refugiados les permitió continuar sus estudios en este país, a lo que se puede añadir: conocer a fondo América. A Moreno Villa, por ejemplo, a Recaséns Siches, residentes aquí desde antes. Así a León Felipe, recién llegado por tercera y definitiva vez. Amigo de Alfonso Reyes, de Daniel Cosío Villegas, de los más preclaros escritores mexicanos, incluyendo a Vasconcelos, no tuvo el inerme poeta mejor amparo, comenzando por salvar la propia vida. Inerme porque a lo largo de su difícil, azarosa y nómada existencia no tuvo nunca el menor asomo de instinto utilitario, cosa, por cierto, que no faltó en otros intelectuales. Y, como él mismo evocó, prefiriendo siempre el espíritu fantástico a la conveniencia práctica. Y esto debe recordarse o en todo caso tener muy en cuenta cuando se haga el balance del destierro español. Cierto es que no se trata de pura poesía o poesía "pura", pero el tiempo en que vivía no le permitió otra cosa. En sentido

opuesto al de su admirado Juan Ramón Jiménez, que le tuvo siempre inexplicable ojeriza, los poemas de León Felipe son testimonio de la época más sombría de la historia: 1940. Muy consciente de esta crisis no ya española sino universal, León Felipe escribe, más bien grita, aúlla poemas cuya violencia corresponde exacta a la violencia de su tiempo. Debido a ello, una de sus primeras actividades en La Casa de España fueron "conferencias", dicho entre comillas, por la peculiar índole de su discurso, que alterna y mezcla verso y prosa, lúcida aclaración y grito desmesurado. Lecturas inolvidables las suyas, tanto en la ciudad de México como en las de provincia, donde llegan a tener más resonancia. Se inician en 1938 en el palacio de Bellas Artes. Por ejemplo, la que llama *El payaso de las bofetadas y el pescador de caña*, escrita durante la travesía de Cuba hacia México. Un año más tarde, también en Bellas Artes y con dedicatoria a Lázaro Cárdenas, leería partes de *Español del éxodo y del llanto*, posiblemente del conjunto de su obra el libro más difundido. Publicados ambos por La Casa de España, siguen siendo hasta hoy los más evidentes poemas del exilio español, por lo pronto en su primera fase. Están escritos fuera de toda falsa retórica, cuando América, salvo vergonzosas excepciones, era el único continente que quedaba en libertad. No eran pues horas de ocio aquéllas, y León Felipe lo atestigua. "Vivimos en un mundo que se deshace y donde todo empeño por construir es vano".[1]

La Casa de España era sin duda un asilo para los intelectuales acosados por la represión franquista, pero justo es decir, como lo hace Moreno Villa en sus memorias, que el peligro no provenía únicamente de los militares sublevados de la Cruzada, sino también del pueblo en armas. Los que se han llamado con cierta veladura diplomática: los "incontrolables" del lado republicano. El "hombre fiera", al que se refiere Moreno Villa. Pero hay una diferencia esencial. No faltaron criminales, cierto es, entre la multitud revolucionaria, mientras que sus enemigos fusilaban en nombre del orden y la civilización supuestamente "cristiana". Fiel

[1] León Felipe, "Doctrina de un poeta español en 1939", *Español del éxodo y del llanto*, México, La Casa de España en México, 1939, p. 16.

al principio de justicia que había invocado una y otra vez Don Quijote, León Felipe se adelantó a fustigar a la retaguardia dividida por conflictos de partido. Incauto sin duda, pero no errado ni confuso. Puesto a prueba en su honestidad política, se jugó literalmente la vida con su alocución poemática *La insignia*, pronunciada en la Barcelona anarquista de 1937. Por eso parece ingenuo que le preocupara su falta de títulos académicos cuando ya estaba a salvo en México. A diferencia de sus compañeros, no poseía grados León Felipe, no era catedrático ni tampoco investigador. Ser autodidacta le inquietó tanto en su vejez que expresa esta falta de diplomas en diversas ocasiones, y así lo dice en *Ganarás la luz*. Pero no se trata sólo de una deficiencia que lamenta sino a la vez y contradictoriamente una falta que en tono sin duda irónico le enorgullece. El desprecio a todo reconocimiento oficial, extendido a títulos, actas, pasaportes y demás documentos es patente en todo lo que hizo y escribió.

Sus trabajos en La Casa se concretan en dos libros de poesía que, como casi toda su obra, vienen a resumir y organizar múltiples lecturas o discursos previos, algunos dichos ante multitudes, cosa que a los críticos más sensibles y severos no les gusta. Hay un León Felipe bíblico, profético, casi apocalíptico, que tiene mucho de histrión. Y es lógico preguntarse qué derecho tiene a la prédica furiosa. Su poesía siendo "impura" es humana y no de manera alguna "social". Es, por lo contrario, ajena, más bien enemiga, de toda consigna partidista o ideológica. Aparte de lo equívoco que es el término "social", en todo lo dicho y escrito insiste León Felipe en la supremacía de la intuición poética sobre cualquier otra cosa. Obviamente está a la izquierda revolucionaria, pero está muy lejos de las consignas que debían obedecer otros poetas de su tiempo. Mediante un lenguaje metafórico violento ataca a Franco "iscariote" y "ladrón", a los obispos que bendicen bombarderos, pero no menos a los "responsables", líderes, comisarios, sean comunistas, anarquistas, socialistas, trotskistas o republicanos de izquierda. Precisamente esta desmesura es lo que le critican y reprochan críticos más serenos. León Felipe, en efecto, en *La insignia*, no deja títere con cabeza. Esto incluye desde luego a los pacifistas al modo de Chamberlain y a los poetas "puros". Luis Rius, sin

embargo, en su magnífica biografía, se plantea una interrogante social. Siendo un poeta ético, ¿con qué derecho emula León Felipe a los poetas bíblicos? La respuesta, escribe Rius, viene a ser casi innecesaria. No es un profeta, pero la guerra de España lo despierta como a Jonás y no puede menos que denunciar toda la hipocresía e injusticia que le ha tocado vivir. Lo dice en muchas ocasiones. Lo que en verdad quiere es dormir, que lo dejen en paz, pero un viento que había presentido ya desde hace años, un destino superior le manda clamar contra Nínive en el único tono que está a la altura de las circunstancias, y son circunstancias las que de hecho mueven al poeta. Es, pues, un impulso casi sobrenatural, en breve: un arrebato. De nuevo el entusiasmo platónico o el duende negro lorquiano. Y el mundo de León Felipe lleno de Dios, parece invertirse, volverse sacrílego y blasfemo. Y todo ello porque se opone con toda lucidez a los sofismas de los teólogos. No ser ésta una actitud falaz se demuestra cuando, en la última etapa de su vida, lo que más le perturba es haber sido excesivamente retórico, pero sobre todo haber sido él mismo una máscara. ¿No hay aquí una contradicción insoluble? Eso les parece a muchos lectores, aun sus mejores amigos. Concluyen, benévolos, que León Felipe era demasiado ingenuo para comprender las necesidades inmediatas de la vida y en especial de la política. Pensaban, piensan todavía, que el poeta aspiraba a una utopía por completo irrealizable. Se le libraba así de responsabilidad en cuanto a su ideología. Visto así el problema, se comprende una vida nómada en busca de un ideal imposible. Quizás en sus múltiples mudanzas e intentos de arraigo, en España, en Nueva York, en México, un motivo que le obsesiona es hallar un lugar donde asentarse. Quizás en sus últimos poemas haya cierta resonancia mística.

¿Quién soy? Incógnita que se plantea a sí mismo para extenderla a todos los demás. ¿Qué es el hombre? No en cuanto a su conciencia racional, su cerebro más o menos fragmentado por neurólogos y psicoanalistas, su oficio de poeta, sus ideas y actitudes políticas, sino a su existencia misma en un mundo bajo el silencio de los dioses. El poeta acude a la *Biblia*, a la tragedia griega, a Cervantes y a Shakespeare, a su propia experiencia.

En términos tan abiertos como pueden ser todos los suyos, León Felipe se refiere a un antiguo pero soterrado conflicto entre poetas y críticos. Es decir, la ineludible distancia que hay entre el acto imaginativo y creador del artista y la reflexión y el análisis del teórico. En realidad, el debate entre poesía y conocimiento. Por poco que se le haya visto o leído, puede suponerse fácilmente la posición, la actitud, de León Felipe. Lejos de todo racionalismo, acepta, pero no cree ni en la crítica literaria ni en el discurso filosófico, salvando quizás lo que de destructivo tengan Nietzsche y Unamuno. Por ejemplo, dice: "Yo no soy el filósofo: El filósofo dice: Pienso... Yo digo: Lloro, grito, aúllo, blasfemo."[2]

Uno de los rasgos que caracterizan la trayectoria poética de León Felipe es una continua autocrítica. Poniendo en duda sus propias palabras o ideas, es raro el poema que no haya cambiado, modificado de algún modo. Reiterativo, sitúa el mismo verso en diferentes poemas o en diferentes libros porque varía su sentido según las circunstancias. Hacia el fin de su vida le inquietan muchas cosas. Aparte de lo más trascendente, esto es, la búsqueda de Dios y el sentido de su propia vida, constantes desde sus primeras obras. Le inquieta mucho la vuelta o la no vuelta a España; la incomprensión y enemistad de Juan Ramón; no haber colaborado en el romancero de la guerra civil; no tener diplomas académicos. Pensando que todo poema es una especie de testamento dice: "El poeta no es aquel que juega habilidosamente con las pequeñas metáforas verbales, sino aquel a quien su genio creador prometeico despierto lo lleva a originar las grandes metáforas: sociales, humanas, históricas, siderales."[3]

Entre sus motivos, uno de los más reiterados es el mito de Prometeo. Por casualidad o afinidad, en esos años de León Felipe en La Casa de España, terminaba Orozco su *Hombre en llamas.*

México, D. F., 2 de diciembre de 2008

[2] León Felipe, "El poeta y el filósofo", *Ganarás la luz*, México, Cuadernos Americanos, 1943, p. 139.

[3] León Felipe, "El poeta prometeico", *El payaso de las bofetadas y el pescador de caña. Poema trágico español*, México, La Casa de España en México, 1938, pp. 3-4.

ENRIQUE DÍEZ-CANEDO Y LA CASA DE ESPAÑA EN MÉXICO

AURORA DÍEZ-CANEDO
Universidad Nacional Autónoma de México

Enrique Díez-Canedo llegó a México como invitado de La Casa de España el 12 de octubre de 1938. Tenía entonces 59 años.

A diferencia de otros españoles refugiados que no conocían el país, Díez-Canedo había estado en México en 1932, invitado como conferencista por un acuerdo entre el Instituto Hispanomexicano de Intercambio Universitario y la Universidad Nacional. Tenía este antecedente y un título de profesor extraordinario de Literatura Castellana que le había otorgado entonces la UNAM.[1] Por su interés y conocimiento de la literatura de Hispanoamérica, en Madrid había tratado a escritores y gente de México, desde Amado Nervo, Francisco A. de Icaza, Luis G. Urbina, Ángel Zárraga, Enrique González Martínez, Xavier Icaza, hasta los miembros de la generación del Ateneo de la Juventud, principalmente Alfonso Reyes, pero también Martín Luis Guzmán, Pedro Henríquez Ureña y José Vasconcelos, entre otros.

En el Archivo de Enrique Díez-Canedo se conserva una carta de Daniel Cosío Villegas, escrita desde París el 5 de mayo de 1937 y dirigida a Teresa de Díez-Canedo, donde aquél le explica la idea de invitar a México "a un grupo de profesores e intelectuales españoles", entre ellos a don Enrique.[2]

Poco después, cuando Cosío Villegas va a España a establecer contactos para lo que será La Casa de España en México, en Valen-

[1] Archivo de Enrique Díez-Canedo (AEDC).
[2] Carta de Daniel Cosío Villegas a EDC. París, 5 de mayo de 1937. AEDC.

cia busca a Díez-Canedo.[3] Curiosamente, ellos se habían conocido en el barco en que Díez-Canedo había regresado a España al terminar su visita a México en 1932. En Madrid, habían vivido en el mismo edificio, como le dice Díez-Canedo a Reyes en una carta enviada desde la Legación de España en Montevideo el 14 de junio de 1933: "Supe que Cosío Villegas se había vuelto a México. Me lo anunció desde Madrid, ya sabe que vivía en un piso de mi misma casa, enviándome sólo un anuncio de la almoneda de sus muebles."[4]

Cosío recuerda cómo, en Valencia, Díez-Canedo le enseñó qué hacer en caso de un bombardeo y lo llevó con el ministro de Estado (o de Relaciones Exteriores), José Giral.[5]

Según cuenta Cosío Villegas en sus *Memorias*, cuando estuvo en España se interesó en el funcionamiento de las "casas de cultura" del gobierno republicano.[6] La más destacada de éstas fue la Casa de la Cultura de Valencia, creada para acoger a los artistas e intelectuales que habían tenido que salir de Madrid entre noviembre y diciembre de 1936, y cuyo presidente honorario era Antonio Machado. Se reconoce a la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, fundada en 1907, y al Centro de Estudios Históricos como las instituciones que sirvieron de modelo a la Casa de España, pero un modelo más cercano es La Casa de la Cultura de Valencia, que conoció Cosío Villegas cuando estuvo en esta ciudad. Allí estaba Díez-Canedo, que se encargó de editar los números 2 y 3 de la revista *Madrid*, órgano de difusión de dicha Casa de la Cultura.[7]

[3] Daniel Cosío Villegas, *Memorias*, México, Joaquín Mortiz, 1976 (Col. Confrontaciones. Los testigos), p. 171.

[4] Carta de EDC a Alfonso Reyes. Montevideo, 14 de junio de 1933, Capilla Alfonsina (CA).

[5] Daniel Cosío Villegas, *loc. cit.*

[6] *Ibid.*, p. 169. Véase también Clara E. Lida, *La Casa de España en México*, México, El Colegio de México, 1988, p. 30.

[7] Si bien en la revista no aparecen los créditos de las personas que hacían el trabajo editorial, en el archivo de Díez-Canedo hay cartas que responden a la solicitud de colaboraciones que hiciera éste, las cuales aparecen en los números mencionados de la revista. Las cartas son de Antonio Machado (15 de octubre de 1937), Enrique Moreno (14 de octubre de 1937), Ricardo de Orueta. En una de sus cartas a Alfonso Reyes, Díez-Canedo le dice: "Yo sigo en Valencia, dedicado a cosas menudas; entre ellas, ahora a la revista *Madrid*, que no sé si habrá visto" (EDC desde París a Alfonso Reyes, 24 de septiembre de 1937. CA).

La aceptación de Díez-Canedo y las gestiones oficiales empiezan a mediados de julio de 1938. Firman las cartas dos generales con cargos diplomáticos: Adalberto Tejeda, embajador de México en España, con sede en Barcelona, y Leobardo C. Ruiz, encargado de negocios de la Legación de México en Francia,[8] debido a que en Francia Díez-Canedo había dejado instalada a su esposa cuando, al dejar la embajada en Argentina (Díez-Canedo fue embajador de España en Argentina de marzo de 1936 a febrero de 1937), se reunió con el gobierno de la República que se había tenido que trasladar de Madrid a Valencia (y después a Barcelona).

Prueba del compromiso de Díez-Canedo con el gobierno de la República es una carta que le escribe su gran amigo Cipriano Rivas Cherif el 20 de julio de 1938 contestando una previamente recibida (la carta de Díez-Canedo a Rivas Cherif no se conserva):

> Querido Enrique: Me pides que te escriba sin rodeos. No sabes cuánto te lo agradezco [...] Me parece bien que aceptes el ofrecimiento del gobierno mexicano, siendo como es con anuencia del español, que en tan poca estima, por lo demás, ha tenido tus méritos. No creo que nadie pueda pensar que huyes, ni mucho menos que tu marcha signifique desfallecimiento del ánimo en previsión de la derrota de nuestra causa [...] Al Presidente, a Amós, que estuvo ayer con nosotros [...] y a mí nos parece que, de todas suertes, debes venir. No sólo por el gusto de decirte adiós [...] sino porque nadie pueda decir en efecto, como tú deseas, que desertas ni abandonas ningún puesto de mando ni de obediencia.[9]

Entre los papeles del archivo de Díez-Canedo está el permiso del ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes del gobierno

[8] Carta de Adalberto Tejeda a EDC, 22 de julio de 1938; carta de Leobardo C. Ruiz a EDC, 2 de agosto de 1938. Archivo Histórico del Colegio de México (AHCM), caja 6, exp. 23.

[9] Carta de Cipriano Rivas Cherif a EDC, probablemente desde Barcelona a París. 20 de julio de 1938. AEDC.

español con fecha de 1 de septiembre de 1938, expedido en Barcelona pocos días antes de su salida. En éste, Díez-Canedo figura como profesor de la Escuela de Artes y Oficios de Madrid, institución donde dio clases de Elementos de Historia del Arte desde 1911 y a la que seguía adscrito en tiempos de la guerra.

A poco de llegar a México, en enero y febrero de 1939, imparte un primer cursillo de conferencias en Bellas Artes titulado "El teatro y sus enemigos", al que hace modificaciones para publicarlo como libro en el mes de abril. Es el primer libro en que aparece el pie de imprenta de La Casa de España en México, y acaba de ser reeditado en 2008 por la Junta de Extremadura.[10]

No se puede dejar de pensar en las dificultades a que se enfrentó Díez-Canedo cuando escribió este libro. Desde sus primeras páginas habla de su estado de ánimo: "Un español no puede en estos momentos abandonar sus preocupaciones humanas". El autor se justifica ante el auditorio y los lectores por dedicarse a un tema que en esos momentos no puede ver sino como algo "frívolo", y que sin embargo, se le presenta "como a propósito para llenar la falta de otros [temas] en instantes de conversación lánguida; nunca en aquellos que hierven por todos lados de interrogaciones candentes, de anhelos profundos, de aprensiones extremas, de temores, de esperanzas y angustias".

El teatro y sus enemigos no es un libro propiamente académico; tiene tan solo unas cuantas notas al final, pero está basado en fuentes. Si bien se observa que muchas de las referencias del libro son de memoria, otras son citas textuales. ¿Cómo consiguió Díez-Canedo la bibliografía que necesitaba para un trabajo como éste? A principios de noviembre de 1938 llegan a Veracruz 19 bultos con sus "libros, ropa y algunos enseres de casa",[11] pero los libros que cita en *El teatro y sus enemigos* no se encuentran actualmente en su biblioteca. ¿Qué bibliotecas consultó en México? En la "Advertencia preliminar" a otro de sus libros, la antología *La poesía*

[10] Enrique Díez-Canedo, *El teatro y sus enemigos. El teatro español de su tiempo (artículos de crítica teatral)*, estudio, edición y notas de Gregorio Torres Negrera, Mérida, Editora Regional de Extremadura, 2008.

[11] Carta de Daniel Cosío Villegas a don Eduardo Suárez, secretario de Hacienda y Crédito Público, 17 de noviembre de 1938. AHCM, caja 6, exp. 20.

francesa del romanticismo al superrealismo, fechada en 1942, Díez-Canedo dice:

> ...he tenido que acomodarme a la falta de los más de mis libros y apuntes, cuyo paradero actual desconozco. Algunos amigos me han auxiliado, poniendo generosamente a mi disposición sus bibliotecas y dándome indicaciones y consejos que me han sido útiles [...] No me ha sido posible disponer de algunas traducciones ajenas que tenía anotadas y a la mano entre mis papeles, y así, he tenido que prescindir de ellas o sustituirlas con otras hechas expresamente." (p. 6)

Simultáneamente a las conferencias de "El teatro y sus enemigos", Díez-Canedo se ocupa, con Daniel Cosío Villegas como intermediario por La Casa de España, de localizar a su hijo Enrique, que está en el campo de concentración de Prats de Molló, en Francia, y de hacer las gestiones necesarias para que sea puesto en libertad y pueda salir de Europa. 1939 en España es oficialmente "el año de la victoria", y esta frase inquietante aparece en todas las cartas que llegan de España, sujetas a la censura.

Un telegrama de la Dirección General de Población de Veracruz avisa a Daniel Cosío Villegas de la llegada, el 24 de mayo de 1939, de Enrique hijo, María Teresa y su esposo Javier Márquez, con su hija pequeña, María Teresa.[12]

Además de conferencias destinadas al público en general de la ciudad de México, La Casa de España exigía cursos en la Facultad de Filosofía y Letras, un curso anual para maestros de secundaria, dos cursos al año en universidades de provincia y libros para publicar.

De 1939 a principios de 1944 Díez-Canedo impartió en la Facultad de Filosofía y Letras varios cursos: "Literatura francesa. La poesía desde André Chénier hasta el momento actual", con un horario vespertino de tres días a la semana, "Poesía española

[12] Telegrama de la Dirección General de Población, Veracruz, a Daniel Cosío Villegas. 19 de mayo de 1939. AHCM, caja 6, exp. 20.

contemporánea", cursos de invierno y, en la Escuela para Extranjeros, cursos de verano.

En marzo de 1939, en Guanajuato dio el cursillo "Figuras y géneros de la literatura hispanoamericana"; en julio, en Morelia el cursillo "Figuras paralelas de la literatura española del siglo XIX y XX", también impartida como asignatura en la Facultad de Filosofía y Letras.[13]

El mismo año dio clases de "Crítica literaria" en el Centro de Perfeccionamiento para Profesores de Enseñanza Secundaria. Daniel Cosío Villegas insiste ante el Jefe del Departamento de Enseñanza Secundaria, José Mancisidor, en que habían acordado que no se diera a los profesores de La Casa de España ninguna remuneración por estas clases y Mancisidor le explica que hay una partida destinada a ese efecto y que sí pueden pagar.[14]

En diciembre de 1939 Díez-Canedo manda a Alfonso Reyes, presidente de La Casa de España desde marzo de ese año, su programa para el año siguiente.

En 1940 da conferencias en Guadalajara y en la Universidad Vasco de Quiroga de Morelia por tercera vez. El "cursillo" en esta última, titulado *La nueva poesía*, se publicará como libro en las Ediciones encuadernables de *El Nacional* en 1941.[15] En el "Preliminar" de esta primera edición Díez-Canedo explica que hubiera querido hacer un estudio más a fondo sobre el tema, pero que diversas "dificultades" y presiones de tiempo se lo han impedido.[16]

[13] Los temarios desglosados de estos cursos pueden consultarse en la caja 6, exp. 21 del AHCM.

[14] Carta de Cosío Villegas del 12 de abril de 1939; carta de José Mancisidor del 18 de abril del mismo año. AHCM, Caja 6, exp. 21.

[15] Enrique Díez-Canedo. *La nueva poesía*, México, Ediciones encuadernables de *El Nacional*, 1941 (Colección Siglo XX, vol. VIII). El texto del libro no fue, como dice Torres Nebrera, publicado en adelantos en el periódico sino que se publicó directamente en volumen. Existe una edición moderna: Enrique Díez-Canedo, *La nueva poesía*, curso de divulgación sustentado en la Universidad de Primavera Vasco de Quiroga en 1940 en Morelia, Michoacán (México, Libros del Umbral, 2001).

[16] "Comprenden estas páginas la materia, apenas modificada, de cuatro conferencias que, con el título general de este libro, se pronunciaron en el Colegio Primitivo y Nacional de San Nicolás de Hidalgo... Era propósito de su autor completarlas y ampliarlas hasta formar un tratado, lo más amplio posible, dentro de sus medios actuales, sobre la materia en ellas discutida; pero dificultades de índole diversa

Deja de impartir clases en el instituto de preparación para maestros de secundaria y habla de dos libros nuevos en los que está trabajando: "La lírica en España" y "Nuevo continente". Respecto al primero dice no haberlo podido entregar "por la falta de muchos libros que me serían necesarios". Díez-Canedo no publicó ninguno de estos libros, por lo menos no con esos títulos. "Nuevo continente" se transformó en *Letras de América* (El Colegio de México, 1944), que lleva como subtítulo *Estudios de las literaturas continentales* y fue un libro póstumo, al igual que el otro libro en que trabajó Díez-Canedo hasta el último momento: *Juan Ramón Jiménez en su obra*. Este último no estaba programado sino que surgió también de un "curso de invierno" impartido en la Facultad de Filosofía y Letras a fines de 1943. En este caso, Díez-Canedo sí había traído consigo sus primeras ediciones de Juan Ramón Jiménez, que apreciaba mucho, pues desde 1909 (cuando se conocían sólo por carta) tenía el propósito de escribir un libro de crítica sobre la obra de este poeta, que era además su amigo.

Si bien como explica Alfonso Reyes en una carta dirigida al administrador del Instituto Nacional del Magisterio de segunda enseñanza, "la distribución de [las] labores de Díez-Canedo depende de La Casa de España", en 1940 éstas empiezan a diversificarse. En diciembre de ese año Reyes le da el nombramiento de "director de nuestras ediciones literarias", pero no hay más información acerca de esto.[17]

En cambio, en la editorial Nuestro Pueblo, de Rafael Giménez Siles —que había llegado a México en mayo de 1939, con 39 años, y en julio fundó Ediapsa—, aparece en 1940 el libro *Las cien mejores poesías españolas*, preparado y recopilado por Díez-Canedo. En Ediapsa (Editora y Distribuidora Iberoamericana de Publicaciones, S.A.) participaron accionistas mexicanos como

y apremios de tiempo, le han movido a dar una versión, no siempre fácil, del texto que se tomó taquigráficamente. Se ha limitado a aclarar algunos conceptos y a subdividir su trabajo, prescindiendo de los títulos ocasionales con que se anunciaron estas conferencias... en capítulos breves con titulillos frecuentes que faciliten la lectura a un público más extenso". ("Preliminar", p. vi).

[17] Carta de Alfonso Reyes a Severino Ortiz G., encargado de la sección administrativa del Instituto Nacional del Magisterio de 2ª enseñanza, 12 de febrero de 1940; carta de Alfonso Reyes a EDC, 13 de diciembre de 1940. AHCM, caja 6, exp. 21.

Martín Luis Guzmán, Carlos Trouyet, Arsenio Farell, José Mancisidor, Adolfo López Mateos, entre muchos otros.[18] Si bien la contribución de Díez-Canedo fue limitada, presentó además, para la Biblioteca Popular de Cultura y Técnica de la editorial Nuestro Pueblo, una propuesta de títulos y posibles autores para temas de literatura e historia hispanoamericanas. De esta lista, además de *Las cien mejores poesías españolas* he localizado *Tesoro de romances españoles* (1939) de Francisco Giner de los Ríos,[19] *Cancionero musical popular español* (1939) de Rodolfo Halffter y *Resumen práctico de gramática española* (1939) de Samuel Gili Gaya.[20]

Eran ediciones de bajo costo, en papel corriente, muy baratos, con fines de divulgación educativa.

La editorial Nuestro Pueblo había surgido en España en tiempos de la guerra, con sedes en Madrid, Valencia y Barcelona, consecutivamente, y Díez-Canedo había colaborado entonces en ella. En Barcelona, Nuestro Pueblo publicó entre otros títulos dos volúmenes de Valle-Inclán en 1938: *Tirano Banderas*, con un prólogo de Díez-Canedo, y *La corte de los milagros*, con un prólogo de Antonio Machado. El papel de estos libros era también un papel corriente, de la misma calidad que el que se usó después en las ediciones de México.

En 1940 se llevan a cabo las gestiones para traer a Joaquín, el hijo menor de Díez-Canedo, que se había quedado en España en calidad de prisionero de guerra. Alfonso Reyes intervino esta

[18] Luis Suárez, "Prensa y libros, periodistas y editores", en *El exilio español en México 1939-1982*, México, Salvat-Fondo de Cultura Económica, 1982, pp. 615-616.

[19] Se trata no de don Francisco Giner de los Ríos, muerto en 1915, como aparece catalogado en las bibliotecas mexicanas, sino de su sobrino del mismo nombre, yerno de Enrique Díez-Canedo, pues en 1939 se había casado en México con su hija María Luisa. Fue becario de El Colegio de México, bibliotecario y secretario de Alfonso Reyes.

[20] Entre los papeles de EDC se encuentra una lista de títulos que coincide con la que aparece en la contraportada de la edición de *Las cien mejores poesías españolas* y que incluye los siguientes: *Historia de la literatura mexicana*; *Historia de la literatura argentina*; *Literatura de Grecia y Roma*; *Las literaturas modernas de Europa*; *Escuelas literarias de avanzada*; *La novela española*; *Historia de la lengua española*; *La literatura y la guerra de 1914. (Autores, tendencias y páginas)*; *Historia general del teatro*; *Desarrollo del teatro español*; *Las cien mejores poesías hispanoamericanas*; *Cien poesías universales*; *Los grandes poetas mexicanos*; *Pequeño diccionario de mexicanismos*; *Refranes y proverbios en España e Hispanoamérica*; *Los historiadores en la conquista de México*; *Cantares de gesta*.

vez hasta arreglar su salida por Portugal por medio de la Legación de México en Lisboa. La llegada a Veracruz de Joaquín a fines de agosto de 1940 sin duda fue algo muy reconfortante y tranquilizador para la familia.[21]

Como presidente de La Casa de España, Reyes estaba al tanto de todo lo que hacían los profesores, incluso en ámbitos fuera de La Casa. Es él quien, por medio de oficios, recuerda a Díez-Canedo los encargos que tiene pendientes con la editorial Losada de Buenos Aires. Actúa como intermediario entre Guillermo de Torre y su viejo amigo español para pedirle a éste, en diciembre de 1939, que entregue la traducción de los dos primeros volúmenes de la serie *Los hombres de buena voluntad* de Jules Romains, un compromiso que Díez-Canedo no pudo cumplir.[22]

En marzo de 1941 le pide, de parte de Amado Alonso, que entregue el libro que ha ofrecido a Losada. Se trata de la antología *La poesía francesa del romanticismo al superrealismo*, que mencioné antes, una edición considerablemente aumentada a partir de la primera antología de poesía francesa (*La poesía francesa moderna*) que había hecho Díez-Canedo con Fernando Fortún en 1913. Todos los añadidos, incluidas muchas poesías nuevas traducidas por el propio Díez-Canedo (entre éstas el Preludio a *El hombre blanco* de Romains), están hechos y escritos a mano. El original para esta edición lo envió a Buenos Aires en 1942 y el libro salió publicado póstumamente, en 1945.

Entre las actividades de Díez-Canedo no vinculadas con La Casa de España están sus crónicas teatrales en *Excélsior* y *Jueves de Excélsior* de 1941 a 1944, sus traducciones y sus colaboraciones en revistas mexicanas. Díez-Canedo había traducido en España a una gran cantidad de poetas franceses y novelas de autores, principalmente franceses, como Valéry Larbaud, André Gide, Baudelaire, Francis Jammes, los hermanos Tharaud, etcétera. Entre

[21] Varias cartas relacionadas con las gestiones que se hicieron desde México para la salida de Joaquín Díez-Canedo (que viajó con Isidro Covisa) pueden consultarse en el AHCM, caja 6, exp. 20.

[22] Carta de A. Reyes a EDC del 22 de diciembre de 1939. Los dos primeros volúmenes de Romains, *El 6 de octubre* y *El crimen de Quinette*, aparecerán en 1944 en la colección "Los grandes novelistas de nuestra época" dirigida por Guillermo de Torre en la editorial Losada, traducidos por Irene Polo.

las traducciones que hizo en México destacan un libro de historia: *La historia como hazaña de la libertad*, de Benedetto Croce (FCE, 1942), y un libro hasta la fecha poco conocido y leído, *La república de Océana*, de James Harrington, clásico de la ciencia política del siglo XVII, con un lenguaje difícil, en el que Díez-Canedo trabajó hasta poco antes de morir. El manuscrito quedó olvidado en el Fondo de Cultura Económica y no se publicó sino hasta 1987. Cuando el manuscrito de 384 páginas apareció en los archivos de la editorial, José Luis Martínez, director entonces del Fondo, escribió una "Noticia", que antecede al texto de Harrington, donde cuenta esto, y también cómo poco después apareció una carpeta con el original de la transcripción a máquina; transcripción que había hecho Teresa, esposa de don Enrique, y que había sido revisada y corregida por el mismo autor. Incidentes como éste dan idea del trabajo arduo de estos españoles considerados la flor de la intelectualidad del exilio.

La Casa de España garantizó cierta continuidad en los trabajos de Díez-Canedo, pero las condiciones no fueron fáciles. Aquí, la enseñanza era lo prioritario, el dinero no era mucho[23] y los libros que escribió supusieron un gran esfuerzo en medio de otros compromisos, tareas y preocupaciones.

Respecto a su trabajo periodístico, el medio teatral en México —tanto el espectáculo mismo como la crítica de teatro— no tenía la vitalidad que en España, pero Díez-Canedo vio toda clase de obras para escribir sus colaboraciones. Le entusiasmaron las propuestas de Gorostiza, Villaurrutia, Usigli, Max Aub y lamentó la poca receptividad y las dificultades que había para escenificar obras nuevas, frente al éxito de las comedias y de la carpa.

En sus artículos periodísticos de los años cuarenta, Díez-Canedo es menos académico y más emotivo, sin alejarse de los temas sobre los que escribe. Se refiere con frecuencia a otros españoles refugiados que no fueron miembros de La Casa de España. En *Excélsior* se reencontró con antiguos y destacados colaboradores de *El Sol* de Madrid, como Fabián Vidal (seudónimo de En-

[23] Una carta de Alfonso Reyes a EDC del 16 de febrero de 1942 le informa de un recorte presupuestal, por lo que los honorarios de los profesores de La Casa de España bajan de $600.00 a $450.00 (AEDC).

rique Fajardo) y don Antonio Zozaya, que tuvieron un triste fin en México.[24]

Díez-Canedo reseñó en México dos nuevos libros de Alfonso Reyes: *Capítulos de literatura española (primera serie)* (La Casa de España, 1939) en la *Revista de Literatura Mexicana*[25] y *Pasado inmediato* (El Colegio de México, 1941) en *Letras de México*.[26]

No hay testimonios del entusiasmo o el agradecimiento de Reyes por estas notas como los testimonios epistolares de otros tiempos ("Mi queridísimo Enrique: Ayer tuve un día feliz, al encontrar su generoso artículo en *El Sol* del 21 de diciembre", le escribe Reyes a Díez-Canedo desde Río de Janeiro en enero de 1932 cuando lee el artículo "El correo literario de Alfonso Reyes"). Seguramente fueron verbales.

En la segunda reseña mencionada, Díez-Canedo elogia la reconstrucción que hace Reyes de sus años de estudiante en *Pasado inmediato*, y se detiene en la parte de este libro que lleva el título *El reverso de un libro. Memorias literarias*:

> Memorias de un tiempo apenas ido [...] en sus breves apartados se encuentran curiosos pormenores de la vida intelectual en distintos medios, aquellos por los que el autor hubo de pasar, abriendo bien los ojos y atento, a la vez que a sus labores y estudios, a los hombres con quienes guardaba contacto diario. Yo dudo que puedan encontrarse en parte alguna semblanzas mejores de eruditos como Francisco A. de Icaza [...] o como Raymond Foulché-Delbosc [...]. Improvisaciones humorísticas olvidadas y casi desconocidas, de autores olvidados o desconocidos también; pero en ocasiones, de personajes que han logrado suma popularidad (por

[24] Existe un interesante texto de Díez-Canedo que leyó en un homenaje luctuoso a Antonio Zozaya. Ms. AEDC, firmado el 24 de febrero de 1943 y publicado poco después en *Excélsior*.

[25] Enrique Díez-Canedo, reseña de *Capítulos de literatura española (primera serie)*, *Revista de Literatura Mexicana* (México), año I, núm. I (julio-septiembre de 1940), pp. 169-170.

[26] Enrique Díez-Canedo, "Alfonso Reyes, historiador de lo inmediato", *Letras de México* (México), año V, vol. III, núm. 10 (15 de octubre de 1941), p. 4. Se recoge en Alfonso Rangel Guerra (comp.), *Páginas sobre Alfonso Reyes (1911-1945)*, vol. I, 2ª. parte, México, El Colegio Nacional, 1996, pp. 480-485.

ejemplo, alguna de Paul Morand) amenizan el texto de Alfonso Reyes, ya de suyo inteligente e incitador a la lectura seguida.[27]

Una de las "improvisaciones humorísticas olvidadas y casi desconocidas" que se encuentran en *El reverso de un libro* es —dice Reyes— "aquella parodia de Valle-Inclán en que a todos nos iba llegando nuestra hora, parodia que muchos recuerdan de memoria, incompleta y equivocada, y que conviene recoger aquí para que no la sigan tergiversando".[28]

El poema de Valle Inclán a que se refiere Reyes es "La rosa del reloj". No he podido encontrar en qué año fue escrito, pero pertenece al libro *Claves líricas*.[29] La primera estrofa dice:

Es la hora de los enigmas
cuando la tarde del verano
de las nubes mandó un milano
sobre las palomas benignas
¡es la hora de los enigmas!

Y la novena y última:

Es la hora del lubricán:
acecha el mochuelo en el pino,
el bandolero en el camino,
y en el prostíbulo Satán.
¡Es la hora del lubricán!

La parodia que recoge Reyes en su libro tiene siete estrofas y dice:

Es la hora de Valle Inclán.
La comadreja y el vampiro
se pasean por el Retiro;
los va siguiendo el lubricán.
¡Es la hora de Valle Inclán!

[27] Enrique Díez-Canedo, *Ibid.*, *Letras de México*, p. 4.

[28] Alfonso Reyes. *El reverso de un libro*, pp. 108-111 en la edición original. Véase *Obras completas* t. XII, p. 224.

[29] Ramón del Valle Inclán, *Claves líricas*, Madrid, Editorial Rua Nueva, 1943.

Es la hora de Julio Camba,
que en esos horribles bochornos
va a comer bacalao a Fornos
y a tomar café a Tupinamba.
¡Es la hora de Julio Camba!

Es la hora de Araquistáin
de estirpe social democrática,
el cual con su risa socrática
dice siempre "ja" y nunca "nein".
¡Es la hora de Araquistáin!

Es la hora de Alfonso Reyes,
escritor de abundante léxico,
que sueña en las calles de México
y en las pitas y en los mameyes.
¡Es la hora de Alfonso Reyes!

Es la hora de Castillejo,
que intriga, sonsaca, pregunta.
(Cuando alguien habla de la Junta,
Bonilla frunce el entrecejo).
¡Es la hora de Castillejo!

Es la hora de Solalinde,
el benjamín de los filólogos
que redacta notas y prólogos,
de quien don Ramón no prescinde.
¡Es la hora de Solalinde!

Es la hora de don Américo,
no sé si teórica o práctica:
junto a su pericia sintáctica
Meyer-Lübke es algo quimérico.
¡Es la hora de don Américo!

"Ya ha comprendido el discreto lector —comenta Reyes—, que la quinta estrofa se refiere al secretario y vestal de la Junta para Ampliación de Estudios, don José Castillejo, y a Adolfo Bonilla y San Martín, que nunca vio a la Junta con buenos ojos

(ni la Junta a él); que el don Ramón de la sexta estrofa es don Ramón Menéndez Pidal y el don Américo de la séptima es don Américo Castro. Para saborear del todo las alusiones hay que haber vivido en aquel mundo, *Weltanschauung* difícil de comunicar con palabras".[30]

Reyes dice que el autor de estos versos en broma es un autor "ignoto" que no ha querido revelar su nombre.

Barbara Bockus, autora de *Alfonso Reyes and Spain* (University of Texas Press, 1972), en su tesis (anterior al libro) titulada *The Spanish Friendships of Alfonso Reyes* (1964), para la que consultó a mucha gente en México a principios de los años sesenta, identifica a este autor ignoto y dice que no es otro que Díez-Canedo. Sin ir más lejos, en el original manuscrito de *Pasado inmediato*, hay intercaladas dos hojas a máquina con esta parodia y una anotación en lápiz rojo con letra de Reyes que dice: "Parodia de Valle Inclán hecha por Canedo".

Entre los libros de la biblioteca de Díez-Canedo encuentro la siguiente dedicatoria de Reyes en *Los siete sobre Deva; sueño de una tarde de agosto* (Fondo de Cultura Económica, 1941), libro posterior a *Pasado inmediato*: "A Enrique, con tantas cosas que se dicen, y otras que se callan". Relacionando una y otra concluyo: Enrique Díez-Canedo, republicano, ex embajador de España en Uruguay y en Argentina, agradecido siempre con México y con todas las personas que habían intervenido para traerlo a este país, "inmigrante definitivo desde junio de 1940",[31] amigo y colaborador de Azaña, que había muerto a principios de noviembre del mismo año, naturalizado mexicano con toda su familia cuando hubo que hacerlo, "hombre sin pretensiones, afable, con un buen sentido del humor", como recuerda Cosío Villegas,[32] "que ni siquiera dejó ver el hondo duelo por su España" como dijo Reyes,[33]

[30] Alfonso Reyes, *Obras completas*, t. XII, México, Fondo de Cultura Económica, 1997, p. 225.

[31] Cf. Carta de EDC al C. Director General de Población, 26 de junio de 1940. (AHCM, caja 6, exp. 20).

[32] Daniel Cosío Villegas. *Memorias*, p. 176.

[33] Alfonso Reyes. "Ausencia y presencia del amigo", en *Litoral. Cuadernos mensuales de poesía, pintura y música publicados en México*, México, agosto 1944 (número especial), p. 39.

prefirió quedar en el anonimato, como en tantos artículos que escribió durante su vida, al revivir esos versos que también pertenecían a su pasado inmediato, un pasado que para él era un tiempo definitivamente ido.

Bibliografía

BOCKUS APONTE, Barbara. *The Spanish Friendships of Alfonso Reyes*. University of Texas, 1964. (Tesis de doctorado).

COSÍO VILLEGAS, Daniel. *Memorias*, México, Joaquín Mortiz, 1976 (Col. Confrontaciones. Los testigos).

DÍEZ-CANEDO, Enrique. *El teatro y sus enemigos*, México, La Casa de España en México, 1939.

——. [Reseña de Alfonso Reyes, *Capítulos de literatura española*], *Revista de Literatura Mexicana* (México), año I, núm. I (julio-septiembre de 1940), pp. 169-170.

——. *Las cien mejores poesías españolas*. México, Editorial Nuestro Pueblo, 1940 (Biblioteca Popular de Cultura y Técnica, 13).

——. *La nueva poesía*, México, Ediciones encuadernables de *El Nacional*, 1941.

——. "Alfonso Reyes, historiador de lo inmediato", *Letras de México* (México), núm. 10, año V, vol. III (15 de octubre de 1941), p. 4.

——. *La poesía francesa del romanticismo al superrealismo*, ordenada por Enrique Díez-Canedo, Buenos Aires, Losada, 1945.

——. *La nueva poesía*, curso de divulgación sustentado en la Universidad de Primavera Vasco de Quiroga el año de 1940 en Morelia, Michoacán. México, Libros del Umbral, 2001 (Col. El Pensil, 7).

——. *El teatro y sus enemigos. El teatro español de su tiempo (Artículos de crítica teatral)*, estudio, edición y notas de Gregorio Torres Negrera, Mérida, Editora Regional de Extremadura, 2008.

HARRINGTON, James. *La República de Océana*, trad. de Enrique Díez-Canedo, México, Fondo de Cultura Económica, 1987.

LIDA, Clara E. (con la colaboración de José Antonio Matesanz y la participación de Beatriz Morán Gortari). *La Casa de España en México*, México, El Colegio de México-Centro de Estudios Históricos, 1992 (Jornadas 113).

Litoral (al poeta Enrique Díez-Canedo). Cuadernos mensuales de poe-

sía, pintura y música, publicados en México. Agosto, 1944 (número especial a la memoria de Enrique Díez-Canedo).

REYES, Alfonso. *Pasado inmediato*, México, El Colegio de México, 1941.

——. *Los siete sobre Deva; sueño de una tarde de agosto*, México, Fondo de Cultura Económica, 1941.

——. *El reverso de un libro (Memorias literarias)*, en *Obras completas*, t. XII, México, Fondo de Cultura Económica, 1997, pp. 217-241.

ROMAINS, Jules. *El 6 de octubre*, trad. de Irene Polo. Buenos Aires, Losada, 1944.

——. *El crimen de Quinette*, trad. de Irene Polo. Buenos Aires, Losada, 1944.

VALLE-INCLÁN, Ramón del. *Tirano Banderas*, prólogo de Enrique Díez-Canedo. Barcelona, Editorial Nuestro Pueblo, 1938.

——. *La corte de los milagros*, prólogo de Antonio Machado. Barcelona, Editorial Nuestro Pueblo, 1938.

——. *Claves líricas*, Madrid, Editorial Rúa Nueva, 1943.

VV.AA. *El exilio español en México*, prólogo de José López Portillo, México, Salvat-Fondo de Cultura Económica, 1982.

——. *Páginas sobre Alfonso Reyes. (1911-1945)*, t. I, edición de homenaje, Monterrey, Universidad de Nuevo León, 1955.

——. *Rafael Giménez Siles, editor, librero e impresor. Guión autobiográfico profesional*, edición privada, México, 1978.

PEDRO SALINAS Y LA CASA DE ESPAÑA EN MÉXICO

JAMES VALENDER
El Colegio de México

Cuando se habla de La Casa de España en México, el nombre de Pedro Salinas no suele ser uno de los primeros en mencionarse. Y es natural que sea así, porque, en efecto, a diferencia de otros amigos y contemporáneos suyos, como José Moreno Villa, Adolfo Salazar y Enrique Díez-Canedo, Salinas nunca fue miembro de dicha institución. Y sin embargo, su nombre se halla asociado con La Casa de España, incluso tiempo antes de que La Casa se creara como tal. Las dos visitas que hizo a México, por ejemplo, la primera en el verano de 1938 y la segunda un año después, las hizo con la ayuda de los directivos de esta Casa, primero, y después, con su explícito apoyo institucional. De hecho, el ejemplo de Salinas demuestra con especial claridad cómo los empeños de La Casa no se limitaron a respaldar las actividades profesionales de sus miembros residentes, sino que incluyeron esfuerzos muy diversos por incorporar a otros intelectuales en una amplia labor de difusión literaria, artística y científica. Si bien es cierto que los otros colaboradores solían ser españoles acogidos a la hospitalidad mexicana, como José Bergamín o Benjamín Jarnés, invitados a dar conferencias sobre España o sobre literatura española, el caso de Salinas tiene el interés adicional de confirmar que había exiliados en otros países de América que también querían colaborar estrechamente con La Casa de España, por ser ella la bandera más conspicua en aquel momento del intento por rescatar la vida científica y cultural de la nación española del limbo al que parecía condenada por los trágicos acontecimientos de la Guerra Civil. De ahí la congruencia, espero, de incluir a Salinas en un coloquio como el presente.

¿Cuándo y cómo entró Salinas en contacto con los intelectuales mexicanos preocupados por ayudar a sus colegas españoles? Lo que determinó en gran medida la trayectoria personal y profesional de Salinas a partir de 1936 fue su decisión de viajar a Estados Unidos en los primeros días de la Guerra Civil, para así cumplir con un compromiso de trabajo, adquirido varios meses antes, de ocupar el puesto de *Visiting Professor* de la universidad de Wellesley, en el estado de Massachusetts. Fue una decisión que tomó en un momento en que, como la mayoría de los españoles, no imaginaba la larga y devastadora tragedia que entonces comenzaba; fue también una decisión de la que, desde la soledad de su cátedra en Nueva Inglaterra, llegó alguna vez a arrepentirse. Desde el primer día de la guerra estaba convencido de la justicia de la causa republicana y, por lo mismo, rechazaba cualquier propuesta de pactar con Franco y sus seguidores. Pero a la vez se creía incapaz de hacer gran cosa, como ciudadano, para defender la República, y menos todavía desde Estados Unidos. Inseguro acerca del posible desenlace de la guerra, Salinas tomó muy pronto la determinación de no volver a su país si Franco fuera a ganarla. Necesitaba creer que los republicanos ganarían, pero, conforme evolucionaba el conflicto, las posibilidades de que efectivamente fueran a salir victoriosos le parecían, como a muchos otros espectadores, cada día más remotas... Y fue en ese momento de gran incertidumbre, personal y colectiva, cuando, a los ocho meses de su llegada al continente americano, Salinas de repente recibió una invitación a trasladarse a México. El 13 de abril de 1937 el escritor, político y diplomático mexicano Genaro Estrada le escribió lo siguiente:

> José Moreno Villa me ha informado que se halla usted en el colegio de Wellesley, y allá le dirijo ésta para preguntarle si entre sus proyectos está el de venir a México, ya que ahora anda usted muy cerca (relativamente) de este país y aun para sugerirle que venga. Aquí ya tiene usted ambiente hecho, amigos y admiradores de siempre. ¿Qué me dice usted? ¿o bien habría algo que hacer para tenerlo a usted aquí?[1]

[1] Carta inédita de Genaro Estrada a Pedro Salinas fechada el 13 de abril de

Conviene recordar un par de detalles para entender el sentido de este párrafo. En primer lugar, tener presente que esta inciativa de Estrada se anticipó en más de un año a las acciones de rescate emprendidas a raíz de la fundación de La Casa de España en julio de 1938, y que fue una iniciativa, hasta donde es posible saberlo, enteramente personal. Hay que recordar, por otra parte, que Estrada había conocido a Salinas, como a muchos otros intelectuales españoles, durante los dos años que duró su gestión como embajador de México en España (1932-1934); que desde que estallara la Guerra Civil se había preocupado mucho por averiguar el paradero de sus antiguos amigos y colegas peninsulares; y que en fechas más o menos recientes incluso había empezado a tomar iniciativas para ofrecer asilo a algunos de ellos. Sus primeros esfuerzos en ese sentido tenían como propósito llevar a México a figuras tan destacadas de la intelectualidad española como Ramón Menéndez Pidal, Juan Ramón Jiménez, Ramón Gómez de la Serna, José Pijoán y José Moreno Villa. Lo que todos ellos tenían en común, además de su prestigio intelectual, era el hecho de haberse trasladado ya al continente americano para anclarse ya sea en Estados Unidos, como Moreno Villa, ya sea en Argentina, como Gómez de la Serna, ya sea en Cuba, como Menéndez Pidal y Juan Ramón Jiménez. De los resultados de sus iniciativas por llevar a todos ellos a México habló Estrada en el segundo párrafo de su carta a Salinas:

> Vendrá D. Ramón Menéndez Pidal, probablemente en mayo. Vendrá a dar conferencias sobre su especialidad José Pijoán y a documentarse en arte antiguo mexicano. He escrito a La Habana a Jiménez; pero todavía no sé si allí se encuentra. Me ha escrito Gómez de la Serna sobre un posible viaje a México. Vendrá Moreno Villa. Nos falta usted. Quizás aquí se puede reconstruir algo de lo de España, en materia de estudios e investigaciones de cultura, mientras termina allá la Guerra Civil. Necesito sus informes.

1937. Los originales tanto de esta carta como de la otra (asimismo inédita) del 16 de mayo de 1937 que se cita más adelante, también de Estrada a Salinas, se conservan en la Houghton Library de la Universidad de Harvard.

De los cinco españoles mencionados en la carta sólo dos llegarían entonces a visitar México: Pijoán y Moreno Villa.[2] Y sólo uno de ellos, Moreno Villa, aceptaría la propuesta de quedarse en el país, acogiéndose, más adelante, a la invitación que le extendiera Daniel Cosío Villegas a ser miembro residente de La Casa de España. Pero aun cuando el intento no llegó a dar todos los frutos que Estrada hubiera querido, esta carta resulta importante en cuanto confirma el papel pionero que asumió este político y escritor mexicano en la tarea de rescatar a los intelectuales republicanos y ofrecerles las condiciones necesarias para que pudieran retomar su trabajo en México. Si bien es cierto que los responsables de dirigir la operación de rescatar a los intelectuales españoles finalmente fueron otros, me parece injusto el que muchas veces se pase por alto el trabajo preparatorio realizado por Estrada en los primeros meses de 1937.

Salinas parece haber reaccionado con entusiasmo a la invitación de Estrada: aceptó dar un ciclo de cinco conferencias sobre "La actitud ante la realidad en la poesía española clásica", así como otra sobre Federico García Lorca, proponiendo como fecha de su viaje a México los días últimos de diciembre de 1937 y primeros de enero de 1938. "De los puntos que usted me envía", le contestó Estrada el 16 de mayo, "todos me parecen bien. Además, si logramos traer a D. Ramón Menéndez Pidal, tenemos un proyecto mucho más extenso, que consiste en la creación y funcionamiento de un instituto formal, en el que tomarán parte usted y algunos de los conocidos colaboradores del C[entro] de E[studios] H[istóricos] de Madrid". Tras comprometerse a emprender todos los trámites necesarios para que el conferenciante contara con el respaldo del Consejo Superior de Educación e Investigaciones Científicas, Estrada cerró su carta animando al amigo a "preparar sus maletas y venirse a México". Todo parecía estar preparado, en fin, para que Salinas viajara a México en diciembre de 1937. Si no lo hizo entonces, seguramente fue en gran medida porque en el mes de junio el propio Estrada se enfermó del corazón y ya

[2] Sobre la breve estancia de Pijoán en México, véase la entrevista de Rafael Heliodoro Valle, "Diálogo con José Pijoán", *Universidad* (México, D. F.), tomo IV, núm. 19 (agosto de 1937), pp. 15-21.

no pudo ocuparse del tema; pero también porque las autoridades mexicanas propusieron aplazar la fecha de su visita, primero hasta febrero de 1938, y luego hasta abril del mismo año. El propio Estrada, tristemente muerto en septiembre de 1937, ya no pudo hacer nada por rescatar el proyecto de las perezosas manos en que de repente parecía haber caído.

Con todo, el diálogo de Salinas con México tomó un rumbo nuevo en enero de 1938, cuando Alfonso Reyes, al regresar a su país desde Buenos Aires (donde había tenido a su cargo la Embajada mexicana), pasó brevemente por Nueva York. Hubo un rápido intercambio de telegramas entre los dos escritores, seguido luego por una correspondencia mucho más nutrida. Conviene señalar que la amistad de Salinas con Reyes era todavía más antigua, y más estrecha, que la que lo había unido con Estrada. Y es que, en los años 20, los dos no sólo habían coincidido en Madrid, sino incluso habían trabajado juntos en el famoso Centro de Estudios Históricos (la misma institución evocada por Estrada en su carta). En la correspondencia intercambiada entre ellos se ven la admiración y la confianza que se tenían a raíz (sin duda) de experiencias compartidas en aquellas lejanas fechas. Así, en carta del 28 de enero de 1938, escrita desde el Wellesley College, Massachusetts, Salinas le explicó a Reyes no sólo las circunstancias que lo habían llevado a Estados Unidos, sino también cuál era su sentir con respecto al violento conflicto que había dividido a su país:

> Estaba invitado como *Visiting Profesor* por este College desde Noviembre de 1935, y salí de España en agosto del 36, empezada ya la lucha. Nunca creí que habría de convertirse en tan larga Guerra Civil. Acaso entonces no habría salido. Ya una vez aquí muchas razones me impulsaron a seguir en América por ahora. Pero acaso deba decirle que en esas razones no entra ninguna de las muchas que han movido a tantos intelectuales indecisos a expatriarse. Yo no tengo dudas: desde el primer día y más cada día estuve de corazón al lado del pueblo y del Gobierno, y creo firmemente en la justicia de su causa. Si me encuentro fuera de España no es a la expectativa del que gane, como tantos apro-

> vechados, ni para colocarme en una postura de superioridad sobre los acontecimientos, no; es únicamente por esa circunstancia fortuita de mi invitación.

En esta misma carta, después de señalar las "muchas penalidades físicas y morales" que había sufrido al quedar así impotente ante la lenta destrucción de su país, Salinas insistió una vez más en despejar cualquier duda que Reyes pudiera tener acerca de su postura política en ese momento: "Usted ya habrá sentido muchas veces que la situación de todo español sensible es hoy día muy delicada. La mía, lo es; pero es también, y sin duda, clara y terminante: estoy con la España en que creo, y desde aquí he hecho lo que he podido por ella. Si ganara Franco, en lo que no creo, no volveré nunca a mi país. ¡Y ahora me doy cuenta de lo que significa esa terrible promesa que uno se hace!"[3]

Las cartas que Salinas le envió a Reyes por estas fechas son, en efecto, muy interesantes. En ellas el poeta español habla de su experiencia como profesor en Nueva Inglaterra, de las vicisitudes corridas por Jorge Guillén en España y también de algunos de sus trabajos recientes como poeta. Pero, desde luego, también aprovecha la oportunidad para comentarle su proyecto de visitar México. Así, en carta del 14 de marzo, le pide a Reyes que intervenga discretamente con sus paisanos para averiguar si seguía en pie la invitación que Estrada le había extendido un año antes:

> me siento desolado ante el pensamiento de que puedo volverme a Europa, si las cosas de España se arreglaran, sin haber visto México, ahora que estoy más cerca de él que nunca. De ahí mi afán de ir cuanto antes, aunque sea por poco tiempo. Pero comprendo que lo que yo pueda hacer no compensaría la liberalidad económica de ese Gobierno conmigo. En fin, si usted quiere

[3] De una carta de Pedro Salinas a Alfonso Reyes del 28 de enero de 1938 recogida en Enric Bou y Andrés Soria Olmedo, "Correspondencia Pedro Salinas-Alfonso Reyes", *Boletín de la Fundación Federico García Lorca* (Madrid), núm. 13-14 (mayo de 1993), pp. 138-139. Los originales tanto de esta carta de Salinas a Reyes como de la que se cita a continuación se conservan en el Archivo Histórico de El Colegio de México (AHCM).

hacer de rodillas de los Dioses para mi porvenir mexicano, se lo agradeceré profundamente.[4]

Reyes, desde luego, hizo todo lo posible por asegurar que Salinas viajara a México, cosa que el español finalmente consiguió hacer hacia finales de agosto de ese mismo año de 1938. Su programa de trabajo consistió sobre todo en dictar en el Palacio de Bellas Artes el ciclo de conferencias ya anunciado el año anterior, aunque el título que antiguamente las reunía, "La actitud ante la realidad en la poesía española clásica", se había cambiado por otro ligeramente distinto: "Mundo real y mundo poético en la poesía española". Se trataba de textos que, con el título de "Reality and the poet in Spanish poetry", ya había dado a conocer en Estados Unidos al dictar las "Turnbull Foundation Poetry Lectures" de 1937, pero que en su versión castellana seguían inéditas.[5] Quien conoce la fama de Salinas como conferencista no se sorprenderá al descubrir que consiguió un éxito rotundo con este ciclo sobre poesía española, como también a raíz de su participación en un tributo público a Lorca, cuyo programa, por cierto, incluyó el *Homenaje a García Lorca* del músico mexicano Silvestre Revueltas, así como la interpretación por la cantante Sonia Vervitzky de "Cinco canciones de niños y dos canciones profanas" del propio poeta granadino. Salinas fue ovacionado por el público y también entrevistado en la prensa; incluso fue perseguido por lectores que querían que les firmara ejemplares de sus libros, cosa que lo llenó de satisfacción, sobre todo después de los dos años de aislamiento literario que llevaba en Estados Unidos. Cabe subrayar que fue asismismo motivo de gran regocijo para Salinas poder reunirse con algunos viejos amigos ya radicados en México, como José Gaos, José Moreno Villa, Luis Recaséns Siches, Agustín Millares Carlo y León Felipe, todos ellos

[4] En Bou y Soria Olmedo, art. cit., pp. 145-146.

[5] El germen de esta serie de conferencias se halla en una charla sobre "Mundo real y mundo poético" que Salinas dictó por primera vez en España en 1930. Véanse los comentarios esclarecedores de Christopher Maurer a su edición de Pedro Salinas, *Mundo real y mundo poético y dos entrevistas olvidadas 1930-1933* (Valencia, Pre-Textos, 1996).

incorporados a la flamante Casa de España creada poco antes, en julio de 1938. Pero la ciudad misma, al igual que los demás sitios que visitó durante su estancia en el país (los volcanes, el monasterio de Acolman, Morelia, el lago de Pátzcuaro, la ciudad de Puebla...), también le produjo una impresión muy honda, mucho más profunda de lo que esperaba, y eso que se había trasladado al país con grandes expectativas al respecto. En carta a una amiga norteamericana, Katherine Whitmore, hizo comentarios que cabría comparar con tal o cual página de *Cornucopia de México*, de Moreno Villa. Por ejemplo, lo siguiente:

> Estoy viviendo y reviviendo, a la vez. Tú, claro, aunque conoces muy bien España no podrías sentir eso como yo, por no ser española. Pero no te puedes figurar lo que es ver trozos del pasado que se ponen en pie ante los ojos de uno, y le despiertan partes dormidas de la conciencia. ¿Sabes cómo he expresado eso en las palabras de salutación al público mexicano de mi primera conferencia en Bellas Artes? Pues recordando el título de una obra de Lope de Vega: *El extranjero en su patria*. No lo puedo expresar mejor. Extranjero soy, y a ratos, sobre todo en la relación con la gente, me siento tal; pero no obstante un sentimiento de patria profunda existe para mí en las cosas. La gente, su carácter y habla son una variante, a veces muy alejada, de lo nuestro; pero las calles, las costumbres, lo mudo y tradicional, me acercan a España a cada paso. ¡Y qué de pequeños primores, de gracias menudas se cazan por las calles! ¡Qué puestos de agua y bebidas, de dulces, en esas plazas como Santo Domingo o la Concepción! ¡Qué tiendas extrañas y minúsculas, de artesanos, como en Sevilla![6]

El único disgusto que Salinas parece haber sufrido en México fue con motivo de un virulento ataque que el escritor católico Jesús Guisa y Azevedo le dirigió desde la revista *Lectura*, acusándolo de ser uno más de los "camaradas que acaban con el cato-

[6] Véase Pedro Salinas, *Cartas a Katherine Whitmore. El epistolario secreto del gran poeta del amor*, edición y prólogo de Enric Bou (Barcelona, Tusquets, 2002), p. 313. La carta está fechada el 2 de septiembre de 1938.

licismo, con la civilización española, con el hombre".[7] Salinas no era católico, pero desde luego nada podía resultar más ridículo que acusarlo de destruir la civilización española. Tanto es así que si Guisa y Azevedo escogió al autor de *La voz a ti debida* para desahogar su odio contra los republicanos españoles en general, sólo pudo haber sido en atención al éxito que Salinas acababa de conseguir como conferencista. Guillermo Sheridan, a quien debemos el conocimiento y estudio de este episodio, nos proporciona el texto de la respuesta del escritor español, quien como es natural se indignó ante la absurda distorsión de su actitud política, insistiendo que no había ninguna contradicción entre su apoyo a la República española y su fe en "las realidades espirituales y morales del ser humano individual".[8] Fue éste un momento en que Salinas tal vez se sintiera más identificado con los otros españoles exiliados en México, pero también cuando explicó con mayor precisión el alcance exacto de su adhesión a la causa republicana.

A pesar de este contratiempo, la estancia en México resultó ser una experiencia inolvidable para Salinas, quien por lo mismo decidió emprender otra gira de conferencias parecida el año siguiente. Así se lo hizo saber a Daniel Cosío Villegas, quien desde julio de 1938 ya fungía como secretario de La Casa de España y que sin duda hubiera querido que Salinas no sólo volviera a México, sino que se incorporara como miembro residente de La Casa, al igual que lo acababan de hacer Moreno Villa, José Gaos y varios amigos más. Si Cosío le extendió una invitación en ese sentido, no lo sabemos. Lo que sí salta a la vista al leer las cartas que Salinas le escribió en el otoño de 1938 es la alegría que le da ver que La Casa de España se está convirtiendo en una realidad muy palpable. Se identifica a tal grado con las metas de la institución que incluso se permite enviarle propuestas muy diversas a

[7] Véase Jesús Guisa y Azevedo, "Deja ya de admirar la arquitectura", *La Lectura (Revista crítica de ideas y libros)* (México), vol. VI, núm. 1 (15 de septiembre de 1938), pp. 45-46.

[8] Véase Guillermo Sheridan, "Buzón de fantasmas. Una carta de Pedro Salinas", *Vuelta* (México), núm. 223 (junio de 1995), pp. 59-60. La carta de Salinas se publicó por primera vez en *La Lectura*, vol. VII, núm. 1 (1 de noviembre de 1938), p. 45.

Cosío, iniciativas, además, en las que resulta evidente que él mismo quisiera participar. Escribe, por ejemplo, lo siguiente:

> Esto de la Casa de España es algo vivo y real. Y creo que tanto usted, como mejicano, como yo, español, deseamos con todo anhelo que *deje* algo. Mirando la lista de miembros residentes se me ocurrió que aparte de los trabajos especiales y sueltos que cada uno de ellos haga, sería buena una forma de labor colectiva, que respondiese al sentido total de la Institución. Y me pareció que acaso pudiese ser una serie de Manuales Populares de Pensamiento, Ciencia y Arte Modernos breves, claros pero de perfecta dignidad intelectual, que pudiesen servir para la difusión de la cultura en sus aspectos más vivos y modernos. No me refiero, claro, a Manuales completos de una ciencia o arte, no sino a estudios de un problema capital y esencial, en cada rama. Folletos o libritos de unas 100 páginas, donde se expusiera una cuestión del día, política, economía, arte, literatura, derecho, etc. Tienen ustedes ahí especialistas de muchas cosas, que podrían cubrir un campo de conocimientos muy amplio. Y se me figura que no sería imposible que dentro de seis o siete meses anduvieran por el mundo esos "Cuadernos Manuales de La Casa de España en México".

Esta propuesta parece haberle interesado mucho a Cosío, tal vez porque él mismo ya llevaba tiempo ponderando la posibilidad de promover algo parecido. Pero Cosío apenas le había anunciado su satisfacción al respecto, cuando le llegó otra propuesta para los miembros de La Casa. Otra propuesta en que de nuevo el propio Salinas evidentemente quería participar. Según explicó en carta a Cosío de finales de diciembre de 1938, se trataba de un homenaje colectivo a México:

> En él cada uno de nosotros (me ofrezco a ser uno de ellos, claro) escribiría un artículo o ensayo sobre un tema mexicano cualquiera: sobre un paisaje, un tipo, una costumbre, un monumento, una obra mexicanos. Algo así como: "Doce (o los que sean) españoles miran a México." Es ése un país que impresiona

> tanto y tan hondamente a los que le ven que estoy seguro de que todos tenemos algo que decir de él. Y me parece bonito, aparte de la labor individual de cada cual, coleccionar en un tomo, de tono sobre todo literario, nuestras reacciones mexicanas. ¡Y perdone mi manía sugestiva, como dicen aquí! Pero creo que poetas como Canedo, Moreno Villa y León Felipe, críticos de arte como Gutiérrez Abascal, hombres de pensamiento como Gaos y Lafora, podrían decir su dicho cada uno.[9]

De los dos proyectos propuestos por Salinas, el que más parece haberle gustado a Cosío fue el primero. Sin embargo, ninguno de los dos finalmente se llevó a cabo. Unos meses más tarde, en 1939, La Casa inauguraría su propia colección de libros, que (siguiendo un giro que era entendible en las circunstancias) sería un intento por recoger los intereses muy particulares de cada miembro de la institución, más que un esfuerzo por canalizar dichos intereses hacia metas de orden colectivo. Y la misma tendencia había de observarse también en los libros editados todavía en 1940.

Hacia diciembre de 1938 Salinas y Cosío se pusieron de acuerdo para que en el verano de 1939, en una gira auspiciada por la propia Casa de España, el catedrático español fuera a México, a la capital pero también a varias ciudades de provincia, a dar conferencias, cursillos y "explicaciones intensivas de textos literarios", entre otras sobre *La vida es sueño* y sobre las *Églogas* de Garcilaso. Durante los primeros meses de 1939 el plan se fue cambiando y consolidando. Pero a partir de la primavera de aquel año el encargado de organizar la gira fue, ya no Cosío, sino Reyes, quien en el mes de abril fue nombrado presidente del Patronato de La Casa de España. La noticia del nombramiento de Reyes no podría haberle deparado mayor satisfacción y alegría a su amigo español. "De todos los cargos representativos que ha tenido usted es éste, el menos ilustre, quizá, aquél en que le veo a mi mejor luz", le escribió en carta del 21 de mayo:

[9] Esta carta, sin fecha, pero de principios de 1939, fue dada a conocer por Martí Soler Vinyes, *La casa del éxodo. Los exiliados y su obra en La Casa de España y El Colegio de México (1938-1947)*, México, El Colegio de México, 1999, p. 37.

> Gran mexicano entre los españoles, buen y noble español entre los mexicanos, su nuevo título es una de esas justicias que tan rara vez suelen venir del Jordán de lo oficial. Estoy seguro de que todos los residentes de La Casa la habrán sentido completa, ahora. Y a mí me parece que su ingreso es la máxima garantía de que andará cada vez mejor. Usted, querido Reyes, nos conoce en lo más íntimo y expresivo de nuestra persona: en nuestros defectos. Y quiere usted nuestras virtudes. Ojalá en México sean las segundas las que esos amigos, tan generosamente acogidos por su país, desplieguen, en ayuda de su tarea. Usted mejor que nadie sabrá comprender los errores.[10]

En efecto, para presidir La Casa de México el general Lázaro Cárdenas no hubiera podido escoger a un mexicano que despertara mayor confianza y admiración en Salinas, como también en la gran mayoría de los españoles exiliados en el país. Y no sólo era cuestión del profundo conocimiento que Reyes tenía de los españoles y de la gran simpatía que ellos le despertaban; su propia experiencia como exiliado lo volvía, además, especialmente sensible a las difíciles circunstancias en que los refugiados españoles vivían.

Fue Reyes quien ultimó los detalles de la segunda visita de Salinas a México, que el poeta emprendió en la segunda semana de agosto de 1939, partiendo esta vez, no de Nueva Inglaterra, sino de California, adonde se había trasladado primero, también con el propósito de dar conferencias. Desde Los Ángeles bajó en tren hasta Guadalajara, donde permaneció diez días, antes de trasladarse a Guanajuato y de ahí, cinco días más tarde, a la ciudad de México. Aunque a lo largo de esta gira Salinas fue muy activo como conferencista, también aprovechó el viaje para hacer algo de turismo: visitó por ejemplo, el lago de Chapala, mientras que, por un descarrilamiento del tren en que viajaba, parece que también llegó a conocer los encantos de Irapuato. Estuvo asimismo en Querétaro. Según leemos en las cartas escritas por él en esas

[10] Véase Martí Soler Vinyes, *La casa del éxodo*, p. 38.

fechas, una vez superadas las incomodidades del viaje, las ciudades de provincia le produjeron una fascinación muy especial, y no tanto por lo que le recordaran de su vida en España, sino más bien por cuanto le sugerían una vida que bien pudo haber sido suya, pero que nunca lo fue; es decir, por una especie de nostalgia especulativa. "Como no he vivido aquí lo que veo no me recuerda cosas precisas, exactas, que uno podría echar de menos", le explicó a su esposa, al llegar a Guadalajara. "Es un recordar en el aire, sin filo ni punta, que no hiere, porque en realidad es un recordar imaginativo y no real, ya que se recuerda lo que no se ha visto. Y en esta ciudad tranquila y clara, aun se acentúa la sensación".[11]

Ciertas excentricidades lingüísticas también le hicieron mucha gracia. "En Guadalajara", le escribió más adelante a su hija Soledad, "conocí a un ser grandioso llamado don Justo, que es especialista en el disparate barroco. Le gusta mucho hablar *fino*, empleando palabras cultas. Y te transcribo para tu regocijo, algunas de sus frases más famosas: 'Cuando estuvimos en Venecia las calles estaban *abnegadas*; no se podía andar más que en *glándula*.' 'Yo como más que el *goloso* de Rodas.' 'Ese gato es de muy buena raza; *incrustado de Góngora*.' (Por 'cruzado de Angora'). 'No vi a nadie, hice el viaje de *inédito*.' 'El viaje tuvo muchas *pericias*; fue una verdadera *odalisca*'. Como ves sólo ese hombre justifica la existencia de Guadalajara."[12]

En el Distrito Federal, en los últimos días de agosto, le tocó a Salinas dar una serie de lecturas comentadas en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional. Reunidas bajo el título general de "El romanticismo estudiado en los textos" dichas lecturas giraron todas ellas alrededor de Espronceda, cuya obra fue pretexto para que el profesor expusiera sus ideas sobre "El romanticismo legendario", "El romanticismo sentimental y amoroso", "El romanticismo social" y "El romanticismo filosófico y

[11] Carta a Margarita Bonmatí, fechada el 11 de agosto de 1939. En Pedro Salinas, *Obras completas III. Epistolario*, edición de Enric Bou y Andrés Sorio Olmedo, Madrid, Cátedra, 2007, p. 777.

[12] Carta a Solita Salinas, fechada el 1 de septiembre de 1939. En Pedro Salinas, *Obras completas III. Epistolario*, p. 778.

vital". Luego, en la primera semana de septiembre, pero esta vez en el Palacio de Bellas Artes, Salinas impartió una serie de conferencias de mayor envergadura sobre "Lo barroco en la literatura española del siglo de oro". Según la publicidad difundida por la propia Casa de España, el ciclo consistió en una reflexión inicial sobre la idea misma del barroco, a la que luego siguieron otras cinco sesiones destinadas a precisar, sucesivamente, el carácter barroco de la poesía lírica de Góngora, del teatro de Calderón, del ensayo satírico y moral de Quevedo y de la novela de Gracián. En fin, toda una introducción a la literatura española del siglo XVII.[13] Sobre la reacción del público, tanto en la Facultad de Filosofía y Letras como en el Palacio de Bellas Artes, sólo cabe especular, porque, a diferencia de lo que había ocurrido el año anterior, esta vez las conferencias de Salinas no encontraron eco alguno en la prensa mexicana. Es cierto que esta segunda visita del poeta y crítico difícilmente iba a destacarse en un momento en que la ciudad de México recibía grupos muy grandes de exiliados españoles. Pero la verdadera razón por la falta de reverberaciones en la prensa (o al menos en el caso de las conferencias sobre el barroco) seguramente hay que buscarla en la situación política internacional. Salinas dictó la primera de estas conferencias el 4 de septiembre de 1939, es decir, un día después de que Inglaterra declarara la guerra a Alemania. Y, como es natural, lo único de que hablaba la prensa mexicana en aquel momento era del posible desenlace de la nueva guerra mundial que acababa de estallar.

Por las cartas que Salinas envió a su familia y a los amigos que tenía en Estados Unidos, sabemos que una vez más disfrutó mucho los días que pasó en México. Habló de escribir un largo ensayo que resumiera su visión del país, e incluso, en algún momento, mencionó la posibilidad de escribir una novela inspirada en las minas de plata de Guanajuato. México nuevamente lo había conquistado... Y sin embargo, a diferencia de lo ocurrido el año anterior, esta vez el poeta no planteó la posibilidad de regre-

[13] Toda esta información procede de la correspondencia de Pedro Salinas con Alfonso Reyes que se conserva en el AHCM.

sar. En los años cuarenta exploraría otros países latinoamericanos, primero Cuba y Puerto Rico, y más adelante, Colombia, Ecuador y Perú, pero nunca más volvería a pisar tierra mexicana. La Casa de España, mientras tanto, dejó de ser el refugio provisional que había sido, para convertirse en un proyecto de mayor arraigo en el país: El Colegio de México. La correspondencia de Salinas no se interrumpió, pero sí se volvió más esporádica. Evidentemente, la relación de Salinas con México terminó cuando llegó a su fin su segunda gira por el país.

Al leer la correspondencia de Salinas intercambiada con Reyes y con Cosío, al ver el entusiasmo con que se expresaba acerca de La Casa de España, al comprobar el ferviente interés con que quiso contribuir a las actividades de la institución, es difícil no preguntarse qué hubiera pasado si Salinas hubiese renunciado a su puesto en Wellesley, Massachussets, para instalarse en México como otro miembro más de La Casa. Por sus excepcionales cualidades, como profesor e investigador, pero también como administrador universitario (no hay que olvidar entre muchas otras actividades desempeñadas por Salinas antes de la guerra la de secretario de los Cursos de Verano de la Universidad Internacional de Santander), no cabe duda de que su contribución a La Casa hubiera sido de primer orden. Pero una vez dicho eso, hay que reconocer que las posibilidades de que se incorporara a La Casa nunca fueron muy grandes. Lo retenían en Estados Unidos fuertes motivos personales y no sólo las excelentes condiciones de vida y trabajo que le tocaban como catedrático universitario. Por otra parte, al leer su correspondencia, uno se da cuenta de que en septiembre de 1939 Salinas se había marchado de México profundamente decepcionado por el panorama que ya para entonces ofrecía el exilio español.

"Políticamente están todos divididos, llenos de enemistades y hasta de odios", le comentó a su amiga Katherine Whitmore, en carta del 28 de septiembre. Y no es sólo que lamentara la existencia de estos odios entre sus compatriotas, sino que, con gran pesimismo (y con cierta clarividencia), sacó la conclusión, al contemplarlos, de que las múltiples heridas abiertas por la Guerra Civil iban a tardar mucho en cerrarse. Y claro, aun cuando La

Casa de España representara un oasis de relativa serenidad y convivencia, Salinas no hubiera podido contemplar la posibilidad de vivir largos años inmerso en un ambiente de tanto rencor. "¿Sabes, Katherine?", siguió comentando en la misma carta del 28 de septiembre. "He sacado del espectáculo de los republicanos en México esta desgarradora convicción: la vida en España, con Franco o sin Franco será imposible en lo que me queda de existencia. Cualquier régimen en España estaría lleno de hostilidades, recelos y malestar moral. ¡Qué enorme suerte he tenido al no mancharme con esta terrible coloración de los odios! A mí me odiarán, quizá, algunos, pero yo no odio a nadie. ¡Gran consuelo!"[14]

Sea cual sea la interpretación que quisiéramos atribuir a esta postura (que curiosamente parece coincidir en ciertos aspectos con el pesimismo político de un compatriota suyo, Luis Cernuda), el hecho es que si Salinas siguió un camino muy distinto de lo que les tocó vivir a la mayoría de los españoles exiliados en México, fue por fidelidad a ciertos valores morales e ideológicos y no sólo por comodidad profesional. Se mantuvo aparte, pero siempre atento a todo cuanto pasara a su alrededor. Y de ahí sin duda el valor de su testimonio. Porque si bien su acercamiento a México, y más precisamente a La Casa de España, echa luz esclarecedora sobre su propio pensamiento como exiliado, también (y por ello mismo) pone en relieve algunas de las muchas tensiones que condicionaron el desempeño de La Casa durante su corta pero fructífera existencia. Por ambas razones, es un testimonio, en fin, que bien merece la pena recordarse.

[14] Carta a Katherine Whitmore, fechada el 28 de septiembre de 1939. En Salinas, *Obras completas III. Epistolario*, p. 787.

JOSÉ MORENO VILLA Y LA CASA DE ESPAÑA EN MÉXICO

JUAN PÉREZ DE AYALA
Madrid, España

Cuando se creó La Casa de España en México, el primero de julio de 1938, José Moreno Villa llevaba más de un año residiendo en la capital mexicana; de hecho, podría decirse que, ya para estas fechas, se encontraba integrado en el país. Había llegado invitado por el gobierno de Lázaro Cárdenas el 10 de mayo de 1937, siendo el primer español que fuera acogido por México. Había pronunciado conferencias en México, realizado exposiciones de sus dibujos de la Guerra Civil española y preparado ya su primera exposición de pinturas, en las que iba incorporando temas y temáticas mexicanas. Desde su llegada colaboraba en la prensa mexicana, sobre todo en la revista *Hoy*, y había entablado amistad con personalidades como Xavier Villaurrutia, Luis Cardoza y Aragón, Manuel Toussaint, Octavio Barreda, Octavio Paz o Inés Amor.

Todo esto, hay que señalarlo, lo logró gracias al esfuerzo y la amistad de Genaro Estrada, que fue la persona responsable de trasladarlo a México desde Estados Unidos. Moreno Villa había estado en la Embajada de España en Washington, como enviado cultural del gobierno de la República. Su misión allí consistía en difundir la labor cultural que se seguía produciendo en una España sumergida en el horror de una guerra civil y en promover, también, el apoyo, la simpatía y la solidaridad con la causa republicana. Al invitarlo a México, fue Genaro Estrada quien se preocupó por buscarle acomodo y maneras idóneas para que Moreno Villa pudiera desarrollar sus variadas y particulares capacidades intelectuales y creativas hasta que se resolviera el conflicto español. Hay

que recordar que en 1937, y aún en 1938, nadie sabía con certeza cuál sería el desenlace del conflicto. Y en estas circunstancias, lo que pretendió un cierto grupo de mexicanos, conocedores de la España de ese momento, fue ayudar y, de alguna forma, proteger a los intelectuales españoles que empezaban a encontrarse dispersos por el mundo sin medios para subsistir.

El Genaro Estrada que acogió a Moreno Villa en México era un hombre ya gravemente enfermo, que acabaría convirtiéndose no sólo en el valedor mexicano del pintor, sino en una especie de sombra protectora que, más allá de su muerte —Genaro Estrada falleció en septiembre de 1937—, seguiría velando por la felicidad, digámoslo así, de su amigo.

La Casa de España en México tuvo escasos dos años de existencia, desde su fundación hasta su transformación en El Colegio de México en octubre de 1940. Durante este lapso José Moreno Villa —uno de sus cinco miembros fundadores— realizó diversos trabajos para la institución o auspiciados por ella: dos exposiciones de pintura que se presentaron en la Galería de Arte Mexicano, la primera titulada Invitación al vuelo, en 1938 y la segunda, en 1940. Publicó dos libros, *Locos, enanos, negros y niños palaciegos. Gente de placer que tuvieron los Austrias en la corte española de 1563 a 1700*, en 1939, y *Cornucopia de México*, en 1940, mientras que en diciembre de 1939 impartió un breve curso sobre arte en el Palacio de Bellas Artes; titulado "Dos temas sobre pintura", que constaba de dos conferencias: "De Van Eyck a Picasso, fijos en las nubes" y "De España a México, entre pordioseros y ángeles". Dos exposiciones, dos libros y dos conferencias muy representativas de la variedad de registros que Moreno Villa podía abarcar y desarrollar. Dos años, por otro lado, llenos de resonancias internas, que irían entremezclándose; porque, como el público habrá advertido por los títulos que antes he dado, nos movemos, o nos vamos a mover a lo largo de esta charla, entre nubes, ángeles, locos, enanos, pordioseros y... "hombres acurrucados". Fueron dos años de intensa y feliz actividad creadora, que tuvieron su correlato, a la vez, en una intensa, feliz e inesperada etapa en la vida personal del exiliado: en 1938 vive su noviazgo con Consuelo Nieto, viuda de Genaro Estrada; en 1939 se casa con ella, y en 1940 nace su único hijo, José Moreno Nieto.

Antes de entrar a analizar, más o menos pormenorizadamente, las actividades desarrolladas por Moreno Villa, creo importante señalar alguna característica en particular, dada la singular personalidad de nuestro protagonista. Moreno Villa, a diferencia de otros intelectuales españoles que fueron llegando a México y agrupándose dentro de La Casa de España, tenía una ubicación diferente y particular. Al contrario del resto: profesores, catedráticos, médicos o profesionales, que fueron rápidamente incorporados a las labores universitarias o científicas del país, Moreno Villa —cuya profesión, la de archivero, no quería desarrollar en México—, presentaba un caso singular para su integración y ubicación en las labores de La Casa. Pero como veremos, fue precisamente esta singularidad la que le fue abriendo caminos nuevos para recorrer o explorar. Estoy hablando, en concreto, de su faceta de pintor. La decisión de La Casa de España de patrocinar las dos exposiciones de pintura que Moreno Villa ofreció en la Galería de Arte Mexicano sentó un precedente. De modo que tras la llegada de miles de exiliados españoles en 1939, y entre ellos, de un buen número de pintores, La Casa de España, primero, y a continuación El Colegio de México, establecieron unas comisiones especiales de ayuda a los pintores españoles. Es decir, la labor artística de Moreno Villa preparó el terreno para que Enrique Climent y Antonio Rodríguez Luna, por ejemplo, disfrutaran de becas que les permitieran desarrollar sus trabajos. El que, a los pocos años, las autoridades de El Colegio de México tuvieran que hacer un reajuste presupuestario, rescindiendo en primer lugar las becas ofrecidas a estos pintores, no viene al caso ahora. En este momento sólo me interesa señalar que esta primera ayuda oficial extendida a la plástica, como otro campo creativo digno de ser apoyado, fue inaugurada con motivo de esas primeras exposiciones de Moreno Villa.

Y vayamos entrando ya en el tema, en los trabajos realizados por Moreno Villa para La Casa de España. Comencemos el recorrido de arriba a abajo; es decir, del cielo a la tierra. Miremos, primero, las nubes; esas nubes del cielo mexicano que tanto impresionaron a los españoles exiliados y que, a la vez, tanta melancolía les produjeron. Estamos en 1938, y por entonces Moreno

Villa está sumergido en una serie de cuadros en los que "esas nubes barrocas de México" —utilizo sus palabras— le inspiran el núcleo principal de las obras que presentará, con el título colectivo de Invitación al vuelo, en el mes de diciembre, en la Galería de Arte Mexicano, exposición que reseñarán Xavier Villaurrutia y Luis Cardoza y Aragón, destacando y reflexionando, precisamente, sobre este tema. Villaurrutia escribe:

> De este poético modo, en sus nuevos cuadros, en los mejores, ha vuelto a sacar a flote, en el mar del aire, nada menos que el cielo de México, de un azul ¡tan azul! Y unos jirones de nubes que cambian milagrosamente, como las nubes auténticas, si bien se las mira, de forma y de entonación.[1]

Cardoza y Aragón resume su visión así:

> Tierras maceradas de cielos. Se presienten nubes subterráneas. Se adivina que los minerales están hechos de pájaros dormidos. Se desmoronarán repentinamente en un vuelo que viven esperando esos horizontes tiernamente azules. [...] Las nubes —¡las maravillosas nubes! decía Baudelaire— le solicitan con sus terremotos y marejadas, cruzando por el cielo como un pensamiento por la cabeza. [...] Un cielo por donde cruza, con inusitada frecuencia, esa lírica ave extraña, presente en casi todos sus óleos, ave de paraíso entre nubes torturadas.[2]

Jirones de nubes en un cielo azul, nubes como pensamientos, cielo cruzado por un ave extraña, "ave de paraíso entre nubes torturadas", en palabras de Cardoza y Aragón. Autorretrato del pintor, a fin de cuentas. Autorretrato también del poeta. "Moreno Villa pájaro. [...] Ave fantástica. Ave rara. Y sin embargo, familiar,

[1] Xavier Villaurrutia, "Moreno Villa", *Revista de Revistas* (México); 4 de diciembre de 1938; recogido en Juan Pérez de Ayala (ed.), *José Moreno Villa (1887-1955)*, Madrid, Ministerio de Cultura, 1987, p. 59.

[2] Luis Cardoza y Aragón, "Exposición Moreno Villa", *El Nacional* (México), 10 de diciembre de 1938; recogido en Juan Pérez de Ayala (ed.), *José Moreno Villa (1887-1955)*, ed. cit., pp. 56-59.

de nuestro cielo y tierra", como le recordará Octavio Paz en su hermosa semblanza escrita en 1955, con motivo de la muerte de su amigo.[3]

Y sigamos en las nubes, es decir, sigamos el recorrido de Moreno Villa. En 1939, dicta en el Palacio de Bellas Artes un curso de dos conferencias titulado "Dos temas sobre pintura". En la primera de ellas, "De Van Eyck a Picasso, fijos en las nubes", puntualiza el método de exposición que va a desarrollar en su charla. Dice:

> El tema que se propone en esta conferencia es en realidad un pretexto para espigar en el campo de la pintura.[...] He buscado para esto un nexo claro y hasta brillante que una a los pintores primitivos con los más modernos: la nube.

Y continúa:

> Para todo lo que voy a decir luego, me basta que retengan ustedes estas dos observaciones hechas: que entre cielo y tierra no hay relación ni ajuste por lo general en la naturaleza, y que las nubes naturales no nos obedecen, ni se sujetan a nuestros deseos como tiene que ocurrir en el arte.

Esta conferencia, basada en las visitas con alumnos al Museo del Prado que realizaba en sus tiempos de la Residencia de Estudiantes, sigue las ideas expuestas por Heinrich Wollflin en su obra *Conceptos fundamentales de la historia del arte*, traducida por el propio Moreno Villa en 1924. Permanece inédita hasta hoy.

No es el caso de la segunda, "De España a México, entre pordioseros y ángeles", que fue incluida, años después, en el volumen *Lo mexicano en las artes plásticas*, publicado por El Colegio de México en 1948. Partiendo de un cuadro que se encuentra en la Catedral de México que representa a un san Pedro anciano recibiendo la visita de un ángel, Moreno Villa explica lo que éste cuadro despierta en él: el anciano le lleva a reflexionar sobre la pintura española, llena

[3] Octavio Paz, "Vivacidad de José Moreno Villa", *La Gaceta del Fondo de Cultura Económica* (México), 15 de mayo de 1955; recogido en Juan Pérez de Ayala (ed.), *José Moreno Villa (1887-1955)*, ed. cit., pp. 88-89.

de viejos y pordioseros; el ángel, por el contrario, le conduce a destacar la profusión de ángeles que se encuentran en la pintura colonial mexicana. Es decir, como enuncia su título, Moreno Villa sigue aquí un camino que le conduce de España a México, de una reflexión sobre la pintura española a una meditación sobre lo novedoso que advierte en la pintura mexicana. Al mismo tiempo, no deja de reflexionar sobre otro tema muy suyo: la reconciliación de los contrarios, el enfrentamiento de los opuestos:

> Toda una serie de valores opuestos se pueden derivar de esta primera pareja opositora. Viejos y ángeles quieren decir: lo feo junto a lo bello; lo arrugado junto a lo terso; lo que se encorva junto a lo que se expande; lo que baja, junto a lo que asciende; lo pardo, junto a lo brillante; lo lento, junto a lo rápido; la experiencia junto a la candidez, y en suma, lo reflexivo junto a lo impulsivo. [...] El impulso y la reflexión. Los cuales son indispensables en toda obra creativa.
>
> Hay que ser lírico y hay que ser filósofo, en la vida, como en la creación. Hay que tener presente los caracteres de las cosas y hay que manejarlas de modo que levanten el ánimo, que lo pongan en vuelo, en alta marcha.[4]

Y del vuelo, de las nubes y de los ángeles, descendamos a la tierra. Es hora de hablar de locos, de enanos y de hombres acurrucados. En 1939, al cuidado editorial del Fondo de Cultura Económica, se inician las publicaciones de La Casa de España. Moreno Villa publica su catálogo sobre los *Locos, enanos, negros y niños palaciegos...*, trabajo erudito que había iniciado en sus años como jefe del Archivo del Palacio, de 1931 a 1936, y que brindaba un inventario de esa multitud de personajes insólitos que habitaban en palacio en aquellos tiempos. Libro de erudición, sí, pero muy apegado al mundo de Moreno Villa. Libro, en fin, que está impregnado de una extraña poesía y que debía de tener prácticamente acabado al estallar la Guerra Civil. Trabajo que salva y que incluye

[4] José Moreno Villa, *Lo mexicano en las artes plásticas*, México, El Colegio de México, 1948, p. 91.

en su exigua maleta cuando es evacuado de Madrid y que en Valencia adelantará al publicar el estudio introductorio en la recién creada revista *Madrid*. Este estudio introductorio también le servirá de base para una conferencia que pronunciará en Estados Unidos y que repetirá en México, recién llegado. Este libro, por tanto, es un trabajo ya hecho que revisa y culmina en México y que será publicado el 29 de junio de 1939, según consta en el colofón.

No he logrado hacerme una opinión exacta sobre la repercusión que este insólito trabajo pudo tener en México; me consta, eso sí, que el libro se convirtió desde el momento de su publicación en un "clásico imprescindible" dentro de los estudios de la historia del arte del periodo y que no deja de ser considerado así aún hoy, a pesar de carecer de la necesaria reedición y puesta al día por el especialista de turno que reclama esta obra realmente singular.

Porque también habría que señalar una especial particularidad en los trabajos realizados por Moreno Villa para La Casa de España. Me refiero no sólo a estos *Locos*, sino también a su siguiente libro, *Cornucopia de México*, como también a su estudio sobre *La escultura colonial mexicana*, libro que, aunque publicado ya por El Colegio de México en 1942, puede decirse que lo estaba preparando cuando era miembro de La Casa de España. Lo que quisiera resaltar es que todos estos libros son trabajos en los que la brillantez excepcional de su autor se nos muestra de la forma más evidente y radiante. Son *puro* Moreno Villa, Moreno Villa en estado puro o un Moreno Villa en estado de gracia.

> Este hombre acurrucado, que hunde o aprieta su cara contra las rodillas, ¿duerme o piensa? —se pregunta Moreno Villa. ¿Es que no le interesa el mundo que le rodea? ¿Es que le gustaría sumirse en la sombra del sueño eterno? Una serie de preguntas parecidas acuden al ánimo como inquisidoras del misterio. Porque en esta actitud del indio se reproduce el mismo enigma que en ciertas figuras hieráticas del arte chino. El hombre acurrucado es un Buda sin jerarquía.[5]

[5] José Moreno Villa, "El hombre acurrucado", *Cornucopia de México* (México, La Casa de España en México, 1940), pp. 29-30.

En noviembre de 1940, Moreno Villa realizó su segunda exposición de pintura auspiciada por La Casa de España como una de sus últimas actividades; nuevamente fue presentada en la Galería de Arte Mexicano. En esta nueva exposición abundan los temas y motivos centrados en la figura del indio, de ese hombre acurrucado que le hacía meditar. Algunos de los títulos son elocuentes: *Paisaje con músicos indios*, *Dos chamacos papeleros*, *Comiendo un taco*, *Paisaje con vendedor de ollas*, *Reposando la tarea*. Y la crítica mexicana no deja de señalar, con cierto orgullo, la profunda mexicanización que descubre en estas últimas pinturas. El crítico Syrio confiesa que: "en verdad me es grato haber encontrado en Moreno Villa esa expresión que acusa un entendimiento concreto de la verdad mexicana".[6] Mientras que Celia Victoria, en la revista *Todo*, no duda en titular su artículo de esta manera: "Moreno Villa se mexicaniza". En esta crónica-entrevista, Moreno Villa le confiesa su sorpresa al darse cuenta de todo lo que el ambiente mexicano ha podido influir en su producción, de la forma en que ha cambiado su paleta de colores, de la manera en que ahora sitúa a sus personajes, "como notas de color, en paisajes abiertos de tierras calientes".[7]

No puedo decir que fuera casualidad ni tampoco que se tratara de hechos premeditados, pero la realidad es que la obra realizada por Moreno Villa en ese año de 1940 está centrada en lo mexicano: por un lado, una exposición de pintura en la que abunda la "verdad mexicana", y por otro, la publicación de un libro, realmente extraordinario, titulado *Cornucopia de México*.

Poco más podría decirse de nuevo sobre *Cornucopia de México*, y menos aquí, en México, donde el libro sigue gozando de una buena y sana vida editorial y donde se le considera, con toda la razón, un clásico de la literatura de viajes escrita en lengua española o, más en concreto, un clásico dentro de la literatura mexi-

[6] Syrio, "Pintura mexicana". En el archivo José Moreno Villa, en la Residencia de Estudiantes, se conserva un recorte de prensa de este artículo en el que no figura ni el título de la publicación ni la fecha, aunque ésta correspondería a noviembre o diciembre de 1940.

[7] *Apud* Celia Victoria, "Moreno Villa se mexicaniza", *Todo* (México), 28 de diciembre de 1940.

cana. El libro, repetidamente agotado y reeditado, habla por sí solo y podía haber sido el tema único y central de esta charla. Eso sí, podemos apuntar algunas cosas: llama mucho la atención, por ejemplo, que los Hiperiones viesen la necesidad de reeditarlo y de incluirlo en su colección "México y lo mexicano", que Moreno Villa fuera incluido en reuniones en los que se debatiera sobre la esencia del ser mexicano o que Emilio Uranga declarara: "Si alguna autoridad puedo reclamar, la pongo por entero en el énfasis de la sentencia: todo mexicano tiene que leer este libro".

Acabemos. En 1940, Moreno Villa siente que México le va creciendo: "Estoy ya en el periodo de amor a México, lo que quiere decir que he pasado del periodo de la sorpresa, aunque todavía me queden lugares de la República o notas típicas por conocer." Reconoce su apego inmediato a cosas que tienen rasgos y sabor hispánicos, que pudieran haber facilitado su rápida adaptación al país. Pero también sabe y siente que "como tantas otras cosas en México, tienen en su forma o en su esencia rasgos que no son hispánicos y que, sin embargo, están ya adheridos a mí o acogidos por mí con calor entrañable".

Amor y calor entrañable hacia México y lo mexicano, sí, pero también, no lo olvidemos, en estos tres años ha ido creciendo otro amor y calor entrañable. Un sentimiento que se entremezcla y que ha bañado todos los trabajos a los que nos hemos ido refiriendo. Detrás, al lado, por encima y rodeándole, existe algo profundo que le hará escribir:

> Hay gratitud en este nuevo amor.
> "Gracias a Dios" —decís—, pero pensáis
> "gracias a ti" además.
> Y luego con inmensa y muda voz:
> "Gracias a todo, a todo,
> a la luz, al momento, a los jardines,
> al cielo, a los volcanes, a los ríos,
> al aire que mecía tus cabellos
> y a la estrella que vimos en el aire".[8]

[8] José Moreno Villa, "Coloquio paternal", *Poesías completas*, edición de Juan Pérez de Ayala, México, El Colegio de México-Residencia de Estudiantes, 1998, p. 450.

VII.
ALGUNAS PUBLICACIONES

ALFONSO REYES Y SUS *CAPÍTULOS DE LITERATURA ESPAÑOLA*: PUENTE ENTRE DOS EXILIOS

AURELIO GONZÁLEZ
El Colegio de México

En 1939 Alfonso Reyes publicó en La Casa de España en México la primera serie de sus *Capítulos de literatura española*. Fueron nueve los libros publicados por la naciente institución en el primer año de su vida, siete firmados por investigadores, creadores e intelectuales españoles y dos por autores mexicanos.[1] Entre los libros escritos por españoles se cuentan: *El mundo histórico y poético de Goya*, de Juan de la Encina; *El teatro y sus enemigos*, de Enrique Díez-Canedo; *Música y sociedad en el siglo XX*, de Adolfo Salazar; *Locos, enanos, negros y niños palaciegos...*, de José Moreno Villa; *Pensamiento y poesía en la vida española*, de María Zambrano; *Español del éxodo y del llanto*, de León Felipe, y *Romances y villancicos españoles del siglo XVI*, de Jesús Bal y Gay. Las dos obras salidas de la pluma de intelectuales mexicanos fueron: los antes mencionados *Capítulos*, de Alfonso Reyes —los cuales tendrían una continuación en una segunda serie que fue publicada ya por El Colegio de México en 1945— y *Meyerson y la física moderna*, obra filosófica de Antonio Caso, quien fue una de las figuras centrales de la llamada "generación de 1910", iniciador de los cursos de filosofía en la Universidad Nacional y fundador del Ateneo de la Juventud, agrupación de la que también había formado parte Alfonso Reyes.

Estos nueve títulos ayudan a identificar algunas de las principales disciplinas ejercidas en La Casa de España: la reflexión

[1] Alberto Enríquez Perea (comp.), *Alfonso Reyes en La Casa de España en México (1939-1940)*, México, El Colegio Nacional, 2005, p. 310.

filosófica, como se materializa en las obras de Zambrano y Caso; la cultura y la sociedad, estudiadas por Díez-Canedo y Salazar; la creación literaria, como se ejemplifica en la poesía de León Felipe; y el estudio de la cultura clásica española en sus distintas facetas, como queda reflejado en los libros de Bal y Gay, Encina y Moreno Villa, lo mismo que en la obra de Reyes que nos ocupa.

En esos *Capítulos de literatura española* se reúne una serie de trabajos sobre literatura española escritos entre 1915 y 1919. Tienen también como rasgo característico el hecho de alternar "las exposiciones populares con las investigaciones eruditas", como señala su autor. Por lo demás, afirma Reyes, no son sino "testimonios de una época de mi vida; nada más".[2] Sin embargo, esos capítulos sí son algo más. No sólo expresan las ideas y los puntos de vista de don Alfonso sobre la literatura española y novohispana, sino que, al hacerlo, también conforman un modelo de trabajo que implica toda una posición intelectual y cultural.

En este último sentido hay que recordar las actividades que Reyes realizó en México desde que en 1909 entrara a formar parte del Ateneo de la Juventud. Allí se reunía con Pedro Henríquez Ureña, Antonio Caso, José Vasconcelos y otros jóvenes intelectuales inquietos para leer y discutir a los clásicos griegos, concretar reflexiones agudas sobre la literatura y la filosofía universal y llevar a cabo una importante actividad de difusión cultural y proyección intelectual. Está fuera de toda duda el papel fundamental que tuvo para la cultura nacional la crítica que ahí se hizo del positivismo y del peso que dicha corriente de pensamiento tuvo en México durante el periodo del Porfiriato. A corto y mediano plazos esta posición crítica sentará las bases para una verdadera revolución cultural en el país.

Otro dato importante, como ya han señalado varios autores y estudiosos de la obra de Reyes, es que éste, en agosto de 1912, fue nombrado secretario de la Escuela Nacional de Altos Estudios, antecedente inmediato de la actual Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México. Allí impartió

[2] Alfonso Reyes, "Prólogo", *Capítulos de literatura española, primera serie*, en *Obras completas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1957, t. VI, pp. 13-14.

cursos de Historia de la Lengua y Literatura Españolas hasta junio de 1913, cuando fue nombrado para ocupar un puesto en la Legación de México en Francia. Permaneció en París hasta 1914, año en que empezó su largo exilio en España, donde residió hasta 1924. Fue durante este último periodo cuando escribió los trabajos que luego recopilaría en la obra a la que nos referimos. Su paso por la Escuela de Altos Estudios fue importante, ya que fue allí donde adquirió cierta experiencia en la adminstración de un centro educativo, que había de poner en práctica como presidente, primero, de La Casa de España y, luego, de El Colegio de México.

Tanto su actividad en el Ateneo de la Juventud como su experiencia en la vida académica mexicana ayudaron a Reyes a configurar un modelo de trabajo en el campo de los estudios literarios. Sin embargo, su experiencia en España, y sobre todo su inserción en el proyecto de renovar la educación y la investigación que se promovía entonces en España, fueron sin duda los dos factores que más influyeron en el ánimo de Reyes cuando le llegó el momento de presidir La Casa de España y más tarde El Colegio de México.

Si bien su exilio en España supuso para él indudables sufrimientos, también lo sensibilizó para comprender —ya desde el otro lado de la barrera— los sufirimientos que padecerían a su vez los españoles que luego habrían de refugiarse en México a causa de la violencia de la Guerra Civil española y del posterior triunfo del franquismo.

Como ha dicho Luis Rius, maestro del exilio español, que enriqueció los estudios universitarios mexicanos y que se formó ya en México:

> Al leer sus escritos que expresamente se refieren a ello, ya sea porque de algún tema español se ocupan o porque se refieren a algún escritor peninsular, lo primero que sus palabras van dejando traslucir, aun antes que el asunto mismo que las organiza, es la alentadora integración conseguida por Reyes en la vida española y particularmente madrileña.[3]

[3] Luis Rius, "Alfonso Reyes en Madrid", en *Alfonso Reyes. Homenaje de la Facultad de Filosofía y Letras*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1981, p. 220.

En España Reyes se consagró a los estudios literarios y a la literatura, disciplinas que combinó con el periodismo; trabajó en el Centro de Estudios Históricos, concretamente en la Sección de Filología, bajo la dirección de Ramón Menéndez Pidal. En 1919 fue nombrado secretario de la comisión mexicana "Francisco del Paso y Troncoso" presidida por Francisco A. de Icaza, pero no por ello abandonó los estudios literarios; de hecho, ese mismo año llevó a cabo su difundida versión en prosa del *Cantar de Mio Cid*. Se trata de trabajos que fueron tenidos en muy alta estima tanto en el mundo académico como en los círculos intelectuales, como quedó reflejado en el hecho de haberse editado, varios de ellos, en publicaciones como la *Revista de Filología Española*, la *Revista de Occidente* y la *Revue Hispanique*.

Llegado a este punto conviene recordar cuáles eran los objetivos atribuidos al Centro de Estudios Históricos, según su decreto fundacional de 1910. Y esto, sobre todo porque nos parecen muy próximos a los propósitos que impulsaron la creación tanto de La Casa de España como de El Colegio de México. Fueron cinco los objetivos, todos ellos destinados a renovar el conocimiento histórico en el contexto de la cultura española:

1°] Investigar las fuentes, preparando la publicación de ediciones críticas de documentos inéditos o defectuosamente publicados (como crónicas, obras literarias, cartularios, fueros, etc.), glosarios, monografías, obras filosóficas, históricas, literarias, filológicas, artísticas o arqueológicas.

2°] Organizar misiones científicas, excavaciones y exploraciones para el estudio de monumentos, documentos, dialectos, folklore, instituciones sociales y, en general, cuanto pudiese ser fuente de conocimiento histórico.

3°] Iniciar en los métodos de investigación un corto número de alumnos, haciendo que éstos tomasen parte, cuando fuese posible, en las tareas enumeradas, para lo que se organizarían trabajos especiales de laboratorio.

4°] Comunicarse con los pensionados que, en el extranjero o dentro de España, hiciesen estudios históricos, para prestarles

ayuda y recoger al mismo tiempo sus iniciativas, y preparar la labor de quienes deseasen proseguir sus investigaciones a su retorno.

5°] Formar una biblioteca para los estudios históricos y establecer relaciones y cambio con análogos centros científicos extranjeros.

Me parece clara la modernidad de estos objetivos, que tampoco se hallan muy alejados de los propósitos académicos del actual Colegio de México.

La sección de estudios literarios del Centro de Estudios Históricos, más tarde llamada la Sección de Filología, inició su labor bajo la dirección de Ramón Menéndez Pidal en 1910. Fue ésta, sin duda, la sección que contó con mayor número de colaboradores y también la que mayor importancia alcanzó. Allí Menéndez Pidal reunió en torno suyo a un conjunto de alumnos y discípulos que constituyeron una auténtica escuela filológica. No en balde, cuando se habla de la posibilidad de crear La Casa de España, el nombre de Menéndez Pidal se menciona una y otra vez como uno de los intelectuales que vendrían a México a continuar aquí los trabajos que habían sido interrumpidos por la Guerra Civil en España.

El Centro de Estudios Históricos dependía de la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, que desde su creación en 1907 fue la institución encargada de promover la investigación y la educación científica en España, encargo que cumplió plenamente hasta su desaparición en 1939, como consecuencia del desenlace de la guerra. La creación de esta Junta, que fue heredera en gran medida de la Institución Libre de Enseñanza (fundada en 1873 por Giner de los Ríos), inauguró una etapa de desarrollo hasta entonces no alcanzado por la ciencia y la cultura españolas.

En esos años Reyes se relacionó con investigadores y filólogos de altísimo nivel y dimensión humana. Si bien en el Centro de Estudios Históricos estuvo "rodeado de la compañía y consejo de Américo Castro, Federico de Onís, Tomás Navarro Tomás, Antonio G. Solalinde",[4] tal como él mismo lo recuerda,

[4] Alfonso Reyes, "Prólogo", *Las vísperas de España*, en *Obras completas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1956, t. II.

también frecuentó el Ateneo de Madrid, donde estableció fuertes lazos de amistad con escritores e intelectuales como Azorín, Valle-Inclán, Unamuno, Ortega y Gasset, Manuel Azaña, Enrique Díez-Canedo, Moreno Villa y muchos más. En España, como señaló Clara Lida, "Reyes adquirió, por experiencia propia, la capacidad de comprender lo que implica el exilio".[5] Y como ha dicho Arturo Souto: "no hay duda de que los diez años españoles de Reyes son decisivos en su vida, en su obra, pero también lo son, trazados por la misteriosa mano del destino, en la de los refugiados españoles en México y en la reanudación de la cultura española aquí, en América".[6]

"Hay libros", afirma el propio Reyes, hablando justamente de esta primera serie de *Capítulos*, "que, por su carácter o por el que la casualidad viene a conferirles, justifican el anhelo de evocar el ambiente que los vio nacer".[7] Y éste, en efecto, es el caso de este libro, que refleja diversos momentos del ambiente que Reyes conoció en España y que resultó decisivo, no sólo para su propia formación cultural (y muy en particular para la redacción de este libro, que fue uno de los primeros suyos publicados en México), sino para el gran proyecto cultural y académico que había de iniciarse en 1938 con La Casa de España y que continuaría en 1940 con El Colegio de México.

Los *Capítulos de literatura española*, como ya hemos dicho, gestados a lo largo de varios años y con objetivos muy disímbolos, deben su existencia a estímulos muy diversos. Muchos de los textos fueron contratados por Saturnino Calleja, famoso por los "*Cuentos* de Calleja", pero que también fue el impulsor de una de las principales casas editoriales de libros de texto y de libros de lectura infantil y juvenil de la España de finales del siglo XIX y la primera mitad del XX. Fundada por Calleja en 1876, la casa editorial se mantuvo activa hasta 1958, pero la etapa más importante

[5] Clara E. Lida *et al.*, *La casa de España en México*, México, El Colegio de México, 1988, p. 91.

[6] Arturo Souto, "Reyes y los escritores trasterrados en México", en *Alfonso Reyes. Homenaje de la Facultad de Filosofía y Letras*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1981, p. 230.

[7] Alfonso Reyes, "El reverso de un libro", *Pasado inmediato y otros ensayos*, México, El Colegio de México, 1941, p. 95.

es la que va desde su fundación hasta 1929. La editorial tenía como objetivo fundamental deleitar e instruir. El regeneracionismo planteado por su fundador contemplaba el trabajo en las aulas escolares y la mejora del trabajo profesional de los maestros, sin olvidarse de la educación popular. Y a deleitar e instruir dedicó Calleja su esfuerzo editorial, mediante los dos tipos de producción que dieron renombre a la empresa: los cuentos —siempre seleccionados y preparados desde una óptica moralizante— y los libros escolares. Para Saturnino Calleja, Reyes escribió prólogos y preparó ediciones de obras muy diversas: del *Libro de Buen Amor*, del Arcipreste de Hita; de *Peribáñez y el comendador de Ocaña*, *La estrella de Sevilla*, *El castigo sin venganza* y *La dama boba*, de Lope de Vega; de Quevedo, de Ruiz de Alarcón, y de los *Tratados*, de Baltasar Gracián. Aquí, con su pluma fácil, Reyes consigue su propósito de volver accesibles los temas y los valores de la Edad Media y del Siglo de Oro español.

El trabajo redactado para la edición del Arcipreste, que conforma uno de estos *Capítulos*, consta de un prólogo, un itinerario y un mapa del viaje por el Guadarrama, que Reyes preparó, apoyándose en los trabajos de Ducamin y de Cejador y Frauca, y en la consulta a "guadarramistas" como Menéndez Pidal, que tenía su casa de verano en San Rafael y conocía perfectamente el entorno geográfico de la sierra. Aunque elogiado por María Rosa Lida de Malkiel, este trabajo no fue bien valorado por Félix Lecoy,[8] quien no entendió el propósito de la obra, "pecado general de los especialistas", señala Reyes, "cuando se enfrentan con una obra de tono literario y popular, aunque vaya bien cimentada en la erudición".[9] En "El reverso de un libro" Reyes subraya el gran interés de la edición popular de Calleja, cuando protesta ante la insensibilidad de este crítico:

> no pareció Lecoy interesarse por el esfuerzo de vulgarización que este librito representa, ni percatarse del esfuerzo para fijar los puntos del itinerario, hasta entonces no establecido. Tampoco advirtió

[8] Felix Lecoy, *Recherches sur le "Libro de buen amor"*, París, Droz, 1938.

[9] Alfonso Reyes, "Historia documental de mis libros", *Universidad de México*, IX, 12 (agosto 1955), p. 10.

que en las notas léxicas, con ser popular la edición, se aprovechaban por primera vez materiales del Centro de Estudios Históricos que por aquel entonces no estaban al alcance de nadie.[10]

Éste era el modelo de trabajo que Reyes asumía en España al entrar en contacto con una generación de investigadores y académicos españoles, muchos de los cuales reencontraría años después, ya exiliados ellos, en México. El contacto de Reyes con la editorial se estableció por medio de Rafael Calleja.[11] A raíz de los cambios introducidos en las colecciones al asumir Juan Ramón Jiménez la dirección artística de ellas en 1916 —conviene señalar que el mismo Juan Ramón Jiménez también dirigía las ediciones de la Residencia de Estudiantes—, Rafael Calleja había decidido alejarse del panorama docente para dirigirse más hacia otros lectores. En este otro espacio, que era mucho más adecuado para don Alfonso, le propuso tanto una edición del libro del Arcipreste como una traducción de *El hombre que fue jueves*, de Chesterton, así como ediciones de la poesía de Góngora y del *Menosprecio de corte* de fray Antonio de Guevara, si bien estas dos últimas no llegaron a realizarse. Para el mismo proyecto la editorial había encargado una gramática española a Ramón Menéndez Pidal, un método de lectura a Manuel Bartolomé Cossío y una retórica elemental a José Ortega y Gasset.

No hay que olvidar que de este periodo datan también muchos de los trabajos de Reyes sobre Góngora que después adquirirán forma unitaria en sus *Cuestiones gongorinas*, un libro que servirá para situar a Reyes en el centro de un movimiento destinado a revalorar la obra del poeta cordobés.

De su trabajo sobre Quevedo pasan a los *Capítulos* un prólogo y unas apostillas. A propósito de ellos, dice Reyes lo siguiente: "Yo quise primeramente hacer, a guisa de prólogo, una apreciación muy general sin repetir los datos biográficos que constan ya en todos los manuales. Rafael Calleja me recordó el objeto popular de nuestra edición, y yo rehice mis páginas de acuerdo a

[10] Alfonso Reyes, "El reverso de un libro", p. 99.
[11] Alfonso Reyes, "Historia documental de mis libros", art. cit., p. 7.

sus pertinentes observaciones. Los editores me pagaron el doble de lo contratado".[12] Sin embargo, Reyes mantiene después una posición crítica hacia su trabajo cuando dice: "me ahogó la abundancia del material, lamento no haber podido recoger allí todo lo que hubiera querido; pero el editor me obligó a suprimir muchas cosas para ceñirme al tamaño de la colección. Creo que nada sobra y mucho falta".[13] Lo cual no impide que hispanistas como Pullizarri lo hayan valorado positivamente.

El mismo tipo de trabajo lo haría para Calleja al editar los tratados de Baltasar Gracián titulados *El héroe*, *El discreto* y *El oráculo manual y arte de prudencia*. El prólogo escrito para esta edición también se recoge en los *Capítulos*.

Pero sus estudios literarios los hacía no sólo para la editorial Calleja. Reyes colaboró de igual manera con La Lectura, editorial también derivada de la Institución Libre de Enseñanza y muy relacionada con el Centro de Estudios Históricos. La Lectura C. de Velasco y Cía. estaba dirigida por Francisco Aceba, aunque también desempeñaba un papel importante en su administración Domingo Barnés. Puesto que los principales impulsores de La Lectura eran Américo Castro y Navarro Tomás, no debe extrañar la presencia de Reyes en los proyectos de la editorial, cuyos dueños le habían sido presentados a don Alfonso por Enrique Díez-Canedo. A raíz de la fusión, en 1925, de la madrileña Compañía Anónima de Librerías, Publicaciones y Ediciones (CALPE) con la catalana Hijos de José Espasa, se creó la famosísima Espasa-Calpe, que continuaría editando la colección de Clásicos Castellanos de La Lectura. Para esta editorial, y en colaboración con Pedro González Magro, su colega del Centro de Estudios Históricos, Reyes preparó una edición de la obra de don Antonio de Solís Rivadeneyra, de la que procede el ensayo correspondiente incluido en los *Capítulos*.

Por encargo de Enrique Díez-Canedo, Reyes también prepara para La Lectura una edición de Juan Ruiz de Alarcón, que incluía *La verdad sospechosa* y *Las paredes oyen*; el prólogo escrito

[12] *Ibid.*, p. 8.
[13] *Ibid.*, p. 10.

para esta edición es el que aparece como la "tercera silueta" de Alarcón en la obra a la que nos estamos refiriendo. En cambio la "segunda silueta" proviene de la edición más popular preparada para Calleja, que reúne trozos seleccionados de distintas obras: *Don Domingo de don Blas*, *La verdad sospechosa*, *Las paredes oyen*, *Examen de maridos*, *Los pechos privilegiados*, *Los favores del mundo* y *Ganar amigos*. La diferencia entre los dos trabajos fue señalada en su momento por Genaro Estrada, quien en una nota publicada en México el 6 de noviembre de 1918 escribió lo siguiente: "No nos gustó esa manera del Alarcón de sobremesa; pero este reparo no tiene importancia. Se ve que es necesario y que el negocio de Calleja no tiene nada que ver con los apostolados. [...] En cambio su magnífico Alarcón de 'La Lectura' es un regalo".[14] Fue mientras Reyes preparaba su edición para La Lectura cuando Federico de Onís y Américo Castro, al ver lo bien que trabajaba, propusieron a Menéndez Pidal que lo integrara a la Sección de Filología de su Centro, donde también estaban Navarro Tomás y Antonio G. Solalinde.

Para el trabajo sobre Alarcón Alfonso Reyes hizo sacar copias fotográficas de la *princeps*, que se trajo a México y que años después entregaría a otro miembro de La Casa de España, Agustín Millares Carlo, que las consultó a la hora de preparar su edición de la obra completa de Alarcón para el Fondo de Cultura Económica. Con su habitual estilo, Reyes comentó el siguiente detalle al recordar su relación con la Sección de Filología del Centro de Estudios Históricos: "puedo decir que mi padrino ante ellos fue mi paisano Ruiz de Alarcón, quien también había ido a 'pretender a la corte', allá a principios del Seiscientos".[15]

El trabajo que se realizaba en la Sección de Filología a la cual se incorporó Alfonso Reyes era muy parecido al que años después desarrollarían en el Centro de Estudios Filológicos de El Colegio de México Antonio Alatorre y otros filólogos que editarían la *Nueva Revista de Filología Hispánica*, la publicación que en 1947 Raimundo Lida llevaría consigo a México desde Buenos Aires.

[14] Citada por el propio Reyes en "Historia documental de mis libros", *Universidad de México*, X, 6 (febrero 1956), p. 14.

[15] Alfonso Reyes, "El reverso de un libro", p. 103.

Era un trabajo que, entre otras cosas, pretendía prestar un respaldo bibliográfico al desarrollo de los estudios literarios en el mundo hispánico. Como señaló alguna vez el propio Reyes, se trataba de "reducir a fichas toda noticia de publicaciones que afectara, en el más amplio sentido, a la filología española", ya que la filología era la herramienta fundamental del trabajo crítico.[16]

Otros trabajos reunidos en esta primera serie de *Capítulos* tienen su origen en la relación de Reyes con Azorín. Ejemplo de ello es el "ensayito" (el término es del propio Reyes) que éste escribió para una edición (finalmente nonata) de *El peregrino en su patria* de Lope de Vega, que Azorín le encargó que preparara para la editorial Thomas Nelson and Sons de Edimburgo. En ese fracasado proyecto de la editorial británica de publicar libros de autores españoles, figuraban no sólo el *Peregrino* en edición de Reyes, sino un *Quijote* en edición de Sánchez Rivero y una antología de poetas castellanos en edición de Díez-Canedo. También del diálogo con Azorín deriva "Un diálogo en torno a Gracián" publicado en el periódico *ABC* en 1916.

Finalmente, conviene mencionar lo que Reyes llamaba los "trabajos eruditos" de este libro y que, por lo general, consistían en artículos enviados a revistas de proyección académica internacional. Es el caso de "Ruiz de Alarcón y las fiestas de Baltasar Carlos", aparecido en 1916 en la *Revue Hispanique*, que Raymond Foulché-Delbosc publicaba en París. La relación de Reyes con el erudito francés se remontaba a 1913, cuando el mexicano llegó a París y se puso a trabajar con él en una edición de las obras de Góngora. Cabe agregar que el texto sobre Ruiz de Alarcón no fue el primero que Reyes publicara en la *Revue Hispanique*; ya había aparecido una nota suya sobre *El periquillo sarniento*. Otro trabajo, más filológico acaso, fue el ensayo sobre Mateo Rosas de Oquendo publicado en 1917 en la *Revista de Filología Española*. De este texto dice Reyes: "Aunque no descubrí a Oquendo, creo que logré incorporarlo a la historia de las literaturas americanas y, en especial, de la mexicana".[17] Quien le llamó la atención a Reyes

[16] *Ibid.*, p. 104.

[17] Alfonso Reyes, "Historia documental de mis libros", *Universidad de México*, vol. IX, núm. 12 (agosto-septiembre 1955), p. 7.

sobre el cartapacio de Oquendo fue el director de la Biblioteca Nacional de Madrid, el destacado cervantista Francisco Rodríguez Marín.

En 1915 y en la misma *Revista de Filología Española* Reyes publicó "Una obra fundamental sobre Gracián". Curiosamente, el texto recogido en los *Capítulos* sobre ese extraordinario autor barroco tuvo su origen en tres fuentes distintas: procede en parte de la edición de Calleja, en parte de los diálogos con Azorín publicados en el diario *ABC*, y en parte de este artículo dado a conocer en la *Revista de Filología Española*. Lo notable es la inteligencia y la elegancia con que don Alfonso junta estos tres textos, en esencia muy distintos entre sí, para conformar un solo escrito armonioso.

A la hora de analizar el origen de los *Capítulos*, también conviene tomar en cuenta otro importante círculo de amistades. Y es que durante su tiempo en Madrid Reyes vivía en una casa en el barrio de Salamanca, en la cual pasaban estancias más o menos breves otras figuras del mundo hispanoamericano, que también vivían exiliados o que simplemente estaban de periplo europeo. Por ahí pasaron, por ejemplo, el historiador Carlos Pereyra, el político y diplomático Francisco Orozco Muñoz y el escritor José María Chacón. Por otra parte, a esa casa del número 32 de la calle Pardiñas también fueron a vivir durante un tiempo Antonio Solalinde y su madre; estuvo allí de vacaciones en 1917 Pedro Henríquez Ureña; mientras que allí se hospedó también José Escofet, otro antiguo miembro del Ateneo de la Juventud. Esta amistosa convivencia se prolongó cuando Reyes, junto con Solalinde y José Moreno Villa, crearon el Ventanillo de Toledo, un "sitio de reposo dominical" por donde pasaron, por ejemplo, Antonio Madinaveitia y Marcel Bataillon, y desde el cual iban a ver a Menéndez Pidal a su casa serrana en San Rafael.

Está fuera de toda duda la relación muy estrecha que unía a Reyes con la cultura española y muy especialmente con su literatura.[18] Pero me parece que la obra que nos ocupa también es

[18] Sobre este tema pueden consultarse, entre muchos otros, los siguientes estudios: Héctor Perea, *España en la obra de Alfonso Reyes*, México, Fondo de Cultura

ejemplo de un método de estudio y de un sistema de trabajo. Producto del cultivo de cierto tipo de relaciones humanas, así como de cierto concepto de la actividad editorial, el libro es un ejemplo del rigor y del compromiso con que Reyes trabajaba en campos muy diversos, que iban desde la investigación académica hasta el periodismo y la difusión cultural.

Por otra parte, estos *Capítulos* ayudan a comprender mejor la visión que Reyes tenía tanto de La Casa de España como, tiempo despúes, de El Colegio de México. Aunados a su interés por El Cid y, sobre todo, a su pasión por Góngora, estos textos dejan ver, en palabras de Adolfo Castañón, cómo don Alfonso "entreverará en una sola malla, invariablemente urdida con gracia y humor, lo erudito y lo contemporáneo, lo arqueológico y lo actual".[19] Los *Capítulos* son resultado de su "amistad" con los escritores del Siglo de Oro, pero también de su contacto con Menéndez Pidal, con Antonio G. Solalinde y su método, con Ortega y Gasset y su pensamiento, con Azorín, Ramón Gómez de la Serna, Juan Ramón Jiménez y su literatura, con Américo Castro, José Moreno Villa, Enrique Díez-Canedo y tantos otros, cada uno con su propia actitud ante la vida y ante las circunstancias sociales. Y claro, la importancia de estas figuras volverá a subrayarse cuando Reyes las vuelve a encontrar, años después, ya exiliadas en México.

Algunas de las interpretaciones que Reyes plantea en sus *Capítulos de literatura española* han sido rebasadas ya por lecturas más actualizadas, otras no. En todos los casos siempre llama la atención la agudeza que don Alfonso demostraba tener como lector, no menos que la vasta cultura universal de la que igualmente hacía gala. Los *Capítulos* también resultan interesantes por la manera en que el autor hace suyos los sólidos presupuestos de trabajo defendidos por el Centro de Estudios Históricos. También se percibe en estos *Capítulos* la relación entrañable que Reyes

Económica, 1990; Jorge Luis Morales, *Alfonso Reyes y la literatura española*, San Juan, Universidad de Puerto Rico, 1980, y Robert T. Conn, *The Politics of Philology. Alfonso Reyes and the Invention of the Latin American Literary Tradition*, Lewisburg-Londres, Bucknell University Press-Associated University Presses, 2002.

[19] Adolfo Castañón, "Alfonso Reyes (1889-1959)", *Boletín de la Asociación Internacional de Hispanistas*, 14 (2007), p. 43.

estableció con los investigadores españoles, que años después vivirían exiliados, unos en México y otros en Estados Unidos. Se aprecia su diálogo con ellos, así como la forma en que este diálogo contribuyó a la creación de La Casa de España, institución que, al poco tiempo, se convertiría en El Colegio de México. En cuanto expresión de un singular proyecto cultural, los *Capítulos de literatura española* constituyen, en realidad, un puente filológico entre dos exilios. En palabras del propio don Alfonso, también reflejan:

> Diez años, diez fecundos años de España, años de provechosa lucha, la mitad en plena vida periodística y literaria, y la otra mitad de nuevo en nuestro servicio exterior, me permitieron conocer aquel mundo por los dos extremos y el medio, y compenetrarme para siempre con la gente que preparaba el porvenir de aquel pueblo con cuyo dolor han latido las más altas esperanzas del mundo.[20]

[20] Alfonso Reyes, "El reverso de un libro", p. 135.

CARTAS AL EBRO, DE BENJAMÍN JARNÉS

GABRIEL ROJO
El Colegio de México

Contamos con pocos datos para documentar, de manera precisa, la relación de Benjamín Jarnés con La Casa de España en México. El escritor aragonés inició su exilio en Limoges, Francia, donde le llegó la noticia de que él y su esposa tal vez pudieran ser escogidos para viajar a México en el buque *Sinaia*, en la primera expedición que el gobierno mexicano había organizado para ayudar a los españoles expulsados de su territorio por las fuerzas franquistas. Ante esta posibilidad, Jarnés decidió escribirle a su amigo Jaime Torres Bodet pidiéndole algunas direcciones para, ya en México, entrar en contacto con colegas que lo pudieran ayudar. Torres Bodet, diligentemente, recomendó a su amigo que buscara a dos personas: Octavio G. Barreda, director en ese momento de la importante revista *Letras de México*, y Alfonso Reyes, presidente del Patronato de La Casa de España en México.[1] Documentos consultados en el Archivo Histórico de El Colegio de México nos muestran que, desde antes de su llegada a este país, Jarnés entró en contacto con La Casa. En un escrito titulado "Solicitudes recibidas por La Casa de España", fechado justamente dos días antes de la llegada del *Sinaia* a Veracruz, es decir, el 11 de junio de 1939, aparece el nombre de Jarnés entre los "Solicitantes que podrían incorporarse a La Casa de España en México".[2]

[1] Cartas inéditas. Debo el conocimiento de este intercambio epistolar a James Valender, a quien le agradezco su consulta.

[2] "Solicitudes recibidas por La Casa de España", apartado II, "Solicitantes que podrían incorporarse a La Casa de España en México". Archivo Histórico del Colegio de México (AHCM), Archivos Incorporados, Daniel Cosío Villegas. Agradezco a la

Al llegar a Veracruz a bordo del *Sinaia*, Jarnés se vio, como otros cientos de españoles, sin recursos ni siquiera para moverse del Puerto. En el expediente de Eduardo de Ontañón que se encuentra en el archivo mencionado, se conserva una carta dirigida a Alfonso Reyes en la que Ontañón le informaba a Reyes que Jarnés y él mismo deseaban ponerse a sus órdenes de inmediato, pero que debido a su situación, es decir, debido a la falta total de recursos, no podían trasladarse a la ciudad de México. Si esto pareciera poco, los representantes del gobierno, encargados de canalizar a los españoles recién llegados, les ponían trabas y dudaban de la información que ellos proporcionaban. De esta manera, en su carta Ontañón pidió ayuda para que ambos escritores pudieran "reactivarse y trabajar". Reyes, con la solvencia burocrática que lo caracterizó siempre, pero sobre todo en esos momentos en los que se requería de toda su capacidad para resolver la cantidad de solicitudes de ayuda que se le acumulaban, realizó de inmediato los trámites necesarios para que las trabas migratorias impuestas a estos dos escritores desaparecieran. Por otra parte, el 21 de junio se dirigió epistolarmente a José Mancisidor —en esos momentos director de Enseñanza Secundaria de la Secretaría de Educación Pública— para que les buscara acomodo. Las gestiones emprendidas por Mancisidor tuvieron un éxito momentáneo. En la respuesta a la carta de Reyes, fechada el 23 de junio, Mancisidor expresaba lo siguiente:

> Con referencia a su carta del 21 del actual, me apresuro a manifestar a usted que, de momento, he logrado obtener para don Benjamín Jarnés y para don Eduardo M. Ontañón, sendos cursos en la Escuela de Verano, que los ocuparán del 3 de julio al 15 de agosto, aunque no se resuelvan definitivamente sus respectivos problemas.[3]

Desde luego que los problemas de ambos escritores no se resolvían definitivamente. Al parecer, las labores de Jarnés en la Escuela de Verano, donde dictó un curso sobre La novela

encargada del AHCM, Citlali Nares, al igual que a los investigadores y becarios a su cargo, la valiosa ayuda que me prestaron para localizar los documentos que aquí se citan.

[3] AHCM, Expediente de Eduardo de Ontañón

picaresca,[4] duraron estrictamente el tiempo que José Mancisidor había inicialmente dispuesto. En una carta fechada el 25 de agosto, el novelista mexicano anunciaba a Reyes lo siguiente:

> Con pena contesto la atenta carta de usted de fecha 21 de junio del presente año para manifestarle que todos mis esfuerzos para obtener alguna colocación a favor de los señores Benjamín Jarnés, Eduardo de Ontañón y demás personas que en la misma carta se especifican, resultaron fallidos, por lo que hago esto de su conocimiento para no entorpecer las gestiones que La Casa de España pudiera hacer en otros sectores oficiales.[5]

Con esta carta, al parecer, se puede tomar por terminado el ciclo de Jarnés y de Ontañón en la Escuela de Verano. No obstante, en el "Informe sobre los trabajos de La Casa de España en México", correspondiente al año de 1939, y presentado por Reyes en 1940, se menciona que Jarnés, junto con Ramón Iglesia, fueron comisionados a esa institución, pero no se especifica si la comisión había ya concluido. Sea como fuere, con la asignación de Jarnés y de Ontañón a la Escuela de Verano, La Casa de España cumplió, al menos en estos dos casos, como lo haría con muchos otros, con uno de los objetivos para los cuales había sido creada, a saber, y también en palabras de Reyes, "invitar a México, y distribuir entre nuestros centros superiores de cultura [...] a aquellos intelectuales de nombradía y valer cuyas actividades normales quedaron interrumpidas por la lucha civil y, finalmente, por la caída de la República".[6]

Esta fue la primera relación de Jarnés con La Casa de España en México. Una relación que resulta poco clara, toda vez que, cuando se elaboraron las listas de los miembros de La Casa —todas ellas sin fecha—, en ocasiones aparece su nombre, e incluso el de

[4] Tomo este dato de Clara Lida, *La Casa de España en México*, en colaboración con José Antonio Matesanz y la participación de Beatriz Morán Gortari, México, El Colegio de México, 1988, p. 134.

[5] AHCM, *loc. cit.*

[6] Alfonso Reyes, "Sobre La Casa de España en México", AHCM, Archivos Incorporados, Daniel Cosío Villegas, Creación de la Casa de España en México.

su esposa, y a veces también su dirección, pero en otros casos no se le incluye de ninguna manera.

Lo que sí sabemos con certeza es que, en el año 1940, Jarnés publicó su libro *Cartas al Ebro. Biografía y crítica* bajo el sello de La Casa de España en México. El autor venía acompañado de un prestigio bastante grande, producto del trabajo literario que llevaba desarrollando desde la década de los veinte. De edad similar a la de Moreno Villa, por ejemplo, se le relacionaba, más bien, con la generación posterior, por tratarse de un escritor tardío. Su nombre aparecía en la nómina de los mejores prosistas de España y era uno de los representantes más destacados de la llamada novela lírica y de lo que, gracias al famosísimo ensayo de Ortega, se consideraba "arte deshumanizado". Su cercanía con Ortega y Gasset lo había colocado en una situación de privilegio en la *Revista de Occidente*, de la que había llegado a ser uno de los principales redactores. Además de su participación en esta prestigiada revista, también había colaborado en prácticamente todas las revistas literarias importantes de España en los años veintes y treinta —pero sobre todo en la *Revista de Occidente* y en *La Gaceta Literaria*—, además de haber escrito para publicaciones hispanoamericanas como *Contemporáneos* en México o el diario bonaerense *La Nación*. Sus cartas de presentación para el público mexicano eran, además de conocidas, muy elocuentes.

Dar cabida a un autor como Jarnés era una buena opción para los fines editoriales de La Casa, y no sólo por tratarse de un autor ya bien conocido en el medio literario mexicano. En aquel momento la institución se hallaba muy fustigada por los que se oponían a la política del presidente Cárdenas y que, para desacreditarlo, difundían la versión de que los exiliados respondían, todos ellos, a los postulados del comunismo. En este contexto seguramente fue conveniente que La Casa de España publicara a un autor como Jarnés, que era considerado por el público y por él mismo como apolítico. Y es que su estética no sólo era ajena, sino completamente contraria, a la inclusión de elementos ideológico-políticos en una obra de arte.

Por los datos que nos proporciona Reyes en el informe mencionado, el libro *Cartas al Ebro* estaba entregado para su publica-

ción a fines del año 1939. Si consideramos que Jarnés llegó en el *Sinaia* a México en junio del mismo año, la decisión de editar el libro debió haber sido muy rápida. Publicar un libro a los pocos meses de haber llegado también debió representar para Jarnés una gran oportunidad. No sólo porque le permitía reanudar sus actividades literarias, sino además, es de suponer —aunque no he encontrado en el Archivo Histórico pruebas documentales de ello—, que su publicación habría significado algún ingreso en aquellos momentos de gran precariedad económica.

La elaboración del libro, por otra parte, no parece haber significado gran esfuerzo para Jarnés, ya que se trataba de una compilación de artículos, muchos de los cuales ya habían visto la luz en diferentes publicaciones periódicas. En la "Dedicatoria" del libro, que dirige a "Doña María de los Dolores Guzmán, viuda de González", Jarnés nos dice que este libro

> viene escribiéndose desde los comienzos de mi vida literaria. Son textos en parte publicados y en parte no, en esta o parecida forma, que pude recoger y recordar después del naufragio bélico en el cual resultaron víctimas tantos manuscritos, tantos libros, tantas revistas, que sin duda hubieran enriquecido estas páginas...[7]

Los ensayos del libro están presentados en forma epistolar. Aun cuando el libro se llama *Cartas al Ebro*, las cartas están dirigidas a un personaje llamado Carlota, que nos remite al personaje femenino de su texto "Río fiel", que fue el escrito que, al publicarse en la *Revista de Occidente* en mayo de 1925, comenzó a ganar para Jarnés cierto prestigio en el mundo literario español. Es un texto que el autor consideraba de importancia dentro de su narrativa, pues lo publicado en la *Revista de Occidente* lo incluye después en una de sus principales novelas: *El profesor inútil* (1926). Carlota es, en estos textos, una discípula del protagonista del libro, con quien él entabla una relación amorosa. Pero es al mismo tiempo una especie de acicate intelectual y sensual, en tanto el

[7] Benjamín Jarnés, *Cartas al Ebro (biografía y crítica)*, México, La Casa de España en México, 1940, p. 7. Los fragmentos que en adelante se citan de este libro se identificarán en el cuerpo texto mediante el número de página puesto entre paréntesis.

profesor responde sus preguntas a la vez que divaga y se recrea en la observación de su cuerpo. También encarna una especie de contraparte estético, al representar el arte que Jarnés desdeña. El río Ebro, por otro lado, aparece en estos textos partiendo en dos la ciudad de Augusta —antiguo nombre de Zaragoza— y para los personajes significa la línea que los transforma de una en otra cosa: al profesor en hombre y a la discípula en amante.

El hecho de que el autor haya tomado estas mismas figuras de su propia novelística para enmarcar sus ensayos tiene el significado de remitirnos a un pasado idílico que se encuentra, más que en la realidad de una España anterior a la guerra, en la realidad literaria de un relato que se desarrolla en Zaragoza, si bien el trasfondo carece de precisiones temporales muy evidentes. También significa privilegiar de manera decidida el arte y las cuestiones estéticas sobre las vicisitudes históricas que habían llevado a España a la Guerra Civil. El sentido del libro, de este modo, aparece más claro, pues los temas francamente predominantes son los estéticos. Pero privilegiar lo literario es también seguir un juego planteado por el mismo Jarnés en su libro *Teoría del zumbel*. Según la idea central de dicha obra, los personajes de las novelas perviven y siguen su propio desarrollo más allá de la novela en que se encuentran. Así, Carlota puede recibir en Zaragoza las cartas de un profesor inútil, ya del todo identificado con Benjamín Jarnés. De tal modo, en *Cartas al Ebro*, todo ocurre como si no hubiese pasado nada: ni guerra, ni exilio, ni penurias de ningún tipo. El autor prosigue adelante con la tarea interrumpida: sus novelas, sus ensayos, su crítica.

Antes de comenzar un breve comentario acerca de los artículos recogidos en el libro, conviene acercarnos someramente al estilo que guardan todos ellos en general. Una de las características más sobresalientes de estos textos es la profusión de imágenes y metáforas. Gracias a estos elementos, pareciera que el pensamiento del autor avanzara a saltos. Se sacrifica la precisión del concepto en aras de la capacidad de alusión que pueden darnos las imágenes y las metáforas, las cuales, en ocasiones, se entrelazan hasta lindar con sutiles alegorías, que aclaran y enriquecen la noción a la que quiere llegar el autor, muchas veces potenciando

su fuerza para cautivarnos. No se piense, con esto, que se trata de un lenguaje vago. Por el contrario: se trata de una precisión diferente, que se alcanza por el camino más largo —la espiral es el camino del arte, dice Jarnés en algún momento—, que no sigue la ruta de la concisión, sino intenta expandir la idea a través de las imágenes hasta dar con relaciones inéditas y sugerentes. Como ejemplo de ello, transcribo a continuación un fragmento en el que Jarnés habla del camino que traza el francés Jean Giraudoux en su ejercicio novelístico, que sirve también como descripción del propio estilo jarnesiano:

> Acaso elige el [camino] más fértil en recodos y hondonadas, donde suele florecer la sorpresa, el más granado de limpios troncos donde ir clavando las aladas banderitas de sus imágenes, tan numerosas que llegan a empapar el propio color del aire. Cada ráfaga nos trae luego, no las viejas palpitaciones de un rosal o de un corazón, transidos de perfume lírico, sino la suave llamarada de un color nuevo, de ese color campeón que en cada libro vence al azul cotidiano. (p. 201)

Jarnés divide su libro en cuatro secciones: "La pasión fría", "Pintura y novela", "Micrologías" y "Quince años después".

La primera, "La pasión fría", se compone de siete textos en los que aborda diferentes temas: el retorno a la décima; una entrevista al director de orquesta Adam Szpak; la reproducción de una carta enviada a Torres Bodet, en defensa de las teorías de Ortega sobre la deshumanización del arte; un artículo sobre la intrascendencia en el arte, que está enmarcado en una discusión sobre el ingenio —o la falta de él— en Campoamor; una reseña del libro *Félix Vargas*, de *Azorín*; una entrevista que le realizó en 1927 a Gabriel Miró sobre su novelística; y, finalmente, otra entrevista hecha al crítico literario *Andrenio* en 1929, en la que le solicita un panorama crítico de las letras españolas en ese momento.

En todos estos artículos Jarnés busca precisar el que constituye para él el carácter dominante de la "temperatura literaria"; es decir, la "pasión fría." Desde luego, no busca una conceptualización de esta paradoja. Más bien, se acerca al tema por diferentes cami-

nos, y en diferentes momentos (recordemos que los artículos son de diferentes años), pero en todos ellos hay rasgos de esa pasión fría que él considera característica del arte de ese momento. Quizá el acercamiento más directo se encuentre en el ensayo titulado "Fe de erratas", de 1926, en el que reproduce literalmente una carta abierta que dirigió a Jaime Torres Bodet en la que respondía a los acres comentarios que el escritor mexicano había vertido acerca de las ideas de José Ortega y Gasset expresadas en su ensayo sobre "La deshumanización del arte". En su carta Jarnés defiende al filósofo de manera firme y alega que la deshumanización a la que se refiere Ortega es apenas un afán, no un logro, del arte nuevo; que este arte no pretende llegar a una evasión excesiva, porque se corre el riesgo así de que el ímpetu genial que la busca "rompa el aro ceñido y risueño de su voluntario horizonte". Y define así el trabajo del artista verdadero: "Ceñido, porque una excesiva autocrítica le empuja a no perder de vista su patente limitación. Risueño, porque su actitud es de humorismo, fina forma de velar su cansancio" (p. 30). De esta manera, al querer evocar la temperatura del arte que se produce en el primer tercio del siglo, Jarnés la caracteriza como la aspiración a una ligereza que se expresa a través de un ímpetu formal muy acentuado.

Otro momento en el que Jarnés parece acercarse a una definición de lo que él considera "pasión fría", es en la entrevista que le hizo al director de orquesta Adam Szpak, y que en *Cartas al Ebro* lleva el título de "Partituras en hielo". Esta entrevista, en la que se analiza el papel del intérprete con respecto al creador, encierra una paradoja. En una primera lectura, el texto parecería encerrar un ejemplo de virtuosismo lingüístico muy singular, ya que a lo largo del escrito, dirigido a Carlota, Jarnés omite la palabra "que". Pero el juego resulta tener un doble fondo. Y es que, a la vez que realiza esta proeza expresiva, Jarnés deja ver el desdén que siente por un recurso tan fácil y tan sin sentido. Así, lejos de celebrar este tipo de virtuosisimo en el arte, su texto termina por enarbolar una severa crítica de ella.

En "Partituras en hielo" el autor considera el virtuosismo una especie de retórica del arte y lo rechaza por completo. El virtuoso es, según diferentes momentos del escrito, "retórico del

ritmo" o "sembrador de luciérnagas en un bosque sin luna". Su interés radica en "hacer del arte una fascinadora cadena de primores", por medio del cual "apenas araña la epidermis", en tanto el creador sincero "se desgarra silenciosamente la carne para hundir en sí las pupilas y hallar dentro el reflejo del mundo circundante." Hay que destacar que la experiencia misma de esta desgarradora búsqueda interior no es, para Jarnés, la obra concluida. El desgarro que sufre el creador auténtico, para convertirse en obra artística, ha de pasar por los filtros de la serenidad y la inteligencia, que transforman esta experiencia en un todo equilibrado y armonioso.

Así, tanto Szpak como Jarnés se pronuncian por liberar "la música del lenguaje estrecho, turbio, de la pasión. [...] Nos basta con la emoción inherente a todo fruto mental bien logrado" (p. 22). Sin embargo, la voluntad de forma y armonía no debe venir de la aplicación de formas rígidas. En el artículo dedicado a la décima, Jarnés se declara, sin más, contrario al retorno a esa forma estrófica por considerarla "noria de la emoción". Para él, volver a la décima es pasar de la libertad total del ultraísmo —que por estar ajeno a todo afán de armonía, tampoco le gusta— a una "poesía amurallada", encerrada en un "sistema lírico decimal". Y es que ésta, al convertirse en una especie de corsé de la emoción, resulta ser, a fin de cuentas, una poesía artificial.

De esta manera, el conjunto de los artículos va estableciendo algunas de las características de la "pasión fría", entre ellas, como hemos visto, la emoción ceñida, la superficialidad, la intrascendencia, el firme propósito arquitectónico, etc.

La segunda parte del libro lleva el título de "Pintura y novela". Incluye nueve artículos, de los cuales me interesa destacar dos que se refieren a la pintura, en especial a la de Norah Borges y Maruja Mallo. De los ángeles que pintó la primera, se resalta su impasibilidad, totalmente ajena a la ternura y a toda "turbia irradiación patética". De manera parecida, al ocuparse de los episodios bíblicos que pinta la segunda, Jarnés señala que los ha despojado de todo localismo semítico para mostrarnos, en el caso de Job, "un armonioso esqueleto compuesto de lo más estridente. Unos huesos en su sitio, unos harapos en su punto. Y entre los huesos

y los harapos, viento. [...] no *un* hombre, sino *el* Hombre, con mayúscula" (p. 103). Es decir, en ambos casos nos habla de estilización, de sublimación de la materia para que ésta se convierta en objeto artístico. Rechaza, pues, caer en la trampa de la ternura fácil, del sentimentalismo y de la trascendencia, para ensalzar un arte afín a su propia estética, cuya característica sea la emoción inteligente, la "pasión fría".

Dejo sin comentar algunos artículos de esta sección, pero no quiero pasar por alto uno que destaca por su temática, entre todos los demás del libro. Es el titulado "La decadencia del jardín". En este artículo Jarnés expone de manera un poco más explícita, aunque peculiar, sus ideas políticas. Establece una analogía entre tres disciplinas muy diferentes: la jardinería, la política y el arte. Al valorar las tres actividades, se inclina de manera radical por el conocimiento de la materia que se pretende transformar en cada caso. El jardinero no puede aplicar sin más una simetría basada en su —muchas veces dudoso— buen gusto. Esta simetría es, para Jarnés, una "armonía fracasada", externa al objeto, y que lo reduce a reglas también ajenas. Para que el jardín produzca sus sonrisas "con más sencillez y con más ímpetu", el jardinero debe conocer y seguir las leyes de las plantas. Pero esto sucede no sólo en el jardín, sino también en el arte y en la sociedad:

> El jardinero se refugió en la simetría, en la yerta simetría, como todo ignorante de las profundas leyes de lo armónico viviente, de eso que nace en el corazón de los árboles y de los hombres y determina la forma y el sentido de la agrupación de unos y otros. Quien no conoce la ley por la que una materia encuentra su epidermis, el punto donde comienza otro ser, apela a formas traídas de fuera, a moldes inflexibles —forjados aparte— que luego aplica a masas dóciles que ya tenían su ley. Cuando falta —en fin— el sentido de armonía, se acude a las tijeras de podar.
>
> En jardinería, en literatura, en política. (p. 113)

Así, tanto el jardinero, como el artista y el político, tienen que descubrir lo intrínseco de la materia que tratan, para poder luego transformarla creativamente, pero siempre de acuerdo con

su propio ser. En el caso del artista Jarnés lo dice explícitamente: "El arte —la alta vida espiritual— se produce no por la aplicación de fórmulas fraguadas al margen de la materia, sino por la obediencia a leyes íntimas de la misma materia." Y, tratándose de la política dice: "Las formas vivas —también las políticas— no deben nacer de un proyecto, sino de una evolución. Se puede imponer una contribución, no un sistema político. De otro modo sobrevendría una rápida decadencia. La vida integral no admite dictaduras, como no reconoce utopías."

Con esto, Jarnés se aleja por completo de quienes formulan sus ideas estéticas como una preceptiva. Con ello, abona la posición que había sostenido ante Torres Bodet, en 1926, al insistir que las ideas de Ortega sobre el Arte Nuevo no eran elementos a seguir para la nueva novela o el arte, sino que conformaban un diagnóstico de la situación del arte a principios del siglo XX. Pero al mismo tiempo, en términos políticos, se opone a cualquier imposición de cualquier signo. La sociedad debe, según él, adecuar sus formas políticas a su propia evolución. No al contrario. Aunque no se refiere a ello explícitamente, en este texto de 1931 dicha idea parece encerrar una crítica tanto a la recién fracasada dictadura de Primo de Rivera como a la llamada dictablanda de Dámaso Berenguer. Pero, en realidad, su propuesta no tiene signo político preciso. Jarnés se opone a la imposición de cualquier modelo político preconcebido destinado a organizar tal o cual sociedad. Toda sociedad tiene que crear formas fieles a sus propias necesidades expresivas. Estas ideas, más bien utópicas, sufrirían un revés brutal en 1936 con la sublevación de Franco y, más tarde, con la derrota de la República.

La tercera parte, titulada "Micrologías", es la más miscelánea del libro. En ella se tratan temas como la raza, la intimidad, la verdad poética, el piropo, la envidia, etc. Por razones de espacio no puedo detenerme en el comentario de los artículos que conforman esta parte, por lo que paso a la última sección de *Cartas al Ebro*, titulada "Quince años después", que se compone de un solo ensayo, que se publicó tempranamente, en 1924, en la revista *Alfar*, y que versa sobre Jean Giraudoux. Es un ensayo en el que Jarnés no escatima los elogios hacia ese escritor francés. Le llama,

por ejemplo, "el más hábil espigador del arte"; o dice de sus personajes: "de los seres aprisiona su actitud más armoniosa, el resto lo desdeña". O de su estética: "En él la llama viene de sí mismo. Y cada página es una red de inesperadas interferencias" (pp. 208 y 212). El hecho es que, desde muy temprano, la visión narrativa de Giraudoux había constituido para Jarnés un modelo a seguir. Al describir y analizar puntos relevantes de la novelística del francés, el escritor español estaba, al mismo tiempo, mostrando lo que intentaría hacer en su extensa trayectoria como novelista.

La fidelidad a esa estética se reafirma de manera palmaria en la posdata que escribe al publicar ese ensayo en *Cartas al Ebro*. Ahí, al referirse a los escritores de su generación, señala:

> Quería —quiere— esa generación elevar el nivel del arte, por los arduos caminos de la inteligencia, por los delgados caminos de la sensibilidad. Quería evitar —como aconsejaba Nietzsche— todas las facilidades... Pero los hombres de escasa o roma sensibilidad prefirieron —como ellos dicen— "llamar al pan, pan y al vino..." Sin saber, naturalmente, elevar el pan y el vino —y todo lo demás— a esa zona poética donde supieron elevarlos —desde Safo, desde Homero— los grandes creadores. (p. 213)

Como se ve, además de reafirmar su propia estética y reiterar su fidelidad a su propia trayectoria como novelista, en este fragmento Jarnés reconoce que el péndulo de los gustos literarios, que unos quince años antes habían estado a favor de Jarnés y Giraudoux, se ha desplazado ya hacia el otro extremo del espectro.

Entre los críticos que estudian la obra del escritor aragonés se ha vuelto lugar común decir que sus últimos años estuvieron marcados por dos derrotas: la de la República, por un lado, y la de las ideas estéticas que Jarnés defendía y que por esas mismas fechas pasaron de ser predominantes a ser minoritarias y marginales. La novelística realista, con fuerte sustento ideológico, había cobrado fuerza una vez más y, a partir de ahí, las novelas de Jarnés fueron relegadas por los lectores y la crítica.

Con la publicación en México de *Cartas al Ebro*, Benjamín Jarnés cerraba un ciclo vital. Los artículos incluidos en el libro

—tal como el autor señala en la dedicatoria— tienen la intención de establecer su punto de vista acerca de la evolución de "la historia literaria de una etapa efervescente de las letras españolas", una etapa que —por razones históricas y estéticas— seguramente consideraba que estaba llegando a su fin. Pero en la medida en que subraya sus diferencias ideológicas y estéticas respecto a muchos escritores exiliados, la obra constituye también una reafirmación de la independencia intelectual de Jarnés. De hecho, puesto que se pronunciaba fiel a una estética que ya pocos seguían y que muchos despreciaban, la publicación de este libro sirvió para aislarlo de los demás. Si bien, en términos generales, *Cartas al Ebro* era un libro apolítico, su publicación constituía la declaración de una postura política muy clara. No es imposible que el título que Jarnés eligió para el libro conlleve incluso una velada provocación. Por esas fechas, la sola mención del río Ebro traía para muchos exiliados reminiscencias de la heroica batalla que, a sus orillas, habían librado las fuerzas republicanas, comandadas por el general Vicente Rojo, en contra de los alzados. Jarnés, por el contrario, presentaba un libro en el que, a pesar del título, no sólo omitía hablar de tal batalla, sino que exponía y defendía las ideas estéticas que había mantenido desde los años veinte, entre las que incluía, desde luego, su convicción de que las consideraciones ideológicas no eran compatibles con las manifestaciones artísticas. Aún más, en su libro no se remitía ni siquiera al río Ebro real, sino al río que transcurría a través de su narrativa.

Pero *Cartas al Ebro* también era su carta de presentación ante el público mexicano, para el cual, como ya se ha dicho, no era totalmente desconocido. De hecho, sus novelas habían gozado de gran prestigio entre ciertos lectores mexicanos, notablemente entre los Contemporáneos. Por otra parte, en España Jarnés había llegado a ser una especie de embajador de la nueva literatura mexicana, sobre todo a raíz de sus colaboraciones en *La Gaceta Literaria*, en las cuales había hecho muy patente su interés por las letras hispanoamericanas en general. Por una y otra razones, podemos decir que ya desde mucho antes de que se exiliara, Jarnés contaba en México con la admiración y el reconocimiento de un público al que no le importaba la postura tan poco ortodoxa que

este escritor español asumía ante la literatura comprometida del momento. El apoyo que Jarnés recibió de La Casa de España para la publicación de sus *Cartas al Ebro* sin duda sirvió para ponerlo en contacto directo con dicho público, sentando así las bases para el importante trabajo literario que realizaría en México durante los años cuarenta. Porque, en efecto, Jarnés demostraría ser, en el exilio mexicano lo mismo que antes en España, un escritor infatigable: en los pocos años que le quedaban de vida, publicaría varias novelas, biografías e innumerables artículos en la prensa y en las revistas literarias. Víctima de arteriosclerosis, en 1948 sería llevado a España para morir allí en 1949. Su obra —tanto la anterior como la posterior a la guerra— sigue siendo en gran parte desconocida, a pesar de los ingentes esfuerzos de numerosos estudiosos como, por mencionar sólo a algunos de ellos, Víctor Fuentes, Domingo Ródenas de Moya y Azucena López Cobo. Pero esto no impide, claro, que con el tiempo el péndulo de los gustos literarios se desplace nuevamente a favor de él y de la literatura que hizo tanto por promover.

MISCELÁNEA JULIO TORRI

GUILLERMO SHERIDAN
Universidad Nacional Autónoma de México

Me alegra que me haya tocado en suerte participar en este encuentro con la encomienda de hablar un poco —muy poco— sobre *De fusilamientos* (1940), esa pequeña obra maestra de Julio Torri. Confieso, no obstante, mi aprehensión ante un párrafo intimidatorio:

> En una universidad poco renombrada había un profesor pequeño de cuerpo, rubicundo, tartamudo, que como carecía por completo de ideas propias era muy estimado en sociedad y tenía ante sí brillante porvenir en la crítica literaria.

Haré lo posible por conservar esas líneas como literatura, y no confirmarlas, ante ustedes, como augurio.

De fusilamientos es un manojo de pequeñas obras maestras, relatos, aforismos, brevedades, que Alfonso Reyes pidió a su amigo Torri en una doble misión: para publicar un libro memorable y para equilibrar la vertiente americana del catálogo editorial de La Casa de España. Torri aceptó por amistad, y sin entusiasmo, reunir lo que en una previa carta a Reyes, sin falsas modestias, llamaba "pedacería" y "cascajo".[1] *De fusilamientos* pertenece a la rara, venerada categoría de los *libritos* que, a fuerza de grandeza, se apropian de ese diminutivo, uno que se adjudica sólo desde la reverencia. Pertenece nuestro librito a esa familia provi-

[1] En carta de 1916, recogida en *Diálogo de los libros*, edición de Serge Zaitzeff, México, Fondo de Cultura Económica, 1980, p. 199.

dencialmente disfuncional de la escritura en migajas: una progenie que, en este libro de Torri, delata su parentela hasta aparecer como un álbum de familia: el Nietzsche de *Más allá del bien y del mal*, el Aloysius Bertrand del *Gaspard de la nuit*, el Baudelaire del *Spleen de Paris* o de los *Fusées*... Autores de la polimorfa especie escritural que va del brevísimo relato al aforismo, de la ocurrencia al *tableautin*, cuyas bengalas provocan un número de emociones inversamente proporcional a la cantidad de palabras utilizadas; escritores inclasificables que se sienten a gusto en lo híbrido, "lo misceláneo y lo promiscuo", como dice de su propia escritura Hugo Hiriart, un raro emparentado con Torri.

A diferencia de una parte por desgracia no menor de la literatura mexicana de esos años, preservada si acaso en el formol de la academia, el librito de Torri tiene una absoluta frescura. Inmune a la clasificación, su maleabilidad es una lista de apartes en la que cada aparte es una lista de excepciones. Cuando pasa por conservador, se fuga por la tangente vanguardista; su erudición tumultuaria no es un cuarto de trebejos, sino un arsenal de ingenio; es un humanista de la escuela virtuosa, pero tan irónico que no se sabe si además de ser humanista, lo finge. Puede bruñir la pátina del estilo anticuario de los colonialistas, pero se retracta de inmediato hacia su imaginación disonante. No, no es cosa decorativa ni de virtuosismo; hay una moral muy íntima, un decoro literario que parece crecerse ante la industria de vulgaridad que su época institucionalizaba. Paladín de la tradición agonizante de las "bellas letras", era uno de los escasos náufragos preparados para tocar la tierra, siempre prometida y siempre escamoteada, de la mejor tradición mexicana.

Hay también en las páginas de *De fusilamientos* un esmerado recato intelectual que no desdeña seducir, todo él estilo, a los adictos al estilo. Pero no es Torri de los que lo pulen, más bien lo padece como algo inevitable, y su esmero logra uno tan eficaz que casi pasa desapercibido. Algo tiene del gusto delicuescente por "esculpir, limar y cincelar", pero siempre se resiste a la ostentación y a la pontificación; a la idea de prestarse relevancia amparado por temas y tópicos en boga, a los que, por cierto, pasó por su ironía: los sermones de cualquier índole (sobre todo los revolucionarios), la edificación social y la soberbia nacionalista.

El texto que le da nombre, "De fusilamientos", escrito en 1915 —mucho antes de que el águila dejase salir al zopilote que traía adentro— ya mostraba el talante completo del maestro. El prematuro sabio retraído, que contaba con apenas veintiséis años, atestigua asonadas y paredones y su cuota de miles de muertos. Pero en vez de dejarse llevar por el arrebato épico o la gravedad analítica, aborda el asunto con una propuesta insolente: lo malo de ser fusilado, dice, consiste en tener que levantarse temprano.[2] Hay en la ocurrencia un cierto dandismo que delata su admiración por Joris-Karl Huysmans o, sobre todo, por su querido Oscar Wilde. Es el orgullo de apartarse de la previsible grosería bienpensante, de la hospitalidad de las emociones perentorias. Es un desplante altanero (sobre todo en México) con un poco de príncipe pedante y algo de ironista filoso, un Ludwig de Baviera sazonado con Kafka. Veinte años más tarde, en pleno lazarato y en los albores de la corrección política e ideológica, una propuesta así se habría enfrentado con los sacripantes de la Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios.

El vigor de Torri debe mucho al indiferente, para quien el mejor consejero es "el coro venerable de las virtudes antiheroicas"; para quien echa de menos "la sepultura olvidada de los héroes sin nombre"; para quien el verdadero amor se reconoce por estar despojado de ingredientes prestigiosos. Ante la ruidosa fábrica de *ismos*, Torri prefiere un rincón privado en el que escribir sea, apenas, una leve infracción al silencio. Como el minero, Torri escribe que "el escritor explota cada intuición como una cantera", pero la suya no rinde vetas famosas. Acaso filones en miniatura que aumentan de volumen con sus referencias, unos "fusilamientos" que trenzan sus textos con una parentela elegida que cualquier lector de su círculo —y no escribe para otros— detectaba y disfrutaba. En este sentido abundan los parlamentos que responden a las exquisiteces de Rubén Darío, las picardías de Alfonso Reyes (como en "La cocinera"), al esteticismo de Wilde o la misantropía de Chesterton; pero también, en contrapunto, a Cer-

[2] Inevitable recordar al Barnardine de *Measure for Measure* cuando explica con toda seriedad la inconveniencia de ser ejecutado.

vantes o al Marqués de Santillana, a los epigramas de Marcial o a las sátiras de Plauto (en "Plautina"). Es el mismo impulso que lo lleva en "Gloria Mundi", para ahorrarse la fatiga de describir la alegría de un mohoso oficinista enviado a una tarea en la calle, a economizar por referencia, pidiéndole desenfadadamente al lector que mejor relea "The Superannuated Man" de Charles Lamb. O a dialogar abiertamente con otros autores, como en el notable caso de "A Circe":[3]

> ¡Circe, noble diosa de los hermosos cabellos! Mi destino es cruel. Como iba resuelto a perderme, las sirenas no cantaron para mí.

Que es una respuesta al célebre texto de Bertrand:

> ¡Circe, diosa venerable! He seguido puntualmente tus avisos. Más no me hice amarrar al mástil cuando divisamos la isla de las sirenas, porque iba resuelto a perderme.[4]

Hay en Torri un moralista, y no sólo en las sabrosas astillas aforísticas que cierran el libro. Es una moral que Torri tiene en claro desde el principio de su carrera, cuando en plena revolución celebra "la gloria de haber ennoblecido a la especie, elevando la dignidad humana hasta el individualismo más radical" de Oscar Wilde.[5] Esta ironía —pues en eso se ha convertido celebrar el individualismo, aun en la noble forma que proponía el joven Torri— aprieta su moral, y más si se considera que, para él, nada contiene mejor ese individualismo que la literatura, y sobre todo leerla.

Es una moral en la que prolifera el ingrediente irónico, uno que encuentra adecuado hospedaje en la escritura de brevedad. Un texto como "El héroe", donde aparece un dragón que "vivía

[3] Recogido en *Tres libros*, Fondo de Cultura Económica, 1981.

[4] Véase sobre esto (y más) el inteligente trabajo de Francisca Noguerol: "Híbridos genéricos: la desintegración del libro en la literatura hispanoamericana del siglo XX" en <*http://usuarios.lycos.es/wemilere/literaturalatinoamericana.htm*>. Cabe señalar que, a su vez, Salvador Elizondo responderá gloriosamente a Torri, a Bertrand y a Circe en su "Aviso".

[5] "Un monumento a Oscar Wilde", en *Diálogo de los libros*, p. 65.

pacíficamente y no le hizo mal a nadie" y "hasta pagaba sus contribuciones" ejemplifica de manera eficiente esta ironía como gesto que perseguirán otros "moralistas" como Augusto Monterroso, cuya vaca triste (porque nadie le publica sus obras completas) se asemeja claramente a ese dragón. Y antes, claro está, a Juan José Arreola, sobre todo en la vertiente "misógina", que podría haber firmado este párrafo de Torri, describiendo a

> Una venerable matrona que como tantas mujeres que han prolongado su doncellez, se han chupado interiormente. (Perdonadme lo bajo de la expresión.) Resulta su compañía tan enfadosa que a su lado se explica uno los horrores de todas las revoluciones.

Hasta la cita disimulada de López Velarde les resulta común a Torri y a Arreola, en cuyo cuento "La Migala" figura una araña extraordinariamente nociva que es obviamente hijastra de las "mujeres tarántulas" de Torri. Es curioso: en su poema "Despilfarras el tiempo", López Velarde traduce a su fascinante retórica de payo la frase "cuidas tu virginidad" y logra el raro verso "prolóngase tu doncellez en una vacua intriga de ajedrez"; en el texto citado, Torri ya ha ironizado el tópico y le ha agregado una vuelta a la tuerca: usar el erotizado, elegante recato de López Velarde junto al verbo "chupar", en una frase confesadamente bajuna, evidencia su ironía y, de paso, exhibe su vocación miscelánea. Se impone recordar, por cierto, que es López Velarde quien, en 1916, escribe que le gustaría "zurcir un ensayo, pariente (de lejos siquiera) de los que debemos a la maestría de Julio Torri".[6] Una cortesía entre pares. La atención de Torri a López Velarde, en cambio, va más allá de la disimulada cita, y la irradiación del jerezano, en verso y en prosa, no deja de apersonarse en la cadencia de su prosa, así como la gracia para detenerse en la esquina donde se juntan la estampa de costumbres y el absurdo íntimo; el gran fresco social y el abismo amargo del espectador.

Mencioné la riqueza de los aforismos y reflexiones finales. El moralista desencantado propone ahí que "la melancolía es el

[6] En "La dama en el campo" (1916), recogido en *Don de febrero y otras crónicas*.

color complementario de la ironía". Ése podría ser el lema de Torri, si no fuera tan largo. El héroe sin nombre, el oficinista cansado, el escritor laboriosamente tímido y realmente humilde, reflexiona:

> Mi vida no es mía sino en una pequeña medida; a los demás pertenecen el resto, a las gentes que me rodean, a los dioses o fuerzas locos o misteriosos que presiden nuestros sucesos. La mayor parte de mis acciones está gobernada por exigencias e instintos biológicos que desdeño cuando medito y existo realmente... La verdadera historia de uno la constituye el rosario de horas solitarias o de embriaguez (embriaguez de virtud, de vino, de poesía, ¡oh Baudelaire amado!) en que nos doblega el estrago de una plenitud espiritual. Lo demás en las biografías son fechas, anécdotas, exterioridades sin significación.

Éste es el Torri ejemplar y necesario. El escritor que enfrenta su "conflicto interno, no por silencioso menos cruento". El escritor, en suma, que no se anda con cuentos.

ITINERARIO DEL *ITINERARIO DEL AUTOR DRAMÁTICO*, DE RODOLFO USIGLI

DOMINGO ADAME
Universidad Veracruzana

Introducción

En 1940 La Casa de España en México publicó *Itinerario del autor dramático* de Rodolfo Usigli,[1] texto que no volvió a editarse hasta el año 2005, cuando reapareció con motivo del centenario del dramaturgo.[2]

¿Qué fue lo que determinó la primera y la actual ediciones? ¿Cuál fue su trascendencia? ¿Su impacto? ¿Qué ocurrió en los 65 años que transcurrieron entre una y otra publicaciones? ¿Qué teatro se hacía en México? ¿Quiénes y cómo lo hacían? ¿Por qué escribió Usigli el *Itinerario*? ¿Cuáles son sus aportaciones? ¿Qué objetivos logró? ¿Qué propuestas teóricas surgieron en estos 65 años? ¿Se produjeron nuevas preceptivas? ¿Cómo se ha estudiado la dramaturgia en México? ¿Qué alternativas surgieron? ¿Cuál es la vigencia del *Itinerario*?

Responder a estas interrogantes de manera exhaustiva implicaría realizar un estudio de mayores dimensiones que el que nos proponemos hacer aquí. Sin embargo, estas preguntas nos sirven de guía a la hora de aproximarnos al texto. Puesto que lo que propone, finalmente, Usigli es volver a problematizar las relaciones entre el sujeto, la sociedad, la vida y el mundo, nosotros pretendemos seguir su ejemplo y explorar tanto las implicaciones de

[1] Rodolfo Usigli, *Itinerario del autor dramático*, México, La Casa de España en México, 1940.

[2] Rodolfo Usigli, *Teatro completo V*, México, Fondo de Cultura Económica, 2005.

las ideas de Usigli (de sus principios, conceptos, criterios y categorías) como las repercusiones que ellas han tenido.

El punto de partida de la presente reflexión es la primera edición del *Itinerario del autor dramático*, una obra que detonó un movimiento de creación e investigación inimaginable sin ella y que, en gran medida, le dio consistencia a la actividad teatral en nuestro país. Dicha publicación, que hoy rememoramos con motivo de los setenta años de La Casa de España, formó parte de un gran proyecto cultural que si bien fue promovido por esta institución, se insertó, al mismo tiempo, dentro de un movimiento social más amplio encabezado por Lázaro Cárdenas, que pretendía cambiar el rumbo de la Revolución mexicana. Una revolución que Usigli cuestionó severamente.

La obra teórica de Usigli —en realidad, la obra de Usigli en su conjunto— constituye, antes que nada, una búsqueda de conocimiento y, más aún, de autoconocimiento. ¿De qué conocimiento tenía urgencia? O dicho de otro modo, ¿qué necesitaba conocer? ¿Cuál fue su estrategia? ¿Cuáles fueron sus preguntas? Y a los que en la actualidad nos acercamos a esta obra, ¿qué luz nos arroja sobre las distintas maneras de conocer el teatro? ¿Qué nos revela su *Itinerario* con respecto al conocimiento del teatro que se tiene en México?

Usigli: trayectoria, ética teatral y actitud teórica

La pasión de Rodolfo Usigli por el teatro se manifestó desde muy temprana edad. Aunque autodidacta, estudió lengua francesa en la Alianza Francesa de México e hizo también estudios sobre teatro en el Conservatorio Nacional. En 1936 obtuvo una beca de la Fundación Rockefeller para estudiar en la Escuela de Arte Dramático de la Universidad de Yale. Esta experiencia, que compartió con Xavier Villaurrutia, fue la que suscitó su interés por la teoría y de ella surgió el *Itinerario del autor dramático*. En 1933 Usigli impartió cursos de Historia del Teatro en la UNAM donde, dos años después, al asumir la dirección de los cursos de teatro, intentó crear una escuela de teatro de nivel universitario, un proyecto

que no cristalizó sino hasta 1960, cuando se creó una Licenciatura en Arte Dramático en la Facultad de Filosofía y Letras. De 1938 a 1939 fue jefe de la Sección de Teatro del Departamento de Bellas Artes de la Secretaría de Educación Pública. En 1940 fundó y dirigió el "Teatro de medianoche", donde dio a conocer piezas importantes de la dramaturgia del momento. En 1971 organizó el Teatro Popular de México y en 1979 recibió el Premio Nacional de Letras.

Como teórico e historiador del teatro, Usigli difundió sus ideas en diversos prólogos, epílogos y artículos. Pero también escribió dos obras fundamentales en este campo: *México en el teatro* (1932) e *Itinerario del autor dramático* (1940), a las que se suman *Caminos del teatro en México* (1933) y *Anatomía del teatro* (1966). Su obra se encuentra reunida en cinco volúmenes publicados por el Fondo de Cultura Económica (1963, 1966, 1979, 1996 y 2005).

Usigli entendió bien la lección de la modernidad teatral: hacer del teatro una "escuela de ciudadanos". Por eso se llamó a sí mismo ciudadano del teatro, consciente de lo limitado que resultaban las ciudadanías nacionales —aunque creía en ellas, pues de no haber sido así, no se hubiera aplicado a la enorme tarea de crear "el teatro mexicano". Ese objetivo teatral se entiende dentro de las condiciones emanadas del movimiento revolucionario de 1910.

Al autonombrarse "ciudadano del teatro", Usigli asumía un compromiso ético-estético y político con su *polis* teatral transnacional. Un compromiso que intentó cumplir a cabalidad pues, más allá de contradicciones, fobias y filias, su legado teatral es testimonio de una sincera objetivación espiritual.

La ciudadanía teatral de Usigli puede reconocerse en los siguientes principios y acciones: el dramaturgo nunca dejó de creer y luchar por el teatro; se introdujo completamente en el conocimiento teatral de su época; abrió caminos y creó espacios para que las nuevas generaciones de teatristas contaran con mejores condiciones para su formación y para el desempeño de su profesión; construyó una vasta obra con gran fuerza poética y social, pensando en México y en sus ciudadanos; y, finalmente, entendió el teatro como un lugar donde el mecanismo artístico

de la gesticulación podía servir para acabar con la simulación, con ese mecanismo social que hacía —y sigue haciendo— de la vida cotidiana un mundo de hipocresía, de falsedad y de mentira.

Usigli adquirió sus conocimientos, y en particular sus conocimientos teatrales, de la vida cotidiana, del teatro que se representaba en el México de su época, del teatro universal y, en gran medida, de su contacto directo con otras culturas. Bebió en todas esas fuentes con gran avidez, pues, lamentablemente, no existían en México, como sí existen ahora, la casi veintena de instituciones que ofrecen formación teatral de nivel superior. De lo anterior se desprende su preocupación por la formación profesional —y específicamente universitaria— de los teatristas mexicanos, que ocupa un primerísimo lugar en el pensamiento y en la acción teatral de Usigli. Todos los egresados de las escuelas de teatro del país somos deudores de su esfuerzo, pero, sobre todo, somos los más obligados a seguir fomentando el espíritu crítico y ético que él promovió.

El proyecto de Rodolfo Usigli

Rodolfo Usigli se fijó como meta la creación de un teatro mexicano, "nacional por su temática y realista en su estilo", con el fin de que así se convirtiera en instrumento de crítica social. De ahí su axioma: "Un pueblo sin teatro es un pueblo sin verdad". Usigli decía:

> Nuestra clase media no va al teatro porque es culta, sensible al buen arte y no lo encuentra en él. Cuando vaya, porque los autores, las empresas y los actores integren un verdadero experimento nacional, las compañías dejarán de requerir, llegarán hasta temer las subvenciones y renunciarán a representar mamotretos extranjeros. Cuando a la buena producción dramática europea de todas las épocas, organizada en forma de repertorio, se sume un buen teatro realista mexicano, será posible ir hacia un teatro poético que será la más grande hazaña del espíritu nativo.[3]

[3] Rodolfo Usigli, *Teatro completo III*, México, Fondo de Cultura Económica, 1979, p. 446.

Para Usigli, cuanto más local fuera la temática o la anécdota, mayor sentido de universalidad alcanzaría, siempre y cuando ese teatro tuviera la fuerza y la calidad formal para sostenerse a sí mismo. Esta calidad formal se convirtió para él en una obsesión, de ahí su acercamiento —personal y epistolar— a George Bernard Shaw; pero también a Ibsen, Strindberg y, sobre todo, a Pirandello, dramaturgos de quienes Usigli recibió una influencia conceptual y estructural. Cada una de las obras de Usigli plantea un reto formal trazado por él mismo en su *Itinerario*: ajustarse a las unidades de tiempo, acción y lugar (*Noche de estío*, 1933-1955); desarrollar una comedia (*Estado de secreto*, 1935); estructurar una pieza aristotélica de corte psicológico (*El niño y la niebla*, 1936) o social (*El gesticulador*, 1938); conformar un melodrama (*Aguas estancadas*, 1938-1939); o verter al teatro mexicano el ímpetu, el vigor, de la tragedia clásica (*Corona de fuego*, 1960).

Al hablar de Usigli y las teatralidades mexicanas resulta inevitable situarse en el terreno de la cultura, pues la intención del dramaturgo fue precisamente que existiera en México un teatro que fuese expresión del ser nacional. El escritor perseguía, entonces, fines políticos y para alcanzarlos se valió del teatro. Emprendió una lucha, por un lado, contra una sociedad en la que todo era "política" y, por otro, contra un teatro hecho al gusto "de los abarroteros", según sus propias palabras.

Esta lucha la emprendió en distintos frentes: en la esfera de la creación dramática, en la investigación y la teorización, en la difusión del teatro universal y mexicano, en la crítica social, en la fundación de escuelas y en la enseñanza.

El teatro en México en la década de los treinta

Antes del advenimiento de los movimientos renovadores, la única forma teatral en México que ofrecía una alternativa al teatro dramático burgués era el "teatro de revista", un género al cual Usigli reconoció, por cierto, potencial identitario. El teatro burgués, por su parte, era un teatro de entretenimiento, conformado muchas veces por obras melodramáticas interpretadas por actores

hechos "en las tablas", respaldadas por mínimas condiciones de producción, realizadas con más intuición que conocimiento. Un teatro, en fin, que sobrevivía gracias a las relaciones de los productores con los hombres en el poder, siendo impulsado en un ambiente plagado de complacencias y animadversiones por una orientación comercial y conservadora en la que prevalecía un estilo decadente español.

El concepto de "verdad" en el discurso usigliano

En el discurso usigliano "la verdad" tiene un predominio absoluto sobre otros conceptos. De acuerdo con los valores de la civilización occidental (cristianismo, ética burguesa, progreso, etcétera), sólo la verdad puede ser garante de las relaciones entre los individuos. De ahí que en el programa pedagógico teatral de Usigli la verdad fuera condición indispensable. La verdad tenía que estar presente en la decisión misma de ser dramaturgo "de verdad"; es decir, el dramaturgo debe tener conocimiento de lo que hace y para qué lo hace, sólo así se podrían escribir obras "verdaderas". Por eso en sus escritos se encuentran frases como las siguientes: "sólo la verdad puede fascinar",[4] "por la falta de verdad el mexicano es incapaz de ser buen actor, buen dramaturgo",[5] o cuando en *El gesticulador* dice a través de Miguel: "No te das cuenta de que quiero la verdad para vivir, de que tengo hambre y sed de verdad, de que no puedo respirar ya en esta atmósfera de mentira".[6]

Para cambiar el teatro ("corona de los pueblos", en palabras de Usigli), había que cambiar a México, cuya verdad, diagnosticaba el maestro, era "una larga obra de las mentiras mexicanas"[7] producida en las fábricas de la Colonia y de la Revolución. Es aquí donde Usigli asume su papel de demiurgo.

[4] Rodolfo Usigli, "El gesticulador", en *Teatro completo I*, México, Fondo de Cultura Económica, 1979, p. 453.

[5] *Loc. cit.*

[6] *Ibid.*, p. 790.

[7] Rodolfo Usigli, "Epílogo sobre la hipocresía del mexicano", en *Teatro completo III*, p. 477.

Con la autoridad que le daba el conocimiento de las teorías y las técnicas teatrales, así como de la historia y la sociedad mexicanas, emprendió su tarea guiado por el propósito de lograr "la sincera objetivación de su espíritu" como también por su deseo de poner en su justo lugar a la simulación. Ésta, a mi parecer, es la gran lección del maestro Usigli, que trasciende hasta nuestros días: sin un compromiso genuino con el saber y el hacer, seguiremos viviendo en la hipocresía, prolongando hasta el infinito la lista de mentiras mexicanas que, para Usigli, era necesario llevar al escenario, ya que sólo así se llegaría a dar forma a la verdad de México.

Además de su obsesión por la verdad, resulta notable la pasión que Usigli sentía por el teatro mismo. Para él las máscaras del indio, del mestizo y del criollo tenían que caer para que apareciera el "rostro del mexicano", que tal vez —decía— sería una máscara: la del teatro.[8] Es decir, el rostro de la gesticulación transparente, el rostro de un hombre o una mujer que asume y respeta todo tipo de diferencias, el actor o la actriz que usa la máscara no para ocultarse, sino para descubrir su verdadero rostro y el de los otros. Usigli anunciaba el nacimiento del sujeto complejo de nuestros días que, en la búsqueda de formas postnacionales de identidad que sustituyan al modelo integracionista, paternalista y autoritario,[9] actúa desde la incertidumbre y establece holísticamente contacto consigo mismo, con los demás y con el cosmos.

El Itinerario del autor dramático

Para Rodolfo Usigli, el conocimiento de la teoría dramática era una necesidad "de carácter nacional": necesidad para dramaturgos y críticos de teatro, lo mismo que para un público carente de educación teatral. De este modo emprendió "la compilación limitada de las teorías esenciales existentes desde Aristóteles a la fecha".[10]

[8] Rodolfo Usigli, "Rostros y máscaras", en Roger Bartra, *Anatomía del mexicano*, México, Plaza y Janés, 2002, p. 144.

[9] Cf. Roger Bartra, *op. cit.*, pp. 303-310.

[10] Rodolfo Usigli, *Itinerario del autor dramático*, p. 7.

En la primera parte del *Itinerario*, por medio de una especie de preceptiva dramática, Usigli orienta a todo aquel que se propone escribir un texto para la escena y revisa los géneros y los estilos de acuerdo con conceptos tradicionales. En la sección "Una investigación...", abunda sobre las ideas vertidas en el *Itinerario* y reflexiona sobre los géneros (tragedia y comedia, con subgéneros derivados de ellas), en relación con los estilos (dos estilos "manantiales": el clásico y el romántico, de los que surge un tercer estilo manantial: el realismo). De los estilos ofrece un panorama histórico y observa sus modos de ser, sus alcances; menciona a sus representantes más ilustres; cuando lo considera conveniente incluye piezas dramáticas mexicanas, y no deja de analizar los estilos en relación con la sociedad en que se generan y con el arte en general.

En términos generales el *Itinerario* expone los rasgos que debe reunir el dramaturgo: capacidad de síntesis y de creación, dominio de una técnica para el manejo de elementos como diálogo, progresión, ritmo y extensión de la pieza. Usigli subraya dos aspectos básicos: la "visualización" de la acción y la caracterización de los personajes, tarea más compleja, esta última, por incluir la expresión hablada, las reacciones psicológicas y los movimientos sujetos a una "identidad de valores."

La "visualización", decía Usigli, preexiste a la escritura de la obra y consiste en la objetivación de la trama y de los personajes —concreción del espacio, movimiento, colores. Su insistencia en realizar una puesta en escena previa refleja el propósito de garantizar la presencia de "teatralidad" en el texto dramático. El dramaturgo mexicano indicaba también que, con el fin de lograr una "interpretación exacta" del texto por parte de los actores, el autor debería incluir indicaciones siempre funcionales y jamás literarias o reflexivas.

El autor de *El gesticulador* recomendaba escribir para un público determinado una obra que tuviera perdurabilidad literaria, que fuese sujeta a las limitaciones y los recursos de un escenario, que tuviese presentes a los actores que harían posible la realización de "su obra". También recomendaba conocer el tema y el ambiente del drama a la perfección, recurrir a la economía de recursos y caracteres, vigilar el desarrollo de los personajes —permitiendo

que cobraran "vida propia" y, ante todo, buscar la unidad interior de la obra.[11]

Además de dramaturgo y teórico del teatro, Rodolfo Usigli ejerció la dirección escénica; por eso, en el *Itinerario*, le dedicó un espacio importante a esta función. Para Usigli, el director de escena, en el sentido moderno del término, es el único renovador del teatro. En cuanto a las concepciones sobre el teatro de Appia, Craig, Fuchs, Stanislavski y Jouvet, entre otros, y el modo en que contribuyen a la transformación del arte escénico, Usigli señala: "Son estas teorías [...] las que llevan al teatro a igualar el contenido con el continente, el espíritu con la forma visual, y le permiten alcanzar una unidad que no tuvo nunca antes".[12]

En el *Itinerario* Usigli habla de los beneficios que aportó al teatro la aparición del director. Uno de ellos, a su juicio, fue la posibilidad de conseguir cierto equilibrio en la puesta en escena, que a su vez permitió subrayar la unidad del conjunto: el montaje ya no se hace pensando en el lucimiento de "la estrella".[13] No obstante, coloca su trabajo en segundo término, después del dramaturgo. El teatro dependía del texto y los directores tenían que ser "intérpretes respetuosos" y no "recreadores de poemas dramáticos". La defensa de esta jerarquía motivó el conflicto que Usigli tuvo, en tanto dramaturgo, con el director de la puesta en escena de *Corona de sombra*, el creador japonés Seki Sano. Cabe señalar que el conflicto repercutió favorablemente en el teatro mexicano, pues estimuló la aparición de una nueva generación de teatristas que, en cada uno de los campos, tomaron en cuenta las aportaciones de ambos maestros.[14]

[11] *Ibid.*, pp. 9-31.

[12] *Ibid.*, p. 113.

[13] "La aparición del director ha traído al teatro del mundo dos beneficios de tal manera determinantes, que en ningún teatro del futuro se podrá prescindir de él. El primero es la consideración de toda obra como un conjunto en el que cada detalle, cada personaje, constituye un elemento de equilibrio. Ya no es posible elegir ni estudiar una obra desde el ángulo de un solo personaje, de una sola escena culminante, etc. El segundo beneficio es el que se refiere a la evolución del actor [...] La estrella ha desaparecido." *Ibid.*, pp. 167-168.

[14] Con respecto a este polémico montaje de 1951, Usigli afirmó: "Mi estética, en suma, se reduce a esto, en materia de dirección: el director debe interpretar hasta

El Itinerario *visto por la investigación y la crítica del teatro en México*

Cuando se compara con la investigación literaria, la teatral se halla en franca desventaja; y esto no sucede únicamente en México, sino en todo el mundo. Las excepciones se pueden encontrar en aquellos países con fuerte tradición teatral o que han impulsado programas de investigación, permitiendo el despliegue de la creación y el surgimiento de una sólida y continua actividad de reflexión y análisis sobre el teatro, no sólo en su aspecto dramatúrgico, sino en su realización escénica también.

En México, durante la mayor parte del siglo XX, predominó un discurso logo y eurocéntrico en la teoría y la crítica teatrales. Un discurso que buscó afanosamente establecer una relación entre el teatro que aquí se producía y los modelos aristotélicos o los modelos provistos de los lenguajes escénicos predominantes en Europa. En la obra ensayística de Rodolfo Usigli —particularmente en el periodo que va de 1930 a 1950— es donde se localiza el material teórico y crítico más sobresaliente de este largo periodo, si bien se encuentran, junto a él, artistas e intelectuales como Xavier Villaurrutia, Salvador Novo y Celestino Gorostiza, quienes, con sus textos, se interesaron en la profesionalización del arte.[15] Sus contemporáneos siguieron sus propias trayectorias y difícilmente se hallan testimonios de encuentros entre ellos que favorecieran el desarrollo de una actitud crítica y dialógica.

Fue sólo hasta 1966 cuando en el ciclo de conferencias titulado "¿Qué pasa con el teatro en México?" concurrieron dramaturgos, directores y críticos especializados, entre otros, Salvador Novo, Rodolfo Usigli, Celestino Gorostiza, Rafael Solana, Héctor Azar, Seki Sano, Alejandro Jodorowski y Carlos Solórzano. Los tres temas del debate fueron: la posición teórica frente a la creación dramática, la realización de esa posición teórica y la

el agotamiento el contenido de una obra, pero no recrearla." Rodolfo Usigli, "El caso de *Corona de sombra*", recorte no fechado publicado en *Excélsior* (México, D. F.).

[15] Véase Domingo Adame, Elka Fediuk y Octavio Rivera, *Teorías y crítica del teatro en la perspectiva de la complejidad*, Xalapa, Facultad de Teatro, Universidad Veracruzana, 2008, pp. 107-136.

reflexión sobre si los participantes habían alcanzado los fines que se propusieron en relación con el teatro. En las opiniones vertidas por los participantes se observan principalmente dos actitudes: por un lado, están quienes otorgan el papel protagónico al texto y a los autores dramáticos como los creadores y representantes del teatro nacional y, por otro, quienes conciben al teatro como un acto de representación —apoyado o no en un texto dramático— y que valoran los espectáculos en la medida en que son formas de reflejar la sociedad del momento.

En 1991, con el propósito de retomar el ánimo crítico de 1966, se efectuó el ciclo de conferencias "25 años después, qué pasa con el teatro en México" organizado por la Universidad Nacional Autónoma de México.

De gran relevancia para el surgimiento de una crítica académica fue la creación del Centro Nacional de Investigación Teatral Rodolfo Usigli del Instituto Nacional de Bellas Artes (CITRU) en 1981 y la fundación de la Asociación Mexicana de Investigación Teatral (AMIT) en 1993. Otro proyecto significativo fue el que impulsaron el CITRU, la AMIT y la Universidad de Perpignan para crear en esa institución francesa en 1993 el Centro Europeo de Estudios sobre Teatro Mexicano, cuyo principal animador, Daniel Meyran, es autor de uno de los más completos estudios sobre Usigli. Tanto el CITRU y la AMIT como la Universidad de Perpignan han organizado coloquios y publicado artículos y libros en torno a la obra de Rodolfo Usigli.

En 1996 el CITRU, en coedición con la UNAM, publicó *Usigli en el teatro. Testimonios de sus contemporáneos, sucesores y discípulos*, de Ramón Layera,[16] libro que se convierte en carta de navegación para la presente travesía, por reunir la mayoría de los testimonios sobre el impacto y la trascendencia del *Itinerario* que aquí consignamos.

En opinión de Carlos Solórzano, el destacado académico e investigador universitario reconocido por su labor de difusión de la dramaturgia latinoamericana, el gran mérito del *Itinerario* reside

[16] Ramón Layera, *Usigli en el teatro. Testimonios de sus contemporáneos, sucesores y discípulos*, México, CITRU-INBA-UNAM, 1996.

en que por primera vez un autor mexicano reflexionaba acerca de los problemas universales del teatro.[17] Aquí se percibe la relevancia del proyecto usigliano de ubicar a México en el mundo del teatro, lo cual sólo podría ocurrir si se partiera de un conocimiento de los principios y modelos del teatro occidental.

El investigador francés Daniel Meyran, especialista en semiótica teatral y en estudios de la cultura, dice que el *Itinerario* responde a dos necesidades: 1] de informar y formar al profesional del teatro; y 2] de informar y formar al espectador.[18] La propuesta de Usigli supone cumplir con un compromiso social, pero no solamente esto. Al enfocar el texto teatral como texto y representación, o sea al contemplar la acción y la situación dramática como un solo fenómeno, Usigli se revela como un atento observador de la concepción teatral que se estaba gestando en su tiempo y que culminaría con la autonomía del lenguaje teatral frente al lenguaje literario. Por otra parte, Meyran hace hincapié en que se trata del único manual de composición dramática que existe en México y que reivindica por primera vez en este país el aprendizaje de una técnica dramática rigurosa.[19]

Por su parte, el dramaturgo e investigador de la Universidad de Guadalajara Guillermo Schmidhuber no duda en admitir que los libros de historia y composición dramática de Rodolfo Usigli "tuvieron un impacto en la formación de la nueva generación de dramaturgos", pero su influencia, dice, "no ha sido reconocida". "Estos escritos suyos fundamentaron el teatro mexicano e influyeron en la generación inmediata de Emilio Carballido y compañía, pero fueron posteriormente olvidados. Creo que Luisa Josefina Hernández y Emilio Carballido crearon sus propias teorías y olvidaron mencionar la parte que de ellas provenía del Maestro".[20]

Para Armando Partida Tayzan, académico e investigador de la UNAM, es indiscutible la influencia que el *Itinerario* ha ejercido, teórica y académicamente, en particular a partir de la segunda

[17] *Ibid.*, p. 115.

[18] Daniel Meyran, *El discurso teatral de Rodolfo Usigli. Del signo al discurso*, México, CITRU-INBA, 1993, pp. 66-67.

[19] Ramón Layera, *op. cit.*, p. 71.

[20] *Ibid.*, p. 258.

mitad del siglo XX. Y agrega: "Hoy sigue prevaleciendo en el medio profesional su punto de vista sobre los géneros dramáticos, junto con muchas interpretaciones realizadas por sus discípulos".[21]

Octavio Rivera, estudioso de la historia y de las teorías del teatro en México, al revisar los ensayos de Usigli de manera general y el *Itinerario* de manera particular, observa que éstos lo colocan frente a su propia producción, llevando al dramaturgo a convertirse en crítico y exégeta de sí mismo. "De tal modo, mediante sus ensayos, inscribe su obra en el pensamiento cultural y teatral del México contemporáneo, por sí solo se abre un espacio que no elimina el del otro, sino que, en el mejor de los casos, busca motivar la creación y el crecimiento de otros espacios creativos conscientes de sí mismos, de su valor en la cultura del país".[22]

Por mi parte, en *Elogio del oxímoron*, señalé que

> más allá del sentido logocéntrico y la distancia que media entre esta caracterización [la del *Itinerario*] y la concepción actual del teatro, destacan en ella tres aspectos: primero, el autor dramático es uno más de los participantes en la creación teatral; segundo, su función es dotar de estructura dramática al teatro y, por último, no puede escribir sin tener presente que lo hace para una representación escénica. En lugar de pensar en el autor dramático omnipotente y omnipresente, lo reconoce como productor de una configuración dramática, plasmada en un texto siempre en espera de su verificación escénica para convertirse en hecho teatral.[23]

La investigadora Paloma López Medina Ávalos ve el *Itinerario* como el producto de una urgencia por definir el quehacer teatral en relación con una especie de poética mexicana. La prueba de la versatilidad del pensamiento usigliano se halla precisamente en sus discípulos autores. La generación de dramaturgos del me-

[21] Armando Partida Tayzan, *Modelos de acción dramática aristotélicos y no aristotélicos*, Seminarios. México, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM-Ediciones Ítaca, 2004, p. 15.

[22] Domingo Adame (coord.), Elka Fediuk y Octavio Rivera, *Teorías y crítica del teatro en la perspectiva de la complejidad*, Xalapa, Facultad de Teatro, Universidad Veracruzana, 2008, p. 125.

[23] Domingo Adame, *Elogio del oxímoron*, Xalapa, Universidad Veracruzana, 2005, p. 307-308.

dio siglo o los llamados *Precursores* lo mismo dieron productos fincados en el canon heleno que nuevas estructuras dramáticas bajo una singular apropiación de las propuestas vanguardistas europeas. Las innovaciones estéticas y literario-dramáticas de la generación de los cincuenta tienen su punto de partida en la gran galería de autores vanguardistas y del realismo europeo que Usigli procuró integrar en la formación intelectual de estos jóvenes autores: Chejov, Pirandello, Strindberg, O'Neill, Miller y muchos más que conformaron el universo de propuestas que incitaron a los jóvenes dramaturgos en la búsqueda de alternativas de escritura dramática. Si bien Usigli halló en los principios aristotélicos la base fundamental de su formulación teórica sobre la práctica dramatúrgica, no hay que olvidar que en su formación existe también el conocimiento derivado de la metodología académica norteamericana.[24]

Para concluir este apartado, mencionaremos a Christopher Domínguez Michael quien, en una reseña a propósito de la aparición del tomo V del *Teatro completo*, dice que el *Itinerario del autor dramático* no es solamente un libro para la enseñanza, pues sobrepasa

> las pulcras lecciones que el maestro se tomó la molestia de redactar para sus alumnos. Nadie en México, dijo José Emilio Pacheco con razón, ha dominado tan absolutamente su materia como él y estas lecciones lo comprueban, en su calidad de breve historia del arte dramático en el momento del siglo pasado en que Usigli lo estudió. Sólo cabría reprocharle la avaricia que lo lleva a no citar muy cumplidamente sus fuentes, falta quizá justificable en quien, como Usigli, creía que la originalidad sólo preocupa a quienes no la poseen, siendo una virtud que para el auténtico artista sólo es un merecido adorno. Original, si acaso, quien viaja al origen.[25]

[24] Paloma López Medina Ávalos, "Al maestro con amor... o el patriarca Usigli y su manada atávica de imberbes", *Investigación Teatral* (Xalapa), núm. 9-10 (2006), p. 66.

[25] Christopher Domínguez Michael, "*Teatro completo V. Escritos sobre la historia del teatro en México*, de Rodolfo Usigli", *Letras Libres* (México), vol. 8, núm. 85 (enero de 2006), p. 74.

Las voces que desde la investigación y la crítica nos hemos expresado en torno al *Itinerario* coincidimos en ubicarlo como matriz de una nueva época del teatro en México, que hizo comprenderlo como un sistema, es decir como totalidad y no como suma de elementos.

El Itinerario *visto por los discípulos directos e indirectos de Usigli*

Usigli ejerció la enseñanza teatral y la promoción; fue maestro de las nuevas generaciones de autores y alentó la formación de actores y de públicos. El aprendizaje de aquellos valores, considerados como los más elevados del quehacer escénico, debería extenderse a ambos: creadores y espectadores. En el afán de dar a conocer su visión del teatro, sus objetivos, su valor artístico y su función dentro de la sociedad que lo producía, lo animaba una intención pedagógica. El autor de *El gesticulador* se propuso despertar la conciencia nacional del teatro y asentar su importancia en el desarrollo cultural de la nación.

Emilio Carballido, Luisa Josefina Hernández, Raúl Moncada Galán y Héctor Mendoza, además de Sergio Magaña y Jorge Ibargüengoitia, recibieron directamente el magisterio usigliano en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Los cuatro primeros dejaron testimonio de la influencia que ejerció en ellos el *Itinerario.*

Emilio Carballido señala: "A mí el *Itinerario del autor dramático* no me interesaba mayormente. Para mí esos libros no presentaban una problemática que fuera esencial para mí en ese momento... en realidad, esos libros eran y son inaccesibles. Esos libros son de la década del treinta y Usigli fue mi maestro en los años cincuenta".[26]

Luisa Josefina Hernández dice: "no tengo la menor idea del efecto que tuvieron los libros de historia del teatro y de composición dramática (de Usigli)".[27] Sin embargo, previamente, en el

[26] Ramón Layera, *op. cit.*, p. 126.
[27] *Ibid.*, pp. 148-149.

homenaje que el Centro de Investigación Teatral Rodolfo Usigli organizó en la UNAM con motivo del décimo aniversario del fallecimiento del dramaturgo había dicho:

> en el *Itinerario* la preocupación de Usigli —como teórico— concierne al desarrollo y condiciones del escritor como dramaturgo. La teoría, como actividad abstracta, no era su principal preocupación. Rodolfo Usigli comprendía el teatro a través de las teorías aristotélicas aplicadas en forma estricta, tanto en su obra como en la cátedra: exigía de sus alumnos nada menos que la composición anual de dos obras con los requisitos de la Poética cumplidos al extremo. Esta manera de pensar lograba en el alumno un manejo consciente de su material, lo cual significaba que, como escritor, podía dejar de ser aristotélico en cualquier momento, pues el hecho de cumplir con esta exigencia no significaba que, desde su propio punto de vista, le pareciera ineludible, más bien lo contrario.[28]

Por su parte Héctor Mendoza, señaló:

> Hace muy poco estuve releyendo el *Itinerario del autor dramático* del maestro Usigli y sí me sorprendí de lo poco que finalmente habla Rodolfo Usigli acerca de géneros y estilos dramáticos. Yo, hasta entonces, había creído que él hablaba mucho más exhaustivamente de lo que él realmente dice. Eso lo tenía así como metido en la cabeza. Pero, obviamente lo que él dice sigue siendo válido, verdadero y básico. Que hoy sepamos muchísimo más del asunto, que hoy hablemos muchísimo más de eso, bueno, eso es otra cosa. Pero el que tuvo el enorme mérito de comunicar, de comenzar a sistematizar, a hablar de la teoría, de la técnica del escritor dramático, pues fue él. Y ahí está, en su libro. Es decir, no hay duda. No cabe la menor duda de que Usigli tiene un mérito y un valor enorme como pionero.[29]

[28] Luisa Josefina Hernández, "Usigli y la enseñanza de teoría dramática", en *Rodolfo Usigli, ciudadano del teatro. Memoria de los homenajes 1990-1991*, México, CITRU-INBA, 1992, pp. 43-44.

[29] Ramón Layera, *op. cit.*, pp. 160-161.

Quien se consideró alumno y amigo de Usigli hasta su muerte, Raúl Moncada Galán, expresa:

> Durante muchos años el libro *Itinerario del autor dramático* fue el único texto de que pudieron valerse los jóvenes autores de provincia para orientarse en la materia; ya que en esos momentos no existían talleres literarios ni había forma alguna de estudiar composición dramática. Desafortunadamente, la pésima difusión que dichos libros tuvieron, así como la falta de nuevas ediciones, hicieron que tales textos pasaran casi inadvertidos.[30]

Hugo Argüelles y Vicente Leñero reconocen a Usigli como su maestro, aunque de manera indirecta. Vicente Leñero apunta:

> Con los libros de teoría de Usigli, lo que ha ocurrido es que se desconocen por completo. Las nuevas generaciones de dramaturgos, de creadores, de hombres de teatro, no conocen esos libros. Si no los han podido leer, entonces, poco han influido esos libros, por desconocidos. Pienso que para otra generación, la generación de sus discípulos directos (hablo de Luisa Josefina Hernández, de Emilio Carballido, de Jorge Ibargüengoitia), bueno pues fueron la Biblia, fue donde mamaron la leche de su preocupación por el teatro mexicano. Siento que ningún otro autor se preocupó en ese momento en sistematizar sus ideas sobre el teatro mexicano.[31]

Si bien en el siguiente comentario Leñero se refiere a *México en el teatro*, es decir, en torno a las preocupaciones de carácter histórico de Usigli, es evidente que, con respecto a la teoría, de igual modo, "la falta de contrapuntos y contrastes impidió, incluso, que el pensamiento de Usigli avanzara más en ese aspecto".[32]

Hugo Argüelles señala:

> los libros del maestro Usigli naturalmente que ayudaron a la formación de nuevos dramaturgos, tanto que para mí el *Itinera-*

[30] *Ibid.*, p. 170.
[31] *Ibid.*, pp. 187-188.
[32] *Loc. cit.*

rio del autor dramático es, y lo sigue siendo, un libro de consulta, absolutamente. Ahora bien, yo a mi vez como maestro, pues, he formado mi taller y de él han salido, y lo digo con orgullo, los mejores dramaturgos de México en este momento. Hablo desde luego de Sabina Berman, Víctor Hugo Rascón Banda, Jesús González Dávila... Por tanto, ellos se formaron en mi teatro y mucho de lo que han aprendido de mí es lo que yo aprendí del maestro Usigli y, desde luego, de su *Itinerario del autor dramático.* Yo sí quisiera [que] se editaran de nuevo y no solamente en las obras completas del maestro sino que siendo libros de consulta, yo creo que deberían de estar en todas las escuelas de teatro de México. Pero esto es una sugerencia.[33]

Discípulo de dos alumnos directos del maestro Usigli, Luis de Tavira, actual director de la Compañía Nacional de Teatro, se ha caracterizado por realizar simultáneamente su labor creativa y de reflexión sobre el hecho teatral:

Si acudimos a algún tipo de edificio teórico previo, a algún tipo de propuesta o pensamiento sobre nuestro teatro necesariamente recalamos en Usigli. Tal como lo señalé yo recibí su influencia a través de sus discípulos. En particular, debo destacar a dos que de alguna manera trasladan pensamientos de Usigli o aportaciones suyas a nuestro teatro. Una de ellas es Luisa Josefina Hernández que es quizá en este momento la expositora teórica de teatro más consistente y sólida que hay en México... El otro camino es el de Héctor Mendoza, que es un hombre integral del teatro, es un dramaturgo que perteneció al taller de dramaturgia de Usigli por un lado pero es también un director de escena —yo diría, el introductor del concepto de puesta en escena en México— y de esta manera un antagonista de Usigli.[34]

Es notable la diversidad de puntos de vista, como diversa y significativa es la producción artística de todos estos creadores, lo

[33] *Ibid.* p. 207.
[34] *Ibid.*, pp. 222-223.

cual, en primer lugar, permite reconocer un acierto pedagógico: la misión de Usigli fue poner a disposición de quienes se interesaban en la dramaturgia las herramientas y principios conceptuales, técnicos y metodológicos para su ejercicio; no trató de crear una capilla que le rindiera pleitesía y repitiera lo que para él tenía sentido. En segundo lugar se puede observar que, de manera natural, se fue generando una red que muestra los puntos de contacto entre quienes, directa e indirectamente, se nutrieron de "las enseñanzas de don Rodolfo".

También es necesario recordar que, en el proceso de conocer, cada persona construye su conocimiento conforme interactúa con todos los elementos que intervienen en dicho proceso. La actitud con la que uno se sitúe es fundamental para el aprendizaje que se adquiera.

El Itinerario, *modelo de la producción dramática de Usigli*

Antes de terminar este viaje considero pertinente mencionar el análisis que el investigador Alejandro Ortiz Bulle-Goyri ha realizado de la obra cumbre de Usigli, un análisis que subraya el rigor con que el maestro aplicaba sus teorías. Dice Ortiz:

> *El gesticulador* no intenta ser un teatro de tesis política, sino presentar una postura ética ante la realidad. Por ello en la obra no se hacen juicios de carácter partidista o ideológico. No hay contraposición de valores, sino un testimonio sobre el juego de simulaciones políticas en las que se convirtió la Revolución Mexicana. No hay una postura maniquea, sino una preocupación por ahondar en la discusión en torno a la llamada identidad nacional, a lo que Usigli llamaba *la hipocresía del mexicano.* Rodolfo Usigli denomina esta obra como *pieza*, siguiendo el modelo que se plantea en su *Itinerario del autor dramático.* Ciertamente, el protagonista de *El gesticulador* no tiene *altura social.* No obstante, el carácter y las acciones de César Rubio pueden alcanzar el sentido de lo trágico, al encarnar la lucha del hombre frente a sus circunstancias y frente al poder establecido.

> Aspectos que dentro de la dramaturgia latinoamericana han adquirido una connotación muy específica, que ofrece variantes al modelo griego clásico de tragedia y que se ha dado en llamar *tragedia latinoamericana*.[35]

Como se puede observar, Usigli sigue con tal fidelidad las normas establecidas en el *Itinerario* que llega incluso a reducir la dimensión trágica de su propia obra. Este es un rasgo, entre otros, de la modernidad de nuestro poeta dramático, quien en otras circunstancias tal vez habría procedido como Lope de Vega quien, en su *Arte nuevo de hacer comedias*, recomienda a los autores, a la hora de escribir, encerrar con once llaves todos los preceptos.

Precisamente entre los estudios que contribuyen a ubicar la obra de Usigli en el contexto temporal y espacial de su época y su geografía, José Ramón Alcántara destaca su papel de constructor de la modernidad teatral, no sólo en México, sino en Latinoamérica, al plantear el problema de la identidad.[36] Pero, además, ayuda a comprender el sentido de la verdad como representación, teatralidad o gesticulación —en sentido inverso al que cuestiona en su obra paradigmática—, que es el punto final de su itinerario como teórico, creador y, sobre todo, como sujeto:

> la modernidad lleva en su propuesta una estética que busca la recuperación de la conciencia de "representación", esto es, de que la realidad —y, por consiguiente, las verdades que sobre ésta se construyen— no puede estar sujeta al criterio de la racionalidad objetiva porque ésta también es una construcción, es decir, una "representación". El arte, por tanto, no "imita" la realidad sino que es una de las múltiples formas en que es representada. Y es precisamente porque el arte no pretende, ni puede, ser una "imitación" de la realidad, como sostenía el neoclasicismo ilustrado, su virtud entonces es revelarse a sí mismo como

[35] Alejandro Ortiz, en Domingo Adame, *Teatro y teatralidades en México*, Xalapa, AMIT, 2004, p. 144.

[36] José Ramón Alcántara Mejía, "La modernidad como paradigma teórico en la obra de Rodolfo Usigli", *Investigación Teatral* (Xalapa), núm. 6-7 (2006), pp. 9-22.

"arte-facto", lo que permite alejar la discusión sobre la verdad de sí mismo y dirigirla al cuestionamiento de la "verdad" de la realidad.[37]

Comentario final

¿Qué conocimiento tenemos ahora del *Itinerario*, de Usigli, de la teoría y del teatro en México? Ante el consenso casi unánime que existe entre creadores, investigadores, pedagogos y críticos en cuanto a los beneficios que el *Itinerario del autor dramático* ha traído al teatro en México, por un lado, y en vista del largo periodo que media entre una y otra ediciones del *Itinerario*, por otro, no podemos más que admitir que estamos ante una situación "paradójica". Pero partir de esta paradoja resulta indispensable si los investigadores hemos de conseguir un re-aprendizaje pertinente. El itinerario del *Itinerario* nos descubre la necesidad de utilizar nuestro potencial humano para superar las visiones reduccionistas, fragmentarias y cerradas, a favor de un diálogo entre la unidad y la diversidad, entre la identidad y la alteridad. Y es a partir de esta multiplicidad dialógica como el legado usigliano encuentra su lugar dentro del escenario de la complejidad.

Así como el *imprinting* suele destacar el espíritu individual en toda acción cultural, en el caso de la crítica y la creación teatrales en México ha puesto su sello indeleble sobre el pensamiento usigliano y, por ende, sobre la "tradición aristotélica". Sin embargo, resulta evidente que la hegemonía de este pensamiento ha sufrido cierto desgaste, debido al dialogismo fomentado en las dos últimas décadas del siglo XX, que admite la pluralidad y la diversidad de puntos de vista. Hoy día son múltiples los intercambios de información, como también los diálogos entre concepciones y visiones del mundo. Pero, sobre todo, cabe destacar la autonomía de la que gozan los teatristas y pensadores frente a cualquier coerción intelectual y social. El teatro en México ya no tiene como misión

[37] José Ramón Alcántara Mejía, "Rodolfo Usigli y sus Contemporáneos: encuentro de poéticas teatrales", *Investigación Teatral* (Xalapa), núm. 9-10 (2006), pp. 16-17.

fomentar la "conciencia nacionalista" ni establecer un solo modelo dramatúrgico. Por el contrario, la alteración, la deconstrucción y la reinterpretación de las estructuras y de las obras existentes constituyen una práctica cotidiana.

Es así cómo creadores, pensadores y espectadores del teatro del siglo XXI tenemos la oportunidad de contar no sólo con conocimientos teóricos, estéticos y artísticos significativos, sino con herramientas que nos permiten tomar conciencia de nuestro conocimiento. De este modo podemos establecer un vínculo "efectivo y afectivo",[38] a la vez que asumir un compromiso ético, con el teatro, la sociedad y la humanidad toda.

[38] Véase Basarab Nicolescu, *Manifesto of Transdiciplinarity*, Nueva York, State University of New York Press, 2002.

TEXTOS Y PRETEXTOS, DE XAVIER VILLAURRUTIA

ANTHONY STANTON
El Colegio de México

Entre los libros publicados por La Casa de España en México figura una antología de los textos críticos del poeta mexicano Xavier Villaurrutia. En estas páginas quisiera hablar en primer lugar de las circunstancias de la publicación y en seguida comentar el libro en general y uno de sus textos en particular. Puede parecer sorprendente que Alfonso Reyes haya pensado en invitar a Villaurrutia a colaborar en las ediciones de La Casa de España en 1939. Apenas unos meses antes, cuando ya llegaban a México los republicanos exiliados, Villaurrutia había sido uno de los críticos del trato —que él veía como injustificablemente preferencial— que se estaba dando a este grupo de intelectuales en contraste con el trato menos favorable que el gobierno daba a los escritores mexicanos. Este resentimiento se expresó en un conocido incidente en el Palacio de Bellas Artes. Cumpliendo con su papel de anfitrión, el presidente Cárdenas invitó a los exiliados españoles a una función de gala de *La verdad sospechosa*, obra de Juan Ruiz de Alarcón, cuyo tercer centenario se estaba celebrando en 1939. Seis años antes, uno de los invitados presentes esa noche en Bellas Artes, José Bergamín, había publicado en Madrid unos juicios despectivos sobre Alarcón, llamándolo "intruso", "simulador" y "falsario" y acusándolo nada menos que de haber paralizado el dinamismo poético del teatro milagroso de Lope.[1] Las críticas y burlas de Bergamín contra la deformidad de la obra y de la persona del indiano parecían repetir, tres siglos después,

[1] Véase José Bergamín, *Mangas y capirotes*, Madrid, Plutarco, 1933.

las injurias e invectivas de Lope, Mira de Amescua, Tirso de Molina y Quevedo, quien lo llamó, en el estribillo de una sátira cruel, "Corcovilla".

Cuando aparecieron los comentarios de Bergamín en Madrid, tanto Villaurrutia como Rodolfo Usigli contestaron con firmeza en la ciudad de México en el mismo año de 1933. El primero comienza su nota aludiendo a la guerra literaria entre metrópolis y colonia, guerra que parecía actualizarse: "Intruso, falsificador, simulador y mono de la imitación, deformador y deforme llama al mexicano Juan Ruiz de Alarcón un nuevo crítico español."[2] Villaurrutia concede la validez del argumento central del libro de Bergamín, que sostiene que el teatro español entra en un proceso de decadencia en el siglo XVII, pero rechaza la idea de que Alarcón sea un intruso por ser mexicano. Apoyándose en los argumentos previos de Pedro Henríquez Ureña, Villaurrutia afirma que la singularidad del teatro de Alarcón está en concordancia con aquellos supuestos rasgos de su carácter mexicano: un ser "discreto", "comedido" y "silencioso". Lo que más sorprende aquí es la autoidentificación del autor de los *Nocturnos* con esta caracterización de la personalidad y la obra de Alarcón: "¿Y quién no ha pensado en las dos grandes familias de artistas, 'visionarios' los unos, como Lope, que escriben con fuego y genio, espíritus críticos los otros, como Ruiz de Alarcón, que esperan ver las cosas para hacerlas ver más tarde con voluntad y arte cuidadoso?"[3] ¿Qué duda cabe de que el mismo Villaurrutia se veía a sí mismo como "espíritu crítico"?

Por su parte, Usigli se declara sorprendido de la saña con la cual el crítico español ataca al dramaturgo de la Nueva España y propone, en contra de Bergamín, que Alarcón es tan español como Lope y sus contemporáneos:

> Juan Ruiz de Alarcón es español por muchas razones: su orgullo, su fe, su cristianismo; pero, sobre todo, es español porque

[2] Xavier Villaurrutia, "Alarcón, el intruso", *Imagen*, México, núm. 7 (11 de agosto de 1933). Cito de la versión reproducida en *Obras*, 2ª ed. aum., México, Fondo de Cultura Económica, 1966, p. 786.

[3] *Ibid.*, p. 789.

> viene a poner la tierra entre el cielo y el infierno, planos absolutos e ideales del teatro lopista y calderoniano. Constructor o destructor, antítesis de *horror* a una tesis de *poesía*; fiel de razón a un desenfrenado automatismo poético; humanización o degeneración de un teatro, es complemento, y no molecular, de un sentido de poesía, de un mundo que es, simplemente, español, y que necesita contenerlo todo: lo que vivifica y lo que mata. Pero nada mata Alarcón.[4]

El argumento central que Usigli opone a Bergamín consiste en negar que Alarcón sea un simulador o falsario. No lo es por la simple razón de que éste no busca imitar pasivamente a Lope, sino hacer un teatro distinto, un teatro que anticipa, a través de su influencia en Corneille y Molière, la comedia de costumbres y caracteres de la modernidad: "Alarcón es en el siglo XVII un acontecimiento a su manera, que es la de un siglo después. Asombra, como Molière, por ser tan siglo XVIII y tan siglo XX en el XVII."[5]

Si en 1933 tanto Villaurrutia como Usigli habían defendido la modernidad de la obra de Alarcón (y el primero, de paso, su mexicanidad) contra los ataques de Bergamín, seis años después la función de *La verdad sospechosa* en el tricentenario ofreció la oportunidad idónea para un acto colectivo de venganza. Apenas se había abierto el telón en el Palacio de Bellas Artes, el público fue inundado por unas hojas de papel de China que caían de la galería y que contenían una "Flor de epigramas en el tricentenario de la muerte de don Juan Ruiz de Alarcón (1639-1939)". Estos dardos envenenados no llevan firma, pero se atribuyen al ingenio de Salvador Novo, Usigli y Villaurrutia y lo cierto es que, en un cuaderno de apuntes inédito de este último, aparecen de su puño y letra varias de las octavillas contra Bergamín, levemente disfrazado en la versión impresa como "Belarmín". El español acepta el reto de la guerra literaria y contesta con una serie de sonetos

[4] Rodolfo Usigli, "Un escritor en manos de sus palabras", *El libro y el pueblo*, México, tomo II, núm. II (noviembre 1933), p. 401 (cursivas en original).

[5] *Ibid.*, p. 403.

que titula "La sota de espaldas. Burladero de sonetos feos", perfecta alianza virulenta de la malicia y el ingenio.[6]

En la "Flor de epigramas" los mexicanos habían mencionado explícitamente la institución dirigida por Reyes para recibir a los republicanos, además de aludir al título de un libro reciente de José Moreno Villa:

> Sólo faltó Corcovilla
> en la palaciega saña
> de una bufonesca obrilla
> de enanos, negros y villa-
> nos de la Casa de España.[7]

Fiel a su papel de gran conciliador, Reyes se percata del peligro de la polarización entre los dos bandos en una época de exaltado nacionalismo en México y días después del incidente envía cartas tanto a Villaurrutia como a Usigli para invitarlos a participar en las ediciones de La Casa de España. Los dos aceptan y al año siguiente aparecen sus libros. Supongo que Reyes se dio por vencido en el caso de Novo, conociendo de antemano el acendrado antihispanismo y el no menos recalcitrante anticardenismo de este último.

Hay que decir que la estrategia de Reyes funcionó a la perfección porque tanto Usigli como Villaurrutia se volvieron de inmediato amigos cercanos de Bergamín y empezaron a colaborar en los proyectos de la editorial Séneca, dirigida por el poeta español. Villaurrrutia sería la presencia rectora en la famosa antología *Laurel* (1941) y publicaría en la colección "El Clavo Ardiendo", en 1942, dos de sus mejores traducciones: las de *El matrimonio del cielo y del infierno* de Blake y de *El regreso del hijo pródigo*

[6] Nigel Dennis reproduce dos de estos sonetos en "Ensimismamiento y enfurecimiento en la poesía de José Bergamín (1939-1946)", en *Poesía y exilio: los poetas del exilio español en México*, ed. Rose Corral, Arturo Souto Alabarce y James Valender, México, El Colegio de México, 1995, pp. 228-230.

[7] Cito por una de las hojas originales que me obsequió Miguel Capistrán. La "Flor de epigramas" fue reproducido, con un comentario previo, por José Emilio Pacheco en "Bergamín y El Intruso. Trescientos años de guerra literaria", *Proceso*, México, núm. 363 (17 de octubre de 1983), pp. 52-53. El libro aludido de José Moreno Villa es *Locos, enanos, negros y niños palaciegos*, México, La Casa de España, 1939.

de Gide. Además, para Reyes fue una manera de normalizar la relación con Villaurrutia, relación que había tenido sus dificultades, sobre todo en los primeros años.[8]

El libro de Villaurrutia apareció en abril de 1940. Es la única selección que el autor publicó de su crítica literaria y artística. Varios comentaristas han señalado el título gidiano de *Textos y pretextos* y es cierto que el autor francés de *Pretextos* y de *Nuevos pretextos* fue una influencia formativa en el mexicano. Sin embargo, creo que hay que entender el título como un homenaje a otro escritor que Villaurrutia había no sólo leído sino también conocido en persona en México: me refiero al escritor inglés Aldous Huxley, quien en 1932, un año antes de visitar este país, publicó una antología comentada de poemas en inglés bajo el título de *Texts and Pretexts*. Además, Huxley es un escritor citado en el libro del mexicano. La dualidad señalada en el título se prolonga en otros títulos ideados por el mexicano, como "Juicios y prejuicios", "Admoniciones y premoniciones" y "Visto y previsto", nombres perfectos para libros que nunca llegó a publicar.

Cuando apareció, *Textos y pretextos* recibió comentarios positivos de algunas de las mejores plumas de la época: Efraín Huerta, Luis Cardoza y Aragón, Antonio Castro Leal, José Luis Martínez, Ermilo Abreu Gómez y Benjamín Jarnés.[9]

[8] En *La Falange*, México [núm. 4], 1 de julio de 1923, pp. 248-249, Villaurrutia había reseñado de manera muy negativa el primer libro de versos de Reyes, *Huellas*. Significativamente, su crítica del Reyes poeta ("Literato de todas las horas no puede dejar de ser un poeta cerebral") reproduce y repite la misma censura que le había hecho López Velarde en una reseña de *El plano oblicuo* en diciembre de 1920 (en la cual habla de "la titilación cerebral" y "guarismos de razón pura"). Unos años después, en una carta de 1927 al abate González de Mendoza, Villaurrutia denunció lo que llamó "la vanidad de A. Reyes"; la carta se publicó en la revista *Nivel*, México, núm. 26 (25 de febrero de 1961).

[9] A continuación los datos completos de estas reseñas: José Luis Martínez, "*Textos y pretextos*, Xavier Villaurrutia", *Tierra Nueva*, México, núm. 3 (mayo-junio 1940), pp. 182-183; Efraín Huerta, "Bajo las palmeras de la crítica", *Romance*, México, núm. 11 (1 de julio de 1940), p. 18; Antonio Castro Leal, "Xavier Villaurrutia, *Textos y pretextos*", *Revista de Literatura Mexicana*, México, núm. 1 (julio-septiembre de 1940), pp. 171-172; Luis Cardoza y Aragón, "Flor y fruto y flor nuevamente. *Textos y pretextos* por Xavier Villaurrutia", *Taller*, México, núm. 11 (julio-agosto de 1940), pp. 73-77; Ermilo Abreu Gómez, "*Textos y pretextos* de Xavier Villaurrutia", *Revista de Revistas*, México, 19 de mayo de 1940, s.p.; Benjamín Jarnés, "La musa número diez", *Hoy* , México, 1 de junio de 1940.

Desde su juventud Villaurrutia mostró aptitud y pasión por la crítica. En el prólogo al libro nos dice: "Desde muy temprano la crítica ejerció en mí una atracción profunda. Confieso que apuraba los libros de crítica con la avidez con que otros espíritus no menos tiernos apuran novelas y libros de aventura."[10] De hecho, entre sus compañeros de Contemporáneos pronto surgió la visión de él como la "conciencia crítica" del grupo. Desde 1922 dio muestras de una rara capacidad de juzgar combinando el buen gusto y la inteligencia. Ya en la conferencia de 1924, "La poesía de los jóvenes de México", el texto que bautiza al "grupo sin grupo" de los futuros Contemporáneos, están visibles muchas de las cualidades del temperamento crítico del poeta: capacidad reflexiva, curiosidad universal, don de síntesis, actitud lúdica e irónica que aterriza de repente en juicios contundentes articulados en forma de aforismos, y la maravilla de un estilo que combina sin esfuerzo la elegancia y la precisión. En aquel ensayo de 1924 lanza la famosa fórmula que explica el nacimiento de la poesía mexicana moderna como un acto de rebelión presentada en forma de un esquema teológico: "Si Enrique González Martínez era, hacia 1918, el dios mayor y casi único de nuestra poesía [...] necesitamos nuevamente de Adán y de Eva que vinieran a darnos con su rebelión, con su pecado, una tierra nuestra de más amplios panoramas, de mayores libertades; una tierra que ver con nuestros propios ojos. La fórmula será: Adán y Eva = Ramón López Velarde y José Juan Tablada."[11] En ese tono asegurado y hasta petulante el joven conferencista termina su parodia bíblica con la sorprendente precisión de una fórmula matemática. Nadie en México había hecho crítica literaria así. Otro rasgo característico de la crítica de Villaurrutia, presente en la misma conferencia, es la ausencia de complacencia en sus juicios sobre algunos de sus más cercanos amigos (como Ortiz de Montellano).

Uno de los puntos de mayor interés es la selección que hace el autor de sus propios escritos críticos en aquel momento. Entre

[10] *Obras*, *op. cit.*, p. 639. En adelante todas las citas de *Textos y pretextos* se tomarán de la versión incluida en el ya citado tomo de las *Obras*, señalando sólo el número de página entre paréntesis.

[11] "La poesía de los jóvenes de México", en *ibid.*, p. 825.

la gran gama de conferencias, prólogos, ensayos y notas que había dado a conocer, ¿qué criterios sigue para ofrecer la antología de su pensamiento y su estilo críticos? Si hemos de creer al mismo autor, más que por "una selección cuidadosa" el libro se formó por "azar" y "pereza". Es difícil creerlo. Para empezar, la antología ofrece tanto en su subtítulo (*Literatura, drama, pintura*) como en el equilibrio de sus divisiones estructurales una imagen fiel de los principales campos de interés del crítico: la primera parte, sobre las letras, está dividida en dos secciones (mexicana y extranjera); la segunda parte, sobre drama, incluye textos sobre el teatro en México y sobre dramaturgos universales; la tercera parte, sobre pintura, se limita a la tradición mexicana. Si pensamos que uno de los textos sobre el teatro también explora la relación entre drama y cine, entonces podemos decir que todos los campos de interés del crítico están representados en el libro.

Una pregunta más difícil es la que atañe a las razones que lo llevaron a excluir algunos textos de juventud. Por ejemplo, no incluye "La poesía de los jóvenes de México", ni "Cartas a Olivier", ni "Fichas sin sobre para Lazo", ni "La rosa de Cocteau", textos todos ellos de los mejores del autor, escritos en los diez años que corren a partir de 1924. ¿Por qué los apartó entonces? Tal vez porque los veía como productos demasiado juveniles. A pesar de su corta vida, la obra de Villaurrutia muestra con nitidez una evolución y un desarrollo realmente notables. Para emplear la formulación del más famoso de sus juegos de palabras, la suya es una "voz que madura". Son evidentes las diferencias entre sus tres libros de poemas: *Reflejos* de 1926, *Nostalgia de la muerte* de 1938 y 1946, y *Canto a la primavera y otros poemas* de 1948. Tres estéticas distintas en un periodo de poco más de veinte años. Sin duda, esa "voz que madura" se despliega en el tiempo sin dejar de ser una voz única, singular, inconfundible: lo mismo la voz del poeta que la del crítico.

La crítica de Villaurrutia es un buen ejemplo de la tradición de la crítica de los creadores, una tradición que no pretende enunciar juicios objetivos, no aspira a la exhaustividad del filólogo, no se concibe como actividad sistemática. Desde luego, nunca se le hubiera ocurrido al autor aquello que llegó a dominar

y deformar la crítica académica en años posteriores: la aplicación de una teoría a un texto. Los parámetros de su crítica se expresan con claridad desde el prólogo inicial, donde se define de manera insuperable lo que es la crítica del creador:

> Más tarde he descubierto que pretender poner en claro los puntos secretos de un *texto*, intentar destacar las líneas de un movimiento literario y encontrar relaciones y correspondencias en el espacio y en el tiempo entre las obras y los hombres son, también, pretextos para iluminar, destacar, relacionar, poner a prueba las dimensiones, las cualidades o la falta de cualidades propias. Explicando o tratando de explicar la complejidad espiritual de Ramón López Velarde, por ejemplo, no hacía sino ayudarme a descubrir y a examinar, al mismo tiempo, mi propio drama. De ahí que, del mismo modo que de la novela se ha dicho que es un género autobiográfico, ahora me parezca razonable pensar que la crítica es siempre una forma de autocrítica (p. 639; cursiva en original).

Efectivamente, la mejor crítica del autor responde a esta necesidad personal, secreta y hasta misteriosa en un principio: necesidad de autoexploración. Quisiera ahondar un poco en esta idea mediante una lectura del ensayo más largo del libro, el más ambicioso, el que es, tal vez, el mejor ensayo de todo el repertorio crítico de Villaurrutia: el que se llama "Ramón López Velarde".

Escrito originalmente como conferencia y utilizado después como prólogo a una selección de los versos de López Velarde, el ensayo es notable desde muchos puntos de vista.[12] Para la edición de *Textos y pretextos* el autor agrega al texto conocido sobre la poesía una parte nueva, "Encuentro", que es un retrato del hombre, construïdo por la memoria que regresa a los días (hacia 1918) en

[12] La primera versión del ensayo se publicó como prólogo a Ramón López Velarde, *Poemas escogidos* (México, Cultura, 1935). Con el mismo título, "La poesía de Ramón López Velarde", se reprodujo como el prólogo a la versión ampliada de la misma antología: *El león y la virgen* (México, Imprenta Universitaria, 1942). Ya en *Textos y pretextos* el título del ensayo es simplemente "Ramón López Velarde" y está dividido en dos partes: I Encuentro; II Su poesía.

que dos adolescentes —él y Novo— solían ir a buscar al poeta mayor al salón de clases de la Escuela Nacional Preparatoria en San Ildefonso. El retrato del hombre es memorable: unos cuantos detalles fijan una imagen perdurable y proyectan ya la esencia de su posterior lectura del poeta como una conciencia escindida: "Algo había en su figura que hacía pensar, indistintamente, en un liberal de fines del siglo pasado y un sacerdote católico de iglesia del interior, que gozara de unas vacaciones en la capital. En ambos casos la provincia lo acompañaba, viajaba con él, rodeándolo con un halo de luz o de sombra" (p. 641). Liberal y católico, provinciano y capitalino, un ser hecho de luz y sombra: López Velarde es la conjunción de los contrarios.

Los jóvenes de quince años iban a enseñarle sus versos al poeta mayor y Villaurrutia recuerda un detalle al que regresa varias veces en distintas partes de su obra. López Velarde subrava con el índice uno de los versos del principiante, repasándolo varias veces: "bruñe cada racimo, cada pecosa pera". Villaurrutia recuerda la escena así:

> El sol en su trayectoria, visto fuera y dentro de la casa, era el personaje del poema y el sujeto del verso debajo del que, amplificado, enorme, vi resbalar lenta y pendularmente el índice de la mano derecha de Ramón López Velarde, al tiempo que decía: "Es extraordinario cómo ha captado usted estas dos cosas. En efecto, el sol bruñe, ésa es la palabra, los racimos. ¡Y qué definitivamente retratadas por usted quedan las peras, no sólo por el lustre, sino también y precisamente, por las pecas! Eso es: las peras son pecosas". (p. 643)

Sin darnos cuenta, el retratista ya nos ha introducido de nuevo en el mundo del poeta mayor mediante esta descripción del comentario sobre el verso. Aquel índice que resbala "lenta y pendularmente", enlazando los dos hemistiquios del alejandrino, es otro emblema de una conciencia dividida que oscila entre contrarios irreconciliables. En la segunda parte del texto, sobre la poesía del autor de Jerez, el crítico nos ofrecerá muchos ejemplos de este "drama interior", vivido con zozobra como un estar

suspendido o colgado entre dos mundos, drama expresado en las imágenes convergentes de la balanza, el péndulo, el columpio o el "viudo / oscilar del trapecio".

El breve retrato de López Velarde anticipa otros retratos incluidos en otro texto del libro, "Seis personajes", semblanzas finas de Francisco A. de Icaza, Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes, Genaro Estrada, José Gorostiza y Salvador Novo. La capacidad de dejar una imagen que enlaza lo esencial de la persona con los núcleos centrales de la obra es algo que acerca estos textos (y otros no recopilados en el libro) a los del maestro de este género del retrato verbal que fue Juan Ramón Jiménez en su libro *Españoles de tres mundos.*

La segunda parte del texto, mucho más extensa, se centra en la obra poética de López Velarde y sólo puede calificarse de magistral en su originalidad y profundidad. Si recordamos que la primera versión de este texto es de principios de la década de los treinta y que algunos elementos ya fueron anticipados en aquel ensayo de 1924, podemos apreciar lo que significa esta lectura. No es exagerado decir que hay un López Velarde anterior y otro posterior a este texto. El ensayo permite leer con nuevos ojos a un poeta que cobra sus verdaderas dimensiones gracias a esta nueva lectura. Las primeras páginas se destinan a denunciar la admiración ciega y superficial —una "admiración sin conciencia" (p. 645), dice el ensayista—, que es peor que el olvido o el desconocimiento. Recordemos que a partir de su temprana muerte en 1921, López Velarde fue erigido en poeta de la provincia, poeta nacional, estereotipo oficial de cierto nacionalismo reduccionista. Esta simplificación con fines políticos, estrategia implementada por Vasconcelos, choca de frente con lo que el crítico ve como "una poesía poliédrica, irregular y compleja" (p. 645). Como para sus compañeros de generación, para Villaurrutia la obra central del poeta no es *La suave patria* sino *Zozobra.* No le atrae el aspecto exterior o público, sino el carácter "íntimo", "misterioso" y "secreto" de la obra. Si cree que es un poeta "más admirado que leído y más leído que estudiado", su crítica de la fácil canonización revela las claves de su propia lectura: "Una admiración sin reservas, una lectura superficial y un contagio inmediato con los temas

menos profundos de su obra bastaron para llevarlo directamente a la gloria sin hacerlo pasar por el purgatorio, y menos aún por el infierno en el que, según confesión propia, Ramón López Velarde creía" (p. 644). La propuesta radical de Villaurrutia sería, entonces, leerlo desde el infierno, desde su abismo interior.

Si es lapidario con la crítica anterior (con tres breves excepciones), es igualmente implacable con los abundantes epígonos y prosélitos: "Creo que Ramón López Velarde, poeta sin descendencia visible, no ha tenido aún el discípulo que merece" (p. 645). Vale la pena destacar la doble alusión en esta cita: así como el hombre no tuvo hijos (como escribió el autor en un maravilloso poema en prosa de *El minutero*, el hijo que no tuvo fue su verdadera obra maestra), el poeta tampoco tuvo un verdadero heredero. El punto de partida del ensayista es la constatación de la naturaleza ambigua y contradictoria de este mundo poético que aparece como "un intrincado laberinto". El comentarista confiesa que es una poesía "que atrae y rechaza, gusta y disgusta alternativamente y, a veces, simultáneamente" (p. 645). En el centro de la obra identifica un conflicto de hondas resonancias psíquicas. Lejos de la imagen de un ingenuo poeta de provincia, tenemos aquí el retrato de un poeta plenamente consciente de su drama interior. La conciencia de la dualidad es lo que hace de López Velarde un poeta moderno, un heredero espiritual de Baudelaire. La comparación con el francés, tomada con escepticismo por algunos, ha sido totalmente reivindicada después. El crítico tuvo la audacia de leer a un poeta de la provincia mexicana dentro de un contexto universal y los resultados son asombrosos. López Velarde leído por Villaurrutia a través de Baudelaire: "Cielo y tierra, virtud y pecado, ángel y demonio, luchan y nada importa que por momentos venzan el cielo, la virtud y el ángel, si lo que mantiene el drama es la duración del conflicto, el abrazo de los contrarios en el espíritu de Ramón López Velarde" (p. 647).

Tal vez el punto más sorprendente de esta lectura y seguramente el que escandalizó a la moral ortodoxa y conservadora de su tiempo, es la identificación entre religiosidad y erotismo. Escuchemos la formulación perfectamente reversible de Villaurrutia: "Nunca este poeta está más cerca de la religiosidad que cuando

ha tocado el último extremo del erotismo, y nunca está más cerca del erotismo que cuando ha tocado el último extremo de la religiosidad" (p. 649). No se trata de un juego retórico externo que mantiene separados los dos reinos del erotismo y de la religión, sino de la percepción de un centro sagrado que funciona como motor o imán que reúne los contrarios en una relación tensa, intensa y eléctrica.

Además de la de Baudelaire, el crítico identifica otras influencias, en primer lugar la de Lugones, el máximo poeta de la lengua para el autor de Jerez. La conciencia de estar al final de un gran movimiento estético (el del modernismo) les confiere a los dos el mismo odio al lugar común, a la frase hecha, al industrialismo de la palabra; el mismo gusto por la expresión sorprendente, alambicada y hasta barroca en su complicación. Villaurrutia es el primer crítico que comprende la trascendencia de una enigmática sentencia enunciada por López Velarde en 1916, precisamente en un ensayo sobre Lugones: "El sistema poético se ha convertido en sistema crítico."[13]

En varias páginas que no puedo comentar aquí el ensayista ofrece ejemplos del conocimiento bíblico de López Velarde y demuestra cómo la liturgia católica sirve de fuente para las imágenes nada convencionales del poeta. La conclusión del texto tiene un inconfundible tono definitivo, casi oracular, como si el autor tuviera plena conciencia de que estaba enunciando la piedra fundacional de una nueva interpretación del canon, como si quisiera presentar este ambicioso manifiesto poético y crítico como una transposición de la doctrina teológica de la trinidad: "En la poesía mexicana, la obra de Ramón López Velarde es, hasta ahora, la más intensa, la más atrevida tentativa de revelar el alma oculta de un hombre; de poner a flote las más sumergidas e inasibles angustias; de expresar los más vivos tormentos y las recónditas zozobras del espíritu ante los llamados del erotismo, de la religiosidad y de la muerte" (p. 659). Esta toma de posición tiene el peso

[13] La sorprendente enunciación, citada en el texto de Villaurrutia, aparece en el ensayo "La corona y el cetro de Lugones" (1916), en Ramón López Velarde, *Obras*, ed. de José Luis Martínez, 2ª ed. aum., México, Fondo de Cultura Económica, 1990, p. 528.

de un artículo de fe que ilumina ya no sólo al autor de *Zozobra*, sino a sus verdaderos discípulos, entre ellos —y en primerísimo lugar— al mismo Villaurrutia, también poeta de la dualidad, poeta del drama interior de la conciencia, poeta cuyo erotismo se confunde con la muerte y la religiosidad.

Según Octavio Paz, la prosa artística de Villaurrutia proviene de la tradición francesa y más específicamente de Baudelaire.[14] Lo cierto es que a diferencia de su modelo local más importante (Reyes), Villaurrutia no busca la llaneza expositiva, que es uno de los encantos del estilo del autor que le pidió el manuscrito de *Textos y pretextos*. Su prosa es una construcción mucho más intelectual, más pensada que sentida, más aristocrática en su tono. El universo de Reyes es más amplio; el de Villaurrutia, más reducido pero más intenso. Sus actitudes ante López Velarde los colocan en mundos paralelos que no se tocan. ¿Qué habrá sentido Reyes al recibir en 1940 el manuscrito de *Textos y pretextos* y al ver que su ensayo inicial es una apasionada y lúcida defensa exaltada de un poeta y de un tipo de poesía que le eran ajenos o al menos distantes? No lo sabemos. Lo que sí hay que agradecerle a Reyes es que haya tenido la iniciativa que engendró la única selección de textos críticos de Villaurrutia. Gracias a él tenemos estas piezas brillantes de un crítico arriesgado, concentrado, preciso y elegante.

[14] Véase su libro *Xavier Villaurrutia en persona y en obra*, México, Fondo de Cultura Económica, 1978, pp. 51-52.

Los refugiados españoles y la cultura mexicana.
Actas de las jornadas celebradas en España y México
para conmemorar el septuagésimo aniversario
de La Casa de España en México (1938-2008)
SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN AGOSTO DE 2010
EN LOS TALLERES DE SOLAR, SERVICIOS EDITORIALES, S.A. DE C.V.,
CALLE 2, NÚM. 21, SAN PEDRO DE LOS PINOS, 03800 MÉXICO, D.F.
COMPOSICIÓN TIPOGRÁFICA Y FORMACIÓN:
SOCORRO GUTIÉRREZ, EN REDACTA, S.A. DE C.V.
CUIDARON LA EDICIÓN
JAMES VALENDER Y ANTONIO BOLÍVAR.

Residencia de Estudiantes

EL COLEGIO DE MÉXICO